Dr Manuel Rojas.—



# FALLOS DEL CONCURSO de la SOCIEDAD de ESCRITORES

**Publicamos los fallos recaídos en los temas Novela, Poesía y Ensayo del Concurso de la Sociedad de Escritores, y en los cuales los respectivos jurados fundamentan su veredicto. Como es sabido, algunas de estas decisiones han merecido críticas y comentarios adversos. Los considerandos expuestos en estos informes expresan las razones que movieron en cada caso a los miembros de los jurados a adoptar sus resoluciones. El certamen de la Sociedad de Escritores de Chile, por la cuantía de sus recompensas, es el más importante de su clase en Sudamérica.**

## TEMA NOVELA O COLECCION DE CUENTOS

**Anteponemos los nombres que corresponden a los pseudónimos de los concursantes premiados. (N. de la R.).**

**"Infierno gris", por Carón de Estigia. Joaquín Ortega Folch.**

**"Puerto Limón", por Pedrón. Joaquín Gutiérrez.**

**"Solamente la vida", por Erzu. Oscar Castro Z.**

**Cuentos de navegación y de misterio, por Cicerón. Oscar Lanas.**

**"Tiempo irremediable", por Torestín. Manuel Rojas.**

**"Un hombre por el camino", por Filón. Baltazar Castro.**

**"Puerto de embarque", por Juan Tocopilla. Mario Bahamonde.**

**"Cuatreros", por Pillán. Lautaro Yankas.**

**"Bernardo, héroe y mártir", por Lautaro. Fernando Sanliván.**

"Santiago, 13 de marzo de 1950.

Señor presidente:

Cumplida la tarea, bien ardua por cierto, de leer y apreciar los ciento cinco volúmenes presentados al tema Novela o Colección de Cuentos del certamen abierto por la SECH, se reunieron los suscritos, miembros del Jurado correspondiente, y dictaminaron por unanimidad en la forma que a continuación exponen.

La novela "Infierno gris", firmada con el seudónimo Carón de Estigia, resultó merecedora del premio. Se impuso ella por varias virtudes, conjugadas con intensidad. Hay en la obra verdad humana, calor emocional, fuerza dramática, justeza de observación, tanto en los caracteres como en los diversos medios sociales, y eficaz dominio de la técnica. Nos presenta esta novela, en armonioso y movido conjunto, con sagacidad y a veces con peligroso atrevimiento, la entraña dolorosa de la vida pasional en una urbe como Santiago, y ello en forma que llamaríamos de mosaico si, en lugar de ofrecer trozos meramente unidos, no lograse la constitución viviente de un organismo. El estilo, castigado y limpio, expresivo sin artificio, y el movimiento siempre ameno de las situaciones hacen por último que no sólo no decaiga el interés, sino que siempre se anime y crezca. La obra llega finalmente a un término máximo en el cual se supera el dolor hasta la nobleza; con lo que revela su autor el don de valorar en jerarquía las tristes potencias humanas. Así, de lo bajo y encanallado ascienden los valores hasta lo trágico de la fatalidad.

Muy de cerca sigue a la premiada la novela "Puerto Limón", presentada por Pedrón, pieza visiblemente producida por un extranjero residente. Se desarrolla en Costa Rica, y, aunque los suscritos desconocen el ambiente de esa República, se atreven a juzgarlo en el libro fiel a su realidad, pues tan vigorosa y vivamente les ha sido comunicado por el novelista. Los caracteres diversos y todos creados con humanidad palpitante; lo pintoresco de la trama; los momentos, a ratos de violencia, muchas veces de ternura y siempre de bien encendida emoción; lo apasionante de algunas luchas y sus procesos psicológicos, y, por último, cierta novedad técnica en la composición, exigieron al Jurado señalar esta novela, más que con una mención honrosa, con el primer accésit. Digna de hacerse valer para este juicio es la psicología del protagonista en el desenlace, cuando el subconsciente obra en la penumbra para retardar los actos y producir lo que jamás habría osado la conciencia de un muchacho fundamentalmente bueno y justo. El indispensable criollismo tropical aparece además tan moderado en la forma, que sólo por excepción falla el giro ante un lector chileno.

**JOAQUIN ORTEGA FOLCH.**

Segundo accésit merece, sin duda, la novela "Solamente la vida", que suscribe Erzu. Refleja la vida en pobreza de un niño que se desarrolla en una pequeña ciudad provinciana. Su ambiente de miseria nos va exhibiendo los pasos del pequeño dentro de su arrabal. Lo vemos vagar y hasta frecuentar inocente y abandonadamente aun lugares de pecado y malas gentes. El tema ofrecía, por cierto, al autor algunos peligros, desde luego el de la procacidad, hoy demasiado en boga; pero ha sabido él, con arte y buen gusto, mantener para su libro el espíritu de los novelistas de altura y pureza, mucho más eficaz para impresionar que esa grosería para otros tolerable cuando se pintan bajos fondos. Este mérito de calidad eleva la novela por encima de algunas, también presentadas al certamen, en las cuales aparece, premeditado y casi como un prurito, el afán de sacudir la sensibilidad con lo soez. Fluye además la prosa, en este libro, con sencillez y limpieza muy acordes con el espíritu del novelista, y cautiva el todo así por su impalpable encanto.

Ha querido el Jurado, a causa de la importancia que adquiere este certamen dentro de la vida literaria del país, fundar sus decisiones sin ahorro de razones, y por ello se ha excedido acaso en las dimensiones de su informe; pero habrá de señalar aún a riesgo de mucho extenderse, siquiera en síntesis los méritos de otras obras que recomienda. Seis menciones honrosas acuerda conceder además el Jurado, a saber:

1.a — "Cuentos de navegación y misterio", por Cicerón, piezas muy hermosas y significativas del ámbito austral.

2.o — "Tiempo irremediable", por Torestín. En grado sumo interesante, peca esta obra por abandono en forma y estructura. Deja la impresión de haberse reunido el material humano para una novela magnífica, pero de no haberse aprovechado los elementos en una obra lograda. ¿Es acaso el borrador del cual espera el novelista obtener mañana el éxito en lo reposado, escrito con habilidad estilística y sin descuidos frente a lo sucio y procaz?

3.a — "Un hombre por el camino", de Filón, también vigorosa, rica de color chileno, adolece sin embargo del prurito antes apuntado. La salvan y distinguen, sus pasos pintorescos, su fuerza emotiva y su interés nacional.

4.a — "Puerto de embarque", por Juan Tocopilla, merece mencionarse como novela cuidada y fuerte, de visión certera. Es una buena tajada espiritual de Antofagasta, exhibidora de un problema nortino y cumplida de condiciones expresivas y de buena estructura técnica.

5.a — "Cuatreros". Su autor, Pillán, lleno de nobleza, excusa los defectos del araucano, sin convencer. No consigue persuadirnos de que nuestro indio es ladrón, borracho y hasta incendiario, únicamente porque los criollos lo explotan. Bajo el esfuerzo del novelista, una pregunta se insinúa: ¿No denota el mapuche, comparado con el roto, un incontenido espíritu de regresión? En lo técnico, empero, esta pieza manifiesta conciencia y seria labor literaria.

6.a — "Bernardo, héroe y mártir", firmada por Lautaro, más que novela es una biografía novelada de don Bernardo O'Higgins. Alcanza, no obstante, momentos de novela en plenitud. Su autor descubre la garra del poderoso talento. Sólo que despierta la sospecha de haber trabajado bajo el apremio de un plazo y haber dejado para más adelante las formas definitivas. Tal vez el recurso de poner la narración ya en la pluma del **Mulato Riquelme**, ya en la del **Editor**, esconda la causa de que la unidad se resienta e incomode al lector. Revisado y corregido, éste será sin duda un sólido libro, que dará por añadidura orgullo al amor que los chilenos alentamos hacia el más puro de nuestros Padres de la Patria. La mención honrosa que se le asigna, no por sexta queda pospuesta en el rango de las demás. Declaración, ésta, valedera para las seis menciones otorgadas.

El Jurado, señor presidente, estima que basta el hecho de haber concurrido al certamen ciento cinco autores y de haberse distinguido nueve con méritos indiscutibles, para demostrar el éxito alcanzado por la SECH en su torneo. Y con el fin de no extenderse con razonamientos más allá de los hechos para fundar esta verdad, entrega a usted el presente veredicto sin añadirle más términos de juicio.

**Antonio de Undurraga.**

Santiago, 31 de marzo de 1955.

Señor
Raúl Silva Castro.
Presente.

Estimado amigo:

De acuerdo con lo prometido a usted, tengo el agrado de enviarle, para la Sala Chilena de la Biblioteca Nacional, tres volúmenes escritos a máquina, que constituyen dos versiones de mi novela Hijo de ladrón. El objeto de esto es facilitar a algún estudioso del futuro o del presente el esclarecimiento de la polémica a que dió lugar este libro. Se dijo, por una de las partes, que la obra presentada al concurso era sólo el borrador del libro que se publicó después, o sea, que yo, desde el momento en que se falló el concurso, 1950, hasta aquel en que se publicó, 1951, un año en total, habría escrito realmente el libro. Esto es pintoresco, pero inexacto. Por lo demás, el estudioso, si es que lo hay, podrá ver que los cambios son sólo parciales, es decir, movimiento de capítulos, además de algunas pequeñas correcciones. Lo demás quedó igual, al extremo de que la mayoría del texto de los capítulos son iguales en ambas versiones.

El título original fué el de Tiempo irremediable. Los volúmenes fechados 1950 son los presentados al concurso. El fechado 1951 fué el que sirvió de base para la publicación del libro y el que sufrió principalmente los cambios de capítulos. Se suprimió también el subtítulo: Primer movimiento.

He pegado en la tapa de este volumen el fallo del jurado. Eso es todo.

Tiene el agrado de saludarlo con todo afecto

Manuel Rojas

Manuel Rojas

os.): Carlos Préndez Sal-
Eduardo Barrios, Alberto
ro".
señor presidente de la So-
i de Escritores de Chile.—
ago.

924

ROJAMA
tie

MANUEL ROJAS

tipo 12
22 ciceros

# TIEMPO IRREMEDIABLE

(Primer movimiento)

Novela

1951

[redacted]

ENTRADA A CHILE

# PRIMERA PARTE

I

¿Cómo y por qué llegué hasta allí? ~~Del mismo modo~~ y por los mismos motivos por los que he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar ~~en algo~~ como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil. Y mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y a veces elige los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, primero o después, estuve preso. Nada importante, por supuesto: asalto a una joyería, pero a una joyería que jamás pude ver y cuya existencia y situación ignoraba e ignoro aún. Y tuve, según parece, cómplices, a los que tampoco conocí y cuyos nombres o apodos supe tanto como ellos los míos; la única que supo algo fué la policía, aunque no con mucha seguridad. Muchos días de cárcel y muchas noches durmiendo sobre el suelo de cemento, sin una frazada; como consecuencia, pulmonía; después, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. Al ser dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y machada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. ¿Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no es fácil morir. No podía pensar en trabajar -- me habría caído de la escalera -- y menos podía pensar en robar -- el pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

En ese estado y con esas expectativas, salí a la calle.

--Está en libertad. Firme aquí. ¡Cabo de guardia!

Sol y viento, mar y cielo.

# I

¿Cómo y por qué llegué hasta allí? ~~Del mismo modo y~~ Por los mismos motivos que he llegado a tantas partes. Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar ~~en algo~~ como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil. ~~Y mi~~ Mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y a veces elige los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, empiezan a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada. Creo que, primero o después, estuve preso. Nada importante, por supuesto: asalto a una joyería, pero a una joyería que jamás pude ver y cuya existencia y situación ignoraba e ignoro aún. ~~Y~~ Tuve, según parece, cómplices, a los que tampoco conocí y cuyos nombres o apodos supe tanto como ellos los míos; la única que supo algo fué la policía, aunque no con mucha seguridad. Muchos días de cárcel y muchas noches durmiendo sobre el suelo de cemento, sin una frazada; como consecuencia, pulmonía; después, tos, una tos que brotaba de alguna parte del pulmón herido. Al ser dado de alta y puesto en libertad, salvado de la muerte y de la justicia, la ropa, arrugada y manchada de pintura, colgaba de mí como de un clavo. ¿Qué hacer? No era mucho lo que podía hacer; a lo sumo, morir; pero no es fácil morir. No podía pensar en trabajar -- me habría caído de la escalera -- y menos podía pensar en robar -- el pulmón herido me impedía respirar profundamente. Tampoco era fácil vivir.

En ese estado y con esas expectativas, salí a la calle.

--Está en libertad. Firme aquí. ¡Cabo de guardia!

Sol y viento, mar y cielo.

II

Tuve por esos tiempos un amigo; fué lo único que tuve durante algunos días, pero lo perdí: así como alguien pierde en una calle muy concurrida o en una playa solitaria un objeto que aprecia, así yo, en aquel puerto, perdí a mi amigo. No murió; no nos disgustamos; simplemente, se fué. Llegamos a Valparaíso con ánimos de embarcar en cualquier buque que zarpara hacia el norte, pero no pudimos, por lo menos yo no pude; cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patrones, sobrecargos y otros tantos e iguales espantosos seres están aquí, están allá, están en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere.

--Quisiera sacar libreta de embarque.

--¿Nacionalidad?

--Argentino.

--¿Certificado de nacimiento?

--No tengo.

--¿Lo ha perdido?

--Nunca tuve uno.

--¿Cómo entró a Chile?

--En un vagón lleno de animales.

(No era mentira. La culpa fué del conductor del tren: nuestra condición, en vez de provocarle piedad, le causó ira; no hizo caso de los ruegos que le dirigimos -- ¿en qué podía herir sus intereses el hecho de que cinco pobres diablos viajáramos colgados de los vagones del tren de carga? -- y fué inútil que uno de nosotros, después de mostrar sus destrozados zapatos, estallara en sollozos y asegurara que hacía veinte días que caminaba, que tenía los pies hecho una llaga y que de no permitírsele seguir viaje en ese tren, moriría, por diosito, de frío y de hambre, en aquel desolado Valle de Uspallata. Nada. A pesar de que nuestro camarada utilizó sus mejores sollozos, no obtuvimos resultado algu-

(sigue a bis)

II

Tuve por esos tiempos un amigo; fué lo único que tuve durante algunos días, pero lo perdí: así como alguien pierde en una calle muy concurrida o en una playa solitaria un objeto que aprecia, así yo, en aquel puerto, perdí a mi amigo. No murió; no nos disgustamos; simplemente, se fué. Llegamos a Valparaíso con ánimos de embarcar en cualquier buque que zarpara hacia el norte, pero no pudimos, por lo menos yo no pude; cientos de individuos, policías, conductores de trenes, cónsules, capitanes o gobernadores de puerto, patrones, sobrecargos y otros tantos e iguales espantosos seres están aquí, están allá, están en todas partes, impidiendo al ser humano moverse hacia donde quiere y como quiere.

--Quisiera sacar libreta de embarque.

--¿Nacionalidad?

--Argentino.

--¿Certificado de nacimiento?

--No tengo.

--¿Lo ha perdido?

--Nunca tuve uno.

--¿Cómo entró a Chile?

--En un vagón lleno de animales.

(No era mentira. La culpa fué del conductor del tren: nuestra condición, en vez de provocarle piedad, le causó ira; no hizo caso de los ruegos que le dirigimos -- ¿en qué podía herir sus intereses el hecho de que cinco pobres diablos viajáramos colgados de los vagones del tren de carga? -- y fué inútil que uno de nosotros, después de mostrar sus destrozados zapatos, estallara en sollozos y asegurara que hacía veinte días que caminaba, que tenía los pies hecho una llaga y que de no permitírsele seguir viaje en ese tren, moriría, por diosito, de frío y de hambre, en aquel desolado Valle de Uspallata. Nada. A pesar de que nuestro camarada utilizó sus mejores sollozos, no obtuvimos resultado algu-

(Sigue a fin)

no. El conductor del tren, más entretenido que conmovido ante aquel hombre que lloraba, y urgido por los pitazos de la locomotora, mostró una última vez sus dientes, lanzó un silbido y desapareció en la oscuridad, seguido de su farol. El tren partió. Apenas hubo partido, el hombre de los

no. El conductor del tren, más entretenido que conmovido ante aquel hom-
bre que lloraba, y urgido por los pitazos de la locomotora, montó una
última vez sus dientes, lanzó un silbido y desapareció en la oscuridad,
seguido de su tarol. El tren partió. Apenas lupo partido, el hombre de
los

destrozados zapatos limpió sus lágrimas y sus mocos,hizo un corte de manga en dirección al desaparecido ~~director~~ conductor y corrió tras los vagones; allá fuimos todos: eran las dos o las tres de la madrugada , corría un viento que pelaba las orejas y estábamos a muchos kilómetros de la frontera chilena; sólo un inválido podía asustarse de las amenazas del conductor. El tren tomó pronto su marcha de costumbre y durante un rato me mantuve de pie sobre un peldaño de la escalerilla,tomado a ella con una mano y sosteniendo con la otra mi equipaje. Al cabo de ese rato comencé a darme cuenta de que no podría mantenerme así toda la noche: un invencible cansancio y un profundo sueño se apoderaban de mí y aunque sabía que dormirme o siquiera adormilarme significaba la caída en la línea y la muerte,sentí, dos o tres veces, que mis músculos,desde los de los ojos hasta los de los pies,se abandonaban al sueño.El tren había aparecido mientras yacíamos como piedras en el suelo,durmiendo tras una jornada de cuarenta y tantos kilómetros,andados paso a paso. Ni siquiera comimos, el cansancio no nos dejó. A tientas,dándonos de cabezazos en la oscuridad,pues dormíamos todos juntos, recogimos nuestras ropas y corrimos hacia los vagones,yo el último,feliz poseedor de una maldita maleta cuyas cerraduras tenía que abrir y cerrar cada vez que quería meter o sacar algo. Mirando hacia lo alto podía ver el cielo y el perfil de las montañas; a los costados la oscuridad y alguna que otra mancha de nieve y arriba y abajo y en todas partes el helado viento cordillerano de principios de primavera entrando en nosotros por los pantalones,las mangas, el cuello, agarrotándonos las manos, llenándonos de tierra y de carboncillo los ojos y zarandeándonos como a trapos. Debía escoger entre morir o permanecer despierto,pero no tenía conciencia para hacerlo. Los ruidos del tren parecían arrullarme y cuando por algunos segundos fijaba los semicerrados ojos en los rieles que brillaban allá abajo,sentía que ellos también,con su suave deslizarse,me empujaban hacia el sueño y la muerte. Durante un momento creí que caería en la línea y moriría: el suelo parecía llamarme; era duro,pero sobre él podría descansar. Estallé en blasfemias. "¿ Qué te pasa?", preguntó el hombre de los destrozados zapatos,que colgaba de la escalerilla anterior del vagón siguiente y cuya espalda rozaba la mía cada vez que el tren perdía velocidad,chocando entre sí los topes de los vagones. No contesté; trepé la escalerilla,me encaramé sobre el techo, y desde allí , y a través de las aberturas,forcejeando con

Tiempos.-

la maleta, me deslicé al interior del vagón. Allí no iría colgando,y , sobre todo, no correría el riesgo de encontrarme de nuevo con el desalmado conductor. No calculé lo que me esperaba: al caer entre los animales no pareció que era un hombre el que caía sino un león; hubo un estremecimiento y los animales empezaron a girar en medio de un sordo ruido de pezuñas. Se me quitó el sueño, el frío, y hasta el hambre : tan pronto debí correr con ellos,aprovechando el espacio que me dejaban,como, tomado de sorpresa por un movimiento de retroceso, afirmar las espaldas en las paredes del vagón,estirar los brazos y apoyando las manos y hasta los codos en el cuarto trasero de algún buey,retenerlo,impidiendo que me apabullara.Después de unas vueltas los animales se tranquilizaron y pude respirar;la próxima curva de la línea los puso de nuevo en movimiento.El hombre de los sollozos,trasladado a la escalerilla que yo abandonara,sollozaba de nuevo, aunque ahora de risa: el piso del vagón,cubierto de bosta fresca,era como el piso de un salón de patinar,y yo ,maleta en mano , aquella maldita maleta que no debía soltar si no quería verla convertida en tortilla,y danzando entre los bueyes,era la imagen perfecta del alma pequeña y errante... En esa forma había entrado a Chile. ¿Para qué ~~hubiese necesitado~~ podía necesitar un certificado de nacimiento? )

III

--Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.

--¡ Ajá¡ ¿Y quién me acredita que lo es? ¿Tiene su certificado de nacimiento?

--No,señor.

--¿Su libreta de enrolamiento?

--No,señor.

--¿Entonces ?

--Necesito ese certificado.Debo embarcar.No tengo trabajo.

-- Escriba y pida sus papeles.¿No tiene parientes en Argentina?

--Sí,pero...

--Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certificado que necesita.Certificado por certificado.¿Dónde nació usted?

( Bueno,yo nací en Buenos Aires,pero eso no tenía valor alguno;lo valioso era el certificado;nunca me sirvió de nada el decirlo y las personas a quienes lo dije no demostraron en sus rostros de funcionarios,entusiasmo ni simpatía alguna;faltaba el certificado; y los peores eran mis compatriotas: además de serles indiferente que fuera natural de Buenos Aires,no lo creían,pidiéndome, para creerlo, un certificado.¡Tipos raros¡ A mí no me creían ,pero le habrían creído al papel,que podía ser falso,en tanto que mi nacimiento no podía ser sino verdadero.No es difícil fabricar un certificado que asegure,con timbres y estampillas,que se es turco;no es fácil,en cambio, nacer en Turquía.Y mi modo de hablar no se prestaba a equívocos: lo hiciera como lo hiciera,en voz alta o a media voz,era un argentino,más aun, un bonaerense,que no puede ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano,a pesar de que mi tono,por ser descendiente de personas de lengua española,era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos.Pero todo esto no tenía valor y gracias a ello llegué a convencerme de que lo mismo habría sido nacer en las selvas del Brasil o en las montañas del Tibet, y si continuaba asegurando,ingenuamente, mi ciudadanía bonaerense,era porque me resultaba más sencillo que asegurar que había nacido en Matto Grosso o en El-Lejano-País-de-los-Hombres-de-Cara-Roja... Claro que esto ocurría sólo con aquella gente; con la otra,con la de mi condición,con aquellos que rara vez poseen certificados o los poseen de varias nacionalidades,sucedía lo contrario: me bastaba decir que era de Buenos Aires para que lo aceptaran como artículo de fe. Es-

---Señor: necesito un certificado que acredite que soy argentino.

---¡Ajá! ¿Y quién me acredita que lo es? ¿Tiene su certificado de nacimiento?

---No, señor.

---¿Su libreta de enrolamiento?

---No, señor.

---¿Entonces?

---Necesito ese certificado. Debo embarcar. No tengo trabajo.

---Escriba y pida sus papeles. ¿No tiene parientes en Argentina?

---Sí, pero...

---Es la única forma: usted me trae sus papeles y yo le doy el certificado que necesita. Certificado por certificado. ¿Dónde nació usted?

(Bueno, yo nací en Buenos Aires, pero eso no tenía valor alguno; lo valioso era el certificado; nunca me sirvió de nada el decirlo y las personas a quienes lo dije no demostraron en sus rostros de funcionarios, entusiasmo ni simpatía alguna; faltaba el certificado; y los peores eran mis compatriotas: además de serles indiferente que fuera natural de Buenos Aires, no lo creían, pidiéndome para creerlo, un certificado. ¡Tipos raros! A mí no me creían, pero le habrían creído al papel, que podía ser falso, en tanto que mi nacimiento no podía ser sino verdadero. No es difícil fabricar un certificado que asegure, con timbres y estampillas, que se es turco; no es fácil, en cambio, nacer en Turquía. Y mi modo de hablar no se prestaba a equívocos: lo hiciera como lo hiciera, en voz alta o a media voz, era un argentino, más aun, un bonaerense, que no puede ser confundido con un peruano o con un cubano y ni siquiera con un provinciano, a pesar de que mi tono, por ser descendiente de personas de lengua española, era suave, sin las estridencias del descendiente de italianos. Pero todo esto no tenía valor y gracias a ello llegué a convencerme de que lo mismo habría sido nacer en las selvas del Brasil o en las montañas del Tibet, y si continuaba asegurando, ingenuamente, mi ciudadanía bonaerense, era porque me resultaba más sencillo que asegurar que había nacido en Matto Grosso o en El-Lejano-País-de-los-Hombres-de-Cara-Roja... Claro que esto ocurría sólo con aquella gente; con la otra, con la de mi condición, con aquellos que rara vez poseen certificados o los poseen de varias nacionalidades, sucedía lo contrario: me bastaba decir que era de Buenos Aires para que lo aceptaran como artículo de fe. No-

tos creían en las personas; aquellos,en los papeles, y recuerdo aún la sorpresa que experimenté un día en que un hombre alto, flaco,de gran nariz aguileña, ojos grises y nuez que hacía hermoso juego con la nariz - era como una réplica - y a quien encontré mirando con extraña expresión los pececillos de la fuente de una plaza pública de la ciudad de Mendoza,me contó, luego de engullir varios racimos de uva cogidos en una viña a que yo, casi en brazos,lo llevara, que era vasco. ¡Vasco! Si aquel hombre,en vez de decir eso, hubiese sacado de sus bolsillos una cría de caimán o un polluelo de ñandú,mi sorpresa y regocijo no habrían sido más vivos. ¡Un vasco! Conocí muchos, allá, en mi lejana Buenos Aires,pero éstos, lecheros todos,de pantalones bombachos y pañuelo al cuello, desaparecieron junto con mi infancia y no tenían nada que ver con éste,encontrado por mí en una plaza pública: este vasco era mío. Después de animarle a que comiera,ahora con más calma,otro par de racimos,le pregunté todo lo que un hombre que ha salvado a otro de la muerte puede tener derecho a preguntarle,y finalmente, mientras fumábamos unos apestosos cigarrillos ofrecidos por uno de los vagabundos que conocía yo en Mendoza y que llegó hasta allí como nosotros, a dar fe de la calidad de las uvas cuyanas,le rogué me hablara algunas palabras en su lengua natal; pero aquel hombre,que sin duda se había propuesto deslumbrarme, hizo más: cantó, sí, cantó.No entendí,por supuesto,nada, ni una palabra -- dun-dun-ga-sí-bañolé --;no obstante,aunque no entendí,y aunque la canción y sus palabras podían ser,menos o más que vascas,checas o laponas,no cometí,ni por un segundo,la insolencia de sospechar que no lo eran.¿Para qué y por qué me iba a engañar?... Aquel vasco,junto con todos los otros vascos,desapareció en medio de los días de mi juventud.Era piloto de barco. ¿Qué hacía en Mendoza, a tantas millas del mar? Me contestó con un gesto que tanto podía significar naufragio como proceso por contrabando. No le ví más.Sin embargo,si dos días después alguien hubiera venido a decirme que aquel hombre no era vasco sino catalán y que lo que cantaba no eran zorzicos sino sardanas,ese alguien hubiera pasado,con seguridad, un mal rato.) .

IV

¿ Escribir? ¿ A quién? Menos absurdo era proponerse encontrar un camello pasando por el ojo de la aguja que un pariente mío en alguna de las ciudades del Atlántico sur,preferidas por ellos.Mis familiares eran seres nómades,no nómades esteparios,apacentadores de renos o de asnos,sino nómades urbanos, errantes de ciudad en ciudad y de república en república. Pertenecían a las tribus que prefirieron los ganados a las hortalizas y el mar a las banquetas del artesanado y cuyos individuos se resisten aún,con variada fortuna,a la jornada de ocho horas,a la racionalización en el trabajo y a los reglamentos de tránsito internacionel,escogiendo oficios -- sencillos unos,complicados o peligrosos otros -- que les permiten conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa,peregrinos seres,generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo, envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos... Nuestros padres, sin embargo, en tanto sus hijos no crecieron, llevaron vida sedentaria, si vida sedentaria puede llamarse la de personas que durante la infancia y la adolescencia de un hijo cambian de residencia casi tantas veces como de zapatos. Habrían preferido,como los pájaros emigrantes,permanecer en un mismo lugar hasta que la pollada se valiera por sí misma,pero la estrategia económica de la familia por un lado y las instituciones jurídicas por otro, se opusieron a ello: mi padre tenía una profesión complicada y peligrosa. Ni mis hermanos ni yo supimos, durante nuestra primera infancia, qué profesión era e igual cosa le ocurrió a nuestra madre en los primeros meses de su matrimonio: mi padre aseguraba ser comerciante en tabacos, aunque en relación con ello no hiciera otra cosa que fumar,pero como poco después de casados mi madre le dijera,entre irónica y curiosa, que jamás había conocido comerciante tan singular, que nunca salía de la casa durante el día y sí casi todas las noches, regresando al amanecer, mi padre, aturullado y sonriente bajo su bigotazo color castaño, confesó que ,en realidad, no era comerciante sino jugador, y en jugador permaneció,aunque no por largo tiempo : un mes o dos meses des-

pués, el presunto tahur, salido de su casa al anochecer, no llegó, en contra de su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subsiguiente, y ya iba mi madre a echarse a andar por las desconocidas calles de Río de Janeiro cuando apareció ante ella, y como surgido mágicamente, un ser que más que andar parecía deslizarse y que más que cruzar los umbrales de la puerta parecía pasar a su través. Por medio de unas palabras portuguesas y otras españolas, musitadas por el individuo, supo mi madre que su marido la llamaba. Sorprendida y dejándose guiar por la sombra, que se hacía más deslizante cuando pasaba cerca de un polizónte llegó ante un sombrío edificio; allí la sombra , que por su color y aspecto parecía nacida tras aquellos muros,dijo, estirando un largo dedo:

-- Pregunte usted ahí por O Gallego.

-- ¿Quién es O Gallego? -- preguntó mi madre, asombrada.

-- O seu marido -- susurró el casi imponderable individuo,asombrado también. Y desapareció,junto con decirlo, en el claro y calinnte aire de Río; era la cárcel, y allí, detrás de una reja, mi madre encontró a su marido, pero no al que conociera hasta dos días atrás, el limpio y apacible José del Real y Antequera, que así decía llamarse,sino al sucio y excitado español Aniceto Hevia, apodado El Gallego,famoso ladrón. Tomándose de la reja,cuyos barrotes abarcaban apenas sus manos, mi madre lanzó un sollozo, en tanto El Gallego, sacando por entre los barrotes sus dedos manchados de amarillo, le dijo, acariciándole las manos: "No llores,Rosalía; esto no será largo; tráeme ropa y cigarrillos." Le llevó ropa y cigarrillos, y su marido, de nuevo limpio, presentó el mismo aspecto de antes, aunque ahora detrás de una reja. Un día ,sin embargo, se acabó el dinero, pero al atardecer de ese mismo día la dueña de casa, muy excitada, acudió a comunicarle que un senhor coronel preguntaba por ella. " Será...", pensó mi madre,recordando al casi imponderable individuo,aunque éste jamás llegaría a parecer coronel, ni siquiera cabo; no era él; así como éste parecía estarse diluyendo,el que se presentó parecía recién hecho,recién hecho su rosado cutis,su bigote rubio,sus ojos azules,su ropa,sus zapatos. " Me llamo Nicolás", dijo, con una voz que sonaba como si fuese usada por primera vez; " paisano suyo; soy amigo de su marido y he sido alguna vez su compañero. Saldrá pronto en libertad; no se aflija", y se fué, y dejó sobre la mesa

Tiempos.-

un paquetito de billetes de Banco,limpios,sin una arruga,como él, y como él, quizás, recién hechos. Mi madre quedó deslumbrada por aquel individuo -- y aunque no volvió a verle sino detrás de una corrida de barrotes y de una fuerte rejilla de alambre, vivió deslumbrada por su recuerdo; su aparición ,tan inesperada en aquel momento,su apostura, su limpeieza,su suavidad, su desprendimiento,lo convirtieron, a sus ojos, en una especie de arcángel; por eso, cuando mi padre, varios años después, le comunicó que Nicolás necesitaba de su ayuda, ella, con una voz que indicaba que iría a cualquier parte, preguntó:"¿ Dónde está?" El arcángel no estaba lejos: mi padre, dejando sobre la mesa el molde de cera sobre el que trabajaba, contestó, echando una bocanada de humo por entre su bigotazo ya entrecano: "En la penitenciaría. ¿ Te acuerdas de aquellos billetitos que regalaba en Brasil? Veinticinco años a Ushuaia." Mi madre me llevó con ella: allí estaba Nicolás,recién hecho, recién hecho su rosado cutis, su bigote rubio,sus ojos azules, su gorra y su uniforme de penado; hasta el número que lo distinguía parecía recién impreso sobre la recia mezcla. Hablaron con animación, aunque en voz baja, mientras yo,cogido de la falda de mi madre, miraba a la gente que nos rodeaba: penados, gendarmes, mujeres que lloraban, hombres que maldecían o que permanecían silenciosos,como si sus mentes estuvieran vagando en libertad, y niños que chupaban tristes caramelos o lloraban al unísono con sus madres. Nicolás, ayudado por un largo alambre, pasó a mi madre a través de los barrotes y la rejilla, un gran billete de banco, no limpio y sin arrugas, como los de Río, sino estrujado y flácido, como si alguien lo hubiese llevado ,durante años y doblado en varias partes, oculto entre las suelas del zapato. Ni aquel billete,sin embargo, ni las diligencias de mi madre sirvieron de nada: después de dos tentativas de evasión,en una de las cuales sus compañeros debieron sacarle a tirones y semiasfixiado del interior de los caños del alcantarillado de la penitenciaría,Nicolás fué sacado y enviado a otro penal del sur, desde donde, luego de otro intento de evasión, frustrado por el grito de dolor que lanzara al caer al suelo, de pie, desde una altura de varios metros, fué trasladado a Tierra del Fuego, en donde, finalmente, huyendo a través de los lluviosos bosques, murió, de seguro tal como había vivido siempre: recién hecho --pero, a pesar de lo asegurado por él, mi padre no

salió tan pronto en libertad: los jueces, individuos sin imaginación, necesitaron muchos días para convencerse, aunque de seguro sólo a medias, de que Aniceto Hevia no era, como ellos legalmente opinaban, un malhechor sino que como aseguraba, también legalmente,el abogado,un bienhechor de la sociedad,puesto que era comerciante: su visita al departamento que ocupaba la Patti en el hotel se debió al deseo de mostrar a la actriz algunas joyas que deseaba venderle. ¿Joyas? Sí, señor Juez, joyas. Un joyero alemán, cliente de los ladrones de Río, facilitó, tras repetido inventario,un cofre repleto de anillos,prendedores y otras baratijas.¿Por qué eligió esa hora? ¿Y a qué hora es posible ver a las artistas de teatro? ¿Cómo entró? La puerta estaba abierta: "El señor Juez sabe que la gente de teatro es desordenada;todos los artistas lo son; mi defendido, después de llamar varias veces. . . " Mi madre, próxima a dar a luz, fué llevada por el abogado ante el tribunal y allí no sólo aseguró todo lo que el ente jurídico le indicó que asegurara sino que lloró mucho más de lo que aquel le insinuara. Días después, y a las pocas horas de haber nacido Joao, su primogénito, El Gallego volvió a su casa,aunque no sólo: un agente de policía,con orden de no abandonarle ni a sol ni a sombra y [redacted] de embarcarle en el primer barco que zarpara hacia el sur o hacia el norte,le acompañaba. Otros días más y mi padre,acompañado de su mujer,que llevaba en brazos a su primer hijo,partió hacia el sur; el abogado con la cartera repleta de hermosos billetes de los que repartía Nicolás,fué a despedirle al muelle; y allí estaba también el casi imponderable individuo,mirando con un ojo a mi padre y con el otro al agente de policía.... Y así siguió la vida, de ciudad en ciudad , de república en república; nacían los hijos,crecíamos los hijos; mi padre desaparecía por cortas o largas temporadas: viajaba, se escondía o yacía en algún calabozo; reaparecía, a veces con unas hermosas barbas, siempre industrioso, trabajando sus moldes de cera, sus llaves, sus cerraduras. Cuando pienso en él me pregunto: ¿ por qué ? Más de una vez y a juzgar por lo que le buscaba la policía, tuvo en sus manos grandes cantidades de dinero; era sobrio, tranquilo, económico y muy serio en sus asuntos -- de no haber sido ladrón habría podido ser elegido, entre muchos, como el tipo del trabajador con que sueñan los burgueses y los marxistas

de todo el mundo. Las cerraduras de las casas, o a veces sólo cuartos, en que vivíamos, funcionaban siempre como instrumentos de alta precisión: no rechinaban, no oponían resistencia a las llaves y casi parecían abrirse con la sola aproximación de las manos, como si entre el frío metal y los tibios dedos existiera alguna oculta atracción. Odiaba las cerraduras descompuestas o tozudas y una llave torpe o un candado díscolo éran para él lo que para una concertista en guitarra puede ser un clavijero vencido; sacaba las cerraduras, las miraba con curiosidad y con ternura, como preguntándoles por qué molestaban, y luego, con una habilidad imperceptible, tocaba aquí, soltaba allá, apretaba esto, limaba lo otro, y volvía a colocarlas, graduando la presión de los tornillos; metía la llave, y la cerradura, sin un roce, sin un ruido, jugaba su barba y muletilla. Gracias a esa habilidad no tenía a quien escribir.

V

No pude embarcar: era un hombre sin documentos y a pesar de mis piernas y de mis brazos, a pesar de mi pulmones y de mi estómago, a pesar de mi soledad y de mi hambre, parecía no existir para nadie. Me senté en la escala del muelle y miré hacia el mar: el barco giraba en ciento ochenta grados, enfilando después hacia el noroeste. Relucían al sol de la tarde los bronces y las pinturas, los blancos botes, las oscuras chimeneas. Lo recorrí con los ojos de popa a proa: en algún lugar de la cubierta, en un camarote, en la cocina o en el comedor, iba mi amigo. Incliné la cabeza, descorazonado: allí me quedaba, en aquel puerto desconocido, solo, sin dinero, sin nacionalidad comprobada, sin amigo.

Lo había conocido a la orilla de un río. Me acerqué a él desde lejos y sólo cuando llegué a su lado levantó la cabeza y me miró:

--¿Le gustan?

Sobre el pasto se movían dos pequeñas tortugas.

--¿Son suyas?

--Mías. Vamos, camina.

Con una ramita empujó a una de ellas.

--¿Las lleva con usted?

--Sí.

Me miró de nuevo, examinándome, y se irguió: algo llamaba su atención. Quizá mi modo de hablar.

--¿Y usted?

No supe qué contestar a aquella pregunta y callé, esperando otra.

--¿De dónde viene?

Giré el cuerpo y señalé las altas montañas.

--¿De Argentina?

Moví la cabeza afirmativamente. Me miró de arriba a abajo, estuvo un

V

No pude embarcar: era un hombre sin documentos y a pesar de mis pier-
nas y de mis brazos, a pesar de mi pulmones y de mi estómago, a pesar de
mi soledad y de mi hambre, parecía no existir para nadie. Me senté en la
escala del muelle y miré hacia el mar: el barco viraba en cierto ocean-
te grado, enfilando después hacia el noroeste. Relucían el sol de la
tarde los bronces y las pinturas, los blancos botes, las oscuras chime-
nea. Lo recorrí con los ojos de popa a proa: en algún lugar de la cu-
bierta, en un camarote, en la cocina o en el comedor, iba mi amigo. In-
clinè la cabeza, desconsolado: allí me quedaba, en aquel puerto desco-
nocido, solo, sin dinero, sin resolución comprobada, sin amigo.

Lo hacía conocido a la orilla de un río. Me acerqué a él desde le-
jos y solo cuando llegué a su lado levantó la cabeza y me miró:

--¿De gustan?

Sobre el pasto se movían dos pequeñas tortugas.

--¿Son suyas?

--Mías. Vamos, camina.

Con una rama me empujó a una de ellas.

--¿Esa lleva con usted?

--Sí.

Me miró de nuevo, examinándome, y se irguió: algo llameba en aten-
ción. Quizá mi modo de hablar.

--¿Y usted?

No supe qué contestar a aquella pregunta y callé, esperando otra.

--¿De dónde viene?

Giré el cuerpo y señalé las alejas montañas.

--¿De Argentina?

Movì la cabeza afirmativamente. Me miró de arriba a abajo, saltuo un

momento silencioso y luego estalló:

--¡Caráfita!

Señaló mis zapatos, que ya no tenían tacos, contrafuertes ni suelas. Al salir de Mendoza en dirección a Chile eran nuevos, sin embargo.

--¿Cómo camina?

--Con los pies.

Sonreí tristemente mi chiste.

--Siéntese -- me invitó.

Cuando lo hice y estiré las piernas, las plantas de mis pies, negras de mugre y heridas, le arrancaron otra exclamación:

--¡Cómo puede andar!

Me eché hacia atrás, tendiéndome sobre el pasto, mientras él, abandonando sus tortugas, seguía mirando mis pies. Oí que decía:

--De Argentina. . . ¿Buenos Aires?

--Mendoza.

--¿Todo a pie?

--Ochenta kilómetros en tren, escondidos, en la cordillera.

Miró en derredor.

--¿No anda solo?

--Ahora, sí.

--¿Qué se han hecho sus compañeros?

--Marcharon hacia el sur?

--¿Y usted?

Aquel ¿y usted? le servía para muchos usos; ¿y usted por qué no se fué?, ¿y usted quién es?, ¿y usted de dónde viene?, ¿y usted qué dice? Respondí, por intuición:

--No quiero ir al sur; mucha agua. No me interesan las minas.

Inclinó la cabeza y dijo:

--Sí, pero es lindo. ¿Cómo sabe que es lluvioso?

--Lo habré leído.

13-Tiempos

momento silencioso y luego estalló:

--¡Caráfita!

Señaló mis zapatos, que ya no tenían tacos, contrafuertes ni suelas. Al salir de Mendoza en dirección a Chile eran nuevos, sin embargo.

--¿Cómo camina?

--Con los pies.

Sonreí tristemente mi chiste.

--Siéntese -- me invitó.

Cuando lo hice y estiré las piernas, las plantas de mis pies, negras de mugre y heridas, le arrancaron otra exclamación:

--¡Cómo puede andar!

Me eché hacia atrás, tendiéndome sobre el pasto, mientras él, abandonando sus tortugas, seguía mirando mis pies. Oí que decía:

--De Argentina. . . ¿Buenos Aires?

--Mendoza.

--¿Todo a pie?

--Ochenta kilómetros en tren, escondidos, en la cordillera.

Miró en derredor.

--¿No anda solo?

--Ahora, sí.

--¿Qué se han hecho sus compañeros?

--Marcharon hacia el sur?

--¿Y usted?

Aquel ¿y usted? le servía para muchos usos; ¿y usted por qué no se fué?, ¿y usted quién es?, ¿y usted de dónde viene?, ¿y usted qué dice? Respondí, por intuición:

--No quiero ir al sur; mucha agua. No me interesan las minas.

Inclinó la cabeza y dijo:

--Sí, pero es lindo. ¿Cómo sabe que es lluvioso?

--Lo habré leído.

--Es cierto, llueve mucho. . . También he estado en Argentina.

Me enderecé.

--Volví hace dos años.

Estábamos sentados en la orilla sur del Aconcagua, cerca ya del mar. Las aguas, bajas allí, sonaban al arrastrarse sobre los guijarros. Recogió las tortugas, que avanzaban hacia el río.

--¿Y por qué ha dejado su casa? -- pregunté.

Me miró sorprendido.

--¿Y usted?

Me tocó a mí sorprenderme: era la misma pregunta hecha ya dos veces y que pude dejar sin respuesta. Ahora no podía evitarla:

--No tengo casa.

Pareció desconcertado.

--Pero tendrá familia.

--Sí. . .

--Y esa familia vivirá en alguna parte.

Callé. ¿Cómo decirle por qué no sabía nada de mis hermanos y de mi padre? Quizá se dió cuenta de mi confusión y no insistió. Habló:

--Mi madre ha muerto, es decir, creo que ha muerto; no la conocí y no sé nada de ella. En mi casa no hay ningún recuerdo de ella, un retrato, una carta, un tejido, cualquiera de esas cosas que dejan las madres y que las recuerdan. Y no es porque mi madrastra las haya destruído o guardado; no las hubo antes de que ella viniera a casa. Durante años vivimos solos con mi padre.

--¿Qué hace su padre?

Me miró, sorprendido de nuevo.

--¿Que qué hace?

--Sí, en qué trabaja.

--Es profesor.

La conversación no lograba tomar una marcha regular. Nos dábamos minuciosas miradas, examinando nuestros rostros, nuestras ropas, nuestros movimientos, como si por el examen de todo ello pudiéramos llegar a

--Es cierto, llueve mucho. . . También he estado en Argentina.

Me enderecé.

--Volví hace dos años.

Estábamos sentados en la orilla sur del Aconcagua, cerca ya del mar. Las aguas, bajas allí, sonaban al arrastrarse sobre los guijarros. Recogió las tortugas, que avanzaban hacia el río.

--¿Y por qué ha dejado su casa? -- pregunté.

Me miró sorprendido.

--¿Y usted?

Me tocó a mí sorprenderme: era la misma pregunta hecha ya dos veces y que pude dejar sin respuesta. Ahora no podía evitarla:

--No tengo casa.

Pareció desconcertado.

--Pero tendrá familia.

--Sí. . .

--Y esa familia vivirá en alguna parte.

Callé. ¿Cómo decirle por qué no sabía nada de mis hermanos y de mi padre? Quizá se dió cuenta de mi confusión y no insistió. Habló:

--Mi madre ha muerto, es decir, creo que ha muerto; no la conocí y no sé nada de ella. En mi casa no hay ningún recuerdo de ella, un retrato, una carta, un tejido, cualquiera de esas cosas que dejan las madres y que las recuerdan. Y no es porque mi madrastra las haya destruído o guardado; no las hubo antes de que ella viniera a casa. Durante años vivimos solos con mi padre.

--¿Qué hace su padre?

Me miró, sorprendido de nuevo.

--¿Que qué hace?

--Sí, en qué trabaja.

--Es profesor.

La conversación no lograba tomar una marcha regular. Nos dábamos minuciosas miradas, examinando nuestros rostros, nuestras ropas, nuestros movimientos, como si por el examen de todo ello pudiéramos llegar a

saber algo de nuestras vidas, ~~y nuestra constitución.~~ Hablaba correctamente, quizá más correctamente que yo y debía ser unos siete años mayor, años que representaban, sin duda, una gran porción de experiencia y de conocimientos. Cosa inverosímil: usaba lentes, y no lentes con varillas, de esos con los cuales uno puede correr, saltar, agacharse, pelear y hasta nadar, sino de esos que se sujetan a la nariz con unas pinzas que pellizcan apenas la piel. Un vagabundo con lentes resulta tan raro como uno con paraguas, y no me cabía duda [redacted] de que lo era: sus zapatos, aunque intactos aún, estaban repletos de tierra- ¿cuántos kilómetros llevaba andados ese día?-; unos calcetines color ratón le caían flojamente sobre los tobillos y los bajos del pantalón aparecían tan sucios como los zapatos. Su ropa era casi nueva, pero se veía abandonada, llena de polvo, como si su dueño no tuviera nada que hacer con ella. Su camisa, sin embargo, aunque no resplandeciente, estaba aún presentable y en ella una corbata negra, pelada y con algunas hilachas, iba para allá y para acá, buscando el desbocado cuello. Lo mejor habría sido declarar que era necesario interrogarnos por turno sobre todo aquello que queríamos saber, nuestro origen, por ejemplo, nuestro rumbo, si alguno teníamos, nuestro destino, si es que sospechábamos cuál fuese y por qué, cúando y cómo; pero no era fácil decidirse y no era fácil porque, en realidad, no sentíamos aún la necesidad de saber lo que concernía al otro. Estábamos en los primeros finteos y desconfiábamos: ¿y si resultaba que a la postre no teníamos interés el uno por el otro? Podía suceder que yo llegara a parecerle ~~fuese~~ todo o que él me pareciera a mí ~~también~~, como ~~también~~ podía ocurrir que sus costumbres o sus movimientos me fuesen desagradables o que los míos le pareciesen extraños. Ya me había sucedido ~~pasado~~ - y quizá él también- encontrar individuos con los cuales no sólo es difícil congeniar sino que hasta conversar o estar parados juntos en alguna parte, individuos constituídos de un modo único, duros e impenetrables, por ejemplo, o blandos y porosos, como trozos de ubres de vacas, con los cuales, en muchos casos y engañados por las circunstancias, es uno abierto, comunicativo, y cuenta su vida o algo de ella, dice su chiste y ríe, para descubrir, al final, que no sólo ha perdido el tiempo hablando, sino que, peor aún, ha hecho el ridículo, hablando a ese

individuo de asuntos que a ese individuo le son indiferentes. Había en él, no obstante, algo con que se podía contar desde el principio: las tortugas, en primer lugar, y sus anteojos, después: un individuo con dos tortugas en su equipaje y un par de lentes sobre la nariz, no era alguien a quien se pudiera despreciar allí, a la orilla del Aconcagua: era preciso tomarlo en consideración. Son escasos los vagabundos con anteojos y sólo había conocido uno, un individuo que viajaba en compañía de un organillero y de un platillero con bombo, no en calidad de músico, que no lo era, sino de agregado comercial: cuando el organillero terminaba de girar la manivela y el platillero de tocar y brincar, el judío, pues lo era, polaco además, se adelantaba hacia el público y empezaba a hablar: tenía un rostro infantil, lleno de luz, mejillas sonrosadas y bigote rubio; una larga y dorada cabellera, que se escapaba por debajo de una mugrienta gorra daba a su ser un aire de iluminado. Unos ojos azulencos, de lejano y triste mirar, examinaban a la clientela desde detrás de unos redondos anteojos. Sus ademanes sobrios, casi finos, y su voz suave, impresionaban a la gente, haciéndola creer que aquel hombre hablaba de algo muy importante, tal vez, por su exótico aspecto, de una nueva revelación. Nadie entendía, en los primeros momentos, lo que decía: llevaba bajo el brazo un paquete de folletos y de allí extraía uno, que tendía hacia los circunstantes. ¿ Estaba allí el Verbo ? Algunos espectadores habría deseado tomarlo inmediatamente, pero como hasta ahora ningún elegido del Señor ha aparecido en el mundo en compañía de un organillero que toca " Parlame d'amore, Mariú " y de un timbalero que salta y lanza alaridos, se retenían, aguzando la inteligencia y el oído. A los pocos instantes, los que estaban más cerca y que eran, generalmente, los primeros en entender lo que aquel hombre hablaba, sentían como si una enorme mano les hiciera cosquillas en varias partes del cuerpo al mismo tiempo y se inclinaban o se echaban hacia atrás o hacia un lado, dominados por una irreprimible risa: el iluminado de la gorra mugrienta vendía cancioneros y no hacía, al hablar, otra cosa que anunciarlos y ofrecerlos, pero con palabras tan desfiguradas, tan cambiadas de género y sonido que nadie podía oirlas sin largar la risa. La gente compraba cancioneros con la esperanza de que resultara tan gracioso como el vendedor, encontrándose con que no ocurría eso: no había en ellos otra cosa que

tangos y milongas con letras capaces de hacer sollozar a un antropófago. Entretanto, indiferentes a las ilusiones o desilusiones ajenas, el organillero, inclinado bajo el peso de su instrumento, el platillero con su bombo y su corona de campañillas, y el hombre del rostro iluminado con su paquete de folletos bajo el brazo y sus anteojos brillando sobre la naricilla rojiza, retomaban su camino, mudos como postes. No, un vagabundo con anteojos es una rara ave y allí estan,además, las tortugas, deslizándose sin ruido sobre el pasto: nunca he visto a nadie, ni oído hablar de nadie, que viaje a pié llevando un animal cualquiera, un perro, por ejemplo, o un gato, que exigen atenciones y cuidados especiales y que además muerden, rasguñan, destrozan, ladran, maúllan, roban, hacen el amor, se reproducen, desaparecen, aparecen.Por otra parte, todos los animales domésticos son sedentarios- de otro modo no serían ni lo uno ni lo otro- y nadie ha visto nunca a un viajero que recorra el mundo en compañía de una gallina o de una vaca.Odiaba a esos individuos que viven en los alrededores de las ciudades, en terrenos eriazos, bajo armazones de latas y de sacos, rodeados de gatos, perros y pulgas; me parecían hombre sórdidos, sin atmósfera propia o con una de perros y gatos, seres alumbrados por una imaginación tan oscura como sus pocilgas y que no encuentran nada más interesante que imitar a otros hombres, sus casas, sus comodidades, rodeándose para ello de animales repelentes, gatos enfermos, perros sarnosos;muchos se creen dueños de los terrenos en que viven y ahuyentan a los niños que van a jugar sobre el pasto, cerca de sus pestosos ranchos;prefería los vagabundos sin casa.Pero estas son tortugas pequeñas, torpes y graciosas al mismo tiempo, color tierra; caben las dos en una mano y se desplazan como terrones sobre el húmedo pasto fluvial. Le dan prestancia, originalidad, distinción. ¿ Porqué las lleva ? No podrá comérselas en caso de necesidad ni le servirán de guardaespaldas o de cómplices en ninguna pilatunada. Su ventaja es su pequeñez.

No era , pues, un ser vulgar, uno de esos, tan comunes en todas lás clases sociales, que repelen a sus semejantes como puede repeler un perro muerto. Algo brotaba de él, clara y tranquilamente. Sus ojos, como los del vendedor de cancioneros, eran también de poco brillo, aunque no azulencos sino oscuros,

castaños quizá, de pequeño tamaño y cortas y tiesas pestañas, ojos de miope. Pero, sin duda, le tocaba a él preguntar:

— ¿ No tiene dinero ?

— No. ¿ Para qué ?

Señaló mis zapatos:

— Con esas chancletas no llegará muy lejos.

Era cierto, aunque ya ni chancletas pudiera llamárseles. Un trozo de alambre, tomado de la jeta de la puntera y unido al cerquillo, impedía la desintegración total.

— Es cierto; pero todo lo que tengo son veinte centavos argentinos. Aquí están.

Era el capital con que entraba al país. Examinó la moneda y la dejó sobre el pasto, donde quedó brillando: una cabeza de mujer y un gorro frigio: sean eternos los laureles...

— Tengo ropa, que puedo vender.

— No la venda; le hará falta.

— ¿ Qué hago, entonces ?

— Llevo unas alpargatas en mi mochila; se las prestaré.

— Me quedarán chicas.

— Les cortaremos lo que moleste; lo esencial es no pisar en el suelo desnudo, sino sobre algo. Cuénteme ahora para dónde va; pero no me cuente sino lo que quiera. Lo demás, guárdelo.

VI

Lo demás, guárdelo.

Lo demás era todo.

Miro hacia el norte. El cauce del río es allí ancho, pero su caudal no es copioso y está, además, dividido en brazos que aparecen aquí y allá, entre los matorrales, buscando niveles más bajos o terrenos más blancos, adelgazándose o engruesando, según la suerte que les toca, pues ocurre que tan pronto es aquél despojado íntegramente de sus aguas por un canal, como éste aumentado por el caudal de uno más pequeño que habiendo hallado dificultades en su marcha, terrenos duros, por ejemplo, o lechos con guijarros muy gordos, renuncia a sus ambiciones de independencia y se une con el primero que encuentra; y hay algunos que luchan durante un gran trecho con las piedras que los areneros dejan amontonadas en uno y otro lado o que el mismo río, en épocas de crecida, al arremeter contra todo, acumula, y se oye al agua deslizarse prolijamente, como contando las piedras, hasta alcanzar un remanso donde parece descansar, para luego seguir. silenciosa. La orilla contraria muestra hileras o grupos de árboles, sauces y álamos, principalmente; hay un corte a pique, de poca altura, luego un trozo plano, breve, y en seguida el terreno empieza a subir hacia las colinas marítimas, amarillando algunas de rastrojos de trigo o cebada y todas mostrando graciosos grupos de arbolillos, espinos, maitenes, boldos, que aparecen sobre ellas como amigos o como viejas que conversaran allí sobre la dura vida y las terribles enfermedades de la infancia, de la adolescencia, de la edad madura y de la vejez. Mirando hacia el oeste ocurre que no se ve nada. ¿Puede el río correr allí a su gusto, libre de altas orillas, de vegas, de matorrales, de guijarros, de canales de riego o industriales que lo despojan, lo achican, para después volver a llenarlo? No: el río muere allí. Hay algo como una neblina hacia el oeste y detrás de ese algo como neblina está el mar. Hacia el este se alza la muralla de la cordillera; relámpagos de hielos quizá tan viejos como el mar, cumbres violentas, El Acon-

VI

Lo demás, guárdelo.

Lo demás era todo.

Miró hacia el norte. El cauce del río es allí ancho, pero su caudal no es copioso y está, además, dividido en brazos que aparecen aquí y allá, entre los matorrales, buscando niveles más bajos o terrenos más blancos, adelgazándose o engruesando, según la suerte que les toca, pues ocurre que tan pronto es aquél despojado íntegramente de sus aguas por un canal, como éste aumentado por el caudal de uno más pequeño que habiendo hallado dificultades en su marcha, terrenos duros, por ejemplo, o lechos con guijarros muy gordos, renuncia a sus ambiciones de independencia y se une con el primero que encuentra; y hay algunos que luchan durante un gran trecho con las piedras que los areneros dejan amontonadas en uno y otro lado o que el mismo río, en épocas de crecida, al arremeter contra todo, acumula, y se oye el agua deslizarse prolijamente, como contando las piedras, hasta alcanzar un remanso donde parece descansar, para luego seguir silenciosa. La orilla contraria muestra hileras o grupos de árboles, sauces y álamos, principalmente; hay un corte a pique, de poca altura, luego un trozo plano, breve, y en seguida el terreno empieza a subir hacia las colinas marítimas, amarillando algunas de rastrojos de trigo o cebada y todas mostrando graciosos grupos de arbolillos, espinos, maitenes, boldos, que aparecen sobre ellas como amigos o como viejas que conversaran allí sobre la dura vida y las terribles enfermedades de la infancia, de la adolescencia, de la edad madura y de la vejez. Mirando hacia el oeste ocurre que no se ve nada. ¿Puede el río correr allí a su gusto, libre de altas orillas, de vegas, de matorrales, de guijarros, de canales de riego o industriales que lo despojan, los achican, para después volver a llenarlo? No: el río muere allí. Hay algo como una neblina hacia el oeste y detrás de ese algo como neblina está el mar. Hacia el este se alza la muralla de la cordillera; relámpagos de hielos quizá tan viejos como el mar, cumbres violentas.

El Acon-

cagua, padre del río, llena el horizonte hacia el este.

Mi vida era breve. Había pasado malos ratos, pero me pareció natural pasarlos: eran quizá una contribución que cada cierto tiempo era necesario pagar a alguien, desconocido aunque exigente, y no era justo que uno solo, mi padre, pagara siempre por todos. Los cuatro hermanos estábamos ya crecidos y debíamos empezar a aportar nuestras cuotas, y como no podíamos dar lo que otros dan, trabajo o dinero, dimos lo único que en ese tiempo, y como hijos de ladrón, teníamos: libertad y lágrimas. Siempre me gustó el pan untado con mantequilla y espolvoreado de azúcar y aquella tarde, al regresar del colegio, me dispuse a comer un trozo y a beber un vaso de leche. En ello estaba cuando sonaron en la puerta de calle tres fuertes golpes. Mi madre, que cosía al lado mío, levantó la cabeza y me miró: los golpes eran absurdos; en la puerta, a la vista de todos, estaba el botón del timbre. El que llamaba no era, pues, de la casa y quería hacerse oir inequívocamente. ¿Quién podría ser? Mis hermanos llegaban un poco más tarde y, por otro lado, podía encontrar a ojos cerrados el botón del timbre; en cuanto a mi padre, no sólo no golpeaba la puerta ni tocaba el timbre; ni siquiera le oíamos entrar: aparecía de pronto, como surgiendo de la noche o del aire, mágicamente. Sus hijos recordaríamos toda la vida aquella noche en que apareció ante la puerta del comedor en los momentos en que terminábamos una silenciosa comida; hacía algún tiempo que no le veíamos -- quizá estaba preso -- y cuando le vimos surgir y advertimos la larga y ya encanecida barba que traía, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, rompimos a llorar, tal vez de alegría, quizá de miedo. . . Mi madre, sin embargo, parecía saberlo, pues me dijo, levantándose:

--Bébete pronto esa leche.

La bebí de un sorbo y me metí en la boca, en seguida, casi la mitad del pan. Me sentí azorado, con el presentimiento de que iba a ocurrir algo desconocido para mí. Mi madre guardó el hilo, la aguja, el dedal y la ropa que zurcía; miró los muebles del comedor, como para cerciorarse de que estaban limpios o en orden y se arregló el delantal; me miró

cegua, padre del río, llena el horizonte hasta el este.

Mi vida era breve. Había pasado malos ratos, pero me parecía natural pasarlos; eran quizá una contribución que cada cierto tiempo era necesario pagar a alguien, desconocido aunque exigente, y no era justo que uno solo, mi padre, pagara siempre por todos. Los cuatro hermanos estábamos ya creciditos y debíamos empezar a aportar nuestras cuotas, y como no podíamos dar lo que otros dan, trabajo o dinero, dimos lo único que en ese tiempo, y como hijos de ladrón, teníamos: libertad y lágrimas. Siempre me gustó el pan untado con mantequilla y espolvoreado de azúcar y aquella tarde, al regresar del colegio, me dispuse a comer un trozo y a beber un vaso de leche. Mi ello estaba cuando sonaron en la puerta de calle tres fuertes golpes. Mi madre, que cosía al lado mío, levantó la cabeza y me miró: los golpes eran abruptos; en la puerta, a la vista de todos, estaba el botón del timbre. Mi que llamaba no era, pues, de la casa y quería hacerse oír inmediatamente. ¿Quién podría ser? Mis hermanos llegaban un poco más tarde y, por otro lado, podía encontrar a ojos cerrados el botón del timbre; en cuanto a mi padre, no solo no golpeaba la puerta ni tocaba el timbre; ni siquiera la oíamos entrar: aparecía de pronto, como surgiendo de la nada o del aire, mágicamente. Sus hijos recordábamos toda la vida aquella noche en que apareció ante la puerta del comedor en los momentos en que terminábamos una silenciosa comida; hacía algún tiempo que no le veíamos -- quizá estaba preso -- y cuando le vimos surgir y advertimos la larga y ya encanecida barba que traía, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, tomamos a llorar, tal vez de alegría, quizá de miedo. . . Mi madre, sin embargo, pareció esperlo, pues me dijo, levantándose:

--Bébete pronto esa leche.

La bebí de un sorbo y me metí en la boca, en seguida, casi la mitad del pan; me sentí azorado, con el presentimiento de que iba a ocurrir algo desconocido para mí. Mi madre guardó el hilo, la aguja, el dedal y la ropa que cosía; miró los muebles del comedor, como para cerciorarse de que estaban limpios o en orden y se arregló el delantal; me miró

a mí también, pero con una mirada diferente a la anterior, una mirada que parecía prepararme para lo que luego ocurrió. Estaba dándole fin al pan y nunca me pareció más sabroso: la mantequilla era suave y el azúcar que brillaba sobre ella me proporcionó una deliciosa sensación al recogerla con la lengua, apresuradamente, de las comisuras de los labios. Cuando mi madre salió al patio la puerta retembló bajo tres nuevos, más fuertes y más precipitados golpes y después del último- sin duda eran dos o más las personas que esperaban- sonó el repiqueteo de la campanilla, un repiqueteo largo, sin intérvalo; el que llamaba estaba próximo a echar abajo la puerta. Concluí de comer el pan, recogí el vaso y su platillo, que puse sobre el aparador y dí un manotón a las migas que quedaban sobre la mesa. Entre uno y otro movimiento oí que mi madre abría la puerta y que una voz de hombre, dura y sin cortesía, casi tajante, decía algo como una pregunta; la voz de mi madre, al responder, resultó increíblemente tierna, casi llorosa; la frase que pronunció enseguida el hombre pareció quemar el delicado brote. Hubo un breve diálogo, la puerta sonó como si la empujaran con brusquedad y un paso de hombre avanzó por el corredor de baldosas. Yo escuchaba. La distancia desde la puerta de calle hasta la del comedor era de quince pasos, quince pasos contados innumerables veces al recorrer la distancia en diversas formas: caminando hacia delante o hacia atrás, de este lado y con los ojos abiertos o de este otro y con los ojos cerrados, sin hallar nunca una mayor o menor diferencia. Detrás de los pasos del hombre sonaron, precipitados, los de mi madre: para ella, baja de estatura como era, los pasos eran dieciocho o diecinueve... Cuando el desconocido- pues no me cabía duda alguna de que lo era- apareció frente a la puerta del comedor, yo, todavía relamiéndome, estaba de pie detrás de la mesa, los ojos fijos en el preciso punto que iba a surgir; no se me ocurrió sentarme o moverme del lugar en que estaba en el instante en que dí el manotón a las migas, o, quizá, el diálogo o los pasos me impidieron hacerlo. El hombre llegó, se detuvo en aquel punto y miró hacia el interior: allí estaba yo, con mis doce años, de pie, sin saber qué cara poner a su mirada, que pareció medir mi estatura, apreciar mi corpulencia, estimar mi desarrollo muscular y adivinar mis intenciones. Era un hombre alto, erguido, desenvuelto; entró, dió una mirada a su alrededor y vió, sin duda, todo, los muebles, las puertas,

el bolsón con mis cuadernos sobre una silla, las copas, los colores y las líneas de los papeles murales, quizá si hasta las migas, y se acercó a mí:

— ¿ Cómo te llamas ?

Hice un esfuerzo y dije mi nombre. La voz de mi madre, más entonada ahora, irrumpió:

— El niño no sabe nada; ya le he dicho que Aniceto no está en casa.

Otros dos hombres aparecieron en la puerta y uno de ellos, al girar, mostró una espalda como de madera.

— ¿ Dónde está tu padre ?

Mi madre se acercó, y el hombre, después de mirarla, pareció reaccionar; su voz bajó de tono:

— Me doy cuanta de todo y no quiero molestarla, señora, pero necesito saber dónde está el Gallego.

La voz de mi madre tornó a hacerse tierna, como si quisiese persuadir, por medio de su ternura, a aquél hombre:

— Ya le he dicho que no se donde está; desde ayer no viene a casa.

Si había algo que yo, en esos tiempos, quería saber siempre, era el punto en que mi padre, en cualquier momento, pudiera encontrarse.

— ¿ Para dónde vas ?

— Para el norte; talvez llegue hasta Brasil o Perú.

— ¿ Por dónde ?

— A Rosario, y después.... río arriba.

Marcaba su camino en los mapas de mis textos de estudio y procuraba adivinar el punto que mencionaría en su próxima carta; venían nombres de pueblos, de ríos, de oscuros lugares, selvas, montañas; después, sin aviso previo, las cartas empezaban a llegar desde otro país y entonces me sentía como perdido y sentía que él también estaba un poco perdido para nosotros y quizá para él mismo. Caminaba, con sus silenciosos y seguros pasos, las orillas de los ríos del noreste argentino, las ciudades de las altas mesetas bolivianas y peruanas, los húmedos pueblos de la costa tropical del pacífico oriental, los lluviosos del sur de Chile: Concordia, Tarija, Paso de los Libres, Arequipa, Bariloche, Temuco, eran, en ciertos momentos, familiares para nosotros.

— Aquí está.

Iba hacia el norte, giraba hacia el este, tornaba al sur, sus pasos seguían el sol o entraban en la noche; de pronto desaparecería o de pronto regresaba. Aquella vez, sin embargo, a pesar de haberle visto la noche anterior, ignoraba su paradero:

— No sé.

Uno de los policías intervino:

— ¿ Lo buscamos en la casa ?

El hombre rechazó la sugestión:

— No, si estuviese habría salido.

Hubo un momento de indecisión; mi madre , con las manos juntas sobre su vientre y debajo del delantal, miraba el suelo, esperando; el hombre de la voz tajante pensaba, vacilando, sin duda, sobre qué medida tomar; los otros dos policías, sin responsabilidad, de pié aún en el patio, miraban, con aire de aburrimiento muscular, los racimos de uva que pendían del parrón. Yo miraba a todos. El hombre se decidió:

— Lo siento, pero es necesario que me acompañe.

— ¿ A dónde ? - interrogó mi madre. Su voz, inesperadamente, se hizo dura.

— Al Departamento de Policía.

— Pero, ¿por qué?

— Es necesario.

Mi madre calló; preguntó, después:

— ¿Y el niño?

El hombre me miró y miró de nuevo el bolsón de mis libros. Dudó un instante; su mente, al parecer, no veía claramente el asunto, pero, como hombre cuya profesión está basada en el cumplimiento del deber a pesar de todo, optó por lo peor:

— El niño también.

— ¿Por qué el niño?

Nuevamente vaciló el hombre: el deber lo impulsaba, sin dirigirlo; por fin como quien se desprende de algo molesto, dijo:

— Tiene que ir; estaba aquí.

— Aquí está.

Iba hacia el norte, giraba hacia el este, tornaba al sur; sus pasos seguían el sol o entraban en la noche; de pronto desaparecería o de pronto regresaba. Aquella vez, sin embargo, a pesar de haberle visto la noche anterior, ignoraba su paradero:

— No sé.

Uno de los policías intervino:

— ¿Lo buscamos en la casa ?

El hombre rechazó la sugestión:

— No, si estuviese habría salido.

Hubo un momento de indecisión; mi madre , con las manos juntas sobre su vientre y debajo del delantal, miraba el suelo, esperando; el hombre de la voz tajante pensaba, vacilando, sin duda, sobre qué medida tomar; los otros dos policías, sin responsabilidad, de pié aún en el patio, miraban, con aire de aburrimiento muscular, los racimos de uva que pendían del parrón. Yo miraba a todos. El hombre se decidió:

— Lo siento, pero es necesario que me acompañe.

— ¿ A dónde ? - interrogó mi madre. Su voz, inesperadamente, se hizo dura.

— Al Departamento de Policía.

— Pero, ¿por qué ?

— Es necesario.

Mi madre calló; preguntó, después:

— ¿Y el niño?

El hombre me miró y miró de nuevo el bolsón de mis libros. Dudó un instante su mente, al parecer, no veía claramente el asunto, pero, como hombre cuya profesión está basada en el cumplimiento del deber a pesar de todo, optó por lo peor:

— El niño también.

— ¿Por qué el niño?

Nuevamente vaciló el hombre: el deber lo impulsaba, sin dirigirlo; por fin como quien se desprende de algo molesto, dijo:

— Tiene que ir; estaba aquí.

Después de vestirse mi madre y de hablar con una vecina,encargándole la casa,salimos a la calle. No fuimos ,sin embargo,al Departamento de Policía : el resto de esa tarde y la para nosotros larga noche que siguió,permanecimos sentados en los bancos de una comisaría: allí nos dejaron, sin explicaciones previas,los tres policías, que desaparecieron. Mi madre no habló casi nada durante esas doce o catorce horas,excepto al pedir a un gendarme que nos comprara algo de comida: no lloró,no suspiró. Por mi parte, la imité; mientras estuviera al lado de ella me era indiferente que hablara o enmudeciera; lo importante era que estuviese. A las siete u ocho de la mañana,con el cuerpo duro,nos sacaron de allí: ella debía ir al Departamento de Policía, pero a la sección de mujeres; a mí se me consideraba ya hombre y debía ir a la sección correspondiente; tampoco habló nada al bajar del carro policial, frente al Departamento,donde nos separaron,yéndose ella en compañía de un agente y siguiendo yo a otro. ¿Qué podía decirme? Su corazón, sin duda, estaba atribulado, pero cualquier frase, aun la más indiferente,habría empeorado las cosas; por otra parte,¿cómo decir nada,allí, delante de los policías?

Al entrar al calabozo común,empujado por la mano de un gendarme, ví que los detenidos me miraban con extraordinaria curiosidad: no era,aquel, sitio adecuado para un niño de doce años, de pantalón corto aún,vestido con cierta limpieza y de aspecto tímido.¿Quién era y qué delito podía haber cometido? A un Departamento de Policía no se entra así como así: es lugar destinado a individuos que han cometido,que se supone han cometido o que se les atribuye haber cometido un hecho punible; llegar por una contravención municipal,por haber roto un vidrio o por haberse colgado de un tranvía,es trastornar todo el complicado aparato jurídico.Debía ser, dada mi edad, un raterillo, aunque un raterillo extraordinario. Pero si ellos no sabían quién era yo,yo, por mi parte, no podía decirlo; apenas entrado en el calabozo sentí que toda mi entereza,todo el valor que hasta ese momento me acompañara, y que no era más que el reflejo de la presencia de mi madre, se derrumbaba.Busqué a mi alrededor dónde sentarme y no ví otro asiento que los tres escalones de ladrillo que acababa de pisar para llegar hasta el piso del calabozo, en desnivel con el patio;allí me senté, incliné la cabeza, y mientras buscaba, a prisa, un pañuelo en mis bolsillos,lancé un espantoso sollozo que fué seguido de un to-

rrente de lágrimas. Los presos que se paseaban se detuvieron y los que hablaban, callaron. Ignoro cuánto tiempo sollocé y lloré. Una vez que hube llorado bastant apaciguado mis nervios, secado mis ojos y sonado mis narices, sentí que me invadía una sensación de vergüenza y miré a mi alrededor; un hombre estaba frente a mí, un hombre que no sentí acercarse - usaba alpargatas - y que, a dos pasos de distancia, esperaba que terminara de llorar para hablarme. Sonreía, como disculpándose o como queriendo ganar mi confianza y me dijo, acércandose más, y poniéndose en cuclillas ante mí:

-- ¿Por qué lo traen?

Su voz resultó tan bondadosa que casi rompí a llorar de nuevo. Me retuve, sin embargo, y, como no supe qué contestar, me encogí de hombros :

-- ¿Viene con proceso ?

No sabía que significaba aquello y callé. El hombre, era poco más que un mocetón, se turbó y miró a los demás presos, pidiendo ayuda. Un individuo entrado ya en la vejez, bajo y calvo, derrotado de ropa, la barba crecida y la cara como sucia, se acercó. Los demás presos esperaron:

-- ¿ Por qué está preso? ¿ Qué ha hecho?

Su voz era menos suave que la del joven, aunque más directa y urgente. ¿ Era curiosidad o simpatía? Contesté:

-- No he hecho nada.

--¿ Por qué lo han traído, entonces?

-- Buscaban a mi padre; no estaba y nos trajeron a nosotros.

-- ¿ Quién más?

-- Mi madre,

--¿ Quién es su padre?

-- Aniceto Hevia.

--¿ El Gallego? -- preguntó el joven.

Asentí, un poco avergonzado del apodo: en la intimidad mi madre lo llamaba así y era para nosotros un nombre familiar. Allí resultaba tener otro sentido y casi otro sonido. Los hombres se miraron entre sí y el viejo habló de nuevo, siempre urgente, como si no hubiera tiempo que perder:

-- Pero usted no ha hecho nada...

-- Nada --dije, encogiéndome de hombros, extrañado de la insistencia.

El viejo se irguió y se alejó. Los inocentes no le importaban. El joven dijo:

-- Su padre está aquí.

Miré hacia el patio.

-- No puede ser. No estaba en casa y nadie sabía dónde estaba.

Aseguró:

-- Lo tomaron anoche.

Lo miré, incrédulo:

-- Sí, acaba de pasar;lo llevaban a la jefatura.

Me tranquilicé por una parte y me dolí por otra : me tranquilicé porque supe donde estaba y me dolí porque estuviese allí. De modo que lo habían detenido.. Me expliqué el abandono en que nos dejaron en la comisaría. Durante aquellas horas lo imaginé marchando hacia el sur,no caminando ni viajando en tren sino deslizándose a ras de suelo, en el aire, rápida y seguramente - tal cómo a veces me deslizaba yo en sueños --, inaprehensible e inencontrable,perdiéndose en la pampa.

-- Lo tomó Aurelio.

-- ¿ Aurelio?

-- Sí. ¿No lo conoce?

La conversación era difícil, no sólo porque no existía ningún punto de contacto entre aquel hombre y yo sino que,con seguridad,porque no lo habría aunque los dos llegáramos a ser -¿ quién sabe si ya lo éramos? - de la misma categoría. Veía en él algo que no me gustaba y ese algo era su excesivo desarrollo muscular,visible principalmente en las piernas,gruesas en demasía, y en sus hombros, anchos y caídos. ¿ Quién era ? A pesar de su voz bondadosa no había en él nada fino y ni sus ojos claros ni su pelo rubio y ondeado, ni su piel blanca ni sus manos limpias me inclinaban hacia él.Noté ,de pronto, que me hacía con los ojos un guiño como de advertencia: " Mire hacia el patio". Miré: el hombre de la tarde anterior, el de la voz tajante, atravesaba el patio, saliendo de la sombra al sol. Caminaba con pasos firmes, haciendo sonar los tacos sobre las baldosas de colores.

-- Ese es Aurelio.

Durante un instante sentí el deseo de llamarle: "Eh, aquí estoy,"pero me retuve. Estaba ya en una zona en que la infancia empezaba a transformarse y

mi conciencia se daba un poco cuenta de ese cambio. Una noche en una comisaría y un día, o unas horas no más, en el calabozo de un Departamento de Policía, junto a unos hombres desconocidos, era toda mi nueva experiencia y sin embargo eso era suficiente para cualquier niño.En adelante nada me sorprendería y todo lo comprendería, por lo menos en los asuntos que a mí y a los míos concernieran. No tenía ningún resentimiento contra el hombre cuyo nombre acababa de conocer; sospechaba que cumplía, como mi padre y como todos los demás hombres, un deber que no podía eludir sin dejar de ser lo que obligadamente era; pero nuestros planos eran diversos y debíamos mantenernos en ellos, sin pasar del uno al otro sino algunas veces,forzados por las circunstancias y sin dejar de ser lo que éramos: un policía y un hijo de ladrón. No era antipático, no se mostró ni violento ni insolente con mi madre y su conducta era su conducta. Sería para mí, en adelante y para siempre, el hombre que por primera vez me llevó preso. En el momento en que giraba la cabeza para mirar otra vez al hombre con quien mantenía el dificultoso diálogo, sentí unos pasos que conocía y que me hicieron detener el movimiento: los pasos de mi padre, esos pasos que sus hijos y su mujer oíamos en la casa, durante el día,cuando caminaba como sólo para nosotros, haciendo sonar el piso rápida o lentamente, pero con confianza, sin temor al ruido que producían o a quienes los escuchaban, esos pasos que iban disminuyendo de gravedad y de sonido en tanto se acercaba la noche, tornándose más suaves, más cautelosos, hasta hacerse inaudibles: parecía que a medida que se dilataban las pupilas de los gatos los pasos de mi padre perdían su peso. Giré de nuevo la cabeza,al mismo tiempo que me erguí para verlo a mi gusto y para que él también me viera. Dió vuelta al extremo del corredor: era siempre el hombre delgado,alto, blanco, de bigote canoso,grandes cejas,rostro un poco cuadrado y ~~de~~ expresión adusta y bondadosa. Miraba hacia el suelo mientras caminaba, pero al entrar al patio y alcanzar la luz levantó la cabeza: frente a él y tras la reja de un calabozo para detenidos comunes estaba su tercer hijo. Su paso se entorpeció y la dirección de su marcha sufrió una vacilación: pareció detenerse; después, arrepentido,tomó hacia la derecha y luego hacia la izquierda:

-- Por aquí -- le advirtió el gendarme tocándole el brazo.

El sabía de sobra para dónde y por dónde debía ir. Me vió,pero nada en él, fuera de aquella vacilación en su marcha,lo denotó. Llevaba un pañuelo de

mi conciencia se daba un poco cuenta de ese cambio. Una noche en una conferencia
y un día, o unas horas no más, en el calabozo de un departamento de Policía,
junto a unos hombres desconocidos, era toda mi nueva experiencia y aún embargo
eso era suficiente para cualquier niño. Un adelanto mayor de comprensión y todo
lo comprendería, por lo menos en los asuntos que a mí y a los míos concernían,
no tenía ningún resentimiento contra el hombre cuyo nombre acababa de conocer;
comprendía que cumplía, como él padre y como todos los demás hombres, un deber
que no podía eludir sin dejar de ser lo que obligadamente era; pero muchas
veces eran diversos y debíamos tropezarnos en ellos, sin pasar del uno al
otro sino algunas veces, forzados por las circunstancias y sin dejar de ser lo
que éramos: un policía y un hijo de ladrón. Ese era nuestro destino, no se mostró
ni violento ni insolente con mi madre y su conducta era su conducta. Sería para
mí, en adelante y para siempre, el hombre que por primera vez me llevó preso.
En el momento en que ejerzba la esbozo para mirar otra vez al hombre con quien
mantenía el difícil trato diario, sentí unos pasos que conocía y que me hicieron
detener el movimiento: los pasos de mi padre, esos pasos que sus hijos y su mu-
jer oíamos en la casa, durante el día,cuando caminaba como sólo para nosotros,
pesando sobre el piso rápido o lentamente, pero con confianza, sin temor al
ruido que produjeran o a quienes los escucharan, esos pasos que iban diminuyen-
do de sonoridad y de sonido en tanto se acercaba la noche, tornándose más sua-
ves, más cautelosos, hasta hacerse inaudibles: parecía que a medida que se dis-
taban los pupilas dejaban todos los pasos de mi padre perdían en peso. Oírlo de
nuevo la noche,al mismo tiempo que me exigí para verlo a mí cuarto y para que
él también me viera. Dio vuelta el extremo del corredor: era siempre el hom-
bre delgado, alto, flaco, delgado canoso,grande ojos,nuevo un poco cadave-
do y de expresión adusta y bondadosa. Mirabe hacia el cuello mientras caminaba,
pero el embozo del poncho y alcanzar la luz lograbe la cabeza: frente a él y tras
la reja de un calabozo como detenidos comunes estaba en tercer día. Se pasa
se entumecía y la fijeza de su mirada cubrió una vacilación parecía dete-
nerse; después, enseguida, tomó hacia la derecha y luego hacia la izquierda;
-- Por ahí -- le advirtió el guardián tocándole el brazo.
El sabía de sobra para dónde y por dónde debía ir. Se vió, pero pasó en él
breve de cualquier vacilación en su marcha,lo detuvo. Llevaban un manojo de

seda alrededor del cuello y su ropa estaba limpia y sin arrugas, a pesar de la mala noche que, como nosotros, había pasado. Desapareció en el otro extremo del patio y yo, volviéndome, me senté de nuevo en el escalón. Los hombres del calabozo, testigos de la escena, estaban todavía de pie, inmóviles, mirándome y esperando la reacción que aquello me produciría. Pero no hubo reacción visible: había llorado una vez y no lloraría una segunda. Lo que sentí les pasó inadvertido y era algo que no habría podido expresar con palabras en aquel momento: una mezcla de sorpresa, de ternura , de pena, de orgullo , de alegría; durante un rato sentí un terrible espasmo en la cabeza, pero pasó. Mi padre sabía que yo estaba allí y eso era lo importante. Los hombres, abandonando su inmovilidad y su mudez, se movieron de nuevo para acá y para allá y reanudaron sus conversaciones, y hasta el joven, que pareció al principio tener la esperanza de ser actor o testigo de una escena más larga y más dramática, quedó desconcertado e inició un paso para irse: otro ruido de pasos lo detuvo: era ahora un caminar corto y rápido, un poco arrastrado, pero tan poco que sólo un oído fino podía percibir la claudicación; unos años más, sin embargo, y la claudicación sería evidente. La marcha se detuvo detrás de mí y en el mismo momento sentí que una mano tocaba mi hombro. El joven detuvo su movimiento, como yo antes el mío, y se inmovilizó, en tanto yo, girando de nuevo, me erguí: detrás de la reja , dentro de un traje gris verdoso de gendarme, estaba un viejecillo pequeño y delgado: sus cejas eran quizá tan largas y tan canosas como sus bigotes y unos ojos azules, rientes, miraban como de muy lejos desde debajo de un quepis con franja roja; me dijo, con voz cariñosa:

—¿ Es usted el hijo del Gallego?

No sé por qué, aquella pregunta y aquel tono de voz volvieron a hacer aparecer en mi garganta el espasmo que poco antes logré dominar. No pude hablar y le hice un gesto afirmativo con la cabeza.

— Acérquese — me dijo.

Me acerqué a la reja y el viejecillo colocó su mano como de niño, pero arrugadita, sobre mi antebrazo:

— Su papá pregunta por qué está aquí; qué ha pasado.

Me fijé en que llevaba en la mano izquierda, colgando de un gran arco, una cantidad de llaves de diversos tamaños. Respondí, contándole lo sucedido. Me pre-

guntó:

--¿Así es que su mamá también está detenida?

--En la Sección de Mujeres.

--Y usted, ¿necesita algo?

--Nada.

--¿Dinero?

--No. ¿Para qué?

--¿Qué le preguntaron en la comisaría?

Nadie nos hizo el menor caso en la comisaría: los policías nos miraban con sorpresa, como preguntándonos qué hacíamos allí. Alguien, sin embargo, sabría qué hacíamos allí y por qué estábamos, pero era, de seguro, alguien que no tenía prisa para con nadie, tal vez ni consigo mismo: nos consideraba, y consideraría a todo el mundo, como abstracciones y no como realidades: un policía era un policía y un detenido era un detenido, es decir, sustantivos o adjetivos, y cuando por casualidad llegaba a darse cuenta de que eran, además, seres humanos, sufriría gran disgusto: tenía que preocuparse de ellos. El viejecillo volvió a palmearme el brazo:

--Bueno, si necesita algo haga llamar a Antonio; vendré en seguida.

Se alejó por el patio, tiesesito como un huso, y allí me quedé, como en el aire, esperando nuevos acontecimientos. ¿Quién vendría ahora? Transcurrió un largo rato antes de que alguien se preocupara de mí, largo rato que aproveché oyendo las conversaciones de los presos: procesos, condenas, abogados. ¿De qué iban a hablar? Antonio y un gendarme aparecieron ante la puerta y me llamaron; salí y fuí llevado, a través de largos corredores, hasta una amplia oficina, en donde fuí dejado ante un señor gordo, rosado, rubio, cubierto con un delantal blanco. Me miró por encima de sus anteojos con montura dorada y procedió a filiarme,

guntó:

--¿Así es que su mamá también está detenida?

--En la Sección de Mujeres.

--Y usted, ¿necesita algo?

--Nada.

--¿Dinero?

--No. ¿Para qué?

--¿Qué le preguntaron en la comisaría?

Nadie nos hizo el menor caso en la comisaría: los policías nos miraban con sorpresa, como preguntándonos qué hacíamos allí. Alguien, sin embargo, sabría qué hacíamos allí y por qué estábamos, pero era, de seguro, alguien que no tenía prisa para con nadie, tal vez ni consigo mismo: nos consideraba, y consideraría a todo el mundo, como abstracciones y no como realidades: un policía era un policía y un detenido era un detenido, es decir, sustantivos o adjetivos, y cuando por casualidad llegaba a darse cuenta de que eran, además, seres humanos, sufriría gran disgusto: tenía que preocuparse de ellos. El viejecillo volvió a palmearme el brazo:

--Bueno, si necesita algo haga llamar a Antonio; vendré en seguida.

Se alejó por el patio, tiesesito como un huso, y allí me quedé, como en el aire, esperando nuevos acontecimientos. ¿Quién vendría ahora? Transcurrió un largo rato antes de que alguien se preocupara de mí, largo rato que aproveché oyendo las conversaciones de los presos: procesos, condenas, abogados. ¿De qué iban a hablar? Antonio y un gendarme aparecieron ante la puerta y me llamaron; salí y fuí llevado, a través de largos corredores, hasta una amplia oficina, en donde fuí dejado ante un señor gordo, rosado, rubio, cubierto con un delantal blanco. Me miró por encima de sus anteojos con montura dorada y procedió a filiarme,

preguntándome el nombre, apellido, domicilio, educación, nombres y apellidos de mis padres. Al oir los de mi padre levantó la cabeza:

— ¡ Hombre ¡ ¿ Usted es hijo de El Gallego?

Su rostro se animó.

Respondí afirmativamente.

— Lo conozco desde hace muchos años.

La noticia me dejó indiferente. Se inclinó y dijo, con voz confidencial:

— Fuí el primero que le tomó en Argentina las impresiones digitales, y me las sé de memoria; eran las primeras que tomaba. ¿ Qué coincidencia, no? Es un hombre muy serio. A veces lo encuentro por ahí. Claro es que no nos saludamos.

Se irguió satisfecho.

— A mí no me importa lo que es, pero a él seguramente le importa que yo sea empleado de Investigaciones. Nos miramos, nada más, como diciendonos." Te conozco, mascarita," pero de ahí no pasa. Yo sé distinguir a la gente y puedo decir que su padre es..., como le diré...., decente, sí, quiero decir, no es un cochino; es incapaz de hacer barbaridades y no roba porquerías, claro, no roba porquerías. No. El Gallego, no .

Mientras hablaba distribuía fichas aquí y allá en cajas que estaban por todas partes. Luego, tomando un pequeño rodillo empezó a batir un poco de tinta negra sobre un trozo de marmol.

— Por lo demás, yo no soy un policía, un pesquiza, nada; soy un empleado, un técnico. Todos sabemos distinguir a la gente. Además, sabemos quién es ese y quién es aquél. ¿ Porqué traen a éste ? Acogotó a un borracho para robarle dos pesos. Hágame el favor: por dos pesos... ¿ Y a este otro? Se metió en una casa, lo sorprendieron y agredió al patrón e hirió a un polícia. ¿ Qué hace usted con malevos así ? Y este otro y el de más allá asaltaron a una mujer que iba a su trabajo o mataron a un compañero por el reparto de una ratería. Malas bestias, malas bestia. Palos con ellos; pero hay muchos y son los que más dan que hacer. La polícía estaría más tranquila si todos los ladrones fuesen como su padre. Permítame.

Me tomó la mano derecha.

--Abra los dedos.

Cogió el pulgar e hizo correr sobre él el rodillo lleno de tinta, dejándomelo negro.

--Suelte el dedo, por favor; no haga fuerza; así.

Sobre una ficha de varias divisiones apareció,en el sitio destinado al pulgar, una mancha chata, informe, de gran tamaño.

-- El otro; no ponga los dedos tiesos; suelto, si me hace el favor; eso es. ¿ Sabe usted lo que ocurrió cuando por primera vez tomaron preso a su padre ? Se trataba de ciento treinta mil pesos en joyas. ¿ Se da cuenta ? Ciento treinta mil de la nación...Bueno, cuando lo desnudaron para registrarlo- se había perdido, ¿ sabe ?, un solitario que no apareció nunca- se armó un escándalo en el Departamento: toda su ropa interior era de seda y no de cualquiera sino de la mejor. Ni los jefes habían visto nunca, y talvez no se pondrían nunca, una ropa como aquella. El director se hizo llevar los calzoncillos a su oficina; quería verlos. Usted sabe: hay gente que se disloca por esas cosas. El Gallego... salió en libertad a los tres meses. A los pocos días de salir le mandó un regalo al gendarme del patio en que estuvo detenido y que, según parece, se portó muy bien con él; dicen que le escondió el solitario; quién sabe: un juego de ropa interior, pura seda; pero con eso arruinó al pobre hombre; renunció a su puesto y se hizo ratero; a los dos o tres meses, zas, una puñalada y si te he visto no me acuerdo; y no crea usted que lo mató un policía o algún dueño de casa o de negocio bueno para las sacas; nada; sus mismos compañeros, que cada vez que lo miraban se acordaban de que había sido vigilante. El otro: así. Venga para acá.

Me hizo sacar los zapatos y midió mi estatura.

--¡ Qué pichón; Le faltan cinco centímetros para alcanzar a su padre. ¿ Usted estudia ?

-- Sí, señor.

-- Hace bien: hay que estudiar; eso ayuda mucho en la vida. ¿ Y dónde estudia ?.

-- En el Colegio Cisneros.

-- Buen colegio. ¿ Tiene alguna señal particular en el cuerpo ? ¿ En la ca-

ra ? Una cicatriz en la ceja derecha; un porrazo, ¿ eh ?, ojos oscuros; orejas, regular tamaño; pelo negro; bueno, se acabó. Seguramente le tocará estar al lado de su padre, no por las impresiones, que son diferentes, sino por el nombre y el apellido. Váyase no más.

Tocó un timbre y apareció el gendarme.

— Lléveselo: está listo. Que le vaya bien, muchacho.

Volví al calabozo. Los detenidos continuaban paseando y conversando. Se había formado una hilera que marchaba llevando el paso; al llegar al final de espacio libre, frente al muro, giraban al mismo tiempo y quedaban alineados, sin equivocarse.

— Le dije al juez: soy ladrón, señor, no tengo porqué negarlo y si me toman preso es porque lo merezco; no me quejo y sé que alguna vez me soltarán: no hay tiempo que no se acabe ni tiento que no se corte; no soy criminal, robo no más; pero me da rabia que me tome preso este individuo: ha sido ladrón y ha robado junto conmigo, sí, señor, ha robado conmigo, hemos sido compañero y nos hemos repartido algunos robos. No quiero que me tome preso: que llame a otro y me haga llevar, pero no quiero que me lleve él y siempre me le resistiré. Es agente ahora, dice usted; lo sé, pero que tome a otro, no a mí, que he sido su compañero. Un día me va tomar con luna y no sé qué le va a pasar.

—Es un desgraciado. También robó conmigo y si resulta tan buen agente como era buen ladrón dentro de poco lo echarán a patadas.

Paseando y conversando daban la sensación de que sus preocupaciones eran muy limitadas, que muy poco les importaba algo y que podrían estar allí todo el tiempo que alguien, quienquiera que fuese, se le ocurriera, en tanto que escribientes, jueces, secretarios, copistas, abogados, ministros, receptores, agentes, se ocupaban de sus causas y procesos, escribiendo montañas de papel con declaraciones de testigos y contratestigos, recusaciones, pruebas, apelaciones, considerandos, resoluciones, sentencias, viajes para acá, viajes para allá, firme aquí y deme veinte pesos para papel sellado; pídaselos a la vieja; la vieja dice que no tiene un centavo, ni para yerba; a mi hermano, entonces; también está en cana; que le parece que se los dé cuando salga; ¿ cuando salga ? ¿ tengo cara de zonzo ?, y por fin, a la Penitenciería o a la calle, a seguir robando o a languidecer en una celda durante meses o años. El hombre joven, sentado en el

suelo, sobre una colcha, parecía pensativo; a su lado, otro individuo, tendido sobre una frazada, dormía y roncaba suavemente. En todos ellos se notaba algo inestable y hablaban de asuntos que acentuaban esa sensación. Durante el largo rato, casi un día, que estuve oyéndoles, ninguno habló de sus hijos, de sus padres, de su mujer, de su familia, y todos la tendrían o la habrían tenido y aunque sin duda no era ese sitio adecuado para intimidades familiares y sentimentales ¿ cómo era posible que entre algunos de ellos, compañeros entre sí, no hablasen, aunque fuese a media voz, en un rincón, de cosas íntimas ?

— Me notificaron de sentencia y apelé.

— Sí; el abogado pide doscientos pesos, el reloj no valía ni veinte. Lindo negocio ser ladrón.

Con el tiempo, y sobre asuntos de su especialidad y profesión, oía hablar así, aburrida y continuadamente, a decenas de personas que parecían no tener más preocupaciones que las de su profesión o especialidad: carpinteros y albañiles, médicos y abogados, zapateros y cómicos. El hombre bajo y calvo, derrotado de ropa, de barba crecida y cara como sucia, se detuvo en el centro del calabozo.

VII

—Ya no paso más que preso y creo que moriré dentro de esta leonera. Gracias a la nueva ley los agentes me toman donde esté, aunque sea en una peluquería, afeitándome. L. C., ladrón conocido; conocido, sí, pero inútil; hace meses que no robo nada, ~~y me moriría de hambre si aquí no nos dieran de comer~~. Estoy acobardado y viejo. Empecé a robar cuando era niño, tan chico que para alcanzar los bolsillos ajenos tenía que subirme sobre un cajón de lustrador, que me servía de disimulo. ¡ Cuánto he robado y cuántos meses y años he pasado preso ¡ ¡ Cuántos compañeros he tenido y cuántos han dejado caer ya las herramientas ¡ Los recuerdo a todos, con sus nombres y sus alias, sus mañas y sus virtudes, y recuerdo sobre todo a El Pesado; era un gran ladrón, aunque más antipático que todo un departamento de policía; nadie quería robar con él y los que, por necesidad, lo hacían, lloraban a veces de pura rabia. Tenía un bigotazo que le nacía desde más arriba de donde terminan las narices y que por abajo le habría llegado hasta el chaleco, si él, casi diariamente, no se lo hubiera recortado: pero lo recortaba sólo por debajo y de frente, dejándolo crecer a sus anchas hacia arriba. Pungueando era un fenómeno: perseguía a los giles, los pisoteaba, los apretaba y algunos casi le daban la cartera con tal de que los dejara tranquilos. Los pesquizas hacían como que no lo veía, tan pesado era, y cuando alguna vez caía por estas leoneras, los ratas pedían que los cambiaran de calabozo. ¿ Qué tenía ? Era enorme, alto, ancho, le sobraba algo por todas partes y era antipático para todo, para hablar, para moverse, para robar, para comer, para dormir. Lo mató en la estación del Sur un locomotora que venía retrocediendo. De frente no habría sido capaz de matarlo... Hace muchos años. Ahora, apenas me pongo delante de una puerta o frente a un hombre que lleva una cartera en el bolsillo, me tiritan las manos y todo se me cae, la ganzúa o el diario; y he sido de todo, cuentero, ~~punga~~, tendero, llavero. Talvez debería irme de aquí, pero ¿ a-

VII

—Ya no paso más que preso y creo que moriré dentro de esta leonera. Gracias a la nueva ley los agentes me toman donde esté, aunque sea en una peluquería, afeitándome. L. O., ladrón conocido, conocido, sí, pero inútil; hace meses que no robo nada. ~~y me moriría de hambre ¿qué no nos dieran de comer?~~ Estoy acobardado y viejo. Empecé a robar cuando era niño, tan chico que para alcanzar los bolsillos apenas tenía que subirme sobre un cajón de lustrador, que me servía de disimulo. ¡Cuánto he robado y cuántos meses y años he pasado preso! ¡Cuántos compañeros he tenido y cuántos han dejado caer ya las herramientas! Los recuerdo a todos, con sus nombres y sus alias, sus mañas y sus virtudes, y recuerdo sobre todo a El Pesado: era un gran ladrón, aunque más antipático que todo un departamento de policía; nadie quería robar con él y los que, por necesidad, lo hacían, lloraban a veces de pura rabia. Tenía un bigotazo que le nacía desde más arriba de donde terminan las narices y que por abajo le habría llegado hasta el chaleco, si él, casi diariamente, no se lo hubiera recortado; pero lo recortaba sólo por debajo y de frente, dejándolo crecer a sus anchas hacia arriba. Punguendo era un fenómeno: perseguía a los giles, los pisoteaba, los apretaba y algunos casi le daban la cartera con tal de que los dejara tranquilos. Los pesquizas hacían como que no lo veía, tan pesado era, y cuando alguna vez caía por estas leoneras, los ratas pedían que los cambiaran de calabozo, ¿qué tenía? Era enorme, alto, ancho, le sobraba algo por todas partes y era antipático para todo, para hablar, para moverse, para robar, para comer, para dormir. Lo mató en la estación del Sur un locomotora que venía retrocediendo. De frente no habría sido capaz de matarlo... Hace muchos años. Ahora, apenas me pongo delante de una puerta o frente a un hombre que lleva una cartera en el bolsillo, me tiritan las manos y todo se me cae, la ganzúa o el diario; y he sido de todo, cuentero, ~~punga~~ cantinero, tendero, llavero. Tal vez debería irme de aquí, pero ¿a-

dónde? X No hay ciudad mejor que esta y no quiero ni pensar que podría estar preso en un calabozo extraño. Es cierto: esta ciudad era antes mucho mejor; se robaba con más tranquilidad y menos peligro; los ladrones la echaron a perder. En esos tiempos los agentes lo comprendían todo; exigían, claro está, que también se les comprendiera, pero nadie les negaba esa comprensión: todos tenemos necesidades. Ahora... No sé si ustedes se acuerdan de Victoriano Ruíz; tal vez no, son muy jóvenes; el caso fué muy sonado entre el ladronaje y un ratá quedó con los chinchulines en el sombrero. ¡ Buen viaje ¡ Durante años Victoriano fué la pesadilla de los ladrones de carteras. Entró jóven al servicio y a los treinta era ya inspector. Vigilaba las estaciones y estaba de guardia en la Central doce o catorce horas diarias. Para entrar allí había que ser un señor punga, no sólo para trabajar sino también para vestir, para andar, para tratar. Ningún rata que no pareciese un señor desde la cabeza hasta los pies podía entrar o salir, y no muy seguido; Victoriano tenía una memoria de prestamista: cara que veía una vez, difícilmente se le borraba, mucho menos si tenía alguna señal especial. El Pesado entró dos veces, no a robar sino a tomar el tren, y las dos veces Victoriano lo mandó a Investigaciones; no volvió más. Victor Rey, gran punga, logró entrar una vez y salir dos; pero no parecía un señor: parecía un príncipe; se cambiaba ropa dos veces al día y las uñas le relucían como lunas. Salió retratado en una revista francesa; alto, moreno, de bigotito y pelo rizado, un poco gordo y de frente muy alta; parecía tan punga como yo parezco fiscal de la Corte de Apelaciones. Conocía a Victoriano como a sus bolsillos-- antes de venir se informó-- y la primera vez salió de la estación con veinticinco mil pesos y varios cheques. Era el tren de los estancieros. Victoriano recibió la noticia como un joyero recibe una pedrada en el escaparate. Ningún punga conocido ni ningún sospechoso entró aquél día a la estación ni fué visto en un kilómetro a la redonda. No se podía hablar de una pérdida de la cartera: el hombre la traía en un bolsillo interior del chaleco y Víctor debío desabrochárselo para sacarla. No había duda. Victoriano recorrió en su imaginación todas las caras extrañas vistas en ese día y a esa hora. Conocía a todos los estancieros y gente rica de la provincia, y ellos, claro está, también lo conocían. Al salir y pasar frente a él lo miraban de frente o de reojo, con simpatía, pero también con temor, pues la policía, cosa rara, asusta a todo el mundo y nadie está seguro de que el mejor día no tendrá que verse con ella. Entre aquellas caras extrañas no encon-

tró ninguna que le llamara la atención. No se podía pensar en gente mal vestida; los pungas de toda la república y aun los extranjeros sabían de sobra que meterse allí con los zapatos sucios o la ropa mala, sin afeitarse o con el pelo largo, era lo mismo que presentarse a una comisaría y gritar: " Aquí estoy; abajo la policía ". Los ayudantes de Victoriano lo sacaban como en el aire.¿ Entró y salió el ladrón o entró no más ? Lo primero era peligroso; no se podía entrar y salir entre un tren y otro sin llamar la atención de Victoriano y sin atraerse a sus ayudantes. Victor Rey salió, pues venía llegando, y bajó de un coche de primera con su maletín y con el aire de quien viene de la estancia y va al Banco a depositar unos miles de pesos. Al pasar miró, como todos los de primera lo hacían, es decir, como lo hacían todos los que llevaban dinero encima — y él lo llevaba, aunque ajeno,— a Victoriano , que estaba parado ~~[illegible]~~ cerca de la puerta y conversaba con el jefe de estación. Todo fué unútil: no encontró nada, una mirada, un movimiento, una expresión sospechosa. La víctima le dió toda clase de detalles: dónde venía sentado, quién o quiénes venían al frente o a los lados, con quién conversó, en qué momento se puso de pie y cómo era la gente que bajaba del coche,todo. Todo y nada, Victoriano se tragó la pedrada y declaró que no valía la pena detener preventivamente a nadie: el ladrón, salvo que fuera denunciado por otro ladrón, no sería hallado. Víctor Rey, que supo algo de todo esto por medio de los diarios, dejó pasar algún tiempo, dió un golpe en el puerto y otro en un banco y después, relamiéndose, volvió a la Central; mostró su abono, subió al coche, se sentó y desde ahí miró a su gusto a Victoriano, que vigilaba la entrada en su postura de costumbre, debajo del reloj del andén, las piernas entreabiertas y las manos unidas en la espalda a la altura de los riñones; se bajó en la primera estación; llamó al mejor coche y se fué : siete mil patacones. Victoriano fué a la Dirección y preguntó al jefe si era necesario que presentara su denuncia; el jefe le preguntó qué lo había picado.¿ Iba a perder a su mejor agente nada más que porque un boquiabierto dejaba que le robaran su dinero? Andate y no seas zonzo. Se metió el puro hasta las agallas y siguió leyendo el diario. El inspector volvió a la estación y durante varios días pareció estar tragándose una boa. Alguien se estaba riendo de todos. Y no es que Victoriano fuese una mala persona,que odiara a los ladrones y que sintiera placer en perseguirlos y encarcelarlos; nada de eso:

no iba jamás a declarar a los juzgados; mandaba a sus ayudantes; pero era un policía que estaba de guardia en una estación y debía cuid arla; era como un juego; no le importaba, por ejemplo,que se robara en un banco, en un tranvía o a la llegada de los barcos y nunca detuvo a nadie fuera de la Central. Su estación era su estación . Llamó a los ayudantes, sin embargo, y les pidió que fueran al Departamento y tiraran de la lengua a todos los ratas que encontraran , por infelices que fueran; era necesario saber si algún punga extranjero había llegado en los últimos tiempos; y no se equivocaba en lo extranjero: Víctor Rey era cubano; pero no sacaron nada en limpio: nadie sabía una palabra. Días después , a la llegada de un tren de la tarde, un señor de pera y ponchito de vicuña pidió hablar con el Inspector: ¿ Qué es lo que sucede, para qué sirve la policía?,¿ hasta cuando van a seguir los robos? ¡ Me acaban de sacar la cartera; Tenía doce mil nacionales; ¡ Cien, doscientas, quinientas vacas; Victoriano sintió deseos de tomar un palo y darle con él en la cabeza; se contuvo y pidió al señor que se tranquilizara y le diera algunos datos: qué o quién llamó su atención, quién se paró frente a él o al lado suyo con algo sospechoso en la mano, un pañuelo, por ejemplo, o un sobretodo. El señor no recordaba; además, era corto de vista, pero sí, un poco antes de echar de menos la cartera, percibió en el aire un aroma de tabaco habano. Se puso los anteojos para ver quién se permitía fumar tan fino, pero nadie estaba fumando cerca de él. Por lo demás, toda la gente que le rodeaba le había parecido irreprochable. ¿Porqué va a ser sospechoso un señor que saca un pañuelo o lleva un diario en las manos? Total : nada. Victoriano rogó al señor que no dijera una palabra acerca del aroma del tabaco fino, y el señor,a regañadientes, pues aquello le parecía una estupidez, se lo prometió. De modo que se trataba de un fumador de finos tabacos... Bueno, podía ser , y no se equivicó: Víctor Rey adoraba el tabaco de su tierra y manejaba siempre en una cigarrera con monograma, dos o tres puros de la más fina hebra de Vuelta Abajo. Un fumador de buenos tabacos debería ser un señor... ¿ Cómo ? Se imaginó uno, pero sólo la casualidad hizo que diera con el punga. Víctor Rey pasó a su lado sólo minutos después de terminar uno de sus puros y llevando aún en los bigotes el perfume del Corona; Victoriano recibió en sus narices de perro de presa el aroma de que hablara el señor del ponchito. Se quedó de una pieza. Lo dejó alejarse y se colocó de modo de no perderlo de vista. Observó los movimientos; llevaba sobretodo en el brazo izquierdo y un maletín en la mano de-

recha; dejó éste en el asiento y ya iba a dejar también el sobretodo, cuyo forro de seda era resplandeciente, cuando vió que un vejete se acercaba; lo tocó a la pasada: llevaba una cartera con la que apenas podía. Victoriano subió a la plataforma de un salto y cuando Víctor Rey, ya lanzado sobre su presa, se colocaba en posición de trabajo y ponía una mano sobre el hombro del viejo para hacerlo girar, sintió que otra mano, más dura que la suya, se apoyaba sobre su hombro; viró, sorprendido, y se encontró con la cara de Victoriano. El inspector pudo haber esperado a tomar al punga con las manos en la masa, es decir, con la cartera del vejete en su poder, con lo cual lo habría metido en un proceso, pero eso no tenía importancia para él; no le importaba el vejete ni su cartera y apenas si le importaba Víctor : lo que él quería era que nadie robase en su estación ni hasta unas diez estaciones más allá de la suya, por lo menos. Víctor Rey, por su parte, pudo haber resistido y protestar, decir que era un atropello, sacar billetes de a mil, mostrar sus anillos, su reloj, su cigarrera, pero, hiciera lo que hiciera, jamás volvería a entrar a aquella estación. ¿ Para qué, entonces? El escándalo, además, no le convenía. Sonrió a Victoriano y bajó del tren sin decir una palabra; nadie se enteró de la detención de un punga que llevaba robados allí una punta de miles de nacionales. Victoriano fué con él hasta el Departamento, en coche, por supuesto, ya que Víctor se negó a ir de otra manera, lo dejó en buenas manos y regresó a la estación fumándose uno de los puros de Víctor. El rata se lo obsequió. Al día siguiente Víctor Rey fué embarcado en un vapor de la carrera Rosario - Buenos Aires - Montevideo , dejando en manos de la policía - que no había podido probarle su golpe en la estación ni en los bancos - sus impresiones digitales , su retrato de frente y de perfil, sus medidas antropométricas - como decimos los técnicos - y todos los puros que le quedaban. Victoriano había ganado otra vez, pero no siempre ganaría; era hombre y alguna falla debía tener. Un día apareció: miraba desde el andén cómo la gente pasaba y repasaba por el pasillo de un coche de primera, cuando vió un movimiento que no le dejó duda : alguien se humedecía con la lengua las yemas de los dedos, es decir, había allí un punga que se preparaba para desvalijar a alguien y que empezaba por asegurarse que la cartera no se escurriría de entre los dedos cuando la tomase. ( Es una mala costumbre, muchachos; cuidado con ella.) Corrió hacia la portezuela del coche y subió a la plataforma; cuando miró hacia el pasillo el rata salía por la otra

puerta: escapaba; llegó a la plataforma y giró para el lado contrario del andén, saltando a tierra. Victoriano retrocedió e hizo el mismo movimiento; se encontró con algo tremendo : una máquina que cambiaba línea había tomado al hombre, que yacía en el suelo, las piernas entre las ruedas y la cara hundida en la tierra; en la mano derecha tenía la cartera que acababa de sacar al pasajero. Victoriano corrió, lo tomó de los hombros y tiró de él; era tarde; la máquina le había destrozado la pierna derecha. El inspector, que notó algo raro, le palpó los brazos y descubrió que el desgraciado tenía un brazo postizo... Gritó y acudió gente, empleados del tren, pasajeros, entre éstos la persona recién robada, que al ver la cartera se palpó el bolsillo, la recogió y volvió al tren , mudo de sorpresa. Victoriano, al arrastrar el cuerpo del hombre que se desangraba, se dió cuenta, por primera vez en su vida, de lo que representaba para la gente de esa estofa: su papel era duro y bastaba su presencia para asustarlos hasta el extremo de hacerles perder el control. Ese hombre era un ladrón, es cierto, pero la sangre salía espantosamente de su pierna destrozada y la cara se le ponía como de papel; se asustó y se sintió responsable. Vinieron los ayudantes, se llamó a la ambulancia y el herido fué trasladado al hospital; Victoriano fué con él y no lo dejó hasta que los médicos le dijeron que el hombre se salvaría: la pierna fué amputada un poco más arriba de la rodilla. No volvió a la estación; se fué a su casa y al otro día, a primera hora, visitó al detenido. Pasaron los días y conversó con él: el Manco Arturo había perdido el brazo en un encuentro parecido,al huir de la policía en una estación. Robaba utilizando el que le quedaba; cosa difícil; un punga con un sólo brazo es como un prestidigitador con una sóla mano. Robaba sólo. Le era imposible conseguir compañeros y nadie creía que con un sólo brazo y con sólo cinco dedos se pudiera conseguir jamás una cartera, mucho menos una de esas gordas, que se llevan , a veces abrochadas con alfileres de gancho,en el bolsillo del saco. Era un solitario que vivía feliz en su soledad y que por eso contaba con el respeto y admiración de los demás ratas. Y ahora perdía una pierna... Victoriano se hizo su amigo y contribuyó con algunos pesos a la compra de la pierna de goma que algunos pungas de alto bordo regalaron a Arturo. Conversó también con ellos; jamás había conversado con un ladrón más de unos segundos; ahora lo hizo con largueza. Arturo era un hombre sencillo; había viajado por Europa, hablaba francés - aprendió durante unos años de cárcel en Paris - y era hombre limpio que hablaba de pa-

cio y sonriendo. El inspector, que en sus primeros años de agente lidió con lo peor del ladronaje, ratas de baja categoría, insolentes y sucios, seguía creyendo que todos eran iguales; es cierto que había pescado algunos finos truchimanes, especies de pejerreyes si se les comparaba con los cachalotes de baja ralea, pero nunca se le ocurrió conversar con ellos y averiguar qué clase de hombres eran, y no lo había hecho porque el juicio que tenía de ellos era un juicio firme, un prejuicio: eran ladrones y nada más. Arturo le resultó una sorpresa, aunque una dolorosa sorpresa: nadie le quitaba de la mente la idea de que el culpable de que ese hombre hubiese perdido una pierna era él y fué inútil que Arturo le dijese que era cosa de la mala suerte o de la casualidad. No. Después de esto empezó a tratar de conocer a los ladrones que tomaba y a los que, por un motivo u otro, llamaban su atención en los calabozos del Departamento. Se llevó algunas soppresas agradables y recibió, otras veces, verdaderos puntapies en la cara; había hombres que hablaban y obraban como dando patadas; desde allí la escala subía hasta los que, como Arturo, parecían pedir permiso para vivir, lo que no les impedía, es cierto, robar la cartera, si podían, al mismísimo ángel de la guarda; pero una cosa es la condición y otra la profesión. Los mejores eran los solitarios, aunque tenían algo raro que algunas veces pudo descubrir: el carácter, las costumbres, de dónde salían. Terminó por darse cuenta, apesar de todas las diferencias, de que eran hombres, todos hombres, que aparte de su profesión eran semejantes a los demás, a los policías, a los jefes, a los abogados, a los empleados, a los gendarmes, a los trabajadores, a todos lo que él conocía y a los que habría podido conocer. ¿Por qué no cambiaban de oficio? ~~Es difícil~~ No es fácil hacerlo: los carpinteros mueren carpinteros y los maquinistas, maquinistas, salvo rarísimas excepciones. Pero faltaba lo mejor: un día se encontró cara a cara con El Camisero, ladrón español, célebre entre los ladrones, hombre que a las dos horas de estar detenido en una comisaría tenía de su parte a todo

cio y sonriendo. El inspector, que en sus primeros años de agente lidió con lo peor del ladronaje, ratas de baja categoría, insolentes y sucios, seguía creyendo que todos eran iguales; es cierto que había pescado algunos finos truchimanes, especies de pejerreyes si se les comparaba con los cachalotes de baja ralea, pero nunca se le ocurrió conversar con ellos y averiguar qué clase de hombres eran, y no lo había hecho porque el juicio que tenía de ellos era un juicio firme, un prejuicio: eran ladrones y nada más. Arturo le resultó una sorpresa, aunque una dolorosa sorpresa: nadie le quitaba de la mente la idea de que el culpable de que ese hombre hubiese perdido una pierna era él y fué inútil que Arturo le dijese que era cosa de la mala suerte o de la casualidad. No. Después de esto empezó a tratar de conocer a los ladrones que tomaba y a los que, por un motivo u otro, llamaban su atención en los calabozos del Departamento. Se llevó algunas sorpresas agradables y recibió, otras veces, verdaderos puntapies en la cara; había hombres que hablaban y obraban como dando patadas; desde allí la escala subía hasta los que, como Arturo, parecían pedir permiso para vivir, lo que no les impedía, es cierto, robar la cartera, si podían, al mismísimo ángel de la guarda; pero una cosa es la condición y otra la profesión. Los mejores eran los solitarios, aunque tenían algo raro que algunas veces pudo descubrir: el carácter, las costumbres, de dónde salían. Terminó por darse cuenta, a pesar de todas las diferencias, de que eran hombres, todos hombres, que aparte de su profesión eran semejantes a los demás, a los policías, a los jefes, a los abogados, a los empleados, a los gendarmes, a los trabajadores, a todos lo que él conocía y a los que habría podido conocer. ¿Por qué no cambiaban de oficio? ~~Es difícil~~ No es fácil hacerlo: los carpinteros mueren carpinteros y los maquinistas, maquinistas, salvo rarísimas excepciones. Pero faltaba lo mejor: un día se encontró cara a cara con El Camisero, ladrón español, célebre entre los ladrones, hombre que a las dos horas de estar detenido en una comisaría tenía de su parte a todo

el personal, desde los gendarmes hasta los oficiales; pocos podían resistir su gracia y si en vez de sacarle a la gente la cartera a escondisas se la hubiese pedido con la simpatía con que pedía a un vigilante que le fuese a traer una garrafa de vino, la verdad es que sólo los muy miserables se la habrían negado. Cuando Victoriano lo tomó y lo sacó a la calle, oyó que El Camisero le preguntaba lo que ladrón alguno le preguntara hasta entonces: ¿a donde vamos? Le contestó que al Departamento. ¿A dónde podía ser? Hombre, qreí que me llevaba usted a beber un vaso de vinillo o algo así; por aquí hay muy buenas aceitunas. Dos cuadras más allá Victoriano creyó morirse de risa con las ocurrencias del madrileño y siguió riéndose hasta llegar al cuartel, en donde, a pesar de la gracia que le había hecho, lo dejó. volviendo a la estación. A los pocos días, y como no existía acusación de ninguna especie contra él, El Camisero fué puesto en libertad, y en la noche, a la llegada del tren de los millonarios, Victoriano, con una sorpresa que en su vida sintiera, vió cómo El Camisero, limpio, casi elegante, con los grandes bigotes bien atusados, bajaba de un coche de primera, sobretodo al brazo, en seguimiento de un señor a quien parecía querer sacar la cartera poco menos que a tirones. Victoriano quedó con la boca abierta: El Camisero, al verlo, no sólo no hizo lo que la mayoría de los ladrones hacía al verlo, esconderse o huir, sino que, por el contrario, le guiñó un ojo y sonrió, siguiendo a prisa tras aquella cartera que se le escapaba. Cuando reaccionó, el rata estaba ya fuera de la estación, en la calle, y allí lo encontró, pero no ya alegre y dicharachero como la vez anterior y como momentos antes, sino que hecho uan furia: el pasajero había tomado un coche, llevándose su cartera.-¡Maldita sea! ¡Que no veo una desde hace un año!-Tuvo que apaciguarlo.-¡Tengo mujer y cinco hijos y estoy con las manos como de plomo!-¡Vamos a ver qué pasa! Y nadie supo, ni en ese tiempo ni después, qué más dijo el

el personal, desde los gendarmes hasta los oficiales; pocos podían resistir su gracia y si en vez de sacarle a la gente la cartera a escondidas se la hubiese pedido con la simpatía con que pedía a un vigilante que le fuese a traer una garrafa de vino, la verdad es que sólo los muy miserables se la habrían negado. Cuando Victoriano lo tomó y lo sacó a la calle, oyó que El Camisero le preguntaba lo que ladrón alguno le preguntara hasta entonces: ¿a donde vamos? Le contestó que al Departamento. ¿A dónde podía ser? Hombre, creí que me llevaba usted a beber un vaso de vinillo o algo así; por aquí hay muy buenas aceitunas. Dos cuadras más allá Victoriano creyó morirse de risa con las ocurrencias del madrileño y siguió riéndose hasta llegar al cuartel, en donde, a pesar de la gracia que le había hecho, lo dejó, volviendo a la estación. A los pocos días, y como no existía acusación de ninguna especie contra él, El Camisero fué puesto en libertad, y en la noche, a la llegada del tren de los millonarios, Victoriano, con una sorpresa que en su vida sintiera, vió cómo El Camisero, limpio, casi elegante, con los grandes bigotes bien atusados, bajaba de un coche de primera, sobretodo al brazo, en seguimiento de un señor a quien parecía querer sacar la cartera poco menos que a tirones. Victoriano quedó con la boca abierta: El Camisero, al verlo, no sólo no hizo lo que la mayoría de los ladrones hacía al verlo, esconderse o huir, sino que, por el contrario, le guiñó un ojo y sonrió, siguiendo a prisa tras aquella cartera que se le escapaba. Cuando reaccionó, el rata estaba ya fuera de la estación, en la calle, y allí lo encontró, pero no ya alegre y dicharachero como la vez anterior y como momentos antes, sino que hecho uan furia: el pasajero había tomado un coche, llevándose su cartera. ¡Maldita sea! ¡Que no veo una desde hace un año! Tuvo que apaciguarlo. ¡Tengo mujer y cinco hijos y estoy con las manos como de plomo! ¡Vamos a ver qué pasa! Y nadie supo, ni en ese tiempo ni después, qué más dijo el

rata ni qué historia contó ni qué propuso al inspector. Lo cierto es que desde ese día en adelante se robó en la estación de Victoriano y en todas las estaciones de la ciudad como si se estuviese en despoblado; las carteras y hasta los maletines desaparecían como si sus dueños durmieran y como si los agentes no fuesen pagados para impedir que aquello sucediera. El jefe llamó a Victoriano: ¿qué pasa? Nada, señor. ¿Y todos esos robos? Se encogió de hombros. Vigilo, pero no veo a nadie; ¿qué quiere que haga? Vigilar un poco más. Se le sacó de la estación y fué trasladado a los muelles, allí aliviaron de la cartera, en la misma escalera de desembarco, al capitán de un paquete inglés: puras libras esterlinas; lo mandaron a un banco y el gerente pidió que lo cambiaran por otro: los clientes ya no se atrevían a entrar; y allí donde aparecía, como si cien ladrones aparecieran junto con él, no sentían más que gritos de: ¡mi cartera!, ¡mi cartera!, ¡atajen al ladrón!, un ladrón que jamás era detenido. Se le llamó a la jefatura, pero no se sacó nada en limpio y lo peor fué que se empezó a robar en todas partes, estuviese o no Victoriano; los ladrones habían encontrado, por fin, su oportunidad y llegaban de todas partes, en mangas, como las langostas, robando a diestro y siniestro, con las dos manos, y marchándose en seguida, seguros de que aquello era demasiado lindo para que durase; la población de pungas aumentó hasta el punto de que en las estaciones se veía a veces tantos ladrones como pasajeros, sin que por eso se llevaran más detenidos al Departamento, donde sólo llegaban los muy torpes o los que eran tomados por los mismos pasajeros y entregados, en medio de golpes, a los vigilantes de la calle, ya que los pesquisas brillaban por su ausencia. Los vigilantes, por lo demás, no estaban en el secreto. Los jefes estaban como sentados en una parrilla, tostándose a fuego lento. Intervino el gobernador de la provincia. Se interrogó a los agentes y nadie sabía una palabra, aunque en verdad lo sabían

rata ni qué historia contó ni qué propuso al inspector; lo cierto es que desde ese día en adelante se robó en la estación de Victoriano y en todas las estaciones de la ciudad como si se estuviese en despoblado; las carteras y hasta los maletines desaparecían como si sus dueños durmieran y como si los agentes no fuesen pagados para impedir que aquello sucediera. El jefe llamó a Victoriano: ¿qué pasa? Nada, señor. ¿Y todos esos robos? Se encogió de hombros. Vigilo, pero no veo a nadie; ¿qué quiere que haga? Vigilar un poco más. Se le sacó de la estación y fué trasladado a los muelles, allí aliviaron de la cartera, en la misma escalera de desembarco, al capitán de un paquete inglés: puras libras esterlinas; lo mandaron a un banco y el gerente pidió que lo cambiaran por otro: los clientes ya no se atrevían a entrar; y allí donde aparecía, como si cien ladrones aparecieran junto con él, no sentían más que gritos de: ¡mi cartera!, ¡mi cartera!, ¡atajen al ladrón!, un ladrón que jamás era detenido. Se le llamó a la jefatura, pero no se sacó nada en limpio y lo peor fué que se empezó a robar en todas partes, estuviese o no Victoriano; los ladrones habían encontrado, por fin, su oportunidad y llegaban de todas partes, en mangas, como las langostas, robando a diestro y siniestro, con las dos manos, y marchándose en seguida, seguros de que aquello era demasiado lindo para que durase; la población de pungas aumentó hasta el punto de que en las estaciones se veía a veces tantos ladrones como pasajeros, sin que por eso se llevaran más detenidos al Departamento, donde sólo llegaban los muy torpes o los que eran tomados por los mismos pasajeros y entregados, en medio de golpes, a los vigilantes de la calle, ya que los pesquisas brillaban por su ausencia. Los vigilantes, por lo demás, no estaban en el secreto. Los jefes estaban como sentados en una parrilla, tostándose a fuego lento. Intervino el gobernador de la provincia. Se interrogó a los agentes y nadie sabía una palabra, aunque en verdad lo sabían

todos muy bien, así como lo sabían los carteristas: Victoriano y los demás inspectores y los agentes de primera, de segunda y aun de tercera clase recibían una participación de la banda con que cada uno operaba. Habían caído en una espantosa venalidad, Victoriano el primero, humanizándose demasiado. Un día todo terminó, y la culpa, como siempre, fué de los peores: El Negro Antonio, que aprovechando aquella coyuntura pasara de atracador a punga, sin tener dedos para organista ni para nada que no fuese pegar o acogotar en una calle solitaria y que no era en realidad más que una especie de sirviente de la cuadrilla que trabajaba bajo el ojo bondadoso, antes tan terrible, de Victoriano, fué detenido, borracho, en la Central: no sólo intentó sacar a tirones la cartera a un pasajero sino que, además, le pegó cuando el hombre se resistió a dejarse desvalijar de semejante modo. Era demasiado. En el calabozo empezó a gritar y a decir tales cosas que el jefe, a quien se le llevó el cuento, lo hizo llevar a su presencia. ¿Qué estás diciendo? La verdad. ¿Y cuál es la verdad? A ver, vos sos un buen gaucho; aclaremos. Y El Negro Antonio, fanfarrón y estúpido, lo contó todo: Victoriano, y como él la mayoría de los agentes, recibían coimas de los ladrones. Mientes. ¿Miento? ¿Quiere que se lo pruebe? Te pongo en libertad incondicional. Hecho. El jefe apuntó la serie y los números de diez billetes de a cien pesos y se los entregó. El Negro fué soltado, poniéndosele un agente especial para que lo vigilara. Una vez en la calle, El Negro tomó un tren dos o tres estaciones antes de aquella en que estaría Victoriano, llegó, bajó y a la pasada le hizo una señal. Minutos después, en un reservado del restaurante en que Victoriano acostumbraba a verse con El Zurdo Julián, jefe de la banda, Antonio le entregó los diez billetes. ¿Y esto? Se los manda El Zurdo; siguió viaje a Buenos Aires. El inspector se quedó sorprendido: no acostum-

todos muy bien, así como lo sabían los carteristas: Victoriano y los demás inspectores y los agentes de primera, de segunda y aun de tercera clase recibían una participación de la banda con que cada uno operaba. Habían caído en una espantosa venalidad, Victoriano el primero, humanizándose demasiado. Un día todo terminó, y la culpa, como siempre, fué de los peores: El Negro Antonio, que aprovechando aquella coyuntura pasara de atracador a punga, sin tener dedos para organista ni para nada que no fuese pegar o acogotar en una calle solitaria y que no era en realidad más que una especie de sirviente de la cuadrilla que trabajaba bajo el ojo bondadoso, antes tan terrible, de Victoriano, fué detenido, borracho, en la Central: no sólo intentó sacar a tirones la cartera a un pasajero sino que, además, le pegó cuando el hombre se resistió a dejarse desvalijar de semejante modo. Era demasiado. En el calabozo empezó a gritar y a decir tales cosas que el jefe, a quien se le llevó el cuento, lo hizo llevar a su presencia. ¿Qué estás diciendo? La verdad. ¿Y cuál es la verdad? A ver, vos sos un buen gaucho; aclaremos. Y El Negro Antonio, fanfarrón y estúpido, lo contó todo: Victoriano, y como él la mayoría de los agentes, recibían coimas de los ladrones. Miéntes. ¿Miento? ¿Quiere que se lo pruebe? Te pongo en libertad incondicional. Hecho. El jefe apuntó la serie y los números de diez billetes de a cien pesos y se los entregó. El Negro fué soltado, poniéndosele un agente especial para que lo vigilara. Una vez en la calle, El Negro tomó un tren dos o tres estaciones antes de aquella en que estaría Victoriano, llegó, bajó y a la pasada le hizo una señal. Minutos después, en un reservado del restaurante en que Victoriano acostumbraba a verse con El Zurdo Julián, jefe de la banda, Antonio le entregó los diez billetes. ¿Y esto? Se los manda El Zurdo; siguió viaje a Buenos Aires. El inspector se quedó sorprendido: no acostum-

braba a entenderse con los pájaros de vuelo bajo, pero allí estaban los mil pesos, que representaban una suma varias veces superior a lo que él ganaba en un mes, y se los guardó; El Negro se fué. Victoriano esperó un momento y salió: en la acera, como dos postes, estaban dos vigilantes de uniforme que se le acercaron y le comunicaron, muy respetuosamente, que tenían orden de llevarlo al Departamento. Victoriano rió, en la creencia de que se trataba de una equivocación, pero uno de los vigilantes le dijo que no había motivo alguno para reírse; sabían quién era y lo único que tenía que hacer era seguirlos. Quiso resistirse y el otro vigilante le manifestó que era preferible que se riera: pertenecían al servicio rural, que perseguía bandidos y cuatreros y habían sido elegidos por el propio jefe. Así es que andando y nada de meterse las manos en los bolsillos, tirar papelitos u otros entretenimientos. Victoriano advirtió que el asunto era serio y agachó la cabeza. En la oficina y delante del jefe, lo registraron: en los bolsillos estaban los diez billetes de a cien, igual serie, igual número. No cabía duda. Está bien. Váyanse. Victoriano no negó y explicó su caso: tenía veintitrés años de servicio; entrado como agente auxiliar, como se hiciera notar por su habilidad para detener y reconocer ladrones de barteras, se le pasó al servicio regular, en donde, en poco tiempo, llegó a ser agente de primera, y años después, inspector. Allí se detuvo su carrera. Llevaba diez años en el puesto y tenía un sueldo miserable: cualquiera de los estancieros que viajaban en el tren de las 6.45 llevaba en su cartera, en cualquier momento, una cantidad de dinero superior en varias veces a su sueldo anual. El tenía que cuidarles ese dinero, sin esperanzas de ascender a jefe de brigada, a subcomisario o a director. Esos puestos eran políticos y se daban a personas que esta-

brabo a entenderse con los pájaros de vuelo bajo, pero allí estaban los mil pesos, que representaban una suma varias veces superior a lo que él ganaba en un mes, y se los guardó. El Negro se fué. Victoriano esperó un momento y salió: en la acera, como dos postes, estaban dos vigilantes de uniforme que se la acercaron y le comunicaron, muy respetuosamente, que tenían orden de llevarlo al Departamento. Victoriano rió, en la creencia de que se trataba de una equivocación, pero uno de los vigilantes le dijo que no había motivo alguno para retirase; sabían quién era y lo único que tenía que hacer era seguirlos. Quiso resistirse y el otro vigilante le manifestó que era preferible que se riera: pertenecían al servicio rural, que perseguía bandidos y cuatreros y habían sido elegidos por el propio jefe. Así se supo que andando y nada de meterse las manos en los bolsillos, tirar pesitos a otros entretenimientos. Victoriano advirtió que el asunto era serio y agachó la cabeza. En la oficina y delante del jefe, lo registraron: en los bolsillos estaban los diez billetes de a cien, igual serie, igual número. No cabía duda. Bien. Vámonos. Victoriano no negó y explicó su caso: tenía veintitrés años de servicio; entrado como agente auxiliar, como se hicieron notar por su habilidad para detener y reconocer ladrones de carteras, se le pasó al servicio regular, en donde, en poco tiempo, llegó a ser agente de primera, y unos después, inspector. Allí se detuvo en cuarenta. Llevaba diez años en el puesto y tenía un sueldo miserable: cualquiera de los estafadores que vigilaban en el tren de las 6.45 llevaba en un carter, en cualquier momento, una cantidad de dinero superior en varias veces a su sueldo anual. El tenía que cuidarlas ese dinero, sin esperanzas de ascender a jefe de brigada, a subcomisario o a director. Esos puestos eran políticos y se daban a personas que esta-

ban al servicio de algún jefe de partido. No podía hacer eso; su trabajo no se lo permitía y su carácter no se [redacted] prestaba para ello; tampoco podía pegar a nadie ni andar con chismes o delaciones, como un matón o un alcahuete. Había perseguido y detenido a los ladrones tal como el perro persigue y caza perdices y conejos, sin saber que son, como él, animales que viven y necesitan vivir, y nunca, hasta el día en que El Manco Arturo cayó bajo las ruedas de una locomotora al huir de él, pensó o sospechó que un ladrón era también un hombre, un hombre con los mismos órganos y las mismas necesidades de todos los hombres, con casa, con mujer, con hijos. Esa era su revelación: había descubierto al hombre. ¿Por qué era entonces policía? Porque no podía ser otra cosa. ¿No le pasaría lo mismo al ladrón? Luego vino el maldito Camisero: jamás, ningún ladrón, tuvo el valor de hacerle frente y conversar con él; lo miraban nada más que como policía, así como él los miraba nada más que como ladrones; cuando tomaba uno lo llevaba al cuartel, lo entregaba y no volvía a saber de él hasta el momento en que, de nuevo, el hombre tenía la desgracia de caer bajo su mirada y su mano y jamás una palabra, una conversación, una confidencia, mucho menos una palabra afectuosa, una sonrisa. ¿Por qué? El Camisero fué diferente; le habló y lo trató como hombre; más aun, se rió de él, de su fama, de su autoridad, de su amor al deber: ese era un hombre. Había recibido dinero, sí, pero ese era otro asunto: el jefe debía saber que en su vida no había hecho sino dos cosas: detener ladrones y tener hijos, y si en el año anterior había detenido más ladrones que ningún otro agente, también ese mismo año tuvo su undécimo hijo... El jefe, hombre salido del montón, pero que había tenido la habilidad de ponerse al servicio de un cacique polí-

bsn el servicio de algún jefe de partido. No podía hacer eso; su tra-
bajo no se lo permitía y su carácter no se ~~amoldaba~~ prestaba para ello;
tampoco podía pegar a nadie ni andar con chismes o delaciones, como un
matón o un alcahuete. Había perseguido y detenido a los ladrones tal
como el perro persigue y casa perdices y conejos, sin saber que son,
como él, animales que viven y necesitan vivir, y nunca, hasta el día
en que El Manco Arturo cayó bajo las ruedas de una locomotora al huir
de él, pensó o sospechó que un ladrón era también un hombre, un hom-
bre con los mismos órganos y las mismas necesidades de todos los hom-
bres, con casa, con mujer, con hijos. Eso era su revelación: había
descubierto al hombre. ¿Por qué era entonces policía? Porque no podía
ser otra cosa. ¿No le pasaría lo mismo al ladrón? Luego vino el mal-
dito Gamisero: jamás, ningún ladrón, tuvo el valor de hacerle frente
y ~~conversar~~ con él; lo miraban nada más que como policía, así como
él los miraba nada más que como ladrones; cuando tomaba uno lo lle-
vaba al cuartel. Lo entregaba y no volvía a saber de él hasta el mo-
mento en que, de nuevo, el hombre tenía la desgracia de caer bajo su
mirada y su mano y jamás una palabra, una conversación, una confiden-
cia, nunca menos una palabra afectuosa, una sonrisa. ¿Por qué? El Ca-
miseto fué diferente; le habló y lo trató como hombre; más aun, se
rió de él, de su fama, de su autoridad, de su amor al deber: ese era
un hombre. Había recibido dinero, sí, pero ese era otro asunto: el
jefe debía saber que en su vida no había hecho sino dos cosas: de-
tener ladrones y tener hijos, y si en el año anterior había deteni-
do más ladrones que ningún otro agente, también ese mismo año tuvo
un nuevo hijo... El jefe, hombre salido del montón, pero que ha-
bía tenido la habilidad de ponerse al servicio de un cacique poli-

tico, lo comprendió todo; las cosas, sin embargo, ya no podían seguir así y aunque estimaba a Victoriano como a la niña de sus ojos, ya que era su mejor agente, le hizo firmar la renuncia, le dió una palmadita en los hombros y lo despidió, y aquella noche, a medida que los agentes llegaban al Departamento a entregar o a recibir su turno, fueron informados de su suerte: despedido, interino, confirmado. . . Victoriano vive todavía y por suerte para él sus hijos han salido personas decentes. Aurelio es su hijo mayor. ¿El Negro Antonio? El Zurdo Julián le pegó una sola puñalada." ~~Agarrate, Catalina. . .~~

Al atardecer me junté con mi madre en la puerta de Investigaciones y regresamos a casa. Había pagado la primera cuota.

## VIII

Caía la tarde y el cauce del río y el valle del Aconcagua se llenaban de ~~una clara~~ neblina. Oscuros pájaros ~~se abatían~~ volaban sobre los matorrales o surgían de ellos; algunas garzas ~~volaban en busca de~~ buscaban su dormidero y bandadas de aves más pequeñas aparecían volando desde el norte. Las aguas ~~seguían sonando~~ sonaban en su marcha hacia el mar y los bosquecillos de las colinas alargaban ya desmesuradamente sus sombras, perdiéndolas en las quebraditas. Una brisa fresca empezó a soplar desde la cordillera hacia el mar.

--Caminaremos mientras conversamos.

Las alpargatas me quedaban un poco chicas, pero no me molestaban. Recogimos el equipaje y nos pusimos en marcha. Junto con hacerlo mi amigo empezó a hablar:

--Voy para Valparaíso y pienso seguir hacia el norte, hasta donde pueda, quizá hasta Panamá o quizá hasta el Estrecho de Bèring. Esta es mi tercera salida. Mi padre dice que son como las del Quijote, ~~tal vez, aunque no sé por qué~~, no he leído el Quijote. La primera vez me fuí de puro aburrido: me fatigan las matemáticas y la gramática, la historia antigua y la modenna, la educación cívica y el francés; antes de enseñarme a limpiarme las narices, ya me enseñaron los nombres de los dioses egipcios. ¿Para qué? Cultura. Gracias

XIII

a la cultura mi padre no me dejaba comer; llegaba a casa a la hora de almuerzo o de la comida, cansado de intentar aprender algo, y él, que es profesor, como le dije, me recibía con un rosario de preguntas: ¿qué estudiaste hoy? Me quedaba con la cuchara a medio camino, entre el plato y la boca.

--Francés, castellano, biología, matemáticas.

--¿Matemáticas? ¿Qué parte de las matemáticas?

--Y teníamos matemáticas hasta el postre. Es un hombre que domina el álgebra como un pescador puede dominar sus redes. ¿Qué hacer? ~~Todo cansa, pero más que nada las matemáticas.~~ Pensé en el mar: ¿habría allí álgebra, geometría, declinaciones, ecuaciones de primer grado, decimales, verbos auxiliares y sepa Dios qué más? ~~Quería~~ horizontes, no muy amplios porque soy medio cegatón, pero más extensos que los que me permitían los muros de la sala de clases y los bigotes del profesor de francés. Me fuí, pues, hacia el mar. ~~Los~~ náufragos suspiran por un barco que los lleve al continente; yo quería uno que me llevara a una isla, fuese la que fuese: Caí en un barco de guerra; ~~ya era algo: marinero~~ y no había humanidades, aunque sí un sargento de mar que no hablaba ni gritaba sino que bramaba: ¡Alza arriba, marinero! ¡Trinca coy! ¡Coyes a la batayola!, y agregaba, entre serio y zumbón, al amanecer: ¡Se acabó la buena vida!. . . ~~La buena vida. . . La verdad es que no era tan mala; navegando toda la costa de Chile y más allá, "desde el polo al ardiente ecuador", como cantaba mi abuela paterna en Valparaíso. Lo había elegido y lo aguanté hasta que pude; soy malo para estudiar y malo para los trabajos manuales; nunca he podido clavar derecho un clavo ni cortar a escuadra una tabla cualquiera. ¿Para qué sirve? Vaya uno a saber;~~ pero me cansé ~~también~~ de aquello: vira a estribor, aguanta a babor, despeja la cubierta, atrinca ese cabo, barre aquí, limpia allá, arrea el bote

a la cultura mi padre no me dejaba comer; llegaba a casa a la hora de almuerzo o de la comida, cansado de intentar aprender algo, y él, que es profesor, como le dije, me recibía con un rosario de preguntas: ¿qué estudiaste hoy? Me quedaba con la cuchara a medio camino, entre el plato y la boca.

--Francés, castellano, biología, matemáticas.

--¿Matemáticas? ¿Qué parte de las matemáticas?

--Y teníamos matemáticas hasta el postre. Es un hombre que domina el álgebra como un pescador puede dominar sus redes. ¿Qué hacer? Todo cansa, pero más que nada las matemáticas. Pensé en el mar: ¿habría allí álgebra, geometría, declinaciones, ecuaciones de primer grado, decimales, verbos auxiliares y sepa Dios qué más? Quería horizontes, no muy amplios porque soy medio cegatón, pero más extensos que los que me permitían los muros de la sala de clases y los bigotes del profesor de francés. Me fuí, pues, hacia el mar. Los náufragos suspiran por un barco que los lleve al continente; yo quería uno que me llevara a una isla, fuese la que fuese: caí en un barco de guerra; ~~ya era algo: marinero~~ no había humanidades, aunque sí un sargento de mar que no hablaba ni gritaba sino que bramaba: ¡Alza arriba, marinero! ¡Trinca coy! ¡Coyes a la batayola!, y agregaba, entre serio y zumbón, al amanecer: ¡Se acabó la buena vida!. . . ~~La buena vida. . . La verdad es que no era tan mala; navegando toda la costa de Chile y más allá, "desde el polo al ardiente ecuador", como cantaba mi abuela paterna en Valparaíso. Lo había elegido y lo aguanté hasta que pude; soy malo para estudiar y malo para los trabajos manuales; nunca he podido clavar derecho un clavo ni cortar a escuadra una tabla cualquiera. ¿Para qué sirvo? Vaya uno a saber;~~ pero me cansé también: vira a estribor, aguanta a babor, despeja la cubierta, atrinca ese cabo, barre aquí, limpia allá, arrea el bote

del capitán, cerrar las escotillas, temporal en Cabo Raper, nubes barbadas, viento a carretadas. Deserté en Punta Arenas; allí tenía bastante de navegación y quería pisar tierra firme; en tierra, sin embargo, era necesario trabajar y no sabía hacer nada. Dí vueltas y vueltas, durmiendo en un hotelucho como para loberos con mala suerte, hasta que me encontré con un amigo, esos amigos del liceo que uno encuentra siempre en todas partes. Me consiguió un puesto en la policía.

--¡Tú por aquí? ¡Qué demonios te ha traído a Punta Arenas?

--Deserté de mi barco y busco trabajo.

--¿Trabajo en Punta Arenas, en este tiempo?

--No pude elegir otro.

Era otoño.

--Sin embargo, déjame pensar, aunque, a la verdad, no hay que pensarlo mucho: ¿te gustaría ser agente de policía?

--¿Policía? ¿Con uniforme, sable, botas, pistolón, etcétera? No, gracias.

--No, hombre: policía de investigaciones, ¿cómo se llaman?, agentes, pesquisa, de esos que andan vestidos de civiles. Había cuatro aquí, pero se va uno y necesitan un reemplazante; el sueldo no es tan malo y el trabajo no es mucho.

--¿Hay muchos ladrones aquí?

--¿Ladrones? Aquí no hay ladrones. ¿Cómo quieres que los haya en una ciudad en que el termómetro baja en invierno hasta los veinte grados bajo cero? Ni ladrones ni mendigos; se helarían en las calles. Apenas hay uno que otro robo, así, de circunstancias; asesinatos, poquísimos; suicidios, sí, sobre todo cuando el uéste sopla durante muchos días seguidos; pero a los suicidas no hay que perseguirlos ni encarcelarlos; se les entierra y listo. Qué te parece.

del capitán, cerrar las escotillas, temporal en Cabo Hoper, nubes barbadas, viento a cerratadas. Desertè en Punta Arenas; y allí tenía bastante de navegación y quería pisar tierra firme; en tierra, sin embargo, era necesario trabajar y no sabía hacer nada. Dí vueltas y vueltas, durmiendo en un hotelucho como para loberos con mala suerte, ~~hasta que~~ me encontré con un amigo, esos amigos del liceo que uno encuentra siempre en todas partes. ~~con tanto~~ Me convirtió un puesto en la policía.

--¡Tú por aquí? ¡Qué demonios te ha traído a Punta Arenas?

--Desertè de mi barco y busco trabajo.

--¿Trabajo en Punta Arenas, en este tiempo?

--No pude elegir otro.

Era otoño.

--Sin embargo, déjame pensar, aunque, a la verdad, no hay que pensarlo mucho: ¿te gustaría ser agente de policía?

--¿Policía? ¿Con uniforme, sable, botas, pistolón, etcétera? No, gracias.

--No, hombre: policía de investigaciones, ¿cómo se llaman?, agentes, pesquisa, de esos que andan vestidos de civiles. Había cuatro aquí, pero se va uno y necesitan un reemplazante; el sueldo no es tan malo y el trabajo no es mucho.

--¿Hay muchos ladrones aquí?

--¿Ladrones? Aquí no hay ladrones. ¿Cómo quieres que los haya en una ciudad en que el termómetro baja en invierno hasta los veinte grados bajo cero? Ni ladrones ni mendigos; se helarían en las calles. Apenas hay uno que otro robo, así, de circunstancias; asesinatos, poquísimos; suicidios, sí, sobre todo cuando el uéste sopla durante muchos días seguidos; pero a los suicidas no hay que perseguirlos ni encarcelarlos; se les entierra y listo. Qué te parece.

--¿Qué me iba a parecer? Acepté. Peor es comer ratones. El barco había zarpado y no tenía otra salida: agente de policía; lindo oficio. Y allí me quedé, ~~en la ciudad de los días cortos y de las noches largas, o el revés, según la estación, con un revólver del cuarenta a la cintura, esperando que pasaran el otoño y el invierno para poder zarpar hacia el norte.~~ Pasé un invierno macanudo. Un día hubo un incendio: un almacén, ayudado por el viento, se quemó en dos minutos ~~(pura madera; cuando llegaron los bomberos todo era ceniza)~~ Se averiguó: el dueño le había arrimado fuego y lo declaró a gritos. Era un italiano; estaba aburrido del almacén y quiso venderlo, ~~sin~~ y no encontró comprador, ~~por ningún precio~~ quiso dejarlo a un compatriota, pero el compatriota, que estaba buscando oro en Tierra del Fuego y que, al parecer, había encontrado sus pepitas, declaró que aceptaría cualquier regalo que no fuese un almacén. ~~no le interesaban los bienes de ese género; a otro perro con ese hueso.~~ El italiano sintió una desesperación tremenda ~~no podía arrendarlo, no podía venderlo y tampoco se decidía a dejarlo abandonado; quería marcharse, sin embargo,~~ y cuando llegaron los días cortos y el viento empezó a soplar de firme de día y de noche, ~~no soportó más y~~ decidió quemarlo el mismo; así se libraría de él. ~~El almacén~~ No tenía seguro. Así lo declaró y se sospechó que estuviese demente: un almacenero, italiano o no, que quema su negocio sin tenerlo asegurado, no puede estar sino picado de vinagre ~~y en realidad lo estaba, de remate.~~ Se le detuvo y como allá no había manicomio fué internado en el hospital, encargándose a la policía que lo custodiara en tanto llegaba el barco que pudiera llevarlo a Valparaíso. Tenía que ser un policía sin uniforme; el loco, no sé por qué, no podía sopor-

--¿Qué me iba a parecer? Acepté. Peor es comer ratones. El barco había zarpado y no tenía otra salida: agente de policía; lindo oficio. Y allí me quedé, en la ciudad de los días cortos y de las noches largas, o al revés, según la estación, con un revólver del cuarenta a la cintura, esperando que pasaran el otoño y el invierno para poder zarpar hacia el norte. Pasé un invierno macanudo. Un día hubo un incendio: un almacén, ayudado por el viento, se quemó en dos minutos. Se averiguó: el dueño le había arrimado fuego y lo declaró a gritos. Era un italiano; estaba aburrido del almacén y quiso venderlo; y no encontró comprador; quiso dejarlo a un compatriota, pero el compatriota, que estaba buscando oro en Tierra del Fuego y que, al parecer, había encontrado sus pepitas, declaró que aceptaría cualquier regalo que no fuese un almacén. El italiano sintió una desesperación tremenda; cuando llegaron los días cortos y el viento empezó a soplar de firme de día y de noche, decidió quemarlo; así se libraría de él. No tenía seguro. Así lo declaró y se sospechó que estuviese demente: un almacenero, italiano o no, que quema su negocio sin tenerlo asegurado, no puede estar sino picado de vinagre. Se le detuvo y como allá no había manicomio fué internado en el hospital, encargándose a la policía que lo custodiara en tanto llegaba el barco que pudiera llevarlo a Valparaíso. Tenía que ser un policía sin uniforme; el loco, no sé por qué, no podía sopor-

tar la vista de los uniformes: empezaba a hablar de Garibaldi y se ponía furioso. Me tocó uno de los turnos: ¡qué suerte! Cuando lo ví por primera vez hablé un poco con él para ver qué tal andaba y me convencí de que lo mejor sería, si no deseaba terminar como él, no hablarle una sola palabra en tanto estuviera vigilándolo ni nunca. Y allí nos quedamos, encerrados los dos en una pieza del hospital, mudos como tablones de a dos pulgadas, él sentado o acostado en su cama, yo de pie, apoyado en la puerta o sentado en una silla. El asunto duró bastantes días; cuando el compañero, el otro policía, me entregaba el turno -- le tocaba el de la noche -- parecía estar convaleciente de una pulmonía bilateral, y yo, cuando se lo entregaba al atardecer, me sentía como después de baldear solo la cubierta de un acorazado. Llevé libros y me dediqué a leer, pero no podía hacerlo con tranquilidad; sentía que el loco me miraba y estudiaba mis movimientos, esperando el instante en que pudiera echárseme encima. Era muy entretenido aquel trabajito. El loco se largaba de pronto a recitar un largo monólogo en italiano, a media voz, y del cual no se entendía nada o casi nada; en dos o tres palabras no más. Dejaba de leer y lo miraba, esperando que callara. Era un hombre bajo y fuerte, de cabeza un poco cuadrada, piel blanca y pelo negro; llevaba bigotes. Hablaba y hablaba durante largos ratos y de vez en cuando me dirigía unas rápidas y sombrías miradas, como escondiéndolas de mí, la cabeza baja, los ojos rojos. Se me ocurría, sin embargo, que no me daba más importancia que a las sillas o a las tablas del piso, pero sus miradas, aunque eran iguales para todo, me producían intranquilidad. ¡Qué le pasaría a ese barco, que no llegaba nunca! Habría dado mi sueldo de un año por

tar la vista de los uniformes: empezaba a hablar de Garibaldi y se ponía furioso. Me tocó uno de los turnos: ¡qué suerte! Cuando lo ví por primera vez hablé un poco con él para ver qué tal andaba y me convencí de que lo mejor sería, si no deseaba terminar como él, no hablarle una sola palabra en tanto estuviera vigilándolo ni nunca. Y allí nos quedamos, encerrados los dos en una pieza del hospital, mudos como tablones de a dos pulgadas, él sentado o acostado en su cama, yo de pie, apoyado en la puerta o sentado en una silla. El asunto duró bastantes días; cuando el compañero, el otro policía, me entregaba el turno -- le tocaba el de la noche -- parecía estar convaleciente de una pulmonía bilateral, y yo, cuando se lo entregaba al atardecer, me sentía como después de baldear solo la cubierta de un acorazado. Llevé libros y me dediqué a leer, pero no podía hacerlo con tranquilidad; sentía que el loco me miraba y estudiaba mis movimientos, esperando el instante en que pudiera echárseme encima. Era muy entretenido aquel trabajito. El loco se largaba de pronto a recitar un largo monólogo en italiano, a media voz, y del cual no se entendía nada o casi nada; dos o tres palabras no más. Dejaba de leer y lo miraba, esperando que callara. Era un hombre bajo y fuerte, de cabeza un poco cuadrada, piel blanca y pelo negro; llevaba bigotes. Hablaba y hablaba durante largos ratos y de vez en cuando me dirigía unas rápidas y sombrías miradas, como escondiéndolas de mí, la cabeza baja, los ojos rojos. Se me ocurría, sin embargo, que no me daba más importancia que a las sillas o a las tablas del piso, pero sus miradas, aunque eran iguales para todo, me producían intranquilidad. ¡Qué le pasaría a ese barco, que no llegaba nunca! Habría dado mi sueldo de un año por

no estar allí y renegaba contra la estupidez que había hecho al desertar del barco; el sargento era, con mucho, preferible al loco. El italiano callaba y yo continuaba leyendo, y un día, en los momentos en que la novela que leía llegaba a su más alto grado de interés, sentí que me caía encima algo así como una casa de dos pisos. ~~Dí de cara contra el piso y la silla en que me sentaba estalló como una nuez al ser apretada por un alicate.~~ El loco, aprovechando mi descuido y mi pasión por la lectura de novelas, se lanzó como un tigre. Quedé debajo de él, en una mano la novela y con la otra tratando de tomar al loco de alguna parte vulnerable, fuese la que fuese. Durante unos segundos mantuve la novela en la mano; algo inconsciente me impedía soltarla, como si ese algo temiera que durante la lucha llegara a destrozarse y nos quedáramos sin saber qué pasaba en los últimos capítulos. ~~Era una novela inglesa: La cuchara de plata.~~ Volviendo en mí, la dejé, arrojándola con cuidado a cierta distancia y me dediqué en seguida al italiano, que resoplaba como una foca. Me tenía tomado por el cuello, pero de lado, por sobre un hombro -- estaba nada más que a medias sobre mí -- y me lo apretaba, aunque un poco débilmente, con una sola mano, la izquierda, mientras la derecha andaba por mis costillas, tanteándome como si buscara algo. ¿Qué quería? Cuando me dí cuenta de lo que pretendía, sentí terror: quería apoderarse de mi revólver. Mientras me tenía así y me manoseba rompió en un monólogo que empezó con las palabras "la rivoltella, la rivoltella", y en el cual, como en todos los otros, mencionó a Garibaldi. ~~Nadie me quita de la cabeza la seguridad de que aquel hombre era uno de los de Marsala, el último quizá~~. Pesaba y me retenía en una situción que me impedía hacer fuer-

no estar allí y renegaba contra la estupidez que había hecho al desertar del barco; el sargento era, con mucho, preferible al loco. El italiano callaba y yo continuaba leyendo, un día, en los momentos en que la novela que leía llegaba a su más alto grado de interés, sentí que me caía encima algo así como una casa de dos pisos. ~~dí de cara contra el piso y la silla en que me sentaba estalló como una nuez al ser apretada por un alicate.~~ El loco, aprovechando mi descuido y mi pasión por la lectura de novelas, se lanzó como un tigre. Quedé debajo de él, en una mano la novela y con la otra tratando de tomar al loco de alguna parte vulnerable, fuese la que fuese. Durante unos segundos mantuve la novela en la mano; algo inconsciente me impedía soltarla, como si ese algo temiera que durante la lucha llegara a destrozarse y nos quedáramos sin saber qué pasaba en los últimos capítulos. ~~Era una novela inglesa: La cuchara de plata.~~ Volviendo en mí, la dejé, arrojándola con cuidado a cierta distancia y me dediqué en seguida al italiano, que resoplaba como una foca. Me tenía tomado por el cuello, pero de lado, por sobre un hombro -- estaba nada más que a medias sobre mí -- y me lo apretaba, aunque un poco débilmente, con una sola mano, la izquierda, mientras la derecha andaba por mis costillas, tanteándome como si buscara algo. ¿Qué quería? Cuando me dí cuenta de lo que pretendía, sentí terror: quería apoderarse de mi revólver. Mientras me tenía así y me manoseba rompió en un monólogo que empezó con las palabras "la rivoltella, la rivoltella", y en el cual, como en todos los otros, mencionó a Garibaldi. ~~Nadie me quita de la cabeza la seguridad de que aquel hombre era uno de los de Marsala, el último quizá.~~ Pesaba y me retenía en una situción que me impedía hacer fuer-

zas; aprovechando, sin embargo, un instante en que la presión se aflojó en alguna parte, me dí vuelta, al mismo tiempo que lanzaba un alarido que pudo haberse escuchado en el Canal Beagle, pero que, desgraciadamente, nadie escuchó. la habitación era una de las últimas del edificio y soplaba un ióste de los demonios. Me dí cuenta de todo. Cuando logré colocarme encima del loco, venciendo su resistencia, procedí como me lo aconsejaban las circunstancias, le dí un puñetazo en la cabeza, que le habría aclarado las ideas si no las hubiera tenido ya tan oscuras, lo dejé fuera de combate; murmuró por última vez "la rivoltella" y me soltó. Me levanté, recogí la novela, que me eché al bolsillo, y le rocié al loco la cara con unas gotas de agua. Se recobró, en seguida, se irguió, mirándome de reojo, y fué a sentarse en el sitio de costumbre, en donde, inclinando la cabeza, inició un monólogo en que omitió ya la palabra "rivoltella". ya no habló de la Por mi parte, después de esperar un momento y de arreglarme y sacudirme un poco la ropa y lanzar dos o tres desaforados suspiros para normalizar la respiración, me sentó y pretendí seguir leyendo; no pude hacerlo: la emoción había sido demasiado fuerte. Sentía, por allá adentro, algo así como un remordimiento, que procuré desvanecer diciéndome que no me habría sido posible proceder en otra forma. ¿Cómo discutir con él o intentar disuadirlo? Allí quedamos, hablando él, callado yo, con el libro en la mano y sin poder recobrarme. Pero nuestro El martirio terminó al día siguiente, al llegar el barco en que el demente iba a ser llevado a Valparaíso, y aunque no podíamos llevarlo a bordo sino un momento antes del zarpe, descansamos, pensando que ya no nos quedaban más que dos o tres días. Cuando bajamos del barco, luego de entregar al italia-

no a un contramaestre con cara de pocos amigos, el otro agente y yo fuimos a celebrar nuestra liberación con tres botellas de vino por cabeza, adquiriendo una borrachera de no te muevas. ~~y allí me quedé, todo un invierno, oyendo aullar el viento en las calles y silbar en las chimeneas. Vida agradable: engordé varios kilos a punta de puro cordero y a pesar de la falta de verduras y de los quince grados bajo cero. Pero no había salido de mi casa para irme a enterrar toda la vida en Punta Arenas.~~ Llegó la primavera, ~~una primavera llena de aguanieve~~ y con ella recaló allí un crucero que constituía toda la flota de guerra de la República Oriental del Uruguay. Durante dos días lo estuve mirando desde el muelle, ~~calculando su manga, su eslora y su puntal, haciendo conjeturas respecto al rancho que darían a bordo y buscando un motivo para embarcar en él y zarpar para el norte por el Atlántico. Me atreví, por fin,~~ a hablar con un cabo, con gran sorpresa de mi parte, cuando se enteró de que había navegado en un barco de guerra chileno, alcanzado hasta el Cabo de Hornos, atravesado varias veces el Golfo de Penas y aguantado, sin marearme, un temporal de otoño en Cabo Raper, que es lo más que un cristiano puede aguantar, y que conocía, además, toda la maniobra y los reglamentos de mar, el hombre, que sin duda me tomó por Simbad el Marino, me dijo que no tendría el menor inconveniente en hablar con el comandante; éste me hizo llevar a bordo, me interrogó, le repetí toda la historia, aumentándola un poco ahora y terminó por aceptarme para hacer la travesía hasta Montevideo como marinero de segunda, con todas las obligaciones de tal y sin más remuneración que la ropa y la comida. Además, no figuraría en

el rol. Acepté. Era lo más que podía desear: renuncié a mi opíparo puesto de agente de segunda clase, devolví el de cuarenta y cuatro y me embarqué, zarpando días después en busca de la salida del Estrecho. A los dos o tres días, ya en pleno Atlántico, navegando norte derecho, nos pescó por la cola un temporal que barrió con todo y con todos de la cubierta, hasta el punto de que no quedamos a bordo sino dos personas que no estuvieron mareadas: el ingeniero de máquinas y yo; los demás, de capitán a pinche, con el estómago en la boca y las piernas perdidas, yacían aquí y allá como trapos. Llegó un momento en que me sentí perdido en medio de aquel barco y de aquél océano. Todo pasó, sin embargo, y llegamos a Montevideo en condiciones de parecer lobos de mar. Devolví las ropas, recibí unos pesos que me ofrecieron como propina, rechacé un contrato como cabo de mar y zarpé para Buenos Aires, en un barco que hacía la travesía durante la noche. Me sentía endurecido y contento: todo me salía a favor del pelo. Linda ciudad Buenos Aires, su tierra, ¿no es cierto? Bueno, allí estaba y ¿para qué y por qué iba a gastar un dinero, que no me sobraba, en hoteles que no me hacían falta? Estábamos en plena primavera y el norte soplaba a veces como si saliera de la barriga del infierno. Dormiría al aire libre, en el banco de cualquier plaza o en el hueco de una puerta. Mi dormitorio resultó estar ubicado en la dársena sur: ¿se ha fijado que en los puertos hay siempre, abandonados y medio hundidos en la arena o sepultados bajo montones de tablas, unos enormes tubos? Permanecen ahí años y años y nadie sabe por qué están allí y qué van a hacer con ellos; tampoco se sabe para qué servían y si alguna vez sirvieron de algo. Me sentía cansado después de vagar todo el día por

el rol. Acepté. Era lo más que podía desear: renuncié a mi opíparo puesto de agente de segunda clase, ~~devolví el de cuarenta y cuatro~~ y me embarqué, zarpando días después en busca de la salida del Estrecho. A los dos o tres días, ya en pleno Atlántico, ~~navegando norte derecho~~, nos pescó por la cola un temporal que barrió con todo y con todos de la cubierta, hasta el punto de que no quedamos ab bordo sino dos personas que no estuvieron mareadas: el ingeniero de máquinas y yo; los demás, de capitán a pinche, con el estómago en la boca y las piernas perdidas, yacían aquí y allá como trapos. ~~Llegó un momento en que me sentí perdido en medio de aquel barco y de aquel océano.~~ Todo pasó, ~~sin embargo~~, y llegamos a Montevideo en condiciones de parecer lobos de mar. Devolví las ropas, recibí unos pesos que me ofrecieron como propina, rechacé un contrato como cabo de mar y zarpé para Buenos Aires ~~en un barco que hacía la travesía durante la noche~~. Me sentía endurecido y contento: todo me salía a favor del pelo. Linda ciudad Buenos Aires. ~~su tierra, ¿no es cierto?~~ Bueno, allí estaba y ¿para qué y por qué iba a gastar un dinero, que no me sobraba, en hoteles que no me hacían falta? ~~Estábamos en plena primavera y el norte soplaba a veces como si saliera de la barriga del infierno.~~ Dormiría al aire libre, ~~en el banco de cualquier plaza o en el hueco de una puerta.~~ Mi dormitorio resultó estar ubicado en la dársena sur: ¿se ha fijado que en los puertos hay siempre, abandonados y medio hundidos en la arena o sepultados bajo montones de tablas, unos enormes tubos? Permanecen ahí años y años y nadie sabe por qué están allí y qué van a hacer con ellos; tampoco se sabe para qué servían y si alguna vez sirvieron de algo. Me sentía cansado después de vagar todo el día por

la ciudad, mirándolo y observándolo todo, y cuando, ya cerca de la medianoche, empecé a pensar en una caleta en que la recalada ofreciera más condiciones de seguridad, recordé aquel agujero y aquel tubo y hacia allá me dirigí. ~~Cuando lo enfronté me dijo: "Aquí está mi camarote y no hay capitán mercante o de guerra que esta noche vaya a dormir mejor que yo."~~ No se veía alma, a pesar de que muy cerca se escuchaba el ruído de las cabrías de un barco que descargaba o cargaba mercaderías o cereales; me agaché un poco, ya que la entrada no estaba calculada para seres humanos y avancé un paso en la oscuridad: puse justamente el pie, ~~con~~ por suerte con cuidado, encima de algo que se recogió con rapidez; retiré el pie y oí el ruído de algo que se arrastra, al mismo tiempo que alguien decía:

--Despacio: hay alojados.

--~~Perdone~~. Disculpe, amigo

~~está dormido~~.

--~~Salió en verso~~.

--¿Qué busca por aquí?

--Nada extraordinario.

--Aquí no hay señoras.

--~~Es una lástima~~. Lo siento mucho.

--Tampoco hay ~~comida~~, al comer

--~~No tengo hambre~~. No tengo hambre

Menos mal.

--~~¡Qué suerte!~~

--~~Lo que~~ Busco ~~es~~ algo muy sencillo.

--Entonces lo ~~va a~~ encontrará

--¿No es de la policía usted?

la ciudad, mirándolo y observándolo todo, y cuando, ya cerca de la medianoche, empecé a pensar en una caleta en que la recalada ofreciera más condiciones de seguridad, recordé aquel agujero y aquel tubo y hacia allá me dirigí. ~~Cuando lo enfrenté me dijo: "Aquí está mi camarote y no hay capitán mercante o de guerra que esta noche vaya a dormir mejor que yo."~~ No se veía alma, a pesar de que muy cerca se escuchaba el ruido de las cabrías de un barco que descargaba o cargaba mercaderías o cereales; me agaché un poco, ya que la entrada no estaba calculada para seres humanos y avancé un paso en la oscuridad: puse justamente el pie, ~~con~~ por suerte con cuidado, encima de algo que se recogió con rapidez; retiré el pie y oí el ruido de algo que se arrastra, al mismo tiempo que alguien decía:

--Despacio: hay alojados.

--Perdone. Llévese, amigo

--Enfermedad. está enfermo

--Salió en verso.

--¿Qué busca? ¿Qué busca?

--Nada extraordinario.

--Aquí no hay señoras.

--Es una lástima. La siento [illegible]

--Tampoco hay comida. [illegible]

--No tengo hambre. Mucho mal.

--¡Qué suerte!

--Lo que busco es muy sencillo.

--Entonces lo va a encontrar.

--¿No es de la policía entera?

--No; esos pisan ~~más~~ fuerte y no piden ~~perdón~~ disculpa.

~~--¡Qué nenes~~!

--Adelante, entonces, amigo. ~~todo nos une y nada nos separa.~~

--¿Hay alguna cama disponible?

Sí, --Hay varias. y todas buenas

--Quisiera ver una.

Se cortó la luz.

--~~Sí; la luz deja algo que desear.~~

--~~Son los inconvenientes de recogerse tarde.~~

Pase por --Por aquí.

--Por favor: cuidado con mis piernas.

No era un diálogo: las voces [redacted] salían de todas partes. Alguien encendió un fósforo y pude ver lo que allí había: catorce hombres. Me acomodé en un rincón disponible.

--Pieza número quince.

Alguien soltó una carcajada.

--¿Quiere el desayuno en la cama?

que le tienen

--~~Sí, y agua caliente, pero temprano.~~ No soy tan delicado.

--¿Encontró cerrada la puerta de su casa?

--No.

--¿Peleó con la señora?

--Tampoco.

--¿Se le perdió la llave?

--Nada de eso: no tengo casa, señora ni llave. Estoy cansado y quiero dormir.

-- entonces

--~~Lo dicho:~~ todo nos une y nada nos separa.

--Con confianza, amigo; hay buena ventilación y los precios módicos.

--Eso sí: hay que irse temprano.

--No; esos pisan ~~más~~ fuerte y no piden ~~perdón~~. disculpa

~~--¡Qué nenes!~~

--Adelante, entonces, ~~todo nos une y nada nos separa.~~ [illegible]

--¿Hay alguna cama disponible?

--Hay varias. [illegible]

--Quisiera ver una.

~~--Sí; la luz deja algo que desear.~~ [illegible]

~~--Son los inconvenientes de recogerse tarde.~~

--Por aquí.

--Por favor: cuidado con mis piernas.

No era un diálogo: las voces ~~[illegible]~~ salían de todas partes. Alguien encendió un fósforo y pude ver lo que allí había: catorce hombres. Me acomodé en un rincón disponible.

--Pieza número quince.

--¿Quiere el desayuno en la cama?

~~--Sí, y agua caliente, pero temprano.~~ [illegible]

--¿Encontró cerrada la puerta de su casa?

--No.

--¿Peleó con la señora?

--Tampoco.

--¿Se le perdió la llave?

--Nada de eso: no tengo casa, señora ni llave. Estoy cansado y quiero dormir.

~~--De dicho~~ [illegible] todo nos une y nada nos separa.

--Con confianza, buena ventilación, precios módicos.

--Eso sí: hay que irse temprano.

--Los vigilantes no dicen nada por la noche, pero en la mañana ~~son exigentes~~ les cobran.

Era aquél un albergue de vagabundos, pero de unos vagabundos muy especiales; entre ~~ellos~~ los cuales se encontraban hasta individuos que tenían cuentas en las cajas de ahorro y en los bancos. ~~Allí dormían personas de los dos hemisferios y de levante y de poniente;~~ Había españoles y chilenos, yugoeslavos y peruanos, italianos y argentinos, algunos ~~que andaban~~ en parejas, solitarios otros, sin que ninguno fuera ~~lo que la gente llama~~ un vago, es decir, un hombre que por un motivo u otro no quiere trabajar; al contrario, tenían oficios y hasta profesiones, zapateros, por ejemplo, como el chileno Contreras, y abogados, como el español Rodríguez.

~~--Todo español, por el hecho de serlo y mientras no demuestre lo contrario, es abogado -- decía.~~

Había también mecánicos y carpinteros, albañiles y torneros. ¿Qué hacían allí, durmiendo en una caldera abandonada, si eran hombres de trabajo? ~~Sencillamente,~~ Eran gente de tránsito. ~~no poseían casa ni familia en la ciudad y no podían~~ crear ni tenían dinero o no querían arrendar otra. Y no crea usted: ~~cada uno tenía trazado~~ su posible destino y sabía por qué estaba allí y no en otra parte, qué esperaba y ~~qué deseaba hacer,~~ Trecich, por ejemplo, esperaba una oportunidad para trasladarse a Punta Arenas, a Tierra del Fuego, ~~decía él, meta de muchos yugoeslavos;~~ No había podido llegar sino hasta Buenos Aires, trabajando en un barco, y esperaba otro que, trabajando también, lo llevara hasta el Estrecho de Magallanes. ~~Tenía dinero en el banco, pero ¿por qué lo iba a gastar en un pasa-~~

--Los vigilantes no dicen nada por la noche, pero en la mañana son exigentes.

Era aquél un albergue de vagabundos, pero de unos vagabundos muy especiales; entre ellos se encontraban hasta individuos que tenían cuentas en las cajas de ahorro y en los bancos. Allí dormían personas de los dos hemisferios y de levante y de poniente; españoles y chilenos, yugoeslavos y peruanos, italianos y argentinos, algunos que andaban en parejas, solitarios otros, sin que ninguno fuera lo que la gente llama un vago, es decir, un hombre que por un motivo u otro no quiere trabajar; al contrario, tenían oficios y hasta profesiones, zapateros, por ejemplo, como el chileno Contreras, y abogados, como el español Rodríguez.

--Todo español, por el hecho de serlo y mientras no demuestre lo contrario, es abogado -- decía.

Había también mecánicos y carpinteros, albañiles y torneros. ¿Qué hacían allí, durmiendo en una caldera abandonada, si eran hombres de trabajo? Sencillamente, no poseían casa ni familia en la ciudad y no podían crear ni tenían dinero o no querían arrendar otra. Y no crea usted: cada uno tenía trazado su posible destino y sabía por qué estaba allí y no en otra parte, qué esperaba y qué deseaba hacer. Trecich, por ejemplo, esperaba una oportunidad para trasladarse a Punta Arenas, a Tierra del Fuego, decía él, mata de muchos yugoeslavos; No había podido llegar sino hasta Buenos Aires, trabajando en un barco, y esperaba otro que, trabajando también, lo llevara hasta el Estrecho de Magallanes. Tenía dinero en el banco, pero ¿por qué lo iba a gastar en un pase-

~~le que podía pagar con su trabajo?~~ Era joven y estaba muy lejos de ser un inválido; que pagaran pasaje los que tenían dinero de sobra o los que temían al trabajo. ~~él no lo temía, lo deseaba, y~~ Cuando me oyó contar que venía de Punta Arenas me asaltó a preguntas: ¿cómo era el clima, viven allí muchos yugoeslavos, es cierto que todos se han enriquecido, queda oro en Bahía Valentín, no llegaré demasiado tarde? No, Trecich, y si se ha acabado el oro, si el viejo Mustá se ha hecho para su chaleco de fantasía una doble cadena con las últimas pepitas sacadas de El Páramo, quedan todavía muchas tierras que colonizar, muchos indios que matar o esclavizar, muchas ovejas que trasquilar, muchos bultos que cargar, mariscos que pescar, mercaderías que vender, basuras que recoger y mugre que limpiar; con todo ello pueden ganar todavía mucho dinero los roñosos que no tienen en la vida otra finalidad que el de ganarlo. Le tomé antipatía: todo lo reducía a nacionales. ~~y no disimuló mi regocijo cuando supo que tenía embarque para Punta Arenas; por allá debe andar todavía, buscando dinero hasta por debajo de la bosta de los animales.~~ En comparación con aquel tragaplata, el chileno Contreras resultaba un gentilhombre: viajaba por el placer de viajar y utilizaba para ello todos los medios que el progreso ha puesto al servicio del hombre, aunque sin pagarlos, claro está; cuando lo echaban del tren de carga o de uno de pasajeros, ~~en que viajaba sin boleto,~~ no se incomodaba y seguía el viaje a pie, con su mochila a la espalda, hasta tomar otro; de ese modo había llegado, desde Santiago de Chile hasta Buenos Aires, sin gastar un centavo en movilización.

~~je que podía pagar con su trabajo?~~ Era joven y estaba muy lejos de ser un inválido; que pagaran pasaje los que tenían dinero de sobra o los que temían al trabajo. ~~él no lo temía, lo deseaba, y~~ Cuando me oyó contar que venía de Punta Arenas me asaltó a preguntas: ¿cómo era el clima, viven allí muchos yugoeslavos, es cierto que todos se han enriquecido, queda oro en Bahía Valentín, no llegaré demasiado tarde? No, Trecich, y si se ha acabado el oro, si el viejo Mustá se ha hecho para su chaleco de fantasía una doble cadena con las últimas pepitas sacadas de El Páramo, quedan todavía muchas tierras que colonizar, muchos indios que matar o esclavizar, muchas ovejas que trasquilar, muchos bultos que cargar, mariscos que pescar, mercaderías que vender, basuras que recoger y mugre que limpiar; con todo ello pueden ganar todavía mucho dinero los roñosos que no tienen en la vida otra finalidad que el de ganarlo. Le tomé antipatía: todo lo reducía a nacionales ~~y no disimulé mi regocijo cuando supe que tenía embarque para Punta Arenas; por allá debe andar todavía, buscando dinero hasta por debajo de la bosta de los animales.~~ En comparación con aquel tragaplata, el chileno Contreras resultaba un gentilhombre: viajaba por el placer de viajar y utilizaba para ello todos los medios que el progreso ha puesto al servicio del hombre, aunque sin pagarlos, claro está; cuando lo echaban del tren de carga o de uno de pasajeros ~~en que viajaba sin boleto,~~ no se incomodaba y seguía el viaje a pie, con su mochila a la espalda, hasta tomar otro; de ese modo había llegado, desde Santiago de Chile hasta Buenos Aires, sin gastar un centavo en movilización.

--Tanto que hablan de la Argentina y de Buenos Aires; vamos a ver si es cierto lo que dicen.

Y allí estaba; en todo el tiempo que llevaba viajando, cuatro meses~~: la travesía de Mendoza Buenos Aires lo llevó dos -- no tenía apuro [redacted] y como no era aún tiempo de cosecha en los campos los conductores de trenes perseguían a los que se trepaban a ellos --~~/ no había trabajado sino en dos ocasiones: una semana en Mendoza y tres en Rosario, con gran pesar de sus ocasionales patrones, que no comprendían cómo un obrero con tales manos podía dedicarse a vagar. Le rogaban que se quedara unos días más, unas semanas más, unes meses más; tenían mucho trabajo y los clientes, sobre todo los de pies imposibles, estaban entusiasmados con un zapatero como aquel.

--He venido a pasear y no a trabajar; hasta lueguito, patrón.

Y después de este inevitable diminutivo se iba paso a paso por los durmientes de la vía férrea.

--~~Si fuera por trabajar me habría~~ quedado en Chile, en donde tengo trabajo para toda la vida y para un poco más. Soy casado y mi mujer quedó a cargo del taller; me espera. Le dije: me voy para la Argentina, a pie, y no te puedo llevar; espérame. Es aparadora y gana casi tanto como yo. ¿Cómo, entonces, quedarme en Mendoza o en Rosario trabajando para un patrón que no quiere más que ganar dinero conmigo? Ni loco. Pasaré aquí la primavera y el verano y en el otoño regresaré a Santiago.

Era bajo de estatura y un poco gordo, con suave mirada, pelo, largo en forma de melena y aire de poeta provinciano. Sabía

--Tanto que hablan de la Argentina y de Buenos Aires; vamos a ver si es cierto lo que dicen.

Y allí estaba; en todo el tiempo que llevaba viajando, cuatro meses: ~~la travesía de Mendoza-Buenos Aires le llevó dos -- no tenía apuro y como no era aún tiempo de cosecha en los campos los conductores de trenes perseguían a los que se trepaban a ellos --~~ no había trabajado sino en dos ocasiones: una semana en Mendoza y tres en Rosario, con gran pesar de sus ocasionales patrones, que no comprendían cómo un obrero con tales manos podía dedicarse a vagar. Le rogaban que se quedara unos días más, unas semanas más, unos meses más; tenían mucho trabajo y los clientes, sobre todo los de pies imposibles, estaban entusiasmados con un zapatero como aquel.

--He venido a pasear y no a trabajar; hasta luego, patrón.

Y después de este inevitable diminutivo se iba paso a paso por los durmientes de la vía férrea.

~~--Si fuera por trabajar me habría quedado en Chile, en donde tengo trabajo para toda la vida y para un poco más. Soy casado y mi mujer quedó a cargo del taller; me espera. Le dije: me voy para la Argentina, a pie, y no te puedo llevar; espérame. Es aparadora y gana casi tanto como yo. ¿Cómo, entonces, quedarme en Mendoza o en Rosario trabajando para un patrón que no quiere más que ganar dinero conmigo? Ni loco. Pasaré aquí la primavera y el verano y en el otoño regresaré a Santiago.~~

Era bajo de estatura y un poco gordo, con suave mirada, pelo, largo en forma de melena y aire de poeta provinciano. Sabía

recitar algunas poesías y hablaba mucho de la libertad del individuo y de la explotación del hombre por el hombre; sospeché que fuese anarquista. Pasé muchos ratos conversando con él y hablábamos sobre todo de Santiago, nuestra ciudad natal, que conocía muy bien. Pero no se trataba de conversar mucho tiempo y las amistades que se hacían en aquel tubo no eran, tampoco, para siempre; cada uno tenía su derrotero y su destino y debía realizarlo; aquello no era un club, aunque se le conociera con el nombre de Hotel de los Emigrantes; había que seguir y seguimos. Empecé a buscar trabajo, un trabajo cualquiera, en donde fuese y para lo que fuese, oficina, tienda, fábrica, almacén, camino o construcción, a pleno sol; pero era difícil; docenas de hombres se juntaban frente a las puertas de las casas o establecimientos en que se solicitaba un empleado para cualquier trabajo; decenas y aun centenas de seres de todas las nacionalidades y procedencias, vagabundos sin domicilio, como yo, y otros con domicilio, y todos sin tener qué comer, mendigando empleos de veinte o treinta pesos mensuales. Eso era en la ciudad, llena de inmigrantes, algunos de ellos llorando por las calles, italianos o españoles, palestinos o polacos, que venían a hacerse ricos y que en esos momentos habrían dado cualquier cosa por haber nacido en la "porca América" o por no estar en ella. En los campos era peor: vagaban por miles, de un punto a otro, hablando diferentes lenguas y ofreciéndose para todo, aunque sólo fuese por la comida; se les veía en los techos de los vagones de carga, como pájaros enormes, macilentos, muertos de hambre, esperando la cosecha,

recitar algunas poesías y hablaba mucho de la libertad del individuo y de la explotación del hombre por el hombre; sospeché que fuese anarquista. Pasé muchos ratos conversando con él y hablábamos sobre todo de Santiago, nuestra ciudad natal, que conocía muy bien. Pero no se trataba de conversar mucho tiempo y las amistades que se hacían en aquel tubo no eran, tampoco, para siempre; cada uno tenía su derrotero y su destino y debía realizarlo; aquello no era un club, aunque se le conociera con el nombre de Hotel de los Emigrantes; había que seguir y seguimos. Empecé a buscar trabajo, un trabajo cualquiera, en donde fuese y para lo que fuese, oficina, tienda, fábrica, almacén, camino o construcción, a pleno sol; pero era difícil; docenas de hombres se juntaban frente a las puertas de las casas o establecimientos en que se solicitaba un empleado para cualquier trabajo; decenas y aun centenas de seres de todas las nacionalidades y procedencias, vagabundos sin domicilio, como yo, y otros con domicilio, y todos sin tener qué comer, mendigando empleos de veinte o treinta pesos mensuales. Eso era en la ciudad, llena de inmigrantes, algunos de ellos llorando por las calles, italianos o españoles, palestinos o polacos, que venían a hacerse ricos y que en esos momentos habrían dado cualquier cosa por haber nacido en la "porca América" o por no estar en ella. En los campos era peor: vagaban por miles, de un punto a otro, hablando diferentes lenguas y ofreciéndose para todo, aunque sólo fuese por la comida; se les veía en los techos de los vagones de carga, como pájaros enormes, macilentos, muertos de hambre, esperando la cosecha,

pidiendo comida y a veces robándola. Los patrones aprovechaban aquella abundancia de desocupados y un día casi acogoto a uno; me quedaban diez centavos y compré el diario para ver los avisos: "Necesito joven. . ." Yo era joven, pero el lugar estaba muy lejos, al otro extremo de la ciudad; allá me fuí, gastando mis últimos centavos, con la esperanza [illegible] y la seguridad de ser el primero en llegar; había comprado el diario al amanecer, a la salida de la imprenta, calientito aún; el empleo me pertenecía: fuí el primero en llegar y cualquier hombre con dos brazos, y aun con uno solo, podía hacer el trabajo: hacer paquetes, llevar paquetes, recibir paquetes; nada de matemáticas: puro paquete; pero algo hubo que no le gustó al patrón, la forma de mis orejas, el color de mis ojos, el corte del chaleco, qué sé yo, el caso es que me dijo que el puesto ya estaba ocupado; le contesté que no podía ser: nadie más que yo había llegado hasta ese momento; lo sabía; entonces, descubierto, mintió: dijo que lo había pensado mejor y que no iba a tomar empleado. Me dió una rabia tremenda: era un individuo gordo, bajo, con el pelo tieso y cortado en forma cuadrada; estaba en camiseta detrás de un escritorio con muestras de marcaderías y chorreado de café y de tinta; me fuí sobre él y le pregunté si creía que la gente experimentaba algún placer en venir a contemplar su camiseta o su escritorio, que había gastado mis últimas monedas en comprar el diario y llegar hasta allí, despreciando otros avisos, que era un abusador y que si no me daba el empleo debía indemnizarme; de otro modo, procedería en justicia rápida. El tipo, más asustado que una lagar-

pidiendo comida y a veces robándola. Los patrones aprovechaban aque-
llas ausencias de descuidos y un día casi acogoto a una; me que-
daban diez centavos y compré el diario para ver los avisos: "Mece-
sito joven. . ." Yo era joven, pero el lugar estaba muy lejos, al
otro extremo de la ciudad; allá me fuí, gastando mis últimos
centavos, con la esperanza y la seguridad de ser el primero
en llegar; había comprado el diario al amanecer, a la salida
de la imprenta, caliente aún; el empleo me pertenecía: fuí
el primero en llegar y enseguida hombre con dos brazos, y aun
con uno solo, podía hacer el trabajo: hacer paquetes. Llevar pa-
quetes, recibir paquetes; nada de matemáticas: puro paquete; pe-
ro algo mucho que no le gustó al patrón. La forma de mis orejas,
el color de mis ojos, el corte del chaleco, que sé yo, el caso es
que me dijo que el puesto ya estaba ocupado; le contesté que no
podía ser: nadie más que yo había llegado hasta ese momento; lo
sabía; entonces, desconcierto, mintió: dijo que lo había pensado
mejor y que no iba a tomar empleado. Me dió una rabia tremenda:
era un individuo gordo, bajo, con el pelo tieso y cortado en
forma cuadrada; estaba en camiseta detrás de un escritorio con
muestras de mercaderías y chorreado de café y de tinta; me fuí
sobre él y le pregunté si creía que la gente experimentaba algún
placer en venir a contemplar su camiseta o su escritorio, que
había gastado mis últimas monedas en comprar el diario y llegar
hasta allí, despreciando otras avisos, que era un sinsabor y que
si no me daba el empleo debía indemnizarme; de otro modo, pro-
cedería en justicia repida. Mi tipo, más sentado que una lagar-

tija, abrió tamaños ojos y se quedó mirando mis manos, creyendo tal vez que de pronto me llevaría una a la cintura, sacaría un cuhillo y le rebanaría el mugriento pescuezo. Era tiempo de malevos en Buenos Aires. Por fin, sacando la respiración, que con el susto se le había escondido, me preguntó que con cuánto me quedaría tranquilo. "¡Cinco pesos!", le grité, estirando una mano y reteniendo, al mismo tiempo, la risa y la cachetada. Sacó algunos arrugados billetes de a peso, tan sucios como él, y me apoderé de ellos, marchándome antes de que reaccionara y antes de que me diera vergüenza; qué diablos, hay gente que quisiera abusar de uno cuando lo ve derrotado. . . Estuve allí un mes y medio y no encontré trabajo ni para matar cucarachas, y eso que había muchas. Un dia me ocurrió algo curioso: estaba en una calle cualquiera, afirmado en una pared y pensando cómo salir del paso y desesperando ya de mi situación, que era ófrica, como dicen los peruanos, cuando ví pasar a un hombre joven, delgado, de lentes, que durante unos segundos, mientras pasaba ante mí, me observó; me molestó su curiosidad y le dí una mirada de

tija, abrió tamaños ojos y se quedó mirando mis manos, creyendo tal vez que de pronto me llevaría una a la cintura, sacaría un cubillo y le rebanaría el mugriento pescuezo. Era tiempo de malevos en Buenos Aires. Por fin, sacando la respiración, que con el susto se le había escondido, me preguntó que con cuánto me quedaría tranquilo. "¡Cinco pesos!", le grité, estirando una mano y reteniendo, al mismo tiempo, la risa y la cachetada. Sacó algunos arrugados billetes de a peso, tan sucios como él, y me apoderé de ellos, marchándome antes de que reaccionara y antes de que me diera vergüenza; qué diablos, hay gente que quisiera abusar de uno cuando lo ve derrotado. . . Estuve allí un mes y medio y no encontré trabajo ni para matar cucarachas, y eso que había muchas. Un día me ocurrió algo curioso: estaba en una calle cualquiera, afirmado en una pared y pensando cómo salir del paso y desesperando ya de mi situación, que era ófrica, como dicen los peruanos, cuando ví pasar a un hombre joven, delgado, de lentes, que durante unos segundos, mientras pasaba ante mí, me observó; me molestó su curiosidad y le dí una mirada de

reojo mientras se alejaba; se le veían muy gastados los tacos de los zapatos y el traje mostraba brillos en las posaderas y en la espalda; no nadaría en la abundancia. Instantes después, y cuando ya lo tenía olvidado, sentí que alguien, que se acercó sin que yo lo sintiera ni viera, me tomaba de la mano y ponía algo en ella, alejándose en seguida. Me miré la mano: tenía en ella un billete de a un peso. ¿Por qué? ¿Quién era? Lo ignoro. Si yo fuera judío habría creído que era el profeta Elías, pero, en verdad, no era necesario ser profeta para darse cuenta, por mi cara y aspecto, que estaba en una brava encrucijada. Le agradecí profundamente el peso y me alejé, un poco avergonzado, pero apretando bien el billete en la mano. Por suerte mi padre, a quien había escrito, me mandó dinero y pude regresar a Chile. Volvía el hijo pródigo. Mi padre seguía tan profesor como antes: las matemáticas, la gramática, la biología, la física. Entré a aprender carpintería en la Escuela de Artes y Oficios. Mis hermanastros habían crecido,

reojo mientras se alejaba; se le veían muy rastados los tacos de los zapatos y el traje mostraba brillos en las posaderas y en la espalda; no nadaría en la abundancia. Instantes después, y cuando ya lo tenía olvidado, sentí que alguien, que se acercó sin que yo lo sintiera ni viera, me tomaba de la mano y ponía algo en ella, alejándose en seguida. Me miré la mano; tenía en ella un billete de a un peso. ¿Por qué? ¿Quién era? Lo ignoro. Si yo fuera judío habría creído que era el profeta Elías, pero, en verdad, no era necesario ser profeta para darse cuenta, por mi cara y aspecto, que estaba en una brava encrucijada. Le agradecí profundamente el peso y me alejé, un poco avergonzado, pero apretando bien el billete en la mano. Por suerte mi padre, a quien había escrito, me mandó dinero y pudo regresar a Chile. Volvía el hijo pródigo. Mi padre seguía tan profesor como antes: las matemáticas, la gramática, la biología, la física. Entré a aprender carpintería en la Escuela de Artes y Oficios. Mis ilusiones habían creado,

pero no lo suficiente y no nos entendíamos, a pesar de que el menos me demostraba gran afecto. Pero allí, en el taller de carpintería, también había que estudiar historia, no historia de la carpintería, sino historia patria, que no tiene nada que ver con las maderas, y castellano y geometría y educación cívica; y eso no era lo peor: lo peor era que tampoco servía para carpintero; tengo unos ojos que no me sirven más que para lo indispensable: para no tropezar con los postes. Durante el tiempo que permanecí en la escuela no pude jamás cepillar bien una tabla ni cortar correctamente un listón: todo me salía torcido. Mi madrastra es una mujer hermosa, pero muy triste; tiene treinta años menos que mi padre, que se casó con ella a los cincuenta y dos. Este hombre, dedicado toda su vida a su profesión y a sus estudios, ha tenido siempre, al parecer, gran atractivo para las mujeres, aunque se me ocurre que ha sido un atractivo de dominio, es decir, las mujeres, más que enamoradas de él, han debido sentirse dominadas por él. A veces quiero suponer cómo

pero no lo suficiente y no nos entendíamos, a pesar de que el menor me demostraba gran afecto. Pero allí, en el taller de carpintería, también había que estudiar historia, no historia de la carpintería, sino historia patria, que no tiene nada que ver con las maderas, y castellano y geometría y educación cívica; y eso no era lo peor: lo peor era que tampoco servía para carpintero; tengo unos ojos que no me sirven más que para lo indispensable: para no tropezar con los postes. Durante el tiempo que permanecí en la escuela no pude jamás copiarme bien una tabla ni cortar correctamente un listón; todo me salía torcido. Mi madrastra es una mujer nerviosa, pero muy triste; tiene treinta años menos que mi padre, que se casó con ella a los cincuenta y dos. Este hombre, dedicado toda su vida a su profesión y a sus estudios, ha traído siempre, al parecer, gran atractivo para las mujeres, aunque se me ocurre que ha sido un atractivo de dominio, se decir, las mujeres, más que enamoradas de él, han debido sentirse dominadas por él. A veces quisiera suponer cómo

era mi madre y cómo debió sentirse en las manos de ese hombre con atractivo amoroso y tan competente para el álgebra, que le estrujó la juventud y las entrañas con su pasión de hombre indiferentes a lo que no es propuesto con rigor lógico. Nunca me ha hablado de ella. Ha sido casado dos veces y sospecho que además tuvo amores, largos y fructíferos, aunque ocultos, con una tercera mujer, muerta en el anonimato o que aún vive y de la cual sospecho que soy hijo. Mi hermano mayor no soportó por mucho tiempo ~~la presión~~ y partió hacia Estados Unidos; ~~hace tiempo que no lo veo.~~ No sé qué suerte haya tenido.

era mi madre y cómo debió sentirse en las manos de ese hombre con atractivo amoroso y tan competente para el álgebra, que le estrujó la juventud y las entrañas con su pasión de hombre indiferentes a lo que no es propuesto con rigor lógico. Nunca me ha hablado de ella. Ha sido casado dos veces y sospecho que además tuvo amores, largos y fructíferos, aunque ocultos, con una tercera mujer, muerta en el anonimato o que aún vive y de la cual sospecho que soy hijo. Mi hermano mayor no soportó por mucho tiempo la presión y partió hacia Estados Unidos. Hace tiempo que no lo veo.

## IX

(Y así, caminando sin prisa, uno junto al otro, como embarcaciones abarloadas, nos acercábamos al mar, llevados por nuestras piernas, por nuestros recuerdos y por los personajes de nuestros recuerdos, que caminaban, por su parte, dentro de nosotros. Durante un trecho el río se apartó de nuestro lado y dejamos de verlo. Reapareció, avanzando desde el norte, muy cambiado: había reunido todas sus pequeñas y húmedas lenguas, cansadas de arrastrarse trabajosamente, durante kilómetros, sobre capas de guijarros. Llegaba ahora grueso e importante, reposado, como si no tuviera nada que ver con el río de una legua más atrás, ese río dividido y saqueado por campesinos e industriales. Pero era demasiado tarde para engrosar y tomar aires de importancia: el mar está allí y es inútil la aparente grandeza de los últimos momentos. No tienes más remedio que entregarte; ya no puedes devolverte, desviarte o negar-

XI

(Y así, caminando sin prisa, uno junto al otro, como embarcaciones abarloadas, nos acercábamos al mar, llevados por nuestras piernas, por nuestros recuerdos y por los personajes de nuestros recuerdos, que caminaban, por su parte, dentro de nosotros. Durante un trecho el río se apartó de nuestro lado y dejamos de verlo. Reapareció, avanzando desde el norte, muy cambiado: había reunido todas sus pequeñas y húmedas lenguas, cansadas de arrastrarse trabajosamente, durante kilómetros, sobre capas de guijarros. Llegaba ahora grueso e importante, reposado, como si no tuviera nada que ver con el río de una legua más atrás, ese río dividido y saqueado por campesinos e industriales. Pero era demasiado tarde para engrosar y tomar aires de importancia: el mar está allí y es inútil la aparente grandeza de los últimos momentos. No tienes más remedio que entregarte; ya no puedes devolverte, desviarte o negar-

te. Por lo demás, saldrás ganando al echar tus turbias aguas, nacidas, no obstante, tan claras, en esas otras, tan azules, que te esperan. Está anocheciendo y pronto encenderán las luces de Valparaíso.)

te. Por lo demás, saldrás ganando al echar tus turbias aguas, nacidas, no obstante, tan claras, en esas otras, tan azules, que te esperan. Está anocheciendo y pronto encenderán las luces de Valparaíso.)

X

Mi amigo prosiguió:

--Y una noche que me encontraba en mi pieza, asomado a la ventana, mirando el cielo nocturno, vi que dos personas marchaban lentamente por la acera; llevaban mochilas a la espalda. Esto me puso nervioso. La casa está junto a una línea de ferrocarril por donde pasan los trenes que van a Valparaíso y a Los Andes; mi pieza está en el segundo piso y su ventana da hacia esa línea. Las dos personas conversaban y reconocí sus voces: eran antiguos compañeros de colegio. Era verano y la brisa agitaba el follaje de los sombríos árboles. Cuando pasaron bajo la ventana los llamé:

--¡Eh! ¡Ipinza! ¡González!

Se detuvieron y levantaron la cabeza, aunque sin verme, pues yo estaba oculto por las ramas; me reconocieron, sin embargo, por la voz y porque sabían que, desde muchos años, vivía allí.

--¡Qué hay! ¿Cómo estás?

--Bien. ¿Para dónde van?

--Para la Argentina.

--¿A qué?

No contestaron: ¿qué explicación iban a dar?

--Nos vamos; nada más.

Allí se quedaron, con el rostro vuelto hacia arriba, ilumina-

X

Mi amigo prosiguió:

--Y una noche que me encontraba en mi pieza, asomado a la ventana, mirando el cielo nocturno, vi que dos personas marchaban lentamente por la acera; llevaban mochilas a la espalda. Resto me puso nervioso. La calle está junto a una línea de ferrocarril por donde pasan los trenes que van a Valparaíso y a los Andes; mi pieza está en el segundo piso y su ventana da hacia esa línea. Las dos personas conversaban y reconocí sus voces: eran antiguos compañeros de colegio. Mire viendo y la brisa agitaba el follaje de los sombríos árboles. Cuando pasaron bajo la ventana los llamé:

--¡Eh! ¡Pipiza! ¡Gonzáles!

Se detuvieron y levantaron la cabeza, aunque sin verme, pues yo estaba oculto por las rejas; me reconocieron, sin embargo, por la voz y porque sabían que, desde muchos años, vivía allí.

--¡Qué hay! ¿Cómo estás?

--Bien. ¿Para dónde van?

--Para la Argentina.

--¿A qué?

No comprendí: ¿qué explicación iban a dar?

--Nos vamos; nada más.

Allí se quedaron, con el rostro vuelto hacia arriba, ilumina-

dos por la luz de un foco que a mí me dejaba en la penumbra. Durante unos segundos sentí que mis pensamientos volaban hacia todas partes, como una bandada de aves desperdigada por un tiro de escopeta: Argentina, el espacio libre, la cordillera, la pampa, los días sin prisa y sin libros de texto; estábamos a principios de Enero y la brisa de las montañas soplaba en las tardes hacia el mar. Sentí que una oleada de sangre me subía a la cabeza.

--Espérenme.

Allí se quedaron, conversando, en tanto yo buscaba mis ropas en la oscuridad, hacía un atado con ellas y las lanzaba hacia la calle, con el gesto del marinero que desde la borda lanza su saco hacia el muelle, al abandonar el barco. Las recogieron. Bajé la escala: mi padre leía en el salón y mi madrastra, con su rostro hermoso y triste, hacía una labor de bordado; ninguno de los dos hablaba. Mi padre levantó la cabeza:

--¿Para dónde vas?

--A dar una vuelta por ahí. . .

--No te demores; ya son más de las diez.

--Volveré en seguida.

Y salí: demoré año y medio en volver. Al amanecer dormíamos en las afueras de la ciudad de Los Andes, tirados en el suelo, al abrigo de unos arbustos, y cuatro días más tarde estaba a trescientos kilómetros de mi casa, bajando hacia Mendoza, en compañía de aquellos compañeros a quienes hube de llevar, en algunas partes, casi en brazos, pues se lastimaron los pies de una ma-

dos por la luz de un foco que a mí me dejaba en la penumbra.

Durante unos segundos sentí que mis pensamientos volaban hacia todas partes, como una bandada de aves despertigadas por un tiro de escopeta: Argentina, el espacio libre, la cordillera, la pampa, los días sin prisa y sin libros de texto; estábamos a principios de Enero y la brisa de las montañas soplaba en las tardes hacia el mar. Sentí que una oleada de sangre me subía a la cabeza.

--Bajémonos.

Allí se quedaron, conversando, en tanto yo buscaba mis ropas en la oscuridad, hacia un stado con ellas y las lanzaba hacia la calle, con el gesto del marinero que desde la borda lanza an asco hacia el muelle, al abandonar el barco. Las recogieron. Bajé la escala: mi padre leía en el asiòn y mi madrastra, con un rostro hermoso y triste, hacía una labor de bordado; ninguno de los dos habías. Mi padre levantó la cabeza:

--¿Para dónde vas?

--A dar una vuelta por ahí. . .

--No te demores; ya son más de las diez.

--Volveré en seguida.

Y salí: demoré año y medio en volver. Al amanecer dormíamos en las afueras de la ciudad de los Andes, tirados en el suelo, al abrigo de unos arbustos, y cuatro días más tarde estaba a trescientos kilómetros de mi casa, bajando hacia Mendoza, en compañía de aquellos compañeros a quienes pude llevar, en algunas partes, casi en brazos, pues se lastimaron los pies de una ma-

nera horrososa; tuve que lavarlos, vestirlos y hacerles de comer: eran completamente inútiles; ~~para la lucha al aire libre;~~ si no hubiese ido con ellos habrían muerto en la cordillera, como si en vez de hombres hechos y derechos se tratara de niños. Uno de ellos entró a Mendoza con un aspecto que habría ablandado el corazón de una hiena: afirmado en mi hombro, barbudo, sucio, derrengado y con un pie envuelto en un trozo de arpillera, mientras el otro, González, apoyado en un palo, nos seguía, próximo a soltar el llanto, con una apariencia que, salvo en lo que respecta al pie, no tenía nada que envidiar al otro: ambos parecían arrancados a las garras de la muerte en un terremoto o diluvio universal. Pero esto era frente a la naturaleza, cuando debían valerse de sus piernas, de sus brazos, de sus músculos, luchando contra un ambiente adverso. En la ciudad me resultaron distintos, pero tanto, que me dejaron asombrados: eran un par de truchimanes capaces de embaucar al padre eterno -- si es que hay algún padre que pueda ser eterno --, llenos de astucias y de argucias, incansables para divertirse, para comer, para beber, para reírse; parecían haber estado presos o amarrados durante veinte años y haber recuperado su libertad sólo el día anterior o cinco minutos antes. En Mendoza me convertí en su protegido, pues no olvidaron las atenciones que tuve para con ellos en los momentos difíciles. Allí descubrieron cómo se podía vivir de los demás y lo pusieron en práctica con una decisión pasmosa, es decir, descubrieron que en el mundo existía la libertad de comercio y que ellos, como cualesquiera otros, podían ejercerla sin más que tener las agallas

nera horrososa; tuve que lavarlos, vestirlos y hacerles de comer: eran completamente inútiles; ~~para la lucha al aire libre~~; si no hubiese ido con ellos habrían muerto en la cordillera, como si en vez de hombres hechos y derechos se tratara de niños. Uno de ellos entró a Mendoza con un aspecto que habría ablandado el corazón de una hiena: afirmado en mi hombro, barbudo, sucio, derrengado y con un pie envuelto en un trozo de arpillera, mientras el otro, González, apoyado en un palo, nos seguía, próximo a soltar el llanto, con una apariencia que, salvo en lo que respecta al pie, no tenía nada que envidiar al otro: ambos parecían arrancados a las garras de la muerte en un terremoto o diluvio universal. Pero esto era frente a la naturaleza, cuando debían valerse de sus piernas, de sus brazos, de sus músculos, luchando contra un ambiente adverso. En la ciudad me resultaron distintos, pero tanto, que me dejaron asombrados: eran un par de truchimanes capaces de embaucar al padre eterno -- si es que hay algún padre que pueda ser eterno --, llenos de astucias y de argucias, incansables para divertirse, para comer, para beber, para reírse; parecían haber estado presos o amarrados durante veinte años y haber recuperado su libertad sólo el día anterior o cinco minutos antes. En Mendoza me convertí en su protegido, pues no olvidaron las atenciones que tuve para con ellos en los momentos difíciles. Allí descubrieron cómo se podía vivir de los demás y lo pusieron en práctica con una decisión pasmosa, es decir, descubrieron que en el mundo existía la libertad de comercio y que ellos, como cualesquiera otros, podían ejercerla sin más que tener las agallas

y los medios de hacerlo, y medios no les faltaron, así como no les falta nunca a quienes tienen idénticas agallas, en grande o en pequeño. Se dedicaron al comercio de joyas, de joyas baratas, por supuesto, relojes de niquel o de plata, prendedores de similor, anillos con unas piedras capaces de dejar bizcos, por lo malas, a todos los joyeros de Amsterdam, joyas que cualquiera podía comprar en un bric-a-brac a precios bajísimos, pero que ofrecidas por ellos con el arte con que lo hacían alcanzaban precios bastante por encima del verdadero; ese arte debía pagarse, así como hay que pagar los escaparates lujosos y los horteras bien vestidos. La treta era muy sencilla y yo mismo colaboré con ellos en dos o tres ocasiones, asombrándome de lo fácil que resultaba comerciar; sólo se necesitaba resolución ~~de hacerlo~~ y dominio de sí mismo:

--Señor: tengo un buen reloj que vender, regalado, es recuerdo de familia.

A la voz de recuerdo de familia, el cliente, a quien no impresionaban las palabras "buen reloj" ni "regalado", se detenía, excepto cuando tenía ideas propias sobre la familia y sobre los recuerdos que algunas suelen dejar.

--¿Un reloj?

--Sí. ¿Se interesaría por verlo?

Un momento de duda.

--¿Será muy caro?

Creía que los recuerdos de familia son siempre valiosos y la pregunta, más que pregunta, parecía una petición de clemencia.

y los medios de hacerlo, y medios no los faltaron, así como no los faltaron a quienes tienen idénticas aficiones, en grande o en pequeño. Se dedicaron al comercio de joyas, de joyas perfectas, por supuesto, relojes de oro o de plata, prendedores de similor, anillos con unas piedras capaces de dejar pizcas, por lo mismo, a todos los joyeros de Amsterdam, joyas que cualquiera podía comprar en un brico-a-brac a precios pequeñísimos, pero que ofrecidas por ellos con el arte con que lo hacían alcanzaban precios bastante por encima del verdadero; ese arte debía pegarse, así como hay que pegar los escaparates lujosos y los porteros bien vestidos. La tienda era muy sencilla y yo mismo colaboré con ellos en dos o tres ocasiones, asombrándome lo fácil que resultaba comerciar; sólo se necesitaba resolución de hacerlo y dominio de sí mismo.

--Señor, tengo un buen reloj que vender. Regalado, es recuerdo de familia.

A la voz de recuerdo de familia, el cliente, a quien no impresionaban las palabras "buen reloj" ni "regalado", se detenía, excepto cuando tenía ideas propias sobre la familia y sobre los recuerdos que algunas suelen dejar.

--¿Un reloj?

--Sí. ¿Se interesaría por verlo?

Un momento de duda.

--¿Será muy caro?

Creía que los recuerdos de familia son siempre valiosos y la pregunta, más que pregunta, parecía una petición de clemencia.

--No, es decir, es buen reloj y lo vendo sólo porque tengo un apuro muy grande: mi madre está enferma.

La evocación de la madre era casi siempre decisiva.

--Veamos -- susurraba el posible comprador, como si se tratara de una conspiración.

--Aquí está -- decía el vendedor, con igual soplo de voz.

Sacaba el reloj, comprado el día anterior en la compra-venta que un judío viejo y amante de la grapa, tenía frente a la estación del ferrocarril, y después de dar una mirada en redondo, como si se tratara de ocultar algo que había interés público en ocultar, lo mostraba. Era un reloj más vulgar que el de una oficina de correos, pero el hecho de que se ofreciera con esa voz y asegurando que era un recuerdo de familia le daba una impagable apariencia de reliquia. El cliente lo miraba con curiosidad y con interés, aunque con una vaga desconfianza, como se mira quizá a todo lo que se presenta como reliquia: como viejo, el reloj lo era, y andaba más por tradición y por inercia que por propia iniciativa.

--Perteneció a mi abuelo; se lo vendió un sargento negro, de las tropas que atravesaron la cordillera con el general San Martín; parece que fué robado en el saqueo que hicieron algunos desalmados en la casa de un godo.

Aquí debía bajarse la voz: las palabras godo y saqueo hacían subir el precio del cachivache.

--¿Y cuánto?

--Por ser usted -- respondía el vendedor, como si conociera al

--No, es decir, es buen reloj y lo vendo sólo porque tengo un apuro muy grande: mi madre está enferma.

La evocación de la madre era casi siempre decisiva.

--Veamos -- susurraba el posible comprador, como si se tratara de una conspiración.

--Aquí está -- decía el vendedor, con igual soplo de voz.

Sacaba el reloj, comprado el día anterior en la compra-venta que un judío viejo amante de la grapa, tenía frente a la estación del ferrocarril, y después de dar una mirada en redondo, como si se tratara de ocultar algo que había interés público en ocultar, lo mostraba. Era un reloj más vulgar que el de una oficina de correos, pero el hecho de que se ofreciera con esa voz y asegurando que era un recuerdo de familia le daba una impagable apariencia de reliquia. El cliente lo miraba con curiosidad y con interés, aunque con una vaga desconfianza, como se mira quizá a todo lo que se presenta como reliquia: como viejo, el reloj lo era, y andaba más por tradición y por inercia que por propia iniciativa.

--Perteneció a mi abuelo; se lo vendió un sargento negro, de las tropas que atravesaron la cordillera con el general San Martín; parece que fué robado en el saqueo que hicieron algunos desalmados en la casa de un godo.

Aquí debía bajarse la voz: las palabras godo y saqueo hacían subir el precio del cachivache.

--¿Y cuánto?

--Por ser usted -- respondía el vendedor, como si conociera al

cliente desde veinte años atrás -- se lo doy en dieciocho pesos.

Súbitamente, el hombre perdía interés y con razón, pues el reloj, aunque hubiese sido todo lo que de él se decía, no costaba más de cuatro pesos y cualquiera habría podido adquirirlo por tres en el bric-a-brac más cercano.

--No lo vendería si mi madre no estuviese enferma -- decía el vendedor con voz compungida --. Tengo que mandar hacer una receta y comprarle algo de comer. ¿No daría quince pesos?

El cliente volvía a cobrar interés: la esperanza de que la desgracia que afligía al vendedor resultara una ventaja para él, nacía en su confiencia: "Si demuestro menos interés me rebajará un poco más; la vieja está enferma y sin remedios y si no come estirará la pata." Cuando el honesto juego de la oferta y la demanda llegaba a su justo límite, lo cual se podía observar hasta de lejos por los movimientos y las actitudes de los transantes, el socio, con una preciosa cara de inocente, se acercaba a los dos hombres: había estado sentado, durante todo ese tiempo, en un banco cercano -- todos estos negocios se llevaban a cabo, por lo común, en una plaza pública, que son los lugares donde más abundan los ociosos -- y miraba hacia la pareja que discutía el precio del recuerdo de familia, y por fin, como comido por la curiosidad, se aproximaba:

--Perdonen -- decía, con una sonrisa de intruso que teme lo echen a puntapies --, hace rato que los veo discutir y no he podido resistir la curiosidad. ¿De qué se trata? ¿El señor vende algo?

cliente desde veinte años atrás -- se lo doy en dieciocho pesos.

Súbitamente, el hombre perdía interés y con razón, pues el reloj, aunque hubiese sido todo lo que de él se decía, no costaba más de cuatro pesos y cualquiera habría podido adquirirlo por tres en el bric-a-brac más cercano.

--No lo vendería si mi madre no estuviese enferma -- decía el vendedor con voz compungida --. Tengo que mandar hacer una receta y comprarle algo de comer. ¿No daría quince pesos?

El cliente volvía a cobrar interés: la esperanza de que la desgracia que afligía al vendedor resultara una ventaja para él, nacía en su confiencia: "Si demuestro menos interés me rebajará un poco más; la vieja está enferma y sin remedios y si no come estirará la pata." Cuando el honesto juego de la oferta y la demanda llegaba a su justo límite, lo cual se podía observar hasta de lejos por los movimientos y las actitudes de los transantes, el socio, con una preciosa cara de inocente, se acercaba a los dos hombres: había estado sentado, durante todo ese tiempo, en un banco cercano -- todos estos negocios se llevaban a cabo, por lo común, en una plaza pública, que son los lugares donde más abundan los ociosos -- y miraba hacia la pareja que discutía el precio del recuerdo de familia, y por fin, como comido por la curiosidad, se aproximaba:

--Perdonen -- decía, con una sonrisa de intruso que teme lo echen a puntapies --, hace rato que los veo discutir y no he podido resistir la curiosidad. ¿De qué se trata? ¿El señor vende algo?

El posible comprador no decía una palabra, aunque lanzaba al entrometido una mirada de desprecio; el vendedor, por su parte, aparentaba indiferencia.

--No estamos discutiendo -- decía, fríamente --; es un asunto de negocios.

No ~~añadía~~ agregaba una sola palabra. El intruso, con cara de confundido y con una sonrisa idiota que producía lástima, esperaba un momento; luego, hacía ademán de retirarse; ~~en ese momento~~ entonces el vendedor ~~agregaba~~ sacaba de nuevo la voz:

--Se trata de un reloj, recuerdo de familia, que quiero vender al señor, pero lo encuentra caro. No lo vendría si no. . .

Y agregaba lo demás. La cara del socio se iluminaba con una sonrisa de beatitud:

--¿Un recuerdo de familia?

--Sí, señor.

Relampagueaban los ojos del intruso; mirando al cliente, como pidiéndole disculpa, preguntaba:

--¿Podría verlo?

--Cómo no: aquí está.

El intruso lo recibía y lo pasaba de una mano a otra, como si nunca hubiese visto un vejestorio igual, contemplándolo de frente, de costado y por detrás y preguntando cuántos años de existencia se le suponían, cuántos días de cuerda tenía y si estaba garantizado. La víctima, entre tanto, se mordía los labios y maldecía al intruso, el cual preguntaba al fin al vendedor, devolviéndole el reloj:

El posible comprador no decía una palabra, aunque jamaba el entrometido una mirada de desprecio; el vendedor, por su parte, esperaba indiferencia.

--No estamos discutiendo -- decía, fríamente --; es un asunto de negocios.

No añadía una sola palabra. El intruso, con cara de confundido y con una sonrisa idiota que producía lástima, esperaba un momento; luego, hacía ademán de retirarse; en ese momento el vendedor agregaba:

--Se trata de un reloj, recuerdo de familia, que quiero vender al señor, pero lo encuentra caro. No lo vendría si no. . .

Y agregaba lo demás. La cara del bocio se iluminaba con una sonrisa de bestitud:

--¿Un recuerdo de familia?

--Sí, señor.

Relampaguearan los ojos del intruso; mirando al cliente, como pidiéndole discutpe, preguntaba:

--¿Podría verlo?

--Como no: aquí está.

El intruso lo recibía y lo pasaba de una mano a otra, como si nunca hubiese visto un relojatorio igual, contemplándolo de frente, de costado y por detrás y preguntando cuántos años de existencia se le supondrían, cuántos días de cuerda tenía y si estaba garantizado. La víctima, entre tanto, se mordía los labios y maldecía al intruso, el cual preguntaba al fin al vendedor, devolviéndole el reloj:

--Y. . . ¿cuánto?

El vendedor daba aquí una estocada a fondo:

--Por ser usted, que ha demostrado tanto interés, y como ya se hace tarde, se lo dejaría en quince pesos.

El cliente daba una mirada de indignación al vendedor: a él, de entrada, le había pedido dieciocho pesos, tres pesos más que al otro.

--Pero -- añadía el vendedor, hundiendo más el estoque -- como estoy apurado se lo daría hasta en doce.

El amante de los recuerdos de familia, que veía escapársele el reloj y a quien sólo se le había rebajado hasta quince pesos, estallaba:

--Permítame -- decía, metiéndose entre los dos socios y dando cara al intruso --; yo estaba, antes que usted, en tratos con el señor.

--Bueno, bueno -- respondía tímidamente el interpelado --, pero como este señor. . .

--Cuando yo me haya ido usted podrá continuar conversando con él, si tanto lo desea.

Y agregaba, volviéndose impetuosamente hacia el vendedor:

--Es mío por los doce pesos.

--Muy bien -- respondía el hijo modelo, con una cara que demostraba claramente que le importaba un comino que fuese uno u otro el comprador; lo único que a él le interesaba era la viejecita --. Es suyo.

La víctima sacaba los pesitos, los entregaba, recibía la

--Y. . . ¿cuánto?

El vendedor daba aquí una estocada a fondo:

--Por ser usted, que ha demostrado tanto interés, y como ya se hace tarde, se lo dejaría en quince pesos.

El cliente daba una mirada de indignación al vendedor: a él, de entrada, le había pedido dieciocho pesos, tres pesos más que al otro.

--Pero -- añadía el vendedor, hundiendo más el estoque -- como estoy apurado se lo daría hasta en doce.

El amante de los recuerdos de familia, que veía escapársele el reloj y a quien sólo se le había rebajado hasta quince pesos, estallaba:

--Permítame -- decía, metiéndose entre los dos socios y dando cara al intruso --; yo estaba, antes que usted, en tratos con el señor.

--Bueno, bueno -- respondía tímidamente el interpelado --, pero como este señor. . .

--Cuando yo me haya ido usted podrá continuar conversando con él, si tanto lo desea.

Y agregaba, volviéndose impetuosamente hacia el vendedor:

--Es mío por los doce pesos.

--Muy bien -- respondía el hijo modelo, con una cara que demostraba claramente que le importaba un comino que fuese uno u otro el comprador; lo único que a él le interesaba era la viejecita --. Es suyo.

La víctima sacaba los pesitos, los entregaba, recibía la

reliquia y se iba, lanzando de pasada una mirada de menosprecio al entrometido, que se quedaba charlando con el vendedor, con quien se marchaba después en busca de un nuevo cliente. Ganaron así bastante dinero, pero todo se les hacía poco, pues llevaban una vida de millonarios, con comilonas y francachelas. Me hacía cruces: en el colegio eran seres, si no tímidos, tranquilos y, aparentemente por lo menos, incapaces de engañar a nadie; la libertad de comercio los había corrompido. Hube de abandonarles, sin embargo, un día me expusieron a un serio disgusto: tenían relaciones con una muchacha, pensionista de una casa de prostitución, que les acompañaba, con otra, en sus fiestas; una noche, borrachos, decidieron quedarse con ellas para hacerlas sus queridas, pero las muchachas no podían dejar así como así el prostíbulo: era necesario arreglar, con el dueño o la regenta, las cuentas de pensión y de ropas, los préstamos y los anticipos, descuentos por ésto, recargos por estotro, cuentas siempre más enredadas que herencia de brasilero, sin contar con que los patrones jamás ven con buena cara el retiro de sus pensionistas, salvo cuando tienen que irse a un hospital a curar sus llagas. Era preciso, sin embargo, hacer algo, ya que las muchachas tenían sus ropas en aquella casa. Hablaron conmigo y me convencieron de que fuera a hablar por lo menos por una de ellas.

--La regenta -- me dijeron -- es una mujer muy tímida -- y como vieran que ponía cara de incrédulo, rectificaron --: tímida con la policía. Le dices que eres agente de policía y que traes o llevas tales o cuales órdenes y dará todo en seguida.

reliquia y se iba, lanzando de pasada una mirada de menosprecio al entrometido, que se quedaba charlando con el vendedor, con quien se marchaba después en busca de un nuevo cliente. Ganaron así bastante dinero, pero todo se les hacía poco, pues llevaban una vida de millonarios, con comilonas y francachelas. Me hacía cruces: en el colegio eran seres, si no tímidos, tranquilos y, aparentemente por lo menos, incapaces de engañar a nadie; la libertad de comercio los había corrompido. Hube de abandonarles, sin embargo, un día me expusieron a un serio disgusto: tenían relaciones con una muchacha, pensionista de una casa de prostitución, que les acompañaba, con otra, en sus fiestas; una noche, borrachos, decidieron quedarse con ellas para hacerlas sus queridas, pero las muchachas no podían dejar así como así el prostíbulo: era necesario arreglar, con el dueño o la regenta, las cuentas de pensión y de ropas, los préstamos y los anticipos, descuentos por ésto, recargos por estotro, cuentas siempre más enredadas que herencia de brasilero, sin contar con que los patrones jamás ven con buena cara el retiro de sus pensionistas, salvo cuando tienen que irse a un hospital a curar sus llagas. Era preciso, sin embargo, hacer algo, ya que las muchachas tenían sus ropas en aquella casa. Hablaron conmigo y me convencieron de que fuera a hablar por lo menos por una de ellas.

--La regenta -- me dijeron -- es una mujer muy tímida -- y como vieran que ponía cara de incrédulo, rectificaron --: tímida con la policía. Le dices que eres agente de policía y que traes o llevas tales o cuales órdenes y dará todo en seguida.

Me dejé convencer y aleccionar, animado por la sonrisa de una de las muchachas, que parecía acariciarme con los ojos. Llegué frente a la casa, situada en el límite urbano de Mendoza, y allí me detuve y miré a mi alrededor, como capitán que estudia el terreno antes de iniciar la batalla: la soledad era absoluta; por esa calle parecía no transitar gente sino por las noches. El suelo se veía recién barrido frente a la casa; las ventanas y las puertas estaban cerradas y no se oía dentro ningún ruído; la casa parecía estar deshabitada y juzgué que podría escapar tranquilo si algo, que no sabía lo que podía ser, llegara a ocurrir. Toqué el timbre, que sonó larga, fuerte y extrañamente en la silenciosa casa; tal vez encontraba raro que lo tocasen a esa hora. Después de un rato muy largo sentí que alguien bajaba la escalera, tanteaba la puerta, corría barras y picaportes y abría la puerta: era una vieja.

--¿Qué quiere usted? -- preguntó, escoba en mano.

Adopté una voz enérgica:

Me dejé convencer y aleccionar, animado por la sonrisa de una de las muchachas, que parecía acariciarme con los ojos. Llegué frente a la casa, situada en el límite urbano de Mendoza, y allí me detuve y miré a mi alrededor, como capitán que estudia el terreno antes de iniciar la batalla: la soledad era absoluta; por esa calle parecía no transitar gente sino por las noches. El suelo se veía recién barrido frente a la casa; las ventanas y las puertas estaban cerradas y no se oía dentro ningún ruido; la casa parecía estar deshabitada y juzgué que podría escapar tranquilo si algo, que no sabía lo que podía ser, llegara a ocurrir. Toqué el timbre, que sonó larga, fuerte y extrañamente en la silenciosa casa; tal vez encontraba raro que lo tocasen a esa hora. Después de un rato muy largo sentí que alguien bajaba la escalera, tanteaba la puerta, corría barras y picaportes y abría la puerta: era una vieja.

--¿Qué quiere usted? -- preguntó, escoba en mano.

Adopté una voz enérgica:

--Traigo orden de hablar con la patrona.

La vieja me miró asombrada:

--¿A esta hora? Está en cama todavía; se levanta a las cuatro.

Eran sólo las diez de la mañana.

--Vengo del Departamento de Policía y traigo órdenes.

El asombro de la vieja se convirtió en susto; al parecer, también tenía miedo a la policía. Me miró de nuevo, pero como viera mi semblante adusto de representante de la ley, dijo, juntando un poco la puerta:

--Espere un momento.

Subió la escalera y allí me dejó, con el corazón saltándome en el pecho y con unas ganas terribles de emprender una vertiginosa carrera; la lejana sonrisa de la prostituta me detuvo. Al cabo de un rato sentí la voz de la vieja:

--¡Eh! Dice la señora que suba.

La vieja hablaba a media voz desde lo alto de la escalera. Me encomendé a todos los santos, me abroché bien el paletó, me afirmé los pantalones y empecé a subir. Cuando llegué a lo alto de la escalera miré a mi alrededor: jamás había estado en un

--Traigo orden de hablar con la patrona.

La vieja me miró asombrada:

--¿A esta hora? Está en cama todavía; se levanta a las cuatro.

Eran sólo las diez de la mañana.

--Vengo del Departamento de Policía y traigo órdenes.

El asombro de la vieja se convirtió en susto; el parecer, también tenía miedo a la policía. Me miró de nuevo, pero como viera mi semblante adusto de representante de la ley, dijo, juntando un poco la puerta:

--Espere un momento.

Subió la escalera y allí me dejó, con el corazón saltándome en el pecho y con unas ganas terribles de emprender una vertiginosa carrera; las lejanas sonrisas de la prostituta me detuvo. Al cabo de un rato sentí la voz de la vieja:

--¡Bp! Dice la señora que suba.

La vieja hablaba a media voz desde lo alto de la escalera. Me encomendé a todos los santos, me sproché bien el pelo, me alisé los pantalones y empecé a subir. Cuando llegué a lo alto de la escalera miré a mi alrededor: jamás había estado en un

prostíbulo a esa hora ni a ninguna y nunca, por otra parte, te-
nido relaciones con una prostituta. El salón parecía el de cual-
quier casa burguesa, plantas de aspirita, paragüero o sombrerera,
cuadros baratos en las murallas, pequeñas alfombras, el piso bien
encerado, muebles con cretonas, el papel de las paredes limpio y
sin desgarraduras. Allí estaban lo que supuse eran los dormito-
rios, en fila y cerrados. Oí que crujía una cama, sentí unos
pies descalzos talonear en el suelo y después de un momento se
entreabrió una puerta y apareció por ella una mujer morena, alta,
de pelo negrísimo, el cuerpo cubierto por una bata que no la
tapaba bien, ya que dejaba al descubierto el nacimiento y algo
más de unos altos y redondos pechos. Sentí que la lengua se me
empequeñecía y que la boca se me secaba, cerrándoseme la gargan-
ta. La mujer se acercó a mí y mientras se acercaba abrió los
brazos y los alzó para sujetarse el pelo que se le caía, movi-
miento que provocó la abertura de la bata y la aparición de
una camisa de dormir, de seda y color rosa, que terminó con la
desaparición de mi lengua y causó la absoluta sequedad de mis

prostíbulo a esa hora ni a ninguna y nunca, por otra parte, te-
nido relaciones con una prostituta. El salón parecía el de cual-
quier casa burguesa, plantas de aspirita, paragüero o sombrerera,
cuadros baratos en las murallas, pequeñas alfombras, el piso bien
encerado, muebles con cretonas, el papel de las paredes limpio y
sin desgarraduras. Allí estaban lo que supuse eran los dormito-
rios, en fila y cerrados. Oí que crujía una cama, sentí unos
pies descalzos talonear en el suelo y después de un momento se
entreabrió una puerta y apareció por ella una mujer morena, alta,
de pelo negrísimo, el cuerpo cubierto por una bata que no la
tapaba bien, ya que dejaba al descubierto el nacimiento y algo
más de unos altos y redondos pechos. Sentí que la lengua se me
empequeñecía y que la boca se me secaba, cerrándoseme la gargan-
ta. La mujer se acercó a mí y mientras se acercaba abrió los
brazos y los alzó para sujetarse el pelo que se le caía, movi-
miento que provocó la abertura de la bata y la aparición de
una camisa de dormir, de seda y color rosa, que terminó con la
desaparición de mi lengua y causó la absoluta sequedad de mis

fauces; pero, contra lo que esperaba, la voz de aquella mujer, que me saludó desde lejos con un buenos días destemplado, y que se me ocurría debía ser llena, rica en inflexiones, aterciopelada, como se dice, acariciante, resultó ronca, desagradable, ácida, voz de mujer acostumbrada a decir y a gritar palabras duras o groseras, yegua, por ejemplo, si se dirigía a una mujer, o cabrón tal por cual si el beneficiado era un hombre. Sentí gran desencanto; su cuerpo merecía otra voz. La miré acercarse; a cinco pasos de mí gritó:

--¡Edelmira! ¡Llévame el desayuno!

Edelmira era la vieja sirviente, que contestó, saliendo de una pieza, que se lo llevaría en seguida, alejándose después hacia el fondo de la mancebía. La mujer, entre tanto, sonriendo y cambiando un poco el tono de voz, me dijo:

--¿Qué lo trae por aquí?

Me pareció que había algo de ternura en su voz, una ternura ronca también, y me sentí acariciado por ella, pero me dominé y dije:

--Se ha recibido en el Departamento una denuncia contra usted; se trata de Olga Martínez.

Al oir el nombre la mujer se irguió:

--¿Olga Martínez? Estaba aquí de pensionista y se ha ido, quedándome a deber una cantidad de plata.

--Asegura que no le debe nada y que lleva aquí cerca de dos años, sin que nunca se le haya dado un centavo. Exige que usted me entregue su ropa.

Sentí que la mujer iba a estallar y miré, de reojo, la escala: estaba desierta. ¿Cuántos saltos debería dar para llegar hasta la calle? La mujer estalló: su voz, esa voz profesional, llena de raspaduras, me raspó los tímpanos:

--¡Yegua de mierda! Después que la he tenido dos años aquí, aguantándole todos los amantes que quiso tener, me hace esta porquería. . .

fauces; pero, contra lo que esperaba, la voz de aquella mujer, que me saludó desde lejos con un buenos días destemplado, y que se me ocurría debía ser llena, rica en inflexiones, aterciopelada, como se dice, acariciante, resultó ronca, desagradable, ácida, voz de mujer acostumbrada a decir y a gritar palabras duras o groseras, yegua, por ejemplo, si se dirigía a una mujer, o cabrón tal por cual si el beneficiado era un hombre. Sentí gran desencanto; su cuerpo merecía otra voz. La miré acercarse; a cinco pasos de mí gritó:

--¡Edelmira! ¡Llévame el desayuno!

Edelmira era la vieja sirviente, que contestó, saliendo de una pieza, que se lo llevaría en seguida, alejándose después hacia el fondo de la mancebía. La mujer, entre tanto, sonriendo y cambiando un poco el tono de voz, me dijo:

--¿Qué lo trae por aquí?

Me pareció que había algo de ternura en su voz, una ternura ronca también, y me sentí acariciado por ella, pero me dominé y dije:

--Se ha recibido en el Departamento una denuncia contra usted; se trata de Olga Martínez.

Al oir el nombre la mujer se irguió:

--¿Olga Martínez? Estaba aquí de pensionista y se ha ido, quedándome a deber una cantidad de plata.

--Asegura que no le debe nada y que lleva aquí cerca de dos años, sin que nunca se le haya dado un centavo. Exige que usted me entregue su ropa.

Sentí que la mujer iba a estallar y miré, de reojo, la escala: estaba desierta. ¿Cuántos saltos debería dar para llegar hasta la calle? La mujer estalló: su voz, esa voz profesional, llena de raspaduras, me raspó los tímpanos:

--¡Yegua de mierda! Después que la he tenido dos años aquí, aguantándole todos los amantes que quiso tener, me hace esta porquería. . .

Se dió vuelta hacia mí, que miraba un sombrero hongo y un bastón que colgaban de una percha y dijo:

--Dígale a esa. . . fulana que venga ella a buscar su ropa y que cuando me haya pagado lo que me debe podrá llevarse sus camisas sucias y sus vestidos viejos.

Estaba furiosa; si la muchacha hubiese estado presente lo habría pasado bastante mal. Abandonando todo recato, no se preocupaba ya de su bata, que se abría libremente y dejaba ver su camisa rosada y el más allá de sus preciosos pechos, sin que ello me causara ya sentimiento alguno de sensualidad: para llegar a acostarse con esa mujer se necesitaría dinero o fuerza y yo no tenía nada de eso ni esperanza de llegar a tenerlo algún día. La ternura, esa preciosa flor humana y animal, debía morir entre sus manos o entre sus piernas como quemada por un ácido; la vida no le había permitido cultivarla o quizá nunca supo que existiera ni la echóma de menos. Mi único deseo a esas alturas era alejarme de allí, irme, huir, pero era un representante de la autoridad y un representante de la autoridad no debe huir, salvo que haya motivos para hacerlo. Respondí, tartamudeando un poco:

--Habló ayer con el jefe y es el jefe el que me manda a decirle que le entregue su ropa.

La mujer hizo un gesto de sorpresa y de nuevo la miré con atención: era realmente hermosa: ojos negros, grandes cejas, labios gruesos, morena. ¿Qué tendrían que hacer con ella ese sombrero y ese bastón? Dijo:

--¿Dice usted que el jefe lo mandó? ¿Antoñito?

Asentí: don Antonio de larrazábal era el jefe de Investigaciones, mi jefe, por lo demás.

La mujer prosiguió, ahora sonriendo:

--¿Y cómo no lo dijo desde el principio? Si está aquí. . . Se quedó anoche con la Julia. Espérese un momento: voy a hablar con él. Puede ser

Se dió vuelta hacia mí, que miraba un sombrero hongo y un bastón que colgaban de una percha y dijo:

--Dígale a esa. . . fulana que venga ella a buscar su ropa y que cuando me haya pagado lo que me debe podrá llevarse sus camisas sucias y sus vestidos viejos.

Estaba furiosa; si la muchacha hubiese estado presente lo habría pasado bastante mal. Abandonando todo recato, no se preocupaba ya de su bata, que se abría libremente y dejaba ver su camisa rosada y el más allá de sus preciosos pechos, sin que ello me causara ya sentimiento alguno de sensualidad: para llegar a acostarse con esa mujer se necesitaría dinero o fuerza y yo no tenía nada de eso ni esperanza de llegar a tenerlo algún día. La ternura, esa preciosa flor humana y animal, debía morir entre sus manos o entre sus piernas como quemada por un ácido; la vida no le había permitido cultivarla o quizá nunca supo que existiera ni la echó de menos. Mi único deseo a esas alturas era alejarme de allí, irme, huir, pero era un representante de la autoridad y un representante de la autoridad no debe huir, salvo que haya motivos para hacerlo. Respondí, tartamudeando un poco:

--Habló ayer con el jefe y es el jefe el que me manda a decirle que le entregue su ropa.

La mujer hizo un gesto de sorpresa y de nuevo la miré con atención: era realmente hermosa: ojos negros, grandes cejas, labios gruesos, morena. ¿Qué tendrían que hacer con ella ese sombrero y ese bastón? Dijo:

--¿Dice usted que el jefe lo mandó? ¿Antoñito?

Asentí: don Antonio de Larrazábal era el jefe de Investigaciones, mi jefe, por lo demás.

La mujer prosiguió, ahora sonriendo:

--¿Y cómo no lo dijo desde el principio? Si está aquí. . . Se quedó anoche con la Julia. Espérese un momento: voy a hablar con él. Puede ser

que haya despertado. . . .

Dió una medial vuelta; yo también. La escalera continuaba desierta. ¿De modo que Antoñito había pasado la noche allí? No se cuányo tiempo demoró la mujer en llegar frente a la puerta ante la cual se detuvo y que golpeó; años quizá. Una voz soñolienta rezongó algo y la dueña abrió y entró. Por última vez, al entrar, antes de que desapareciera, la miré: por detrás, y como de nuevo se había ajustado la bata, era tan deseable como por delante, cimbreándose de babor a estribor, con sus altos tacones, sus finos tobillos y sus poderosas piernas; a esa mujer, en tanto se moviera de ese modo, no le haría jamás nada desagradable un representante de la ley o de la autoridad. Fué la última vez que la vi; segundos después estaba en la calle. Ya en la acera sentí una rabia tremenda, no contra las muchachas, que eran víctimas y que siempre lo serían, ya de un truhán, ya de una patrona, sino contra los que me habían metido en la aventura; debía separarme de ellos si no quería, el momento menos pensado, verme matido en un enredo más grande. No volví, pues, al hotel, y al día siguiente partí hacia la Pampa. Meses después, de regreso en Mendoza, al entrar a un calabozo a que me llevaban por supuesto sabotaje en unas obras de enmaderación en que me ganaba el puchero, ¿a quién cree usted que encontré? A mi amigo Ipinza, la barba crecida, los ojos legañosos, sentado en un rincón sobre el culo de una botella vacía y con el aire de quien sólo espera la hora de su fusilamiento. Al verme se abrazó a mí y rompió a llorar.

--¿Qué te ha pasado?

No pudo contestar y lo dejé que llorara a gusto: con el llanto sus ojos enrojecieron, la barba pareció enredársele e hilos de saliva empezaron a correrle por los pelos; se puso espantoso y me produjo verdadera lástima: no sé por qué, a pesar del mal rato que me habían hecho pasar, sentía cariño por aquellos badulaques.

83-Tiempo

que haya despertado. . . .

Dió una medial vuelta; yo también. La escalera continuaba desierta. ¿De modo que Antoñito había pasado la noche allí? No se cuányo tiempo demoró la mujer en llegar frente a la puerta ante la cual se detuvo y que golpeó; años quizá. Una voz soñolienta rezongó algo y la dueña abrió y entró. Por última vez, al entrar, antes de que desapareciera, la miré: por detrás, y como de nuevo se había ajustado la bata, era tan deseable como por delante, cimbreándose de babor a estribor, con sus altos tacones, sus finos tobillos y sus poderosas piernas; a esa mujer, en tanto se moviera de ese modo, no le haría jamás nada desagradable un representante de la ley o de la autoridad. Fué la última vez que la vi; segundos después estaba en la calle. Ya en la acera sentí una rabia tremenda, no contra las muchachas, que eran víctimas y que siempre lo serían, ya de un truhán, ya de una patrona, sino contra los que me habían metido en la aventura; debía separarme de ellos si no quería, el momento menos pensado, verme metido en un enredo más grande. No volví, pues, al hotel, y al día siguiente partí hacia la Pampa. Meses después, de regreso en Mendoza, al entrar a un calabozo a que me llevaban por supuesto sabotaje en unas obras de enmaderación en que me ganaba el puchero, ¿a quién cree usted que encontré? A mi amigo Ipinza, la barba crecida, los ojos legañosos, sentado en un rincón sobre el culo de una botella vacía y con el aire de quien sólo espera la hora de su fusilamiento. Al verme se abrazó a mí y rompió a llorar.

--¿Qué te ha pasado?

No pudo contestar y lo dejé que llorara a gusto: con el llanto sus ojos enrojecieron, la barba pareció enredársele e hilos de saliva empezaron a correrle por los pelos; se puso espantoso y me produjo verdadera lástima: no sé por qué, a pesar del mal rato que me habían hecho pasar, sentía cariño por aquellos badulaques.

## XI

--Estoy preso por la muerte de Olga.

--¿La mataste?

--Se envenenó.

--¿Por qué?

--Porque la iba a abandonar.

--¿Y González?

--No sé nada de él; ha desaparecido.

Y me contó una larga y estúpida historia que tuve que escuchar porque no podía abrir la puerta del calabozo y marcharme. Fuí puesto en libertad al día siguiente y semanas después zarpé rumbo a Chile, embarcado en un vagón de carga. Bajé en Zanjón Amarillo y allí, después de tomar un sorbo de agua, me fuí en busca de un viejo capataz de cuadrilla que conocía desde Mendoza y a quien quería saludar; corría un viento que parecía querer arrastrar con todo hacia el río. No anduve mucho: en la estación, tiritando, los ojos rojos, la piel quemada por el viento cordillerano, la ropa y los zapatos destrozados, los pies llenos de heridas, hambriento y sucio, estaba Ipinza. Lo metí en la carpa del capataz, como quien mete un cadáver en un ataúd, y estuve allí quince días cuidándolo: una bronquitis horrososa. Se mejoró por fin y seguimos viaje a Chile, yo sirviéndole de lazarillo, aunque sin hablarle, detestándolo desde el fondo de mi alma, pero incapaz de abandonarlo, sobre todo sabiéndolo tan cobardón. "¿Y este pájaro?", solía preguntarme mi amigo el capataz, mirándome con su ojo derecho, ya que el izquierdo estaba tapado por una

XI

--Estoy preso por la muerte de Olga.

--¿La mataste?

--Se envenenó.

--¿Por qué?

--Porque la iba a abandonar.

--¿Y González?

--No sé nada de él; ha desaparecido.

Me contó una larga y estúpida historia que tuve que escuchar porque no podía abrir la puerta del calabozo y marcharme. Fuí puesto en libertad al día siguiente y semanas después zarpé rumbo a Chile, embarcado en un vagón de carga. Bajé en Zanjón Amarillo y allí, después de tomar un sorbo de agua, me fuí en busca de un viejo capataz de cuadrilla que conocía desde Mendoza y a quien quería saludar; corría un viento que parecía querer arrastrar con todo hacia el río. No anduve mucho: en la estación, tiritando, los ojos rojos, la piel quemada por el viento cordillerano, la ropa y los zapatos destrozados, los pies llenos de heridas, hambriento y sucio, estaba Ipinza. Lo metí en la carpa del capataz, como quien mete un cadáver en un ataúd, y estuve allí quince días cuidándolo: una bronquitis horrorosa. Se mejoró por fin y seguimos viaje a Chile, yo sirviéndole de lazarillo, aunque sin hablarle, detestándolo desde el fondo de mi alma, pero incapaz de abandonarlo, sobre todo sabiéndolo tan cobardón. "¿Y este pájaro?", solía preguntarme mi amigo el capataz, mirándome con su ojo derecho, ya que el izquierdo estaba tapado por una

nube. "¿Cómo se le ocurre, paisano, andar por el mundo con semejante bellaco?" "No me diga nada, Herrera: a veces me dan ganas de ir a tirarlo al río."

nube. "¿Cómo se le ocurre, pelsano, andar por el mundo con semejante pellaco?" "No me diga nada, Herrera: a veces me dan ganas de ir a tirarlo al río."

1

## Solos y como puedan. . .

¿Qué podía contar a mi amigo? Mi vida era como secreta, una vida para mí solo. Un día murió mi madre. Mi padre nos despertó al amanecer:

--Mamá está mal -- dijo.

Agregó, dirigiéndose a los mayores:

--Vengan ustedes.

Moso y Ezequiel se vistieron y salieron. Los otros dos, luchando con el sueño y con el sobresalto, nos quedamos sentados en la cama. Transcurrió largo rato. Se oyeron pasos de caballos y el retintín de la campanilla de una ambulancia; después, pasos y voces dentro de la casa. Luego todo quedó en silencio. Por fin, Ezequiel apareció en el cuarto.

--Nos vamos -- anunció --. Papá dice que no se muevan de aquí. Volveré pronto.

--¿Qué pasa, Ezequiel?

--Mamá está enferma.

--¿Qué tiene?

Se encogió de hombros e hizo además de retirarse.

--¡Ezequiel! -- llamé --. ¿Para dónde la llevan?

--A la asistencia pública.

Se fué. Sonó la puerta de calle, se oyó de nuevo la campanilla de la ambulancia, y Daniel y yo, mirándonos a la luz de la vela, nos quedamos, fríos y callados, expectantes.

--¿Qué tendrá?

Mi madre gozaba de buena salud, nunca se quejaba y llenó la vida de

Solos y como pueden. . .

1

¿Qué podía contar a mi amigo? Mi vida era como secreta, una vida para mí solo. Un día murió mi madre. Mi padre nos despertó al amanecer:

--Mamá está mal -- dijo.

Agregó, dirigiéndose a los mayores:

--Vengan ustedes.

Noao y Ezequiel se vistieron y salieron. Los otros dos, luchando con el sueño y con el sobresalto, nos quedamos sentados en la cama. Transcurrió un largo rato. Se oyeron pasos de caballos y el retintín de la campanilla de una ambulancia; después, pasos y voces dentro de la casa. Luego todo quedó en silencio. Por fin, Ezequiel apareció en el cuarto.

--Nos vamos -- anunció --. Papá dice que no se muevan de aquí. Volveremo pronto.

--¿Qué pasa, Ezequiel?

--Mamá está enferma.

--¿Qué tiene?

Se encogió de hombros e hizo ademán de retirarse.

--¡Ezequiel! -- llamé --. ¿Para dónde la llevan?

--A la asistencia pública.

Se fué. Sonó la puerta de calle, se oyó de nuevo la campanilla de la ambulancia, y Daniel y yo, mirándonos a la luz de la vela, nos quedamos, solos y callados, expectantes.

--¿Qué tendrá?

Mi madre gozaba de buena salud; nunca se quejaba y jamás la vimos, como

I

¿Qué podía contar a mi amigo? Mi vida era como secreta, una vida para mí solo. Un día murió mi madre. Mi padre nos despertó al amanecer:

--Mamá está mal -- dijo.

Agregó, dirigiéndose a los mayores:

--Vengan ustedes.

Moco y Ezequiel se vistieron y salieron. Los otros dos, luchando con el sueño y con el sobresalto, nos quedamos sentados en la cama. Transcurrió un largo rato. Se oyeron pasos de caballos y el retintín de la campanilla de una ambulancia; después, pasos y voces dentro de la casa. Luego todo quedó en silencio. Por fin, Ezequiel apareció en el cuarto.

--Nos vamos -- anunció --. Papá dice que no se muevan de aquí. Volveremos pronto.

--¿Qué pasa, Ezequiel?

--Mamá está enferma.

--¿Qué tiene?

Se encogió de hombros e hizo ademán de retirarse.

--¡Ezequiel! -- llamé --. ¿Para dónde la llevan?

--A la asistencia pública.

Se fue. Sonó la puerta de calle, se oyó de nuevo la campanilla de la ambulancia, y Daniel y yo, mirándonos a la luz de la vela, nos quedamos, solos y callados, expectantes.

--¿Qué tendrá?

Mi madre gozaba de buena salud; nunca se quejaba y jamás la vimos, como

a otras señoras, ponerse en las sienes paños con vinagre, torrejas de papas o trozos de papel de cigarrillo. Aquella repentina enfermedad, más que asustarnos, nos sorprendió:

--¿Levantémonos? -- propuse a Daniel.

Estaba oscuro aún y hacía frío. Daniel se negó:

--¿Para qué? ¿Qué haríamos en pie?

Le encontré razón y allí nos quedamos, despiertos e inquietos, imaginando mil cosas y hablando a ratos. Entrada la mañana, ya en pie y en vías de tomar desayuno, sentimos que abrían la puerta de la casa. Salimos al patio. Vimos que papá avanzaba hacia nosotros; tenía los ojos enrojecidos y sus labios estaban pálidos y temblorosos. Inclinamos la cabeza, asustados. Puso sus manos sobre nuestros hombros y las dejó ahí durante un momento. Después dijo, articulando con dificultad las palabras:

--Mamá ha muerto.

Se alejó y entró a su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Daniel y yo rompimos a llorar. Joao y Ezequiel, que entraron después de nuestro padre, se acercaron a nosotros; lloraban, las manos en las bocas, inclinado el cuerpo, como si algo les doliera en las entrañas.

Ahí nos quedamos durante una eternidad, inmóviles, sin mirarnos o mirándonos como a hurtadillas; no sabíamos qué era necesario hacer y no nos atrevíamos a hacer nada; todo nos parecía superfluo o inadecuado. El desayuno se enfrió en la mesa y el agua hirvió hasta agotarse, se apagó el fuego y nadie prestó atención a los gritos de los vendedores, que todas las mañanas, a hora fija, gritaban en la puerta su mercadería. No se escuchaban ruidos en el dormitorio de nuestro padre y nadie se acercó a llamar a la casa. Eramos nuevos en el barrio y estábamos, además, recién llegados a Buenos Aires: ni vecinos, ni conocidos, ni amigos; soledad y silencio.

En unas horas, en menos de un día, la casa era otra y otros éramos nos-

a otras señoras, ponerse en las sienes paños con vinagre, torrejas de papas o trozos de papel de cigarrillo. Aquella repentina enfermedad, más que asustarnos, nos sorprendió:

--¿Levantémonos? -- propuse a Daniel.

Estaba oscuro aún y hacía frío. Daniel se negó:

--¿Para qué? ¿Qué haríamos en pie?

Le encontré razón y allí nos quedamos, despiertos e inquietos, imaginando mil cosas y hablando a ratos. Entrada la mañana, ya en pie y en vías de tomar desayuno, sentimos que abrían la puerta de la casa. Salimos al patio. Vimos que papá avanzaba hacia nosotros; tenía los ojos enrojecidos y sus labios estaban pálidos y temblorosos. Inclinamos la cabeza, asustados. Puso sus manos sobre nuestros hombros y las dejó ahí durante un momento. Después dijo, articulando con dificultad las palabras:

--Mamá ha muerto.

Se alejó y entró a su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Daniel y yo rompimos a llorar. Joao y Ezequiel, que entraron después de nuestro padre, se acercaron a nosotros; lloraban, las manos en las bocas, inclinado el cuerpo, como si algo les doliera en las entrañas.

Ahí nos quedamos durante una eternidad, inmóviles, sin mirarnos o mirándonos como a hurtadillas; no sabíamos qué era necesario hacer y no nos atrevíamos a hacer nada; todo nos parecía superfluo o inadecuado. El desayuno se enfrió en la mesa y el agua hirvió hasta agotarse, se apagó el fuego y nadie prestó atención a los gritos de los vendedores, que todas las mañanas, a hora fija, gritaban en la puerta su mercadería. No se escuchaban ruidos en el dormitorio de nuestro padre y nadie se acercó a llamar a la casa. Eramos nuevos en el barrio y estábamos, además, recién llegados a Buenos Aires: ni vecinos, ni conocidos, ni amigos; soledad y silencio.

En unas horas, en menos de un día, la casa era otra y otros éramos nos-

otros; otro también, con seguridad, nuestro padre. Todo cambiaba y todo cambiaba terriblemente. Lo sentíamos en nuestra inmovilidad. Deberían pasar días, meses quizá, antes de que pudiéramos -- si es que podíamos -- recuperar el movimiento.

Ya muy avanzada la tarde sentimos pasos en el cuarto de nuestro padre. Un momento después abrió la puerta. Estaba envejecido, demacrado el rostro, inclinado el cuerpo. Nos buscó con la mirada: allí estábamos, sentados o de pie, afirmado alguno contra un muro, mirando aquél hacia el cielo y éste hacia el suelo, retorciendo el pañuelo o limpiándose las uñas interminablemente. Nos habló.

--Vengan -- dijo.

Nos pareció que hacían años que no se oía una palabra en aquella casa. Nos acercamos y nos llevó al comedor. Se sentó, poniendo sobre la mesa sus largos brazos. Le temblaban las manos, aquellas manos blancas, grandes, de vello rojizo, seguras, hábiles, que quizá nunca temblaban. Las juntó, tal vez para evitar el temblor, y dijo, mirándonos de uno en uno:

--No es mucho lo que tengo que decirles. Lo que nos sucede es terrible. Todo, sin embargo, se reduce a que mamá ha muerto.

Su voz tuvo como una trizadura; se contuvo y continuó, mientras nosotros rompíamos a llorar en silencio:

--Ha muerto mamá. Para cualquier hombre esto es una desgracia; para mí es más que eso. Ustedes saben por qué. Ya no podré hacer lo que hacía: estoy atado de pies y de manos y es necesario mirar hacia otra parte, no sé todavía hacia dónde. Por desgracia, no tengo dinero y estoy en Buenos Aires, en donde soy conocido y en donde me sería muy difícil vivir tranquilo. No sé qué voy a hacer, pero algo haré. Mientras tanto tenemos que arreglarnos como podamos. Espero que harán lo posible por ayudarme.

Calló y separó las manos; ya no temblaban.

otros; otro también, con seguridad, nuestro padre. Todo cambiaba y todo cambiaba terriblemente. Lo sentíamos en nuestra inmovilidad. Deberían pasar días, meses quizá, antes de que pudiéramos -- si es que podíamos -- recuperar el movimiento.

Ya muy avanzada la tarde sentimos pasos en el cuarto de nuestro padre. Un momento después abrió la puerta. Estaba envejecido, demacrado el rostro, inclinado el cuerpo. Nos buscó con la mirada: allí estábamos, sentados o de pie, afirmado alguno contra un muro, mirando aquél hacia el cielo y éste hacia el suelo, retorciendo el pañuelo o limpiándose las uñas interminablemente. Nos habló.

--Vengan -- dijo.

Nos pareció que hacían años que no se oía una palabra en aquella casa. Nos acercamos y nos llevó al comedor. Se sentó, poniendo sobre la mesa sus largos brazos. Le temblaban las manos, sonrosadas manos blancas, grandes, de vello rojizo, seguras, hábiles, que quizá nunca temblaban. Las juntó, tal nos vez para evitar el temblor, y dijo, mirándonos de uno en uno:

--No es mucho lo que tengo que decirles. Lo que nos sucede es terrible. Todo, sin embargo, se reduce a que mamá ha muerto.

Su voz tuvo como una trizadura; se contuvo y continuó, mientras nosotros rompíamos a llorar en silencio:

--Ha muerto mamá. Para cualquier hombre esto es una desgracia; para mí es más que eso. Ustedes saben por qué. Ya no podré hacer lo que hacía: estoy atado de pies y de manos y es necesario mirar hacia otra parte, no sé todavía hacia dónde. Por desgracia, no tengo dinero y estoy en Buenos Aires, en donde soy conocido y en donde me sería muy difícil vivir tranquilo. No sé qué voy a hacer, pero algo haré. Mientras tanto tenemos que arreglarnos como podamos. Espero que harán lo posible por ayudarme.

Calló y esperó las manos; ya no temblaban.

--Ahora -- dijo, levantándose -- es necesario pensar en este momento.

--Papá -- dijo Joao, vacilante --: ¿no tenía parientes en Chile la mamá?

--Tal vez -- contestó mi padre, deteniéndose --, pero parientes lejanos, que ni siquiera la conocieron y que quizá ni sepan que existió. Sus padres murieron hacen años y sus hermanos también, salvo uno, que está en un convento. No tenemos a quién recurrir por ese lado; por el mío, tampoco: no tengo un solo gato que me maúlle, fuera de ustedes.

Calló y miró la mesa:

--Recojan eso -- dijo, refiriéndose al servicio del desayuno -- y vean modo de comprar algo para comer.

Iba a salir, pero se detuvo.

--Mamá será enterrada mañana -- advirtió --. Iremos al hospital a buscarla y de allí la llevaremos a Chacarita. Iré yo con Joao y Ezequiel. No es necesario que vayamos todos y es mejor que no vamos todos.

La casa empezó a marchar, pero a tropezones; tuvimos que hacerlo todo y todo salía tarde o mal. Y lo peor no era eso: lo peor era la seguridad, el convencimiento de que aquello no podría continuar en esa forma; debería haber una salida, una solución, que no sabíamos cuál era ni cuál podía ser. Nuestro padre debía decidir, aunque, según nos dábamos cuenta, no le sería fácil hacerlo. Podía disponer que abandonáramos nuestros estudios y trabajáramos, pero no era toda la solución; alguien debía estar en la casa y no se sabía quién pudiera ser. Necesitábamos una mujer, una sola; no había ninguna. Podía tomarse una sirviente, era lo más sencillo, pero eso debía disponerlo nuestro padre. Estaba por verse, además, si se encontraría una sirviente para una familia cuyo jefe era un ladrón conocido.

Joao tomó el mando de la cocina; sabía cocinar casi tanto como hablar guaraní; Ezequiel le ayudaba y Daniel y yo nos hicimos cargo del aseo y de las compras, ocupación más fácil y más rápida. Mi padre era de una inhabilidad absoluta en cuanto a todo aquello: lo único que sabía, en labores domésticas

--Ahora -- dijo, levantándose -- es necesario pensar en este momento.

--Papá -- dijo Joao, vacilante --: ¿no tenía parientes en Chile la mamá?

--Tal vez -- contestó mi padre, deteniéndose --, pero parientes lejanos, que ni siquiera la conocieron y que quizá ni sepan que existió. Sus padres murieron hacen años y sus hermanos también, salvo uno, que está en un convento. No tenemos a quién recurrir por ese lado; por el mío, tampoco: no tengo un solo gato que me maúlle, fuera de ustedes.

Calló y miró la mesa:

--Recojan eso -- dijo, refiriéndose al servicio del desayuno -- y vean modo de comprar algo para comer.

Iba a salir, pero se detuvo.

--Mamá será enterrada mañana -- advirtió --. Iremos al hospital a buscarla y de allí la llevaremos a Chacarita. Iré yo con Joao y Ezequiel. No es necesario que vayamos todos y es mejor que no vamos todos.

La casa empezó a marchar, pero a tropezones; tuvimos que hacerlo todo y todo salía tarde o mal. Y lo peor no era eso: lo peor era la seguridad, el convencimiento de que aquello no podría continuar en esa forma; debería haber una salida, una solución, que no sabíamos cuál era ni cuál podía ser. Nuestro padre debía decidir, aunque, según nos dábamos cuenta, no le sería fácil hacerlo. Podía disponer que abandonáramos nuestros estudios y trabajáramos, pero no era toda la solución: alguien debía estar en la casa y no se sabía quién pudiera ser. Necesitábamos una mujer, una sola; no había ninguna. Podía tomarse una sirviente, era lo más sencillo, pero eso debía disponerlo nuestro padre. Estaba por verse, además, si se encontraría una sirviente para una familia cuyo jefe es un ladrón conocido.

Joao tomó el mando de la cocina; sabía cocinar casi tanto como hablar guaraní; Ezequiel le ayudaba y Daniel y yo nos hicimos cargo del aseo y de las compras, ocupación más fácil y más rápida. Mi padre era de una inhabilidad absoluta en cuanto a todo aquello: lo único que sabía, en labores domésti-

cas, era pegar botones y los pegaba de tal modo que parecían cosidos con alambre: no se volvían a soltar; pero hasta allí llegaba. En cuanto a cocina, no distinguía una olla de una sartén y le asombraba que las papas tuviesen una cáscara que debía mondarse.

Se paseaba por la casa durante horas, pensativo, deteniéndose ante los muros, que miraba y remiraba, o ante las puertas y ventanas. Hablaba, en general, muy poco, y en aquellos días habló menos que nunca. Su mente buscaba una salida al callejón y se percataba de que sus hijos estaban pendientes de él: era ahora nuestro padre y nuestra madre, todo junto, sin tener, por desgracia, las condiciones necesarias para uno y otro papel; por lo demás, nadie las tendría. Le mirábamos y callábamos también.

Una noche advertimos que se disponía a salir; era la hora de siempre.

--Vuelvo pronto -- dijo, como excusándose por la salida --. Acuéstense y no dejen ninguna luz encendida.

Salió, cerrando tras de sí, silenciosamente, la puerta, tal como siempre lo hacía. Nos acostamos tarde. Al amanecer, en los momentos en que los cuatro hermanos dormíamos, alguien dió fuertes golpes en la puerta. Despertamos sobresaltados, y Joao, encendiendo la vela, se sentó en la cama.

--¿Quién será? -- tartamudeó.

No me atreví a decirlo, pero conocía esos golpes: nadie más que la policía llamaba así. Joao fué a la pieza de papá: no había llegado. Con Ezequiel fueron hacia la puerta de calle.

--¿Quién es? -- se oyó preguntar a Joao.

La respuesta fué la que yo esperaba:

--Abran; es la policía.

Era inútil negarse y Joao abrió. Tres hombres entraron y cerraron la puerta.

--Papá no está -- quiso explicar Ezequiel.

--Ya lo sabemos -- respondieron, con desenfado.

cas, era pegar botones y los pegaba de tal modo que parecían cosidos con alambre: no se volvían a soltar; pero hasta allí llegaba. En cuanto a cocina, no distinguía una olla de una sartén y le asombraba que las papas tuviesen una cáscara que debía mondarse.

Se paseaba por la casa durante horas, pensativo, deteniéndose ante los muros, que miraba y remiraba, o ante las puertas y ventanas. Hablaba, en general, muy poco, y en aquellos días habló menos que nunca. Su mente buscaba una salida al callejón y se percataba de que sus hijos estaban pendientes de él: era ahora nuestro padre y nuestra madre, todo junto, sin tener, por desgracia, las condiciones necesarias para uno y otro papel; por lo demás, nada las tendría. Le mirábamos y callábamos también.

Una noche advertimos que se disponía a salir; era la hora de siempre.

--Vuelvo pronto -- dijo, como excusándose por la salida --. Acuéstense no dejen ninguna luz encendida.

Salió, cerrando tras de sí, silenciosamente, la puerta, tal como siempre lo hacía. Nos acostamos tarde. Al amanecer, en los momentos en que los cuatro hermanos dormíamos, alguien dió fuertes golpes en la puerta. Despertamos sobresaltados, y Joao, encendiendo la vela, se sentó en la cama.

--¿Quién será? -- tartamudeó.

No me atreví a decirlo, pero conocía esos golpes: nadie más que la policía llamaba así. Joao fué a la pieza de papá: no había llegado. Con Ezequiel fueron hacia la puerta de calle.

--¿Quién es? -- se oyó preguntar a Joao.

La respuesta fué la que yo esperaba:

--Abran; es la policía.

Era inútil negarse y Joao abrió. Tres hombres entraron y cerraron la puerta.

--Papá no está -- quiso explicar Ezequiel.

--Ya lo sabemos -- respondieron, con desenfado.

Daniel y yo empezamos a vestirnos y en eso estábamos, en calzoncillos, cuando uno de los hombres entró al cuarto. Nos miró:

--Muchachos -- dijo, como si hubiera dicho lagartijas --. ¿Hay más gente en la casa, además de ustedes? -- preguntó.

--No, señor -- murmuré.

--Bueno -- dijo --. A ver, vos, echá una mirada por acá -- ordenó a alguien y se retiró.

Otro hombre entró.

--Vístanse y salgan -- exclamó, al verbos.

Salimos al patio y nos reunimos con Joao Y Ezequiel y allí permanecimos en tanto los tres hombres registraban la casa centímetro por centímetro, dando vuelta los colchones, abriendo los cajones, destapando las cacerolas, tanteando los muros; por fin, nos registraron a nosotros.

--No hay nada -- dijo el hombre que entró primero, gordo, blanco, de bigotes castaños y ojos claros --. Vamos, muchachos.

Los cuatro hermanos, de pie en el patio, inmóviles y callados, parecíamos fantasmas. Los hombres pasaron frente a nosotros, sin mirarnos, como si no existiéramos, y se dirigieron hacia la puerta. Abrían y se disponían a marcharse, cuando Joao corrió hacia ellos.

--Señor -- dijo.

El hombre gordo se detuvo y dió una media vuelta.

--¡Qué pasa! -- exclamó.

Joao preguntó:

--¿Y mi papá?

El hombre lo miró, sorprendido, y miró también a sus compañeros .

--El Gallego está preso -- aseguró, como si asegurara algo que todo el mundo sabía.

Giró de nuevo y se dispuso a salir; sus compañeros salieron delante. An-

Daniel y yo empezamos a vestirnos y en seco estábamos, en calzoncillos, cuando uno de los hombres entró el cuarto. Nos miró:

--Muchachos -- dijo, como si hubiera dicho legalidades --. ¿Hay más gente en la casa, además de nosotros? -- preguntó.

--No, señor -- murmuré.

--Bueno -- dijo --. A ver, vos, echá una mirada por ací -- ordenó a alguien y se retiró.

Otro hombre entró.

--Vístanse y salgan -- exclamó, al vernos.

Salimos al patio y nos reunimos con Toco y Ezequiel y allí permanecimos en tanto los tres hombres registraban la casa centímetro por centímetro, dando vuelta los colchones, abriendo los cajones, destapando las cacerolas, tanteando los muros; por fin, nos regresaron a nosotros.

--No hay nada -- dijo el hombre que entró primero, gordo, blanco, de pies cortos castaños y ojos claros --. Vamos, muchachos.

Los cuatro hermanos, de pie en el patio, inmóviles y callados, pareciamos fantasmas. Los hombres pasaron frente a nosotros, sin mirarnos, como si no existiéramos, y se dirigieron hacia la puerta. Abrían y se disponían a marcharse, cuando Toco corrió hacia ellos.

--Señor -- dijo.

El hombre gordo se detuvo y dió una media vuelta.

--¿Qué pasa! -- exclamó.

Toco preguntó:

--¿Y mi papá?

El hombre lo miró, sorprendido, y miró también a sus compañeros.

--El Gallego está preso -- aseguró, como si asegurara algo que todo el mundo sabía.

Giró de nuevo y se dispuso a salir; sus compañeros salieron delante. Un

tes de cerrar, mirándonos, agregó:

--Y ahora tiene para mucho tiempo.

Cerró, dando un gran portazo. No tenía miedo de que le oyeran.

2

No hubo ya quien diese solución ni quien diese nada. "Estoy atado de pies y manos", había dicho nuestro padre. Ahora estaba atado de todo y nosotros no estábamos mejor que él; en libertad, sí, pero ¿de qué nos servía? Si él no hubiese tenido el oculto deseo de hacer de nosotros personas honorables y nos hubiera enseñado, si no a robar -- lo que también hubiera sido una solución, como era la de muchos hombres --, a trabajar en algo por lo menos, nuestra situación habría sido, en ese momento, no tan desesperada; pero, como muchos padres, no quería que sus hijos fuesen carpinteros o cerrajeros, albañiles o zapateros, no; serían algo más, abogados, médicos, ingenieros o arquitectos. No había vivido una vida como la suya para que sus hijos terminasen en ganapanes. Pero resultaba peor: ni siquiera éramos ganapanes.

Por la casa pasó una racha de terror y de desconcierto y hubo un instante en que los cuatro hermanos estuvimos a punto de huir de la casa, de aquella casa que ya no nos servía de nada: no había allí madre, no había padre, sólo muebles e incertidumbre, piezas vacías y silencio. Ezequiel logró sobreponerse y detenernos.

--Mamá está muerta -- dijo -- y no podemos hacer nada por ella; pero papá no y quién sabe si podemos ayudarle.

Acompañado de Joao, fué al Departamento de Policía.

--Sí -- le informaron --; El Gallego está aquí.

--¿Podríamos hablar con él?

tes de cerrar, mirándonos, agregó:

--Y ahora tiene para mucho tiempo.

Cerró, dando un gran portazo. No tenía miedo de que le oyeran.

2

No hubo ya quien diese solución ni quien diese nada. "Estoy atado de pies y manos", había dicho nuestro padre. Ahora estaba atado de todo y nosotros no estábamos mejor que él; en libertad, sí, pero ¿de qué nos servía? Si él no hubiese tenido el oculto deseo de hacer de nosotros personas honradas y nos hubiera enseñado, si no a robar -- lo que también hubiera sido una solución, como era la de muchos hombres --, a trabajar en algo por lo menos, nuestra situación habría sido, en ese momento, no tan desesperada; pero, como muchos padres, no quería que sus hijos fuesen carpinteros o cerrajeros, albañiles o zapateros, no; serían algo más, abogados, médicos, ingenieros o arquitectos. No había vivido una vida como la suya para que sus hijos terminasen en zanjapenes. Pero resultaba peor: ni siquiera éramos zanjapenes.

Por la casa pasó una racha de terror y de desconcierto y hubo un instante en que los cuatro hermanos estuvimos a punto de huir de la casa, de aquella casa que ya no nos servía de nada: no había allí madre, no había padre, sólo muebles e incertidumbre, pieza vacías y silencio. Exequiel logró sobreponerse y detenernos.

--Mamá está muerta -- dijo -- y no podemos hacer nada por ella; pero papá no y quién sabe si podemos ayudarle.

Acompañado de Jose, fue al Departamento de Policía.

--Sí -- le informaron --; El Gallego está aquí.

--¿Podríamos hablar con él?

--Ustedes, ¿quiénes son?

--Somos hijos de él.

--No -- fué la respuesta --; está incomunicado.

Hubo un silencio.

--¿Por qué está preso? -- se atrevió a preguntar Ezequiel.

El policía sonrió:

--No será porque andaba repartiendo medallitas -- comentó.

Y después, mirando a Ezequiel, preguntó:

--¿No sabe lo que hace su padre?

Ezequiel enrojeció.

--Sí -- logró tartamudear.

--Bueno, por eso está preso -- explicó el policía.

Y siguió explicando:

--Y ahora lo tomaron con las alhajas encima y adentro de la casa. No hay modo de negar nada.

Los dos hermanos callaron; lo que el hombre decía ahorraba comentarios. Se atrevieron, sin embargo, a hacer una última pregunta:

--¿Qué podríamos hacer nosotros?

El policía, extrañado, los miró y les preguntó:

--¿No saben lo que deben hacer?

--No.

El hombre dejó su escritorio y se acercó a ellos; pareció haberse irritado.

--¿Qué clase de hijos de ladrones son ustedes? -- preguntó, casi duramente --. ¿Qué han hecho otras veces? Porque no me van a venir a decir que es la primera vez que El Gallego cae en cana.

Joao y Ezequiel se miraron.

--Sí -- aseguró Joao --; mi mamá le ponía un abogado.

--Ustedes, ¿quiénes son?

--Somos hijos de él.

--No -- fué la respuesta --; está incomunicado.

Hubo un silencio.

--¿Por qué está preso? -- se atrevió a preguntar Ezequiel.

El policía sonrió:

--No será porque anduba repartiendo medallitas -- comentó.

Y después, mirando a Ezequiel, preguntó:

--¿No sabe lo que hace su padre?

Ezequiel enrojeció.

--Sí -- logró tartamudear.

--Bueno, por eso está preso -- explicó el policía.

Y siguió explicando:

--Y ahora lo tomaron con las alpargatas encima y adentro de la casa. No hay modo de negar nada.

Los dos hermanos callaron; lo que el hombre decía aborraba comentarios. Se atrevieron, sin embargo, a hacer una última pregunta:

--¿Qué podríamos hacer nosotros?

El policía, extrañado, los miró y les preguntó:

--¿No saben lo que deben hacer?

--No.

El hombre dejó su escritorio y se acercó a ellos; pareció hablarles íntimo.

--¿Qué clase de hijos de ladrones son ustedes? -- preguntó, casi duramente --. ¿Qué han hecho otras veces? Porque no me van a venir a decir que es la primera vez que El Gallego cae en cana.

Jozo y Ezequiel se miraron.

--Sí -- aseguró Jozo --; mi mamá le pondía un abogado.

--Bueno -- dijo el policía, con un tono que demostraba satisfacción por haber sacado algo en limpio --. ¿Y por qué no se lo ponen ahora?

Los hermanos no respondieron.

--¿Qué pasa? -- preguntó el policía, solícito --. ¿Acaso la mamá también está presa?

--No -- contestó Ezequiel --; mamá murió hace unos días.

El policía enmudeció; después preguntó:

--Y ustedes, ¿están solos?

--Solos.

--¿No tienen plata?

--Nada.

El hombre pareció turbado: tampoco él, en esas condiciones, habría sabido qué hacer. Pero algo se le ocurrió, aunque no muy original:

--Entonces -- dijo, con lentitud -- lo mejor que pueden hacer es esperar.

Después murmuró, como a pesar suyo:

--Pero tendrán que esperar mucho tiempo. El Gallego no saldrá ni a tres tirones.

Finalmente, dando golpecitos con su mano en la espalda de los dos hijos de El Gallego, los despidió:

--Váyanse, muchachos -- dijo, con amabilidad -- y vean modo de arreglárselas solos y como puedan.

3

Solos y como puedan. . . A los dos meses no quedaba en la casa una sola silla. Todo fué vendido o llevado a las casas de préstamo: la mesa y los catres, la cómoda y el aparador; se pignoraron los colchones de nuestros padres y también los de Joao y Ezequiel; al final sólo quedaron dos, en el

--Bueno -- dijo el policía, con un tono que demostraba satisfacción por haber sacado algo en limpio --. ¿Y por qué no se lo ponen ahora?

Los hermanos no respondieron.

--¿Qué pasa? -- preguntó el policía, solícito --. ¿Acaso la mamá también está presa?

--No -- contestó Ezequiel --; mamá murió hace unos días.

El policía enmudeció; después preguntó:

--Y ustedes, ¿están solos?

--Solos.

--¿No tienen plata?

--Nada.

El hombre pareció turbado: tampoco él, en esas condiciones, habría sabido qué hacer. Pero algo se le ocurrió, aunque no muy original:

--Entonces -- dijo, con lentitud -- lo mejor que pueden hacer es esperar.

Después murmuró, como a pesar suyo:

--Pero tendrán que esperar mucho tiempo. El Gallego no saldrá ni a tres tirones.

Finalmente, dando golpecitos con su mano en la espalda de los dos hijos de El Gallego, los despidió:

--Váyanse, muchachos -- dijo, con amabilidad -- y vean modo de arreglárselas solos y como puedan.

3

Solos y como puedan. . . A los dos meses no quedaba en la casa una sola silla. Todo fué vendido o llevado a las casas de préstamo: la mesa y los catres, la cómoda y el aparador; se pignoraron los colchones de nuestros padres y también los de Joao y Ezequiel; al final sólo quedaron dos, en el

suelo, en los cuales, con sábanas muy sucias y dos frazadas, los cuatro hermanos dormíamos en parejas.

Joao y Ezequiel lograron, sin embargo, hablar con mi padre: se mostró pesimista respecto de sí mismo, optimista respecto de nosotros: por lo menos estábamos en libertad y podíamos recibir alguna ayuda. ¿De quién? En contra de su costumbre, pensaba ahora en los amigos, esos amigos de quienes nadie sabía el domicilio ni dónde se encontrarían en determinado momento, a la hora de acostarse, por ejemplo: si en libertad, si presos, si huyendo, si desaparecidos, si muertos. Hizo escribir algunas cartas, pues recordaba una que otra dirección, a Chile, a Rosario, a España, a Montevideo. Mientras las cartas iban el tiempo no se detenía y el dueño de la casa no tenía por qué esperar que las cartas llegasen a su destino y que las respuestas volviesen; tampoco esperaban el almacenero ni el lechero, el carnicero ni el panadero y no podíamos decirles lo que pasaba y rogarles que esperasen. No llegó, por lo demás, ninguna respuesta. Joao y Ezequiel buscaron trabajo y yo también lo busqué, de mozos, de mandaderos, de aprendices de algo; ofrecían sueldos de hambre, si los ofrecían. Trabajé una semana en una sastrería: "no hay sueldo; sólo le daremos el almuerzo." Aprendí a pegar botones. Llegaba a mi casa y no encontraba a nadie: mis hermanos vagaban por su lado. Me sentaba en uno de los colchones y esperaba; se hacía de noche; encendía una luz y leía; por fin, hambriento y cansado, me dormía hasta la mañana siguiente. No se podía seguir así. Joao resolvió marchar a Brasil y lo anunció y se fué, no supimos cómo, si a pie, si en barco, si en tren: allá encontraría a Pedro el Mulato y nos mandaría ayuda. No supimos más de él. Mi padre, por otra parte, fué condenado a una enorme cantidad de años de prisión, diez, quince, veinte -- ya daba lo mismo -- y no existía abogado que fuese capaz, ni siquiera cobrando sus honorarios, de disminuirle aunque fuese en la mitad esa cantidad de años, tan grande, que a nosotros, que no llegábamos ni a los veinte de edad, nos parecía casi cómica.

suelo, en los cuales, con sábanas muy sucias y dos frazadas, los cuatro hermanos dormíamos en pareja.

Toco y Ezequiel lograron, sin embargo, hablar con mi padre: se mostró pesimista respecto de sí mismo, optimista respecto de nosotros: por lo menos estábamos en libertad y podíamos recibir alguna ayuda. ¿De quién? En contra de su costumbre, pensaba ahora en los amigos, esos amigos de quienes nadie sabía el domicilio ni dónde se encontrarían en determinado momento, a la hora de acostarse, por ejemplo: si en libertad, si presos, si huyendo, si desaparecidos, si muertos. Hizo escribir algunas cartas, pues recordaba una que otra dirección, a Chile, a Rosario, a España, a Montevideo. Mientras las cartas iban el tiempo no se detenía y el dueño de la casa no tenía por qué esperar que las cartas llegasen a su destino y que las respuestas volviesen; tampoco esperaban el almacenero ni el lechero, el carnicero ni el panadero y no podíamos decirles lo que pasaba y rogarles que esperasen. No llegó, por lo demás, ninguna respuesta. Toco y Ezequiel buscaron trabajo y yo también lo buscué, de mozo, de mandadero, de aprendiz de algo; ofrecían sueldos de hambre, si los ofrecían. Trabajé una semana en una sastrería: "no hay sueldo; sólo le daremos el almuerzo." Aprendí a pegar botones. Llegaba a mi casa y no encontraba a nadie: mis hermanos vagaban por su lado. Me sentaba en uno de los colchones y esperaba; se hacía de noche; encendía una luz y leía; por fin, hambriento y cansado, me dormía hasta la mañana siguiente. No se podía seguir así. Toco resolvió marchar a Brasil y lo anunció y se fué, no supimos cómo, si a pie, si en barco, si en tren: allí encontraría a Pedro el Mulato y nos mandaría ayuda. No supimos más de él. Mi padre, por otra parte, fué condenado a una enorme cantidad de años de prisión, diez, quince, veinte -- ya daba lo mismo -- y no existía abogado que fuese capaz, ni siquiera copiando sus honorarios, de disminuirle aunque fuese en la mitad esa cantidad de años, tan grande, que a nosotros, que no llegábamos ni a los veinte de edad, nos parecía casi cómica.

Un día amanecí solo en la casa: ni Daniel ni Ezequiel llegaron a dormir. Sentí que había llegado el instante que temíamos: di una vuelta por el patio y entré a los dormitorios; miré los rincones, las puertas, las ventanas, los techos: en esa casa había vivido, hasta unos pocos días atrás, una familia, una familia de ladrón, es cierto, pero una familia al fin; ahora no había allí nada, no había hogar, no había padres, no había hermanos; sólo quedaban dos colchones, dos frazadas, dos sábanas sucias y un muchacho afligido. Recogí una frazada, la hice un paquete que metí bajo el brazo y salí: si Daniel y Ezequiel regresaban, por lo menos tendrían dónde dormir y con qué taparse. Junté la puerta y todavía con la manilla en la mano, antes de dar el tirón que la cerraría, pensé en el lugar hacia el cual iba a marchar. Enorme era Buenos Aires para un niño que estaba en esa situación. Elegí el barrio de Caballito. Habíamos vivido allí un tiempo, en otra temporada, y recordaba aún a algunos niños que fueron nuestros amigos. Hacia allá enderecé mis pasos.

La suerte me fué propicia, aunque sólo a medias: cerca del anochecer, en los momentos en que desesperaba ya de encontrar a alguien conocido -- mis amiguitos no aparecieron (¡quién sabe a dónde los había llevado la marea que ahora me llevaba a mí!) -- encontré a alguien, una mujer delgada, baja, vieja ya, si no de edad, por lo menos de aspecto, y humildemente vestida. Daba la impresión de una gallina que ha enflaquecido y va perdiendo sus plumas; se llamaba Bartola. No era un nombre feliz para aquel encuentro, pero peor era no encontrar a nadie. La conocíamos desde años atrás y nos visitaba a menudo en compañía de su marido, un hombre bajo, robusto, siempre con una barba de por lo menos siete días, sucio, casi rotoso, de cara hosca y penetrantes ojillos. Era cojo. Había sido ladrón y dejado el oficio a raíz de la pérdida de una pierna: al atravesar, borracho, un paso a nivel, no hizo caso de las señales y un tren de pasajeros se le vino encima y le cortó la pierna un poco

Un día amaneció solo en la casa: ni Daniel ni Ezequiel llegaron a dormir. Sentí que había llegado el instante que temíamos: di una vuelta por el patio y entré a los dormitorios; miré los rincones, las puertas, las ventanas, los techos: en esa casa había vivido, hasta unos pocos días atrás, una familia, una familia de ladrón, es cierto, pero una familia al fin; ahora no había allí nada, no había hogar, no había padres, no había hermanos; sólo quedaban dos colchones, dos frazadas, dos sábanas sucias y un muchacho afligido. Recogí una frazada, la hice un paquete que metí bajo el brazo y salí: el tirón que la cerraría, pensé en el lugar hacia el cual iba a marchar. Daniel y Ezequiel regresaban por lo menos tendrían dónde dormir y con que taparse. Junté la puerta y todavía con la manilla en la mano, antes de dar Enorme era Buenos Aires para un niño que estaba en esa situación. Elegí el barrio de Caballito. Habíamos vivido allí un tiempo, en otra temporada, y recordaba allí a algunos niños que fueron nuestros amigos. Hacia allá enderecé mis pasos.

La suerte me fue propicia, aunque sólo a medias: cerca del anochecer, en los momentos en que desesperaba ya de encontrar a alguien conocido -- mis amigos no aparecieron (¡quién sabe a dónde los había llevado la marea que ahora me llevaba a mí!) -- encontré a alguien, una mujer delgada, baja, viuda ya, si no de edad, por lo menos de aspecto, y humildemente vestida. Daba la impresión de una gallina que ha enflaquecido y va perdiendo sus plumas; se llamaba Bartola. No era un nombre feliz para aquel encuentro, pero peor era no encontrar a nadie. La conocíamos desde años atrás y nos visitaba a menudo en compañía de su marido, un hombre bajo, robusto, siempre con una barba de por lo menos siete días, sucio, casi rotoso, de cara bosca y penetrantes ojillos. Era cojo. Había sido ladrón y dejado el oficio a raíz de la pérdida de una pierna: al atravesar, borracho, un paso a nivel, no hizo caso de las señas y un tren de pasajeros se la vino encima y le cortó la pierna un poco

más abajo de la rodilla. Era ladrón nocturno: ¿qué iba a hacer con una pierna menos? Se dedicaba a comprar pequeños robos, que vendía luego a clientes tan miserables como él -- dueños de tenduchos de ropa usada, generalmente -- y con eso vivía mal que bien o tan mal como bien. Llevaba una pierna de palo y con ella golpeaba sin misericordia sobre las baldosas, los adoquines o los pisos de las casas; una argolla de hierro defendía la parte inferior de la pieza ortopédica contra las inclemencias del uso: temía quizá que se le astillara. La parte baja de la pierna del pantalón que correspondía a la pata de palo mostraba siempre desgarraduras e hilachas y aparecía como incómoda.

Bartola, cosa rara, hablaba con gran dulzura y había en ella algo más raro aun: esta mujer, que parecía estar siempre aterida [illegible] -- vivía con las manos juntas, como si tuviera eternamente helados los dedos --, tenía unos hermosos ojos, no grandes, no ornados de largas pestañas o de bien dibujadas cejas, sino que de un color extraordinario, un color como de miel, pero de miel luminosa, irradiante, color que daba a su rostro una expresión de profunda bondad y cierta curiosa distinción. Mirando sus ojos nadie se habría atrevido a asegurar que se llamaba Bartola. Me preguntó qué andaba haciendo por el barrio y le conté todo, de un tirón: necesitaba contarlo a alguien. Me escuchó, impresionada, y luego, mirándome con placidez, me preguntó, como si no le hubiera contado nada:

--Entonces, ¿no tiene dónde dormir?

Hice un gesto de impaciencia y la mujer calló. Luego dijo:

--¿Por qué no viene conmigo? Tal vez Isaías pueda tenerlo algún tiempo en la casa.

Acepté, aunque sin mucho entusiasmo, y fuimos. No se podía exigir gran cosa a esa hora. Vivían en una casa pobrísima, casi un rancho, situada en una calle un poco perdida, que corre paralela a las líneas del Ferrocarril Oeste: durante todo el día pasaban por allí trenes y durante todo el día

más abajo de la rodilla. Era ladrón nocturno: ¿qué iba a hacer con una pierna menos? Se dedicaba a comprar pequeños robos, que vendía luego a clientes tan miserables como él -- dueños de tenduchos de ropa usada, generalmente -- y con eso vivía mal que bien o tan mal como bien. Llevaba una pierna de palo y con ella golpeaba sin misericordia sobre las baldosas, los adoquines o los pisos de las casas; una argolla de hierro defendía la parte inferior de la pieza ortopédica contra las inclemencias del uso: temía quizá que se le astillara. La parte baja de la pierna del pantalón que correspondía a la pata de palo mostraba siempre desgarraduras e hilachas y aparecía como incómoda.

Bartola, cosa rara, hablaba con gran dulzura y había en ella algo más raro aun: esta mujer, que parecía estar siempre aterida -- vivía con las manos juntas, como si tuviera eternamente helados los dedos --, tenía unos hermosos ojos, no grandes, no ornados de largas pestañas o de bien dibujadas cejas, sino que de un color extraordinario, un color como de miel, pero de miel luminosa, irradiante, color que daba a su rostro una expresión de profunda bondad y cierta curiosa distinción. Mirando sus ojos nadie se habría atrevido a asegurar que se llamaba Bartola. Me preguntó qué andaba haciendo por el barrio y le conté todo, de un tirón: necesitaba contarlo a alguien. Me escuchó, impresionada, y luego, mirándome con placidez, me preguntó, como si no le hubiera contado nada:

--Entonces, ¿no tiene dónde dormir?

Hice un gesto de impaciencia y la mujer calló. Luego dijo:

--¿Por qué no viene conmigo? Tal vez Isaías pueda tenerlo algún tiempo en la casa.

Acepté, aunque sin mucho entusiasmo, y fuimos. No se podía exigir gran cosa a esa hora. Vivían en una casa pobrísima, casi un rancho, situada en una calle un poco perdida, que corre paralela a las líneas del Ferrocarril Oeste: durante todo el día pasaban por allí trenes y durante todo el día

se escuchaba el grito de las gallinetas que los vecinos, todos muy pobres, criaban con algunas gallinas, este o aquel pato y tal cual pavo. Más allá de la casa, levantada cerca de la acera, se extendía un terreno con algunos árboles frutales, duraznos sobre todo, y se alzaban los que parecían ser los restos de un gallinero y que no eran sino el gallinero mismo. Las cercas que separaban unas casas de las otras eran todas de rejillas de alambre de pasos grandes, todas destrozadas, mostrando roturas que los vecinos tapaban como su ingenio se los permitía, con latas, trozos de bolsas o pedazos de otras rejillas de alambre, de pasos más pequeños o más grandes, según lo que encontraban a mano. Las aves aprovechaban aquellas roturas para dar expansión a sus inagotables instintos de vagancia, con el resultado de que siempre, entre una casa y otra o entre varias, había alguna bronca por el pollo, el pato, la gallina o la gallineta que se pasó para acá o desapareció más allá.

En contra de lo que temía, Isaías me recibió bien.

--¿No es el hijo de la paisana Rosalía? -- preguntó animadamente, casi con voz de falsete, al verme aparecer en su casa --. ¡Qué crecido está!

--Sí -- aseguró la señora Bartola, con una voz como de resignada --; él es: Anicetito.

--¿Y qué lo trae por acá? -- preguntó con el mismo brío, echando una mirada al envoltorio que se veía bajo mi brazo --. ¿Algún encargo del papá?

Mi padre solía venderle, alguna que otra vez, y más bien para favorecerlo, algunas de las chucherías que le sobraban; pero esta vez no había encargo alguno de papá. Bartola le informó, juntando las manos, y en pocas palabras, de lo que ocurría y de lo que se trataba, y su marido, ya sin entusiasmo y con voz más natural, luego de darme repetidas miradas, la mitad de las cuales eran para el envoltorio, aceptó alojarme algunos días en su casa.

se escuchaba el grito de las gallinetas que los vecinos, todos muy pobres, criaban con algunas gallinas, este o aquel pato y tal cual pavo. Más allá de la casa, levantada cerca de la acera, se extendía un terreno con algunos árboles frutales, duraznos sobre todo, y se alzaban los que parecían ser los restos de un gallinero y que no eran sino el gallinero mismo. Las cercas que separaban unas casas de las otras eran todas de rejillas de alambre de pasos grandes, todas destrozadas, mostrando roturas que los vecinos tapaban como su ingenio se los permitía, con latas, trozos de bolsas o pedazos de otras rejillas de alambre, de pasos más pequeños o más grandes, según lo que encontraban a mano. Las aves aprovechaban aquellas roturas para dar expansión a sus inagotables instintos de vagancia, con el resultado de que siempre, entre una casa y otra o entre varias, había alguna bronca por el pollo, el pato, la gallina o la gallineta que se pasó para acá o desapareció más allá.

En contra de lo que temía, Isaías me recibió bien.

--¿No es el hijo de la paisana Rosalía? -- preguntó animadamente, casi con voz de falsete, al verme aparecer en su casa --. ¡Qué crecido está!

--Sí -- aseguró la señora Bartola, con una voz como de resignada --; él es: Anicetito.

--¿Y qué lo trae por acá? -- preguntó con el mismo brío, echando una mirada al envoltorio que se veía bajo mi brazo --. ¿Algún encargo del papá?

Mi padre solía venderle, alguna que otra vez, y más bien para favorecerlo, algunas de las chucherías que le sobraban; pero esta vez no había encargo alguno de papá. Bartola le informó, juntando las manos, y en pocas palabras, de lo que ocurría y de lo que se trataba, y su marido, ya sin entusiasmo y con voz más natural, luego de darme repetidas miradas, la mitad de las cuales eran para el envoltorio, aceptó alojarme algunos días en su casa.

--Mientras encuentra dónde acomodarse -- advirtió.

Una semana después, convertido en sirviente, hambriento, mal tratado, sucio y rabioso, comprendí que existía algo peor que perder la madre y tener al padre en Sierra Chica o en Ushuaia y que ese algo peor era el estar expuesto a que cualquiera, sin necesidad y sin derecho, lo tratara a uno con la punta del pie. Isaías era algo así como una mula y como una mula procedía con toda persona o animal que estuviese bajo su dependencia: pateaba, con su pierna de palo argollada de hierro, al perro, a las gallinas, a las gallinetas, a los pavos y a Bartola, la de los hermoso ojos; nada se le escapaba. Al recibir la primera patada ni siquiera lloré, tan grande fué el el estupor y el dolor que sentí: no había recibido hasta entonces sino uno que otro coscorrón y tal o cual palmada en el traste, muy suave todo. La patada de Isaías -- imposible llamarla puntapié --, recibida inesperadamente y en pleno sacro, pareció partirme la espalda. El dolor me dejó sin palabras y sin lágrimas, aunque después, cuando el bárbaro se hubo ido, lloré bastante, más que de dolor, de vergüenza y de coraje. No pude comprender, y todavía no comprendo, por qué a un muchacho que ha comido dos panes en vez de uno solo, como se espera, se le pueda dar una patada. Pero mi coraje no fué pasivo: busqué, mientras lloraba, un trozo de ladrillo, y lo dejé en un sitio que me quedara a mano en cualquier momento: encima de uno de los horcones del gallinero. Días después, dos o tres, recibí la segunda patada, la última: olvidé cambiar el agua de las gallinas y echar el pasto a las gallinetas, un pasto que debía ir a buscar a la parte baja del terraplén de la ferrovía. Sentí el mismo dolor y el mismo estupor, pero ya sabía lo que tenía que hacer. El bárbaro, ignorante de mis propósitos, eligió mal el lugar en que me soltó y pegó la segunda coz: el trozo de ladrillo estaba al alcande de mi mano; reteniendo los sollozos, lo tomé y casi sin apuntar lo disparé, dándole en el cráneo: vaciló, inclinándose, y se llevó la mano a

--Mientras encuentra dónde acomodarse -- advirtió.

Una semana después, convertido en sirviente, hambriento, mal tratado, sucio y rabioso, comprendí que existía algo peor que perder la madre y tener al padre en Sierra Chica o en Usúmaia y que ese algo peor era el estar expuesto a que cualquiera, sin necesidad y sin derecho, lo tratara a uno con la punta del pie. Isalea era algo así como una mula y como una mula procedía con toda persona o animal que estuviese bajo su dependencia: pateaba, con su pierna de palo argollada de hierro, al perro, a las gallinas, a las gallinetas, a los pavos y a Bartola, la de los bermejos ojos; nada se le escapaba. Al recibir la primera patada mi siquiera lloré, tan grande fué el estupor y el dolor que sentí: no había recibido nunca antonces sino una que otra cosquilla y tal o cual palmada en el trasero, muy suave todo. La patada de Isalea -- imposible llamarla puntapié --, recibida inesperadamente y en pleno sacro, pareció partirme la espalda. Mi dolor me dejó sin palabras y sin lágrimas, aunque después, cuando el bárbaro se hubo ido, llorè bastante, más que de dolor, de vergüenza y de coraje. No pude comprender y todavía no comprendo, por qué a un muchacho que he comido dos panes en vez de uno solo, como se espera, se le puede dar una patada. Pero mi coraje no fué pasivo: bueno, mientras lloraba, un trozo de ladrillo, y lo dejé en un sitio que me quedara a mano en cualquier momento: encima de uno de los horcones del gallinero. Días después, dos o tres, recibí la segunda patada, la última: olvidé cambiar el agua de las gallinas y echar el pasto a las gallinetas, un pasto que debía ir a buscar a la parte baja del terraplén de la ferrovía. Sentí el mismo dolor y el mismo estupor, pero ya sabía lo que tenía que hacer. El bárbaro, ignorante de mis propósitos, eligió mal el lugar en que me soltó y pegó la segunda coz: el trozo de ladrillo estaba al alcance de mi mano; reteniendo los sollozos, lo tomé y casi sin apuntar lo disparé, dándole en el cráneo: vacilò, inclinándose, y se llevó la mano a

la cabeza, mirándome, entretanto, con asombro: acostumbrado a la mansedumbre del perro, de las aves y de su mujer, le extrañaba que alguien le contestara en la misma o parecida forma. Cuando vi que la sangre empezaba a correrle por una de las mejillas, me refregué las manos, como quien se las limpia de algo que las ha ensuciado, y huí hacia el fondo del terreno, que estaba siempre lleno de charcos de agua y de barro; atravesé la cerca y subí al terraplén; desde allí me volví y miré: Isaías continuaba en el mismo sitio, mirándose la mano llena de sangre; Bartola, parada cerca de él, me miraba como despidiéndose. Los miré durante un segundo, como para que no se me olvidarán más, me despedí mentalmente de la frazada y partí caminando, en dirección al campo, alejándome de la ciudad. Al atardecer, un tren de carga se detuvo en la estación en que me encontraba descansando. Un grupo de hombres viajaba en un vagón. Me acerqué. Los hombres me observaron; los miré. ¿Para dónde irían? Eran, de seguro, trabajadores. Uno de ellos, alto, de bigote, delgado, con hermosos ojos verdes, me gritó:

--Che, muchacho: ¿querés ir con nosotros?

--¿Para dónde? -- pregunté, poniendo ya un pie sobre la escalerilla del vagón.

Los otros hombres miraban y sonreían.

--A la provincia, a la cosecha del maíz.

Vacilé, entonces.

--Subí: no tengás miedo -- dijo, afectuosamente, el hombre.

No tenía miedo. No era el primer muchacho que salía a correr el mundo. Subí al vagón.



Así salí al mundo, trayendo una madre muerta, un padre ladrón -- condenado a muchos años de presidio -- y tres hermanos desaparecidos; era, qui-

la cabeza, mirándome, entretanto, con asombro: acostumbrado a la mansedumbre del perro, de las aves y de su mujer, le extrañaba que alguien le contestara en la misma o parecida forma. Cuando vi que la sangre empezaba a correrle por una de las mejillas, me refregué las manos, como quien se las limpia de algo que las ha ensuciado, y huí hacia el fondo del terreno, que estaba siempre lleno de charcos de agua y de barro; atravesé la cerca y subí al terraplén; desde allí me volví y miré: Isaías continuaba en el mismo sitio, mirándose la mano llena de sangre; Bartola, parada cerca de él, me miraba como despidiéndose. Los miré durante un segundo, como para que no se me olvidarán más, me despedí mentalmente de la frazada y partí caminando, en dirección al campo, alejándome de la ciudad. Al atardecer, un tren de carga se detuvo en la estación en que me encontraba descansando. Un grupo de hombres viajaba en un vagón. Me acerqué. Los hombres me observaron; los miré. ¿Para dónde irían? Eran, de seguro, trabajadores. Uno de ellos, alto, de bigote, delgado, con hermosos ojos verdes, me gritó:

--Che, muchacho: ¿querés ir con nosotros?

--¿Para dónde? -- pregunté, poniendo ya un pie sobre la escalerilla del vagón.

Los otros hombres miraban y sonreían.

--A la provincia, a la cosecha del maíz.

Vacilé, entonces.

--Subí: no tengás miedo -- dijo, afectuosamente, el hombre.

No tenía miedo. No era el primer muchacho que salía a correr el mundo. Subí al vagón.

4

Así salí al mundo, trayendo una madre muerta, un padre ladrón -- condenado a muchos años de presidio -- y tres hermanos desaparecidos; era, qui-

zá, demasiado para mis años, pero otros niños traerían algo peor. Yo, por lo menos, y en descargo, traía una infancia casi feliz, cariño, hogar, padres, hermanos. Sentía que eso, a pesar de los policías y de los calabozos, era un sostén, una base. Cuando recordara mi niñez y parte de mi adolescencia, mis recuerdos serían, por lo menos, tiernos. Sólo una persona me había tratado mal: Isaías, pero Isaías quedó con la mano en la cabeza, sintiendo correr su sangre, asombrado de que el hijo de la paisana Rosalía pagara en esa forma el sacrificio hecho al recibirlo en su casa. No estaba arrepentido de haberlo lastimado, así como él, de seguro, no lo estaría de haberme dado los puntapies; estábamos en paz. Así lo sentía yo.

Dos meses después, terminada la cosecha, regresé a Buenos Aires. Venía más erguido que al salir y mis manos eran como piedras. Vicente, el hombre que me invitó a subir al vagón y a unirme a sus compañeros, me tomó bajo su protección y con él trabajé, de sol a sol, sirviéndole de ayudante. Era cosedor de bolsas, oficio que da buen salario, aunque deja, a los pocos días, desgarradas las manos y degollados los dedos: el cáñamo corta las carnes como una navaja y sobre la cortadura de hoy, aún sin cicatrizar, se produce otra mañana; la aguja cosedora, larga, encorvada, gruesa y resbaladiza, ayuda al cáñamo pinchando y produciendo callos, y al fin -- ya que no se puede dejar el trabajo y hay que aguantar --, queda uno con las manos como curtidas: si se pasa el filo de un cuchillo sobre ellas, es como si se pasara sobre el casco de un caballo.

Fuí a la que había sido mi casa: gente extraña vivía ahora en ella. Fuí al Departamento de Policía: mi padre ya no estaba allí; tampoco estaba en la Penitenciaría. Fué trasladado a algún penal de la provincia y no supieron o no quisieron decirme dónde, si a Sierra Chica o a Bahía Blanca, antesala de Tierra del Fuego. Tampoco pude saber nada de mis hermanos. ¿A

zá, demasiado para mis años, pero otros niños traerían algo peor. Yo, por lo menos, y en descargo, traía una infancia casi feliz, cariño, hogar, padres, hermanos. Sentía que eso, a pesar de los policías y de los calabozos, era un sostén, una base. Cuando recordara mi niñez y parte de mi adolescencia, mis recuerdos serían, por lo menos, tiernos. Sólo una persona me había tratado mal: Isaías, pero Isaías quedó con la mano en la cabeza, sintiendo correr su sangre, asombrado de que el hijo de la paisana Rosalía pagara en esa forma el sacrificio hecho al recibirlo en su casa. No estaba arrepentido de haberlo lastimado, así como él, de seguro, no lo estaría de haberme dado los puntapies; estábamos en paz. Así lo sentía yo.

Dos meses después, terminada la cosecha, regresé a Buenos Aires. Venía más erguido que al salir y mis manos eran como piedras. Vicente, el hombre que me invitó a subir al vagón y a unirme a sus compañeros, me tomó bajo su protección y con él trabajé, de sol a sol, sirviéndole de ayudante. Era cosedor de bolsas, oficio que da buen salario, aunque deja, a los pocos días, desgarradas las manos y degollados los dedos: el cáñamo corta las carnes como una navaja y sobre la cortadura de hoy, aún sin cicatrizar se produce otra mañana; la aguja cosedora, larga, encorvada, gruesa y resbaladiza, ayuda al cáñamo pinchando y produciendo callos, y al fin -- ya que no se puede dejar el trabajo y hay que aguantar --, queda uno con las manos como curtidas: si se pasa el filo de un cuchillo sobre ellas, es como si se pasara sobre el casco de un caballo.

Fuí a la que había sido mi casa: gente extraña vivía ahora en ella. Fuí al Departamento de Policía: mi padre ya no estaba allí; tampoco estaba en la Penitenciaría. Fué trasladado a algún penal de la provincia y no supieron ó no quisieron decirme dónde, si a Sierra Chica o a Bahía Blanca, antesala de Tierra del Fuego. Tampoco pude saber nada de mis hermanos. ¿A

quién preguntar? ¿Hacia quién volver la cara? Nadie me conocía y yo no conocía a nadie; en mi ciudad natal era un extraño, casi un extranjero.

Lo mismo me daba, pues, cualquier parte.

Adiós, Buenos Aires.

quién preguntar? ¿Hacia quién volver la cara? Nadie me conocía y yo no conocía a nadie; en mi ciudad natal era un extraño, casi un extranjero.

Lo mismo me daba, pues, cualquier parte.

Adiós, Buenos Aires.

## SEGUNDA PARTE

I

No podía quedarme para siempre ante la puerta de la cárcel. El centinela me miraba con insistencia y parecía entre curioso y molesto, curioso porque era yo un raro excarcelado: en vez de irme a grandes pasos, corriendo si era posible, me quedaba, frente a la puerta, inmóvil, como contrariado de salir en libertad; y molesto porque mi figura no era, de ningún modo, decorativa, y ya es suficiente ser gendarme de un edificio como aquél para que además se le plante allí un ser, macilento y mal vestido, sin miras de querer marcharse. La verdad, sin embargo, es que de buena gana habría vuelto a entrar: no existía, en aquella ciudad llena de gente y de poderosos comercios, un lugar, uno sólo, hacia el cual dirigir mis pasos en busca de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un amistoso apretón de manos o siquiera una palmadita en los hombros; mi amigo se había ido y con él todo lo que tenía en esa ciudad y en ese país. En la cárcel, en cambio, el cabo González me habría llevado a la enfermería y traídome una taza de ese caldo en que flotan gruesas gotas de grasa o un plato de porotos con fideos, entre los cuales no es raro encontrar un botón, un palo de fósforo o un trocillo de género, objetos inofensivos, aunque incomibles, que no sorprenden más que a los novatos; y allí me habría quedado, en cama, una semana o un mes, hasta que mis piernas estuviesen firmes y mi pulmón no doliera ni sangrara al toser con violencia. Pero no podía volver: las camas eran pocas y El Terrible habia recibido, por amores contrariados, una puñalada en el vientre; necesitaban esa cama; estaba más o menos bien y la libertad terminaría mi curación.

I

No podía quedarme para siempre ante la puerta de la cárcel. El centinela me miraba con insistencia y parecía entre curioso y molesto, curioso porque era yo un raro excarcelado: en vez de irme a grandes pasos, corriendo si era posible, me quedaba, frente a la puerta, inmóvil, como contrariado de salir en libertad; y molesto porque mi figura no era, de ningún modo, decorativa, y ya es suficiente ser guardarme de un edificio como aquél para que adquiera en la plazuela allí un ser, macilento y mal vestido, sin mirras de querer marcharse. La verdad, sin embargo, es que de buena gana habría vuelto a entrar: no existía, en aquella ciudad llena de gente y de poderosos comercios, un lugar, uno solo, hacia el cual dirigir mis pasos en busca de alguien que me ofreciera una silla, un vaso de agua, un amistoso apretón de manos o siquiera una palmadita en los hombros; mi amigo se había ido y con él todo lo que tenía en esa ciudad y en ese país. En la cárcel, en cambio, el cabo Gonsález me había llevado a la enfermería y tiradome una taza de ese caldo en que flotan gruesas gotas de grasa o un plato de porotos con tideos, entre los cuales no es raro encontrar un botón, un palo de fósforo o un trocillo de género, objetos inofensivos, aunque incomibles, que no sorprenden más que a los novatos; y allí me habría quedado, en cama, una semana o un mes, hasta que mis piernas estuviesen firmes y mi pulmón no dotiera ni sangrara al toser con violencia. Pero no podía volver: las camas eran pocas y El Terrible había recibido, por amores contrariados, una puñalada en el vientre; necesitaban esa cama; estaba más o menos bien y la libertad terminaría mi curación.

Estás libre. Arréglatelas como puedas.

Miré a mi alrededor: desde el sitio en que me hallaba veía la ciudad casa por casa, ya que la cárcel estaba situada de tal modo que desde su puerta — desgraciadamente nada más que desde su puerta — se ofrecía un paisaje amplio, con el mar alejándose hacia el horizonte. Los barcos fondeados en la bahía parecían, menos que anclados, posados sobre el agua; los botes, pequeños y negros, se movían con lentitud y seguridad, y los remolcadores, inquietos y jactanciosos, atravesaban la bahía de acá para allá, haciendo sonar sus campanas y pitos. Larga era la ciudad, más que ancha, y sus calles seguían la dirección de la playa o se volcaban en ella.

Empecé a bajar y mientras lo hice fuí reconstruyendo en la mente la parte de la ciudad que más conocía y que se limitaba al barrio que rodea al puerto; lo había frecuentado mientras estuve en libertad y vagado días enteros por sus calles de una cuadra o a lo sumo de dos de longitud; allí debía ir y allí o desde allí buscar donde encontrar reposo y alguno que otro bocado.

El puerto era, sin duda, un buen lugar, un precioso lugar en el que uno podía pasarse una hora, un año o un siglo, sin darse cuenta de que pasaba. No se sentía urgencia alguna y hasta las más primordiales necesidades, como comer, por ejemplo, o dormir, parecían olvidarse, amenguarse por lo menos, sin contar con que en la plaza o en el muelle se podía dormir, sentado, claro está, y en cuanto a comer no tenía uno más que atravesar la plaza y entrar, si se poseía dinero, a un restorán, echarse al coleto un plato de carne o de porotos y volver enseguida al muelle o a la plaza a retomar el mismo pensamiento, el mismo ensueño o el mismo recuerdo, con más vigor ahora, y si no fuese porque uno tiene huesos, tejidos y músculos y esos malditos músculos, tejidos y huesos necesitan alimentarse y desentumecerse, podría uno estarse allí hasta el fin de sus días,

Batía libre. Arréglatelas como puedas.

Miré a mi alrededor: desde el sitio en que me hallaba veía la ciudad casa por casa, ya que la cárcel estaba situada de tal modo que desde su puerta -- desgraciadamente nada más que desde su puerta -- se ofrecía un paisaje amplio, con el mar alejándose hacia el horizonte. Los barcos fondeados en la bahía parecían, menos que anclados, posados sobre el agua: los botes, pequeños y negros, se movían con lentitud y seguridad, y los remolcadores, inquietos y jadeantes, atravesaban la bahía de acá para allá, haciendo sonar sus cam-panas y pitos. Larga era la ciudad, más que ancha, y sus calles seguían la dirección de la playa o se volcaban en ella.

Empecé a bajar y mientras lo hice fuí reconstruyendo en la mente la parte de la ciudad que más conocía y que se limitaba al barrio que rodea al puerto; lo había frecuentado mientras estuve en libertad y vagado días enteros por sus calles de una cuadra o a lo sumo de dos de longitud; allí debía ir y allí o desde allí buscar donde encontrar reposo y alguno que otro bocado.

El puerto era, sin duda, un buen lugar, un precioso lugar en el que uno podía pasarse una hora, un año o un siglo, sin darse cuenta de que pasaba. No se sentía urgencia alguna y hasta las más primordiales necesidades, como comer, por ejemplo, o dormir, parecían olvidarse, aunque por lo menos, sin contar con que en la plaza o en el muelle se podía dormir, sentado, claro está, y en cuanto a comer no tenía uno más que atravesar la plaza y entrar, si se poseía dinero, a un restorán, echarse al coleto un plato de carne o de pescado y volver enseguida al muelle o a la plaza a retomar el mismo pensamiento, el mismo ensueño o el mismo recuerdo, con más vigor ahora, y si no fuese porque uno tiene huesos, tejidos y músculos y esos malditos músculos, tejidos y huesos necesi-tan alimentarse y desentumecerse, podría uno estarse allí hasta el fin de sus días,

esperando o no esperando nada, un trabajo, un amigo o simplemente la muerte; y cuando llega el momento en que es preciso irse, ya que es imposible quedarse, pues hace frío y está uno agarrotado y debe pensar, a pesar suyo, en la comida, en el alojamiento o en el trabajo, se da cuenta de que el ser humano es una poquilla cosa trabajada por miserables necesidades: vamos, andando, a la dichosa comida, al maldito alojamiento, al jodido trabajo; sí, el puerto era un buen sitio, pero era un buen sitio si se tenía salud y dinero, aunque no se tuviese trabajo, pues cuando uno tiene dinero y salud para qué diablos necesita trabajo; pero no tenía ni la una ni el otro y ni siquiera tenía domicilio: viví, dormí, mejor dicho, mientras estuve en libertad, en esos dormideros en cuyas habitaciones no hay más que un duro lecho y unos clavos en la pared; nada de lavatorios ni de baños y nada tampoco de frazadas o de sábanas; sábanas no hay a ningún precio, y en cuanto a frazadas, si eres tan delicado que necesitas taparte con algo para dormir, págalas extra: llega uno a las diez o a las once de la noche, paga y entra al cuarto, no más de cuatro metros cuadrados, y se tiende; no hay puertas; de otro modo, esto se llenaría de maricones o de otra gente peor; se duerme decentemente, a puertas abiertas; es mejor para la salud; hay una sola luz para todos los cuartos, que no son más que divisiones de poca altura hechas con tablas y papel en una vasta sala; ¿y para qué quieres luz?; estás cansado o hambriento y sólo necesitas oscuridad y descanso, dormir o pensar; no sabes quién duerme en el cuartucho vecino: puede ser un asesino, un vicioso, un atormentado, un enfermo, hasta quizá alguien que se está muriendo — como el borracho que agonizó toda una larga noche, con el vientre abierto, y a quien hacíamos callar cuando se quejaba, sin saber que se moría —; de todos modos, déjalo estar: querrá morir, tranquilo o no, y para eso no necesita luz ni compañía. Mañana, a las cuatro o a las cinco, se levantarán los primeros, tosiendo y escupiendo en las paredes, en el suelo, en donde

esperando o no esperando nada, un trabajo, un amigo o simplemente la muerte; y cuando llega el momento en que es preciso irse, ya que es imposible quedarse, pese hace frío y está uno agarrotado y debe pensar, a pesar suyo, en la comida, en el alojamiento o en el trabajo, se da cuenta de que el ser humano es una pobrilla cosa trabajada por miserables necesidades: vamos, andando, a la dichosa comida, al maldito alojamiento, al jodido trabajo; sí, el puerto era un buen sitio, pero era un buen sitio si se tenía salud y dinero, aunque no se tuviese trabajo, pues cuando uno tiene dinero y salud para qué diablos necesita trabajo; pero no tenía ni la una ni el otro y ni siquiera tenía domicilio: viví, dormí, mejor dicho, mientras estuve en libertad, en esos dormideros en cuyas habitaciones no hay más que un duro lecho y unos clavos en la pared; nada de lavatorios ni de peños y nada tampoco de frazadas o de sábanas; sábanas no hay a ningún precio, y en cuanto a frazadas, si eres tan delicado que necesitas taparte con algo para dormir, pégalas extra: llega uno a las diez o a las once de la noche, pega y entra al cuarto, no más de cuatro metros cuadrados, y se tiende; no hay puertas; de otro modo, esto se llamaría de mariconas o de otra gente peor; se duerme decentemente, a puertas abiertas; es mejor para la salud; hay una sola luz para todos los cuartos, que no son más que divisiones de poca altura hechas con tablas y papel en una vasta sala; ¿y para qué quieres luz?; estás cansado o hambriento y sólo necesitas oscuridad y descanso, dormir o pensar; no sabes quién duerme en el cuartucho vecino: puede ser un asesino, un vicioso, un atormentado, un enfermo, hasta quizá alguien que se está muriendo -- como el borracho que agonizó toda una larga noche, con el vientre abierto, y a quien hacíamos callar cuando se quejaba, sin saber que se moría --; de todos modos, déjalo estar: querrá morir, tranquilo o no, y para eso no necesita luz ni compañía. Mañana, a las cuatro o a las cinco, se levantarán los primeros, tosiendo y escupiendo en las paredes, en el suelo; en donde

cae -- no van a andar eligiendo, a esa hora --; algunos ni siquiera se habrán desvestido, ¿para qué?, y saldrán andando hacia el puerto, hacia el mercado, hacia las caletas de pescadores, hacia las imprentas o hacia el hospital; otros se levantarán más tarde, pero nadie, ni aún los enfermos, estarán allí después de las ocho, pues ninguno, por una especie de íntimo pudor, esperará que el mozo venga a decirle que ya es hora de marcharse, y tendrás que irte, echándote en la cara, a la pasada, un manotazo de agua cogida en la llave del excusado, un excusado sin toallas, sin jabón, con los vidrios rotos, las murallas pintadas con alquitrán, el suelo cubierto de papeles con manchas amarillentas: "Se ruega no echar los papeles en la taza." No podía quedarme en el puerto; tenía que buscar, antes que nada, alojamiento; para ello, sin embargo, necesitaba encontrar dónde y cómo ganar los centavos para la cama y la frazada, poco dinero, ya que la cama valía sesenta y veinte la frazada; pero eso era lo principal, dormir abrigado, aunque no comiese; el dormir sobre el piso de cemento, sin abrigo alguno, orinándome de frío, me produjo la pulmonía y ésta trajo como consecuencia una terrible cobardía, no de la muerte sino de la enfermedad y de la invalidez; y en el puerto no conseguiría dinero; era preciso trabajar en faenas fuertes y sostenidas; imposible; debía seguir, mirando de reojo el mar, el muelle, las embarcaciones, envidiando a los hombres que conversan o enmudecen, toman el sol y fuman; tienen buena salud y pueden resistir; yo no; avancé por una calle, luego por otra, sorteando a los grupos que esperaban se les llamara a cargar o descargar, a limpiar o remachar, a aceitar o a engrasar, a arbolar o a desarbolar, a pintar, enmaderar o raspar, pues ellos pueden enmaderar y raspar, pintar, desarbolar o arbolar, engrasar o aceitar, remachar y limpiar, cargar y descargar el universo entero, con estrellas, soles, planetas, constelaciones y nebulosas, con sólo pagarles un salario que les permita no morirse de hambre y proporcionarles los medios de llegar al sitio necesario, oh insistentes

hambre y proporcionarles los medios de llegar al sitio necesario, on instalentes
ciones y nebulosas, con sólo pagarles un salario que les permita no morirse de
cargar y descargar el universo entero, con estrellas, soles, planetas, constela-
y raspar, pintar, desarbolar o arbolar, engrasar o aceitar, remachar y limpiar,
arbolar o a desarbolar, a pintar, enmaderar o raspar, pues ellos pueden enmaderar
llamara a cargar o descargar, a limpiar o remachar, a aceitar o a engrasar, a
avance por una calle, luego por otra, sorteando a los grupos que esperaban se les
enmudecen, toman el sol y fuman; tienen buena salud y pueden resistir; yo no;
el mar, el muelle, las embarcaciones, envidiando a los hombres que conversan o
trabajar en faenas fuertes y sostenidas; imposible; debía seguir, mirando de reojo
enfermedad y de la invalidez; y en el puerto no conseguiría dinero; era precisa
ésta tragó como consecuencia una terrible cobardía, no de la muerte sino de la
pico de cemento, sin abrigo alguno, orinándome de frío, me produjo la pulmonía y
pero eso era lo principal, dormir abrigado, aunque no comiese; el dormir sobre el
cama y la frazada, poco dinero, ya que la cama valía sesenta y veinte la frazada;
No podía quedarme en el puerto; tenía que buscar, antes que nada, alojamiento; para
ello, sin embargo, necesitaba encontrar dónde y cómo ganar los centavos para la
jabón, con los vidrios rotos, las murallas pintadas con alquitrán, el suelo cubierto
de papeles con manchas amarillentas: "Se ruega no echar los papeles en la taza."
un manotazo de agua cogida en la llave del excusado, un excusado sin toalla, sin
que ya es hora de marcharse, y tendrás que irte, echándote en la cara, a la pasada,
pues ninguno, por una especie de último pudor, esperará que el moso venga a decirle
rán más tarde, pero nadie, ni aún los enfermos, estarán allí después de las ocho,
las celdas de pescadores, hacia las imprentas o hacia el hospital; otros se levanta-
deveseido, ¿para qué?, y saldrán andando hacia el puerto, hacia el mercado, hacia
ce -- no van a andar alijando, a esa hora --; algunos ni siquiera se habrán

y pequeños hombrecillos, constructores de puertos y de catedrales, extractores de salitre y de carbón, de cobre y de cemento, tendedores de vías férreas, que no tienen nada, para ellos, nada más que la libertad, que también les quisieran quitar, de charlar un rato entre ellos y de tomarse uno que otro gran trago de vino en espera del próximo o del último día.

Hacia el sur termina de pronto la ciudad y aparecen unas barracas o galpones amurallados. ¿Qué hay allí? Ratas y mercaderías; no se escucha ruido alguno; la falda del cerro acompaña a la calle en sus vueltas y revueltas y alzando la vista se puede ver, en lo alto, unos pinos marítimos que asoman sus oscuras ramas a orillas del barranco. Los tranvías van y vienen, llenos de gente, pero la calle se vé desierta y apenas si aquí y allá surge algún marinero o algún cargador con su caballo. La soledad me asusta: quiero estar entre hombre y mujeres, y más que entre mujeres entre hombres a quienes acercarme y pedir consejo o ayudar en sus trabajos, si son livianos. Los que pasaban me miraban con curiosidad y hasta con cierta extrañeza y estaba seguro de que, alejados unos pasos, se volvían a mirarme. ¿Qué figura haré, caminando bajo el viento y el sol, a orillas del mar? Siento que a mi alrededor y más allá resuena un vigoroso latido, una grave y segura pulsación, al mismo tiempo que una alegre y liviana invitación al movimiento y a la aventura; pero tenía miedo y no quería dejarme llevar ni ser tomado por algo violento: por favor, déjenme tranquilo, mi pulmón no está bueno. ¿Y cómo será la herida? Si pudiera mirar, ¿acaso la vería? ¿Cómo es: grande, pequeña, seca, húmeda, de gruesos o delgados labios, apretada o suelta? Es curioso: ha visto uno fotografías y dibujos de corazones y de estómagos, de hígados y de pulmones y sabe, más o menos, cómo son y hasta podría describirlos y quizá dibujarlos, decir dónde están en el cuerpo del hombre y qué funciones tienen; pero cuando se trata

y pequeños hombrecillos, constructores de puertos y de catedrales, extractores de salitre y de carbón, de cobre y de cemento, tendedores de vías férreas, que no tienen nada para ellos, nada más que la libertad, que también les quisieran quitar, de charlar un rato entre ellos y de tomarse uno que otro gran trago de vino en espera del próximo o del último día.

Hacia el sur termina de pronto la ciudad y aparecen unas barracas o galpones amurallados. ¿Qué hay allí? Ratas y mercaderías; no se escucha ruido alguno; la falda del cerro acompaña a la calle en sus vueltas y revueltas y alzando la vista se puede ver, en lo alto, unos pinos marítimos que agosan sus oscuras ramas a orillas del barranco. Los tranvías van y vienen, llenos de gente, pero la calle se ve desierta y apenas si aquí y allá surge algún marinero o algún cargador con su cabello. La soledad me asusta: quiero estar entre hombre y mujeres, y más que entre mujeres entre hombres a quienes acercarme y pedir consejo o ayudar en sus trabajos, si son livianos. Los que pasaban me miraban con curiosidad y hasta con cierta extrañeza y estaba seguro de que, alejados unos pasos, se volvían a mirarme. ¿Qué figura haré, caminando bajo el viento y el sol, a orillas del mar? Siento que a mi alrededor y más allá reanuda un vigoroso latido, una grave y segura pulsación, al mismo tiempo que una alegre y lívida invitación al movimiento y a la aventura; pero tenía miedo y no quería dejarme llevar ni ser tomado por algo violento: por favor, déjenme tranquilo, mi pulmón no será bueno. ¿Y cómo será la herida? Si pudiera mirar, ¿acaso la vería? ¿Cómo es: grande, pequeña, seca, húmeda, de grasos o delgados labios, apretada o suelta? Es curioso: he visto una fotografías y dibujos de corazones y de sacómagos, de hígados y de pulmones y sabe, más o menos, cómo son y hasta podría describirlos y quizá dibujarlos, decir dónde están en el cuerpo del hombre y qué funciones tienen; pero cuando se trata

de nuestro corazón, de nuestro estómago, de nuestro hígado o de nuestros pulmones, no sabe uno nada, ni siquiera dónde exactamente están y mucho menos lo sabe cuando se enferman; entonces el dolor parece convertirlos en algo extraño y hostil, independiente de nosotros y dotados de una propia y soberbia personalidad.

De pronto terminó el muro y apareció el mar.

de nuestro corazón, de nuestro entendimiento, de nuestro hígado o de nuestros pulmones, no sabe uno nada, ni siquiera dónde exactamente están y mucho menos lo sabe cuando se enferman; entonces el dolor parece convertirse en algo extraño y hostil, independiente de nosotros y dotados de una propia y soberbia personalidad.

De pronto temblé al muro y apareció el mar.

## II

Imagínate que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna parte que no puedes ubicar exactamente y que no puedes, tampoco, ver ni tocar, y supón que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes, inclinarte, correr, luchar o reir; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su dolor enseguida: aquí estoy, anda despacio. No te quedan más que dos caminos: o renunciar a vivir así, haciendo a propósito lo que no debes, o vivir así evitando hacer lo que no debes. Si eliges el primer camino, si saltas, gritas, ríes, corres o luchas, todo terminará pronto: la herida, al hacerse más grande de lo que puedes soportar, te convertirá en algo que sólo necesitará ser sepultado y que aun podría pasarse sin ese requisito. Si esto ocurre, querrá decir que tenías un enorme deseo de vivir y que exasperado por la imposibilidad de hacerlo como quieres preferiste terminar, y esto no significará, de ningún modo, heroísmo; significará que tenías una herida, que ella pudo más que tú y que le cediste el sitio. Si eliges el segundo camino continuarás existiendo nadie sabe por cuánto tiempo: renunciarás a los movimientos marciales y a las alegrías exageradas y vivirás, como un sirviente, alrededor de tu herida, cuidando que no sangre, que no se abra, que no se descomponga, y esto, amigo mío, significará que tienes un enorme deseo de vivir y que, impedido de hacerlo como deseas, aceptas hacerlo como puedas, sin que ello pueda llamarse, óyelo bien, cobardía, así como si elegiste el primer camino nada podrá hacer suponer que fuiste un héroe: resistir es tan cobarde o tan heróico como

II

Imagínate que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna parte que no puedes ubicar exactamente y que no puedes, tampoco, ver ni tocar, y supón que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes, inclinarte, correr, luchar o reír; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su dolor enseguida: aquí estoy, anda despacio. No te quedan más que dos caminos: o renunciar a vivir así, haciendo a propósito lo que no debes, o vivir así evitando hacer lo que no debes. Si eliges el primer camino, si saltas, gritas, ríes, corres o luchas, todo terminará pronto: la herida, al hacerse más grande de lo que puedes soportar, te convertirá en algo que sólo necesitará ser sepultado y que aun podría pasarse sin ese requisito. Si esto ocurre, querrá decir que tenías un enorme deseo de vivir y que exasperado por la imposibilidad de hacerlo como quisiera preferiste terminar, y esto no significará, de ningún modo, heroísmo; significará que tenías una herida, que ella pudo más que tú y que le cediste el sitio. Si eliges el segundo camino continuarás existiendo nadie sabe por cuánto tiempo: renunciarás a los movimientos marciales y a las alegrías exageradas y vivirás como un sirviente, alrededor de tu herida, cuidando que no sangre, que no se abra, que no se descomponga, y esto, amigo mío, significará que tienes un enorme deseo de vivir y que, impedido de hacerlo como deseas, aceptas hacerlo como puedas, sin que ello pueda llamarse, óyelo bien, cobardía, así como si elegiste el primer camino nada podrá hacer suponer que fuiste un héroe: resistir es tan cobarde o tan heróico como

renunciar. Por lo demás, las heridas no son eternas y mejoran o acaban con uno y puede suceder que después de vivir años con una sientas de pronto que ha cicatrizado y que puedes hacer lo que todo hombre sano hace, como puede ocurrir, también, que concluya contigo, ya que una herida es una herida y puede matar de dos maneras: por ella misma o abriendo en tu cerebro otra, que atacará, sin que te enteres, tu resistencia para vivir; tú tiene una herida, supongamos, en un pulmón, en el duodeno, en el recto o en el corazón, y quieres vivir y resistes, no te doblegas, aprietas los dientes, lloras, pero no cedes y sigues, aunque sea de rodillas, aun arrastrándote, llenando el mundo de lamentaciones y blasfemias; pero un dia sientes que ya no puedes resistir, que tus nervios se sueltan, que tus rodillas y tus piernas no te soportan y se doblegan: caes entonces, te entregas y la herida te absorbe. Es el fin: una herida se ha juntado a la otra, y tú, que apenas podías aguantar una, no puedes con las dos. No sé si conocerás algunos nudos marinos; es posible que no; como la mayoría de los mortales conocerás sólo un ejemplar de cada cosa u objeto y al oir hablar de nudos recordarás nada más que el de rosa, sin que ello signifique que lo sabes hacer bien; no se necesita saber muchas cosas para vivir: basta con tener buena salud. Hay un nudo marino, llamado de pescador, que recuerda lo que te estoy diciendo: está constituído por dos hechos que, siendo semejantes, ocurren aisladamente y que mientras están aislados no son peligrosos; el peligro está en su unión: toma un cabo, una piola, por ejemplo, o un vaivén, y haz, sobre otra piola o sobre otro vaivén, tomándolo, un nudo ciego, ese único nudo que sabes hacer correctamente, sin apretarlo demasiado y sin dejarlo suelto, que muerda, como se dice; y con el extremo de la piola sobre la cual has hecho ese nudo, haz otro igual sobre la primera y tendrás así dos piolas unidas por dos nudos ciegos colocados a una distancia equis; en esa situación son inofensivos, peor aun, no

renunciar. Por lo demás, las heridas no son eternas y mejoran o acaban con uno y puede suceder que después de vivir años con una sientas de pronto que ha cicatrizado y que puedes hacer lo que todo hombre sano hace, como puede ocurrir, también, que concluya contigo, ya que una herida es una herida y puede matar de dos maneras: por ella misma ó abriendo en tu cerebro otra, que atacará, sin qué te enteres, tu resistencia para vivir; tú tiene una herida, supongamos, en un pulmón, en el duodeno, en el recto o en el corazón, y quieres vivir y resistes, no te doblegas, aprietas los dientes, lloras, pero no cedes y sigues, aunque sea de rodillas, aun arrastrándote, llenando el mundo de lamentaciones y blasfemias; pero un dia sientes que ya no puedes resistir, que tus nervios se sueltan, que tus rodillas y tus piernas no te soportan y se doblegan: caes entonces, te entregas y la herida te absorbe. Es el fin: una herida se ha juntado a la otra, y tú, que apenas podías aguantar una, no puedes con las dos. No sé si conocerás algunos nudos marinos; es posible que no; como la mayoría de los mortales conocerás sólo un ejemplar de cada cosa u objeto y al oir hablar de nudos recordarás nada más que el de rosa, sin que ello signifique que lo sabes hacer bien; no se necesita saber muchas cosas para vivir: basta con tener buena salud. Hay un nudo marino, llamado de pescador, que recuerda lo que te estoy diciendo: está constituído por dos hechos que, siendo semejantes, ocurren aisladamente y que mientras están aislados no son peligrosos; el peligro está en su unión: toma un cabo, una piola, por ejemplo, o un vaivén, y haz, sobre otra piola o sobre otro vaivén, tomándolo, un nudo ciego, ese único nudo que sabes hacer correctamente, sin apretarlo demasiado y sin dejarlo suelto, que muerda, como se dice; y con el extremo de la piola sobre la cual has hecho ese nudo, haz otro igual sobre la primera y tendrás así dos piolas unidas por dos nudos ciegos colocados a una distancia equis; en esa situación son inofensivos, peor aun, no

sirven para nada; pero el nudo no ha sido hecho aún: si tomas las piolas o los vaivenes de la parte que está más allá de los dos nudos y tiras separando tus manos, los nudos, obedeciendo al tirón, se aproximarán el uno al otro con una docilidad que quizá te sorprenda en dos nudos que aparentemente no tienen obligación de obedecer a nada; y si tiras con violencia verás no sólo que avanzan hacia sí con rapidez sino que, más aun, con furor, uniéndose como con una reconcentrada pasión; una vez unidos no habrá tirón humano o animal que los separe o desate; allí se quedarán, aguantando el bote o la red, toda una noche, hasta que el pescador, fatigado al amanecer, los separe de su encarnizada unión con la misma sencillez con que la muerte puede separarte de la vida: con un simple movimiento de rechazo hacia un lado u otro ..... Pero imagínate que no tienes ni la primera ni la segunda herida de que te he hablado sino otra, una con la que puedes nacer o que puede aparecer en el curso de tu existencia, en la infancia, en la adolescencia o en la adultez, espontáneamente o provocada por la vida. Si naces con ella puede suceder que sea pequeña al principio y no te moleste demasiado, sin que podamos descartar la posibilidad de que desde el principio sea grande y te impida hablar o caminar, pongamos por caso, todo ello sin tener en cuenta el lugar en que nazcas, que puede ser un conventillo, una casa o un palacio. Podrá o no haber, a tu alrededor, gente que se interese o no se interese por tí y que quiera o no quiera ayudarte; si la hay y se interesa y quiere, podrás llegar a ser conservado, excepto si tu herida, esa herida que ni tú ni nadie puede ubicar, pues está en todas partes y en ninguna, en los nervios, en el cerebro, en los músculos, en los huesos, en la sangre, en los tejidos, en los líquidos o elementos que te recorren, excepto si tu herida, digo, puede con todo y con todos, con la medicina, con la educación, con tus padres, con tus profesores, con tus amigos, si es que llegas a tener todo eso, pues hay innumerables seres humanos que no tienen ni han tenido medicina, educación, padres, profesores ni

sirven para nada; pero el mudo no ha sido hecho aún: si tomas las pistolas o los
vaivenes de la parte que está más allá de los dos mudos y tiras esperando tus manos,
los mudos, obedeciendo al tirón, se aproximarán el uno al otro con una docilidad
que quizá te sorprenda en dos mudos que aparentemente no tienen obligación de obe-
decer a nada; y si tiras con violencia verás no sólo que avanzan hacia sí con rapi-
dez sino que, más aun, con furor, uniéndose como con una reconcentrada pasión: una
vez unidos no habrá tirón humano o animal que los separe o desate; allí se quedarán,
aguantando el bote o la red, toda una noche, hasta que el pescador, fatigado al
amanecer, los separe de su encarnizada unión con la misma sencillez con que la muerte
puede separarte de la vida: con un simple movimiento de rechazo hacia un lado u
otro ..... Pero imagínate que no tienes ni la primera ni la segunda herida de que
te he hablado sino otra, una con la que puedes nacer o que puede aparecer en el
curso de tu existencia, en la infancia, en la adolescencia o en la adultez, espontá-
neamente o provocada por la vida. Si naces con ella puede suceder que sea pequeña al
principio y no te moleste demasiado, sin que podamos descartar la posibilidad de que
desde el principio sea grande y te impida hablar o caminar, pongamos por caso, todo
ello sin tener en cuenta el lugar en que nazcas, que puede ser un conventillo, una
casa o un palacio. Podrá o no haber, a tu alrededor, gente que se interese o no
se interese por ti y que quiera o no quiera ayudarte: si la hay y se interesa y
quiere, podrás llegar a ser conservado, excepto si tu herida, esa herida que ni
tú ni nadie puede ubicar, pues está en todas partes y en ninguna, en los nervios,
en el cerebro, en los músculos, en los huesos, en la sangre, en los tejidos, en
los líquidos o elementos que te recorren, excepto si tu herida, digo, puede con todo
y con todos, con la medicina, con la educación, con tus padres, con tus profesores,
con tus amigos, si es que llegas a tener todo eso, pues hay inmumerables seres
humanos que no tienen ni han tenido medicina, educación, padres, profesores ni

amigos, sin que nadie parezca darse cuenta alguna de ello ni le atribuya importancia alguna en un mundo en que la iniciativa personal es lo único que vale, sea esa iniciativa de la clase que sea, siempre que deje en paz la iniciativa de los otros, sea ésta de la índole que sea. Si la herida puede con todo y con todos y sus efectos no disminuyen sino que se mantienen y aumentan con el tiempo, no habrá salvación alguna para tí, salvación no sólo en cuanto a tu alma, que estará perdida y que en todo caso es de segunda importancia en el mundo en que vivimos sino en cuanto todo tú; y ya podrás tener, en latencia, todas las virtudes y gracias que un hombre y un espíritu pueden reunir: no te servirán de nada y todo en tí será frustrado, el amor, el arte, la fortuna, la inteligencia. La herida se extenderá a todo ello. Si tu gente tiene dinero llevarás una vida de acuerdo con el dinero que tiene; si tu gente es pobre o no tienes familia, más te valiera, infeliz, no haber nacido y harías bien, si tienes padres, en escupirles la cara, aunque es más que seguro que ya habrás hecho algo peor que eso. Puede suceder que la herida aparezca en tu adultez, espontáneamente, como ya te dije, o provocada por la vida, por una repetición mecánica, supongamos: el ir y venir, durante decenios, de tu casa al trabajo, del trabajo a tu casa, de tu casa al trabajo, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, o el hacer, a máquina o a mano, la misma faena, apretar la misma tuerca si eres obrero, lavar los mismos vidrios si eres mozo o redactar o copiar el mismo oficio, la misma carta o la misma factura si eres oficinista. Empezará, a veces, con mucho disimulo, tal como suele aparecer, superficialmente, el cáncer, como una heridita en la mucosa de la nariz, de la boca, del ano o de los órganos genitales o como un granito o verruguilla en cualquier milímetro cuadrado de la piel de tu cuerpo. No le haces caso al principio, aunque sientes que el camino entre tu casa y la oficina o taller es cada días más largo y más

amigos, sin que nadie parezca darse cuenta alguna de ello ni le atribuya importancia alguna en un mundo en que la iniciativa personal es lo único que vale, sea esa iniciativa de la clase que sea, siempre que deje en paz la iniciativa de los otros, sea ésta de la índole que sea. Si la herida puede con todo y con todos y sus efectos no disminuyen sino que se mantienen y aumentan con el tiempo, no habrá salvación alguna para tí, salvación no sólo en cuanto a tu alma, que estará perdida y que en todo caso es de segunda importancia en el mundo en que vivimos sino en cuanto todo tú; y ya podrás tener, en latencia, todas las virtudes y gracias que un hombre y un espíritu pueden reunir: no te servirán de nada y todo en tí será frustrado, el amor, el arte, la fortuna, la inteligencia. La herida se extenderá a todo ello. Si tu gente tiene dinero llevarás una vida de acuerdo con el dinero que tiene; si tu gente es pobre o no tienes familia, más te valiera, infeliz, no haber nacido y harías bien, si tienes padres, en escupirles la cara, aunque es más que seguro que ya habrás hecho algo peor que eso. Puede suceder que la herida aparezca en tu adultez, espontáneamente, como ya te dije, o provocada por la vida, por una repetición mecánica, supongamos: el ir y venir, durante decenios, de tu casa al trabajo, del trabajo a tu casa, de tu casa al trabajo, etcétera, etcétera, etcétera, etcétera, o el hacer, a máquina o a mano, la misma faena, apretar la misma tuerca si eres obrero, lavar los mismos vidrios si eres mozo o redactar o copiar el mismo oficio, la misma carta o la misma factura si eres oficinista. Empezará, a veces, con mucho disimulo, tal como suele aparecer, superficialmente, el cáncer, como una heridita en la mucosa de la nariz, de la boca, del ano o de los órganos genitales o como un granito o verruguilla en cualquier milímetro cuadrado de la piel de tu cuerpo. No le haces caso al principio, aunque sientes que el camino entre tu casa y la oficina o taller es cada días más largo y más

pesado, que los tranvías van cada vez más llenos de gente y que los autobuses son más incómodos que antes y los chóferes tocan cada vez más brutalmente sus bocinas; tu pluma no escribe con la soltura de otros tiempos, la máquina de escribir tiene siempre la cinta rota y una tecla, ésta, levantada; el hilo de las tuercas está siempre gastado y tu jefe o patrón tienen cada día una cara más espantosa, como de hipopótamo o de caimán, y por otra parte notas que tu mujer ha envejecido y rezonga demasiado y tus hijos te molestan cada día más: gritan,pelean, discuten por idioteces, rompen los muebles, ensucian los muros, piden dinero, llegan tarde a comer y no estudian lo suficiente. ¿Qué pasa? La herida se ha abierto, ha aparecido y podrá desaparecer o permanecer y prosperar; si desaparece será llamada cansancio o neurastenia; si permanece y prospera, tendrá otros nombres y podrá llevarte al desorden o al vicio, al alcoholismo, por ejemplo, al juego, a las mujerzuelas o al suicidio. Tu habrás oído hablar del cansancio de los metales y esta frase te habrá producido, seguramente, risa: ¿pueden sufrir tal cosa los metales y puede alguien imaginarse a un trozo de riel diciendo: estoy cansado? Asombra pensar que un trozo de hierro o acero termina por cansarse y ceder, pero si el hierro cede, si afloja el acero, ¿por qué han de resistir más los nervios, los músculos, los tendones, las células cerebrales, la sangre? Y eso que muy poca gente sabe hasta dónde es capaz de resistir el ser humano. ¿Qué resistencia tiene? A veces, mayor que la del más duro acero y, lo que es más admirable, algunos parecen soportar más mientras más endebles son y mientras más deleznable es su constitución. Recordarás, de seguro, cómo aquel hombre que conociste en tu juventud, derrotado, herido nadie sabe por qué arma en lo más profundo de su ser animal o moral, resiste aún, vendiendo cordones de zapatos o mendigando; dejas de verlo un año, dos, y un buen día, cuando ya te has olvidado de él, reaparece y te ofrece sus cordones o sus diarios o te pide una

olvidado de él, reaparece y le ofrece sus cordones o sus discos o te pide una
zapatos o mendigando; deja de verlo un año, dos, y un buen día, cuando ya te ha
en lo más profundo de su ser animal o moral, resiste aún, vendiendo cordones de
nombre que conociste en tu juventud, derrotado, herido nadie sabe por qué arma
mientras más defensable es su constitución. Recordarás, de seguro, cómo aquel
que es más admirable, algunos perecen soportar más mientras más endebles son y
muere. ¿Qué resistencia tiene? A veces, mayor que la del más duro acero y, lo
sangre? Y eso que muy poca gente sabe hasta dónde es capaz de resistir el ser
resistir más los nervios, los músculos, los tendones, las células cerebrales, la
por cansarse y ceder, pero si el hierro cede, si afloja el acero, ¿por qué han de
riel diciendo: estoy cansado? Asombra pensar que un trozo de hierro o acero termina
rías: ¿pueden sufrir tal cosa los metales y puede alguien imaginarse a un trozo de
hablar del cansancio de los metales y esta frase te habrá producido, seguramente,
alcoholismo, por ejemplo, al juego, a las mujeruelas o al suicidio. Tu habrás oído
nece y prospere, tendrá otros nombres y podrá llevarte al desorden o al vicio, al
permanecer y prosperar; el desaparece será llamada cansancio o neurastenia; si perma-
sutficiente. ¿Qué pasa? La herida se ha abierto, ha aparecido y podrá desaparecer o
los muebles, anuncian los muros, piden dinero, llegan tarde a comer y no estudian lo
tus hijos te molestan cada día más: gritan, pelean, discuten por idioteces, rompen
o de catnán, y por otra parte notas que tu mujer ha envejecido y resonga demasiado y
gastado y tu jefe o patrón tienen cada día una cara más espantosa, como de hipopótamo
pre la cinta rota y una tecla, ésta, levantada; el hilo de las tuercas está siempre
tu pluma no escribe con la soltura de otros tiempos, la máquina de escribir tiene siem-
más incómodos que antes y los chóferes tocan cada vez más bruscamente sus bocinas;
pasado, que los tranvías van cada vez más llenos de gente y que los autobuses son

limosna; cómo el morfinómano, sin casa, sin trabajo, sin familia, resistió, durmiendo en las calles, en los bancos de las plazas o bajo los puentes, sin comer, sin abrigarse, con las manos más frías que las del más helado muerto, durante cinco o veinte años, enterrando a su primera y a su segunda mujer, a los hijos de la primera y a los de la segunda e incluso a sus nietos, sin poseer más tesoro que su jeringuilla y su gramo de morfina, para el cual tantas veces contribuiste con unos pesos; y cómo el hemipléjico que tenía una herida tan grande como él, ya que le empezaba en el lóbulo derecho del cerebro y le terminaba en las uñas del pie izquierdo y que había, además, perdido un brazo -- una locomotora se lo cortó mientras trabajaba, siendo niño, en una barraca --, resistió, durante diez o treinta años, a la soledad, sin poder comer ni lavarse, vestirse ni acostarse ni levantarse por sus propios medios, sin dientes, medio ciego, sostenido sólo por su pierna derecha y por ese algo misterioso y absurdo que mantiene en pie aun a los que quisieran morir, para terminar fulminado por un ataque cardíaco, envidiado por todos los que temen morir de un cáncer o de un tumor cerebral; y podrás ver en las ciudades, alrededor de las ciudades, muy rara vez en su centro, excepto cuando hay convulsiones populares, a seres semejantes, parecidos a briznas de hierbas batidas por un poderoso viento, arrastrándose apenas, armados algunos de un baldecillo con fogón, desempeñando el oficio de gasistas callejeros y en compañía de mujeres que parecen haber sido fabricadas por ellos mismos en sus baldecillos, durmiendo en sitios eriazos, en los rincones de las aceras o a la orilla del río, o mendigando, con los ojos rojos y legañosos, la barba grisácea o cobriza, las uñas duras y negras, vestidos con andrajos dolor orín o musgo que dejan ver, por sus roturas, trozos de una inexplicable piel blanco-azulada, o vagando, simplemente, sin hacer ni pedir nada, apedreados por los niños, abofeteados por

los borrachos, pero vivos, absurdamente erectos sobre dos piernas absurdamente vigorosas. Tienen, o parecen tener, un margen no mayor que la medida que puede dar la palma de la mano, cuatro traveses de dedo, medida más allá de la cual está la inanición, el coma y la muerte, y se mueven y caminan como por un senderillo trazado a orillas de un abismo y en el cual no caben sino sus pies: cualquier tropiezo, cualquier movimiento brusco, hasta diríase que cualquier viento un poco fuerte podría echarlos al vacío; pero no; resisten y viven durante decenas de años; tú puedes perder a tu madre, a tu mujer, a tus hijos, a tus amigos, todos sanos y fuertes, sin fallas; ellos persisten, irritando con su presencia a los enfermos y a los sanos, a los poderosos y a los humildes, a los viejos y a los jóvenes, sin que nadie pueda explicarse cómo pueden existir, en un mundo que predica la democracia y el cristianismo, semejantes seres. Pero tú, amigo mío, eres sano, has sido creado como una vara de mimbre, elástica y firme, o como una de acero, flexible y compacta; no hay fallas en tí, no hay heridas, ni aparentes ni ocultas, y todas tus fuerzas, tus facultades, tus virtudes están intactas y se desarrollarán a su debido tiempo o se han desarrollado ya, y si alguna vez piensas en el porvenir y sientes temor, ese temor no tiene sino el fundamento que tienen todos los temores que experimentan los seres humanos que miran hacia el porvenir: la muerte; pero nadie se muere la víspera y el día llegará para todos y, hagas lo que hagas, también para tí. Hoy es un día de sol y de viento y un adolescente camina junto al mar; parece, como te decía hace un instante, caminar por un sendero trazado a orillas de un abismo. Si pasas junto a él y le miras verás su rostro enflaquecido, su ropa manchada, sus zapatos gastados, su pelo largo y, sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única herida que por ahora tiene y podrás creer que es un vago, un ser que se niega a trabajar y espera vivir de lo que le den o de lo que consiga buena o malamente por ahí, pero no hay tal: no te pedirá nada y si le ofreces algo lo rechazará con una

los borrachos, pero vivos, absurdamente erectos sobre dos piernas absurdamente vigorosas. Tienen, o parecen tener, un margen no mayor que la medida que puede dar la palma de la mano, cuatro traveses de dedo, medida más allá de la cual está la inanición, el coma y la muerte, y se mueven y caminan como por un senderillo trazado a orillas de un abismo y en el cual no caben sino sus pies: cualquier tropiezo, cualquier movimiento brusco, hasta diríase que cualquier viento un poco fuerte podría echarlos al vacío; pero no; resisten y viven durante decenas de años; tú puedes perder a tu madre, a tu mujer, a tus hijos, a tus amigos, todos sanos y fuertes, sin fallas; ellos persisten, irritando con su presencia a los enfermos y a los sanos, a los poderosos y a los humildes, a los viejos y a los jóvenes, sin que nadie pueda explicarse cómo pueden existir, en un mundo que predica la democracia y el cristianismo, semejantes seres. Pero tú, amigo mío, eres sano, has sido creado como una vara de mimbre, elástica y firme, o como una de acero, flexible y compacta; no hay fallas en tí, no hay heridas, ni aparentes ni ocultas, y todas tus fuerzas, tus facultades, tus virtudes están intactas y se desarrollarán a su debido tiempo o se han desarrollado ya, y si alguna vez piensas en el porvenir y sientes temor, ese temor no tiene sino el fundamento que tienen todos los temores que experimentan los seres humanos que miran hacia el porvenir: la muerte; pero nadie se muere la víspera y el día llegará para todos y, hagas lo que hagas, también para tí. Hoy es un día de sol y de viento y un adolescente camina junto al mar; parece, como te decía hace un instante, caminar por un sendero trazado a orillas de un abismo. Si pasas junto a él y le miras verás su rostro enflaquecido, su ropa manchada, sus zapatos gastados, su pelo largo y, sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única herida que por ahora tiene y podrás creer que es un vago, un ser que se niega a trabajar y espera vivir de lo que le den o de lo que consiga buena o malamente por ahí, pero no hay tal: no te pedirá nada y si le ofreces algo lo rechazará con una

sonrisa, salvo que al ofrecérselo le mires y le hables de un modo que ni yo ni nadie podría explicarte, pues esa mirada y esa voz son indescriptibles e inexplicables. Y piensa que en este mismo momento hay, cerca de ti, muchos seres que tienen su misma apariencia de enfermos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pero herida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangrante o seca, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empequeñece, los reduce y los inmoviliza.

sonrisa, salvo que al ofrecérselo le mires y le hables de un modo que ni yo ni nadie podría explicarte, pues esa mirada y esa voz son indescriptibles e inexplicables. Y piensa que en este mismo momento hay, cerca de ti, muchos seres que tienen su misma experiencia de enfermos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pero herida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangrante o seca, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empequeñece, los reduce y los inmoviliza.

## III

Un poco más allá, me detuve. Un murete de piedra sucede al muro, un murete de piedra que, al revés del muro, no oculta nada, lo muestra todo; me detuve y miré: estaba frente a una pequeña caleta y hay allí una playa sembrada de piedras que el mar lava sin interrupción con olas que rompen con dureza. Dentro del mar, a pocos metros de la playa, sobresalen unas rocas manchadas con el excremento que las gaviotas, los pelícanos, los patos liles y los piqueros depositan día tras día, año tras año. Un olor a aceite de bacalao surge de toda la caleta y lo recibe a uno como puñetazo recibe a un rostro, dándole en la nariz. A un lado de la plaza se alzan unas casuchas de madera y calamina. Allí me detuve y miré: muy cerca de la orilla el mar muestra ya un color de profundidad y la ola se hincha con mucha agua, repletando en cada pasada las grietas de las rocas en que los alcatraces, con su aspecto de hombrecitos narigudos, esperan quién sabe qué imposible bocado, junto a las gaviotas y a los piqueros, más inquietos, que zarpan, dan vueltas a las rocas o se posan sobre las olas, abandonándose a ellas hasta el momento en que, demasiado plenas, avanzan sin remedio sobre la playa. Algunas rocas muestran, por debajo del nivel medio de las aguas, un color de mucosa desagradable, como de carne insensible. Otras gaviotas vagan por la playa, aunque sólo por breves momentos, en tanto avizoran algún trozo de cebo, un tentáculo de jibia o un trozo de tripa de pescada; si no hallan nada zarpan, dando primero dos o tres pasitos en una media carrera, abriendo en seguida las alas y echando atrás las patas, mientras

III

Un poco más allá, me detuve. Un muerto de piedra sucede al muro, un muerto de piedra que, al revés del muro, no oculta nada, lo muestra todo; me detuve y miré: estaba frente a una pequeña caleta y hay allí una playa sembrada de piedras que el mar lava sin interrupción con olas que rompen con dureza. Dentro del mar, a pocos metros de la playa, sobresalen unas rocas manchadas con el excremento que las gaviotas, los pelícanos, los patos fílfes y los piqueros depositan día tras día, año tras año. Un olor a aceite de bacalao surge de toda la caleta y lo recibe a uno como puñetazo recibe a un roetro, dándole en la nariz. A un lado de la playa se alzan unas casuchas de madera y calamina. Allí me detuve y miré: muy cerca de la orilla el mar muestra ya un color de profundidad y la ola se hincha con mucha agua, repletando en cada pasada las grietas de las rocas en que los alcatraces, con un aspecto de hombrecitos mariguados, esperan quién sabe qué imposible bocado, junto a las gaviotas y a los piqueros, más inquietos, que zarpan, dan vueltas a las rocas o se posan sobre las olas, abandonándose a ellas hasta el momento en que, demasiado pleamar, avanzan sin remedio sobre la playa. Algunas rocas muestran, por debajo del nivel medio de las aguas, un color de mucosa desagradable, como de carne inmensible. Otras gaviotas vagan por la playa, aunque sólo por breves momentos, en tanto avizoran algún trozo de cebo, un tentáculo de jibia o un trozo de tripa de pescado; si no hallan nada zarpan, dando primero dos o tres pasitos en una media carrera, abriendo en seguida las alas y echando abrás las patas, mientras

lanzan sus destemplados graznidos. Los alcatraces, más tímidos o más ambiciosos, no se mueven de las rocas y en todos ellos hay como un espasmo cuando un bote lleno de pesca se acerca a la playa. Junto a mí, en la acera, un hombre remendaba una red hecha con un hilo color ladrillo. Allí me detuve y miré: aparte de los cuatro o cinco pescadores que trabajaban y charlaban alrededor de una chalupa que acababa de arribar, no se veían más seres humanos que dos hombres que iban por la playa de acá para allá y allá para acá, una y otra vez, inclinándose de vez en cuando a recoger algo que examinaban y que luego guardaban en sus bolsillos o arrojaban hacia un lado u otro.

Allí me quedé, afirmado sobre el murete, como si el día tuviese ciento cincuenta horas y como si yo dispusiera, para vivir, de un plazo de dos o tres mil años.

lanzan sus desesperados gritando. Los alcatraces, más tímidos o más sabiondos, no se mueven de las rocas y en todos ellos hay como un espasmo cuando un bote lleno de pesca se acerca a la playa. Junto a mí, en la acera, un hombre remendaba una red hecha con un hilo color ladrillo. Allí me detuve y miré: aparte de los cuatro o cinco pescadores que trabajaban y charlaban alrededor de una chalupa que acababa de arribar, no se veían más seres humanos que dos hombres que iban por la playa de acá para allá y allá para acá, una y otra vez, inclinándose de ver en cuando a recoger algo que examinaban y que luego guardaban en sus bolsillos o arrojaban hacia un lado u otro.

Allí me quedé, afirmado sobre el muerte, como si el día tuviese ciento cincuenta horas y como si yo dispusiera, para vivir, de un plazo de dos o tres mil años.

## IV

— Adiós. Te escribiré desde Panamá o desde Nueva York.

El barco viró, empujado por las narices de los remolcadores, buscando el norte con su negra proa: C.S.A.V. ¿Dónde iría ya? Doce nudos, catorce quizá, balanceándose de babor a estribor y cabeceando de popa a proa. Tenía a veces la sensación de que iba en su cubierta, frente al viento, aunque sólo vagaba por las calles, al atardecer, con el alma como ausente o sumergida en algo aislante. En ese momento estalló la tormenta, sin que nadie supiera en qué callejuela del puerto, en qué avenida de la ciudad o en qué callejón de cerro ardió la chispa que llegó a convertirse en agitada llama. Me ví de pronto en medio de ella, indiferente a sus primeros relámpagos; sólo pensaba en mi amigo y en los esfuerzos hechos para conseguir una libreta de embarque: certificados, certificados, certificados; pero ¿por qué mis padres, al engendrarme, no añadieron a mis órganos un certificado que me sirviera para siempre, como la vejiga o la nariz? El hombre parece no tener ya carácter humano; es un ente que posee o no un certificado y eso porque algunos individuos, aprovechando la bondad o la indiferencia de la mayoría, se han apoderado de la tierra, del mar, del cielo, de los caminos, del viento y de las aguas y exigen certificados para usar de todo ello: ¿tiene usted un certificado para pasar para allá?, ¿tiene usted uno para pasar para acá?, ¿tiene un certificado para respirar, uno para caminar, uno para procrear, uno para respirar, uno para mirar? Ah, no, señor: usted no tiene certificado; atrás; entiérrese por ahí y no camine, no respire, no procree, no mire. El que sigue: tampoco tiene. Están

IV

— Adiós. Te escribiré desde Panamá o desde Nueva York.

El barco viró, empujado por las narices de los remolcadores, buscando el norte con su negra proa: C.S.A.V. ¿Dónde iría ya? Doce mudos, catorce quizá, balanceándose de babor a estribor y cabeceando de popa a proa. Tenía a veces la sensación de que iba en su cubierta, frente al viento, aunque sólo vagaba por las calles, al atardecer, con el alma como ausente o sumergida en algo siniestro. En ese momento estalló la tormenta, sin que nadie supiera en qué callejuela del puerto, en qué avenida de la ciudad o en qué callejón de cerro ardió la chispa que llegó a convertirse en agitada llama. Me vi de pronto en medio de ella, indiferente a sus primeros relámpagos; sólo pensaba en mi amigo y en los esfuerzos hechos para conseguir una libreta de embarque: certificados, certificados, certificados; pero ¿por qué mis padres, al engendrarme, no añadieron a mis órganos un certificado que me sirviera para siempre, como la vejiga o la nariz? El hombre parece no tener ya carácter humano; es un ente que posee o no *un* certificado y eso porque algunos individuos, aprovechando la bondad o la indiferencia de la mayoría, se han apoderado de la tierra, del mar, del cielo, de los caminos, del viento y de las aguas y exigen certificados para usar de todo ello: ¿tiene usted un certificado para pasar para allá?, ¿tiene usted uno para pasar para acá?, ¿tiene un certificado para respirar, uno para caminar, uno para procrear, uno para respirar, uno para mirar? Ah, no, señor: usted no tiene certificado; atrás; entiérrese por ahí y no camine, no respire, no procree, no mire. El que sigue: tampoco tiene. Retén

en todas partes y en donde menos se espera, en los recodos de las carreteras, en los rincones de los muelles, en los portezuelos de las cordilleras, detrás de las puertas, debajo de las camas y examinan los certificados, aceptándolos o no, guardándolos o devolviéndolos: no está en regla, le falta la firma, no tiene fecha, aquí debe llevar una estampilla de a dos pesos, fiscal, sí, señor; esta fotografía tanto puede ser suya como del arzobispo, esta firma no tiene rúbrica, ¡Cómo!, una firma sin rúbrica es como un turco sin bigote, je, je, je, tráigame un certificado y yo le daré otro; para eso estoy. Recordaba uno por uno sus rostros de comedores de papeles estampillados. El farol gimió y dejó caer al suelo una lluvia de trozos de vidrio, y el hombre, un hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de cara, cuadrado de manos, pasó corriendo, rozándome el rostro con el aire que desplazaba y lanzando de reojo una mirada que me recorrió de arriba a abajo:

—¡Muera!

Me di vuelta, con la sensación de que me debatía por salir de un pantano formado por certificados y por barcos que navegaban hacia el cero de la rosa; te escribiré desde Panamá o desde el Yukon; otro farol, un foco esta vez, blanco y rechonocho, estalló y desapareció; pedazos de vidrio empavonado parecieron reir al estrellarse sobre las lineas del tranvía. Otro hombre y otro hombre y otro hombre aparecieron y desaparecieron y gritaron y una cortina metálica se deslizó con gran rapidez y tremendo ruído. ¿Qué pasa? Mi amigo se marchó; tenía todo tal como lo quieren los funcionarios caras-de-archivadores: edad, sexo, domicilio, nacionalidad, todo certificado; ¿no quiere, además, que le traiga a mi papá? De nuevo me ví obligado a girar el cuerpo: un gran griterío se encendía y se apagaba detrás de mí y otros hombre y otros hombre y otros hombres surgían de las bocacalles o se perdían en ellas:

en todas partes y en donde menos se espera, en los recodos de las carreteras, en los rincones de los muelles, en los portezuelos de las cordilleras, detrás de las puertas, debajo de las camas y examinan los certificados, aceptándolos o no, guardándolos o devolviéndolos: no está en regla, le falta la firma, no tiene fecha, aquí debe llevar una estampilla de a dos pesos, fiscal, sí, señor; esta fotografía tanto puede ser suya como del arzobispo, esta firma no tiene rúbrica, ¡Cómo!, una firma sin rúbrica es como un turco sin bigote, je, je, je, tráigame un certificado y yo le daré otro; para eso estoy. Recordaba uno por uno sus rostros de comedores de papeles estampillados. El farol giró y dejó caer al suelo una lluvia de trozos de vidrio, y el hombre, un hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de cara, cuadrado de manos, pasó corriendo, rozándome el rostro con el aire que desplazaba y lanzando de reojo una mirada que me recorrió de arriba a abajo:

—¡Muera!

Me dí vuelta, con la sensación de que me debatía por salir de un pantano formado por certificados y por bocas que mascaban hacia el cero de la rosa; te escribiré desde Panamá o desde el Yukon; otro farol, un foco esta vez, blanco y reconocí, estallé y desaparecí; pedazos de vidrio empavonado parecieron reír al estrellarse sobre las líneas del tranvía. Otro hombre y otro hombre y otro hombre aparecieron y desaparecieron y gritaron y una cortina metálica se deslizó con gran rapidez y tremendo ruido. ¿Qué pasa? Mi amigo se marchó; tenía todo tal como lo querían los funcionarios cara-de-archivadores: edad, sexo, domicilio, nacionalidad, todo certificado; ¿no quiere, además, que le traiga a mi papá? De nuevo me ví obligado a girar el cuerpo: un gran grifero se encendía y se apagaba detrás de mí y otros hombres y otros hombres surgían de las bocacalles o se perdían en ellas:

—¡Muera!

¿Muera quién? ¿El certificado? Decenas de cortinas y puertas se cerraron con violencia. Tenía trabajo, pero no me bastaba; quería viajar y el trabajo me lo impedía. Trabajar y viajar, no trabajar y quedarme. Quería elegir mi destino, no aceptar el que me dieran. Bueno, ¿adónde quieres ir? No lo sé: al norte, al sur, aquí no hay más que dos puntos cardinales y son suficientes, Panamá, Guayaquil, Callao, La Guayra, Arequipa, Honolulú, preciosos nombres, como de árboles o como de mujeres morenas. Es la primera vez que estoy junto al mar y siento que me llama, pareciéndome tan fácil viajar por él: no se ven caminos, todo él es un gran camino, ni piedras, ni montañas, ni trenes ni coches y es posible que ni conductores ni funcionarios tragacertificados; amplitud, soledad, libertad, espacio, sí, espacio, unos aman un espacio, otros otro espacio, ¿y cuántas clases de espacios hay? No pude seguir divagando: veinte, treinta, cincuenta hombres me rodean, gritan y gesticulan, hombres de toda clase, tamaño y condición: morenos y bajos, altos y rubios, de buena estatura y pálidos, de rostros redondos o irregulares, de narices como de duro lacre o de blanda cera, bigotes tiesos o rizados, cabellos lacios o ensortijados, frentes pequeñas, como de monos, o altas como peñascos. ¿Qué quieren conmigo, que tengo bastante con los certificados y con la ausencia de mi amigo? Se mueven, inquietos, agachándose y recogiendo algo que resultan ser piedras o trozos de baldosas o de asfalto. No es mi persona, de seguro, quien los reune y no tienen nada que ver conmigo; me son desconocidos. Unicamente la casualidad, una casualidad dinámica, los reune a mi alrededor; pero, sea como fuese y si no es mi persona el foco de atracción, la mía u otra cualquiera, algún motivo tiene que haber, aunque sea en parte, para agruparlos. Y de pronto desaparecen, vuelven y se van, llevados por alguna desconocida fuerza y se oye el tropel de sus pisadas y el ruido de sus zapatos sobre las aceras y gritos y voces y frases y risas. De nuevo

—¡Muera!

¿Muera quién? ¿El certificado? Decenas de cortinas y puertas se cerraron con violencia. Tenía trabajo, pero no me bastaba; quería viajar y el trabajo me lo impedía. Trabajar y viajar, no trabajar y quedarme. Quería elegir mi destino, no aceptar el que me dieran. Bueno, ¿adónde quieres ir? No lo sé: al norte, al sur, aquí no hay más que dos puntos cardinales y son suficientes, Panamá, Guayaquil, Callao, La Guayra, Arequipa, Honolulú, preciosos nombres, como de árboles o como de mujeres morenas. Es la primera vez que estoy junto al mar y siento que me llama, pareciéndome tan fácil viajar por él: no se ven caminos, todo él es un gran camino, ni piedras, ni montañas, ni trenes ni coches y es posible que ni conductores ni funcionarios tregacertificados; amplitud, soledad, libertad, espacio, el espacio, unos aman un espacio, otros otro espacio, ¿y cuántas clases de espacios hay? No puede seguir divagando: veinte, treinta, cincuenta hombres me rodean, gritan y gesticulan, hombres de toda clase, tamaño y condición: morenos y bajos, altos y rubios, de buena estatura y pálidos, de rostros redondos o irregulares, de narices como de duro lacre o de blanda cera, bigotes tiesos o rizados, cabellos lacios o ensortijados, frentes pequeñas, como de monos, o altas como peñascos. ¿Qué quieren conmigo, que tengo bastante con los certificados y con la ausencia de mi amigo? Se mueven, inquietos, agachándose y recogiendo algo que resultan ser piedras o trozos de baldosas o de asfalto. No es mi persona, de seguro, quien los reune y no tienen nada que ver conmigo; me son desconocidos. Unicamente la casualidad, una casualidad dinámica, los reune a mi alrededor; pero, sea como fuese y si no es mi persona el foco de atracción, la mía u otra cualquiera, algún motivo tiene que haber, aunque sea en parte, para agruparlos. Y de pronto desaparecen, vuelven y se van, llevados por algunas desconocidas fuerzas y se oye el tropel de sus pisadas y el ruido de sus saltos sobre las aceras y gritos y voces y frases y risas. De nuevo

quedo solo, pero ya no puedo volver a los certificados ni a los barcos ni al mar; debo quedarme entre los hombres: te escribiré desde San Francisco o desde Hudson Bay, oh lejano amigo. Los hombres se alejan de nuevo y a medida que lo hacen empiezo a percibir mejor sus gritos y a darme cuenta de lo que expresan: hay un motín. ¿Por qué? No puedo averiguarlo: mis oídos se llenan con el rumor de diez, treinta, cincuenta o cien caballos que galopan sobre los adoquines o el asfalto de una calle cercana. El ruído recuerda el de gruesas gotas de lluvia golpeando sobre un techo de zinc. ¿Por dónde vendrán? ¿Será el ejército? ¿Será la policía? Sentí que perdía peso y que mi cerebro se limpiaba de ensueños y de recuerdos, quedando como en blanco. Seguramente estaba pálido. Miré a los hombres: se alejaban retrocediendo, mirando hacia donde estoy, solo y de pie, arrimado a un muro pintado de blanco. Reaccioné: ¿qué tengo que hacer aquí y qué puede importarme lo que ocurra? Soy un extranjero, aunque no tenga certificados; no me he metido con nadie, no he hecho nada y mis asuntos no tienen relación alguna con los de esos hombres y con los de esta ciudad. A pesar de ello me acerqué al muro, afirmé en él la espalda, afirmé también las manos y como si ello no me diera aun la sensación de seguridad y firmeza que buscaba, afirmé también un pie, alzando la pierna y doblando la rodilla; allí quedé.

—¡Córrase, compañerito, ya vienen!

¿Es a mí? Si, a mí: un hombre desconocido, delgado, de ropa oscura y rasgos que no distingo bien, grita y mueve las manos con energía, llamándome. Aquello me irrita: ¿por qué quieren unirme a ellos y por qué debo inmiscuirme en asuntos extraños? Inconscientemente, tenía la esperanza de mi extranjería y de mi carencia de intereses en aquella ciudad y ello a pesar de que, andando como andaba, mal vestido, sabía lo que podía esperar de la policía o del ejército.

Es una calle ancha, una avenida con doble calzada y árboles bajos y coposos en ambas aceras. Está oscureciendo. La policía apareció en la esquina y la

en ambas aceras. Daré oscureciendo. La policía apareció en la esquina y la
Es una calle ancha, una avenida con doble calzada y árboles bajos y coposos
sabía lo que podía esperar de la policía o del ejército.
interese en aquella ciudad y ello a pesar de que, andando como andaba, mal vestido,
Dios? Inconscientemente, tenía la esperanza de mi extranjería y de mi carencia de
irrita: ¿por qué quieren unirme a ellos y por qué debo inmiscuirme en asuntos extra-
que no distingo bien, grita y mueve las manos con energía, llamándome. Aquello me
¿Es a mí? Sí, a mí: un hombre desconocido, delgado, de ropa oscura y rasgos
—¡Córrase, compañerito, ya vienen!
afirmé también un pie, alzando la pierna y doblando la rodilla; allí quedé.
manos y como si ello no me diera aun la sensación de seguridad y firmeza que buscaba,
A pesar de ello me acerqué al muro, afirmé en él la espalda, afirmé también las
asuntos no tienen relación alguna con los de esos hombres y con los de esta ciudad.
nunca no tenga certificados; no me he metido con nadie, no he hecho nada y mis
¿qué tengo que hacer aquí y qué puede importarme lo que ocurra? Soy un extranjero,
hacia donde estoy, solo y de pie, arrimado a un muro pintado de blanco. Reacciono:
Seguramente estaba pálido. Miré a los hombres: se alejaban retrocediendo, mirando
peso y que mi cerebro se limpiaba de ensueños y de recuerdos, quedando como en blanco.
sino. ¿Por dónde vendrán? ¿Será el ejército? ¿Será la policía? Sentí que perdía
cuenta o cien caballos que galopan sobre los adoquines o el asfalto de una calle cer-
cana. El ruido recuerda el de gruesas gotas de lluvia golpeando sobre un techo de
a percibir mejor sus gritos y a darme cuenta de lo que expresan: hay un motín. ¿Por
qué? No puedo averiguarlo: mis oídos se llenan con el rumor de días, treinta, cin-
Bay, oh lejano amigo. Los hombres se alejan de nuevo y a medida que lo hacen empiezo
debo quedarme entre los hombres: te escribiré desde San Francisco o desde Hudson
quedo solo, pero ya no puedo volver a los certificados ni a los barcos ni al mar;

caballada llenó la calle con una doble o triple fila que avanzó hacia donde estaba la gente y hacia donde estaba yo; brillaban los metales de los arneses, de los uniformes, de los sables y de las lanzas con banderolas verdes, precioso espectáculo para un desfile patriótico, nada estimulante para quien está arrimado a un muro, se sabe mal vestido y se siente extranjero en las calles de una ciudad amotinada. Los pechos de los caballos avanzaron como una negra ola; por entre ellos no se podía pasar ni aun siendo brujo. El hombre desconocido vuelve a gritar:

—¡Córrase, compañerito!

Su voz está como llena de ternura y de rabia al mismo tiempo; siento que la próxima vez, si es que hay una próxima vez, me injuriará:

—¡Córrete, imbécil!

No le conozco ni él me conoce a mí y no sabe si soy extranjero o paisano, turco o aragonés, chilote o taitiano; sólo veía en mí a alguien que se hallaba solo ante el trote largo de cincuenta animales de tropa. No me resolvía a huir. Pero cuando los animales estuvieron a unos treinta pasos y el ruido de sus cascos y el sonar de los metales se agrandó hasta hacérseme insoportable y cuando miré la caballada y ví las caras bajo los quepís y las manos, pequeñas y negras, en las empuñaduras de los sables y en las astas de las lanzas, me dí cuenta de que de quedarme allí no habría esperanza alguna para mí y que de nada serviría el ser extranjero o nativo, el tener o no un certificado; mi espalda, mis manos y mi pie se apoyaron contra el muro y me despidieron con violencia hàcia adelante; salté y toqué apenas el suelo, mirando de reojo hacia el escuadrón: uno de los policías venía derecho hacia mí y hasta me pareció ver que su mano buscaba una buena posición en el asta. Estaban a una distancia ya muy pequeña y por un instante dudé de que pudiera escapar. De no ocurrir algo imprevisto, el lanzaso, si se decidía a herirme con el hierro, o el palo, si quería ser magnánimo, me enterraría de cabeza en el suelo. Giré en el aire y empecé

caballada llenó la calle con una doble o triple fila que avanzó hacia donde estaba la gente y hacia donde estaba yo; brillaban los metales de los arneses, de los uniformes, de los sables y de las lanzas con banderolas verdes, precioso espectáculo para un desfile patriótico, nada estimulante para quien está arrimado a un muro, se sabe mal vestido y se siente extranjero en las calles de una ciudad amotinada. Los pechos de los caballos avanzaron como una negra ola; por entre ellos no se podía pasar ni aun siendo brujo. El hombre desconocido volvió a gritar:

—¡Córrase, compañerito!

Su voz está como llena de ternura y de rabia al mismo tiempo; siento que la próxima vez, si es que hay una próxima vez, me injuriará:

—¡Córrete, imbécil!

No le conozco ni él me conoce a mí y no sabe si soy extranjero o paisano, turco o aragonés, chilote o tailiano; sólo veía en mí a alguien que se hallaba solo ante el trote largo de cincuenta animales de tropa. No me resolvía a huir. Pero cuando los animales estuvieron a unos treinta pasos y el ruido de sus cascos y el sonar de los metales se agrandó hasta hacérseme insoportable y cuando miré la caballada y vi las caras bajo los quepis y las manos, pequeñas y negras, en las empuñaduras de los sables y en las astas de las lanzas, me dí cuenta de que de quedarme allí no habría esperanza alguna para mí y que de nada serviría el ser extranjero o nativo, el tener o no un certificado; mi espalda, mis manos y mi pie se apoyaron contra el muro y me despidieron con violencia hacia adelante; salté y toqué apenas el suelo, mirando de reojo hacia el escuadrón: uno de los policías venía derecho hacia mí y hasta me pareció ver que su mano hacaba una buena posición en el asta. Estaban a una distancia ya muy pequeña y por un instante dudé de que pudiera escapar. De no ocurrir algo imprevisto, el lanzazo, si se decidía a herirme con el hierro, o el palo, si quería ser magnánimo, me enterraría de cabeza en el suelo. Giré en el aire y empecé

a correr y en el momento en que lo hacía los hombres que me rodearan unos momentos antes y que después se alejaron de mi, agrupándose más allá, empezaron también a correr, como si hubiesen esperado que lo hiciera primero. El hombre delgado y moreno gritó de nuevo, ahora con energía, desafiante y alentador:

—¡Bravo, compañerito!

Atravieso una bocacalle corriendo a tal velocidad y tan preocupado de hacerlo que no tengo tiempo de pensar en que puedo torcer por allí y escabullirme en cualquier rincón: he perdido una oportunidad. Felizmente, al atravesar la bocacalle y debido al cambio de pavimento, de asfalto a adoquín de piedra, el caballo pierde distancia; para recuperarla, el policía pone el animal al galope y recupera en parte el espacio perdido, espacio, sí, espacio, unos aman el espacio, otros lo odian. No sabía cuántos metros o cuántos pasos me separaban del caballo y sólo lo presumía por el sonido de los cascos que, súbitamente, se aislaron y resonaron como para mí solo. El hombre delgado y moreno, mientras corría, no me quitaba ojo; quizá temía por mí. Mi salvación estaba en llegar a la esquina próxima y dar vuelta, cosa que debía haber hecho en la primera bocacalle. De pronto, unos pasos más allá, el grupo de hombres desaparece como absorbido por una gran fuerza aspirante. ¿Qué hay allí? Vi que el hombre de los gritos no desaparecía junto con los demás sino que se quedaba en aquel punto, mirando la carrera entre el muchacho y el caballo:

—¡Corra, compañerito! — gritó, de nuevo desesperado, y después, rabioso:

—¡No te lo comas, perro!

La lanza estaría a escasos centímetros de mi cabeza. ¿Cómo era posible que fuese a caer en ese lugar, talvez herido de muerte, a tantas leguas de mi barrio nativo y lejos de mis hermanos y de mi padre? Forcé un poco más la carrera. Era, de seguro, lo último que podía exigir a mi corazón y a mis piernas y en un instante estuve junto al hombre, que me tomó como en el aire y tiró con fuerza hacia sí; no tuve tiempo de

a correr y en el momento en que lo hacía los hombres que me rodearan unos momentos antes y que después se alejaron de mí, agrupándose más allá, empezaron también a correr, como si hubiesen esperado que lo hiciera primero. El hombre delgado y moreno gritó de nuevo, ahora con energía, desafiante y alentador:

—¡Bravo, compañerito!

Atravieso una bocacalle corriendo a tal velocidad y tan preocupado de hacerlo que no tengo tiempo de pensar en que puedo torcer por allí y escabullirme en cualquier rincón: he perdido una oportunidad. Felizmente, al atravesar la bocacalle y debido al cambio de pavimento, de asfalto a adoquín de piedra, el caballo pierde distancia; para recuperarla, el policía pone el animal al galope y recupera en parte el espacio perdido, espacio, sí, espacio, unos amen el espacio, otros lo odian. No sabía cuántos metros o cuántos pasos me separaban del caballo y sólo lo presumía por el sonido de los cascos que, súbitamente, se alejaron y resonaron como para mí solo. El hombre delgado y moreno, mientras corría, no me quitaba ojo; quizá temía por mí. Mi salvación estaba en llegar a la esquina próxima y dar vuelta, cosa que debía haber hecho en la primera bocacalle. De pronto, unos pasos más allá, el grupo de hombres desaparece como absorbido por una gran fuerza aspirante. ¿Qué hay allí? Vi que el hombre de los gritos no desaparecía junto con los demás sino que se quedaba en aquel punto, mirando la carrera entre el muchacho y el caballo:

—¡Corre, compañerito! —gritó, de nuevo desesperado, y después, rabioso:

—¡No te lo comas, perro!

La lanza estaría a escasos centímetros de mi cabeza. ¿Cómo era posible que fuese a caer en ese lugar, talvez herido de muerte, a tantas leguas de mi barrio nativo y lejos de mis hermanos y de mi padre? Forcé un poco más la carrera. Iba, de seguro, lo último que podía exigir a mi corazón y a mis piernas y en un instante estuve junto al hombre, que me tomó como en el aire y tiró con fuerza hacia sí; no tuve tiempo de

girar y allá nos fuimos los dos, rodando por el suelo. Desde el suelo miré hacia atrás y vi aparecer la lanza y luego la banderola y en seguida el caballo y el jinete, que miró de reojo la presa que se le escapaba. ¿Cómo había podido salvarme? Me levanté y me sacudí; acezaba. Las filas de caballos y policías pasaron galopando. Miré a mi alrededor: nos encontrábamos en un pasillo estrecho y alto, de unos quince metros de largo, cerrado por una muralla pintada de amarillo; un zócalo oscuro la remataba: era el Conventillo de la Troya. ¿Podíamos quedarnos en ese sitio? Los hombres del grupo me miraron con simpatía y curiosidad.

—¡No nos quedemos aquí! — gritó el hombre desconocido —. ¡Si dan la vuelta nos van a cerrar la salida! Vamos.

Corrimos de nuevo; éramos como unas treinta personas; giramos frente a la muralla y desembocamos en el patio del conventillo, que iba de calle a calle. Metíamos ruido al correr y los hombres, además, gritaban. Algunos vecinos abrieron sus puertas y ventanas: ¿Qué pasa? Gritos:

—¡Quieren subirlos a veinte! ¡Mueran!

Hasta muy entrada la tarde ignoré de qué se trataba, qué era lo que se pretendía subir a veinte y quiénes debían morir; en aquel momento, por lo demás, no me interesaba averiguar nada: lo único que quería era asegurarme de que la triple hilera de caballos y policías, con sus lanzas y sables, había seguido corriendo y desaparecido. Algunos vecinos se unieron a nosotros. Mientras corría observé a mis compañeros: a juzgar por sus ropas eran obreros y se les veía transpirando, anhelantes, aunque no cansados. La pelea empezaba. El hombre desconocido, delgado y moreno, corría al lado mío y me habló:

—¿Tuvo miedo? — me preguntó.

Me encogí de hombros y sonreí, jactancioso:

—¿De qué?

Hizo un gesto vago:

girar y allá nos fuimos los dos, rodando por el suelo. Desde el suelo miré hacia atrás y vi aparecer la lanza y luego la banderola y en seguida el caballo y el jinete, que miró de reojo la presa que se le escapaba. ¿Cómo había podido salvarme? Me levanté y me acudí: acosaba. Las filas de caballos y policías pasaron galopando. Miré a mi alrededor: nos encontrábamos en un pasillo estrecho y alto, de unos quince metros de largo, cerrado por una muralla pintada de amarillo; un zócalo oscuro la remataba: era el Conventillo de la Trova. ¿Podíamos quedarnos en ese sitio? Los hombres del grupo me miraron con simpatía y curiosidad.

—¡No nos quedemos aquí! — gritó el hombre desconocido —. ¡Si dan la vuelta nos van a cerrar la salida! Vamos.

Corrimos de nuevo; éramos como unas treinta personas; giramos frente a la muralla y desembocamos en el patio del conventillo, que iba de calle a calle. Metíamos ruido al correr y los hombres, ademán, gritaban. Algunos vecinos abrieron sus puertas y ventanas: ¿Qué pasa? Gritos:

—¡Quieren subirlos a veinte! ¡Mueran!

Hasta muy entrada la tarde ignoré de qué se trataba, qué era lo que se pretendía subir a veinte y quiénes debían morir; en aquel momento, por lo demás, no me interesaba averiguar nada: lo único que quería era asegurarme de que la triple hilera de caballos y policías, con sus lanzas y sables, había seguido corriendo y desaparecido. Algunos vecinos se unieron a nosotros. Mientras corría observé a mis compañeros: a juzgar por sus ropas eran obreros y se les veía transpirando, anhelantes, aunque no cansados. La pelea empezaba. El hombre desconocido, delgado y moreno, corría al lado mío y me habló:

—¿Tuvo miedo? — me preguntó.

Me encogí de hombros y sonreí, jactancioso:

—¿De qué?

Hizo un gesto vago:

—¡Creí que el policía lo iba a alcanzar y ya me parecía verlo caer de punta al suelo! ¿Por qué no corría?

Repetí el gesto: no habría podido explicar por qué no huí desde el principio y por qué lo hice después; estaba fuera de mí, como estaba fuera de mí el ir corriendo junto a ellos. La vanguardia del grupo llegó al extremo del patio y los hombres, deteniéndose en la acera, gritaron, levantando los brazos y cerrando los puños:

—¡Mueran los verdugos del pueblo!

El farol gimió como un hombre a quien se da un puñetazo en el estómago y dejó caer, como un vómito, una lluvia de vidrios; otro farol cercano, le acompañó.

—¡Cuidado: ahí vienen!

Cuando llegué a la puerta la policía cargaba de nuevo y hube de seguir corriendo. ¿Debería estar haciéndolo todo el día? Había entrado a Chile bailando dentro de un vagón lleno de animales: ¿no era suficiente? Lo hice despacio, sin embargo, dándome tiempo para recuperarme, hasta llegar a la primera esquina, en donde doblé, dirigiéndome hacia la avenida en que me cogiera la tormenta; el grupo se desperdigó. Las calles perpendiculares al mar se veían desiertas, como si fueran de otra ciudad y no de aquella, y esto sin duda porque en ellas no había negocios o los había en muy pequeña cantidad; a pesar de ello, pocos faroles conservaban aún sus vidrios. Las paralelas a la playa, en cambio, estaban llenas de gente, sobre todo la avenida a que llegué, en donde ardía, en pleno fuego, la violenta llama: ya no eran cincuenta sino quinientos o mil quinientos los hombres que llenaban la cuadra en que me sorprendiera la carga de la caballería policial; habían bajado quién sabe desde qué cerro y por qué callejones o quebradas, Lecheros o Calaguala, Las Violetas o La Cárcel, El Barón o La Cabritería o quizá surgido de los talleres, del dique, de los barcos, de las chatas; algunos llevaban aun su saquillo con carbón o leña y se veía a varios con los pantalones a media pierna, mostrando blancos calzoncillos, otros iban descalzos y un centenar de ellos bullía alrededor de

—¡Creí que el policía lo iba a alcanzar y ya me parecía verlo caer de punta al suelo! ¿Por qué no corría?

Repetí el gesto: no habría podido explicar por qué no huí desde el principio y por qué lo hice después; estaba fuera de mí, como estaba fuera de mí el ir corriendo junto a ellos. La vanguardia del grupo llegó al extremo del patio y los hombres, deteniéndose en la acera, gritaron, levantando los brazos y cerrando los puños:

—¡Mueran los verdugos del pueblo!

El farol giró como un hombre a quien se da un puñetazo en el estómago y dejó caer, como un vómito, una lluvia de vidrios; otro farol cercano, le acompañó.

—¡Cuidado: ahí vienen!

Cuando llegué a la puerta la policía cargaba de nuevo y huí de seguir corriendo. ¿Debería estar haciéndolo todo el día? Había entrado a Chile bailando dentro de un vagón lleno de animales: ¿no era suficiente? La hice después, sin embargo, dándome tiempo para recuperarme, hasta llegar a la primera esquina, en donde doblé, dirigiéndome hacia la avenida en que me cogieran la tormenta; el grupo se desperdigó. Las calles perpendiculares al mar se veían desiertas, como si fueran de otra ciudad y no de aquella; y esto sin duda porque en ellas no había negocios o los había en muy pequeña cantidad; a pesar de ello, pocos faroles conservaban aún sus vidrios. Las parejas a la playa, en cambio, estaban llenas de gente, sobre todo la avenida a que llegué, en donde ardía en pleno fuego, la violenta llama: ya no eran cincuenta sino quinientos o mil, quinientos los hombres que llenaban la cuadra en que me sorprendieron la carga de la caballería policial; habían bajado quién sabe desde qué cerro y por qué callejones o quebradas, Lecheros o Cafaguala, Las Violetas o La Cárcel, El Barón o La Cabritería o quizá surgido de los talleres, del dique, de los barcos, de las chatas; algunos llevaban sin sombrero, con carbón o leña y se veía a varios con los pantalones a media pierna, mostrando blancos calzoncillos, otros iban descalzos y un centenar de ellos traía alrededor de

dos tranvías que eran destruidos centímetro por centímetro, primero los vidrios, que la gente pisaba y convertía al fin en una especie de brillante harina; luego los asientos, los marcos de las ventanillas, los focos; pero un tranvía es dura presa, sobre todo aquellos, como de hierro, altísimos, con imperial, hechos de gruesos latones y barandillas y pintados de un color ocre que les da, no sé por qué, una grave sensación de dureza. Ya no quedaba de ellos sino lo que puede destruir un soplete oxhídrico o un martillo pilón. La muchedumbre fluctuaba como una ola, moviéndose nerviosamente; rostros, cuerpos, piernas, brazos.

—¡Démoslo vuelta!

Como no era posible quemarlos la idea fué acogida con un rugido de apróbación, y la gente, escupiéndose las manos y subiéndose las mangas, se colocó a un lado de uno de los tranvías, no toda, pues no cabía, sino la que estaba cerca y podía hacerlo. Empujaron, advirtiendo:

—Atención: ¡allá vamos!

Hubo un silencio; pero el tranvía era pesado y tieso y no se movió. Se oyeron algunas risas y luego:

—¡Vamos!

Alquien tomó el mando de la maniobra y su voz empezó a sonar como si se tratara de un trabajo normal. Se escuchó como un quejido, exhalado por los hombres que empujaban, y el armatoste se inclinó un poco, aunque no lo suficiente. Cientos de gritos celebraron el primer resultado:

—¡Otra vez: vamos!

La voz de mando sonaba con tal acento persuasivo que resultaba difícil sustraerse a su llamado. ¿Por qué estaba uno allí, de pie, con las manos en los bolsillos o a la espalda, en vez de unirse al esfuerzo común?

—Vamos .....

Me recordaba pasados días de duro trabajo y durante unos segundos sentí que

dos travesías que eran destruídos centímetro por centímetro, primero los vidrios, que la gente pisaba y convertía al fin en una especie de brillante harina; luego los asientos, los marcos de las ventanillas, los focos; pero un travesía es dura presa, sobre todo aquellos, como de hierro, altísimos, con imperial, hechos de gruesos latones y barandillas y pintados de un color ocre que les da, no sé por qué, una grave sensación de dureza. Ya no quedaba de ellos sino lo que puede destruir un soplete oxídrico o un martillo pilón. La muchedumbre fluctuaba como una ola, moviéndose nerviosamente; rostros, cuerpos, piernas, brazos.

—¡Démosle vuelta!

Como no era posible quemarlos la idea fué acogida con un rugido de aprobación, y la gente, escupiéndose las manos y subiéndose las mangas, se colocó a un lado de uno de los travesías, no todos, pues no cabía, sino la que estaba cerca y podía hacerlo. Empujaron, advirtiendo:

—Atención: ¡allá vamos!

Hubo un silencio; pero el travesía era pesado y tieso y no se movió. Se oyeron algunas risas y luego:

—¡Vamos!

Alguien tomó el mando de la maniobra y su voz empezó a sonar como si se tratara de un trabajo normal. Se escuchó como un quejido, exhalado por los hombres que empujaban, y el armatoste se inclinó un poco, aunque no lo suficiente. Cientos de gritos celebraron el primer resultado:

—¡Otra vez: vamos!

La voz de mando sonaba con tal acento perentorio que resultaba difícil sustraerse a su llamado. ¿Por qué estaba uno allí, de pie, con las manos en los bolsillos o a la espalda, en vez de unirse al esfuerzo común?

—Vamos .....

Me recordaba pasados días de duro trabajo y durante unos segundos sentí que

no podría desprenderme del hechizo de la voz:

—¡Ahora, niñitos!

Sonaba como la voz de El Machete o como la de Antonio, el choapino, y era la misma voz de siempre, la voz que ha levantado las catedrales, abierto los canales interoceánicos, perforado las cordilleras, construido las pirámides. El tranvía osciló, se inclinó y durante un brevísimo instante pareció ceder al empuje; no cayó, sin embargo, aunque saltó de los rieles al volver a su posición normal. Se oyó un murmullo y luego volvió a aparecer de nuevo la voz:

—Otra vez .....

No era ya una voz de mando, como podía ser la de un sargento o la de un capataz: era una voz de invitación, pero de una invitación llena de resolución y certidumbre. Pero la verdad es que ya no quedaba espacio para nadie alrededor del tranvía; algunas personas no podían empujar más que con un solo brazo. Centenares de ojos miraban y otras tantas voces gritaban:

—¡Con otro empujón cae .... !

Junto con empezar a inclinarse el tranvía, empezaba a erguirse el griterío, que se iniciaba con voces aisladas, retallantes, estimuladoras, a las cuales se unían pronto otras, de admiración, formando todas, al fin, una columna que alcanzaba su mayor altura cuando el tranvía, imponente, pero bruto, indiferente a su destino, obedecía al impulso y cedía cinco, diez, quince grados; unos más y caería. Por fin cayó y los hombres saltaron hacia atrás o hacia los lados, temerosos de que reventara con el golpe y los hiriera con los vidrios, hierros o astillas que se desprendieron de él; pero nada saltó y nadie quedó herido. Es curioso ver un tranvía por debajo: las pesadas ruedas, aquellas ruedas que trituran y seguirán triturando tantas piernas, brazos y columnas vertebrales; hierros llenos de grasa y de tierra, gruesos resortes, húmedos, como transpirados, telarañas, trocillos de papeles de colores, mariposas nocturnas.

no podría desprenderme del hechizo de la voz:

—¡Ahora, niñitos!

Sonaba como la voz de El Machete o como la de Antonio, el chespino, y era la misma voz de siempre, la voz que ha levantado las catedrales, abierto los canales interoceánicos, perforado las cordilleras, construido las pirámides. El trenvía osciló, se inclinó y durante un brevísimo instante pareció caber el empuje: no cayó, sin embargo, aunque salió de los rieles al volver a su posición normal. Se oyó un murmullo y luego volvió a aparecer de nuevo la voz:

—Otra vez .....!

No era ya una voz de mando, como podía ser la de un sargento o la de un capataz: era una voz de invitación, pero de una invitación llena de resolución y certidumbre. Pero la verdad es que ya no quedaba espacio para nadie alrededor del trenvía; algunas personas no podían empujar más que con un solo brazo. Centenares de ojos miraban y otras tantas voces gritaban:

—¡Con otro empujón ese .... !

Junto con empezar a inclinarse el trenvía, empezaba a erguirse el gritería, que se iniciaba con voces aisladas, re tallantes, estimuladoras, a las cuales se unían pronto otras, de admiración, formando todas, al fin, una columna que alcanzaba su mayor altura cuando el trenvía, imponente, pero bruto, indiferente a su destino, obedecía al impulso y caía cinco, diez, quince grados; unos más y caería. Por fin cayó y los hombres saltaron hacia atrás o hacia los lados, temerosos de que revertara con el golpe y los hirriera con los vidrios, hierros o astillas que se desprendieron de él: pero nada salió y nadie quedó herido. Es curioso ver un trenvía por dentro: las pesadas ruedas, ampollas ruedas que trituran y seguirán triturando tantas piernas, brazos y columnas vertebrales; hierros llenos de grasa y de tierra, gruesos resortes, muebles, como transpirados, telarañas, trocillos de papeles de colores, mariposas nocturnas.

Una vez volcado, el tranvía perdió su interés y la gente corrió hacia el otro, que esperaba su destino con las luces apagadas, las ventanillas rotas, los vidrios hecho polvo. En ese momento apareció o volvió la policía — nunca se sabe cuándo es una y cuándo es otra, ya que siempre es igual, siempre verde, siempre parda o siempre azul —, pero la gente no huyó; no se trataba ya de veinte o de cincuenta hombres sino de centenares, y así como los hombres huyeron cuando estaban en minoría, así la policía no cargó al advertir que el número estaba en su contra. Avanzó con lentitud y se colocó en el margen de la calle, de modo que las grupas de los caballos quedaran vueltas hacia las aceras. La multitud, tranquilizada de repente, aunque exaltada, tomó también sus posiciones, no quitando ojo a los caballos, a las lanzas y a los sables. Pronto empezaron a oirse voces altas:

—¡Parece que tuvieran hambre!

—¡Todos tienen cara de perros!

—¿Y el oficial? ¡Mírenlo! Tiene cara de sable.

El oficial, en efecto, tenía una cara larga y afiladísima. Parecía nervioso, y su caballo negro, alto, aparecía más nervioso aun; se agitaba, agachando y levantando una y otra vez la cabeza.

—¿Qué esperan?

—¿Por qué no cargan ahora, perros? ¡Para eso les pagan!

En ese momento se encendieron las luces de los cerros y la ciudad pareció tomar amplitud, subiendo hacia los faldeos con sus ramas de luz.

—¡Vámonos!

—¡Vamos! Dejemos solos a estos desgraciados.

Cada palabra de provocación y cada injuria dirigida hacia los policías me duele de un modo extraño; siento que todas ellas pegan con dureza contra sus rostros y hasta creo ver que pestañean cada vez que una de ellas sale de la multitud. Me parece que no

Una vez volcado, el tranvía perdió su interés y la gente corrió hacia el otro, que esperaba su destino con las luces apagadas, las ventanillas rotas, los vidrios hecho polvo. En ese momento apareció o volvió la policía -- nunca se sabe cuándo es una y cuándo es otra, ya que siempre es igual, siempre verde, siempre parda o siempre azul --, pero la gente no huyó; no se trataba ya de veinte o de cincuenta hombres sino de centenares, y así como los hombres huyeron cuando estaban en minoría, así la policía no cargó al advertir que el número estaba en su contra. Avanzó con lentitud y se colocó en el margen de la calle, de modo que las grupas de los caballos quedaran vueltas hacia las aceras. La multitud, tranquilizada de repente, aunque exaltada, tomó también sus posiciones, no quitando ojo a los caballos, a las lanzas y a los sables. Pronto empezaron a oirse voces altas:

—¡Parece que tuvieran hambre!

—¡Todos tienen cara de perros!

—¿Y el oficial? ¡Mírenlo! Tiene cara de sable!

El oficial, en efecto, tenía una cara larga y afilada. Parecía nervioso, y su caballo negro, alto, parecía más nervioso aun; se agitaba, agachando y levantando una y otra vez la cabeza.

—¿Qué esperan?

—¿Por qué no cargan ahora, perros? ¡Para eso les pagan!

En ese momento se encendieron las luces de los cerros y la ciudad pareció tomar amplitud, subiendo hacia los faldeos con sus ramas de luz.

—¡Vámonos!

—¡Vamos! Dejemos solos a estos desgraciados.

Cada palabra de provocación y cada injuria dirigida hacia los policías me duele de un modo extraño; siento que todas ellas pegan con dureza contra mi rostro y hasta creo ver que pestañean cada vez que una de ellas sale de la multitud. Me parece que no

debería injuriárseles ni provocárseles; además, estando entre los que gritan aquellas palabras, aparezco también un poco responsable de ellas. Es cierto que momentos antes había tenido que correr, sin motivo alguno y como una liebre, ante la caballada, pero, no sé por qué, la inconsciencia de los policías y de los caballos se me antoja forzosa, impuesta, disculpable por ello, en tanto que los gritos eran libres y voluntarios. Una voz pregunta dentro de mí por qué la policía podía cargar cuando quería y por qué la multitud no podía gritar si así le daba la gana; no sé qué responder y me cuido mucho de hacer callar a nadie: no quiero recibir un palo en la cabeza o un puñetazo en la nariz. Siguieron, pues, los gritos y las malas palabras y las ironías y a pesar de que temí que la provocación trajera una reacción violenta de parte de la policía, no ocurrió tal cosa. El oficial y los hombres de su tropa parecían no oir nada; allí estaban, pálidos algunos, un poco desencajados otros, indiferentes en apariencia los más, semejando, menos que hombres, máquinas o herramientas, objetos para usar. En la oscuridad blanquean las camisas de los trabajadores y en el aire hay algo tenso que amenaza romperse de un momento a otro. Nada llegó a romperse, sin embargo. La multitud empezó a desperdigarse en grupos, yéndose unos por una calle y otros por otra; allí no había nada que hacer. La policía permaneció en el sitio: no podía seguir a cada grupo y ninguno era más importante que el otro. La gente se despedía:

—¡No se vayan a aburrir!

—¡Pobrecitos: se quedan solos!

—¡La carita que tienen!

La aventura no terminó allí: el motín bullía por toda la parte baja de la ciudad, excepto en el centro, donde estaban los bancos, los diarios, las grandes casas comerciales; en algunas partes la multitud apedreó los almacenes de comestibles, de preferencia los de la parte amplia de la ciudad y los que estaban al pie de los cerros. No tenían nada que ver, es cierto, con el alza de las tarifas de movilización,

debería injuriárseles ni provocárseles; además, sabiendo entre los que gritan aquellas palabras, aparecen también un poco responsable de ellas. Es cierto que momentos antes había tenido que correr, sin motivo alguno y como una liebre, ante la caballada, pero, no sé por qué, la inconsciencia de los policías y de los caballos se me antojó forzosa, impuesta, disculpable por ello, en tanto que los gritos eran libres y voluntarios. Una vez pregunta dentro de mí por qué la policía podía cargar cuando quería y por qué la multitud no podía gritar al oír le daba la gana; no sé qué responder y me cuido mucho de hacer callar a nadie: no quiero recibir un palo en la cabeza o un puñetazo en la nariz. Siguieron, pues, los gritos y las malas palabras y las ironías y a pesar de que temí que la provocación tirjera una reacción violenta de parte de la policía, no ocurrió tal cosa. El oficial y los hombres de su tropa parecían no oir nada; allí estaban, pálidos algunos, un poco desencajados otros, indiferentes en apariencia los más, semejando, menos que hombres, máquinas o herramientas, objetos para usar. En la oscuridad blanquean las camisas de los trabajadores y en el aire hay algo tenso que amenaza romperse de un momento a otro. Nada llegó a romperse, sin embargo. La multitud empezó a desperdigarse en grupos, vendose unos por una calle y otros por otra; allí no había nada que hacer. La policía permaneció en el sitio: no podía seguir a cada grupo y ninguno era más importante que el otro. La gente se despedía:

—¡No se vayan a aburrir!

—¡Pobrecitos: se quedan solos!

—¡La cartita que tienen!

La aventura no terminó allí: el motín bullía por toda la parte baja de la ciudad, excepto en el centro, donde estaban los bancos, los diarios, las grandes casas comerciales; en algunas partes la multitud apedreó los almacenes de comestibles, de preferencia los de la parte amplia de la ciudad y los que estaban al pie de los cerros. No tenían nada que ver, es cierto, con el alza de las tarifas de movilización,

pero muchos hombres aprovecharon la oportunidad para demostrar su antipatía hacia los que durante meses y años explotan su pobreza y viven de ella, robándoles en el peso, en los precios y en la calidad; la mezquindad de algunos, el cinismo de otros, la avaricia de muchos y la indiferencia de todos o de casi todos, que producen resquemores y heridas, agravios y odios a través de largos y tristes días de miseria, reaparecían en el recuerdo, y muchos almacenes, además de apedreados, fueron saqueados de la mercadería puesta cerca de las puertas, papas o porotos, verduras o útiles, escobas, cacerolas, que cuelgan al alcance de las manos; se suscitaron incidentes y algunos almaceneros dispararon armas, hiriendo, por supuesto, a los que pasaban o miraban, lo que enardeció más a la multitud. Hubo heridos y la sirena de las ambulancias empezó a aullar por las calles. Cayó la noche y yo vagaba de aquí para allá, siguiendo ya a un grupo, ya a otro; aquello me entretenía; no gritaba ni tiraba piedras y aunque los gritos y las pedradas me dolían no me resolvía a marcharme; te escribiré desde ..... Había olvidado a mi amigo y a su barco. Los boticarios, detrás de sus frágiles mostradores, aparecen como transparentes, rodeados de pequeños y grandes frascos con líquidos de diversos colores, espejos y vitrinas, y miran hacia afuera, hacia la calle, con curiosidad y sorpresa, como queriendo dar a entender que no tienen nada que ver con lo que sucede, mucho menos con las empresas de movilización colectiva o con los almacenes de comestibles: venden remedios y son, por eso, benefactores de la gente; contribuyen a mitigar el dolor. No tendrían, claro está, la conciencia muy tranquila, ya que ni los comerciantes muertos la tienen, pero la muchedumbre y las personas que la formaban, obreros y jornaleros, empleados y vendedores callejeros, entre quienes empezaron a aparecer maleantes, sentían que una botica no es algo de todos los días ni de cada momento, como el almacén o la verdulería; nadie entra a una botica a pedir fiado un frasco de remedio para la tos o uno de tónico para la debilidad y

pero muchos hombres aprovecharon la oportunidad para demostrar su antipatía hacia los que durante meses y años explotan su pobreza y viven de ella, robándoles en el peso, en los precios y en la calidad; la mezquindad de algunos, el cinismo de otros, la avaricia de muchos y la indiferencia de todos o de casi todos, que producen resquemores y heridas, agravios y odios a través de largos y tristes días de miseria, reaparecían en el recuerdo, y muchos almacenes, además de apedreados, fueron saqueados de la mercadería puesta cerca de las puertas, papas o porotos, verduras o útiles, escobas, cacerolas, que cuelgan al alcance de las manos; se suscitaron incidentes y algunos almaceneros dispararon armas, hiriendo, por supuesto, a los que pasaban o miraban, lo que enardeció más a la multitud. Hubo heridos y la sirena de las ambulancias empezó a aullar por las calles. Cayó la noche y yo vagaba de aquí para allá, siguiendo ya a un grupo, ya a otro; aquello me entretenía; no gritaba ni tiraba piedras y aunque los gritos y las pedradas me dolían no me resolvía a marcharme; te escribiré desde ..... Había olvidado a mi amigo y a su barco. Los boticarios, detrás de sus frágiles mostradores, aparecen como transparentes, rodeados de pequeños y grandes frascos con líquidos de diversos colores, espejos y vitrinas, y miran hacia afuera, hacia la calle, con curiosidad y sorpresa, como queriendo dar a entender que no tienen nada que ver con lo que sucede, mucho menos con las empresas de movilización colectiva o con los almacenes de comestibles: venden remedios y son, por eso, benefactores de la gente; contribuyen a mitigar el dolor. No tendrían, claro está, la conciencia muy tranquila, ya que ni los comerciantes muertos la tienen, pero la muchedumbre y las personas que la formaban, obreros y jornaleros, empleados y vendedores callejeros, entre quienes empezaron a aparecer maleantes, sentían que una botica no es algo de todos los días ni de cada momento, como el almacén o la verdulería; nadie entra a una botica a pedir fiado un frasco de remedio para la tos o uno de tónico para la debilidad y

el boticario no pesa, en general, la mercadería que vende -- por lo menos no lo hace a la vista del público --; en consecuencia, y aparentemente, no roba en el peso ni es, también en apariencia, mezquino, y si uno no tiene dinero para adquirir un pectoral o un reconstituyente puede seguir tosiendo o enflaqueciéndose o recurrir a remedios caseros, que siempre son más baratos; nadie, por otra parte, puede tener la insensata ocurrencia de robarse una caja de polvos de arroz o una escobilla para los dientes, pero al pan, al azúcar, a los porotos, a las papas, al café, al té, a la manteca, no se puede renunciar así como así para siempre ni hay productos caseros o no caseros que los sustituyan. La dueña de casa, la mujer del obrero sin trabajo o con salario de hambre o enfermo, recurre a todo, vende los zapatos y la ropa, empeña el colchón, pide prestado, hasta que llega el momento, el trágico y vergonzoso momento en que la única y pequeña esperanza -- ¡vaya una esperanza! -- es el almacenero, más que el almacenero, ese hombre y el corazón de ese hombre a quien se ha comprado durante años y que en camisa, con aire sencillo y bonachón, hablando un español italianizado o demasiado articulado, sin delantal, a veces en pura camiseta de franela y gastados pantalones, espera, detrás de un mostrador sobre el que hay clavadas dos o tres monedas falsas, a los compradores; sabe que debe vender, vender y nada más que vender; la base del negocio es la venta; nada de fiar: "Hoy no se fía; mañana sí".

--Pero usted ya me está debiendo siete pesos.

--Sí, don Juan; pero tenga paciencia; mi marido está sin trabajo.

--Hace mucho tiempo que está sin trabajo .....

--Usted sabe que las curtiembres están cerradas.

--¿Por qué no trabaja en otra cosa?

--Ha buscado muchísimo, pero con la guerra hay tanta desocupación .....

--..... Pero no le faltará plata para vino.

--Vino ..... Desde ayer no hemos comido nada, ni siquiera hemos tenido para

el boticario no pesa, en general, la mercadería que vende -- por lo menos no lo hace a la vista del público --; en consecuencia, y aparentemente, no roba en el peso ni es, también en apariencia, mezquino, y si uno no tiene dinero para adquirir un pectoral o un reconstituyente puede seguir tosiendo o enflaqueciéndose o recurrir a remedios caseros, que siempre son más baratos; nadie, por otra parte, puede tener la insensata ocurrencia de robarse una caja de polvos de arroz o una escobilla para los dientes, pero el pan, el azúcar, a los porotos, a las papas, el café, el té, a la manteca, no se puede renunciar así como así para siempre ni hay productos caseros o no caseros que los sustituyan. La dueña de casa, la mujer del obrero sin trabajo o con salario de hambre o enfermo, recurre a todo, vende los zapatos y la ropa, empeña el colchón, pide prestado, hasta que llega el momento, el trágico y vergonzoso momento en que la única y pequeña esperanza -- ¡vaya una esperanza! -- es el almacenero, más que el almacenero, ese hombre y el corazón de ese hombre a quien se ha comprado durante años y que en camisa, con aire sencillo y bonachón, hablando un español italianizado o demasiado articulado, sin delantal, a veces en pura camiseta de franela y gastados pantalones, espera, detrás de un mostrador sobre el que hay clavadas dos o tres monedas falsas, a los compradores; sabe que debe vender, vender y nada más que vender; la base del negocio es la venta; nada de fiar:

"Hoy no se fía; mañana sí".

--Pero usted ya me está debiendo siete pesos.

--Sí, don Juan; pero tenga paciencia; mi marido está sin trabajo.

--Hace mucho tiempo que está sin trabajo .....

--Usted sabe que las curtiembres están cerradas.

--¿Por qué no trabaja en otra cosa?

--Ha buscado muchísimo, pero con la guerra hay tanta desocupación .....

--..... pero no le faltará plata para vino.

--Vino ..... Desde ayer no hemos comido nada, ni siquiera hemos tenido para

tomar una tacita de té. Para colmo, se me ha enfermado uno de los niños.

—Lo siento, pero no puedo fiarle; ya me deben mucha plata.

El almacenero, con el pescuezo erguido y duro, mira hacia otra parte mientras fuma su mal cigarrillo; siente, íntimamente, un poco de vergüenza, pero ¿a dónde iría a parar si siguiera fiando a todo el mundo? El también debe vivir. La mujer, con su canastita rota y su pollera raída, sale, avergonzada también, con la vista baja, y el obrero, que espera en la pieza del conventillo la vuelta de la mujer para comer algo, aunque sea un pedazo de pan, siente que el odio le crece hasta el deseo del crimen:

—Despachero hijo de tal por cual ..... Algún día .....

Ese día llega algunas veces y éste era uno de ellos. Los boticarios, en cambio, cubiertos con sus delantales impecables y rodeados de vidrios, aparecen abstractos, casi deshumanizados y como dentro de un frasco; no cerraban, como la mayoría de los negocios, esperando, a pesar de su apariencia irreal, obtener alguna utilidad de aquel motín: ¿no resultaría algún herido o contuso, alguien con un ataque de nervios? Tenemos valeriana, bromuro, gasas, algodón, vendas, yodo. Las verdulerías, fruterías, carnicerías y panaderías cerraron al mismo tiempo que los almacenes, y los demás negocios, aun aquellos que no podían temer ni esperar nada de una revuelta callejera, como las talabarterías o las barracas de madera o de fierro — ¿quién iría a comprar, en esos momentos, una montura o una viga o a quién se le ocurriría robarlas? — cerraron también a piedra y lodo. En tanto avanzaba la noche era más y más raro encontrar un negocio abierto, aunque los había, los más pequeños, aquellos tan pequeños de local y giro que sólo admiten al patrón y a su exigua mercadería, comercios mitad talleres y mitad negocios, que venden trozos de cañerías, sacos de cemento, planchas de zinc, todo absolutamente incomible y difícilmente transportable, o cocinillas viejas o calentadores a gas, penosamente

tomar una taceita de té. Para colmo, se me ha enfermado uno de los niños.

—Lo siento, pero no puedo ir; ya me deben mucha plata.

El almacenero, con el pescuezo erguido y duro, mira hacia otra parte mientras fuma su mal cigarrillo: siente, íntimamente, un poco de vergüenza, pero ¿a dónde iría a parar si siguiera fiando a todo el mundo? El también debe vivir. La mujer, para comer algo, aunque sea un pedazo de pan, siente que el odio le crece hasta el deseo del crimen:

—Desgraciero hijo de tal por cual ..... Algún día .....

Ese día llega algunas veces y éste era uno de ellos. Los boticarios, en cambio, cubiertos con sus delantales impecables y rodeados de vidrios, aparecen abstractos, casi deshumanizados y como dentro de un frasco; no cerraban, como la mayoría de los negocios, esperando, a pesar de su apariencia irreal, obtener alguna utilidad de aquel motín: ¿no resultaría algún herido o contuso, alguien con un ataque de nervios? Tenemos valerianas, bromuro, gases, algodón, vendas, yodo. Las verdulerías, fruterías, carnicerías y panaderías cerraron al mismo tiempo que los almacenes, y los demás negocios, aun aquellos que no podían temer ni esperar nada de una revuelta callejera, como las talabarterías o las barracas de madera o de fierro -- ¿quién iría a comprar, en esos momentos, una montura o una viga o a quién se le ocurriría robarlas? -- cerraron también a piedra y lodo. En tanto avanzaba la noche era más y más raro encontrar un negocio abierto, aunque los hacia los más pequeños, aquellos tan pequeños de local y giro que sólo admiten al patrón y a su exigua mercadería, comercios mixtos talleres y mixtos negocios, que venden trozos de cañerías, sacos de cemento, planchas de zinc, todo absolutamente incomible y difícilmente transportable, o cocinillas viejas o calentadores a gas, penosamente

reparados y menos comibles aun. Se les veía, aislados, resplandeciendo en medio de la oscuridad que las duras piedras habían sembrado en las calles.

Se formaron grupos constituídos por individuos que parecían salidos de las alcantarillas —algunos se habrían podido tomar por enormes ratas —, barbudos, astrosos y de ojos brillantes, llenos de vida, inquietos, que no gritaban ni rompían faroles y que al parecer no sentían odio ni amor por nadie, pero que se apoderaban, con una asombrosa rapidez, casi animal, de cuanto se hallaba al alcance de sus manos; se movían alrededor de los negocios abiertos, tiendas de géneros especialmente, o casas de empeños, a cuyas puertas los dueños y los dependientes, españoles casi todos y tan optimistas como los boticarios, estaban apostados, las manos a la espalda, apretando duros metros de madera entre ellas. Hubo algunos choques entre los grupos y en uno de ellos apareció de nuevo el hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de manos, cuadrado de cara, un hombretón formidable, como hecho de una sola y gruesa viga que tuviera varios y apretados nudos y que capitaneaba una banda de obreros que se enfrentó de pronto a otra banda, una de aquellas de procedencia subterránea que saqueaba una cigarrería atendida por una mujer. El hombre cuadrado, con una voz que dominó el tumulto, gritó:

—¡No compañeros, no somos ladrones! ¡Dejen eso ahí, carajos!

La mujer de la cigarrería lanzaba agudos gritos.

Algunos de los hombres de las alcantarillas huyeron; otros, más tranquilos, se quedaron:

—¿Qué pasa? — preguntó uno de ellos, friamente.

Llevaba una sucia y corta barba y su ropa estaba hecha girones y lustrosa; daba la impresión de un cuchillo mellado y lleno de orín o sebo, pero peligroso. El hombre con aspecto de herramienta de carpintero se acercó a él y le gritó, lleno de pasión y casi golpeándole el pecho con el puño:

reparados y menos comibles aun. Se les veía, aislados, resplandeciendo en medio de la oscuridad que las duras piedras habían sembrado en las calles.

Se formaron grupos constituídos por individuos que parecían salidos de las alcantarillas -- algunos se habrían podido tomar por enormes ratas --, barbudos, astrosos y de ojos brillantes, llenos de vida, impulsivos, que no gritaban ni rompían faroles y que al parecer no sentían odio ni amor por nadie, pero que se apoderaban, con una asombrosa rapidez, casi animal, de cuanto se hallaba al alcance de sus manos; se movían alrededor de los negocios abiertos, tiendas de géneros especialmente, o casas de empeños, a cuyas puertas los dueños y los dependientes, españoles casi todos y tan optimistas como los boticarios, estaban apostados, las manos a la espalda, apretando duros metros de madera entre ellas. Hubo algunas choques entre los grupos y en uno de ellos apareció de nuevo el hombre cuadrado, cuadrado de cuerpo, cuadrado de manos, cuadrado de cara, un hombretón formidable, como hecho de una sola y gruesa viga que tuviera varios y apretados nudos y que capitaneaba una banda de obreros que se enfrentó de pronto a otra banda, una de aquellas de procedencia subterránea que asaltaba una cigarrería atendida por una mujer. El hombre cuadrado, con una voz que dominó el tumulto, gritó:

—¡No compañeros, no somos ladrones! ¡Dejen eso ahí, carajos!

La mujer de la cigarrería lanzaba agudos gritos.

Algunos de los hombres de las alcantarillas huyeron; otros, más tranquilos, se quedaron:

—¿Qué pasa? -- preguntó uno de ellos, fríamente.

Llevaba una sucia y corta barba y su ropa estaba hecha girones y lustrosa; daba la impresión de un cuchillo mellado y lleno de orín o sebo, pero peligroso. El hombre con aspecto de herramienta de carpintero se acercó a él y le gritó, lleno de pasión y casi golpeándole el pecho con el puño:

—¿Qué pasa? ¡No andamos robando y los ladrones no tienen nada qué hacer aquí!

El hombre-cuchillo pestañeó, pero permaneció en el sitio. Volvió a preguntar, siempre friamente:

—¿Y qué te importa? ¿Eres de la policía?

La gente empezó a agruparse y los hombres-ratas que habían huído regresaron y rodearon a su compañero, quedando frente a frente las dos bandas.

El hombre-mazo dijo:

—No soy de la policía, pero tampoco quiero que nos echen la culpa de lo que hacen los sinvergüenzas como tú. Somos trabajadores y no rateros, ¿entiendes?

Sentí una gran admiración por el hombre cuadrado y me acerqué a su grupo; por mi parte, y aunque el hombre de los cauces se hubiese llevado la cigarrería con vendedora y todo, jamás me habría atrevido a decirle una palabra: una palabra suya, una mirada de sus brillantes ojos me habría hecho huir. Pero el hombre-mazo los conocía y no les temía, más aun, parecía despreciarlos. El hombre-cuchillo no sabía que diferencia hay entre un trabajador y un ratero y no se inmutó ante el insulto —talvez ningún insulto podía ya inmutarle —; siguió mirando, inmóvil, al hombre-herramienta. El uno era cuadrado y duro; el otro, afilado y resbaladizo: habría cabido por donde no habría podido caber el otro, quien, a su vez, habría podido echar abajo lo que el otro no habría podido sujetar.

Por fin habló:

—¿Y qué hay con eso?

No era una contestación, pero era un desafío.

El hombre-mazo agregó:

—Nunca le han trabajado a nadie y roban a todo el que pueden, pero a los pobres, en los conventillos, y a los borrachos, a las viejas, a los chiquillos; ni siquiera son ladrones; no son más que inmundos rateros.

—¿Qué pasa? ¡No andamos robando y los ladrones no tienen nada que hacer aquí!

El hombre-cuchillo paseaba, pero permaneció en el sitio. Volvió a preguntar, siempre fríamente:

—¿Y qué te importa? ¿Eres de la policía?

La gente empezó a agruparse y los hombres-ratas que habían huido regresaron y rodearon a su compañero, quedando frente a frente las dos bandas.

El hombre-mazo dijo:

—No soy de la policía, pero tampoco quiero que nos echen la culpa de lo que hacen los sinvergüenzas como tú. Somos trabajadores y no ratas, ¿entiendes?

Sentí una gran admiración por el hombre cuadrado y me acerqué a su grupo; por mi parte, y aunque el hombre de los cuchillos llevaba la chaqueta con vendedora y todo, jamás me habría atrevido a decirle una palabra: una palabra suya, una mirada de sus brillantes ojos me habría hecho huir. Pero el hombre-mazo los conocía y no les temía, más aun, parecía despreciarlos. El hombre-cuchillo no sabía que diferencia hay entre un trabajador y un ratero y no se inmutó ante el insulto —talvez ningún insulto podía ya inmutarle—; siguió mirando, inmóvil, al hombre-cadido por donde no habría podido caber el otro, quien, a su vez, habría podido echar herramienta. El uno era cuadrado y duro; el otro, afilado y resbaladizo: habría sabido lo que el otro no habría podido sujetar.

Por fin habló:

—¿Y qué hay con eso?

No era una contestación, pero era un desafío.

El hombre-mazo agregó:

—Nunca le han trabajado a nadie y roban a todo el que pueden, pero a los pobres, en los conventillos, y a los borrachos, a las viejas, a los cieguitos; ni siquiera son ladrones; no son más que inmundos ratones.

La voz del hombre cuadrado, llena, fuerte, recorría al otro hombre de arriba a abajo, por sus parches y roturas, su grasa y sus girones; no contestó: no tenía, indudablemente, condiciones polémicas y, por lo demás, no habría podido responder, con más o menos lógica y con más o menos buenas palabras, al chaparrón del hombre-mazo, quien, al contrario, parecía no amedrentarse ante la perspectiva de una discusión sobre el trabajo y el robo o sobre el trabajo y el capital, que es lo mismo. El hombre filudo no tendría, sin embargo, para casos como aquellos, más de dos reacciones traducibles en palabras: la primera, de pregunta o de respuesta: ¿qué te pasa?, ¡no quiero!; la segunda sería un insulto y después ya no habría más que la fase muscular, la cuchillada o el puñetazo. Pero aquella noche no se encontraba entre gente a quien pudiera tomar desprevenida; el hombre cuadrado sabía con quién trataba y no se dejaría sorprender: apenas el hombre-rata hiciera un movimiento sospechoso se le echaría encima y le acogotaría. El proletariado, sin embargo, nunca sabe de dónde vendrá el golpe, ya que el golpe le puede venir de todos lados: uno de los rateros se colocó, sin que nadie se diera cuenta, en el flanco del hombre cuadrado; saltó, algo brilló en el aire y descendió sobre la cabeza de aquél, golpeándole; el hombre vaciló, aunque no cayó; y casi en el mismo momento y cuando el ratero iniciaba, junto con los demás, la retirada, uno de los obreros lo alcanzó con un palo en el parietal derecho. Se oyó un ruido seco y el ratero se fué de bruces, como si hubiera tropezado. Calzaba alpargatas y éstas, rotas, separada ya la tela de la planta de cáñamo, dejaban ver unos talones como de rata. Hubo un segundo de vacilación: el hombre-herramienta, callado ahora, se había sacado el sombrero y se tanteaba la cabeza, de donde manaba abundante sangre; el hombre-cuchillo, que había también iniciado la fuga, se detuvo, indeciso, al sentir el golpe y ver caer a su compañero. Los trabajadores avanzaron; iban casi todos armados de palos y eran hombres fuertes, trabajadores del puerto o carpinteros.

Los rateros, abandonando a su hombre, se alejaron y dejáronse caer en el cauce cercano; seguirlos allí era exponerse a ser descuartizado. El herido fué llevado a una botica -- los boticarios tenían razón -- y la muchedumbre se disolvió. Momentos después volvieron los hombres de las alcantarillas y se llevaron a su compinche: arrastraba las piernas y aunque le hablaban no respondía.

los ratero, abandonando a su hombre, se alejaron y dejáronse caer en el cauce cercano; seguirlos allí era exponerse a ser descuartizado. El herido fué llevado a una botica -- los boticarios tenían razón -- y la muchedumbre se disolvió. Momentos después volvieron los hombres de las alcantarillas y se llevaron a su compinche: arrastraba las piernas y aunque le hablaban no respondía.

V

Avanzada la noche, piquetes de policías armados de carabinas y equipados para amanecerse patrullaron la ciudad. Iban mandados por oficiales y marchaban en filas de tres o cuatro hombres. Las pisadas de los animales resonaban claramente sobre el pavimento. Se veían aún grupos de civiles en las calles, sobre todo donde un foco o un farol escapó a las piedras; conversaban con animación y contaban cómo sucedió esto y aquello, cómo huyeron ante una carga o cómo le hicieron frente, cuántos tranvías fueron volcados y cómo y cuántos y cuáles almacenes fueron saqueados. El motín concluyó no tanto porque la gente sintiera apetito y se fuera a su casa a comer cuanto porque el motivo que lo encendiera no daba para más: rotos algunos faroles y tumbados o destruídos unos pocos tranvías, no quedaba gran cosa que hacer y no había por qué hacer más; no se trataba de una revolución. Al escuchar el ruido de los cascos de los caballos sobre el pavimento algunos grupos se disolvían, desapareciendo los hombres por aquí y por allá, con gran rapidez, como si de pronto recordaran que tenían algo urgente que hacer; otros, menos tímidos, permanecían en el sitio, aunque callaban o cambiaban de conversación. El oficial al mando del piquete, con una voz que resultaba extrañamente amable después de las cargas de la tarde, rogaba al grupo que se disolviera y los hombres accedían, alejándose con lentitud, generalmente de a parejas; pero algunos preguntaban, sin moverse de donde estaban:

—¿Estamos en estado de sitio?

El oficial, siempre con voz amable, respondía:

—No, pero hay orden de no permitir grupos en las calles.

# V

Avanzada la noche, piquetes de policías armados de carabinas y equipados para emergencias patrullaron la ciudad. Iban mandados por oficiales y marchaban en filas de tres o cuatro hombres. Las pisadas de los animales resonaban claramente sobre el pavimento. Se veían allí grupos de civiles en las calles, sobre todo donde un foco o un farol escapó a las piedras; conversaban con animación y comentaban cómo sucedió esto y aquello, cómo hirieron ante una carga o cómo le hicieron frente, cuántos transvías fueron volcados y cómo y cuántos y cuáles almacenes fueron saqueados. El motín concluyó no tanto porque la gente sintiera apetito y se fuera a su casa a comer cuanto porque el motivo que lo encendiera no daba para más: todos algunos faroles y tumbados o destruídos unos pocos transvías, no quedaba gran cosa que hacer y no había por qué hacer más; no se trataba de una revolución. Al escuchar el ruido de los cascos de los caballos sobre el pavimento algunos grupos se disolvían, desapareciendo los hombres por aquí y por allá, con gran rapidez, como si de pronto recordaran que tenían algo urgente que hacer; otros, menos tímidos, permanecían en el sitio, aunque callaban o cambiaban de conversación. El oficial al mando del piquete, con una voz que resultaba extrañamente amable después de las cargas de la tarde, rogaba al grupo que se disolviera y los hombres acudían, alejándose con lentitud, generalmente de a parejas; pero algunos preguntaban, sin moverse de donde estaban:

—¿Estamos en estado de sitio?

El oficial, siempre con voz amable, respondía:

—No, pero hay orden de no permitir grupos en las calles.

A veces agregaba:

—Hay muchos maleantes.

El hombre protestaba entonces:

—No somos ladrones.

—No importa — decía el oficial, con una voz ya menos amable —. Les ruego retirarse.

Si el hombre agregaba cualquiera otra observación o protesta, el oficial avanzaba el caballo hacia el grupo. No tenía, tampoco, muchos recursos verbales.

Pero nadie ofrecía resistencia. En cuanto a mí, vagaba de grupo en grupo y escuchaba las conversaciones, buscando otro cuando aquél en que estaba se disolvía; se unían y se desunían con igual rapidez y no era raro encontrar en esta esquina a la mitad de los individuos que un momento antes estaban en aquélla. Aunque el motín se daba por concluído, mental y verbalmente continuaba. No hablaba; escuchaba nada más y sólo cuando en un grupo me miraron dos o tres veces, sorprendidos los hombres de que no dijera ni jota, me atreví a hacerlo y empecé a contar cómo había logrado escapar de la carga de la policía; pero un hombre me interrumpió y contó algo parecido a lo que yo iba a contar, con la diferencia de que él no había huído; su narración resultó entretenida y no me atreví a tomar de nuevo la palabra. Cerca de la media noche, vagando por aquí y por allá, me fuí acercando al dormidero; estaba cansado y tenía hambre. Desemboqué en una avenida de doble calzada, en cuyo centro se abría el cauce de un estero — era la avenida en que el compañero del hombre-cuchillo-mellado-pero-peligroso había herido al hombre-cuadrado-bueno-para-empujar-y-derribar —; aquel cauce estaba ahí quizá si desde que la tierra sudamericana se levantó del fondo de los mares o desde que el gran trozo de materia que hoy forma la luna fué arrebatado a nuestro planeta, dejando en él el hueco que el Pacífico se apresuró a llenar; por él habían bajado y seguían bajando las aguas-lluvias de

A veces agregaba:

--Hay muchos malcantes.

El hombre protestaba entonces:

--No somos ladrones.

--No importa -- decía el oficial, con una voz ya menos amable --. Les ruego retirarse.

Si el hombre agregaba cualquiera otra observación o protesta, el oficial avanzaba el caballo hacia el grupo. No tenía, tampoco, muchos recursos verbales.

Pero nadie ofrecía resistencia. En cuanto a mí, vagaba de grupo en grupo y escuchaba las conversaciones, buscando otro cuando aquél en que estaba se disolvía; se unían y se desunían con igual rapidez y no era raro encontrar en esta esquina a la mitad de los individuos que un momento antes estaban en aquélla. Aunque el motín se daba por concluído, mental y verbalmente continuaba. No hablaba; escuchaba nada más y sólo cuando en un grupo me miraron dos o tres veces, sorprendidos los hombres de que no dijera mi jota, me atreví a hacerlo y empecé a contar cómo había logrado escapar de la carga de la policía; pero un hombre me interrumpió.y contó algo parecido a lo que yo iba a contar, con la diferencia de que él no había huído; su narración resultó entretenida y no me atreví a tomar de nuevo la palabra. Cerca de la media noche, vagando por aquí y por allá, me fuí acercando al dormidero; estaba cansado y tenía hambre. Desembocué en una avenida de doble calzada, en cuyo centro se abría el cauce de un estero -- era la avenida en que el compañero del hombre-cuchillo-mellado-pero-peligroso había herido al hombre-cuadrado-bueno-para-emplear-y-derribar --; aquel cauce estaba ahí quizá si desde que la tierra norteamericana se levantó del fondo de los mares o desde que el gran tirón de materia que hoy forma la luna fué arrebatado a nuestro planeta, dejando en él el hueco que el Pacífico se apresuró a llenar; por él habían bajado y seguían bajando las aguas-lluvias de

las quebradas vecinas y aunque en sus márgenes se levantaron casas, se trazaron y se hicieron avenidas, se plantaron árboles y se tendieron líneas de tranvías, continuaba abierto, sirviendo de morada a gatos, perros, ratones, pulgas, vagos, maleantes, mendigos, piojos, asesinos, que allí vivían y allí, a veces, morían, entre tarros vacíos, trapos, cajones desarmados, montones de paja y de ramas, piedras, charcos de fango y animales muertos; el maleante que alcanzaba a llegar a sus orillas, techada a medias por alerones de concreto y se arrojaba en él, desaparecía como un conejillo en el sombrero de un prestidigitador; la policía no se atrevía a meterse allí, ya que el cauce parecía tener, o por lo menos asi se decía, comunicaciones con el alcantarillado de la ciudad. Generaciones enteras de vagos habían surgido de aquel cauce; de las pocilgas en que nacían pasaban al cauce, del cauce a las aceras a pedir limosna o a robar, de allí a las comisarías y correccionales, de las comisarías y correccionales de nuevo al cauce, y del cauce, otra vez, a la cárcel, al hospital o al presidio o a la penitenciaría, a cumplir sentencias mayores. Por fin morían y algunos morían en el cauce.

Se veía poca gente por allí y avancé hacia la esquina que la avenida formaba con una calle ancha, empedrada con piedras de río, sacadas, quién sabe cuánto tiempo atrás, del milenario cauce; tenía no más de una cuadra de largo y era llamada Pasaje Quillota, pasaje no sé por qué, ya que era una señora calle, llena de negocios de toda clase, cantinas y restoranes principalmente, que hervían de clientela desde la puesta del sol hasta mucho más allá de la media noche, y como si los negocios con patentes de primera, de segunda o de tercera categoría — expendio de alcoholes — fueran insuficientes, existían otros en las aceras y hasta en la calzada, ventas de frutas, de pescado frito, de arrollados, de empanadas fritas, de dulces, de refrescos, hasta de libros. Hombre y mujeres cubiertos de sucios delantales fabricaban allí sus mercaderías o las recalentaban, ofreciéndolas después a grito pelado.

las quebradas vecinas y aunque en sus márgenes se levantaron casas, se trazaron y se hicieron avenidas, se plantaron árboles y se tendieron líneas de tranvías, continuaba abierto, sirviendo de morada a gatos, perros, ratones, pulgas, vagos, maleantes, mendigos, piojos, asesinos, que allí vivían y allí, a veces, morían, entre tarros vacíos, trapos, cajones desarmados, montones de paja y de ramas, piedras, charcos de fango y animales muertos; el maleante que alcanzaba a llegar a sus orillas, techada a medias por alerones de concreto y se arrojaba en él, desaparecía como un conejillo en el sombrero de un prestidigitador; la policía no se atrevía a meterse allí, ya que el cauce parecía tener, o por lo menos así se decía, comunicaciones con el alcantarillado de la ciudad. Generaciones enteras de vagos habían surgido de aquel cauce; de las pocilgas en que nacían pasaban al cauce, del cauce a las aceras a pedir limosna o a robar, de allí a las comisarías y correccionales, de las comisarías y correccionales de nuevo al cauce, y del cauce, otra vez, a la cárcel, al hospital o al presidio o a la penitenciaría, a cumplir sentencias mayores. Por fin morían y algunos morían en el cauce.

Se veía poca gente por allí y avancé hacia la esquina que la avenida formaba con una calle ancha, empedrada con piedras de río, sacadas, quién sabe cuánto tiempo atrás, del milenario cauce; tenía no más de una cuadra de largo y era llamada Pasaje Quillota, pasaje no sé por qué, ya que era una señora calle, llena de negocios de toda clase, cantinas y restoranes principalmente, que hervían de clientela desde la puesta del sol hasta mucho más allá de la media noche, y como si los negocios con patentes de primera, de segunda o de tercera categoría -- expendio de alcoholes -- fueran insuficientes, existían otros en las aceras y hasta en la calzada, ventas de frutas, de pescado frito, de arrollados, de empanadas fritas, de dulces, de refrescos, hasta de libros. Hombre y mujeres cubiertos de sucios delantales fabricaban allí sus mercaderías o las recalentaban, ofreciéndolas después a grito pelado.

La calle ascendía hacia el cerro y por ella pasaban, después de la puesta del sol, millares de personas, ya que el cerro era muy poblado y se comunicaba, además, con otro cerro, igualmente poblado. El obrero que entraba al pasaje, en viaje hacia su casa, y lograba llegar a su final sin detenerse y entrar a una cantina, podía felicitarse de haberse librado de la tentación; pero eran pocos los que llegaban a la esquina en que el pasaje doblaba y moría, y eran pocos porque los bares, con sus grandes pianos, sus enormes pianos automáticos, que mostraban paisajes en que se veía salir y trasladarse el sol, la luna y las estrellas, caer saltos de agua y nadar cisnes y desfilar pálidos caballeros y enamoradas damiselas; sus interminables hileras de botellones en que resplandecían, iluminados por la luz de las ampolletas eléctricas, el morado vino y la ocre o rosada chicha; sus camareras de toca y delantal blanco, que los parroquianos manoseaban a gusto y que solían aceptar tal y cual brindis y tal y cual invitación para actos menos públicos que el de beber una copita, tenían una enorme fuerza atractiva. Por lo demás, ¿a quién le hace mal una cervecita, un traguito de chicha, un sorbito de vino o una buchadita de aguardiente? A nadie. Vamos, hombre, no sea así; un ratito y nos vamos; todavía es temprano. Sí, pero la señora está enferma. ¡Y qué! No se va a morir porque llegues una media hora más tarde. Es que le llevo unos remedios aquí. Después se los das. Mira, ahí está la que te gusta: la Mariquita. Está buena, ¿no? ¡Qué hubo! ¡Cómo les va! ¿Qué se habían hecho? Nada, pues, sufriendo por no verla. ¡Vaya! ¿Qué le sirvo? Pasaba un paño sobre la mesa. La chicha está de mascarla; pura uva. Un doble será ..... Un doble, o sea, dos litros. Buen trago. Sírvase usted primero, Mariquita. Miradas desde la calle, las cantinas, con sus barandillas de madera oscura, sus largos mesones, sus luces, sus decenas de mesas y sus centenares de sillas, parecían no tener fin y se podía entrar y sentarse y estarse allí una noche entera bebiendo y al día siguiente y al subsiguiente y una semana y un mes y un año, perderse o enterrarse allí para siempre,

La calle ascendía hacia el cerro y por ella pasaban, después de la puesta del sol, millares de personas, ya que el cerro era muy poblado y se comunicaba, además, con otro cerro, igualmente poblado. El obrero que entraba al pasaje, en vista hacia su casa, y lograba llegar a su final sin detenerse y entrar a una cantina, podía felicitarse de haberse librado de la tentación; pero eran pocos los que llegaban a la esquina en que el pasaje doblaba y moría, y eran pocos porque los bares, con sus grandes pianos, sus enormes pianos automáticos, que mostraban piezas en que se veía salir y trasladarse el sol, la luna y las estrellas, cuer saltos de agua y nadar ciervos y desfilar pálidos caballeros y enamoradas damiselas; sus interminables hileras de botellones en que resplandecían, iluminados por la luz de las ampolletas eléctricas, el morado vino y la cerveza o rosada chicha; sus camareras de toca y delantal blanco, que los parroquianos manoseaban a gusto y que solían aceptar tal y cual brindis y tal y cual invitación para a cosa menos pública que el de beber una copita, tenían una enorme fuerza atractiva. Por lo demás, ¿a quién le hace mal una cervecita, un trago de chicha, un sorbito de vino o una bendita de aguardiente? A nadie. Vamos, hombre, no sea así; un ratito y nos vamos; todavía es temprano. Sí, pero la señora está enferma. ¡Y qué! No se va a morir porque llegues una media hora más tarde. Es que le llevo unos remedios aquí. Después se los das. Mira, ahí está la que te grita: la Maripuita. Está buena, ¿no? ¡Qué hubo! ¡Cómo les va! ¿Qué se hablan hecho? Nada, pues, sufriendo por no verla. ¡Vaya! ¿Qué le sirvo? Pasaba un perro sobre la mesa. La chicha está de masacrla; pura uva. Un doble será .....
Un doble, o sea, dos litros. Buen trago. Sírvase usted primero, Maripuita. Miradas desde la calle, las cantinas, con sus barandillas de madera oscura, sus largos mesones, sus luces, sus docenas de mesas y sus centenares de sillas, parecían no tener fin y se podía entrar y sentarse y estarse allí una noche entera bebiendo y al día siguiente y al subsiguiente y una semana y un mes y un año, perderse o enterrarse allí para siempre,

sin que jamás se lograra terminar con el vino, la chicha, la cerveza, el aguardiente, las cebollas en vinagre, los emparedados, las ensaladas de patas de chancho con cebolla picada muy fina y con mucho ají, oh, con mucho, con harto ají, que es bueno para el hígado; y algunos hombres salían a la calle con una terrible cara, una cara como de parricida convicto y confeso: se había acabado el dinero a media borrachera; y otros, riendo a carcajadas e hipando entre risa y risa, y ese, vomitando junto al brasero en que el comerciante de la acera recalienta por vigésima vez las presas de pescado — "no me vaya a ensuciar la mercadería, señor" —,y aquél, meando cerveza durante cuartos de hora, y éste, sin saber dónde está ni para dónde ir ni de dónde viene, la mirada perdida, los pantalones caídos, la camisa afuera, y el de más allá, serio, reconcentrado, mirando el suelo, como preocupado de un grave problema, pero sin moverse, y otros peleando a bofetadas, derribando los canastos con peras y los mesones con arrollados — "¡Qué les pasa, mierda!, vayan a pelear a otra parte" —. El día sábado no se podía andar por allí, de tal modo había gente, gente adentro, gente afuera, gente que pasaba o que esperaba al amigo, a la mujer o a alguien que convidara.

Aquella noche no era noche de sábado, pero era noche y la calle estaba bastante concurrida. Sucedió lo que podía haberse esperado: muchos de los que tomaron parte en el motín, rompiendo faroles o tumbando y destrozando tranvías, o solamente gritando mueras o vivas, fueron a parar allí; la excitación sufrida les impidió retirarse a sus casas; era un día extraordinario, un día de pelea, diferente a los otros, rutinarios, en que sólo se trabaja, y era necesario comentarlo y quizá celebrarlo. Tengo mucha sed y no me vendría mal un vasito de cerveza, o, mejor, de chicha. ¿Tiene sánwiches? Sí, uno de lomo y otro de arrollado; sí, con ajicito. Era fácil entrar; lo difícil era salir, excepto si se acababa el dinero o lo echaban a uno a la calle por demasiado borracho; pero estamos entre amigos y tengo plata; sírvase, compañero; no me desprecie; otro doble y nos vamos. Estuvo buena la pelea, ¿no es cierto? El mesonero, de gorro

sin que jamás se lograra terminar con el vino, la chicha, la cerveza, el aguardiente, las cebollas en vinagre, los empanadas, las ensaladas de patas de chancho con cebolla picada muy fina y con mucho ají, oh, con mucho, con harto ají, que es bueno para el hígado; y algunos hombres salían a la calle con una terrible cara, una cara como de parricida convicto y confeso: se había acabado el dinero a media borrachera; y otros, riendo a carcajadas e hipando entre risa y risa, y ese, vomitando junto al brasero en que el comerciante de la acera recalentaba por vigésima vez las presas de pescado —"no me vaya a ensuciar la mercadería, señor" —y aquél, meando cerveza durante cuatro de hora, y éste, sin saber dónde está ni para dónde ir ni de dónde viene, la mirada perdida, los pantalones caídos, la camisa afuera, y el de más allá, serio, reconcentrado, mirando el suelo, como preocupado de un grave problema, pero sin moverse, y otros pelando a bofetadas, derribando los camastos con peras y los mesones con arrollados — "¡Qué las pase, mierda!, vayan a pelear a otra parte" —. El día sábado no se podía andar por allí, de tal modo había gente, gente adentro, gente afuera, gente que pasaba o que esperaba al amigo, a la mujer o a alguien que convidara.

Aquella noche no era noche de sábado, pero era noche y la calle estaba bastante concurrida. Sucedió lo que podía haberse esperado: muchos de los que tomaron parte en el motín, rompiendo faroles o tumbando y destrozando tranvías, o solamente gritando mueras o vivas, fueron a parar allí; la excitación sufrida les impidió retirarse a sus casas; era un día extraordinario, un día de pelea, diferente a los otros, rutinarios, en que sólo se trabaja, y era necesario comentarlo y quizá celebrarlo. Tengo mucha sed y no me vendría mal un vasito de cerveza, o, mejor, de chicha. ¿Tiene salvichas? Sí, uno de lomo y otro de arrollado; sí, con ajicito. Era fácil entrar; lo difícil era salir, excepto si se acababa el dinero o lo echaban a uno a la calle por demasiado borracho; pero estamos entre amigos y tengo plata; sírvase, compañero; no me desprecie; otro doble y nos vamos. Retuvo buena la pelea, ¿no es cierto? El mesonero, de gorro

blanco, gordo y muy serio, ayudado por varios muchachos, llenaba sin cesar vasos de cerveza, de vino, de chicha, de ponche, hacia sándwiches o preparaba ensaladas que los clientes engullían con aterradora velocidad. Se percibía un olor a vinagre, un olor ardiente y picante que hería las mucosas y que salía hasta la calle, en donde provocaba excitaciones casi irresistibles. Sonaba el piano, hablaban los hombres, gritaban las camareras y un humo denso llenaba todo el local; puchos en el suelo, escupitajos en el suelo, sombreros en el suelo, aserrín, trozos de pan, pellejos de embutidos; algún perro, pequeño y peludo, vagaba entre las mesas. Siempre, adentro o afuera, ocurrían riñas, sonaban gritos destemplados o estropajosos y se veían bocas desdentadas, ojos magullados y camisas destrozadas y con manchas de vino o de sangre.

—¡Pégale, pégale!

—¡Déjelos que peleen solos!

Aquella noche los hombres, excitados primero por el motín y luego por el alcohol, salían de las cantinas a la calle, a alta presión, llevándose todo por delante y dejando escapar tremendas palabras. ¡Qué se han creído estos policías tales por cuales! ¡Viva, mierda! ¡Abajo los verdugos del pueblo! Nunca faltaban dos o tres policías, que no tomaban presos sino a los que ya era imposible soportar, a los que peleaban o a los que destrozaban los frágiles establecimientos de los vendedores callejeros; a los demás les acompañaban a veces hasta la esquina, aconsejándoles cómo debían irse y por dónde. Váyase derechito y no se pare por ahí. Bueno, mi sargento, murmuraba tiernamente el borracho, obedeciendo a ese impulso que hace que el que se siente un poco culpable tienda a subir de grado al policía que le habla. No era raro el caso del carabinero que regresaba de su turno como una cuba. La gente había estado generosa. Oiga, mi cabo — decía el borracho, en voz baja —, venga a tomarse un traguito. El policía, después de mirar hacia todas partes y de pasarse nerviosamente los dedos por el bigote, accedía, echándose al coleto su cuarto o su medio litro de

blanco, gordo y muy serio, ayudado por varios muchachos. Llenaba sin cesar vasos de cerveza, de vino, de chicha, de ponche, hacía sándwiches o preparaba ensaladas que los clientes engullían con aterradora velocidad. Se percibía un olor a vinagre, un olor ardiente y picante que hería las mucosas y que salía hasta la calle, en donde provocaba excitaciones casi irresistibles. Sonaba el piano, hablaban los hombres, gritaban las camareras y un humo denso llenaba todo el local; pucheros en el suelo, escupitajos en el suelo, sombreros en el suelo, aserrín, trozos de pan, pellejos de embutidos; algún perro, pequeño y peludo, vagaba entre las mesas. Siempre, adentro o afuera, ocurrían riñas, sonaban gritos destemplados o estropajosos y se veían bocas desdentadas, ojos magullados y camisas desgarradas y con manchas de vino o de sangre.

—¡Pégale, pégale!

—¡Déjalos que peleen solos!

Aquella noche los hombres, excitados primero por el motín y luego por el alcohol, salían de las cantinas a la calle, a alta presión, llevándose todo por delante y dejando escapar tremendas palabras. ¡Qué se han creído estos policías tales por cuales! ¡Abajo los verdugos del pueblo! Nunca faltaban dos o tres policías, que no tomaban presos sino a los que ya era imposible soportar, a los que pelaban o a los que destrozaban los frágiles establecimientos de los vendedores callejeros; a los demás les acompañaban a veces hasta la esquina, aconsejándoles cómo debían irse y por dónde. Váyase derecho y no se pare por ahí. Bueno, mi sargento, murmuraba tiernamente el borracho, obedeciendo a esa impulso que hace que el que se siente un poco culpable tienda a subir de grado al policía que le habla. No era raro el caso del carabinero que regresaba de su turno como una cuba. La gente había estado generosa. Diga, mi cabo — decía el borracho, en voz baja —, venga a tomarse un trago. El policía, después de mirar hacia todas partes y de pasarse nerviosamente los dedos por el bigote, accedía, echándose al coleto su cuarto o su medio litro de

licor, fuese el que fuese y de un trago. Tres o cuatro invitaciones y luego la suspensión o la noche de calabozo. No estoy ebrio, mi teniente -- aseguraba el infeliz, que apenas podía abrir los ojos. Echame el aliento. El oficial retrocedía, casi desmayándose. ¡Al calabozo, carajo! ¡Vienes más borracho que un piojo!

Esa noche fué diferente. La pelea había sido contra la policía, que cargó con dureza, hirió a algunos y detuvo a muchos, y los borrachos, a pesar de su tendencia a contemporizar y ser magnánimos, no lo olvidaban; algunos de ellos, incluso, habían recibido tal cual palo o gateado entre las patas de los caballos; y allí estaban ahora los odiados policías de toda la vida: sus ropas de color verdoso eran más feas que otras veces, sus quepís más antipáticos que un día atrás, ridículas sus chaquetas con botones dorados e irritantes sus botas demasiado económicas, que no eran botas sino simples polainas. Un borracho metió sus puños bajo las narices del policía y gritó, llenando de vinosa saliva la cara del representante de la ley, los más atroces denuestos contra el cuerpo de policía y sus semejantes y parientes, y exasperado por la tranquilidad del cuidador del orden público, que se encontraba solo en ese momento, le dió un vigoroso empujón, como para animarlo. El policía retrocedió unos pasos y llamó al orden al exaltado; pero lo mismo habría sido pedirle que rezara un avemaría; el borracho, excitado por otros y aprovechando la oportunidad de ser ellos varios y uno solo el agente, volvió a empujarlo, a lo cual el representante de la autoridad contestó sacando un pito y pidiendo auxilio. El otro policía, estacionado en la esquina del pasaje que daba al cerro, acudió, y el borracho, que arremetió entonces contra los dos, recibió en la cabeza un palo que le bañó de sangre la cara, siendo además, ante la sorpresa de sus compinches, llevado preso.

La noticia corrió por las aceras y las cantinas: ¡La policía ha pegado a un hombre y lo ha llevado detenido! La comisaría estaba a unas dos cuadras de distancia

licor, fuese el que fuese y de un trago. Tres o cuatro invitaciones y luego la suspensión o la noche de calabozo. No estoy ebrio, mi teniente — aseguraba el infeliz, que apenas podía abrir los ojos. Echame el aliento. El oficial retrocedía, casi desmayándose. ¡Al calabozo, carajo! ¡Vienes más borracho que un piojo!

Esa noche fué diferente. La pelea había sido contra la policía, que cargó con dureza, hirió a algunos y detuvo a muchos, y los borrachos, a pesar de su tendencia a contemporizar y ser magnánimos, no lo olvidaban; algunos de ellos, incluso, habían recibido tal cual palo o gateado entre las patas de los caballos; y allí estaban ahora los odiados policías de toda la vida: sus ropas de color verdoso eran más feas que otras veces, sus quepís más antipáticos que un día atrás, ridículas sus chaquetas con botones dorados e irritantes sus botas demasiado económicas, que no eran botas sino simples polainas. Un borracho metió sus puños bajo las narices del policía y gritó, llenando de vinosa saliva la cara del representante de la ley, los más atroces denuestos contra el cuerpo de policía y sus semejantes y parientes, y exasperado por la tranquilidad del cuidador del orden público, que se encontraba solo en ese momento, le dió un vigoroso empujón, como para animarlo. El policía retrocedió unos pasos y llamó al orden al exaltado; pero lo mismo habría sido pedirle que rezara un avemaría; el borracho, excitado por otros y aprovechando la oportunidad de ser ellos varios y uno solo el agente, volvió a empujarlo, a lo cual el representante de la autoridad contestó sacando un pito y pidiendo auxilio. El otro policía, estacionado en la esquina del pasaje que daba al cerro, acudió, y el borracho, que arremetió entonces contra los dos, recibió en la cabeza un palo que le bañó de sangre la cara, siendo además, ante la sorpresa de sus compinches, llevado preso.

La noticia corrió por las aceras y las cantinas: ¡La policía ha pegado a un hombre y lo ha llevado detenido! La comisaría estaba a unas dos cuadras de distancia

y los policías regresaron luego, acompañados de un piquete de a caballo. ¡A ver: quienes son los guapos! Los guapos eran decenas: el alcohol llenaba a los hombres de una euforia incontenible y de un valor irreflexivo que les hacía despreciar la comisaría, los palos, los sables, los caballos y sus jinetes. ¡Soy roto chileno, mierda, y nadie me viene a entrar el habla, mucho menos un policía mugriento como tú! ¡Pégame, carajo! ¡Aquí tienes un pecho de hombre! Se abrían a tirones la camisa, haciendo saltar los botones y desgarrando los ojales, mientras adelantaban el velludo pecho. La policía, que agotó de una vez sus recursos y reacciones verbales, se mostró menos heroica: cogió a los hombres y se los llevó a tirones, les pegó cuando se defendían, los arrastró cuando se resistían y los entregó, finalmente, a los policías de a caballo, que los tomaron de las muñecas y se los llevaron, casi en el aire, al galope; los borrachos tropezaban en las piedras y aullaban al sentir que sus axilas estaban próximas a desgarrarse, que sus pantalones caían y que sus demás ropas eran destrozadas. Los mesoneros y las camareras salieron a la calle y las cantinas quedaron vacías. Los comerciantes de las aceras, hombres prudentes a pesar de su escaso capital, levantaron sus establecimientos. El porvenir no era claro para el comercio minorista.

Yo comía mi presa de pescado y miraba. Tenía hambre y la edad del pez de que provenía la presa me era indiferente, aunque talvez habría logrado sorprenderme el saberla. La habría comido, sin embargo, aún en el caso de que se me hubiese probado que la pescada era originaria del Mar Rojo y contemporánea de Jonás. Olía, de seguro, de un modo espantoso, pero ¿a dónde irían a parar los pobres si se les ocurriera tener un olfato demasiado sensible? La miseria y el hambre no tienen olfato, más aún, el olfato estorba al hambriento. La corteza, es la palabra más exacta, que la recubría, sonaba entre los dientes como la valva de un molusco y no tenía semejanza alguna con el perfumado y tierno batido de pan rallado y huevo con que las manos de mi madre

y los policías regresaron luego, acompañados de un piquete de a caballo. ¡A ver: quienes son los guapos! Los guapos eran decenas: el alcohol llenaba a los hombres de una euforia incontenible y de un valor irreflexivo que les hacía despreciar la comisaría, los palos, los sables, los caballos y sus jinetes. ¡Soy roto chileno, y nadie me viene a entrar el habla, mucho menos un policía mugriento como tú! ¡Pégame, carajo! ¡Aquí tienes un pecho de hombre! Se abrían a tirones la camisa, haciendo saltar los botones y desgarrando los ojales, mientras adelantaban el velludo pecho. La policía, que agotó de una vez sus recursos y reacciones verbales, se mostró menos heroica: cogió a los hombres y se los llevó a tirones, les pegó cuando se defendían, los arrastró cuando se resistían y los entregó, finalmente, a los policías de a caballo, que los tomaron de las muñecas y se los llevaron, casi en el aire, al galope; los borrachos tropezaban en las piedras y aullaban al sentir que sus axilas estaban próximas a desgarrarse, que sus pantalones caían y que sus demás ropas eran destrozadas. Los mesoneros y las camareras salieron a la calle y las cantinas quedaron vacías. Los comerciantes de las aceras, hombres prudentes a pesar de su escaso capital, levantaron sus establecimientos. El porvenir no era claro para el comercio minorista.

Yo comía mi presa de pescado y miraba. Tenía hambre y la edad del pez de que provenía la presa me era indiferente, aunque talvez habría logrado sorprenderme el saberla. La habría comido, sin embargo, aún en el caso de que se me hubiese probado que la pescada era originaria del Mar Rojo y contemporánea de Jonás. Olía, de seguro, de un modo espantoso, pero ¿a dónde irían a parar los pobres si se les ocurriera tener un olfato demasiado sensible? La miseria y el hambre no tienen olfato, más aún, el olfato estorba al hambriento. La corteza, es la palabra más exacta, que la recubría, sonaba entre los dientes como la valva de un molusco y no tenía semejanza alguna con el perfumado y tierno batido de pan rallado y huevo con que las manos de mi madre

envolvían, en un tiempo que ya me parecía muy lejano, otras presas de pescado o de carne. No obstante, aquella calidad resultaba agradable para mis dientes, que sentían y transmitían la sensación de un masticamiento vigoroso. Me la comía, pues, parado en la esquina. Estaba caliente y desprendía un vahecillo que me entraba por las narices y me las dilataba como las de un perro. La presa se abría en torrejas que mostraban gran propensión a desmigajarse, como aburridas ya de pertenecer a un todo que demoraba tanto tiempo en desintegrarse. Al darle el bocado, y para evitar que se perdiera algo, echaba la cabeza hacia atrás, de modo que lo que cayera no se librara de mis fauces. Cada trocito era un tesoro inestimable. Me habría comido diez o veinte presas y sólo tenía dinero para una y un panecillo. Estaba hambriento y comía y miraba. El pescadero, que parecía hecho de un material semejante al de la presa, me había dado, junto con ella, un trozo de papel que me servía para tomarla, evitando así ensuciarme las manos, ya que la presa rezumaba una transpiración oleaginosa de dudoso origen. Comía y miraba.

—¡Qué le parece! — dijo el pescadero, cuando el palo del policía rebotó contra la cabeza del borracho, quebrándose con la violencia del golpe —. Otras noches aceptan todo lo que les dan de beber, sin mirar lo que es y con tal de que no sea parafina; pero hoy los caballeros están de mal humor .....

Terminé de comer mi presa de pescado y arrojé al suelo el pedazo de papel, limpiándome después los dedos en los pantalones; aquel aceite era capaz de atravesar no sólo una hoja de papel sino que hasta las planchas de la amura de babor de un acorazado.

Ignoro qué me llevó, a última hora, a meterme en aquella pelea de perros, pues no otra cosa parecía, pero fuí sintiendo, de a poco, un desasosiego muy grande y una ira más grande aún contra la brutalidad que se cometía. Un borracho se había portado de modo insolente y talvez había merecido lo que se le dió, pero eso no era bastante

envolvían, en un tiempo que ya me parecía muy lejano, otras presas de pescado o de carne. No obstante, aquella calidad resultaba agradable para mis dientes, que sentían y transmitían la sensación de un masticamiento vigoroso. Me la comía, pues, parado en la esquina. Estaba caliente y despreндía un vahecillo que me entraba por las narices y me las dilataba como las de un perro. La presa se abría en torrejas que mostraban gran propensión a desmigajarse, como aburridas ya de pertenecer a un todo que demoraba tanto tiempo en desintegrarse. Al darle el bocado, y para evitar que se perdiera algo, echaba la cabeza hacia atrás, de modo que lo que cayera no se fuera de mis fauces. Cada trocito era un tesoro inestimable. Me habría comido diez o veinte presas y aún tenía dinero para una y un panecillo. Estaba hambriento y comía y miraba. El pescadero, que parecía hecho de un material semejante al de la presa, me había dado, junto con ella, un trozo de papel que me serviría para tomarla, evitando así ensuciarme las manos, ya que la presa rezumaba una transpiración olegi-nosa de dudoso origen. Comía y miraba.

—¡Qué le parece! — dijo el pescadero, cuando el palo del policía rebotó contra la cabeza del borracho, quebrándose con la violencia del golpe —. Otras noches aceptan todo lo que les den de beber, sin mirar lo que es y con tal de que no sea parafina; pero hoy los caballeros están de mal humor .....

Terminé de comer mi presa de pescado y arrojé al suelo el pedazo de papel, limpiándome después los dedos en los pantalones; aquel aceite era capaz de atravesar no sólo una hoja de papel sino que hasta las planchas de la suela de labor de un acorazado.

Ignoro qué me llevó, a última hora, a meterme en aquella pelea de perros, pues no otra cosa parecía, pero fuí sintiendo, de a poco, un desasosiego muy grande y una ira más grande aún contra la brutalidad que se cometía. Un borracho se había portado de modo insolente y tal vez había merecido lo que se le dió, pero eso no era bastante

motivo para que todos los demás fuesen tratados de igual modo. Los policías, ya deshumanizados, como los boticarios, aunque con un palo en la mano -- era una deshumanización de otro orden --, procedían mecánicamente, tomando a los hombres por las muñecas, retorciéndoles los brazos, pegándoles cuando se resistían a marchar y entregándolos en seguida a los policías montados, que partían al galope, arrastrando al hombre. Decidí irme: aquello terminaría mal para alguien o para todos. Uno de los hombres, no bastante ebrio, pero excitado, al ser tomado sacó una herramienta, un formón, quizá un desatornillador; fué abofeteado y apaleado. Y los policías no esperaban ya la provocación de los borrachos: recorrían la calle de arriba a abajo y entraban a empujones en los grupos, apartando a los hombres violentamente; una queja, una protesta, una mirada bastaban y el hombre era llevado hacia la esquina. Todo había sido provocado por el empujón que un borracho diera a un policía.

Empecé a atravesar la avenida. Sentía que los puños se me cerraban y se abrían espasmódicamente, fuera de mi control. Cuando iba justamente en mitad de una de las calzadas, sentí un griterío; me dí vuelta: dos policías a caballo llevaban a un hombre. Lo miré: le habían golpeado o había caído y su cara estaba llena de sangre. Mecánicamente también, sin pensar en lo que hacía, terminadas todas mis reacciones mentales, me incliné, recogí una piedra y la lancé con todas mis fuerzas hacia uno de los policías. Ví que el hombre soltaba al borracho y vacilaba sobre su caballo. Huí. Al llegar a la acera me detuve y miré hacia atrás. No pude ver nada: un dolor terrible me cruzó la espalda. Me dí vuelta de nuevo: ante mí, con el brillante sable desenvainado, se erguía un agente de policía. ¿De dónde había salido? Nunca lo supe, a pesar de que el cauce estaba a menos de veinte metros de distancia.

motivo para que todos los demás fueran tratados de igual modo. Los policías, ya deshumanizados, como los boticarios, aunque con un palo en la mano -- era una deshumanización de otro orden --, procedían mecánicamente, tomando a los hombres por las muñecas, retorciéndoles los brazos, pegándoles cuando se resistían a marchar y entregándolos en seguida a los policías montados, que partían al galope, arrastrando al hombre. Decidí irme: aquello terminaría mal para alguien o para todos. Uno de los hombres, no bastante ebrio, pero excitado, al ser tomado asco una herramienta, un formón, quizá un desatornillador; fué abofeteado y apaleado. Y los policías no esperaban ya la provocación de los borrachos: recorrían la calle de arriba a abajo y entraban a empujones en los grupos, apartando a los hombres violentamente; una queja, una protesta, una mirada bastaban y el hombre era llevado hacia la esquina. Todo había sido provocado por el empujón que un borracho diera a un policía.

Empecé a atravesar la avenida. Sentía que los puños se me cerraban y se abrían espasmódicamente, fuera de mi control. Cuando iba justamente en mitad de una de las calzadas, sentí un grito; me di vuelta: dos policías a caballo llevaban a un hombre. Lo miré: le habían golpeado o había caído y su cara estaba llena de sangre. Mecánicamente también, sin pensar en lo que hacía, terminadas todas mis reacciones mentales, me incliné, recogí una piedra y la lancé con todas mis fuerzas hacia uno de los policías. Vi que el hombre soltaba el borracho y vacilaba sobre su caballo. Huí. Al llegar a la acera me detuve y miré hacia atrás. No pude ver nada: un dolor terrible me cruzó la espalda. Me di vuelta de nuevo: ante mí, con el brillante sable desenvainado, se erguía un agente de policía. ¿De dónde había salido? Nunca lo supe, a pesar de que el cabo estaba a menos de veinte metros de distancia.

## VI

Fuí llevado preso, no sin que el policía tuviese que darme dos tirones para obligarme a caminar. Me sentía rabioso, pero mi conciencia estaba intranquila y accedí a marchar. No hablamos durante el trayecto y cuando él lo hizo fué para renegar desabridamente contra los revoltosos, que tanto trabajo daban. No supe qué contestarle; por lo demás, no esperaría respuesta. Por sus palabras me dí cuenta de que no me había visto arrojar la piedra; procedió a detenerme sólo porque me vió correr. Era un motivo fútil, pero todos los motivos podían ser buenos aquella noche. Se trataba de un hombre bajo y esmirriado; durante el camino pensé en desasirme y huir — me llevaba tomado de una bocamanga, afirmados los dedos en los botones —; recordé, sin embargo, que era día de motín y noche de manos libres y me contuve. ¿Si le diera un puñetazo en el pecho y lo tumbara? Es enclenque y caerá como un saco mientras desaparezco; pero ¿y si no le doy bien y resiste? De seguro, va armado de un revólver; si no me ha visto tirar la piedra no tendrá cargo en mi contra y seré puesto en libertad; aquí está el cauce, un salto y si te he visto no me acuerdo, pero no lo conozco y no sé dónde caeré, si en un charco de agua, encima de un perro muerto o en un hoyo, donde me quebraré un brazo o me saltaré los dientes. Desistí. A lo lejos se oía el griterío de los hombres y el correr de los caballos. Por segunda vez en mi vida iba a entrar detenido a una comisaría, ahora sin madre y sin que a mi lado y detrás estuviese ella, mi padre, mi casa, mis hermanos. La comisaría, situada en la falda de un cerro y pintada por fuera de blanco y verde, era una comisaría igual a todas, mal alumbrada, con olor

## VI

Fui llevado preso, no sin que el policía tuviese que darme dos tirones para obligarme a caminar. Me sentía rabioso, pero mi conciencia estaba intranquila y accedí a marchar. No hablamos durante el trayecto y cuando él lo hizo fué para renegar desabridamente contra los revoltosos, que tanto trabajo daban. No supe qué contestarle; por lo demás, no esperaría respuesta. Por sus palabras me di cuenta de que no me había visto arrojar la piedra; procedió a detenerme sólo porque me vió correr. Era un motivo fútil, pero todos los motivos podían ser buenos aquella noche. Se trataba de un hombre bajo y semirriado; durante el camino pensé en desarmarlo y huir — me llevaba tomado de una bocamanga, afirmados los dedos en los botones —; recordé, sin embargo, que era día de motín y noche de manos libres y me contuve. ¿Si le diera un puñetazo en el pecho y lo tumbara? Es enclenque y caerá como un saco mientras desaparezco; pero ¿y si no le doy bien y resiste? De seguro, va armado de un revólver; si no me ha visto tirar la piedra no tendrá cargo en mi contra y será puesto en libertad; aquí será el cauce, un salto y si te he visto no me acuerdo, pero no lo conozco y no sé dónde caerá, si en un charco de agua, encima de un perro muerto o en un hoyo, donde me quebraré un brazo o me saltaré los dientes. Desistí. A lo lejos se oía el griterío de los hombres y el correr de los caballos. Por segunda vez en mi vida iba a entrar detenido a una comisaría, ahora sin madre y sin que a mi lado y detrás estuviese ella, mi padre, mi casa, mis hermanos. La comisaría, situada en la falda de un cerro y pintada por fuera de blanco y verde, era una comisaría igual a todas, mal alumbrada, con olor

a orines y a caballos, rejas de hierro y pavimento desigual. En la sala de guardia se me tomó el nombre, se preguntó al policía por qué me traía -- desorden, aseguró -- y fuí pasado al calabozo. No tuve oportunidad ni tiempo para decir nada, para defenderme o para pedir que se me dijera en qué forma había cometido desorden; era un detenido y eso era suficiente. "Irá con parte al juzgado", dijo el oficial, rubio y rosado, sucio, de piel grasienta, con un bigote descompuesto y sin gracia, un poco húmedo. El policía del sable desapareció y fuí entregado a otro, que me dijo: "por aquí", como si me fuera a introducir en una sala de recepciones. El patio que se extendía detrás de la reja era amplio y estaba rodeado de altas murallas; en sus márgenes se adivinaban algunos calabozos con puertas de madera, que impedían ver quiénes estaban dentro. Fuí metido en uno con puerta de reja, iluminado por una débil ampolleta pegada al techo. Había esperado que la comisaría estuviese llena de todos los hombres traídos del pasaje, pero quizá estaban en aquellos calabozos cerrados, de donde salían gritos vacilantes y una que otra voz firme que gritaba algo contra alguien o contra algo. Aquel en el que fuí introducido por el policía, que me dijo de nuevo "por aquí", estaba ocupado por una sola persona, que yacía en el suelo, casi en el centro, los pantalones caídos y enredados en las piernas y el trasero y las nalgas al aire; roncaba como si estuviese en su cama. Era, sin duda, uno de los borrachos traídos del pasaje y digo que era uno de los borrachos porque sólo un hombre en estado de embriaguez, y de profunda embriaguez, habría hecho lo que aquél: encerrado allí sintió, por lo visto, deseos de defecar, pero borracho como estaba no logró advertir que en un rincón del calabozo, que era bastante amplio, había una taza apropiada, y no viéndola y urgido por su deseo optó por desahogarse en el suelo y así lo hizo, abundantemente, quedándose luego dormido sobre sus laureles, encima de los cuales, finalmente, se sentó; sentado, buscó mayor comodidad y se tendió de lado para dormir. Su trasero y sus nalgas se veían cubiertas de excremento.

a orines y a cabellos, rejas de hierro y pavimento desigual. En la sala de guardia se me tomó el nombre, se preguntó al policía por qué me traía -- desorden, escándalo -- y fué pasado al calabozo. No tuve oportunidad ni tiempo para decir nada, para defenderme o para pedir que se me dijera en qué forma había cometido desorden; era un detenido y eso era suficiente. "Irá con parte al juzgado", dijo el oficial, rubio y rosado, sucio, de piel grasienta, con un bigote descompuesto y sin gracia, un poco bimedo. El policía del sable desapareció y fué entregado a otro, que me dijo: "por aquí", como si me fuera a introducir en una sala de recepciones. El patio que se extendía detrás de la reja era amplio y estaba rodeado de altas murallas; en sus márgenes se adivinaban algunos calabozos con puertas de madera, que impedían ver quiénes estaban dentro. Fuí metido en uno con puerta de reja, iluminado por una débil ampolleta pegada al techo. Había esperado que la comisaría estuviese llena de todos los hombres traídos del pasaje, pero quizá estaban en aquellos calabozos cerrados, de donde salían gritos vociferantes y una que otra vez firme que gritaba algo contra alguien o contra algo. Aquel en el que fuí introducido por el policía, que me dijo de nuevo "por aquí", estaba ocupado por una sola persona, que yacía en el suelo, casi en el centro, los pantalones caídos y enredados en las piernas y el trasero y las nalgas al aire; roncaba como si estuviese en su cama. Era, sin duda, uno de los borrachos traídos del pasaje y digo que era uno de los borrachos porque sólo un hombre en estado de embriaguez, y de profunda embriaguez, habría hecho lo que aquél: encerrado allí sintió, por lo visto, deseos de defecar, pero borracho como estaba no logró advertir que en un rincón del calabozo, que era bastante amplio, había una tasa apropiada, y no vaciándola y urgido por su deseo optó por desabotonarse en el suelo y así lo hizo, abundantemente, quedándose luego dormido sobre sus laureles, encima de los cuales, finalmente, se sentó; sentado, buscó mayor comodidad y se tendió de lado para dormir. Su trasero y sus nalgas se veían cubiertas de excremento.

El hedor era horrible. El excusado, como de comisaría, no olía a nada soportable y el excremento del borracho hedía como diez mil excusados juntos y algo más. El hedor, cosa curiosa, recordaba el que las cantinas del pasaje producían y arrojaban sin cesar hacia la calle, ese olor vinagre, como de cebollas en escabeche y vino fuerte, un olor picante que hería las mucosas. El borracho lo había traído consigo; pero si aquél hería, éste desgarraba; estaba refinado.

Me sentía rodeado de una gran soledad y el hombre tendido en el suelo contribuía a aumentarla: no me parecía un hombre sino un animal, menos que un animal, una bestia, menos que una bestia, no sé qué. Pensé, sin embargo, que, salvo el hedor, aquello era lo mejor que podía ocurrirme; porque ¿qué habría hecho si lo hubiese encontrado borracho y despierto? ¿Qué me habría dicho y que habría podido contestarle? Pensé también que de haberle visto unas horas antes, en el motín, me hubiese parecido, viéndole correr o ejecutar alguna acción ágil o apasionada, un ser lleno de simpatía y de fuerza, quizá si valiente. Ahora, embargada su alma por el alcohol, era sólo una bestia hedionda y allí yacía, también en soledad, una soledad sumergida en mierda. Las cantinas continuarían abiertas, con sus grandes pianos, sus camareras, sus centenares de botellones de morado vino o de rosada chicha y aquí estaba el fruto de ellas, tendido en el suelo, con el trasero al aire.

Ignoro por qué, aquel hombre me intimidó; al entrar pasé junto a él en puntas de pie, mirándolo de reojo. El policía, por su parte, se quedó un momento junto a la reja, después de cerrar, mirando también. Antes de irse pasó sus ojos del borracho a mí, dándome una breve mirada, una mirada que no decía nada, como si no hubiese visto nada o visto algo que estaba fuera de la sensibilidad humana. Tal vez sus ojos estaban ya curtidos para siempre. Me senté en la tarima, buscando un lugar desde el cual no viera el trasero y las nalgas de aquel hombre, cuya vista me llenaba de una terrible vergüenza, no porque hubiese impudicia en ello sino porque había inconciencia;

El hedor era horrible. El excusado, como de costumbre, no olía a nada soportable y el excremento del borracho hacía como diez mil excusados juntos y algo más. El hedor, cosa curiosa, recordaba el que las cantinas del pueblo producían y arrojaban sin cesar hacia la calle, ese olor vinagre, como de cebollas en escabeche y vino fuerte, un olor picante que hería las mucosas. El borracho le había traído consigo; pero al aquél hería, éste descansaba; estaba refinado.

Me sentía rodeado de una gran soledad y el hombre tendido en el suelo contribuía a aumentarla; no me parecía un hombre sino un animal, menos que un animal, una bestia, menos que una bestia, no sé qué. Pensé, sin embargo, que, salvo el hedor, aquello era lo mejor que podía ocurrirme; porque ¿qué habría hecho si lo hubiese encontrado borracho y despierto? ¿Qué me habría dicho y que habría podido contestarle? Pensé también que de haberla visto unas horas antes, en el molín, me hubiese parecido, viéndole correr o ejecutar alguna acción ágil o apasionada, un ser lleno de simpatía y de fuerza, quizá el valiente. Ahora, embargada su alma por el alcohol, era sólo una bestia hediondo y allí yacía, también en soledad, una soledad abominable en miseria. Las cantinas continuarían abiertas, con sus grandes pipas, sus camareras, sus centenares de botellones de morado vino o de rosada chicha y aquí estaba el fruto de ellas, tendido en el suelo, con el trasero al aire.

Ignoro por qué, aquel hombre me intimidó; al entrar pasé junto a él en puntas de pie, mirándolo de reojo. El policía, por su parte, se quedó un momento junto a la reja, después de cerrar, mirando también. Antes de irse pasó una o dos del borracho a mí, dándome una breve mirada, una mirada que no decía nada, como si no hubiese visto nada o visto algo que estaba fuera de la sensibilidad humana. Tal vez sus ojos estaban ya curtidos para siempre. Me senté en la tarima, buscando un lugar desde el cual no viera el trasero y las nalgas de aquel hombre, cuya visión me llenaba de una terrible vergüenza, no porque hubiese implicado en ello sino porque había inconsciencia;

el hecho de que no supiera ni pudiera saber el estado en que se encontraba, era lo que me producía aquella sensación; me parecía que, por mi parte, tenía alguna culpa en ello, no sé en qué, y seguramente no la tenía, pero no podía estar tranquilo: se me figuraba que también estaba, como él, con las nalgas y el trasero al aire, que su trasero y sus nalgas eran los míos y los de todos los hombres. Pero ¿qué podía hacer? Intentar despertarlo, limpiarlo, vestirlo, estando en el estado de embriaguez en que estaba, era una locura: se daría vuelta en contra del que intentase hacerlo, pelearía con él, le atribuiría quién sabe qué intenciones y por fin daría unos horrorosos aullidos; vendrían los policías y uno debería explicar por qué y cómo aquel hombre se encontraba con los pantalones abajo y el culo al aire; es posible que no lo creyeran: ¿cómo puede un hombre llegar a ese estado? No. Por otra parte, ¿cómo se las iría a arreglar, por sí mismo, cuando se le pasara la borrachera y advirtiera el estado en que se encontraba? No quise ni pensar en ello.

Durante unas dos horas estuve allí, intimidado y arrinconado por ese hombre y sus nalgas, blancas y gordas, llenas de inmundicia. Al cabo de ese tiempo reapareció el policía, el mismo del "por aquí" y abrió la puerta y me miró. Noté que hacía lo posible, ahora, por no ver al borracho. "Venga para acá", me dijo, con una extraña voz, entre compasiva y tierna. Me levanté, pasé en puntillas junto al borracho y salí del calabozo. El policía, mientras cerraba, no pudo impedir que sus ojos miraran a aquel ser, atrayente y repelente al mismo tiempo. Por fin, sacando la llave del candado que aseguraba las cadenas con que cerraba el calabozo, dijo, encogiéndose de hombros y dándome una mirada de comprensión:

—Por la puta, ¿no?, que un hombre pueda llegar a ese estado . . . .

Era a principios de otoño y el cielo estaba negro y estrellado; hacía un poco de frío.

--Quédese aquí -- me dijo el policía, dirigéndose hacia los calabozos con puertas de madera.

Allí quedé, mirando el cielo y respirando profundamente, queriendo expulsar de las mucosas el recuerdo del hedor. El policía, tras de buscar entre sus llaves la que necesitaba, abrió uno de los calabozos; un chorro de luz escapó hacia el patio; miré hacia adentro: talvez una docena de hombres se hacinaba allí; se veía a varios tendidos, como durmiendo; los demás, sentados en las orillas de la tarima, parecían enormes patos liles.

--A ver, a ver, los revoltosos, para afuera. Sí, todos. ¿Por qué lo trajeron a usted? También. Claro, ninguno ha hecho nada, pobrecitos; yo tampoco, y aquí estoy. No. Los borrachos se quedan; que se les pase la mona. ¿A dónde van? A la Sección de Seguridad y después al juzgado. La noche es larga, niños, y es mejor pasarla en cama. Puchas, si yo pudiera . . . Ya, ya, vamos.

Los hombres salieron de uno en uno, encandilados, refregándose los ojos, bostezando, desperezándose y echando tal cual escalofrío; algunos tosían y escupían con violencia. Eran los mismos hombres del motín, obreros, jornaleros, vendedores ambulantes o gente de la bahía, que se había dejado arrastrar por la tormenta, participado en ella y luego, en ésta o en aquélla circunstancia, caído en manos de la policía. Ninguno parecía asustado o apesadumbrado por su situación. Fuese lo que fuese lo que habían hecho, no era nada grave y parecían saberlo; por lo demás, no sería la primera vez que estaban presos. Es difícil que un hombre del pueblo no lo haya estado alguna vez o varias veces; son tantas las causas: desorden, embriaguez, equivocaciones, huelgas, riñas o pequeñas y a veces inocentes complicidades en hechos de poca importancia.

--Pónganse ahí, todos juntos -- indicó el policía, dirigiéndose después hacia otro calabozo.

Tiempo.

—Quédese aquí —me dijo el político, dirigiéndose hacia los calabozos con puertas de madera.

Allí quedé, mirando el cielo y respirando profundamente, queriendo expulsar de las mucosas el recuerdo del hedor. El político, tras de buscar entre una llaves la que necesitaba, abrió uno de los calabozos; un chorro de luz escapó hacia el patio; miré hacia adentro: tal vez unas docena de hombres se hacinaba allí; se veía a varios tendidos, como durmiendo; los demás, sentados en las orillas de la tarima, parecían enormes patos lilas.

—A ver, a ver, los revoltosos, para afuera. Sí, todos. ¿Por qué lo trajeron a usted? También. Claro, ninguno ha hecho nada, pobrecitos; yo también, y aquí estoy. No. Los borrachos se quedan; que se les pase la mona. ¿A dónde van? A la Sección de Seguridad y después al juzgado. La noche es larga, niños, y es mejor pasarla en cama. Pronto, si yo pudiera . . . Ea, ya, vamos.

Los hombres salieron de uno en uno, encendidos, refregándose los ojos, bostezando, desperezándose y echando tal cual escalofrío; algunos toselan y escupían con violencia. Eran los mismos hombres del molín, obreros, jornaleros, vendedores ambulantes o gente de la barra, que se había dejado arrastrar por la tormenta, participado en ella y luego, en ésta o en aquella circunstancia, caído en manos de la policía. Ninguno parecía asustado o apesadumbrado por su situación. Fuese lo que fuese lo que habían hecho, no era nada grave y parecían saberlo; por lo demás, no sería la primera vez que estaban presos. Es difícil que un hombre del pueblo no lo haya estado alguna vez o varias veces; son tantas las causas: desórden, embriaguez, equivocaciones, huelgas, riñas o pequeñas y a veces inocentes complicidades en hechos de poca importancia.

—Pónganse ahí, todos juntos — indicó el político, dirigiéndose después hacia otro calabozo.

Los hombres se acercaron y nos miramos con aire tranquilo, como de camaradería; estábamos detenidos por la misma causa. En pocos momentos la reunión alcanzó a unos treinta hombres que el policía procedió a seleccionar: los borrachos se quedaban; los detenidos por delitos comunes, también; sólo los del motín debían estar allí:

--Usted, no: los revoltosos no más; no hay que juntar a los pillos con los honrados ni a los borrachos con los sosegados.

Tenía un criterio parecido al del hombre cuadrado: cada uno en su lugar. Algunos hombres volvieron al calabozo.

--Listos -- anunció el policía a través de la reja que cerraba el patio --. Ya están todos.

Tres o cuatro policías, también bostezando, tiritando, desperezándose y echando tal cual escalofrío, entraron al patio y nos hicieron formar de a dos en fondo.

--Vamos -- mandó el oficial, que vigilaba la maniobra desde la puerta de la sala de guardia.

--Adelante.

Se abrió la puerta de la reja y avanzamos. En la calle esperaban dos coches policiales y en ellos, escoltados por los vigilantes, entramos, repartiéndonos en los asientos. Se cerró la puerta, se corrió una barra y se escuchó el cerrar de un candado.

--¡Caminando!

No se veía nada, a pesar de que el coche tenía unas como persianas fijas, que dejaban entrar un poco de luz y aire. Los hombres empezaron a charlar:

--Puchas: me helé; tengo frío y hambre.

--¡Para qué más! Con eso tiene suficiente.

--¿Quién tiene un cigarrillo?

--Aquí hay: saque.

Los hombres se acercaron y nos miramos con aire tranquilo, como de camaradería; estábamos detenidos por la misma causa. En pocos momentos la reunión alcanzó a unos treinta hombres que el policía procedió a seleccionar: los borrachos se quedaban; los detenidos por delitos comunes, también; sólo los del motín debían estar allí:

—Usted, no: los revoltosos no sale; no hay que juntar a los pillos con los hombres ni a los borrachos con los asesinados.

Tenía un uniforme parecido al del hombre cuadrado: cada uno en su lugar.

Algunos hombres volvieron al calabozo.

—Listos —anunció el policía a través de la reja que cerraba el patio —. Ya están todos.

Tres o cuatro policías, también boqueando, tiritando, desperezándose y echando tal cual escalofrío, entraron al patio y nos hicieron formar de a dos en fondo.

—Vamos —mandó el oficial, que vigilaba la maniobra desde la puerta de la sala de guardia.

—Adelante.

Se abrió la puerta de la reja y avanzamos. En la calle esperaban dos coches policiales y en ellos, escoltados por los vigilantes, entramos, repartiéndonos en los asientos. Se cerró la puerta, se corrió una barra y se escuchó el cerrar de un candado.

—¡Caminando!

No se veía nada, a pesar de que el cielo tenía unas cuas pinceladas rojas, que dejaban entrar un poco de luz y aire. Los hombres empezaron a charlar:

—Pucha: me helé; tengo frío y hambre.

—Para qué més! Con eso tiene suficiente.

—¿Quién tiene un cigarrillo?

—Aquí hay: acepe.

--¿Dónde? No veo nada.

--Aquí.

Se encendieron algunos fósforos y durante un instante pude ver los rostros de mis compañeros; la luz duró poco, sin embargo, y volvieron las tinieblas mientras el coche rodaba por las calles.

--¿Por dónde vamos?

--Creo que es la Avenida Independencia.

--Bueno: ¿y qué va a pasar?

--No sería raro que nos condenaran por borrachos: cinco días.

--Y yo que tenía un buen trabajito. En fin, qué le vamos a hacer.

Se encendía aquí y allá el fuego de los cigarrillos:

--En menos de un mes he caído dos veces preso. Puede ser que no me toque ahora el mismo juez.

--¿Qué le pasó?

--¿Qué no le pasa al pobre? Estaba con unos amigos, tomando unos tragos y cantando en casa de un compadre, cuando se abrió la puerta y entraron varios policías. No estábamos ni borrachos. ¿Qué pasa? Todos detenidos. ¡Bah! ¿Y por qué? Por ebriedad y escándalo. Esta sí que es buena . . . Si hubiésemos estado borrachos o siquiera a medio filo, se habría armado la tremenda, pero, no, estábamos tranquilos. Total: cinco días de detención o cinco pesos de multa. Pagamos y salimos.

--¿Dónde? No veo nada.

--Aquí.

Se encendieron algunos fósforos y durante un instante pude ver los rostros de mis compañeros; la luz duró poco, sin embargo, y volvieron las tinieblas mientras el coche rodaba por las calles.

--¿Por dónde vamos?

--Creo que es la Avenida Independencia.

--Bueno: ¿y qué va a pasar?

--No sería raro que nos condenaran por borrachos: cinco días.

--Y yo que tenía un buen trabajito. En fin, qué le vamos a hacer.

Se encendía aquí y allá el fuego de los cigarrillos:

--En menos de un mes he caído dos veces preso. Puede ser que no me toque ahora el mismo juez.

--¿Qué le pasó?

--¿Qué no le pasa al pobre? Estaba con unos amigos, tomando unos tragos y cantando en casa de un compadre, cuando se abrió la puerta y entraron varios policías. No estábamos ni borrachos. ¿Qué pasa? Todos detenidos. ¡Bah! ¿Y por qué? Por ebriedad y escándalo. Esta sí que es buena . . . Si hubiésemos estado borrachos o siquiera a medio filo, se habría armado la tremenda, pero, no, estábamos tranquilos. Total: cinco días de detención o cinco pesos de multa. Pagamos y salimos.

## VII

Al bajar del coche miramos hacia un lado y otro, con esa mirada del preso, que no se sabe qué busca o qué quiere: si despedirse de la libertad o reconocer en qué sitio se encuentra. La calle estaba desierta: a la izquierda se veían, muy próximos, los cerros, iluminados en las superficies planas, oscuros en las quebradas; a la derecha se adivinaba, tras unos galpones, el mar; luces rojas, verdes y blancas, oscilando en el aire, lo delataban; allí estaba el mar, ese mar que los hombres - archivadores, como si les perteneciera, me negaban, ese mar que me atraía, que podía contemplar durante días enteros, desde el alba hasta el anochecer, pues un pájaro, un barco, un bote, una boya, un lanchón, un humo que se acercaba, se alejaba o permanecía, y aún sin pájaros ni barcos, sin botes y sin boyas, sin lanchones o sin humo, siempre mostraba algo diverso: un color, una rizadura, una nube, el rastro de una corriente, sin contar con el viento, con el que juega, excitándose entre ellos con sus ráfagas y sus rizaduras, sus latigazos y sus ondulaciones, sus súbitos cambios y sus floreadas olas y su espuma volando sobre la cresta.

La Sección de Investigaciones, en cambio, era un edificio sin gran atractivo; el piso estaba en desnivel con la acera y era necesario bajar dos o tres escalones para alcanzarlo y llegar ante la puerta, con pequeños vidrios de colores, que daba entrada a un zaguán oscuro y frío. A la izquierda se abría la puerta de una pieza iluminada por una luz pegada al techo, como la del calabozo.

--Pasen.

VII

Al bajar del coche miramos hacia un lado y otro, con esa mirada del preso, que no se sabe qué busca o qué quiere: si despedirse de la libertad o reconocer en qué sitio se encuentra. La calle estaba desierta: a la izquierda se veían, muy próximos, los cerros, iluminados en las superficies planas, oscuros en las quebradas; a la derecha se adivinaba, tras unos galpones, el mar; luces rojas, verdes y blancas, oscilando en el aire, lo delataban; allí estaba el mar, ese mar que los hombres - archivadores, como si les perteneciera, me negaban, ese mar que me atraía, que podía contemplar durante días enteros, desde el alba hasta el anochecer, pues un pájaro, un barco, un bote, una boya, un lanchón; un humo que se acercaba, se alejaba o permanecía, y aún sin pájaros ni barcos, sin botes y sin boyas, sin lanchones o sin humo, siempre mostraba algo diverso: un color, una rizadura, una nube, el rastro de una corriente, sin contar con el viento, con el que juega, excitándose entre ellos con sus ráfagas y sus rizaduras, sus latigazos y sus ondulaciones, sus súbitos cambios y sus floreadas olas y su espuma volando sobre la cresta.

La Sección de Investigaciones, en cambio, era un edificio sin gran atractivo; el piso estaba en desnivel con la acera y era necesario bajar dos o tres escalones para alcanzarlo y llegar ante la puerta, con pequeños vidrios de colores, que daba entrada a un zaguán oscuro y frío. A la izquierda se abría la puerta de una pieza iluminada por una luz pegada al techo, como la del calabozo.

--Pasen.

La oficina era pequeña y la llenamos de una vez, dejando en el zaguán a varios hombres que no cupieron. Se veía allí un escritorio con cubierta de felpa verde, rasgada aquí y allá; entre sus roturas, un tintero, un cenicero de cobre y trozos de papeles; sobre la pared del fondo un estante lleno de altos libros (archivadores, seguramente); dos o tres sillas, un sillón y un hombre bajo, de color opaco, pelo ceniciento y rostro picoteado, ojos turbios y labios secos, más bien pobremente vestido -- el cuello de su camisa mostraba algunas hilachas --, que nos recibió con cara de pocos amigos. Estaba ante un pupitre cubierto por un gran libraco, y dijo, humedeciendo en el tintero una pluma:

--Vamos a ver; de a uno: ¿cómo se llama usted?

Los demás inclinamos la cabeza o estiramos el cuello para ver qué haría el hombrecillo. El interpelado contestó:

--Rogelio Sánchez.

--¿Profesión?

--¿Qué?

--En qué trabaja.

--¡Ah! Lanchero.

--¿Ha estado detenido alguna vez?

--Sí; varias.

--¿Por qué?

Rogelio Sánchez, alto y huesudo, de cara inocente, sonrió con una gran sonrisa. Sus labios eran pálidos y grandes sus dientes:

--No me acuerdo.

--¿Robo con fractura?

--¡Cómo se le ocurre!

--¿Contrabando?

--No. . .

La oficina era pequeña y la llenamos de una vez, dejando en el zaguán a varios hombres que no cupieron. Se veía allí un escritorio con cubierta de felpa verde, rasgada aquí y allá; entre sus roturas, un tintero, un cenicero de cobre y trozos de papeles; sobre la pared del fondo un estante lleno de altos libros (archivadores, seguramente); dos o tres sillas, un sillón y un hombre bajo, de color opaco, pelo ceniciento y rostro picoteado, ojos turbios y labios secos, más bien pobremente vestido -- el cuello de su camisa mostraba algunas hilachas --, que nos recibió con cara de pocos amigos. Estaba ante un pupitre cubierto por un gran libraco, y dijo, humedeciendo en el tintero una pluma:

--Vamos a ver; de a uno: ¿cómo se llama usted?

Los demás inclinamos la cabeza o estiramos el cuello para ver qué haría el hombrecillo. El interpelado contestó:

--Rogelio Sánchez.

--¿Profesión?

--¿Qué?

--En qué trabaja.

--¡Ah! Lanchero.

--¿Ha estado detenido alguna vez?

--Sí; varias.

--¿Por qué?

Rogelio Sánchez, alto y huesudo, de cara inocente, sonrió con una gran sonrisa. Sus labios eran pálidos y grandes sus dientes:

--No me acuerdo.

--¿Robo con fractura?

--¡Cómo se le ocurre!

--¿Contrabando?

--No. . .

—¿Embriaguez?

—Sí, algo así .....

—¿Riña?

—¿Pelea? También, su poco.

—¿Dónde vive?

—Cerro Mariposa, conventillo El alamo, pieza catorce.

—¿Le han tomado impresiones digitales?

—Si, claro: ya he tocado el piano.

—¿No ha tenido condenas?

—Ninguna.

—¿Ha sido procesado?

—No.

—¿Tiene algún sobrenombre?

—Si, me llaman Don Roge.

—Ese no es sobrenombre.

—¡Qué le vamos a hacer!

—¿Por qué lo traen ahora?

Don Roge, que había contestado con facilidad a todas la preguntas, no supo que responder a aquella y volvió la cabeza hacia uno de los gendarmes: ¿por qué lo traían? El gendarme contestó:

—Desorden y atentado contra la propiedad.

—Bueno; con parte al juzgado. El otro.

Rogelio Sánchez, asustado por aquel cargo, que no entendía, se apartó.

—Alberto Contreras, pintor; cerro Polanco, callejón La Veintiuna; sí, por ebriedad; casado; no tengo sobrenombre.

--¿Embriaguez?

--Sí, algo así .....

--¿Riña?

--¿Pelea? También, su poco.

--¿Dónde vive?

--Cerro Mariposa, conventillo El alamo, pieza catorce.

--¿Le han tomado impresiones digitales?

--Sí, claro: ya he tocado el piano.

--¿No ha tenido condenas?

--Ninguna.

--¿Ha sido procesado?

--No.

--¿Tiene algún sobrenombre?

--Sí, me llaman Don Roge.

--Ese no es sobrenombre.

--¡Qué le vamos a hacer!

--¿Por qué lo traen ahora?

Don Roge, que había contestado con facilidad a todas la preguntas, no supo que responder a aquella y volvió la cabeza hacia uno de los gendarmes: ¿por qué lo traían? El gendarme contestó:

--Desorden y atentado contra la propiedad.

--Bueno; con parte al juzgado. El otro.

Rogelio Sánchez, asustado por aquel cargo, que no entendía, se apartó.

--Alberto Contreras, pintor; cerro Polanco, callejón La Veintiuna; sí, por ebriedad; casado; no tengo sobrenombre.

El hombre opaco y picoteado, que escribía con gran rapidez, afirmó la lapicera en el tintero, volvió la cabeza y miró detenidamente al pintor Alberto Contreras.

--Es malo negar el sobrenombre -- dijo --. Es más fácil encontrar a un individuo por su apodo que por su apelativo.

--Pero no tengo. ¡Qué quiere que le haga!

Alberto Contreras era rechoncho, de color pardo, ojos redondos, cara abotagada y cuello corto; hablaba, además, huecamente.

--Es raro -- comentó el empleado, que en ese momento pareció recordar que tenía dentadura, pues se chupó una muela con gran ruido --. Con esa cara debería tener alguno. El que sigue.

--Prudencio Martínez; cerro Los Placeres, calle La Marina, número ochocientos nueve; comerciante; soltero.

--¿Sobrenombre?

--No tengo.

El empleado soltó de nuevo la lapicera y se irguió, molesto:

--¿Tampoco tiene sobrenombre? ¿De dónde salen ustedes? ¿Del Ministerio de Hacienda?

Prudencio Martínez, que lucía un sucio guardapolvo, lo miró asombrado. El cagatinta hizo un movimiento negativo con la cabeza y volvió la cara hacia el librote, chupándose de nuevo la muela: una carie le molestaba y quizá creía que chupándola lograría que lo dejara en paz.

Se quejó:

--¡Nadie tiene sobre nombre!

Los demás datos le eran indiferentes; el nombre, el domicilio, el oficio, el estado civil, no tenían importancia y no decían nada, no expresaban carácter ni

El hombre opaco y picoteado, que escribía con gran rapidez, afirmó la lapicera en el tintero, volvió la cabeza y miró detenidamente al pintor Alberto Contreras.

--Es malo negar el sobrenombre -- dijo --. Es más fácil encontrar a un individuo por su apodo que por su apelativo.

--Pero no tengo. ¡Qué quiere que le haga!

Alberto Contreras era rechoncho, de color pardo, ojos redondos, cara abotagada y cuello corto; hablaba, además, huecamente.

--Es raro -- comentó el empleado, que en ese momento pareció recordar que tenía dentadura, pues se chupó una muela con gran ruido --. Con esa cara debería tener alguno. El que sigue.

--Prudencio Martínez; cerro Los Placeres, calle La Marina, número ochocientos nueve; comerciante; soltero.

--¿Sobrenombre?

--No tengo.

El empleado soltó de nuevo la lapicera y se irguió, molesto:

--¿Tampoco tiene sobrenombre? ¿De dónde salen ustedes? ¿Del Ministerio de Hacienda?

Prudencio Martínez, que lucía un sucio guardapolvo, lo miró asombrado. El cagatinta hizo un movimiento negativo con la cabeza y volvió la cara hacia el librote, chupándose de nuevo la muela: una carie le molestaba y quizá creía que chupándola lograría que lo dejara en paz.

Se quejó:

--¡Nadie tiene sobre nombre!

Los demás datos le eran indiferentes; el nombre, el domicilio, el oficio, el estado civil, no tenían importancia y no decían nada, no expresaban carácter ni

distinguían a nadie; el apodo, sí. Cientos de personas - individuos, como decía él - vivirían en la calle La Marina, en el conventillo de El Alamo o en el callejón La Veintiuna y otras tantas serían comerciantes, pintores o lancheros y se llamarían Alberto, Prudencio o Rogelio, pero no habría dos que llevaran el mismo apodo.

--Hay muchos hombres que no saben el nombre de su compañero de trabajo o de su vecino; ninguno, sin embargo, ignora su sobrenombre, y cuando no lo tienen, se lo ponen. ¡Es tan fácil! Y es más cómodo.

El sobrenombre parecía ser la única y mejor preocupación del empleado y era, según veíamos, lo que anotaba con más gusto. Por nuestra parte, y a medida que avanzaba el interrogatorio, le encontramos razón: el sobrenombre era lo único que tenía algo de vida y de carácter en medio de aquel sucederse de estúpidas y parecidas preguntas y respuestas.

--Por eso me gustan los ladrones -- dijo el hombrecillo --. Ninguno deja de tener apodo. Cada vez que caen presos se cambian nombre y apellido y muchos tienen ya veinte o treinta, pero nunca se cambian el apodo; no pueden, no les pertenece y dejarían de ser ellos mismos. ¿Quién sabe el nombre del Cara de Aguila? Nadie, ni su madre, que lo bautizó; todo Chile, sin embargo, conoce su apodo.

Volvió a chuparse la muela; la carie no le dejaba tranquilo, aunque talvez no le doliera; pero extrañaba el agujero en la dentadura y ya que no podía llenarlo quería, por lo menos, vaciarlo de algo que suponía que lo llenaba o manaba de él. Discutió con varios de los detenidos, que manifestaron y sostuvieron, talvez con un poco de terquedad, no tener alias alguno: unos ojos redondos y vivos, almendrados o dormidos; un cuello corto y grueso o bien uno largo y delgado; unas piernas desmesuradas o precarias; un modo de hablar, un ceceo, una vacilación en las vocales o en las consonantes; un tono gutural o hueco; unos bigotes así, un pelo acá, lo hacían entrar en sospechas. ¿Cómo era posible que no tuviese sobrenombre? Bautizó

distinguían a nadie; el apodo, sí. Cientos de personas - individuos, como decía él - vivirían en la calle La Marina, en el conventillo de El Alamo o en el callejón La Veintiuna y otras tantas serían comerciantes, pintores o lancheros y se llamarían Alberto, Prudencio o Rogelio, pero no habría dos que llevaran el mismo apodo.

--Hay muchos hombres que no saben el nombre de su compañero de trabajo o de su vecino; ninguno, sin embargo, ignora su sobrenombre, y cuando no lo tienen, se lo ponen. ¡Es tan fácil! Y es más cómodo.

El sobrenombre parecía ser la única y mejor preocupación del empleado y era, según veíamos, lo que anotaba con más gusto. Por nuestra parte, y a medida que avanzaba el interrogatorio, le encontramos razón: el sobrenombre era lo único que tenía algo de vida y de carácter en medio de aquel sucederse de estúpidas y parecidas preguntas y respuestas.

--Por eso me gustan los ladrones -- dijo el hombrecillo --. Ninguno deja de tener apodo. Cada vez que caen presos se cambian nombre y apellido y muchos tienen ya veinte o treinta, pero nunca se cambian el apodo; no pueden, no les pertenece y dejarían de ser ellos mismos. ¿Quién sabe el nombre del Cara de Aguila? Nadie, ni su madre, que lo bautizó; todo Chile, sin embargo, conoce su apodo.

Volvió a chuparse la muela; la carie no le dejaba tranquilo, aunque talvez no le doliera; pero extrañaba el agujero en la dentadura y ya que no podía llenarlo quería, por lo menos, vaciarlo de algo que suponía que lo llenaba o manaba de él. Discutió con varios de los detenidos, que manifestaron y sostuvieron, talvez con un poco de terquedad, no tener alias alguno: unos ojos redondos y vivos, almendrados o dormidos; un cuello corto y grueso o bien uno largo y delgado; unas piernas desmesuradas o precarias; un modo de hablar, un ceceo, una vacilación en las vocales o en las consonantes; un tono gutural o hueco; unos bigotes así, un pelo acá, lo hacían entrar en sospechas. ¿Cómo era posible que no tuviese sobrenombre? Bautizó

a dos o tres con apodos que arrancaron risas a los detenidos, tan acertados o tan graciosos eran, y hasta los propios beneficiados rieron, aceptándolo como bueno. Uno de ellos, sin embargo, a quien apodó La Foca por sus ojos redondos y sus bibotes en rastrillo, preguntó al empleado, con ánimo de molestarlo:

--Y a usted, ¿cómo lo llaman?

El empleado contestó, sonriendo y sin empacho:

--El Cagada de Mosca.

Reimos y la risa hizo que el hombrecillo se animara y bautizara a todos, discutiendo con los que tenían un alias inadecuado, alias que no podían defender, ya que no se lo habían puesto ellos mismos, pero con el que se sentían, si no a gusto, acostumbrados: un cambio produciría confusión. ¿El Palo de Ajo? Pero si aquí lo llamamos El Vela de Sebo .....

--Sí, es cierto -- suspiró --. ¡Pero El Sapo! A usted deberían llamarlo El Botijo .....

Permanecimos allí mientras se filiaba a unos y se tomaba las impresiones digitales a otros; por fin, todo terminado, soñolientos y aburridos por el plantón, se nos ordenó avanzar por el zaguán. Los policías que nos trajeron se marcharon y otros nuevos se encargaron de nosotros.

--Adelante, adelante; derecho no más.

Durante aquel largo rato, una hora, dos quizá, no apareció por allí nadie -- excepto un agente, que nos miró como si fuéramos mercaderías que deseara reconocer -- que manifestara por nosotros no un interés humano, que habría sido mucho pedir, pero ni siquiera un interés jurídico. (El agente no tendría más que un interés policial.) Los detenidos, por lo demás, no parecían echar nada de menos y ninguno dijo algo que hiciera creer que pedía una explicación o que quería darla. Nada. Al otro lado del zaguán había varias piezas y en ellas se sentían voces y ruidos de pasos, sonar de

a dos o tres con apodos que arrancaron risas a los detenidos, tan acertados o tan graciosos eran, y hasta los propios beneficiados rieron, aceptándolo como bueno. Uno de ellos, sin embargo, a quien apodó La Foca por sus ojos redondos y sus bibotes en rastrillo, preguntó al empleado, con ánimo de molestarlo:

--Y a usted, ¿cómo lo llaman?

El empleado contestó, sonriendo y sin empacho:

--El Cagado de Mosca.

Reimos y la risa hizo que el hombrecillo se animara y bautizara a todos, discutiendo con los que tenían un alias inadecuado, alias que no podían defender, ya que no se lo habían puesto ellos mismos, pero con el que se sentían, si no a gusto, acostumbrados: un cambio produciría confusión. ¿El Palo de Ajo? Pero si aquí lo llamamos El Vela de Sebo .....

--Sí, es cierto -- suspiró --. ¡Pero El Sapo! A usted deberían llamarlo El Botijo .....

Permanecimos allí mientras se filiaba a unos y se tomaba las impresiones digitales a otros; por fin, todo terminado, soñolientos y aburridos por el plantón, se nos ordenó avanzar por el zaguán. Los policías que nos trajeron se marcharon y otros nuevos se encargaron de nosotros.

--Adelante, adelante; derecho no más.

Durante aquel largo rato, una hora, dos quizá, no apareció por allí nadie -- excepto un agente, que nos miró como si fuéramos mercaderías que deseara reconocer -- que manifestara por nosotros no un interés humano, que habría sido mucho pedir, pero ni siquiera un interés jurídico. (El agente no tendría más que un interés policial.) Los detenidos, por lo demás, no parecían echar nada de menos y ninguno dijo algo que hiciera creer que pedía una explicación o que quería darla. Nada. Al otro lado del zaguán había varias piezas y en ellas se sentían voces y ruidos de pasos, sonar de

timbres y conversaciones por teléfono; las puertas se abrieron una que otra vez y varios hombres salieron o entraron, entre ellos el agente mirón.

El zaguán se volcaba en un patio empedrado con piedras de río y sumergido en una impresionante oscuridad; no se veía allí nada y tampoco se oía nada, una voz, una risa, una tos; nos pareció que entrábamos a un túnel y nos detuvimos, detenidos por la oscuridad como por una pared. Los policías, que parecían saberse de memoria todo lo que yacía en esa bóveda, nos empujaron:

--A la izquierda, a la izquierda.

--No se vé nada -- dijo alguien.

--¿Y qué quieren ver? -- preguntó una voz, que no se supo si era la de un detenido o la de un gendarme.

--Por aquí.

Avanzamos unos pasos más, sentimos que abrían una puerta y nos detuvimos con la sensación de que íbamos a ser enterrados vivos; no nos distinguíamos ya y empezábamos a experimentar desagrado al rozarnos unos con otros. Nos empujaron de nuevo y entramos más en la oscuridad, dándonos cuenta, por el ruido de una puerta que se cerraba, que estábamos ya en la tumba, cloaca o calabozo que se nos tenía reservado y cuyo tamaño y forma estaban también hundidos en la sombra. Nos quedamos de pie, en silencio, sintiéndonos definitivamente extraños entre nosotros; no había ya rostros, no había ya cuerpos, no había ya voces; el silencio y la oscuridad nos separaban y anulaban; nos perdíamos unos para otros y al perdernos nos desconocíamos. Por lo demás, el hombre que rozaba nuestro brazo o aquél cuya espalda sentíamos contra nuestro hombro, ¿había venido con nosotros o estaba allí antes de nuestra llegada? Si estaba ya allí ¿quién era? Durante un largo rato permanecí en el sitio en que quedara al cerrarse la puerta; pero no podría estar así toda la noche; era preciso encontrar por lo menos un muro en que afirmarme. ¿Dónde estaban los muros? Intenté penetrar la oscuridad y me fué imposible. Me parecía, en ciertos momentos, que no existían

timbres y conversaciones por teléfono; las puertas se abrieron una que otra vez y varios hombres salieron o entraron, entre ellos el agente Mirón.

El segundo se volcaba en un patio empedrado con piedras de río y sumergido en una impresionante oscuridad; no se veía allí nada y tampoco se oía nada, una voz, una risa, una tos; nos parecía que entrábamos a un túnel y nos detuvimos, detenidos por la oscuridad como por una pared. Los policías, que parecían saberse de memoria todo lo que yacía en esa bóveda, nos empujaron:

—A la izquierda, a la izquierda.

—No se vé nada — dijo alguien.

—¿Y qué querían ver? — preguntó una voz, que no se supo si era la de un detenido o la de un gendarme.

—Por aquí.

Avanzamos unos pasos más, sentimos que abrían una puerta y nos detuvimos con la sensación de que íbamos a ser enterrados vivos; no nos distinguíamos ya y empezábamos a experimentar desagrado al rozarnos unos con otros. Nos empujaron de nuevo y entramos más en la oscuridad, dándonos cuenta, por el ruido de una puerta que se cerraba, que estábamos ya en la tumba, cloaca o calabozo que se nos tenía reservado y cuyo tamaño y forma estaban también humildes en la sombra. Nos quedamos de pie, en silencio, sintiéndonos definitivamente extraños entre nosotros; no había ya nosotros, no había ya cuerpos, no había ya voces; el silencio y la oscuridad nos aspiraban y anulaban; nos perdíamos unos para otros y al perdernos nos desconocíamos. Por lo demás, el hombre que rozaba nuestro brazo o aquél cuya aspalda sentíamos contra nuestro hombro, ¿había venido con nosotros o estaba allí antes de nuestra llegada? Si estaba ya allí ¿quién era? Durante un largo rato permanecí en el sitio en que quedara al cerrarse la puerta; pero no podría estar aquí toda la noche; era preciso encontrar por lo menos un muro en que afirmarme. ¿Dónde estaban los muros? Intenté penetrar la oscuridad y me fué imposible. Me parecía, en ciertos momentos, que no existían

allí muros sino rejas, exclusivamente rejas, como en una jaula para animales; en otros, que el calabozo estaba dividido por algo como oscuros velos, inútilmente delgados. Cerré los ojos y cuando los abrí percibí ciertos resplandores, muy tenues, que flotaban en el aire y que se desplazaban con lentitud, desvaneciéndose y reapareciendo; cerré de nuevo los ojos y mientras los mantenía cerrados me dí cuenta de que los resplandores continuaban apareciendo y desapareciendo: se producían en mis ojos. Aquello me convenció de la inutilidad de mis esfuerzos y decidí avanzar hacia donde fuese; dí un paso hacia la derecha y mi pie tropezó con algo que se recogió con rapidez:

—Cuidado — murmuró una voz ronca.

Alguien estaba tendido allí. Quedé otra vez inmóvil y tras un momento de espera intenté moverme hacia otro lado: alargué el pie y toqué el suelo; estaba despejado. ¿Estaría muy lejos de algún muro? Abrí los brazos y giré el cuerpo: dos personas estaban de pie al alcance de mis manos: una a mi frente y otra a la izquierda; talvez buscaban también los muros o un hueco en el suelo, no para tenderse, seguramente, sino siquiera para sentarse, y me los imaginé, indecisos, girando la cabeza y alargando los brazos en la oscuridad. Uno de ellos, al ser tocado, murmuró irónicamente:

—¡Bah! ¿Y éste?

Vagué largo rato por aquel calabozo; por fin, al estirar los brazos dí con dos muros: un rincón. ¿Estaría desocupado? Di un paso hacia adelante, convencido de que tropezaría con alguien que me echaría una maldición y tropecé, en efecto, pero no con un ser humano sino con algo duro que no se recogió ni habló; toqué con el pié y me di cuenta de que se trataba de objetos de pequeño tamaño; hice presión y se corrieron; avancé un medio paso y encontré la orilla; me incliné y palpé: eran ladrillos, por lo menos tenían forma de tales, aunque me sorprendió su frialdad y su rugosa superficie. Suspiré, como si acabara de realizar un trabajo que exigiera un gran esfuerzo físico o una gran concentración mental y me incliné, giré en el aire y

allí muros sino rejas, exclusivamente rejas, como en una jaula para animales; en otros, que el calabozo estaba dividido por algo como oscuros velos, inútilmente delgados. Cerré los ojos y cuando los abrí percibí ciertos resplandores, muy tenues, que flotaban en el aire y que se desplazaban con lentitud, desvaneciéndose y reapareciendo; cerré de nuevo los ojos y mientras los mantenía cerrados me dí cuenta de que los resplandores continuaban apareciendo y desapareciendo: se producían en mis ojos. Aquello me convenció de la inutilidad de mis esfuerzos y decidí avanzar hacia donde fuese; dí un paso hacia la derecha y mi pie tropezó con algo que se recogió con rapidez:

--Cuidado -- murmuró una voz ronca.

Alguien estaba tendido allí. Quedé otra vez inmóvil y tras un momento de espera intenté moverme hacia otro lado: alargué el pie y toqué el suelo; estaba despejado. ¿Estaría muy lejos de algún muro? Abrí los brazos y giré el cuerpo: dos personas estaban de pie al alcance de mis manos: una a mi frente y otra a la izquierda; talvez buscaban también los muros o un hueco en el suelo, no para tenderse, seguramente, sino siquiera para sentarse, y me los imaginé, indecisos, girando la cabeza y alargando los brazos en la oscuridad. Uno de ellos, al ser tocado, murmuró irónicamente:

--¡Bah! ¿Y éste?

Vagué largo rato por aquel calabozo; por fin, al estirar los brazos dí con dos muros: un rincón. ¿Estaría desocupado? Dí un paso hacia adelante, convencido de que tropezaría con alguien que me echaría una maldición y tropecé, en efecto, pero no con un ser humano sino con algo duro que no se recogió ni habló; toqué con el pié y me dí cuenta de que se trataba de objetos de pequeño tamaño; hice presión y se corrieron; avancé un medio paso y encontré la orilla; me incliné y palpé: eran ladrillos, por lo menos tenían forma de tales, aunque me sorprendió su frialdad y su rugosa superficie. Suspiré, como si acabara de realizar un trabajo que exigiera un gran esfuerzo físico o una gran concentración mental y me incliné, giré en el aire y

descendí hacia el suelo, sentándome sobre los presuntos ladrillos, que se desperdigaron un poco, pero que logré reunir. Ya tenía un asiento y ahí me quedé, quieto, procurando averiguar algo del sitio en que me encontraba. Recordé a mis compañeros de esa noche: ¿qué sería de ellos? ¿Andarían aún vagando en la oscuridad, a tientas, ciegos, tropezando entre ellos y con los hombres que, según me parecía, estaban tendidos en el suelo aquí y allá? Eran como treinta: ¿dónde estaban metidos, si es que se habían metido en alguna parte? Tan impresionante como la oscuridad era el silencio: no se oían voces, toses, eructos, ronquidos ni nada de lo que el hombre produce cuando está despierto o cuando duerme. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los hombres que estaban allí antes de nuestra llegada permanecían silenciosos: ¿dormían, estaban despiertos? Si dormían, ¿por qué no roncaban? Y si estaban despiertos, ¿por qué no hablaban ni fumaban ni tosían ni se movían? En un calabozo en que hay treinta o cincuenta hombres, o aún menos, siempre hay uno o dos que no duermen y que fuman o conversan. ¿Y cuántos eran: dos, tres, cincuenta, mil? Al cabo de un largo rato y mientras me dedicaba a cerrar los ojos con la esperanza de que se acostumbraran a la oscuridad y me permitieran ver algo — a pesar de que no veía sino los mismos resplandores del principio —, oí cerca de mí una respiración pesada y regular: un hombre, seguramente tendido en el suelo, en el duro suelo, ya que no era previsible que hubiese allí camas, se entregaba al sueño. En ese mismo instante sentí, no sé cómo, que alguien se acercaba a mí; quizá la oscuridad aumentó al ponerse el hombre frente a donde yo estaba o quizá mi olfato indicó su aproximación: un "individuo" avanzaba en la oscuridad. Sentí un estremecimiento y muchas preguntas surgieron en mi mente: ¿quién sería y qué querría o buscaba? ¿Sería de los míos? ¿Lo retendría o lo dejaría pasar? Si no era de los míos y buscaba algo que yo no podía saber qué era, y que podía ser algo desagradable, pasaría un mal momento; estaba, es cierto, sentado sobre un montón de duros ladrillos, buenos proyectiles o armas, pero ignoraba si el hombre llevaría en sus manos algo más duro aún. Ya estaba detenido ante mí. Si era de los míos cometería

una crueldad dejándolo pasar de largo; y haciendo un enorme esfuerzo y mientras tomaba con la mano derecha uno de los ladrillos, estiré el brazo izquierdo y me erguí hasta quedar casi de pie, doblado el busto hacia adelante: tropecé con un brazo, corrí la mano y tomé una muñeca. El hombre tuvo un sobresalto y eso me tranquilizó: tampoco las tenía todas consigo. Tiré de la muñeca hacia abajo y hacia la derecha, queriendo indicarle que había allí un lugar disponible, y el hombre, tras un instante de vacilación, tanteó el lugar con el pie y se agachó; lo solté entonces, pero, estirando el brazo al azar, aunque calculando en la sombra la dirección en que el mío se retiraba, alcanzó a tomarme de la mano, sobre cuyo dorso golpeó suavemente con sus dedos; susurró: "gracias, compañerito" y se hundió en la oscuridad y en el silencio.

No había más que esperar y decidí no hacer nuevos esfuerzos para ver o para oir -- ¿y qué quieren ver?, había preguntado la voz --. Allí quedé, inmóvil, sentado sobre los ladrillos, la cabeza entre las manos, cerrados los ojos, que no me servían para nada. Hacía calor y el aire se sentía pesado. ¿Qué hora sería? ¿Las tres? ¿Las cuatro? ¿Hasta qué horas estaríamos encerrados allí? ¿A dónde nos llevarían después y qué ocurriría? Apareció en mi mente el pasado; todo seguía igual en él: mi madre, mi padre, mis hermanos; éstos se movían y aquellos estaban inmóviles y todos me miraban, pero me miraban desde alguna parte iluminada, desde la acera de una calle, desde la puerta de una casa, desde la orilla de un río, desde una habitación iluminada por una lámpara de suave luz y de blanca pantalla. No podían hacer nada por mí y yo no podía hacer otra cosa que mirarlos desde la sombra, de uno en uno, recorriendo sus rostros y sus cuerpos, observando sus movimientos y recordando sus llantos o sus sonrisas. Los ojos de mi madre me miraban desde un sitio más lejano y estaban como inmóviles. Algo corrió por mi pescuezo; me estremecí y el pasado se desvaneció; doblé el brazo y tomé algo pequeño y vivo que mantuve durante un segundo entre mis dedos y que arrojé luego al aire; era suave al tacto y redondo de forma: una cucaracha, de seguro. Me refregué el pezcuezo con dureza y dudé entre

quedarme allí o buscar un nuevo lugar; me retuve: todos serían iguales, y si no lo eran, no había cómo elegir. Quizá se tratara de una única cucaracha, perdida también en la oscuridad. Permanecí, pues, en actitud de espera, con el pescuezo tieso; algo vendría: instantes después un nuevo insecto se movió sobre mi nuca; su roce fué más suave y más liviano que el del anterior; volví a echar mano, lo tomé y sentí que se me deshacía entre los dedos: una chinche. Me olí la mano; sí, lo era, mejor dicho, había sido; estaba sentado sobre una fábrica de insectos. Me erguí y junto con erguirme sentí que una rápida transpiración empezaba a brotar de mi cuerpo, mientras algo me subía a la garganta. Erguido, miré hacia un lado y otro y pude ver, con gran sorpresa, que frente a mi, en línea oblícua, había una puerta de reja; talvez la emoción aumentaba mi capacidad visual. Me dirigí hacia ella sin vacilar, tropezando en el trayecto con alguien tendido en el suelo, que gruñó, pero al que no hice el menor caso: una desesperación nerviosa empezaba a tomarme y no me hubiese importado pelearme con cualquiera. La puerta tenía gruesos y tableados barrotes y estaba asegurada por un candado y una cerradura; estúpidamente traté de remecerla, pero, claro está, no se movió ni hizo ruido alguno; mi desesperación aumentó; no me quedaría allí; de quedarme, sufriría una fatiga o un ataque nervioso; no tenía miedo, pero sí angustia; tomé el candado, que colgaba de una cadena, y lo azoté contra el latón de la cerradura, produciendo un ruido que vibró secamente en la noche, extendiéndose en la oscuridad; oí que varias personas gruñían, lanzaban suspiros o decían algunas palabras: despertaban, sobresaltados. No hubo respuesta. Volví a golpear con más fuerza y grité, además:

—¡Eh!

La gente volvió a moverse, a suspirar y a gruñir y alguien gritó, preguntando por qué metía tanta bulla; no hice caso y volví a golpear y a gritar, ya temeroso de que nadie respondiera y tuviese que quedarme allí, fracasado y rabioso. Oí unos pasos, sin embargo, y alguien salió al patio, preguntando con voz fuerte:

quedarme allí o buscar un nuevo lugar; me retuve: todos serían iguales, y si no lo eran, no había como elegir. Quizá se trataba de una única cucaracha, perdida también en la oscuridad. Permanecí, pues, en actitud de espera, con el pescuezo tieso; algo vendría: instantes después un nuevo insecto se movió sobre mi nuca; su roce fué más suave y más lívidno que el del anterior; volví a echar mano, lo tomé y sentí que se me desbarcía entre los dedos: una chinche. Me oli la mano; sí, lo era, mejor dicho, había sido; estaba sentado sobre una fábrica de insectos. Me erguí y junto con el grito sentí que una rápida transpiración empezaba a brotar de mi cuerpo, mientras algo me subía a la garganta. Erguido, miré hacia un lado y otro y pude ver, con gran sorpresa, que frente a mí, en líneas oblícuas, había una puerta de reja; tal vez la emoción aumentaba mi capacidad visual. Me dirigí hacia ella sin vacilar, tropezando en el trayecto con alguien tendido en el suelo, que gruñó, pero al que no hice el menor caso: una desesperación nerviosa empezaba a tomarme y no me hubiese importado pelearme con cualquiera. La puerta tenía grasoso y tablecdos barrotes y estaba asegurada por un candado y una cerradura; estúpidamente traté de removerla, pero, claro está, no se movió ni hizo ruido alguno; mi desesperación aumentó; no me quedaría allí; de quedarme, sufriría una fatiga o un ataque nervioso; no tenía miedo, pero sí angustia; tomé el candado, que colgaba de una cadena, y lo azoté contra el latón de la cerradura, produciendo un ruido que vibró secamente en la noche, extendiéndose en la oscuridad; oí que varias personas gruñían, lanzaban suspiros o decían algunas palabras: despertaban, sobresaltadas. No hubo respuesta. Volví a golpear con más fuerza y grité, además:

—¡Eh!

La gente volvió a moverse, a suspirar y a gruñir y alguien gritó, preguntando por qué había tanta bulla; no hice caso y volví a golpear y a gritar, ya temeroso de que nadie respondiera y tuviese que quedarme allí, fracasado y ridículo. Oí unos pasos, sin embargo, y alguien salió al patio, preguntando con voz fuerte:

—¡Qué pasa!

—Aquí, por favor — llamé.

El hombre avanzó hacia el calabozo y se acercó a la puerta; veía, al parecer, en aquella oscuridad.

—¿Qué le ha pasado? — me preguntó, con una voz mucho más suave de lo que esperaba.

—Sáqueme de aquí; no me siento bien.

—¿Está enfermo?

Ahora lo veía, aunque sólo en bulto: un gendarme; su cara era una mancha oscura y sin rasgos; por su parte se inclinó y me miró de abajo a arriba, queriendo distinguir mi cara.

—Creo que me va a dar una fatiga; déjeme salir al patio.

Echó mano al llavero y abrió primero el candado y luego la cerradura; la puerta giró, lanzando un pequeño chirrido de sierra, y salí. El gendarme volvió a cerrar, guardó su llavero y dijo:

—Quédese por aquí, pero no vuelva a gritar.

Se fué. Todo transcurrió con gran suavidad y fué sentido más que visto por mi. Allí quedé. Un soplo de viento, una brisilla, me recorrió la cara; me tranquilicé y dí unos pasos. Me pareció, por la oscuridad que allí había, que el patio tendría techo, pero aquella brisilla me hizo levantar la cabeza y mirar: un enorme y negro cielo refulgía arriba. Sentí un escalofrío y estornudé. La transpiración había cesado. Registré mis bolsillos y hallé dos cigarrillos medio deshechos y fósforos; fumé y caminé por el patio, mirando de vez en cuando hacia arriba. Había altos muros alrededor del patiecillo y ví cómo terminaban contra el cielo. No tenía sueño; me sentía liviano, casi feliz y ni por un momento se me ocurrió la idea de escaparme; no podía pagar al gendarme con una tan mala moneda; por lo demás, quizá

—¡Qué pasa!

—Aquí, por favor —llamé.

El hombre avanzó hacia el calabozo y se acercó a la puerta; veía, al parecer, en aquella oscuridad.

—¿Qué le ha pasado? —me preguntó, con una voz mucho más suave de lo que esperaba.

—Sáqueme de aquí; no me siento bien.

—¿Está enfermo?

Ahora lo veía, aunque sólo en bulto: un gendarme; su cara era una mancha oscura y sin rasgos; por su parte se inclinó y me miró de abajo a arriba, queriendo distinguir mi cara.

—Creo que me va a dar una fatiga; déjeme salir al patio.

Echó mano al llavero y abrió primero el candado y luego la cerradura; la puerta giró, lanzando un pequeño chirrido de sierra, y salí. El gendarme volvió a cerrar, guardó su llavero y dijo:

—Quédese por aquí, pero no vuelva a gritar.

Se fue. Todo transcurrió con gran suavidad y fue sentido más que visto por mí. Allí quedé. Un soplo de viento, una brisilla, me recorrió la cara; me tranquilicé y di unos pasos. Me pareció, por la oscuridad que allí había, que el patio tendría techo, pero aquella brisilla me hizo levantar la cabeza y mirar: un enorme y negro cielo refulgía arriba. Sentí un escalofrío y estornudé. La transpiración había cesado. Registré mis bolsillos y hallé dos cigarrillos medio deshechos y fósforos; fumé y caminé por el patio, mirando de vez en cuando hacia arriba. Había altos muros alrededor del patiecillo y vi cómo terminaban contra el cielo. No tenía sueño; me sentía lúcido, casi feliz y ni por un momento se me ocurrió la idea de escaparme; no podía pagar al gendarme con una tan mala moneda; por lo demás, quizá

si él sabía, al dejarme solo en el patio, que no podría escapar; estaba en una Sección de Investigaciones y no en una feria de entretenimientos. No volví a pensar en lo que sucedería al día siguiente.

Pronto empezó a amanecer y una suave claridad surgió del suelo y de los muros; parecía que la atmósfera se aclaraba por sí misma y que la oscuridad se desvanecía voluntariamente. Palidecieron las estrellas: un nuevo día avanzó hacia los seres humanos, hacia los presos y hacia los libres, hacia los enfermos y hacia los sanos, hacia los jóvenes y hacia los viejos, hacia los miserables y hacia los poderosos, trayendo lo mismo que trajera el anterior o algo inesperado, la muerte, por ejemplo, o la desesperación. Miré hacia el calabozo, que ya casi había olvidado, y me sorprendió ver que todo su frente era una sola reja y muros sus otras partes; sus dimensiones eran iguales a las de aquel en que por primera vez estuve preso. Era necesario pagar las cuotas, de a poco, claro está, ya que nadie puede pagarlas de un golpe, salvo que muera: la primera fué aquélla; la segunda, la muerte de mi madre; la tercera, la detención y condena de mi padre; ésta era la cuarta, si mi memoria no me era infiel. Algunos hombres estaban ya en pie y se acercaban a la reja, mirando hacia el patio como quien mira hacia un desierto; algunos de mis compañeros estaban entre ellos y me sonrieron; nos reconocíamos.

Varios gendarmes entraron al patio. La noche terminaba: durante ella había tocado, con las puntas de los pies, como un bailarín o un nadador, una de las innumerables profundidades que el hombre toca durante su vida, una profundidad en que existe una angustiosa presión física y moral, que uno puede soportar o no, pero que debe primero aceptar o rechazar, conformándose o rebelándose contra ella. La había rechazado, no porque no pudiera soportarla sino porque nada me decía que debía hacerlo. Y me alegraba de ello. De haberla aceptado y soportado porque sí, sin más ni más, como

si él sabía, al dejarme solo en el patio, que no podría escapar; estaba en una Sección de Investigaciones y no en una feria de entretenimientos. No volví a pensar en lo que sucedería al día siguiente.

Pronto empezó a amanecer y una suave claridad surgió del suelo y de los muros; parecía que la atmósfera se aclaraba por sí misma y que la oscuridad se desvanecía voluntariamente. Palidecieron las estrellas: un nuevo día avanzó hacia los seres humanos, hacia los presos y hacia los libres, hacia los enfermos y hacia los sanos, hacia los jóvenes y hacia los viejos, hacia los miserables y hacia los poderosos, trayendo lo mismo que trajera el anterior o algo inesperado, la muerte, por ejemplo, o la desesperación. Miré hacia el calabozo, que ya casi había olvidado, y me sorprendió ver que todo su frente era una sola reja y muros sus otras partes; sus dimensiones eran iguales a las de aquel en que por primera vez estuve preso. Era necesario pagar las cuotas, de a poco, claro está, ya que nadie puede pagarlas de un golpe, salvo que muera: la primera fué aquélla; la segunda, la muerte de mi madre; la tercera, la detención y condena de mi padre; ésta era la cuarta, si mi memoria no me era infiel. Algunos hombres estaban ya en pie y se acercaban a la reja, mirando hacia el patio como quien mira hacia un desierto; algunos de mis compañeros estaban entre ellos y me sonrieron; nos reconocíamos.

Varios gendarmes entraron al patio. La noche terminaba: durante ella había tocado, con las puntas de los pies, como un bailarín o un nadador, una de las innumerables profundidades que el hombre toca durante su vida, una profundidad en que existe una angustiosa presión física y moral, que uno puede soportar o no, pero que debe primero aceptar o rechazar, conformándose o rebelándose contra ella. La había rechazado, no porque no pudiera soportarla sino porque nada me decía que debía hacerlo. Y me alegraba de ello. De haberla aceptado y soportado porque sí, sin más ni más, como

quien acepta y soporta una bofetada o un insulto, habría sentado en mí mismo un funesto precedente para mi vida futura; quizá qué hechos o situaciones habría llegado a soportar y aceptar después.

—¡A ver: de a dos en fila! ¡Vamos, pronto!

quien acepta y soporta una bofetada o un insulto, habría sentado en mí mismo un
funesto precedente para mi vida futura; quizá que hechos o situaciones habría
llegado a soportar y aceptar después.

—¡A ver: de a dos en fila! ¡Vamos, pronto!

## VIII

Roja era su cara y en varias partes de ella se veían pequeñas espinillas próximas a estallar; los labios, gruesos, estaban constantemente húmedos, como si la saliva rebalsara la boca, y la lengua, abultada y de color violáceo, los barría a menudo, no para humedecerlos, como es costumbre, sino para recoger lo que se escapaba. Su expresión, sin embargo, era despierta y hablaba con dulzura, aunque de modo atropellado: quizá si lo abundante de la secreción salivar o el volumen de la lengua lo obligaban a ello; debía decir con rapidez lo que pensaba o necesitaba decir, ya que si tenía abierta la boca durante demasiado tiempo podía ocurrirle algo desagradable. Declaró llamarse Florentino Hernández, ser pintor y llevar como apodo el de El Azarcón, que se debía, con seguridad, al color de la piel de su rostro.

—¡El Azarcón! — exclamó El Cagada de Mosca al oir el alias — ¡Ese sí que es sobrenombre! Permítame felicitarlo. Le queda que ni pintado.

Me tocó de compañero en la cuerda, si cuerda podía llamarse aquella hilera.

--De a dos, de a dos — exigió el gendarme, al ver a todos en el patio.

Sólo algunos pocos hombres, desgreñados y sucios, quedaron en el calabozo, arrimados a la reja y mirando hacia el patio como hacia un desierto. Los demás, conocidos y desconocidos, recién llegados o residentes, formamos en la cuerda, silenciosos. No había de qué hablar; cada uno pasaba lo suyo y tenía bastante con ello. Los rostros estaban llenos de cansancio y las ropas eran como estropajos. El gendarme se acercó por el lado izquierdo, metió las manos bajo el brazo, cerca de la axila, y a poco sentí el apretón de la cuerda, delgada y firme.

## VIII

Roja era su cara y en varias partes de ella se veían pequeñas espinillas próximas a estallar; los labios, gruesos, estaban constantemente húmedos, como si la saliva rebalsara la boca, y la lengua, abultada y de color violáceo, los barría a menudo, no para humedecerlos, como es costumbre, sino para recoger lo que se escapaba. Su expresión, sin embargo, era despierta y hablaba con dulzura, aunque de modo atropellado: quizá si lo abundante de la secreción salivar o el volumen de la lengua lo obligaban a ello; debía decir con rapidez lo que pensaba o necesitaba decir, ya que si tenía abierta la boca durante demasiado tiempo podía ocurrirle algo desagradable. Declaró llamarse Florentino Hernández, ser pintor y llevar como apodo el de El Azarcón, que se debía, con seguridad, al color de la piel de su rostro.

—¡El Azarcón! — exclamó El Cagada de Mosca al oír el alias — ¡Ese sí que es sobrenombre! Permítame felicitarlo. Le queda que ni pintado.

Me tocó de compañero en la cuerda, si cuerda podía llamarse aquella hilera.

—De a dos, de a dos — exigió el gendarme, al ver a todos en el patio.

Sólo algunos pocos hombres, desgreñados y sucios, quedaron en el calabozo, arrimados a la reja y mirando hacia el patio como hacia un desierto. Los demás, conocidos y desconocidos, recién llegados o residentes, formamos en la cuerda, silenciosos. No había de qué hablar; cada uno pasaba lo suyo y tenía bastante con ello. Los rostros estaban llenos de cansancio y las ropas eran como estropajos. El gendarme se acercó por el lado izquierdo, metió las manos bajo el brazo, cerca de la axila, y a poco sentí el apretón de la cuerda, delgada y firme.

—Acérquese usted.

El Azarcón se acercó, obediente, y el gendarme repitió la operación en su brazo derecho. Quedamos amarrados uno al otro, inmóviles, esperando que se completara la hilera. Los pasos de los gendarmes era lo único que se oía en el patio. Ya amarrados, nos hicieron avanzar por el zaguán, abrieron la puerta y salimos a la calle, de a dos, como escolares que van a dar un paseo, los gendarmes en la orilla de la fila, sin sables y sin carabinas, pero con revólver al cinto. Eramos más o menos cincuenta hombres, divididos, amarrados, mejor dicho, de a dos. Se veía poca gente en las calles y la que encontrábamos nos miraba con curiosidad y sin interés: éramos un espectáculo. Muchos no sabíamos qué hacer con nuestros ojos y algunos mirábamos fijamente el suelo; otros devolvíamos con rapidez las miradas de los transeúntes, que nos miraban, por el contrario, con largueza. Sentíamos de pronto una especie de orgullo y nos erguíamos y mirábamos con desdén, procurando aparentar que éramos seres peligrosos. Sabíamos que aquello no era más que una manera de defendernos, una manera infantil, pero el hombre se defiende como puede. Los que miraban, por lo demás, no lo sabían. ¿Acaso a un borracho o a quien ha robado una escoba o a aquél que sólo ha dado unas bofetadas a un prójimo o roto unos faroles en un motín, se le puede llevar amarrado y vigilado por gendarmes con revólver al cinto? No. Eramos, de seguro, gente de avería, y aunque muchos sintiéramos que no éramos sino unos pobres diablos, incapaces, moralmente, de hacer nada grave, procurábamos, con nuestro talante, aparentar lo contrario; justificábamos así a la policía. Cuando nadie nos miraba sentíamos la estupidez y la humillación de todo aquello.

Las calles se veían sembradas de trozos de vidrios, de piedras, de pedazos de asfalto, de papeles. Atravesamos la avenida en que fueron volcados los tranvías. Ya no estaban. Durante la noche habían sido enderezados y llevados a los depósitos. Circulaban otros, llenos de trabajadores que nos gritaban y nos hacían amistosas señales.

—Acérquese usted.

El Azarcón se acercó, obediente, y el gendarme repitió la operación en su brazo derecho. Quedamos amarrados uno al otro, inmóviles, esperando que se completara la hilera. Los pasos de los gendarmes era lo único que se oía en el patio. Ya amarrados, nos hicieron avanzar por el zaguán, abrieron la puerta y salimos a la calle, de a dos, como escolares que van a dar un paseo, los gendarmes en la orilla de la fila, sin sables y sin carabinas, pero con revólver al cinto. Éramos más o menos cincuenta hombres, divididos, amarrados, mejor dicho, de a dos. Se veía poca gente en las calles y la que encontrábamos nos miraba con curiosidad y sin interés: éramos un espectáculo. Muchos no sabíamos qué hacer con nuestros ojos y algunos mirábamos fijamente el suelo; otros devolvíamos con rapidez las miradas de los transeúntes, que nos miraban, por el contrario, con largueza. Sentíamos de pronto una especie de orgullo y nos erguíamos y mirábamos con desdén, procurando aparentar que éramos seres peligrosos. Sabíamos que aquello no era más que una manera de defendernos, una manera infantil, pero el hombre se defiende como puede. Los que miraban, por lo demás, no lo sabían. ¿Acaso a un borracho o a quien ha robado una escoba o a aquél que sólo ha dado unas bofetadas a un prójimo o roto unos faroles en un motín, se le puede llevar amarrado y vigilado por gendarmes con revólver al cinto? No. Éramos, de seguro, gente de avería, y sangre muchos sinvergüenzas que no éramos sino unos pobres diablos, incapaces, moralmente, de hacer nada grave, procurábamos, con nuestro talante, aparentar lo contrario; justificábamos así a la policía. Cuando nadie nos miraba sentíamos la estupidez y la humillación de todo aquello.

Las calles se veían sembradas de trozos de vidrios, de piedras, de pedazos de asfalto, de papeles. Atravesamos la avenida en que fueron volcados los tranvías. Ya no estaban. Durante la noche habían sido enderezados y llevados a los depósitos. Circulaban otros, llenos de trabajadores que nos gritaban y nos hacían ambiguas señales,

El trayecto no era muy largo. Sentía un hambre atroz y recordaba con nostalgia el trozo de pescado que engullera antes de ser detenido. ¿Cuándo volvería a comer algo? Misterio. No tenía dinero ni nada que pudiera vender para procurármelo. Aquella parte de mi próxima vida futura estaba en blanco. Entramos en una calle de edificios altos y de color ocre. La calle era breve, de tres o cuatro cuadras a lo sumo y terminaba al pie de un cerro, donde se convertía, como todas, en algo diferente, pues perdía su anchura y su dirección, trepando con trabajo el faldeo del cerro, ayudada por escalinatas de piedra o empinadas escalas de madera.

Nuestro destino era la Sección de Detenidos, edificio macizo y de color sucio, donde funcionaban, además y seguramente para comodidad de los detenidos, los juzgados; de ellos se pasaba a los calabozos: unos pasos y listo. Trepamos unas escaleras y circulamos por pasillos llenos de pequeñas oficinas, cuchitriles de secretarios, receptores, copistas, telefonistas, archiveros, gendarmes, todas amobladas con lo estrictamente necesario: una mesa, una silla, otra mesa, otra silla, un calendario, otro calendario, números negros, números rojos, salivaderas, tinteros, muchos tinteros, más tinteros, tinteros aquí, tinteros allá; la justicia necesita muchos tinteros. Por fin, en una sala amplia y de alto techo, nos detuvimos ante una puerta: Primer Juzgado del Crimen. La hilera se derrumbó y los hombres nos arremolinamos, agrupándonos, los gendarmes en la orilla. Se cerró la puerta y se procedió a desamarrarnos; ya no había peligro de que alguien escapara. Nos sentamos en unas bancas, desazonados. El Azarcón, acostumbrado ya a mi compañía, se sentó a mi lado y me ofreció cigarrillos;

—Puede que llegue pronto el juez — dijo, pasando la lengua por los labios al terminar la frase.

—¿Por qué?

El trayecto no era muy largo. Sentía un hambre atroz y recordaba con nostalgia el trozo de pescado que engulliera antes de ser detenido. ¿Cuándo volvería a comer algo? Misterio. No tenía dinero ni nada que pudiera vender para procurármelo. Aquella parte de mi próxima vida futura estaba en blanco. Entramos en una calle de edificios altos y de color oscuro. La calle era breve, de tres o cuatro cuadras a lo sumo y terminaba al pie de un cerro, donde se convertía, como todas, en algo diferente, pues perdía su anchura y su dirección, trepando con trabajo el faldeo del cerro, ayudada por escalinatas de piedra o empinadas escalas de madera.

Nuestro destino era la Sección de Detenidos, edificio macizo y de color sucio, donde funcionaban, además y seguramente para comodidad de los detenidos, los juzgados; de ellos se pasaba a los calabozos: unos pasos y listo. Trepamos unas escaleras y circulamos por pasillos llenos de pequeñas oficinas, cuchitriles de secretarios, receptores, copistas, telefonistas, archiveros, gendarmes, todas atropelladas con lo estrictamente necesario: una mesa, una silla, otra mesa, otra silla, un calendario, otro calendario, números negros, números rojos, salivaderas, tinteros, muchos tinteros, más tinteros, tinteros aquí, tinteros allá; la justicia necesita muchos tinteros. Por fin, en una sala amplia y de alto techo, nos detuvimos ante una puerta: Primer Juzgado del Crimen. La hilera se derrumbó y los hombres nos arremolinamos, agrupándonos, los gendarmes en la orilla. Se cerró la puerta y se procedió a desamarrarnos; ya no había peligro de que alguien escapara. Nos sentamos en unas bancas, desarmadas. El Azarcón, acostumbrado ya a mi compañía, se sentó a mi lado y me ofreció cigarrillos;

—Puede que llegue pronto el juez — dijo, pasando la lengua por los labios al terminar la frase.

—¿Por qué?

—Así no tendremos que esperar y nos largarán luego.

De pronto se acercó más a mí y me preguntó, en voz baja:

—¿Tiene plata?

Era la pregunta que menos esperaba y la más impropia.

—Ni un centavo.

Se sacó el cigarrillo de la boca y lo miró: estaba mojado hasta la mitad. Lo cortó, dejó caer al suelo el trozo humedecido y colocó el resto en la boca.

—Seguramente — dijo — nos condenarán por borrachos: cinco pesos de multa o cinco días de detención. Barato, ¿no es cierto?

Me miró, como pidiéndome una opinión. Sus ojillos eran de color oscuro y de apacible mirada. Asentí, mientras miraba su cigarrillo: la saliva llegaba ya al extremo. Los demás detenidos permanecían silenciosos o entablaban dificultosos diálogos en voz baja, como si la presencia de los gendarmes les intimidara. Estos, por su parte, sentados en los extremos de las largas bancas, callaban y bostezaban.

—¿En que trabaja usted?

—Soy pintor.

Echó una mirada a mi ropa: el albayalde estaba a la vista.

—No me había fijado — comentó.

Yo había mirado ya la suya, que se veía limpia, sin las manchas de ordenanza en los del oficio; una ropa humilde, por lo demás, de género tieso.

—Me tomaron en el peor momento — se lamentó.

Sacó el cigarrillo de la boca y lo miró: la saliva lo había apagado. Lo dejó caer y continuó:

—Iba a juntarme con una mujercita que he trabajado durante meses y que durante meses me dijo que no. Ahora me había dicho que sí. Me cambié de ropa y hasta me bañé. Valía la pena; pero no alcancé a llegar y estará diciendo que soy un marica.

—Así no tendremos que esperar y nos largarán luego.

De pronto se acercó más a mí y me preguntó, en voz baja:

—¿Tiene plata?

Era la pregunta que menos esperaba y la más impropia.

—Ni un centavo.

Se sacó el cigarrillo de la boca y lo miró: estaba mojado hasta la mitad. Lo cortó, dejó caer al suelo el trozo humedecido y colocó el resto en la boca.

—Seguramente — dijo — nos condenarán por borrachos: cinco pesos de multa o cinco días de detención. Barato, ¿no es cierto?

Me miró, como pidiéndome una opinión. Sus ojillos eran de color oscuro y de apacible mirada. Asentí, mientras miraba su cigarrillo: la saliva llegaba ya al extremo. Los dedos deformados permanecían silenciosos o entablaban difíciles diálogos en voz baja, como si la presencia de los gendarmes les intimidara. Estos, por su parte, sentados en los extremos de las largas bancas, callaban y bostezaban.

—¿En qué trabaja usted?

—Soy pintor.

Echó una mirada a mi ropa: el albayalde estaba a la vista.

—No me había fijado — comentó.

Yo había mirado ya la suya, que se veía limpia, sin las manchas de ordenanza en los del oficio; una ropa humilde, por lo demás, de género tieso.

—Me tomaron en el peor momento — se lamentó.

Sacó el cigarrillo de la boca y lo miró: la saliva lo había apagado. Lo dejó caer y continuó:

—Iba a juntarme con una mujercita que he trabajado durante meses y que durante meses me dijo que no. Ahora me había dicho que sí. Me cambié de ropa y hasta me bañé. Valía la pena; pero no alcancé a llegar y estará diciendo que soy un mentiroso.

¡Supiera la nochecita que he pasado! Y no crea que me metí en la pelea: me metieron. Lástima; perdí una buena noche. Pero habrá otra, ¿no es cierto?

Echó mano a su chaqueta, como para sacar de nuevo cigarrillos, pero se arrepintió y no sacó nada. ¿Para qué, si le alcanzaban apenas para un par de chupadas? Se restregó las manos y agregó:

—Creo que fué usted el que me agarró de la mano, anoche, en el calabozo, cuando andaba más perdido que un ciego en un basural. ¿Dónde trabaja?

—Estoy sin trabajo.

—¿Con quién trabajaba?

—Con el maestro Emilio.

—¿Emilio?

—Sí: Emilio Daza.

Pensó un instante:

—No lo conozco.

Miró a su alrededor; nadie nos observaba ni hacía de nosotros el menor caso. Murmuró:

—Ando con plata. Como iba a juntarme con la ñata me hice de unos pesos y los tengo aquí, bien guardados, claro, porque uno no se puede confiar de nadie. Si nos condenan por borrachos le pagaré la multa: total, son cinco pesos; no vale la pena.

Le agradecí con un movimiento de cabeza; y como si aquello tuviese el carácter de negocio concluído echó de nuevo mano a la chaqueta y sacó el paquete de cigarrillos, ofreciéndome uno:

—Fume.

—Gracias.

Preferí no volver a mirarlo, a pesar de que el proceso que sufría su cigarrillo

¡Supiera la nochecita que he pasado! Y no creas que me metí en la pelea: me metieron. Última; perdí una buena noche. Pero habré otra, ¿no es cierto?

Echó mano a su chaqueta, como para sacar de nuevo cigarrillos, pero se arrepintió y no sacó nada. ¿Para qué, si le alcanzaban apenas para un par de cinqueas? Se restregó las manos y agregó:

--Creo que fué usted el que me agarró de la mano, anoche, en el calabozo, cuando andaba más perdido que un ciego en un basural. ¿Dónde trabaja?

--Estoy sin trabajo.

--¿Con quién trabajaba?

--Con el maestro Emilio.

--¿Emilio?

--Sí: Emilio Daza.

Pensó un instante:

--No lo conozco.

Miró a su alrededor; nadie nos observaba ni hacía de nosotros el menor caso. Murmuró:

--Ando con plata. Como iba a imaginarme con la plata me hice de unos pesos y los tengo aquí, bien guardados, claro, porque uno no se puede confiar de nadie. Si nos condenan por borrachos le pagaré la multa: total, son cinco pesos; no vale la pena.

Le agradecí con un movimiento de cabeza; y como si aquello tuviese el carácter de negocio concluído sacó de nuevo mano a la chaqueta y sacó el paquete de cigarrillos, ofreciéndome uno:

--Fume.

--Gracias.

Preferí no volver a mirarlo, a pesar de que el proceso que sufría un cigarrillo

era digno de verse: la saliva fluía como por un canuto; pero era un buen hombre, generoso, además, y no quería que llegara a molestarse si me sorprendía mirándolo con esa intención.

Los detenidos parecían haberse convertido en piedras. Ya no hablaban y fuera de dos o tres que fumaban, los demás no se movían; con la vista fija en el suelo, en las paredes o en el techo, la imaginación y el recuerdo muy lejos de allí o demasiado cerca, ensimismados, las manos sobre los muslos, cruzadas sobre el vientre o jugando con un palo de fósforo o un cigarrillo, estaban tan lejos unos de otros como una estrella de un árbol. Se les veía sucios, arrugados los trajes, trasnochados, despeinados, hambrientos quizá. Pensarían en su mujer o en sus hijos, si los tenían, o en su trabajo, en sus pequeños intereses, en la pieza que ocupaban en algún conventillo, en la colchoneta rota, en las mil pequeñas y miserables cosas que ocupan la mente de los hombres que debido a su condición no pueden pensar en asuntos más elevados. Los gendarmes, por su parte, no estaban más entretenidos ni pensaban en asuntos más sublimes; sus rostros estaban alargados por el aburrimiento y la inacción; se movían sobre las bancas, cruzando y descruzando las piernas y sentándose sobre una nalga y sobre la otra. Uno murmuró:

—¡Qué lata! ¡A qué hora llegará el juez!

El juez llegó, por fin: un señor de edad mediana, muy limpio, delgado, un poco calvo y cargado de espaldas, que nos miró de reojo en tanto abrían la puerta: éramos su primer trabajo del día. Nos removimos en los asientos, suspiramos, tosimos, y los gendarmes se pusieron de pie. Tras el juez entraron tres o cuatro personas, empleados, seguramente, limpios, casi atildados, rozagantes: sus noches habían sido buenas. Momentos después se abrió la puerta y una de aquellas personas dijo, con voz sonora:

—Que pasen los detenidos.

era digno de verse: la activa fluía como por un canuto; pero era un buen hombre, generoso, además, y no quería que llegara a molestarse si me sorprendía mirándolo con esa intención.

Los detenidos parecían haberse convertido en piedras. Ya no hablaban y fuera de dos o tres que fumaban, los demás no se movían; con la vista fija en el suelo, en las paredes o en el techo, la imaginación y el recuerdo muy lejos de allí o demasiado cerca, ensimismados, las manos sobre los muslos, cruzadas sobre el vientre o jugando con un palo de fósforo o un cigarrillo, estaban tan lejos unos de otros como una estrella de un árbol. Se les veía sueltos, arrugados los trajes, trasnochados, desperinados, hambrientos quizá. Pensarían en su mujer o en sus hijos, si los tenían, o en su trabajo, en sus pequeños intereses; en la pieza que ocupaban en algún conventillo, en la colchoneta rota, en las mil pequeñas y miserables cosas que ocupan la mente de los hombres que debido a su condición no pueden pensar en asuntos más elevados. Los gendarmes, por su parte, no estaban más entretenidos ni pensaban en asuntos más sublimes; sus rostros estaban alargados por el aburrimiento y la inacción; se movían sobre las bancas, cruzando y descruzando las piernas y sentándose sobre una nalga y sobre la otra. Uno murmuró:

—¡Qué lata! ¡A qué hora llegará el juez!

El juez llegó, por fin: un señor de edad mediana, muy limpio, delgado, un poco calvo y cargado de espaldas, que nos miró de reojo en tanto abrían la puerta: éramos su primer trabajo del día. Nos removimos en los asientos, suspiramos, tosimos, y los gendarmes se pusieron de pie. Tras el juez entraron tres o cuatro personas, empleados, seguramente, limpios, casi afeitados, rozagantes: sus rostros habían sido buenos. Momentos después se abrió la puerta y una de aquellas personas dijo, con voz sonora:

—Que pasen los detenidos.

Nos hicieron entrar en fila. El juez estaba sentado detrás de un escritorio situado sobre una tarima cubierta por un género felpudo de color rojo oscuro; tenía los codos afirmados sobre el escritorio y la cabeza reposaba sobre las manos, juntas bajo el mentón. Se había puesto unos lentes. La luz entraba por una ventana colocada detrás de su escritorio. Nos miró plácidamente, también con curiosidad, como los transeuntes, y también sin interés. Cuando entró el último de nosotros, una larga hilera, bajó las manos y miró unos papeles. Pareció un poco confuso; vaciló y levantó la cabeza dos o tres veces antes de decidirse a hablar. Por fin, dirigiéndose a uno de los gendarmes, preguntó, señalándonos con un movimiento de cabeza:

—¿No hay más?

El gendarme vaciló también y contestó, después de pensarlo:

—No, usía.

El juez manoteó sobre los papeles, levantando unos, bajando otros; después pareció contar algo y dijo:

—Aquí hay cuatro partes: hurto, riña, lesiones y desorden, y treinta y siete detenidos. ¡Qué barbaridad! Parece mitin.

Pensó un instante; talvez el número le acobardaba: no es lo mismo juzgar a uno que a treinta y siete. Después dijo:

—Pedro Cárdenas.

—Aquí señor — respondió un hombre, avanzando un medio paso.

—Juan Contreras.

—Presente — contestó otro.

El juez siguió nombrando y a cada nombre un detenido salía de la fila. Dirigiéndose al gendarme, dijo:

—Que esperen afuera.

Nos hicieron entrar en fila. El juez estaba sentado detrás de un escritorio situado sobre una tarima cubierta por un género felpudo de color rojo oscuro; tenía los codos afirmados sobre el escritorio y la cabeza reposaba sobre las manos, juntas bajo el mentón. Se había puesto unos lentes. La luz entraba por una ventana colocada detrás de su escritorio. Nos miró plácidamente, también con curiosidad, como los transeuntes, y también sin interés. Cuando entró el último de nosotros, una larga hilera, bajó las manos y miró unos papeles. Pareció un poco confuso; vaciló y levantó la cabeza dos o tres veces antes de decidirse a hablar. Por fin, dirigiéndose a uno de los gendarmes, preguntó, señalándonos con un movimiento de cabeza:

—¿No hay más?

El gendarme vaciló también y contestó, después de pensarlo:

—No, juez.

El juez manoteó sobre los papeles, levantando unos, bajando otros; después pareció contar algo y dijo:

—Aquí hay cuatro partes: hurto, riña, lesiones y desorden, y treinta y siete detenidos. ¡Qué barbaridad! Parece mitin.

Pensó un instante; talvez el número le acobardaba: no es lo mismo juzgar a uno que a treinta y siete. Después dijo:

—Pedro Cárdenas.

—Aquí señor — respondió un hombre, avanzando un medio paso.

—Juan Contreras.

—Presente,— contestó otro.

El juez siguió nombrando y a cada nombre un detenido salía de la fila. Dirigiéndose al gendarme, dijo:

—Que esperen afuera.

Los hombres salieron sin mucho entusiasmo; la salida les significaba una mayor espera. Quedamos los que veníamos por riña y desorden, pero, aún así, el juez pareció intranquilo:

—No entiendo — murmuró.

El secretario se levantó y se acercó a él, cambiando algunas palabras en voz baja; el juez le entregó uno de aquellos papeles. Sin vacilar y mirando el papel, el secretario empezó a recitar más nombres. Cuando terminó había tres grupos en la sala. Devolvió el papel al juez y se retiró a su escritorio, más pequeño, situado a un lado y abajo. El juez nos volvió a mirar y dijo, con voz lenta y titubeante, dirigiéndose a uno de los grupos:

—Desorden, riña, rotura de faroles, volcamiento de tranvías . . . ¿Qué tienen que alegar?

Uno de los hombres avanzó y dió unas explicaciones que nadie entendió, pero según las cuales no era culpable y había sido detenido por equivocación: iba por una calle y por otra apareció un grupo de gente, no pudo zafarse y lo tomaron, confundiéndolo con los demás. El juez oía con aburrimiento, sin interés, como si el hombre dijera algo que él había oído otras veces y que se supiera de memoria; no era ninguna novedad. Otro hombre repitió la misma canción. El secretario escribía sobre un papel y de vez en cuando alzaba la cabeza para mirar a los que tartamudeaban. El juez golpeaba con las yemas de los dedos sobre los papeles; tenía ahora la cabeza apoyada en una de las manos y su mirada se fijaba ya en el declarante, ya en el papel, ya en los demás detenidos, ya en el techo o en el piso; parecía desorientado y cansado. No hablaron más que tres hombres. Los demás, comprendiendo que sería estúpido repetir lo ya dicho y difícil decir algo nuevo, callaron. Todo estaba dicho y nadie era capaz de agregar nada a lo dicho, mucho menos el juez. Pero habló de pronto, retirando la cabeza de la mano en que la apoyaba:

—Cinco días de detención o cinco pesos de multa; llévenselos.

Los hombres salieron sin mucho entusiasmo; la salida les significaba una mayor espera. Quedamos los que veníamos por riña y desorden, pero, aún así, el juez pareció interrumpido:

--No entiendo --murmuró.

El secretario se levantó y se acercó a él, cambiando algunas palabras en voz baja; el juez le entregó uno de aquellos papeles. Sin vacilar y mirando el papel, el secretario empezó a recitar más nombres. Cuando terminó había tres grupos en la sala. Devolvió el papel al juez y se retiró a su escritorio, más pequeño, situado a un lado y abajo. El juez nos volvió a mirar y dijo, con voz lenta y titubeante, dirigiéndose a uno de los grupos:

--Desorden, riña, rotura de faroles, volcamiento de tranvías . . . ¿Qué tienen que alegar?

Uno de los hombres avanzó y dió unas explicaciones que nadie entendió, pero según las cuales no era culpable y había sido detenido por equivocación: iba por una calle y por otra apareció un grupo de gente, no pudo zafarse y lo tomaron, confundiéndolo con los demás. El juez oía con aburrimiento, sin interés, como si el hombre dijera algo que él había oído otras veces y que se supiera de memoria: no era ninguna novedad. Otro hombre repitió la misma canción. El secretario escribía sobre un papel y de vez en cuando alzaba la cabeza para mirar a los que tartamudeaban. El juez golpeaba con las yemas de los dedos sobre los papeles; tenía ahora la cabeza apoyada en una de las manos y su mirada se fijaba ya en el declarante, ya en el papel, ya en los dedos detenidos, ya en el techo o en el piso; parecía desorientado y cansado. No hablaron más que tres hombres. Los demás, comprendiendo que sería estúpido repetir lo ya dicho y difícil decir algo nuevo, callaron. Todo estaba dicho y nadie era capaz de agregar nada a lo dicho, mucho menos el juez. Pero habló de pronto, retirando la cabeza de la mano en que la apoyaba:

--Cinco días de detención o cinco pesos de multa: llévenselos.

Los hombres salieron sin mucho entusiasmo; la salida les significaba una mayor espera. Quedamos los que veníamos por riña y desorden, pero, aún así, el juez pareció interrumpido:

--No entiendo --murmuró.

El secretario se levantó y se acercó a él, cambiando algunas palabras en voz baja; el juez le entregó uno de aquellos papeles. Sin vacilar y mirando el papel, el secretario empezó a recitar más nombres. Cuando terminó había tres grupos en la sala. Devolvió el papel al juez y se retiró a su escritorio, más pequeño, situado a un lado y abajo. El juez nos volvió a mirar y dijo, con voz lenta y titubeante, dirigiéndose a uno de los grupos:

--Desorden, riña, rotura de faroles, volcamiento de tranvías . . . ¿Qué tienen que alegar?

Uno de los hombres avanzó y dió unas explicaciones que nadie entendió, pero según las cuales no era culpable y había sido detenido por equivocación: iba por una calle y por otra apareció un grupo de gente, no pudo zafarse y lo tomaron, confundiéndolo con los demás. El juez oía con aburrimiento, sin interés, como si el hombre dijera algo que él había oído otras veces y que se supiera de memoria: no era ninguna novedad. Otro hombre repitió la misma canción. El secretario escribía sobre un papel y de vez en cuando alzaba la cabeza para mirar a los que tartamudeaban. El juez golpeaba con las yemas de los dedos sobre los papeles; tenía ahora la cabeza apoyada en una de las manos y su mirada se fijaba ya en el declarante, ya en el papel, ya en los dedos detenidos, ya en el techo o en el piso; parecía desorientado y cansado. No hablaron más que tres hombres. Los demás, comprendiendo que sería estúpido repetir lo ya dicho y difícil decir algo nuevo, callaron. Todo estaba dicho y nadie era capaz de agregar nada a lo dicho, mucho menos el juez. Pero habló de pronto, retirando la cabeza de la mano en que la apoyaba:

--Cinco días de detención o cinco pesos de multa: llévenselos.

Los hombres salieron atropelladamente, radiantes. Quedaron dos grupos y el juez dijo, dirigiéndose a uno de ellos:

—El caso de ustedes es más grave: agresión y lesiones. El parte dice que hirieron a varios policías.

Un hombre alto, fuerte, de pelo ondeado y negrísimo, avanzó. Su ropa se veía hecha girones y tenía el rostro amoratado. Dijo, mirando ya al juez, ya a sus compañeros, con voz gruesa y violenta:

—¿Lesiones, usía? Fuí detenido sin causa alguna a la salida de una cantina en donde lo único malo que hice fué tomarme un litro de vino a mi salud; me doblaron los brazos, me dieron puñetazos en la cara y palos en la cabeza. Mire, usía, cómo tengo la cara: como un mapa. Y miré cómo me dejaron la ropa. No he agredido a nadie y hasta este momento no sé por qué estoy preso.

El juez volvió la cara hacia el secretario, como pidiéndole auxilio, pero el secretario no supo cómo auxiliarlo: el hombre tenía un acento tan convincente, su rostro estaba tan golpeado, tan destrozada su ropa, que era imposible no creerle o contradecirle. Por fin, dirigiéndose a uno de los gendarmes, el juez preguntó:

—¿Han venido policías heridos?

—No, usía — contestó el gendarme.

—No hay pruebas — dijo el juez, paseando de nuevo la mirada por el grupo de hombres trasnochados —. ¿Y usted? — preguntó a otro de los detenidos.

El interpelado resultó ser El Azarcón; sacó la lengua y la pasó rápidamente por los labios: era necesario precaverse. Después dijo, atropelladamente, como si la lengua lo apurara:

—No sé, usía: no he peleado con nadie; nadie ha peleado conmigo; nadie me ha pegado; no he pegado a nadie.

Se detuvo: quizá la saliva le llenaba ya la boca; agregó, tragando algo espeso:

Los hombres salieron atropelladamente, radiantes. Quedaron dos grupos y el juez dijo, dirigiéndose a uno de ellos:

—El caso de nuestra es más grave: agresión y lesiones. El parte dice que hirieron a varios policías.

Un hombre alto, fuerte, de pelo ondeado y negrísimo, avanzó. Su ropa se veía hecha girones y tenía el rostro amoratado. Dijo, mirando ya al juez, ya a sus compañeros, con voz ronca y violenta:

—¿Lesiones, usía? Fuí detenido sin causa alguna a la salida de una cantina en donde lo único malo que hice fué tomarme un litro de vino a mi salud; me doblaron los brazos, me dieron puñetazos en la cara y palos en la cabeza. Mire, usía, cómo tengo la cara: como un mapa. Y miré cómo me dejaron la ropa. No he agredido a nadie y hasta este momento no sé por qué estoy preso.

El juez volvió la cara hacia el secretario, como pidiéndole auxilio, pero el secretario no supo cómo auxiliarlo: el hombre tenía un acento tan convincente, su rostro estaba tan golpeado, tan destrozada su ropa, que era imposible no creerle o contradecirle. Por fin, dirigiéndose a uno de los gendarmes, el juez preguntó:

—¿Han venido policías heridos?

—No, usía — contestó el gendarme.

—No hay pruebas — dijo el juez, paseando de nuevo la mirada por el grupo de hombres trasnochados —. ¿Y usted? — preguntó a otro de los detenidos.

El interpelado resultó ser El Azarcón; sacó la lengua y la pasó rápidamente por los labios: era necesario precaverse. Después dijo, atropelladamente, como si la lengua lo apurara:

—No sé, usía: no he pelado con nadie; nadie ha peleado conmigo; nadie me ha pegado; no he pegado a nadie.

Se detuvo: quitó la saliva le llenaba ya la boca; agregó, tragando algo espeso:

--Soy un hombre de trabajo y no peleo con nadie; mucho menos se me ocurriría pelear con la policía, que siempre sale ganando.

El juez sonrió: también lo sabía, aunque el hecho de saberlo no le procurara ningún alivio. No había pruebas, la compañía dueña de los tranvías no reclamaba por los vehículos destrozados ni por los faroles rotos, pues era dueña de las dos cosas; se resarciría con el alza; y nadie, fuera del parte, difícil de entender, acusaba a aquellos hombres. Para colmo, no había gendarmes heridos. Dijo, entonces, con un poco menos de autoridad que la primera vez:

--Cinco días de detención o cinco pesos de multa. Para afuera.

Pareció librarse de un peso. Los hombres salieron, radiantes también y también con prisa. Al salir, El Azarcón me hizo una seña amistosa. Comprendí: esperaría para pagarme la multa ..... Pero esperaría en vano: al salir, media hora después, del juzgado hacia los calabozos de la Sección de Detenidos, me lo imaginé sentado en una banca o paseando por algún corredor, la cara llena de espinillas a medio reventar, la piel roja, la lengua secando los húmedos labios, vacío ya el paquete de cigarrillos, sembrado el suelo de colillas empapadas.

¿Cómo convencer al juez de que no tuve nada que ver con aquel asalto a una joyería, que nunca ví a los hombres que quizá la asaltaron, que no conocí ni de nombre la calle en que tal asalto ocurriera y que, además, era un hombre honrado o que me tenía por tal? Tampoco él podía probar lo contrario, ya que no existía prueba alguna, pero existía un maldito parte en que constaba mi nombre, junto con el de otros, además del que correspondía al dueño del negocio asaltado, que se presentaba como reclamante. Eso era más serio. El juez era el juez y yo nada más que el detenido; él debía dar fe al parte, creer en el parte hasta que se lograra, de alguna extraña o de alguna sencilla manera, probar lo contrario, en cuyo caso talvez condescendería a dar fe a lo contrario de lo que afirmaba el parte, salvo que alguien, también de alguna extraña o de alguna sencilla manera, probase lo

--Soy un hombre de trabajo y no pelco con nadie; mucho menos se me ocurriría pelear con la policía, que siempre sale ganando.

El juez sonrió: también lo sabía, aunque el hecho de saberlo no le proporcionara ningún alivio. No había pruebas, la compañía dueña de los tranvías no reclamaba por los vehículos destrozados ni por los faroles rotos, pues era dueña de las dos cosas; se resarciría con el alza; y nadie, fuera del perito, difícil de entender, acusaba a aquellos hombres. Para colmo, no había ganancias heridas. Dijo, entonces, con un poco menos de autoridad que la primera vez:

--Cinco días de detención o cinco pesos de multa. Para afuera.

Pareció librarse de un peso. Los hombres salieron, radiantes también y también con prisa. Al salir, El Azarcón me hizo una seña amistosa. Comprendí: esperaría para pagarme la multa ..... Pero esperaría en vano: al salir, media hora después, del juzgado hacia los calabozos de la Sección de Detenidos, me lo imaginé sentado en una banca o paseando por algún corredor, la cara llena de espinillas a medio reventar, la piel rota, la lengua secando los humedos labios, vacío ya el paquete de cigarrillos, sembrado el suelo de colillas empapadas.

¿Cómo convencer al juez de que no tuve nada que ver con aquel asalto a una joyería, que nunca vi a los hombres que quizá la asaltaron, que no conocí ni de nombre la calle en que tal asalto ocurriera y que, además, era un hombre honrado o que me tenía por tal? Tampoco él podía probar lo contrario, ya que no existía prueba alguna, pero existía un maldito parte en que constaba mi nombre, junto con el de otros, además del que correspondía al dueño del negocio asaltado, que se presentaba como reclamante. Eso era más serio. El juez era el juez y yo nada más que el detenido; él debía dar fe al parte, creer en el parte hasta que se lograra, de alguna extraña o de alguna sencilla manera, probar lo contrario, en cuyo caso tuviese consecuencias a dar fe a lo contrario de lo que afirmaba el parte, salvo que alguien, también de alguna extraña o de alguna sencilla manera, probase lo

contrario de lo contrario de lo que afirmaba el parte. ¿Quién demonios había hecho tal enredo? Un policía, ¿quién iba a ser? Talvez el oficial de los bigotes húmedos o cualquier otro con los bigotes secos, ¿qué importa? Hubiese sido éste o aquél el redactor, el juez debía atenerse al parte y al redactor, porque, si no creía en la policía, ¿en quién iba a creer? Si creyese en el inculpado su papel sería inútil.

--Procesado.

contrario de lo contrario de lo que afirmaba el parte. ¿Quién demonios había hecho tal enredo? Un policía, ¿quién iba a ser? Talvez el oficial de los bigotes húmedos o cualquier otro con los bigotes secos, ¿qué importa? Hubiese sido éste o aquél el redactor, el juez debía atenerse al parte y al redactor, porque, si no creía en la policía, ¿en quién iba a creer? Si creyese en el inculpado su papel sería inútil.

--Procesado.

## IX

Después de la ajetreada tarde y la larga noche, una y otra con su motín, sus reyertas y sus carreras; después de la comisaría y su borracho, de la Sección de Investigaciones con su silencio y su oscuridad, sus cucarachas y sus chinches; después de la exhibición callejera y su vergüenza; del juzgado con su confuso juez, la espera, el interrogatorio y el sorpresivo fin, todo ello sin alegría y sin aire, el calabozo de la Sección de Detenidos resultó un lugar casi agradable, amplio y lleno de luz, recién baldeado el suelo de cemento, alta y ancha reja y largas ventanillas rectangulares a los costados.

El gendarme cerró y allí quedamos, los ocho hombres, frente a los habitantes de aquel calabozo, unos veinte o treinta, entre los que había jóvenes y hombres maduros, individuos con chaleco, cuello, corbata y sombrero y otros descalzos y en camiseta; hombres graves y tímidos y otros desenvueltos y alegres. Ni un solo conocido, nadie que nos sonriera, nadie que nos acogiera; las miradas resbalaron sobre nosotros con curiosidad y también sin interés y las nuestras expresaron lo mismo, más la timidez del que llega a un lugar habitado por gente que no conoce. Los que allí estaban eran, en algunos casos, amigos y hasta compañeros, conocidos por lo menos, pues llevaban varios días juntos; nosotros ni siquiera nos conocíamos, ya que andábamos en compañía sólo desde unas pocas horas atrás, sin haber tenido hasta ese momento ocasión alguna de conversar y ello a pesar de que estábamos o íbamos a estar procesados por una misma causa. El que estaba en peor situación era yo; ellos, es decir, mis compañeros de proceso, tenían por lo menos un

## IX

Después de la ajetreada tarde y la larga noche, una y otra con su motín, sus reyertas y sus carreras; después de la comisaría y su borracho, de la Sección de Investigaciones con su silencio y su oscuridad, sus cucarachas y sus chinches; después de la exhibición callejera y su vergüenza; del juzgado con su confuso juez, la espera, el interrogatorio y el sorpresivo fin, todo ello sin alegría y sin aire, el calabozo de la Sección de Detenidos resultó un lugar casi agradable, amplio y lleno de luz, recién baldeado el suelo de cemento, alta y ancha reja y largas ventanillas rectangulares a los costados.

El gendarme cerró y allí quedamos, los ocho hombres, frente a los habitantes de aquel calabozo, unos veinte o treinta, entre los que había jóvenes y hombres maduros, individuos con chaleco, cuello, corbata y sombrero y otros descalzos y en camiseta; hombres graves y tímidos y otros desenvueltos y alegres. Ni un solo conocido, nadie que nos sonriera, nadie que nos acogiera; las miradas resbalaron sobre nosotros con curiosidad y también sin interés y las nuestras expresaron lo mismo, más la timidez del que llega a un lugar habitado por gente que no conoce. Los que allí estaban eran, en algunos casos, amigos y hasta compañeros, conocidos por lo menos, pues llevaban varios días juntos; nosotros ni siquiera nos conocíamos, ya que andábamos en compañía sólo desde unas pocas horas atrás, sin haber tenido hasta ese momento ocasión alguna de conversar y ello a pesar de que estábamos o íbamos a estar procesados por una misma causa. El que estaba en peor situación era yo; ellos, es decir, mis compañeros de proceso, tenían por lo menos un

hogar o una familia en aquella ciudad. Yo no tenía a nadie.

Desde el primer momento nos separamos, me separé, mejor dicho, o me separaron, no sé bien si lo uno o lo otro. Se formaron tres grupos, uno de cuatro hombres, otro de tres y uno de uno, si es que uno de uno puede ser considerado grupo, y cada cual buscó colocación donde pudo. Sobre la tarima se veía ropa de cama, incluso una colchoneta, frazadas, colchas en todas condiciones y hasta sábanas, lujo inaudito. Sentados sobre una de esas camas conversaban cuatro hombres; se les veía limpios, aunque descuidados, la barba un poco crecida, el pelo revuelto. Eran de edad mediana y parecían ignorar que hubiese otra gente en el calabozo; por su aspecto supuse que fuesen ladrones. Tenían un aire que no sé por qué me era conocido, por lo menos no me chocaba. Más allá individuos solitarios, sentados en las orillas de la tarima o atracados a la pared; no se podía saber qué eran ni en qué pensaban; se les veía distantes, ajenos a sus compañeros de calabozo. Después, grupos de dos o tres hombres que parecían no pertenecer a la condición de los primeros y que no eran, por otra parte, de la misma de los solitarios. Finalmente, un grupo de individuos jóvenes, musculosos y esbeltos, de movimientos decididos, la mayoría en camiseta y descalzos. Sus miradas eran las más desnudas.

Los cuatro hombres apenas si nos miraron; los solitarios lo hicieron con una expresión de tristeza; los indefinidos con atención y brevemente; los otros, con mirada dura y fría.

Miré a todos mientras me sentaba en la orilla de la tarima. Las conversaciones llegaban hasta mí, pero no podía poner atención a ninguna; eran muchas y, además, los individuos del último grupo hablaban muy fuerte y reían con más fuerza aún. Me sentía cansado, hambriento y desanimado. Nunca me había sentido más incapaz de nada. Allí no había nada que hacer, por otra parte: en las

hogar o una familia en aquella ciudad. Yo no tenía a nadie.

Desde el primer momento nos separamos, me separé, mejor dicho, o me separaron, no sé bien si lo uno o lo otro. Se formaron tres grupos, uno de cuatro hombres, otro de tres y uno de uno, si es que uno de uno puede ser considerado grupo, y cada cual buscó colocación donde pudo. Sobre la tarima se veía ropa de cama, incluso una colchoneta, frazadas, colchas en todas condiciones y hasta esponjas, lujo inaudito. Sentados sobre una de esas camas conversaban cuatro hombres; se les veía limpios, aunque desaliñados, la barba un poco crecida, el pelo revuelto. Eran de edad mediana y parecían ignorar que hubiese otra gente en el calabozo; por su aspecto supuse que fueran ladrones. Tenían un aire que no sé por qué me era conocido, por lo menos no me chocaba. Más allá individuos solitarios, sentados en las orillas de la tarima o atracados a la pared; no se podía saber qué eran ni en qué pensaban; se les veía distantes, ajenos a sus compañeros de calabozo. Después, grupos de dos o tres hombres que parecían no pertenecer a la condición de los primeros y que no eran, por otra parte, de la misma de los solitarios. Finalmente, un grupo de individuos jóvenes, musculosos y sabeltos, de movimientos decididos, la mayoría en camiseta y descalzos. Sus miradas eran las más desnudas.

Los cuatro hombres apenas si nos miraron; los solitarios lo hicieron con una expresión de tristeza; los indefinidos con atención y brevemente; los otros, con mirada dura y fría.

Miré a todos mientras me sentaba en la orilla de la tarima. Las conversaciones llegaban hasta mí, pero no podía poner atención a ninguna; eran muchas y además, los individuos del último grupo hablaban muy fuerte y reían con más fuerza aún. Me sentía cansado, hambriento y desanimado. Nunca me había sentido más incapaz de nada. Allí no había nada que hacer, por otra parte: en las

prisiones sólo se espera que pase el tiempo. Algo traerá. Nadie me conocía allí y nadie vendría a preguntarme, como en otro tiempo, por qué me traían y qué había hecho; no era ya el muchacho de doce años; nadie tampoco, al oír mi nombre, me preguntaría con sorpresa y quizá si con cariño si era hijo de El Gallego. El Gallego era allí tan desconocido como Flammarion. Me consolaba un poco el hecho de que, a pesar de ser tan joven, tuviese apariencias de hombre, lo cual, en cierto modo, era un obstáculo contra un primer impulso. Estar en un tranvía, en un vagón de ferrocarril o en un teatro, en compañía de gente desconocida, amilana un poco, aunque no a todo el mundo; no se está bien a gusto, aunque a veces se distraiga uno, pero no debe temerse, salvo casos excepcionales,nada desagradable; nadie le agredirá, nadie intentará burlarse, nadie, en fin, llegará a tener un mal propósito contra uno; es posible que si tiene plata le roben, pero el que roba no sabe generalmente a quién lo hace; pero estar en un calabozo, solo, desconocido, sin nadie que lo apoye a uno adentro o afuera, sin siquiera tener la certidumbre de que se está preso por algo que realmente se ha hecho y que le puede, en último término, servir de antecedente -- he asesinado, he robado, he herido a un hombre, he cometido una estafa, respéteme, no soy un cualquiera y puedo de nuevo matar o robar, herir o estafar a alguien, a usted o a otro --, estar, en fin, en inferioridad de condiciones allí donde otros tienen muchas, por malas que sean, sin poseer, por otra parte, otras cualesquiera -- fuerza, astucia, poder de dominación, facilidad verbal o dinero --, es mucho peor, sobre todo si no se puede, de alguna manera, demostrar las buenas que se tienen. Sabía, sentía, que los ladrones no se meterían conmigo; no tenía nada que pudieran robarme y ni aún así lo harían; los solitarios eran solitarios y los hombres que estaban en grupos de dos o tres tampoco me tomarían en cuenta; temía a los otros. ¿Por qué? Había en ellos algo que me asustaba, su violenta juventud, principalmente, que se oponía

prisiones sólo se espera que pase el tiempo. Algo traerá. Nadie me conocía allí y nadie vendría a preguntarme, como en otro tiempo, por qué me tiraban y qué había hecho; no era ya el muchacho de doce años; nadie tampoco, al oír mi nombre, me preguntaría con sorpresa y quizá si con cariño si era hijo de Dª Gallego. Mi Gallego era allí tan desconocido como Flammarion. Me consolaba un poco el hecho de que, a pesar de ser tan joven, tuviese apariencias de hombre, lo cual, en cierto modo, era un obstáculo contra un primer impulso. Estar en un tranvía, en un vagón de ferrocarril o en un teatro, en compañía de gente desconocida, amilana un poco, aunque no a todo el mundo; no se está bien a gusto, aunque a veces se distraiga uno, pero no debe temerse, salvo casos excepcionales, nada desagradable; nadie le agredirá, nadie intentará burlarse, nadie, en fin, llegará a tener un mal propósito contra uno; es posible que si tiene plata le roben, pero el que roba no sabe generalmente a quién lo hace; pero estar en un calabozo, solo, desconocido, sin nadie que lo apoye a uno adentro o afuera, sin siquiera tener la certidumbre de que se está preso por algo que realmente se ha hecho y que le pruebe, en último término, servir de antecedente -- ha asesinado, ha robado, ha herido a un hombre, ha cometido una estafa, respétame, no soy un cualquiera y puedo de nuevo matar o robar, herir o estafar a alguien, a usted o a otro --, estar, en fin, en intemperidad de condiciones allí donde otros tienen muchas, por malas que sean, sin poseer, por otra parte, otras cualesquiera -- fuerza, astucia, poder de dominación, facilidad verbal o dinero --, es mucho peor, sobre todo si no se puede, de alguna manera, demostrar las buenas que se tienen. Sabía, sentía, que los latrones no se meterían conmigo; no tenía nada que pudieran robarme y ni aún así lo harían; los solitarios eran solitarios y los hombres que estaban en grupos de dos o tres tampoco me tomarían en cuenta; temía a los otros. ¿Por qué? Había en ellos algo que me asustaba, en violento, juventud, principalmente, que se opone

a la mía, de carácter pacífico, y una desenvoltura, una tensión, una fuerza subhumana, casi animal, que no conocía bien, pero que se manifestaba en sus movimientos, en sus voces, en sus miradas. Ignoraba qué podrían hacerme y seguramente no me harían nada; era probable que el mío fuese un temor infundado, que el tiempo, un día, dos días, tres, desvanecería; pero por el momento no podía desprenderme de él. Sentía que entre los ladrones y yo había alguna diferencia, una diferencia de edad, de condición, de preocupaciones; sentía también que la había con los solitarios y con los semisolitarios -- conversaban, pero estaban solos --, pero la diferencia que existía entre aquéllos y yo era, a pesar de la igualdad de edad o a causa de ella, una diferencia extraordinaria, casi una diferencia de especie, no natural talvez, pero de todos modos evidente y enorme. Los conocía de oídas, no a aquéllos, pero sí a otros, iguales a ellos; había oído hablar de ellos a mi padre y a otras personas; lo había leído en los diarios y en un calabozo con treinta o cincuenta personas, y en cualquier país, habría podido señalarlos uno por uno, sin vacilar ni equivocarme, mucho menos si formaban grupo aparte. Había en ellos algo, no sé qué, fácilmente reconocible por mí: el cabello, la forma de la boca, casi siempre una boca grande, de labios gruesos y sin gracia, orejas pequeñas y carnudas, ojos redondos y vivos, de rápida mirada, brazos y manos de una agilidad de animales, puños duros, oh, tan duros, piernas largas y cuerpo desengrasado. Se daban de otro tipo, pero fuese cual fuese el de cada uno, siempre tenían aquel algo que permitía reconocerlos. Y aquella diferencia no era sólo desde ese momento o desde algunos días atrás, era de siempre, desde la infancia, desde los primeros pasos, desde los primeros balbuceos y juegos. Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios morales -- aunque éstos no sean de los más inteligentes o sean impartidos, como en mi

a la mía, de carácter pacífico, y una desenvoltura, una tensión, una fuerza sub-humana, casi animal, que no conocía bien, pero que se manifestaba en sus movimientos, en sus voces, en sus miradas. Ignoraba qué podrían hacerme y seguramente no me harían nada; era probable que el mío fuese un temor infundado, que el tiempo, un día, dos días, tres, desvanecería; pero por el momento no podía desprenderme de él. Sentía que entre los ladrones y yo había alguna diferencia, una diferencia de edad, de condición, de preocupaciones; sentía también que la había con los solitarios y con los semisolitarios -- conversaban, pero estaban solos --, pero la diferencia que existía entre aquéllos y yo era, a pesar de la igualdad de edad o a causa de ella, una diferencia extraordinaria, casi una diferencia de especie, no natural talvez, pero de todos modos evidente y enorme. Los conocía de oídas, no a aquéllos, pero sí a otros, iguales a ellos; había oído hablar de ellos a mi padre y a otras personas; lo había leído en los diarios y en un cala-bozo con treinta o cincuenta personas, y en cualquier país, habría podido señalar-los uno por uno, sin vacilar ni equivocarme, mucho menos si formaban grupo aparte. Había en ellos algo, no sé qué, fácilmente reconocible por mí: el cabello, la forma de la boca, casi siempre una boca grande, de labios gruesos y sin gracia, orejas pequeñas y carnudas, ojos redondos y vivos, de rápida mirada, brazos y manos de una agilidad de animales, puños duros, oh, tan duros, piernas largas y cuerpo desengrasado. Se daban de otro tipo, pero fuese cual fuese el de cada uno, siempre tenían aquel algo que permitía reconocerlos. Y aquella diferencia no era sólo desde ese momento o desde algunos días atrás, era de siempre, desde la infancia, desde los primeros pasos, desde los primeros balbuceos y juegos. Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios morales -- aunque éstos no sean de los más inteligentes o sean impartidos, como en mi

caso, por un padre cuyo oficio es de aquellos que no se puede decir en voz alta — y otro que no ha tenido lo que se llama hogar, una casa aparte o unas piezas en ella y no un cuarto de conventillo en que se hacinan el padre con la madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualesquiera otra índole: el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la mujer, a los niños y a veces al tío, al yerno o al allegado; no siempre hay qué comer, mejor dicho, nunca se sabe cuándo habrá de comer y qué; el padre no trabaja o no quiere trabajar; el tío es inválido y el allegado come donde puede y si puede; el yerno bebe también o no trabaja o no quiere trabajar, es peón o comerciante de ínfima categoría: recoge papeles o huesos o excrementos de perros para las curtiembres o para quién sabe qué diablos; la mujer lava o mendiga; los niños comen lo que les dan cuando les pueden dar algo o lo que piden o les dan los vecinos, que no siempre pueden dar y que a veces tampoco pueden nunca, a veces roban — el hambre les obliga — y miran y sienten sobre sí y alrededor de sí y durante años, durante infinitos años, aquella vida sórdida. No pueden pensar en otra cosa que en subsistir y el que no piensa más que en subsistir termina por encanallarse; lo primero es comer y para comer se recurre a todo; algunos se salvan, pero en una ciudad existen cientos y miles de estos grupos familiares y de ellos salen cientos y miles de niños; de esos miles de niños salen aquellos hombres, algunos cientos no más, pero salen, inevitablemente. Pegar, herir, romper, es para ellos un hábito adquirido que les llega a parecer natural, hábito que, cosa terrible, significa un modo de ganarse la vida, de poder comer, beber, vestirse. No podía reprocharles nada, pues no tenían la culpa de ser lo que eran o como eran, pero les temía, como un animal criado en domesticidad teme a otro que ha sido criado en estado salvaje.

caso, por un padre cuyo oficio es de aquellos que no se puede decir en voz alta -- y otro que no ha tenido lo que se llama hogar, una casa aparte o unas piezas en ella y no un cuarto de convenitillo en que se hacinan el padre con la madre, los hijos y el perro, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualesquiera otra índole: el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la mujer, a los niños y a veces al tío, al perro o al allegado; no siempre hay qué comer, mejor dicho, nunca se sabe cuándo habrá de comer y qué; el padre no trabaja o no quiere trabajar; el tío es inválido y el allegado come donde puede y si puede; el perro debe también o no trabaja o no quiere trabajar, es peón o comerciante de última categoría: recoge papeles o huesos o excrementos de perros para las curtiembres o para quién sabe qué diablos; la mujer lava o mendiga; los niños comen lo que les dan cuando les pueden dar algo o lo que pidan o les dan los vecinos, que no siempre pueden dar y que a veces tampoco pueden nunca, a veces roban -- el hambre les obliga -- y miran y aprenden sobre el alrededor de sí y durante años, durante infinitos años, aquella vida sórdida. No pueden pensar en otra cosa que en subsistir y el que no piensa más que en subsistir termina por encanallarse; lo primero es comer y para comer se recurre a todo; algunos se salvan, pero en una ciudad existen cientos y miles de esos grupos familiares y de ellos salen cientos y miles de niños; de esos miles de niños salen aquellos hombres, algunos cientos no más, pero salen, inevitablemente. Pegar, herir, romper, es para ellos un hábito adquirido que les llega a parecer natural, hábito que, cosa terrible, significa un modo de ganarse la vida, de poder comer, beber, vestirse. No podía reprocharles nada, pues no tenían la culpa de ser lo que eran o como eran, pero les tenía, como un animal criado en domesticidad teme a otro que ha sido criado en estado salvaje.

Los ojos se me cerraban de sueño y me eché hacia atrás, tendiéndome en la tarima; dormí una hora, dos, tres, sobre la dura madera y desperté cuando alguien, uno de los solitarios, que estaba sentado cerca de mí, me zamarreaba y me hablaba:

—¿Ah? — farfullé, medio dormido.

—¿Es usted Aniceto Hevia?

—Si — respondí, extrañado de que alguien supiera allí mi nombre, y me incorporé.

El solitario señaló hacia la reja y dijo:

—Una vianda para usted.

—¿Para mí? — murmuré, más asombrado aún.

Si me hubiera dicho que me traían una libreta de embarque no me habría sorprendido tanto.

—Si; debe ser para usted; aquí no hay nadie más que se llame Aniceto Hevia.

Incrédulo, miré hacia la reja y ví, apoyado en ella, a un niño de diez o doce años que me miraba sonriendo; pasó la vianda a través de los barrotes y la balanceó suavemente. Como me demorara en reaccionar, exclamó:

—Ya, pues, apúrese.

¿Era, entonces, para mí aquella vianda? Me levanté despacio y avancé hacia el muchachito, que levantó la cabeza y me sonrió de nuevo, mostrando unos grandes y sucios dientes.

—¿Aniceto Hevia? — preguntó.

—Si, yo soy — afirmé.

Le miré boquiabierto y tomé la vianda, que quedó colgando de mi mano: no sabía qué hacer con ella; y ya el muchacho giraba el cuerpo e iba a empezar a andar o a correr cuando se me ocurrió preguntarle:

Los ojos se me cerraban de sueño y me eché hacia atrás, tendiéndome en la tarima; dormí una hora, dos, tres, sobre la dura madera y desperté cuando alguien, uno de los solitarios, que estaba sentado cerca de mí, me zamarreaba y me hablaba:

—¿Ah? -- farfulle, medio dormido.

—¿Es usted Aniceto Hevia?

—Sí -- respondí, extrañado de que alguien supiera allí mi nombre, y me incorporé.

El solitario señaló hacia la reja y dijo:

—Una viande para usted.

—¿Para mí? -- murmuré, más asombrado aún.

Si me hubiera dicho que me traían una libreta de embarque no me habría sorprendido tanto.

—Sí; debe ser para usted; aquí no hay nadie más que se llame Aniceto Hevia.

Incrédulo, miré hacia la reja y vi, apoyado en ella, a un niño de diez o doce años que me miraba sonriendo; pasé la viande a través de los barrotes y la palpé suavemente. Como me demoraba en reaccionar, exclamó:

—Ya, pues, apúrese.

¿Era, entonces, para mí aquella viande? Me levanté despacio y avancé hacia el muchachito, que levantó la cabeza y me sonrió de nuevo, mostrando unos grandes y sucios dientes.

—¿Aniceto Hevia? -- preguntó.

—Sí, yo soy -- afirmé.

Le miré boquiabierto y tomé la viande, que quedó colgando de mi mano: no sabía qué hacer con ella; y ya el muchacho giraba el cuerpo e iba a empezar a andar o a correr cuando se me ocurrió preguntarle:

—¿Quién me la mandó?

El pequeño se encogió de hombros. Iba descalzo y su ropa estaba hecha girones; no llevaba camisa y una tira de género que le atravesaba el desnudo pecho, le sujetaba unos pantalones demasiado anchos.

—No sé — dijo, extrañado de mi pregunta —. La pagaron, dijeron su nombre y la traje; hace media hora que lo ando buscando. Si no se la come luego se le va a enfriar.

Aquello no me dejó satisfecho.

—¿Viste al que la pagó?

El niño lo recordaba:

—Si; un hombre colorado y con espinillas.

Echó a correr. ¡El Azarcón! En rigor, era el único que podía hacerlo, ya que nadie, en aquel puerto, sabía que yo estaba preso; nadie, además, que la necesitaba, y nadie, por fin, que tuviese una obligación conmigo, si el ofrecimiento de pagarme la multa podía llamarse obligación. Como no la pudo pagar, la pagaba de este modo. ¡Generoso Florentino Hernández! Fué la única vianda que me envió y la última vez que supe de él; el trabajo, las mujeres, las ñatas, como él decía, la pobreza o la enfermedad, le impedirían volver a acordarse de mí, con quien, sin embargo, no tenía la más mínima obligación. (No sé dónde estarás ahora, humilde pintor del puerto, no sé si habrás muertoo estarás tanto o más viejo que yo, pero sea como sea y estés como estés, viejo como Matusalén o tan tieso como él, jamás olvidaré tu nombre y tu figura, tus gruesos labios y tu piel roja, tu abultada lengua y tu húmeda boca; tampoco olvidaré tu vianda.)

Al darme vuelta advertí que muchos ojos me miraban, unos con asombro, otros con simpatía y no sé si otros con despecho o envidia y atravesé el espacio que me separaba de mi puesto con la sensación de llevar no una vianda de tamaño corriente sino otra, descomunal, que me impedía andar y que estaría llena de

—¿Quién me la mandó?

El pequeño se encogió de hombros. Iba descalzo y su ropa estaba hecha girones; no llevaba camisa y una tira de género que le atravesaba el desnudo pecho, le sujetaba unos pantalones demasiado anchos.

—No sé —dijo, extrañado de mi pregunta —. La pagaron, dijeron su nombre y la trajo; hace media hora que lo ando buscando. Si no se la come luego se la va a entrar.

Aquello no me dejó satisfecho.

—¿Viste al que la pagó?

El niño lo recordaba:

—Sí; un hombre colorado y con espinillas.

Echó a correr. ¡El Asaroón! En rigor, era el único que podía hacerlo, ya que nadie, en aquel puerto, sabía que yo estaba preso; nadie, ahora, que la necesitaba, y nadie, por fin, que tuviese una obligación conmigo, si el ofrecimiento de pagarme la multa podía llamarse obligación. Como no la pudo pagar, la pagaba de este modo. ¡Generoso Florentino Hernández! Fué la única vianda que me envió y la última vez que supe de él; el trabajo, las mujeres, las fiestas, como él decía, la pobreza o la enfermedad, le impedirían volver a acordarse de mí, con quién, sin embargo, no tenía la más mínima obligación. (No sé dónde estaréis ahora, humilde pintor del puerto, no sé si habréis muerto estaréis tanto o más vivo que yo, pero sea como sea y estés como estés, vivo como Matusalén o tan tieso como él, jamás olvidaré tu nombre y tu figura, tus gruesos labios y tu piel roja, tu arrullada lengua y tu húmeda boca; tampoco olvidaré tu vianda.)

Al darme vuelta advertí que muchos ojos me miraban, unos con asombro, otros con simpatía y no sé si otros con desprecio o envidia y atravesé el espacio que me separaba de mi puesto con la sensación de llevar no una vianda de tamaño corriente sino otra, descomunal, que me impedía andar y que estaría llena de

pavos, pollos, gallinas o piernas enteras de animales. Llegué a la orilla de la tarima y me senté sin saber qué hacer, gacha la cabeza, un poco aturdido. Oí una voz:

—Cómasela; se le va a enfriar.

Miré a quien me hablaba: era el solitario que me despertara. Sonreía y me señalaba la vianda.

—Cómasela — insistió.

Talvez se daba cuenta de mi azoramiento.

Me incliné hacia la vianda y la destapé: casi me desmayo: el aroma más exquisito que jamás había olido brotaba de aquella cazuela, en cuyo caldo brillaban unas amarillas y transparentes gotas de grasa; había allí papas, un trozo de carne, cebolla, una ramita de perejil, un pedazo de hoja de repollo y la mitad de una zanahoria, más unos granos de arroz. La saliva fluyó de mi boca como fluía por la de El Azarcón y tuve que apretar los labios y tragarla para impedir que la rebalsara. Pero no tenía con qué comer y miré al solitario, quien se levantó, se acercó al muro, hurgó en un paquete y volvió con una cuchara y un tenedor.

—Cuchillo no tengo — dijo, como excusándose —. Aquí no dejan tenerlo.

Le agradecí el servicio y sacando la fuentecilla en que estaba la cazuela me dispuse a comer; pero me contuve y miré al solitario:

—¿Quiere usted? — le ofrecí, señalando la vianda.

—Gracias: ya almorcé — contestó con gran dignidad, quizá un poco avergonzado.

No me atreví a mirar hacia otra parte y comí, a veces despacio, a veces atropelladamente. Debajo de la fuentecilla en que venía la cazuela había otra, que contenía un trozo de carne asada y un puré de garbanzos, más un poco de ensalada. Era todo un almuerzo y casi no pude, a pesar de mi hambre, terminar con la vianda,

pavos, pollos, gallinas o piernas enteras de animales. Llegué a la orilla de la tarima y me senté sin saber qué hacer, hacía la cabeza, un poco aturdido. Oí una voz:

—Cómasela; se le va a enfriar.

Miré a quien me hablaba: era el solitario que me despertara. Sonreía y me señalaba la vianda.

—Cómasela — insistió.

Talvez se debía cuenta de mi azoramiento.

Me incliné hacia la vianda y la destapé: casi me desmayo: el aroma más exquisito que jamás había olido brotaba de aquella cazuela, en cuyo caldo brillaban unas amarillas y transparentes gotas de grasa; había allí papas, un trozo de carne, cebolla, una ramita de perejil, un pedazo de hoja de repollo y la mitad de una zanahoria, más unos granos de arroz. La saliva fluyó de mi boca como fluía por la de El Azarcón y tuve que aprestar los labios y tragarla para impedir que la rebalsara. Pero no tenía con qué comer y miré al solitario, quien se levantó, se acercó al muro, hurgó en un pequete y volvió con una cuchara y un tenedor.

—Cuchillo no tengo — dijo, como excusándose —. Aquí no dejan tenerlo.

Le agradecí el servicio y sacando la fuentecilla en que estaba la cazuela me dispuse a comer; pero me contuve y miré al solitario:

—¿Quiere usted? — le ofrecí, señalando la vianda.

—Gracias: ya almorcé — contestó con gran dignidad, quizá un poco avergonzado.

No me atreví a mirar hacia otra parte y comí, a veces despacio, a veces atropelladamente. Debajo de la fuentecilla en que venía la cazuela había otra, que contenía un trozo de carne asada y un puré de garbanzos, más un poco de ensalada. Era todo un almuerzo y casi no pude, a pesar de mi hambre, terminar con la vianda,

de tal modo la sorpresa y el azoramiento me trastornaron. Por fin, dejando un poco de puré y un trozo de carne que resultó demasiado nervudo para cortarlo sólo con los dientes y las manos, cerré la vianda y dí por terminado el almuerzo.

Miré hacia la reja. Tras ella se extendía, hacia la derecha y hacia la izquierda, un pasillo que venía desde la puerta e iba hacia el interior de la prisión y que era, según ví, muy transitado: gendarmes, niños, presos, señores bien vestidos y hasta uno o dos perros, iban y venían por él, aquéllos con paquetes, canastos y papeles y éstos husmeando los restos de las viandas. Poniendo oído se podía escuchar, por encima del rumor de las conversaciones y las voces del calabozo en que estaba, el rumor de los otros calabozos. Alguien llamaba a alguien y este alguien contestaba o iba y venía, generalmente niños pequeños y rotosos, como el de la vianda, que parecían desempeñar la ocupación de mandaderos. De pronto resonaba el grito estentóreo de "¡Cabo de guardia!" o alguien silbaba agudamente. Mientras miraba, una canción empezó a brotar de algún rincón del calabozo, una canción cantada en voz baja, con entonaciones profundas y graves, con una sola voz alta, una voz que dominaba a las demás al empezar el verso de una estrofa, y que era, en seguida, dominada por las otras, que la envolvían, se mezclaban a ella y la absorbían hasta que, de nuevo, surgía, como viniendo desde muy lejos, en el principio de la siguiente. Se escuchaban como las notas de un piano y sonaban como de noche y en una calle solitaria y dentro de una casa cerrada. Las palabras y las ideas eran sencillas, casi vulgares, pero el tono y el sentimiento con que eran cantadas les prestaba un significado casi sobrecogedor. Giré la cabeza: en un rincón distante, tendidos los cuerpos como alrededor de un círculo, las cabezas inclinadas y juntas, el grupo de muchachos cantaba. Miré sus rostros: habían sufrido una transformación; estaban como dominados por algo surgido repentinamente en ellos, algo inesperado en esos rostros que no reflejaban sino sensaciones musculares. ¿Era tristeza? ¿Era el

de tal modo la sorpresa y el azoramiento me trastornaron. Por fin, dejando un poco de puré y un trozo de carne que resultó demasiado nervudo para cortarlo sólo con los dientes y las manos, cerré la vianda y dí por terminado el almuerzo.

Miré hacia la reja. Tras ella se extendía, hacia la derecha y hacia la izquierda, un pasillo que venía desde la puerta e iba hacia el interior de la prisión y que era, según ví, muy transitado: gendarmes, niños, presos, señores bien vestidos y hasta uno o dos perros, iban y venían por él, aquéllos con paquetes, canastos y papeles y éstos husmeando los restos de las viandas. Poniendo oído se podía escuchar, por encima del rumor de las conversaciones y las voces del calabozo en que estaba, el rumor de los otros calabozos. Alguien llamaba a alguien y este alguien contestaba o iba y venía, generalmente niños pequeños y rotosos, como el de la vianda, que parecían desempeñar la ocupación de mandaderos. De pronto resonaba el grito estentóreo de "¡Cabo de guardia!" o alguien silbaba agudamente. Mientras miraba, una canción empezó a brotar de algún rincón del calabozo, una canción cantada en voz baja, con entonaciones profundas y graves, con una sola voz alta, una voz que dominaba a las demás al empezar el verso de una estrofa, y que era, en seguida, dominada por las otras, que la envolvían, se mezclaban a ella y la absorbían hasta que, de nuevo, surgía, como viniendo desde muy lejos, en el principio de la siguiente. Se escuchaban como las notas de un piano y sonaban como de noche y en una calle solitaria y dentro de una casa cerrada. Las palabras y las ideas eran sencillas, casi vulgares, pero el tono y el sentimiento con que eran cantadas les prestaba un significado casi sobrecogedor. Giré la cabeza: en un rincón distante, tendidos los cuerpos como alrededor de un círculo, las cabezas inclinadas y juntas, el grupo de muchachos cantaba. Miré sus rostros: habían sufrido una transformación; estaban como dominados por algo surgido repentinamente en ellos, algo inesperado en esos rostros que no reflejaban sino sensaciones musculares. ¿Era tristeza? ¿Era el

recuerdo de sus días o de sus noches de libertad? ¿Quizá aquello traía a sus almas algo que no les pertenecía y que sólo por un momento les era concedido, apaciguando por ese momento sus reflejos primordiales? No habría sabido decirlo ni lo sé aún, pero aquello me confundió, como se confunde quien advierte en un feo rostro un rasgo de oculta belleza o en los movimiento de un hombre derrotado un detalle que revela alguna secreta distinción.

El calabozo había enmudecido y la canción se extendía con gran nitidez, no perdiéndose ninguna de sus notas.

Mientras escuchaba descubrí a alguien que no estaba antes en el calabozo; no lo ví al entrar ni mientras permanecí despierto, antes de la llegada de la vianda; quizá había llegado mientras dormía. Era un hombre de treinta a cuarenta años, moreno, esbelto, todo rapado, muy menudo, vestido con un traje de color azul bien tenido; llevaba cuello, corbata y chaleco y su sombrero Panamá, lujo inaudito allí, resplandecía. Parecía, por su ropa y aspecto, un vaporino, es decir, un tripulante de barco, un camarotero de buenas propinas, un mozo de sobrecargo o de mayordomo, un pacotillero o un tercer sobrecargo, alguien, en fin, que trabajara en un barco, pero no un obrero; era demasiado elegante para ello. Tenía un aire casi exótico y se le veía sentado en la orilla de la tarima, pero muy en la orilla, como si no pensara permanecer allí por mucho tiempo y esperara que de un momento a otro apareciera la persona que él necesitaba o sonara el minuto en que debía marcharse de un lugar que juzgaba, a todas luces, provisional. Tenía el aspecto de quien está en la sala de espera de una estación ferroviaria. La actitud era absurda en un calabozo, pero hay seres que llegan a ellos con la certidumbre de que sólo estarán allí una media hora, una hora a lo sumo; tienen confianza en sus amigos, en su abogado, en su causa, en su dinero y olvidan que un calabozo es un calabozo y un proceso un proceso y que tanto podrán salir en libertad dos horas después de entrar o al año siguiente, después de varios meses y

recuerdo de sus días o de sus noches de libertad? ¿Quizá aquello traía a sus almas algo que no les pertenecía y que sólo por un momento les era concedido, aprovechando por ese momento sus reflejos primordiales? No habría sabido decirlo ni lo sé aún, pero aquello me conmovió, como se conmueve quien advierte en un feo rostro un rasgo de oculta belleza o en los movimientos de un hombre derrotado un detalle que revela alguna secreta distinción.

El calabozo había ennegrecido y la canción se extendía con gran nitidez, no perdiéndose ninguna de sus notas.

Mientras escuchaba descubrí a alguien que no estaba antes en el calabozo; no lo vi al entrar mi mientras permanecí despierto, antes de la llegada de la viuda; quizá había llegado mientras dormía. Era un hombre de treinta a cuarenta años, moreno, sebelo, todo rapado, muy menudo, vestido con un traje de color azul bien teñido; llevaba cuello, corbata y chaleco y su sombrero Panamá, lujo inaudito allí, resplandecía. Parecía, por su ropa y aspecto, un vapuleo, es decir, un tripulante de barco, un camarotero de buenas propinas, un mozo de sobrecargo o de mayordomo, un pescotillero o un tercer sobrecargo, alguien, en fin, que trabajara en un barco, pero no un obrero; era demasiado elegante para ello. Tenía un aire casi exótico y se le veía sentado en la orilla de la tarima, pero muy en la orilla, como si no pensara permanecer allí por mucho tiempo y esperara que de un momento a otro apareciera la persona que él necesitaba o sonara el minuto en que debía marcharse de un lugar que juzgaba, a todas luces, provisional. Tenía el aspecto de quien está en la sala de espera de una estación ferroviaria. La actitud era absurda en un calabozo, pero hay seres que llegan a ellos con la certidumbre de que sólo estarán allí una media hora, una hora a lo sumo; tienen confianza en sus amigos, en su abogado, en su causa, en su dinero y olvidan que un calabozo es un proceso y que tanto podrán salir en libertad dos horas después de entrar o al año siguiente, después de varios meses y

ya sin amigos, sin abogados y sin esperanza ni fe -- para siempre -- en la rapidez de los métodos judiciales. Con una pierna sobre la otra, mostraba unos preciosos y transparentes calcetines de seda negra. Podía ser un contrabandista de cigarrillos, de medias o de whisky. Se le veía impaciente. ¿Por qué no venían ya a sacarle? De pronto echó mano al bolsillo izquierdo del chaleco y sacó de él algo que miró primero y que en seguida mostró: un reloj de oro. Apretó el remontuar y la tapa saltó, despidiendo, al abrirse, un relámpago dorado que iluminó todo el calabozo. Miró la hora, apretó la tapa, que sonó secamente, y la guardó en el bolsillo. La canción se detuvo un breve momento, un segundo apenas, menos aún, y osciló como una onda que tropieza con un obstáculo que no la detiene sino que la desvía. El tono cambió, se hizo menos grave, menos sentimental y después cesó bruscamente. El solitario me miró y movió la cabeza, con el gesto del que se duele de algo que estuviese ocurriendo o fuese a ocurrir pronto. El hombre no advirtió nada, tan ensimismado estaba en su espera, y siguió mirando hacia la reja, esperando ver aparecer en ella, de un momento a otro, a su abogado y al oficial de guardia con la orden de libertad. Hubo un movimiento en el rincón en que se cantaba: algunos de los muchachos se corrieron hacia la izquierda de la tarima, otros hacia la derecha y dos fueron hacia la reja y miraron por ella hacia afuera como si buscaran a alguien; después se volvieron y nos dieron frente: había desaparecido la magia del canto y sus rostros estaban nuevamente duros e implacables: un reloj de oro estaba a la vista. El solitario no quitaba ojo al hombre del traje azul y de los calcetines de seda; yo lo miraba también y me sentía atemorizado. ¿Qué iba a ocurrir? Los muchachos que estaban cerca de la reja avanzaron de frente y los que se habían corrido hacia la derecha y hacia la izquierda se aproximaron a la orilla de la tarima: el lazo se iba cerrando. De pronto el hombre fué echado violentamente hacia atrás y lanzó una especie de gruñido animal, al tiempo que levantaba las piernas y pataleaba con angustia, ahogándose. Ocho o diez

ya sin amigos, sin abogados y sin esperanza ni fe -- para siempre -- en la rapidez de los métodos judiciales. Con una pierna sobre la otra, mostraba unos preciosos y transparentes calcetines de seda negra. Podía ser un contrabandista de cigarrillos, de medias o de whisky. Se le veía impaciente. ¿Por qué no venían ya a asaltarle? De pronto echó mano al bolsillo izquierdo del chaleco y sacó de él algo que miró primero y que en seguida mostró: un reloj de oro. Apretó el remontuar y la tapa saltó, desprendiendo, al abrirse, un relámpago dorado que iluminó todo el calabozo. Miró la hora, apretó la tapa, que sonó secamente, y la guardó en el bolsillo. La canción se detuvo un breve momento, un segundo apenas, menos aún, y osciló como una onda que tropieza con un obstáculo que no la detiene sino que la desvía. El tono cambió, se hizo menos grave, menos sentimental y después cesó bruscamente. El solitario me miró y movió la cabeza, con el gesto del que se duele de algo que estuviese ocurriendo o fuese a ocurrir pronto. El hombre no advirtió nada, tan ensimismado estaba en su espera, y siguió mirando hacia la reja, esperando ver aparecer en ella, de un momento a otro, a su abogado y al oficial de guardia con la orden de libertad. Hubo un movimiento en el rincón en que se cantaba: algunos de los muchachos se corrieron hacia la izquierda de la tarima, otros hacia la derecha y dos fueron hacia la reja y miraron por ella hacia afuera como si buscaran a alguien; después se volvieron y nos dieron frente: había desaparecido la magia del canto y sus rostros estaban nuevamente duros e impacables: un reloj de oro estaba a la vista. El solitario no quitaba ojo al hombre del traje azul y de los calcetines de seda; yo lo miraba también y me sentía atemorizado. ¿Qué iba a ocurrir? Los muchachos que estaban cerca de la reja avanzaron de frente y los que se habían corrido hacia la derecha y hacia la izquierda se aproximaron a la orilla de la tarima: el lazo se iba cerrando. De pronto el hombre fué echado violentamente hacia atrás y lanzó una especie de grunido animal, el tiempo que levantaba las piernas y pataleaba con angustia, ahogándose. Ocho o diez

muchachos se le echaron encima, lo inmovilizaron un segundo y después de ese segundo se vió cómo el hombre era levantado y giraba en el aire, como un muñeco, tomado del pescuezo por un brazo sin piedad que lo soltó luego de hacerlo dar dos o tres vueltas con mayor violencia. Cayó al suelo como un saco, perdida toda su preciosa compostura, despeinado, sin sombrero, el chaleco abierto, jadeante y mareado . . . . . Todo ocurrió tan ligero que ninguno de los que presenciamos la escena habríamos podido decir cómo sucedió ni quiénes tomaron parte en ella; éstos, por lo demás, eran tan semejantes entre sí en sus movimientos, en su vestimenta, en sus caras y en sus miradas, que resultaba difícil identificarlos, sobre todo en un momento como aquel.

Cuando el hombre se levantó, nadie estaba de pie sino tendido o sentado y todos le mirábamos, esperando su reacción. Dió una rápida y confusa mirada por los rostros; ninguno le dijo nada. No habló: ¿qué podía decir y a quién? Corrió hacia la reja, se tomó a ella y dió atribulados gritos:

—¡Cabo de guardia! ¡Cabo de guardia!

Al cuarto o quinto grito de llamada apareció un gendarme.

—¿Qué pasa? — preguntó con mucha calma.

—¡Me han robado el reloj! — exclamó el hombre, muy excitado.

La noticia asombró al guardia tanto como me había asombrado a mí la vianda.

—¿Su reloj? — inquirió.

—Si: mi reloj de oro — afirmó el hombre.

El gendarme, gordo, apacible, miró hacia el interior del calabozo como pidiéndonos que fuésemos testigos de tamaño desvarío. Si el hombre hubiese dicho que le habían robado un búfalo, su asombro no habría sido mayor.

—¿Está seguro? — preguntó, mirándolo fijamente.

—¡Cómo no voy a estar seguro! — gritó el hombre, exasperado por la incredulidad y la calma del gendarme —. Lo compré en Cristóbal y lo tenía aquí, en el bolsillo del chaleco. Me tomaron por detrás entre varios y me lo sacaron con cadena y todo.

muchachos se le echaron encima, lo inmovilizaron un segundo y después de ese segundo se vió cómo el hombre era levantado y girado en el aire, como un muñeco, tomado del pescuezo por un brazo sin piedad que lo soltó luego de hacerlo dar dos o tres vueltas con mayor violencia. Cayó al suelo como un saco, perdida toda su preciosa compostura, deseperado, sin sombrero, el chaleco abierto, jadeante y mareado . . . . .

Todo ocurrió tan ligero que ninguno de los que presenciamos la escena habríamos podido decir cómo sucedió ni quiénes tomaron parte en ella; éstos, por lo demás, eran tan semejantes entre sí en sus movimientos, en su vestimenta, en sus caras y en sus miradas, que resultaba difícil identificarlos, sobre todo en un momento como aquel.

Cuando el hombre se levantó, nadie estaba de pie sino tendido o sentado y todos le mirábamos, esperando su reacción. Dió una réplica y confusa mirada por los rostros; ninguno le dijo nada. No habló: ¿qué podía decir y a quién? Corrió hacia la reja, se tomó a ella y dió atribulados gritos:

—¡Cabo de guardia! ¡Cabo de guardia!

Al cuarto o quinto grito de llamada apareció un gendarme.

—¿Qué pasa? — preguntó con mucha calma.

—¡Me han robado el reloj! — exclamó el hombre, muy excitado.

La noticia asombró al guardia tanto como me había asombrado a mí la viande.

—¿Su reloj? — inquirió.

—Sí: mi reloj de oro — afirmó el hombre.

El gendarme, lordo, aparcible, miró hacia el interior del calabozo como pidiéndonos que fuésemos testigos de tamaño desvarío. Si el hombre hubiese dicho que le habían robado un búfalo, su asombro no habría sido mayor.

—¿Está seguro? — preguntó, mirándolo fijamente.

—¡Cómo no voy a estar seguro! — gritó el hombre, exasperado por la incredulidad y la calma del gendarme —. Lo compré en Cristóbal y lo tenía aquí, en el bolsillo del chaleco. Me tomaron por detrás entre varios y me lo sacaron con cadena y todo.

—Y la cadena, ¿también era de oro? — preguntó el gendarme, sin salir aún de su asombro.

—No, enchapada no más; pero el reloj, sí.

El gendarme hizo una inspiración profunda:

—¿Y usted estaba en este calabozo con un reloj de oro en el bolsillo?

El hombre manoteó al responder:

—Claro, en el bolsillo, era mío.

Estaba próximo a perder el control de sus nervios.

El gendarme miró de nuevo hacia el interior del calabozo, pero esta vez su mirada tenía otro objeto: no buscaba ya testigos: buscaba culpables; pero nadie devolvió su mirada, pues todos o casi todos bajaron la cabeza. El sabía, no obstante, a quiénes buscaba con sus ojos.

—Bueno — murmuró, alejándose, y después, como comentario: —¡Un relojito de oro en el Uno!

El hombre permaneció tomado de la reja, sin mirar hacia atrás, en donde se realizaban algunos desplazamientos. Varios de los presos se acercaron a la reja, entre ellos los cuatro ladrones, muy animados todos y mirando con mirada entre conmiserativa y de admiración al hombre del Panamá. Algunos de los chiquillos mandaderos se acercaron desde afuera, pegándose a la reja.

El gendarme regresó acompañado del cabo de guardia y de cuatro compañeros. El cabo, rechoncho, moreno, bajo, de cuello muy corto, se dirigió al hombre:

—¿Usted es el del reloj?

El hombre, con voz suave, contestó:

—Yo soy.

Se había tranquilizado un tanto.

El cabo lo miró con fijeza y preguntó:

—Y la cadena, ¿también era de oro? — preguntó el guardia, sin salir aún de su asombro.

—No, enchapada no más; pero el reloj, sí.

El guardia hizo una inspiración profunda:

—¿Y usted estaba en este calabozo con un reloj de oro en el bolsillo?

El hombre meneó al responder:

—Claro, en el bolsillo, era mío.

Estaba próximo a perder el control de sus nervios.

El guardia miró de nuevo hacia el interior del calabozo, pero esta vez su mirada tenía otro objeto: no buscaba ya testigos: buscaba culpables; pero nadie devolvió su mirada, pues todos o casi todos bajaron la cabeza. El sabía, no obstante, a quiénes buscaba con sus ojos.

—Bueno — murmuró, alejándose, y después, como comentario: —¡Un relojito de oro en el Uno!

El hombre permaneció tomado de la reja, sin mirar hacia afuera, en donde se realizaban algunos desplazamientos. Varios de los presos se acercaron a la reja, entre ellos los cuatro ladrones, muy animados todos y mirando con miradas comunicativa y de admiración al hombre del Paraná. Algunos de los chiquillos mandaderos se acercaron desde afuera, pegándose a la reja.

El guardia regresó acompañado del cabo de guardia y de cuatro compañeros.

El cabo, rechoncho, moreno, bajo, de cuello muy corto, se dirigió al hombre:

—¿Usted es el del reloj?

El hombre, con voz suave, contestó:

—Yo soy.

Se había tranquilizado un tanto.

El cabo lo miró con fijeza y preguntó:

—¿Sabe usted quién se lo robó?

El hombre vaciló, pero dijo:

—No, no sé. Me agarraron por detrás y fueron varios los que se me echaron encima. Me taparon los ojos.

El cabo lo volvió a mirar con fijeza.

—¿No sospecha de nadie? Si sospecha de alguien, del que sea, dígalo sin miedo.

El hombre miró hacia el interior del calabozo: no había nadie en él. Todos estaban pegados a la reja.

—No sé —contestó con un soplo.

El cabo se dió vuelta hacia los gendarmes y ordenó:

—Abran la puerta.

El llavero abrió.

—Todos para afuera y a ponerse en fila; nadie se mueva.

Salimos y formamos una larga hilera, el hombre del reloj frente a nosotros, mirándonos de uno en uno. No sacó nada en limpio: podían ser todos, pero todos no podían ser.

El gendarme que acudió al llamado, un compañero y el cabo entraron al calabozo y revolvieron y examinaron cuanto bulto, ropa o jergón hallaron; no encontraron nada y salieron.

—A ver, de uno en uno, regístrenlos —ordenó el cabo a los gendarmes, mientras él, parado frente al hombre, observaba la maniobra.

Fuimos registrados de arriba a abajo, sin misericordia, hurgándonos los gendarmes no sólo los bolsillos sino también el cuerpo.

—Abra las piernas; un poco más, levante los brazos; suéltese el cinturón; ahora, salte.

—¿Sabe usted quién se lo robó?

El hombre vaciló, pero dijo:

—No, no sé. Me agarraron por detrás y fueron varios los que se me echaron encima. Me taparon los ojos.

El cabo lo volvió a mirar con fijeza.

—¿No sospecha de nadie? Si sospecha de alguien, del que sea, dígalo sin miedo.

El hombre miró hacia el interior del calabozo: no había nadie en él. Todos estaban pegados a la reja.

—No sé — contestó con un soplo.

El cabo se dió vuelta hacia los gendarmes y ordenó:

—Abran la puerta.

El llavero abrió.

—Todos para afuera y a ponerse en fila; nadie se mueva.

Salimos y formamos una larga hilera, el hombre del robo frente a nosotros, mirándonos de uno en uno. No sacó nada en limpio: podían ser todos, pero todos no podían ser.

El gendarme que acudió al llamado, un compañero y el cabo entraron al calabozo y revolvieron y examinaron cuanto bulto, ropa o jergón hallaron; no encontraron nada y salieron.

—A ver, de uno en uno, regístrenlos — ordenó el cabo a los gendarmes, mientras él, parado frente al hombre, observaba la maniobra.

Fuimos registrados de arriba a abajo, sin miramientos, mirándonos los gendarmes no sólo los bolsillos sino también el cuerpo.

—Abra las piernas; un poco más, levante los brazos; suéltese el cinturón; ahora, salte.

Las extrañas manos pasaron y repasaron las axilas, los costados, el pescuezo, las pretinas, los muslos, el trasero, las ingles, las piernas, todo.

—Sáquese los zapatos; listo; hágase a un lado.

Los cuatro ladrones fueron los únicos que hablaron durante aquella operación de reconocimiento:

—Cuidado; no me apriete.

—¿Cree usted que me va a caber un reloj ahí?

Parecían los más seguros de sí mismos y, cosa rara, no se les hizo sacar los zapatos.

—No hay nada —anunciaron los gendarmes, fatigados de aquel agacharse y levantarse.

El cabo giró hacia el hombre:

—No hay nada, pues, señor.

El infeliz no supo qué decir.

El cabo preguntó:

—¿Me oyó?

—Sí, mi cabo.

Después de un segundo dijo, con forzada sonrisa:

—¿No lo habrán sacado y mandado a otro calabozo?

El cabo echó hacia atrás la redonda cabeza y cloqueó una larga carcajada.

—¿Quiere usted que revise todos los calabozos? —preguntó, riendo aún—. No, mi señor: cuando aquí se pierde, no diré un reloj, sino nada más que una cuchara, es como si se perdiera en el fondo de la bahía de Valparaíso: nadie la encontrará y si porfiáramos en hallarla tendríamos que seguir registrando la ciudad casa por casa. La cuchara se alejaría siempre.

Se acercó al hombre y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

Las extrañas manos pasaron y repasaron las axilas, los costados, el pescuezo, las pretinas, los muslos, el trasero, las ingles, las piernas, todo.

—Séquese los zapatos; listo; hágase a un lado.

Los cuatro ladrones fueron los únicos que hablaron durante aquella operación de reconocimiento:

—Cuidado; no me apriete.

—¿Cree usted que me va a caber un reloj ahí?

Parecían los más seguros de sí mismos y, cosa rara, no se les hizo sacar los zapatos.

—No hay nada —anunciaron los gendarmes, fatigados de aquel agacharse y levantarse.

El cabo giró hacia el hombre:

—No hay nada, pues, señor.

El infeliz no supo qué decir.

El cabo preguntó:

—¿Me oyó?

—Sí, mi cabo.

Después de un segundo dijo, con forzada sonrisa:

—¿No lo habrían asesado y mandado a otro calabozo?

El cabo echó hacia atrás la redonda cabeza y clavó una larga carcajada.

—¿Quiere usted que revise todos los calabozos? — preguntó, riendo aún —. No, mi señor: cuando aquí se pierde, no diré un reloj, sino nada más que una cucharа, es como si se perdiera en el fondo de la bahía de Valparaíso: nadie la encontrará y si porfiáramos en hallarla tendríamos que seguir registrando la ciudad casa por casa. La cucharа se alejaría siempre.

Se acercó al hombre y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—Cuando caiga preso otra vez, si es que tiene esa desgracia, no se le ocurra traer al calabozo un reloj de oro o de plata o de acero o de níquel o de lata o de madera; véndalo, regálelo, empéñelo, tírelo, pero no lo traiga, o escóndalo de tal modo que ni usted mismo sepa dónde está. Si no, despídase de él: se lo robarán.

Y dándose vuelta hacia los presos, gritó:

—¡Para adentro, bandidos!

Había cierto tono de mofa en su voz.

Volvimos a entrar, silenciosos, ocupando de nuevo cada uno su lugar; sólo el hombre del reloj de oro quedó de pie largo rato ante la reja. No sé qué había en él, pero algo había; se le notaba despegado de todo y parecía sentir profundo menosprecio por el calabozo y sus habitantes, por todos y por cada uno, no sé si porque juzgaba que eran indignos de él o si porque el sentimiento que tenía de su inocencia o de su culpabilidad era diferente del que teníamos los demás, que aceptábamos — por un motivo o por otro — una situación que él no quería aceptar, no talvez porque creyera que no la merecía sino porque quizá estaba más allá de su voluntad aceptarla, aún mereciéndola. Lo ocurrido debió irritar su estado de ánimo y eso contribuía a tenerlo alejado. Abandonó la reja y empezó a pasear ante ella, las manos en los bolsillos del pantalón, el chaleco abierto — tal como se lo dejaron los asaltantes — y el sombrero en la nuca. Echaba frecuentes y casi desesperadas miradas hacia el patio. No pronunció una palabra ni se acercó a nadie y nadie tampoco se acercó a él ni le dirigió la palabra; todos parecían darse cuenta de su estado y lo respetaban o les era indiferente. Cuando se cansó de pasear se sentó en la tarima y así permaneció el resto del día, cambiando de posición una y otra pierna, mostrando siempre sus calcetines de seda negra. Se encendieron las luces del calabozo, muy altas, pegadas al techo también, y entonces, como advirtiera que la noche llegaba, se puso de nuevo a pasear y sus miradas al patio se hicieron ya angustiosas. Por fin, oscurecido ya, un gendarme se acercó a la reja y dijo en voz alta:

—Cuando caiga preso otra vez, si es que tiene esa desgracia, no se le ocurra traer al calabozo un reloj de oro o de plata o de acero o de níquel o de lata o de madera; véndalo, regálelo, empéñelo, tírelo, pero no lo traiga, o escóndalo de tal modo que ni usted mismo sepa dónde está. Si no, despídase de él: se lo robarán.

Y dándose vuelta hacia los presos, gritó:

—¡Para adentro, bandidos!

Había cierto tono de mofa en su voz.

Volvimos a entrar, silenciosos, ocupando de nuevo cada uno su lugar; sólo el hombre del reloj de oro quedó de pie largo rato ante la reja. No sé qué había en él, pero algo había; se le notaba desperdigado de todo y parecía sentir profundo menosprecio por el calabozo y sus habitantes, por todos y por cada uno, no sé si porque juzgaba que eran indignos de él o si porque el sentimiento que tenía de su inocencia o de su culpabilidad era diferente del que teníamos los demás, que aceptábamos — por un motivo o por otro — una situación que él no querría aceptar, no talvez porque creyera que no la merecía sino porque quizá estaba más allá de su voluntad aceptarla, aún mereciéndola. Lo ocurrido debió irritar su estado de ánimo y eso contribuía a temerlo alejado. Abandonó la reja y empezó a pasear ante ella, las manos en los bolsillos del pantalón, el chaleco abierto — tal como se lo dejaron los asaltantes — y el sombrero en la nuca. Echaba frecuentes y casi desesperadas miradas hacia el patio. No pronunció una palabra ni se acercó a nadie y nadie tampoco se acercó a él ni le dirigió la palabra; todos parecían darse cuenta de su estado y lo respetaban o les era indiferente. Cuando se cansó de pasear se sentó en la tarima y así permaneció el resto del día, cambiando de posición una y otra pierna, mostrando siempre sus calcetines de seda negra. Se encendieron las luces del calabozo, muy altas, pegadas al techo también, y entonces, como advirtiera que la noche llegaba, se puso de nuevo a pasear y sus miradas al patio se hicieron ya angustiosas. Por fin, oscurecido ya, un vendarme se acercó a la reja y dijo en voz alta:

—Francisco Luna.

—Aquí —contestó el hombre, deteniéndose.

Se acercó a la reja.

—Le traen ropa de cama y una vianda —comunicó el gendarme.

El hombre no contestó: era la peor noticia que podían darle. Ya no saldría en libertad ese día.

El gendarme, que también estaba en el secreto, no se molestó por el silencio del hombre y se fué, para volver al poco rato con dos muchachos mandaderos, uno de los cuales llevaba la ropa de cama y la vianda el otro. El hombre rechazó la comida.

—Llévatela —dijo al niño —. No quiero comer.

Recibió la ropa y la arrojó con violencia sobre el sitio en que se sentaba, como si tampoco la quisiera o le molestara recibirla; volvió a sus paseos y sólo ya muy tarde, quizá después de media noche, cuando el cansancio pudo más que su esperanza y que su orgullo, estiró la frazada y la colcha y se acostó. Su cara morena, toda rapada, estaba llena de amargura y desolación.

—Francisco Luna.

—Aquí — contestó el hombre, defendiéndose.

Se acercó a la reja.

—Le traen ropa de cama y una viandа — comunicó el gendarme.

El hombre no contestó: era la peor noticia que podían darle. Ya no saldría en libertad ese día.

El gendarme, que también estaba en el secreto, no se molestó por el silencio del hombre y se fué, para volver al poco rato con dos muchachos mandaderos, uno de los cuales llevaba la ropa de cama y la vianda el otro. El hombre recibió la comida.

—Llévatela — dijo al niño —. No quiero comer.

Recibió la ropa y la arrojó con violencia sobre el sitio en que se sentaba, como si tampoco la quisiera o le molestara recibirla; volvió a sus paseos y sólo ya muy tarde, quizá después de media noche, cuando el cansancio pudo más que su esperanza y que su orgullo, estiró la frazada y la colcha y se acostó. Su cara morena, toda rapada, estaba llena de amargura y desolación.

X

Y así como el día apareció para todos, así también se acercó la noche, trayendo lo de siempre: alegrías, penas, sorpresas, rutina, enfermedades, descanso o trabajo, sueño, insomnio o la muerte. Para los hombres de aquellos calabozos, sin embargo, y para los de todos los calabozos del mundo, traía algo menos: ni alegrías, ni sorpresas, ni trabajo y para muchos ni siquiera descanso o sueño. Durante el día puede ocurrir que alguien trabaje para el preso: la mujer, un hermano, la madre, el padre, un amigo y es posible que la causa se mueva, que el abogado presente un escrito o que el juez dicte una sentencia o llame a declarar; en la noche, no; los juzgados se cierran, el juez se marcha con sus papelotes, el abogado descansa, y los parientes, o el amigo o la mujer, que no pueden obligar a trabajar de noche al juez o al abogado, se marchan también; es necesario esperar, y el preso, que es quien menos puede hacer, deja pasar la noche, sin poder hacer otra cosa.

Poco a poco la prisión fue cayendo en quietud; desaparecieron los mandaderos y los señorones con papeles y sólo quedaron los presos, los gendarmes y los perros. Cada hombre pareció recogerse en sí mismo, en sus recuerdos, en su amargura, en su sueño, en sus proyectos, y los asaltantes, arrancados a su medio habitual, debieron enmudecer y dormir, abatidos por una inercia absurda a esas horas para ellos, trabajadores nocturnos.

Pero las luces no se apagaron y durante toda la noche y cada hora resonaron en los pasillos los gritos de los gendarmes de guardia, requeridos por el cabo que

X

Y así como el día apareció para todos, así también se acercó la noche, trayendo lo de siempre: alegrías, penas, sorpresas, rutina, enfermedades, descanso o trabajo, sueño, insomnio o la muerte. Para los hombres de apellos calabozos, sin embargo, y para los de todos los calabozos del mundo, traía algo menos: ni alegrías, ni sorpresas, ni trabajo y para muchos ni siquiera descanso o sueño.

Durante el día puede ocurrir que alguien trabaje para el preso: la mujer, un hermano, la madre, el padre, un amigo y es posible que la causa se mueva, que el abogado presente un escrito o que el juez dicte una sentencia o llame a declarar; en la noche, no; los juzgados se cierran, el juez se marcha con sus papelotes, el abogado descansa, y los parientes, o el amigo o la mujer, que no pueden obligar a trabajar de noche al juez o al abogado, se marchan también; es necesario esperar, y el preso, que es quien menos puede hacer, deja pasar la noche, sin poder hacer otra cosa.

Poco a poco la prisión fue cayendo en quietud; desaparecieron los mandaderos y los señoritos con papeles y sólo quedaron los presos, los rondarmas y los perros. Cada hombre pareció recogerse en sí mismo, en sus recuerdos, en su amargura, en su sueño, en sus proyectos, y los asaltantes, arrancados a su medio habitual, debieron acostumbrarse a dormir, abatidos por una inercia absurda a esas horas para ellos, trabajadores nocturnos.

Pero las luces no se apagaron y durante toda la noche y cada hora resonaron en los pasillos los pitos de los rondarmas de guardia, redoblados por el eco que

gritaba, el primero de todos y a voz en cuello: ¡Uno! Venían las contestaciones, estentóreas: ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

El solitario me prestó una frazada y pude taparme las piernas y dormir, despertando sólo cuando la hora tomaba al guardia frente a la reja del calabozo. Tenía el número cuatro y el grito reventaba como una granada contra las paredes:

—¡Cuatro!

Sonreía a los que, despertados por el grito, le echaban una mirada turbia y rezongaban algo.

La noche transcurría. Antes de dormir el solitario me preguntó el por qué de mi detención, contándome el por qué de la suya. Era un hombre más bien gordo, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero mitad mecánico y mitad gasista y tenía un taller en alguna parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obrero. Su delito era amoroso: había violado a una chica, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de dieciseis años y en su propia casa.

—Lo malo es que soy casado — dijo, mirándome con sus ojos oscuros y llenos de luz —; soy casado y quiero mucho a mi mujer. ¡En qué enredo me he metido! Por qué lo hizo, preguntará usted. De puro bruto.

Calló y miró hacia la reja. Agregó después:

—Viene todos los días a dejarme el almuerzo y la comida y hasta ha traído un abogado.

Como advirtiera que no sabía de quién hablaba, aclaró:

—Hablo de mi mujer. Tengo dos hijos con ella. Y no se ha quejado, no ha llorado, no me ha dicho una sola palabra de reproche o de pena. ¡Qué papelito el mío! A veces me dan ganas de tirarme contra la reja y sacarme no sé qué a cabezazos.

gritaba, el primero de todos y a voz en cuello: ¡Uno! Venían las contestaciones, estentóreas: ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

El solitario me prestó una frazada y pude taparme las piernas y dormir, despertando sólo cuando la hora tomaba el guardia frente a la reja del calabozo. Tenía el número cuatro y el grito revertaba como una granada contra las paredes:

—¡Cuatro!

Sonreía a los que, despertados por el grito, le echaban una mirada turbia y rezongaban algo.

La noche transcurría. Antes de dormir el solitario me preguntó el por qué de mi detención, contándome el por qué de la suya. Era un hombre más bien gordo, de regular estatura y moreno; vestía un traje azul, no llevaba corbata y su cuello se veía abierto. El pelo, ondulado, le caía a veces sobre la frente. Era un obrero mitad mecánico y mitad pastelero y tenía un taller en alguna parte de la ciudad. Sus manos morenas y gordas no parecían manos de obrero. Su delito era amoroso: había violado a una chica, pero no a una desconocida y en un camino solitario o en un bosque, sino a una conocida, de diecisiete años y en su propia casa.

—Lo malo es que soy casado — dijo, mirándome con sus ojos oscuros y llenos de luz —; soy casado y quiero mucho a mi mujer. ¡En qué enredo me he metido! Por qué lo hice, preguntará usted. De puro bruto.

Calló y miró hacia la reja. Agregó después:

—Viene todos los días a dejarme el almuerzo y la comida y hasta ha traído un abogado.

Como advirtiera que no sabía de quién hablaba, aclaró:

—Hablo de mi mujer. Tengo dos hijos con ella. Y no se ha quejado, no ha llorado, no me ha dicho una sola palabra de reproche o de pena. ¡Qué pajelito el mío! A veces me dan ganas de tirarme contra la reja y asearme no sé qué a cabezazos.

No tenía ninguna experiencia amorosa y la historia del solitario me parecía aburrida; no alcanzaba a comprender por qué un hombre casado, que quiere a su mujer, se mete en enredos como aquél.

—Y no hay modo de arreglar el asunto — continuó —. Por nada del mundo me separaría de mi mujer y de mis hijos, pero no se trata de eso: nadie quiere que los deje. Por otra parte, no puedo devolver a la muchacha lo que le quité o lo que ella, más bien dicho, me metió por las narices. Lo malo está . . . . Soy vecino de sus padres desde antes de que naciera y la conozco, por eso, desde que nació; no sé por qué, desde chica tomó la costumbre de hacerme mucho cariño, pero mucho, mucho más que a su padre, por supuesto, y creció y creció y siempre me hacía cariño, besándome, abrazándome, sofocándome con sus besos y abrazos y metiéndome las manos por todas partes; la madre se reía, el padre también, todos reíamos; era muy divertido ver la pasión que aquella niña tenía por mí. Ningún niño, mucho menos una niña, podía acercárseme en presencia de ella. Un día se me ocurrió casarme; ella tenía entonces doce años y reventó la cosa: estuvo meses sin hablar una palabra conmigo y cuando me encontraba huía. Entonces comprendí ..... Pero vino a verme y siguió haciéndome cariño. ¿Comprende? Mi mujer se reía, la madre se reía, el padre también; sólo ella y yo no nos reíamos ya. Hasta que ..... Dice el abogado que si me saca nada más que con una condena de dos años de cárcel, deberé darme con una piedra en el pecho. ¡Qué le parece!

No pude decirle qué me parecía. Estaba roncando.

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

Al día siguiente, por las desazonadas miradas que me dió, comprendí que no había sido con él todo lo atento que él esperaba. Cada preso supone que su caso es el más importante y tiene razón: se trata de su libertad o de su condena, de su inocencia o de su culpabilidad, casi de su vida o de su muerte, a veces del

No tenía ninguna experiencia amorosa y la historia del solitario me pareció aburrida; no alcanzaba a comprender por qué un hombre casado, que quiere a su mujer, se mete en aventuras como aquél.

—Y no hay modo de arreglar el asunto —continuó—. Por nada del mundo me separaría de mi mujer y de mis hijos, pero no se trata de eso: nadie quiere que ella, más bien dicho, me metió por las narices. Lo malo está . . . . Soy vecino de sus padres desde antes de que naciera y la conozco, por eso, desde que nació; no sé por qué, desde chica tomó la costumbre de hacerme mucho cariño, pero mucho, mucho más que a su padre, por supuesto, y creció y creció y siempre me hacía cariño, besándome, abrazándome, sofocándome con sus besos y abrazos y metiéndome las manos por todas partes; la madre se reía, el padre también, todos reíamos; era muy divertido ver la pasión que aquella niña tenía por mí. Ningún niño, mucho menos una niña, podía acercárseme en presencia de ella. Un día se me ocurrió cesarme; ella tenía entonces doce años y resentó la cosa: estuvo meses sin hablar una palabra conmigo y cuando me encontraba huía. Entonces comprendí ..... Pero vino a verme y siguió haciéndome cariño. ¿Comprende? Mi mujer se reía, la madre se reía, el padre también; sólo ella y yo no nos reíamos ya. Hasta que ..... Dice el abogado que si me saca más que con una condena de dos años de cárcel, deberé darme con una piedra en el pecho. ¡Qué le parece!

No pude decirle qué me parecía. Estaba pensando.

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

Al día siguiente, por las desaconadas miradas que me dió, comprendí que no había sido con él todo lo atento que él esperaba. Cada preso supone que su caso es el más importante y tiene razón: se trata de su libertad o de su condena, de su inocencia o de su culpabilidad, casi de su vida o de su muerte, a veces del

honor o de la deshonra, del bienestar o de la desgracia de la familia, todo fundamental o insustituible, intransferible, además, como ciertos documentos; pero si todos tienen razón al estimar su caso, estimación que debe respetarse, como se respeta la dolencia de un enfermo, no se puede pretender que también el delito cometido, si es que hay uno, es el más importante o interesante de toda la prisión; no, y si lo creen así, allá ellos, pero no lo creo y tengo sueño.

Le devolví su frazada, se la agradecí y me paré junto a la reja; el día llegaba de nuevo. Repentinamente, como en una oleada, sentí antipatía contra aquel hombre. ¿Por qué me miraba con cara de reproche? ¿Tenía la culpa de que su delito fuese grosero, que no me interesara y que al oirlo contar me hubiese quedado dormido? ¿Por qué, si quería a su mujer y a sus hijos, no había dado un puntapié en el trasero a aquella muchacha o se lo había dado a sí mismo cuando aún era tiempo? Sus lamentaciones y su arrepentimiento me parecían tontos y ridículo el odio que ahora sentía hacia la muchacha. ¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? Que se vaya al diablo.

No volví a hablar con él: la muchacha nos había separado. Mediada la mañana fuí trasladado,con otras personas y por razones de orden desconocido, a otro calabozo, separándome así de mis compañeros, a quienes no volví a ver sino una vez más ante el juez, que nos hizo prestar nueva declaración y reconocer en rueda de presos por el dueño de la joyería y un empleado, miope él, que equivocó al secretario con uno de los detenidos, y separándome también del solitario, a quien, pasado el acceso de antipatía, recordé con nostalgia durante la noche; tuve que dormir al descubierto. Mis nuevos compañeros de calabozo habrían cometido, sin duda, delitos más interesantes que el del solitario arrepentido del suyo, pero a ninguno se le ocurrió ofrecerme una frazada con qué taparme; tampoco tenían, talvez, ninguna de sobra.

Soporté así varios días, diez, quince, sintiendo que alguien me acorralaba, acortándome las posibilidades, empujándome hacia algo oscuro. ¿A quién recurrir?

-202- Tiempo.

honor o de la deshonra, del bienestar o de la desgracia de la familia; todo fundamental o insustituible, intransferible, además, como ciertos documentos; pero si todos tienen razón al estimar su caso, estimación que debe respetarse, como se respeta la dolencia de un enfermo, no se puede pretender que también el delito cometido, si es que hay uno, es el más importante o interesante de toda la prisión; no, y si lo creen así, allá ellos, pero no lo creo y tengo sueño.

Le devolví su frazada, se la agradecí y me paré junto a la reja; el día llegaba de nuevo. Repentinamente, como en una oleada, sentí antipatía contra aquel hombre. ¿Por qué me miraba con cara de reproche? ¿Tenía la culpa de que su delito fuese grosero, que no me interesara y que al oirlo contar me hubiese quedado dormido? ¿Por qué, si quería a su mujer y a sus hijos, no había dado un puntapié en el trasero a aquella muchacha o se lo había dado a sí mismo cuando aún era tiempo? Sus lamentaciones y su arrepentimiento me parecían tontos y ridículo el odio que ahora sentía hacia la muchacha. ¿Y qué tengo yo que ver con todo esto? Que se vaya al diablo.

No volví a hablar con él: la muchacha nos había separado. Mediada la mañana fuí trasladado, con otras personas y por razones de orden desconocido, a otro calabozo, separándome así de mis compañeros, a quienes no volví a ver sino una vez más ante el juez, que nos hizo prestar nueva declaración y reconocer en rueda de presos por el dueño de la joyería y un empleado, miope él, que equivocó al secretario con uno de los detenidos, y separándome también del solitario, a quien, pasado el acceso de antipatía, recordé con nostalgia durante la noche; tuve que dormir al descubierto. Mis nuevos compañeros de calabozo habrían cometido, sin duda, delitos más interesantes que el del solitario arrepentido del suyo, pero a ninguno se le ocurrió ofrecerme una frazada con qué taparme; tampoco tenían, talvez, ninguna de sobra.

Soporté así varios días, diez, quince, sintiendo que alguien me acorralaba, acortándome las posibilidades, empujándome hacia algo oscuro. ¿A quién recurrir?

La gente de aquellos calabozos se movía de acá para allá, se iban unos, llegaban otros, volvían aquéllos, nada era estable y todo era incierto. Por fin un día, luego de dormir varias noches en el suelo, sin tener siquiera un diario con qué taparme, orinándome de frío, sentí que llegaba el momento: amanecí con dolor de cabeza y en la tarde empecé a estremecerme como un azogado; ramalazos fríos me recorrían la espalda. Resistí hasta caer al suelo, ya sin sentido. Los presos llamaron a los gendarmes, los gendarmes al cabo, el cabo a un médico y fuí trasladado a la enfermería: hablaba solo y pretendía huir, 40° de fiebre, estertores en el pulmón izquierdo, pulso muy agitado, ventosas, compresas, sobre todo compresas, y calientes, bien calientes, aunque lo quemen, si déjeme, no me toque, quiero que venga mi madre; sí, es mi madre; oh, mamá, abrígame, tengo frío; dame agua, agua fresca, tengo sed; le he dicho que no me toque, ¿quién es usted para tocarme? ¡Mamá! Por favor, ayúdeme a sujetarlo; se me va a arrancar de la cama ..... Agua. ¿Cómo sigue? Está mal. Pobre muchacho. Oh, por favor, llamen a mi madre.

La gente de aquellos calabozos se movía de acá para allá, se iban unos, llegaban otros, volvían aquéllos, nada era estable y todo era incierto. Por fin un día, luego de dormir varias noches en el suelo, sin tener siquiera un diario con que taparme, orinándome de frío, sentí que llegaba el momento: amanecí con dolor de cabeza y en la tarde empecé a estremecerme como un azogado; temblaba frío se me recorrían la espalda. Resistí hasta caer al suelo, ya sin sentido. Los presos llamaron a los gendarmes, los gendarmes al cabo, el cabo a un médico y fuí trasladado a la enfermería: habíaba sido y pretendía huir, 40° de fiebre, estertores en el pulmón izquierdo, pulso muy agitado, ventosas, compresas, sobre todo compresas, y calientes, bien calientes, aunque lo quemen, si déjeme, no me toque, quiero que venga mi madre; sí, es mi madre; oh, mamá, abrígame, tengo frío; dame agua, agua fresca, tengo sed; le he dicho que no me toque, ¿quién es usted para tocarme? ¡Mamá! Por favor, ayúdame a sujetarlo; se me va a arrancar de la cama .....

Agua. ¿Cómo sigue? Bella mal. Pobre muchacho. Oh, por favor, llamen a mi madre.

## Río de las Cuevas

Río de las Cuevas

1

Al despertar tuve el presentimiento de que algo inquietante, que no habría podido precisar qué era, había ocurrido o estaba próximo a ocurrir. No oí, durante mucho rato, voces ni pasos ni tampoco los ruídos, tan familiares ya, que a esa hora venían siempre de la cocina o del depósito de herramientas. El viento había cesado, y el recuerdo de su áspero rezongo, que oí mientras iba quedándome dormido, contrastaba con el silencio que hallaba ahora, al despertar. (Estaba acostumbrado al viento, pero lo temía siempre, sobre todo de noche, cuando no lo veía, ya que de día, además de sentirlo, creía verlo, y en realidad lo veía: veía cómo todo se doblegaba bajo su peso y cómo las personas se empequeñecían al avanzar en su contra, sin que se supiera si era él quien las disminuía o si eran ellas las que, al hurtarle el cuerpo, reducían sus proporciones. Las zamarreaba con violencia y parecía querer arrebatarles el sombrero, el poncho, los pantalones y hasta los cigarrillos, los fósforos o los papeles que llevaban en sus chaquetas. Cuando de improviso retiraba sus manos de sobre ellas, debían hacer esfuerzos para no irse de bruces, y si marchaban a su favor, con el viento en popa, como quien dice, sufrían de pronto accesos de risa: era como si alguien, un amigo, pero un amigo enorme y juguetón, cogiéndoles por los fondillos y el pescuezo les obligara a marchar cuesta abajo a grandes zancadas, corriendo casi. Soplaba desde las alturas hacia el valle del Río de las Cuevas y se sentían deseos de volverse y revolverse y gritar, como se grita a un amigo, medio en broma, medio en serio: ¡Déjame, cara-

# I

## Río de las Cuevas

Al despertar tuve el presentimiento de que algo inquietante, que no habría podido precisar qué era, había ocurrido o estaba próximo a ocurrir. No oí, durante mucho rato, voces ni pasos ni tampoco los ruidos, tan familiares ya, que a esa hora venían siempre de la cocina o del depósito de herramientas. El viento había cesado, y el recuerdo de su áspero rezongo, que oí mientras iba quedándome dormido, contrastaba con el silencio que hallaba ahora, al despertar. (Estaba acostumbrado al viento, pero lo temía siempre, sobre todo de noche, cuando no lo veía; ya que de día, además de sentirlo, creía verlo, y en realidad lo veía: veía cómo todo se doblegaba bajo su peso y cómo las personas se empequeñecían al avanzar en su contra, sin que se supiera si era él quien las disminuía o si eran ellas las que, al hurtarle el cuerpo, reducían sus proporciones. Las zamarreaba con violencia y parecía querer arrebatarles el sombrero, el poncho, los pantalones y hasta los cigarrillos, los fósforos o los papeles que llevaban en sus chaquetas. Cuando de improviso retiraba sus manos de sobre ellas, debían hacer esfuerzos para no irse de bruces, y si marchaban a su favor, con el viento en popa, como quien dice, sufrían de pronto accesos de risa: era como si alguien, un amigo, pero un amigo enorme y juguetón, cogiéndoles por los fondillos y el pescuezo les obligara a marchar cuesta abajo a grandes zancadas, corriendo casi. Soplaba desde las alturas hacia el valle del Río de las Cuevas y se sentían deseos de volverse y revolverse y gritar, como se grita a un amigo, medio en broma, medio en serio: ¡Déjame, cara-

jo!, pero no había a quien gritar y eso producía más risa todavía. Era el viento y ¿cómo gritarle al viento y qué? Las líneas del teléfono y del telégrafo zumbaban y danzaban a su paso y no sólo danzaban y zumbaban sino que, además, en ciertos momentos, al hacerse más agudo el zumbido y más largo el [illegible] soplo, se estiraban de modo increible, combándose, como si alguien, pesadísimo, se sentara sobre ellas. Amparado de-trás de alguna roca y al ver que parecían llegar al límite de su elasticidad, me decía: se van a cortar; pero no se cortaban y seguían danzando y zumbando, hasta que un nuevo soplo poderoso las inmovilizaba otra vez. Veía también cómo, inexplicablemente, alzaba en el aire, en los caminos de las minas, las mulas cargadas de planchas de zinc o con grandes bultos y las lanzaba, dando tumbos de cabeza a cola, cerro abajo, haciéndolas rodar cientos de metros y destrozándolas contra las piedras. Pero esto era de día; de noche, sí, de noche era diferente: no se le veía, se le sentía nada más y el hecho de sentírsele y no vérsele producía temor -- ya que el hombre parece temer sobre todo lo que no ve, lo que sabe o cree que no puede ver, y si además de no verlo, lo siente, su temor es más profundo. Ahora se me ocurre que en aquel tiempo vivíamos allí, en relación con el viento, como en compañía de un león, al que estuviéramos acostumbrados a ver, pero al que temíamos siempre, de día y de noche, sobre todo de noche, cuando, en la oscuridad, no se le podía ver y él no podía ver a nadie y rondaba alrededor de las carpas y de las tres o cuatro casas que allí había, tanteando las puertas, empujando las ventanas, rezongando en las rendijas y aullando en las chimeneas y pasillos. Las carpas recibían de pronto latigazos que las envolvían y las dejaban tiritando como perros mojados; una mano invisible y fuerte, quizá demasiado fuerte, soltaba las amarras y pretendía levantar la tela de la parte inferior, cargada con gruesas piedras. Dormíamos a veces con el temor de que el viento entrara y nos aplastara o se llevara las carpas

jo!, pero no había a quien gritar y eso producía más risa todavía. Era el viento y ¿cómo gritarle al viento y qué? Las líneas del teléfono y del telégrafo zumbaban y danzaban a su paso y no sólo danzaban y zumbaban sino que, además, en ciertos momentos, al haberse más agudo el zumbido y más largo el soplo, se estiraban de modo increíble, combándose, como si alguien, pesadísimo, se sentara sobre ellas. Amparado de-trás de alguna roca y al ver que parecían llegar al límite de su elasticidad, me decía: se van a cortar; pero no se cortaban y seguían danzando y zumbando, hasta que un nuevo soplo poderoso las inmovilizaba otra vez. Veía también cómo, inexplicablemente, alzaba en el aire, en los caminos de las minas, las mulas cargadas de planchas de zinc o con grandes bultos y las lanzaba, dando tumbos de cabeza a cola, cerro abajo, haciéndolas rodar cientos de metros y destrozándolas contra las piedras. Pero esto era de día; de noche, sí, de noche era diferente: no se le veía, se le sentía nada más y el hecho de sentírsele y no vérsele producía temor -- ya que el hombre parece temer sobre todo lo que no ve, lo que sabe o cree que no puede ver, y si además de no verlo, lo siente, su temor es más profundo. Ahora se me ocurre que en aquel tiempo vivíamos allí, en relación con el viento, como en compañía de un león, al que estuviéramos acostumbrados a ver, pero al que temíamos siempre, de día y de noche, sobre todo de noche, cuando, en la oscuridad, no se le podía ver y él no podía ver a nadie y rondaba alrededor de las carpas y de las tres o cuatro casas que allí había, tanteando las puertas, empujando las ventanas, rezongando en las rendijas y aullando en las chimeneas y pasillos. Las carpas recibían de pronto latigazos que las envolvían y las dejaban tiritando como perros mojados; una mano invisible y fuerte, quizá demasiado fuerte, soltaba las amarras y pretendía levantar la tela de la parte inferior, cargada con gruesas piedras. Dormíamos a veces con el temor de que el viento entrara y nos aplastara o se llevara las carpas

y nos dejara durmiendo bajo el frío cielo cordillerano. Cuando a medianoche cesaba y no volvía a aparecer en la mañana, los hombres, los animales, las casas, hasta las montañas, parecían enderezarse y respirar; se veían brillantes y entraban a un reposo parecido al de que deben gozar los habitantes de un lugar azotado durante mucho tiempo por los ataques de un bandolero, muerto, al fin, gracias a dios, o desaparecido. Cuando soplaba de día, las rocas y el suelo aparecían como lustrados y no se veía por parte alguna un papel, un trapo ni ningún otro desperdicio y la tierra y el polvo que se acumulaban en las desigualdades de las rocas desaparecían como absorbidos más que como desparramados. Las ramitas de los matojos que crecían aquí y allá entre las piedras, se entregaban a una loca danza, como las líneas del telégrafo y del teléfono, pero en otra dirección, inclinándose y enderezándose una vez y otra vez y otra vez, en una reverencia interminablemente repetida. En cuanto a las raras mujeres que por allí había, encontrarlas fuera de casa en un día de viento fuerte habría sido tan raro como encontrar por allí un pelícano o un camello.) Tal vez, pensé después de un momento y luego que mis oídos hicieron lo posible y lo imposible por percibir algún ruido, sea aún demasiado temprano, las cinco o las seis, es decir, falta todavía una hora o más para que despierten las voces, los ruidos y los pasos; y como no tenía reloj ni podía apreciar, desde adentro, la real intensidad de la luz, opté por abandonar el tema. No era el silencio, por lo demás, lo que me hacía presentir que algo ocurría, había ocurrido o estaba próximo a ocurrir; era algo más: la tela de la parte superior de la carpa, que de ordinario quedaba a más de un metro y quizá si a un metro y medio de altura sobre nuestras cabezas cuando estábamos acostados, se veía a menos de la mitad de esa distancia; levantando el brazo casi podía tocarla. ¿Qué podía ser? Eché la cabeza hacia atrás y miré la otra mitad de la parte superior; estaba también como hundida por un peso. Aque-

y nos dejara durmiendo bajo el frío cielo cordillerano. Cuando a medianoche cesaba y no volvía a aparecer en la mañana, los hombres, los animales, las casas, hasta las montañas, parecían enderezarse y respirar; se veían brillantes y entraban a un reposo parecido al de que deben go-zar los habitantes de un lugar azotado durante mucho tiempo por los ataques de un bandolero, muerto, al fin, gracias a dios, o desaparecido. Cuando soplaba de día, las rocas y el suelo aparecían como lustrados y no se veía por parte alguna un papel, un trapo ni ningún otro desperdicio y la tierra y el polvo que se acumulaban en las desigualdades de las rocas desaparecían como absorbidos más que como desparramados. Las ramitas de los matojos que crecían aquí y allá entre las piedras, se entregaban a una loca danza, como las líneas del telégrafo y del teléfono, pero en otra dirección, inclinándose y enderezándose una vez y otra vez y otra vez, en una reverencia interminablemente repetida. En cuanto a las raras mujeres que por allí había, encontrarlas fuera de casa en un día de viento fuerte habría sido tan raro como encontrar por allí un pelícano o un camello.) Tal vez, pensé después de un momento y luego que mis oídos hicieron lo posible y lo imposible por percibir algún ruido, sea aún demasiado temprano, las cinco o las seis, es decir, falta todavía una hora o más para que despierten las voces, los ruidos y los pasos; y como no tenía reloj ni podía apreciar, desde adentro, la real intensidad de la luz, opté por abandonar el tema. No era el silencio, por lo demás, lo que me hacía presentir que algo ocurría, había ocurrido o estaba próximo a ocurrir; era algo más: la tela de la parte superior de la carpa, que de ordinario quedaba a más de un metro y quizá si a un metro y medio de altura sobre nuestras cabezas cuando estábamos acostados, se veía a menos de la mitad de esa distancia; levantando el brazo casi podía tocarla. ¿Qué podía ser? Eché la cabeza hacia atrás y miré la otra mitad de la parte superior; estaba también como hundida por un peso. Aque-

llo me llenó de perplejidad. ¿Qué podían haber echado o qué podía haber caído sobre la carpa, que estaba a pleno aire, bajo el desnudo cielo? No se me ocurrió y allí me estuve, silencioso e inmóvil, sintiendo que si me movía o hablaba rompería con mis movimientos o con mi voz, por leves que fuesen, aquella muda y pesada quietud.

Estaba de espaldas y podía ver, mirando de reojo hacia el suelo, la plancha de calamina, cubierta, como todas las mañanas, de un montón de ceniza que a esa hora no estaba deshecha sino en las orillas del montón; en el centro, allí donde más vivas habían sido las llamas, se veía intacta y constituída por pequeñas hojuelas de color gris, aquí claro, allá oscuro, que guardaban un cierto e indeterminado orden, orden que el fuego, al consumir la madera, y quizá si a pesar suyo, había tenido que respetar, como si fuera extraño a la madera y a él mismo. No duraban mucho, sin embargo, aquellas hojuelas y aquel orden: bastaba que alguien tocara un poco bruscamente la plancha de calamina para que las hojuelas, a un mismo tiempo y como obedeciendo a un mandato imposible de desobedecer, se quebrasen en silencio y desaparecieran, sin dejar en su lugar otra cosa que aquel residuo polvoriento que se veía en las orillas. Esto ocurrió desde principios de Marzo o un poco después, no estaba muy seguro, y desde el momento en que los habitantes de la carpa, dándose cuenta de que la temperatura bajaba ya mucho en las noches, adquirieron la costumbre de encender después de comida y sobre una plancha de calamina, un buen fuego, aprovechando para ello los trozos de madera que traían, ocultos bajo el poncho, al regreso del trabajo. Para encender el fuego se acercaba un fósforo a la viruta y se ponía la calamina en algún punto en que el viento soplara con brío, punto que no era difícil hallar: bastaba con colocarla a un costado de la carpa. Atizado por el ventarrón el fuego crecía sorpresiva y alborotadamente y cuando las chispas y el humo cesaban, cuando de toda la leña y la madera no quedaba sino un montón de brasas, cuatro hombres to-

llo me llenó de perplejidad. ¿Qué podían haber echado o qué podía haber caí-
do sobre la carpa, que estaba a pleno aire, bajo el desnudo cielo? No se
me ocurrió y allí me estuve, silencioso e inmóvil, sintiendo que si me mo-
vía o hablaba rompería con mis movimientos o con mi voz, por leves que fue-
sen, aquella muda y pasada quietud.

Estaba de espaldas y podía ver, mirando de reojo hacia el suelo, la
plancha de calamina, cubierta, como todas las mañanas, de un montón de
ceniza que a esa hora no estaba despacha sino en los orillos del montón;
en el centro, allí donde más vivas habían sido las llamas, se veía intac-
ta y constituída por pequeñas hojuelas de color gris, aquí claro, allá os-
curo, que guardaban un cierto e indeterminado orden, orden que el fuego,
al consumir la madera, y quizá al pasar sobre, había tenido que respetar,
como si fuera extraño a la madera y a él mismo. No duraban mucho, sin em-
bargo, aquellas hojuelas y aquel orden: bastaba que alguien tocara un poco
bruscamente la plancha de calamina para que las hojuelas, a un mismo tiem-
po y como obedeciendo a un mandato imposible de desobedecer, se quebraran
en silencio y desaparecieran, sin dejar en su lugar otra cosa que aquel
resalido polvorimento que se veía en los orillos. Esto ocurrió desde princi-
pios de Marzo o un poco después, no estaba muy seguro, y desde el momento
en que los habitantes de la carpa, dándose cuenta de que la temperatura
bajaba ya mucho en las noches, adquirieron la costumbre de encender des-
pués de comida y sobre una plancha de calamina, un buen fuego, aprovech-
do para ello los trozos de madera que traían, contra bajo el pongo, el
regreso del trabajo. Para encender el fuego se acercaba un fósforo a la
yirute y se ponía la calamina en algún punto en que el viento sopla-
ra con brío, punto que no era difícil hallar: bastaba con colocarla a un
costado de la carpa. Atizado por el ventarrón el fuego crecía sorpresiva
y alborotadamente y cuando las chispas y el humo cesaban, cuando de toda
la leña y la madera no quedaba sino un montón de brasas, cuatro hombres to-

mábamos la calamina de las puntas y la metíamos dentro de la carpa. A los pocos minutos se estaba allí dentro como dentro de un horno, y los hombres, abandonando mantas y ponchos y aun las chaquetas, nos sentábamos en el suelo o sobre las ropas de las camas, alrededor de aquella flor roja surgida como de la nada. Tomábamos mate o café y conversábamos o callábamos, fumando los cigarrillos de rigor. Al empezar a palidecer la hoguera y aprovechando los postreros restos de calor, nos desnudábamos y nos metíamos bajo las ropas. La última llamita, muy azulada, coincidía casi siempre con el primer ronquido.

2

Era un paisaje y un trabajo para hombres.

El tren se detuvo, y la locomotora, con los bronquios repletos de hollín, jadeó hasta desgañitarse. El maquinista y el fogonero, que parecían, menos que hijos de sus madres, hijos de aquella locomotora, de tal modo y a tal punto estaban negros de carbón y relucientes de aceite, gritaron y gesticularon:

--¡Vamos, muchachos, apurarse, apurarse!

Tenían medio cuerpo fuera de la máquina, medio cuerpo en que no se distinguía de blanco sino la esclerótica, que se veía cerca, muy cerca, más cercana que las caras, como si perteneciera a otras personas y no a aquellas mismas. No podían quedarse allí mucho tiempo: el tren iba muy cargado y la pendiente, muy pronunciada, tiraba de él con tremenda fuerza. Podía cortarse un vagón y vagón cortado era allí, con seguridad, vagón perdido; nada ni nadie lo alcanzaría o lo atajaría, excepto el río y su cajón, que lo atajaban todo.

--¡Vamos, vamos, apurarse!

De pronto, como irritada por el involuntario jadear, la máquina dejó

mábamos la salmina de las puntas y la metíamos dentro de la carpa. A los pocos minutos se estaba allí dentro como dentro de un horno, y los hombres, abandonando mantas y ponchos y sus chaquetas, nos sentábamos en el suelo o sobre las ropas de las camas, alrededor de aquella flor roja surgida como de la nada. Tomábamos mate o café y conversábamos o callábamos, fumando los cigarrillos de tigor. Al empezar a palidecer la hoguera y aprovechando los postreros restos de calor, nos desnudábamos y nos metíamos bajo las ropas. La última llamita, muy azula, cotnicidía casi siempre con el primer roncuido.

2

Era un paisaje y un trabajo para hombres.

El tren se detuvo, y la locomotora, con los bronquios repletos de hollín, jadeó hasta desahitarse. El maquinista y el fogonero, que parecían menos que hijos de sus madres, hijos de aquella locomotora, de tal modo y a tal punto estaban negros de carbón y relucientes de aceite, gritaron y gesticularon:

--¡Vamos, muchachos, apurarse, apurarse!

Tenían medio cuerpo fuera de la máquina, medio cuerpo en que no se distinguía de blanco sino la esclerótica, que se veía cerca, muy cerca, más cercana que las caras, como si perteneciera a otras personas y no a aquellas mismas. No podían quedarse allí mucho tiempo: el tren iba muy cargado y la pendiente, muy pronunciada, tiraba de él con tremenda fuerza. Podía cortarse un vagón y vagón cortado era allí, con seguridad, vagón perdido; nada ni nadie lo alcanzaría o lo atajaría, excepto el río y su cañón, que lo atajaban todo.

--¡Vamos, vamos, apurarse!

De pronto, como irritada por el inevitable fadeur, la máquina dejó

oir una especie de zapateo. Veinticinco o treinta hombres nos lanzamos a tierra desde los vagones en que habíamos viajado desde Mendoza:

--¡Por aquí! Tome: primero los comestibles; nos convienen más. ¿Hay algo que pese más que un saco de papas? Otro saco, ¿no es cierto? Ahí va. Un cajón: fideos. Otro cajón: azúcar. Cuidado con ese: está roto y se cae el arroz. Esto debe ser café. Ahora las herramientas. No se quede con la boca abierta, señor: póngale el hombro; es livianito. ¿Dónde pongo esto? Metáselo donde le quepa. Ja, ja, ja. ¿De dónde sacó esa risita de ministro? Vamos, muchachos, apurarse. ¡Mierda, me reventé un dedo! No se aflija: aquí las heridas se curan solas; la mugre las tapa y las seca. Los baldes, las palas, las picotas, la dinamita, los fulminantes, las mechas. ¿Qué más? ¿Y estos bultos? Ah, son las carpas. Cuidado: allá van. Listos. ¡Váyase!

La locomotora jadeó más fuerte, lanzó un zapateo que hizo retemblar el suelo y partió, chirriando sobre la cremallera. Los veinticinco o treinta hombres, de pie a ambos lados de la línea, nos quedamos mirando unos a otros.

--No se queden ahí, parados como penitentes. Todavía no hemos concluido; estamos empezando. Hay que llevar esto para allá, allá, sí, donde está esa piedra grande. Vamos, niñitos, vamos, aquí oscurece muy temprano. Los cerros son demasiado altos. Ese es el Tolosa. Qué le parece. Tiene [redacted] no sé cuántos metros. Cerca de la cumbre se ve una bandera; alguien la puso ahí; alguien que subió y no bajó. ¿Por qué se mira tanto el dedo?¿Tiene miedo de que se le achique con el machucón? Creo que me lo reventé. Poco tiempo en [redacted] Chile; mucho tiempo en el calabozo. Llévese esto al hombro; así no le dolerá el dedo; lo deja caer no más; son papas. A ver, a ver; no: está bien. ¡Qué hubo, muchachos! No me grite. Perdone. Creí que era sordo. Usted, el de la barba: tome de ahí; deje la pipa, señor. ¿Italiano, eh? Porca miseria. Aquí la barba le podrá servir de abri-

oír una especie de zapateo. Veinticinco o treinta hombres nos lanzamos a tierra desde los vagones en que habíamos viajado desde Mendoza:

--¡Por aquí! Tome: primero los comestibles; nos convienen más. ¿Hay algo que pese más que un saco de papas? Otro saco, ¿no es cierto? Ahí va. Un cajón: fideos. Otro cajón: azúcar. Cuidado con ese: está roto y se cae el arroz. Esto debe ser café. Ahora las herramientas. No se quede con la boca abierta, señor: póngale el hombro; es livianito. ¿Dónde pongo esto? Metáselo donde le quepa. Ja, ja, ja. ¿De dónde sacó esa risita de ministro? Vamos, muchachos, apurarse. ¡Mierda, me reventé un dedo! No se aflija: aquí las heridas se curan solas; la mugre las tapa y las seca. Los baldes, las palas, las picotas, la dinamita, los fulminantes, las mechas. ¿Qué más? ¿Y estos bultos? Ah, son las carpas. Cuidado: allá van. Listos. ¡Váyase!

La locomotora jadeó más fuerte, lanzó un zapateo que hizo retemblar el suelo y partió, chirriando sobre la cremallera. Los veinticinco o treinta hombres, de pie a ambos lados de la línea, nos quedamos mirando unos a otros.

--No se queden ahí, parados como penitentes. Todavía no hemos concluido; estamos empezando. Hay que llevar esto para allá, allá, sí, donde está esa piedra grande. Vamos, niñitos, vamos, aquí oscurece muy temprano. Los cerros son demasiado altos. Ese es el Tolosa. Qué le parece. Tiene no sé cuántos metros. Cerca de la cumbre se ve una bandera; alguien la puso ahí; alguien que subió y no bajó. ¿Por qué se mira tanto el dedo? ¿Tiene miedo de que se le achique con el machucón? Creo que me lo reventé. Poco tiempo en Chile; mucho tiempo en el calabozo. Llévese esto al hombro; así no le dolerá el dedo; lo deja caer no más; son papas. A ver, a ver; no: está bien. ¡Qué hubo, muchachos! No me grite. Perdone. Creí que era sordo. Usted, el de la barba: tome de ahí; deje la pipa, señor. ¿Italiano, eh? Porca miseria. Aquí la barba le podrá servir de abri-

go: hace más frío que en el polo. Bueno: las carpas. Ahí van: agarren.

Cinco hombres tomamos el primer bulto, lo levantamos y con él en vilo nos miramos:

--¿Dónde lo ponemos?

--Aquí no más.

--Hay muchas piedras.

--No importa; armémoslas primero y después sacaremos las piedras. Tome de aquí; eso es; tire para allá. Usted: tire para acá. Bien: el palo. Levanten. Un momento; ya está. No suelten. El otro palo. Listo. Las estacas. No hay. ¿No hay? Entonces ~~la cagamos~~ nos fuimos. No; aquí están. ¿Todavía le duele el dedo?

No tuve tiempo de contestar. Fué primero como un latigazo dado con un trozo de lienzo pesado, un latigazo que envolvió a todo y a todos. Las carpas, ya a medio levantar, retrocedieron y parecieron chuparse a sí mismas. Los hombres, sorprendidos, miramos a un mismo tiempo hacia una misma parte: no había nada que ver: era el viento. Resonó un grito más fuerte, más imperativo:

--¡Vamos, muchachos, fuerza!

Empezó la lucha. La segunda pasada del viento dejó a algunos hombres con las manos ardiendo: el soplo, al echar al suelo las carpas, les arrebató con furia las cuerdas que tenían tomadas desprevenidamente; otros hombres, sepultados debajo de las carpas, gateaban buscando una salida. Hubo una explosión de risas. Aquello no era más que un juego, un juego entre el hombre y el viento. Pero la alegría duró sólo hasta el momento en que, levantadas de nuevo las carpas, el tercer [redacted] soplo las echó de nuevo al suelo:

--¡Viento de carajo! Agarren y no suelten. Eso es. ¡Qué se habrá imaginado este maricón! Usted: clave las estacas; ahí está el macho. Rápido,

go: hace más frío que en el polo. Bueno: las carpas. Ahí van: agarren.

Cinco hombres tomamos el primer bulto, lo levantamos y con él en vilo nos miramos:

--¿Dónde lo ponemos?

--Aquí no más.

--Hay muchas piedras.

--No importa; arrémosle primero y después acabemos las piedras. Tome de aquí; eso es; tire para allá. Usted: tire para acá. Bien: el palo. Le-ventan. Un momento; ya está. No suelten. El otro palo. Listo. Las estacas. No hay. ¿No hay? Entonces la carpa. No; aquí están. ¿Todavía le duele el dedo?

No tuve tiempo de contestar. Fué primero como un latigazo dado con un trozo de lienzo pesado, un latigazo que envolvió a todo y a todos. Las carpas, ya a medio levantar, retrocedieron y parecieron chuparse a sí mismas. Los hombres, sorprendidos, miramos a un mismo tiempo hacia una misma parte no había nada que ver: era el viento. Resonó un grito mía fuerte, más impe-rativo:

--¡Vamos, muchachos, fuerza!

Empezó la lucha. La segunda pasada del viento dejó a algunos hombres con las manos ardiendo: el soplo, al echar al suelo las carpas, los arre-bató con furia las cuerdas que tenían tomadas desprevenidamente; otros hom-bres, sepultados debajo de las carpas, estaban buscando una salida. Hubo una explosión de risas. Aquello no era más que un juego, un juego entre el hombre y el viento. Pero la alegría duró sólo hasta el momento en que, le-vantadas de nuevo las carpas, el tercer ~~viento~~ sopló las echó de nuevo al suelo:

--¡Viento de cerajo! Agarren y no suelten. Eso es. ¡Qué se llevó ima-ginado este maricón! Usted: clave las estacas; ahí está el mazo. Rápido,

niños; traigan piedras, no, más grandes y amarren fuerte, que les crujan los huesos. ¡Eso es, muchachos! Cuidado, ahí viene.

La ráfaga derribó tres de las carpas, pero los hombres, que habían logrado estabilizar las otras tres, se fueron rabiosos sobre ellas:

--¡Atrinquen!

Las órdenes restallaban:

--¡Firme ahí! ¡Ahora: todos a un tiempo!

Luchábamos jadeando, moviéndonos como si boxeáramos con un adversario demasiado movedizo. El viento, entretanto, soplaba con más bríos, pero, por suerte, de modo intermitente, lo que permitió que entre un soplo y otro afirmáramos las carpas. Oscurecía cuando terminamos.

Nos acostamos en seguida: no había allí lugar alguno a donde ir a tomar un café o a conversar y ni siquiera valía la pena salir de la carpa o de la construcción de madera y calamina hecha para servir de comedor. Se abría la puerta y se salía y era como tropezar con un tremendo muro, un grueso, alto y negro muro de oscuridad y de silencio. Unicamente se escuchaba el rumor del río y eso sólo cuando no soplaba viento; de otro modo no se oía sino el viento, que es como no oir nada. Los hombres volvían a entrar, tiritando y riendo:

--¡Por mi abuela: no se ve ni cobre!

Sólo al cabo de un momento de espera y nada más que por exigencias ineludibles se animaban a dar unos pasos, pocos y vacilantes; había piedras y rocas, altos y bajos y no había nada más y se tropezaba y chocaba con todas las piedras y todas las rocas y se metían los pies en todos los bajos y en todos los altos. Satisfecha la exigencia volvían corriendo: el viento les alborotaba la ropa, les sacaba el sombrero, les echaba el pelo sobre los ojos, les enrollaba la manta o el poncho alrededor del cuello, los palpaba, los tironeaba, y en la oscuridad, sintiendo cómo se les metía para adentro por la bragueta, mojándoles los pantalones si tenían la ocurrencia de darle

niños; traigan piedras, no, más grandes y amarren fuerte, que les crujan los huesos. ¡Eso es, muchachos! Cuidado, ahí viene.

La ráfaga derribó tres de las carpas, pero los hombres, que habían logrado estabilizar las otras tres, se fueron rabiosos sobre ellas:

--¡Atrinquen!

Las órdenes restallaban:

--¡Firme ahí! ¡Ahora: todos a un tiempo!

Luchábamos jadeando, moviéndonos como si boxeáramos con un adversario demasiado movedizo. El viento, entretanto, soplaba con más bríos, pero, por suerte, de modo intermitente, lo que permitió que entre un soplo y otro afirmáramos las carpas. Oscurecía cuando terminamos.

Nos acostamos en seguida: no había allí lugar alguno a donde ir a tomar un café o a conversar y ni siquiera valía la pena salir de la carpa o de la construcción de madera y calamina hecha para servir de comedor. Se abría la puerta y se salía y era como tropezar con un tremendo muro, un grueso, alto y negro muro de oscuridad y de silencio. Unicamente se escuchaba el rumor del río y eso sólo cuando no soplaba viento; de otro modo no se oía sino el viento, que es como no oír nada. Los hombres volvían a entrar, tiritando y riendo:

--¡Por mi abuela: no se ve ni cobre!

Sólo al cabo de un momento de espera y nada más que por exigencias ineludibles se animaban a dar unos pasos, pocos y vacilantes; había piedras y rocas, altos y bajos y no había nada más y se tropezaba y chocaba con todas las piedras y todas las rocas y se metían los pies en todos los bajos y en todos los altos. Satisfecha la exigencia volvían corriendo: el viento les alborotaba la ropa, les sacaba el sombrero, les echaba el pelo sobre los ojos, les enrollaba la manta o el poncho alrededor del cuello, los palpaba, los tironeaba, y en la oscuridad, sintiendo cómo se les metía para adentro por la bragueta, mojándoles los pantalones si tenían la ocurrencia de darle

la cara, se sentían desamparados y como vejados: huían.

Había, como en todas partes, noches de luna, pero no por eso dejaba de haber viento y piedras y rocas y altos y bajos. Además, qué sacas con mu que haya luz. ¿Ver las piedras y las rocas? Muy poético. La casa más cercana queda a dos kilómetros y en ella duerme gente desconocida, rodeada, como nosotros, de silencio, de sombra, de viento, de rocas; se acuestan temprano y no saldrían afuera, ya anochecido, si no fuese porque tienen una maldita vejiga; de otro modo, ni a tirones. De pronto se oye algo como el lejano restallar de un trueno o el más próximo de un gran látigo: un muralla de piedra, un farellón de rocas estalla y cae. La otra casa queda a cuatro kilómetros y en ella no hay más que carabineros. ¿Carabineros? Muchas gracias. Mejor es que nos vamos a acostar.

3

--¿De dónde eres tú, Roberto?

--De Buenos Aires: soy gaucho y entiendaló como mi lengua lo explica; para mí la tierra es chica y pudiera ser mayor. Ni la víbora me pica ni quema mi frente el sol.

--Salud, Martín Fierro de Chacarita.

--No, che: de Caballito.

--¿Y tú, Aniceto?

--Porteño también.

--¿Y tú, Jacinto?

--De La Almunia de Doña Godina?

--¿Qué dijiste?

--De La Almunia de Doña Godina.

--¿Y de dónde sacaste ese nombrecito?

la cara, se sentían desamparados y como vejados: huían.

Había, como en todas partes, noches de luna, pero no por eso dejaba de haber viento y piedras y rocas y altos y bajos. Además, que acaso con que haya luz. ¿Ver las piedras y las rocas? Muy poético. La casa más cercana queda a dos kilómetros y en ella duerme gente desconocida, rodeada, como nosotros, de silencio, de sombra, de viento, de rocas; se acuestan temprano y no saldrían aquere, ya anochecido, si no fuese porque tienen una maldita vejiga; de otro modo, ni a tiros. De pronto se oye algo como el lejano restallar de un trueno o el más próximo de un gran latigo: un murallo de piedra, un farellón de rocas estalla y cae. La otra casa queda a cuatro kilómetros y en ella no hay más que carabineros. ¡Carabineros! Buenos grecias. Mejor es que nos vamos a acostar.

3

--¿De dónde eres tú, Roberto?

--De Buenos Aires: soy gaucho y entendaló como mi lengua lo explica; pero mi la tierra es chica y pudiera ser mayor. Mi la vibora me pica mi cuema mi frente el sol.

--Salud, Martín Fierro de Chacarita.

--No, che: de Caballito.

--¿Y tú, Aniceto?

--Porteño también.

--¿Y tú, Jacinto?

--De la Almunia de Doña Godina?

--¿Qué dijiste?

--De la Almunia de Doña Godina.

--¿Y de dónde sacaste ese nombrecito?

--Es un pueblo de la provincia de Zaragoza.

--¿Y tú, Laguna?

--Chileno, de Choapa: pura araucanía.

--Se te conoce.

--¿Y tú, Machete?

--De la misma ~~mierda~~ caca.

--También se te conoce. . .

El amanecer era frío y duro y el paisaje estrecho y amplio al mismo tiempo, estrecho en un sentido y amplio en dos: no había, valle abajo y por muchos kilómetros, obstáculo alguno para los ojos: los obstáculos estaban en las márgenes del valle, que bajaba encajonado entre enormes montañas, negras unas, grises otras, rojizas, violetas, pardas, leonadas, blancas -- es nieve; nieve, no, hielo -- que lo detenían todo, todo menos la luz, el viento y la sombra, inatajables. Y también era amplio en lo alto, en las montañas, más allá del cajón del río, contra el alto cielo, que parecía allí más alto que en ninguna parte, como si las montañas lo enaltecieran.

--Vamos, muchachos, ya es hora; arriba.

--¿Ya?

--Sí, ya: la noche es corta para el que trabaja.

--Claro, y el día es largo.

--¿Dónde nos podemos lavar?

--¿Lavar?

--Lavar, sí, lavar.

--Pero ¿lavar qué?

--Hombre, las manos, la cara.

--Pero si el agua del río es como hielo.

--Lavarse. . .

--Es un pueblo de la provincia de Zaragoza.

--¿Y tú, Laguna?

--Chileno, de Choapa: pura araucanía.

--Se te conoce.

--¿Y tú, Machete?

--De la misma casa.

--También se te conoce. . .

El amanecer era frío y duro y el paisaje estrecho y amplio al mismo tiempo, estrecho en un sentido y amplio en dos: no había, valle abajo y por muchos kilómetros, obstáculo alguno para los ojos: los obstáculos estaban en las márgenes del valle, que bajaba encajonado entre enormes montañas, negras unas, grises otras, rojizas, violetas, pardas, leonadas, blancas -- es nieve; nieve, no, hielo -- que lo detenían todo, todo menos la luz, el viento y la sombra, inatajables. Y también era amplio en lo alto, en las montañas, más allá del cajón del río, contra el alto cielo, que parecía allí más alto que en ninguna parte, como si las montañas lo enaltecieran.

--Vamos, muchachos, ya es hora; arriba.

--¿Ya?

--Sí, ya: la noche es corta para el que trabaja.

--Claro, y el día es largo.

--¿Dónde nos podemos lavar?

--¿Lavar?

--Lavar, sí, lavar.

--Pero ¿lavar qué?

--Hombre, las manos, la cara.

--Pero si el agua del río es como hielo.

--Lavarse. . .

--¿Nunca has estado por aquí?

--Parece que no.

--El agua del río pela la cara y corta la piel como con vidrios; los labios se parten; el pelo se apelmaza y se endurece, como si se escarchara. Creo que hasta se caen las pestañas.

--¡Qué porvenir! Me veo pidiendo limosna en la Avenida de Mayo: una limosnita para uno que estuvo en la cordillera. . .

--Francamente, no veo qué vienen a hacer los porteños por acá.

--La necesidad tiene cara de hereje.

--Olvídate del agua y vamos a tomar desayuno; están tocando la campana.

--Andiamo.

Una cuadrilla está formada por cinco hombre y cinco por seis son treinta; eso es; cinco cuadrillas; no, seis. Es cierto. Primero hay que acarrear el material. Aquí está la zorra. Vamos cargando las calaminas, las vigas, los pernos, los clavos, las mechas, la dinamita, las herramientas, los cartuchos; nunca dejes un cartucho de dinamita al aire libre por la noche; puede estallar al tocarlo al día siguiente; se hielan, dicen, y el frío es tan explosivo como el calor. Los dedos no te los devuelve nadie. Los barrenos, un tarrito para el agua. Usted trabajará con él; es minero. Oh, yes, oh, yes. ¡De dónde habrá salido este gringo! Es el contratista.

--Todos los días el tren traerá el pan desde Puente del Inca.

--Sí, del hotel. También traerá la carne.

--Papas quedan todavía.

--Mire, paisano: el hoyo tiene que tener, por lo menos, un metro de profundidad y sesenta centímetros de ancho.

--Sí, claro, pero como hay rocas no se podrá hacer el hoyo como uno quiera sino que como las rocas quieran.

--Les mete dinamita.

--¿Nunca has estado por aquí?

--Parece que no.

--El agua del río pela la cara y corta la piel como con vidrios; los la-
bios se parten; el pelo se apelmaza y se endurece, como si se escarchara.
Creo que hasta se caen las pestañas.

--¡Qué porvenir! Me veo pidiendo limosna en la Avenida de Mayo: una li-
mosnita para uno que estuvo en la cordillera. . .

--Francamente, no veo qué vienen a hacer los porteños por acá.

--La necesidad tiene cara de hereje.

--Olvídate del agua y vamos a tomar desayuno; están tocando la campana.

--Andiamo.

Una cuadrilla está formada por cinco hombre y cinco por seis son trein-
ta; eso es; cinco cuadrillas; no, seis. Me olerto. Primero hay que acarrear
el material. Aquí está la zorra. Vamos cargando las calaminas, las vigas,
los pernos, los clavos, las mechas, la dinamita, las herramientas, los car-
tuchos; nunca dejes un cartucho de dinamita al aire libre por la noche; pue-
de estallar al tocarlo al día siguiente; se hielan, dicen, y el frío es tan
explosivo como el calor. Los dedos no te los devuelve nadie. Los barrenos,
un tarrito para el agua. Usted trabajará con él;es minero. Oh, ves, oh, ves
¡De dónde habrá salido este gringo! Ha el contratista.

--Todos los días el tren traerá el pan desde Puente del Inca.

--Sí, del hotel. También traerá la carne.

--Papas quedan todavía.

--Mire, paisano: el hoyo tiene que tener, por lo menos, un metro de pro-
fundidad y sesenta centímetros de ancho.

--Sí, claro, pero como hay cosas no se podrá hacer el hoyo como uno qui-
ra sino que como las rocas quieran.

--Les mete dinamita.

--Sí, y entonces saldrán como la dinamita quiera.

--¡Pero usted no me da ninguna facilidad!

--¡Cómo que no! La facilidad de decirme que el hoyo debe tener uno por sesenta. ¿Le parece poco?

--¡Que gracioso!

--Antes era más gracioso que ahora.

--M hay que dejar, delante de cada hoyo, una viga de éstas; ocho por ocho.

--Las vigas van apernadas y machihembradas.

--Después el armazón y en seguida las calaminas.

--¡Búm!

--Tronó el primer tiro, ¿sientes?

--¡Búmbúmbúmbúmbúm!

--Es el eco en las montañas.

--La detonación llegará hasta Chile.

--¡Ay, Chile!

--¡Ay, cielo, cielo, cielito, cielito del despampajo, que si te saco el horcón se te viene el rancho abajo!

--Ya llevamos un mes.

--Puede que tengamos suerte y nos quedemos otros dos.

--Si empieza a nevar tendremos que tocar la polca.

--La polca del"espiante."

--Se armó la tremenda pelea.

--Oh, yes, oh, yes: usted mucha razón: pan malo, pan mucho malo; no hay carne, no hay papas; pero mí no puede hacer nada.

--Denos permiso para ir a buscar la carne y el pan a Puente del Inca. No hay qué comer y sin comer no se puede trabajar.

--Oh, yes, oh, yes; mí también tiene hambre; anda; llévate la zorra,

--Sí, y entonces saldrán como la dinamita quiera.

--¡Pero usted no me da ninguna facilidad!

--¡Cómo que no! La facilidad de decirme que el hoyo debe tener uno por sesenta. ¿Le parece poco?

--¡Que gracioso!

--Antes era más gracioso que ahora.

--Y hay que dejar, delante de cada hoyo, una viga de éstas; ocho por ocho.

--Las vigas van apernadas y machihembradas.

--Después el armazón y en seguida las calaminas.

--¡Bùm!

--Tronó el primer tiro, ¿sientes?

--¡Bùmbùmbùmbùm!

--Es el eco en las montañas.

--La detonación llegará hasta Chile.

--¡Ay, Chile!

--¡Ay, cielo, cielo, cielito, cielito del despampajo, que si te saco el horcón se te viene el rancho abajo!

--Ya llevamos un mes.

--Puede que tengamos suerte y nos quedemos otros dos.

--Si empieza a nevar tendremos que tocar la polca.

--La polca del"espiante."

--Se armó la tremenda pelea.

--Oh, yes, oh, yes: usted mucha razón: pan malo, pan mucho malo; no hay carne, no hay papas; pero mí no puede hacer nada.

--Denos permiso para ir a buscar la carne y el pan a Puente del Inca. No hay qué comer y sin comer no se puede trabajar.

--Oh, yes, oh, yes; mí también tiene hambre; anda; llévate la zorra,

chileno, y trae pan y carne y papas; gringo mucha hambre.

--Sin mony no hay tony, patrón.

--Mí no quiere huelga; anda a Puente del Inca; aquí está la plata.

--El dedo ya está bueno, pero se me cayó la uña; debajo de la mugre debe estar saliendo la otra. Ni la sentí.

--Hombrecito, ¿eh?

--¿Saben, muchachos? Dicen que el cocinero es marica.

--¡No digas!

--Sí; dicen que El Machete casi lo mató una noche que fué a ofrecerle más comida si lo dejaba entrar en la carpa.

4

Me afirmé en el codo y levanté el cuerpo, estiré el brazo y toqué la tela. Algo había encima, pero no algo pesado, al contrario; empujé hacia arriba y aquel algo corrió por la tela, que volvió a recuperar su altura de siempre. Era más de lo que podía soportar. Miré a mis compañeros: dormían o fingían dormir. Eché la frazada hacia atrás, giré el cuerpo y tomé mis ropas; me las puse, me calcé los zapatos y fuí hacia la abertura de la carpa. Hacía frío y tuve un estremecimiento. Abrí y miré: había nevado.

No era la primera vez que nevaba en el mundo, pero era la primera vez que veía nieve, que me veía rodeado de nieve, aunque, en verdad, no era la nieve lo que me impresionaba sino la sensación de soledad que me produjo, no soledad de la nieve, de las rocas, del río o de las montañas sino soledad de mí mismo entre la nieve, las rocas, el río y las montañas, aislamiento, reducción de mi personalidad hasta un mínimum impresionante; me pareció que los lazos que hasta ese momento me unían al paisaje o al lugar en

chileno, y trae pan y carne y papas; gringo mucha hambre.

--Sin mony no hay tony, patrón.

--Mí no quiere huelga; anda a Puente del Inca; aquí está la plata.

--El dedo ya está bueno, pero se me cayó la uña; debajo de la mugre debe estar saliendo la otra. Ni la sentí.

--Hombrecito, ¿eh?

--¿Saben, muchachos? Dicen que el cocinero es marica.

--¡No digas!

--Sí; dicen que El Machete casi lo mató una noche que fué a ofrecerle más comida si lo dejaba entrar en la carpa.

4

Me afirmé en el codo y levanté el cuerpo, estiré el brazo y toqué la tela. Algo había encima, pero no algo pesado, al contrario; empujé hacia arriba y aquel algo corrió por la tela, que volvió a recuperar su altura de siempre. Era más de lo que podía soportar. Miré a mis compañeros: dormían o fingían dormir. Eché la frazada hacia atrás, giré el cuerpo y tomé mis ropas; me las puse, me calcé los zapatos y fuí hacia la abertura de la carpa. Hacía frío y tuve un estremecimiento. Abrí y miré: había nevado.

No era la primera vez que nevaba en el mundo, pero era la primera vez que veía nieve, que me veía rodeado de nieve, aunque, en verdad, no era la nieve lo que me impresionaba sino la sensación de soledad que me produjo, no soledad de la nieve, de las rocas, del río o de las montañas sino soledad de mí mismo entre la nieve, las rocas, el río y las montañas, aislamiento, reducción de mi personalidad hasta un mínimum impresionante; me pareció que los lazos que hasta ese momento me unían al paisaje o al lugar en

que me encontraba y me había encontrado antes, en todas partes, lazos de color, de movimiento, de fricción, de espacio, de tiempo, desaparecían, dejándome abandonado en medio de una blancura sin límites y sin referencias, en la que todo se alejaba o se aislaba a su vez. La nieve lo rodeaba todo y rodeaba también la carpa y parecía dispuesta a acorralarnos, a inmovilizarnos, anotando nuestros movimientos, vigilando nuestros pasos, dejando huellas de ellos y de su dirección. La noche, es cierto, lo neutralizaba a uno, lo hacía desaparecer en la oscuridad, pero la nieve resultaba peor: lo destacaba, lo señalaba y parecía entregarlo a fuerzas más terribles que las de la oscuridad nocturna.

Todo había desaparecido: las pequeñas piedras, con las cuales ya estábamos un poco familiarizados (sabíamos, por lo menos, que estaban ahí) y aun las rocas y los senderos que iban por las faldas de las montañas hacia las minas o hacia el río o hacia las líneas del ferrocarril o hacia Chile. ¿Por dónde irse ahora? No había más que nieve. Eché una mano hacia atrás y castañetée los dedos. Dije:

--Muchachos. . .

Me salió una voz baja, como si tuviera la garganta apretada.

--¡Qué pasa! -- rezongaron.

--Vengan a ver.

Algo extraordinario habría en mi voz: los hombres acudieron inmediatamente:

--¡Qué hay!

--Miren.

Hubo un silencio. Después:

--¡Qué más iba a durar! Llegó la nieve y se acabó el trabajo.

Se vistieron, mur murando, malhumorados, echando a la nieve a todas las partes imaginables y no imaginables.

que me encontraba y me había encontrado antes, en todas partes, lazos de color, de movimiento, de fricción, de espacio, de tiempo, desaparecían, dejándome abandonado en medio de una blancura sin límites y sin referencias, en la que todo se alejaba o se alzaba a su vez. La nieve lo rodaba todo y rodaba también la carpa y parecía dispuesta a acorralarnos, a inmovilizarnos, anotando nuestros movimientos, vigilando nuestros pasos, dejando huellas de ellos y de su dirección. La noche, en cierto, lo hacía neutralizaba a uno, lo hacía desaparecer en la oscuridad, pero la nieve resultaba peor: lo destacaba, lo señalaba y parecía entregarlo a fuerzas más terribles que las de la oscuridad nocturna.

Todo había desaparecido: las pequeñas piedras, con las cuales ya estábamos un poco familiarizados (sabíamos, por lo menos, que estaban ahí) y aun las rocas y los senderos que iban por las faldas de las montañas hacia las minas o hacia el río o hacia las líneas del ferrocarril o hacia Chile. ¿Por dónde irse ahora? No había más que nieve. Eché una mano hacia atrás y cerré los dedos. Dije:

--Muchachos. . .

Me salió una voz baja, como si tuviera la garganta apretada.

--¡Qué pasa! -- respondieron.

--Vengan a ver.

Algo extraordinario había en mi voz: los hombres acudieron inmediatamente:

--¡Qué hay!

--Miren.

Hubo un silencio. Después:

--¡Qué más iba a durar! Llegó la nieve y se acabó el trabajo.

Se vistieron, mur murando, malhumorados, echando a la nieve a todas las partes imaginables y no imaginables.

Cinco días después, y cuando ya la primera nevada había casi desaparecido, cayó otra nevazón: imposible encontrar nada, herramientas, materiales, hoyos, vigas; nieve de porquería; y tan fría.

--¿Para dónde vas ahora?

--Creo que a Chile.

--¿Y tú?

--Yo, a Mendoza: voy a comprar ropa y vuelvo a invernar a Las Leñas. El capataz quiere que me quede.

--¿Y tú, español?

--No sé. También me dan ganas de ir a Chile; pero primero debo ir a Mendoza a buscar a mi mujer.

--Aquí está su sobre con la liquidación. Cuente y firme.

--Gracias. Poco es, pero peor es nada.

--Adiós, muchachos, adiós.

La nieve tapaba casi toda la boca del túnel grande y el viento la arremolineaba en el aire, cegando a los últimos caminantes cordilleranos.

Cinco días después, y cuando ya la primera ventada había casi desaparecido, cayó otra nevazón: imposible encontrar nada, herramientas, metrallas, bovos, vigas; nieve de portuaria; y tan fría.

--¿Para dónde vas ahora?

--Creo que a Chile.

--¿Y tú?

--Yo, a Mendoza: voy a comprar ropa y vuelvo a invernar a las Leñas. Mi carpeta quiere que me quede.

--¿Y tú, español?

--No sé. También me dan ganas de ir a Chile; pero primero debo ir a Mendoza a buscar a mi mujer.

--Aquí está su sobre con la liquidación. Cuenta y firme.

--Gracias. Poco es, pero peor es nada.

--Adiós, muchachos, adiós.

La nieve tapaba casi toda la boca del túnel grande y el viento la arremolinaba en el aire, cegando a los últimos caminantes cordilleranos.

## TERCERA PARTE

## TERCERA PARTE

I

A pesar de todo, mi infancia no fué desagradable; no lo fué y estaba llena de acontecimientos apasionantes, aunque a veces un poco fuertes. La casa estaba siempre limpia, ya que mi madre era una prodigiosa trabajadora, y no conocí el hambre y la suciedad sino cuando me encontré, sin las manos de mis padres, entregado a las mías propias, y a pesar de ser hijo de ladrón, el ser más aborrecido de la sociedad, más aborrecido que el asesino, a quien sólo se teme, viví, con mis hermanos, una existencia aparentemente igual a la de los hijos de las familias honorables que conocí en los colegios o en las vecindades de las casas que habitamos en esta o en aquella ciudad. Aquellos con quienes intimé en la infancia y hasta el principio de la adolescencia no supieron nunca que su compañero de banco, su condiscípulo o su vecino, que a veces les aventajaba en los estudios y que otras les iba a la zaga, pero a quien, de todos modos, estimaban o por lo menos con quien compartían sus juegos, cambiaban sus trompos o sus bolitas, sus lápices y sus plumas, sus figuras de mujeres recortadas de las cajas de fósforos o extraidas de las cajetillas de cigarrillos de sus padres o propias, era hijo de ladrón. Ignoro qué cara habrían puesto, de haberlo sabido; de extrañeza, seguramente, pues nada en mis ropas ni en mi conducta ni en mis rasgos indicaba que fuese hijo de una persona socialmente no respetable. No me sentía, con respecto a ellos, en inferioridad de condiciones: sus padres, obreros, empleados, médicos, comerciantes, industriales, doctores o lo que fuesen, tenían sobre el mío sólo una ventaja: la de que no se

I

A pesar de todo, mi infancia no fué desagradable; no lo fué y estaba llena de acontecimientos apasionantes, aunque a veces un poco fuertes. La casa estaba siempre limpia, ya que mi madre era una prodigiosa trabajadora y no conocí el hambre y la suciedad sino cuando me encontré, sin las manos de mis padres, entregado a las mías propias, y a pesar de ser hijo de ladrón, el ser mía aborrecido de la sociedad, más aborrecido que el asesino, a quien sólo se teme, vivía con mis hermanos, una existencia aparentemente igual a la de los hijos de las familias honorables que conocí en los colegios o en las vecindades de las casas que habitamos en esta o en aquella ciudad. Aquellos con quienes íntimé en la infancia y hasta el principio de la adolescencia no supieron nunca que su compañero de banco, su condiscípulo o su vecino, que a veces las aventajaba en los estudios y que otras les iba a la zaga, pero a quien, de todos modos, estimaban o por lo menos con quien compartían sus juegos, cambiaban sus trompos o sus bolitas, sus lápices y sus plumas, sus figuras de mujeres recortadas de las cajas de tafetores o extraídas de las cajetillas de cigarrillos de sus padres o propias, era hijo de ladrón. Ignoro que cara hubrían puesto, de haberlo sabido; de extrañeza, seguramente, pues nada en mis ropas ni en mi conducta ni en mis rasgos indicaba que fuese hijo de una persona socialmente no respetable. No me sentía, con respecto a ellos, en inferioridad de condiciones ante sus padres, obreros, empleados, médicos, comerciantes, industriales, doctores o lo que fuesen, tenían sobre el mío sólo una ventaja: la de que no se

les tomaría presos sino cuando cometieran un delito, posibilidad de que no estaban exentos y seguridad de que no gozaba mi padre más que en los lugares en que no era conocido, pues en los otros cualquier policía, por infeliz que fuese, podía detenerlo, si se le antojaba, nada más que porque sabía quién era. En cuanto a lo demás eran iguales, es decir, padres, con la diferencia de que el mío no llegaría a conocer, como el obrero o como el empleado, como el médico o como el ingeniero, la cesantía o las enfermedades profesionales, ni, como el industrial o como el comerciante, las quiebras o la escasez de las materias primas (aunque quién sabe si la prisión debiera considerarse, para los ladrones, un riesgo o enfermedad profesional). No estaba orgulloso de ello, pero tampoco me sentía apesadumbrado: era mi padre y lo adoraba y quizá si, inconscientemente, lo adoraba más porque era ladrón, no porque su oficio me entusiasmara sino porque, al revés, a veces me dolía, no que lo fuese sino las consecuencias que el hecho solía producir. En cuanto a mí y a mis condiscípulos o vecinos no había, aparentemente, diferencias apreciables: para ellos y para mí regían las mismas leyes y el hecho de que fuesen hijos de gente honrada no les daba, ni en el presente ni en el futuro, ventaja alguna, así como yo tampoco la tenía por el hecho de ser hijo de ladrón; conocí y traté hijos de obreros, de empleados y de profesionales que se quedaron, de la noche a la mañana, sin padre o sin madre y que debieron abandonar la escuela y tomar un oficio o un trabajo cualquiera para ganarse el dia de hoy, dejando al azar el de mañana y el de pasado mañana. Es posible que no tuvieran la oculta inquietud -- nosotros tampoco la teníamos en demasía -- de ser hijo de ladrón y de que se supiera, pero tendrían con seguridad otras, ya que todos los padres no pueden ser irreprochables, la de ser hijos de inmigrantes, por ejemplo, o de borrachos o de rufianes. Tal vez, a pesar de todo, tendrían alguna superioridad sobre mí, pero, en verdad, nunca me dí cuenta de ello y, por lo contrario, a veces sentí que la superioridad estaba de nuestra parte. ¿Por qué?

las tomaría presos sino cuando cometieran un delito, posibilidad de que no estaban exentos y seguridad de que no gozaba mi padre más que en los límites en que no era conocido, pues en los otros cualquier policía, por influjo que fuese, podía detenerlo, si se le antojaba, nada más que porque sabía quién era. En cuanto a lo demás eran iguales, es decir, padres, con la diferencia de que el mío no llegaría a conocer, como el obrero o como el empleado, como el médico o como el ingeniero, la cesantía o las enfermedades profesionales, ni, como el industrial o como el comerciante, las quiebras o la escasez de las materias primas (aunque quién sabe si la prisión debiera considerarse, para los ladrones, un riesgo o enfermedad profesional). No estaba orgulloso de ello, pero tampoco me sentía apesadumbrado: era mi padre y lo adoraba y quizá si, inconscientemente, lo adoraba más porque era ladrón, no porque su oficio me entusiasmara sino porque, al revés, a veces me dolía, no que lo fuese sino las consecuencias que el hecho solía producir. En cuanto a mí y a mis condiscípulos o vecinos no había, aparentemente, diferencias apreciables; para ellos y para mí regían las mismas leyes y el hecho de que fuesen hijos de gente honrada no los daba, ni en el presente ni en el futuro, ventaja alguna, así como yo tampoco la tenía por el hecho de ser hijo de ladrón; conocí y traté hijos de obreros, de empleados y de profesionales que se quedaron, de la noche a la mañana, sin padre o sin madre y que debieron abandonar la escuela y tomar un oficio o un trabajo cualquiera para ganarse el día de hoy, dejando al azar el de mañana y el de pasado mañana. Es posible que no tuvieran la oculta inquietud -- nosotros tampoco la teníamos en ciernes -- de ser hijo de ladrón y de que se supiera, pero tendrían con seguridad otras, ya que todos los padres no pueden ser irreprochables, la de ser hijos de inmigrantes, por ejemplo, o de borrachos o de rufianes. Tal vez, a pesar de todo, tendrían algunas superioridad sobre mí, pero, en verdad, nunca me di cuenta de ello y, por lo contrario, a veces sentí que la superioridad estaba de nuestra parte. ¿Por qué

Era, quizá, una defensa inconsciente, pero, sea como sea, como niños éramos iguales y jamás me sentí por debajo de ellos. De otro modo quizá si mi infancia no habría sido tan soportable.

Tampoco estuve rodeado de gente sucia o grosera, borracha o de malas costumbres, y eso a pesar de que sentí respirar cerca de mí, pues estuvieron alguna vez en mi casa, uno y quizá si dos asesinos. No tenían nada que ver con mi padre ni con sus actividades económicas. Traían mensajes desde alguna ciudad lejana o desde el rincón de algún calabozo; individuos que a veces vivían a la sombra de tales o cuales ladrones o de tales o cuales caudillos políticos o dueños de casas de juego o prostíbulos, asesinos, casi siempre, por equivocación o por estupidez, condición que los hacía más peligrosos. Cuando uno de ellos apareció en nuestra casa, percibimos en él algo extraño: estuvo cerca de dos horas, sentado en una silla, esperando a nuestro padre, y durante todo ese tiempo, aunque pasamos una vez y otra vez frente a él, no se le ocurrió hacernos una broma o dirigirnos la palabra, cosa que cualquier hombre normal habría hecho sin esfuerzo al ver que tres o cuatro niños desfilaban ente él, mirándolo con insistencia. Cuando se aburrió de la espera y decidió marcharse, le miramos irse con cierto secreto alivio: sus gruesas y rojas manos, que mantuvo inmóvil sobre sus entreabiertas piernas, no nos gustaron.

--Sabía que me estaba esperando -- dijo mi padre -- y por eso me atrasé.

No quería verlo: había asesinado a un compañero, no por iniciativa propia sino que engañado y estimulado por otros. El muerto, llamado Ricardo, dejó una viuda y una hija pequeña. Aquel día estuvieron en la estación Retiro, a la llegada del tren internacional, y se retiraron con las manos vacías. Un pasajero, no obstante, se acercó al agente de turno y le comunicó la pérdida de su cartera, en la que llevaba varios cientos de pesos. No pudo precisar dónde fué robado, aunque sí aseguró que dos o tres estaciones

era, quizá, una defensa inconsciente, pero, sea como sea, como niños éramos iguales y jamás me sentí por debajo de ellos. De otro modo quizá si mi infancia no hubiera sido tan soportable.

Tampoco estuve rodeado de gente sucia o grosera, borrachos o de malas costumbres, y aun a pesar de que sentí respirar cerca de mí, pues estuvieron algunas veces en mi casa, uno y quizá si dos asesinos. No tenían nada que ver con mi padre ni con sus actividades económicas. Traían mensajes desde alguna ciudad lejana o desde el rincón de algún calabozo; individuos que a veces vivían a la sombra de tales o cuales ladrones o de tales o cuales caudillos políticos o dueños de casas de juego o prostíbulos, asesinos, cobardes siempre, por equivocación o por estupidez, condición que los hacía más peligrosos. Cuando uno de ellos apareció en nuestra casa, perdíamos en él algo extraño: estuvo cerca de dos horas, sentado en una silla, esperando a nuestro padre, y durante todo ese tiempo, aunque pasamos una vez y otra vez frente a él, no se le ocurrió hacernos una broma o dirigirnos la palabra, cosa que cualquier hombre normal habría hecho sin esfuerzo al ver que tres o cuatro niños desfilaban ante él, mirándolo con insistencia. Cuando se abrió de la espera y decidió marcharse, le miramos irse con cierto secreto alivio: sus grasas y rojas manos, que mantuvo inmóvil sobre sus entreabiertas piernas, no nos gustaron.

--Sabía que me estaba esperando -- dijo mi padre -- y por eso me atrase.

No cuería verlo: había asesinado a un compañero, no por iniciativa propia sino que engañado y estimulado por otros. El muerto, llamado Ricardo, dejó una viuda y una hija pequeña. Aquel día estuvieron en la estación Retiro, a la llegada del tren internacional, y se retiraron con las manos vacías. Un pasajero, no obstante, se acercó al agente de turno y le comunicó la pérdida de su cartera, en la que llevaba varios cientos de pesos.

No pudo precisar dónde fue robado, aunque aseguró que dos o tres estaciones

antes de llegar tenía aún la cartera en el bolsillo. Sospechaba de un hombre alto, delgado, vestido de negro, que se acercó mucho a él en el pasillo. No dió detalles más precisos. Ningún carterero había sido visto por ahí y el único que había estado, Ricardo, era alto y delgado y vestía de negro. Ricardo negó: la única cartera conseguida en aquel día de trabajo contenía sólo dieciocho pesos, nueve de los cuales estaban ya en el bolsillo de su compañero de trabajo, ya que los ladrones, al revés de otros socios, comparten por igual sus ganancias. No había más. El Tano Veintiuno se hizo cruces: ¿cómo pudo Ricardo hacerse de una cartera sin que él se diera cuenta? "No puede ser", protestó, cuando le sugirieron que Ricardo podía haberla obtenido solo, quedándose con todo. "¿No se separó de vos?" "Sí, porque el inspector caminó hacia donde estábamos; pero fué un segundo: subió al coche por una puerta y bajó por la otra, sin pararse." "En ese momento ha sido." "Pero, ¿cómo?, ¿solo?" "Ricardo tiene buenas manos y puede robar sin necesidad de que lo ayuden." Lo convencieron de que así era, y Ricardo Salas, El Manzanero, recibió en los riñones una puñalada que lo dejó agonizando, durante horas, en una solitaria calle del barrio de Palermo. La codicia y el temor de ser burlado llevaron a aquel hombre a matar al que lo sacara de su condición de peón de los mataderos de Liniers para hacerlo ladrón, ~~de lo que estaba muy agradecido.~~ Se conocieron [redacted] habían cruzado mientras El Tano cumplía una condena por lesiones, compartiendo ambos una celda. Al ser puesto en libertad, Ricardo mandó a su mujer a visitarle y le envió ropas, cigarrillos, café, yerba, azúcar. El Manzanero creía hacer un bien al ascender a ladrón al matador de cerdos que terminaría asesinándolo a traición. Pretendió enseñarle a hurtar carteras, pero el patán, además de torpe, era cobarde y se negó a acercarse a nadie y sacarle el dinero limpiamente, como lo hacían otros, menos vigorosos que él. Su papel se limitaba a preparar a la víctima, deteniéndola, haciéndola girar, apretarla, y lo hacía bien; la

antes de llegar tenía aún la carta en el bolsillo. Sospechaba de un hombre alto, delgado, vestido de negro, que se acercó mucho a él en el pasillo. No dió detalles más precisos. Ninguún carterero había sido visto por ahí y el único que había estado, Ricardo, era alto y delgado y vestía de negro. Ricardo negó: la única carta conseguida en aquel día de trabajo contenía sólo diecinoho pesos, nueve de los cuales estaban ya en el bolsillo de su compañero de trabajo, ya que los ladrones, al revés de otros sosios, compartían por igual sus ganancias. No había más. El Tano Veintitrés se hizo cruces: ¿cómo pudo Ricardo hacerse de una carta sin que él se diera cuenta? "No puede ser", protestó, cuando le sugirieron que Ricardo podía haberla obtenido solo, quedándose con todo. "¿No se sapero de vos?" "Sí", porque el inspector examinó hasta donde estábamos; pero fué un segundo: subió al coche por una puerta y bajó por la otra, sin pararse." "En ese momento ha sido." "Pero, ¿cómo?, ¿solo?" "Ricardo tiene buenas manos y puede robar sin necesidad de que lo ayuden." La convencieron de que así era, y Ricardo Salas, El Manzanero, recibió en los riñones una puñalada que lo dejó agonizando, durante horas, en una solitaria calle del barrio de Palermo. La codicia y el temor de ser burlado llevaron a aquel hombre a matar al que lo sacara de su condición de peón de los mataderos de Liniers para hacerlo ladrón, de lo que estaba muy agradecido. Se conocieron mientras El Tano cumplía una condena por lesiones, compartiendo ambos una celda. Al ser puesto en libertad, Ricardo mandó a su mujer a visitarlo y le envió ropas, cigarrillos, café, yerba, azúcar. El Manzanero creía hacer un bien al sacerdar a ladrón el matador de cerdos que terminaría asesinándolo a traición. Pretendió enseñarle a hurtar carteras, pero el pateín, además de torpe, era cobarde y se negó a acercarse a nadie y sacarle el dinero limpiamente, como lo hacían otros, menos vigorosos que él. Su papel se limitaba a preparar a la víctima, detenièndola, haciéndola girar, apretarla, y lo hacía bien; la

víctima podía revolverse, gritar, insultarle y hasta pegarle; El Tano no tenía sensibilidad para los insultos y los golpes no le impresionaban. No se atrevía, sin embargo, a meter las manos en un bolsillo ajeno. Ricardo lo animó, asegurándole que sólo se necesitaba decidirse: el que roba una cartera, roba cien; él lo ayudaría, desempeñando su papel. No, che. Admiraba a su compañero, ágil y audaz, que parecía no temer a nada ni a nadie, pero no se decidió. Para matarlo, en cambio, no necesitó que lo animaran mucho. Vivía después casi de limosna, ya que ningún otro ladrón, y mucho menos cualquiera de lo que lo empujaron a matar, quiso cargar con él; sólo lo utilizaban como sirviente o mensajero, dándole de vez en cuando una propina. "Terminará en policía", decían algunos, aunque la verdad es que parecía no haber lugar alguno para él en el mundo. Después de asesinar a Ricardo supo la verdad: Ireneo Soza, El Paraguayo, había robado aquella cartera; venía en el mismo tren y era delgado, alto, vestía de negro y no era conocido de la policía de Buenos Aires. El Tano no se inmutó: El Manzanero estaba bien muerto y nada podía resucitarlo.

Ese fué uno de ellos. El otro, asesino también, y también de un compañero, era menos repugnante: mató en defensa propia y tenía, como recuerdo de su delito y como constancia de que el muerto no era un inválido, un tajo que le desfiguraba la boca, obligándole a usar un bigote de opereta. Mi padre evitaba las malas compañías, que ni aun entre ladrones parecen recomendables, y no le gustaba que sus compañeros, aquellos con quienes formaba en ocasiones una transitoria razón social, visitaran su casa, costumbre que sus compañeros tampoco practicaban, talvez por prudencia; rara vez hubo grandes relaciones entre nosotros y ellos.

Algunas veces, sin embargo, recibíamos visitas. Mi hermano Joao entró un día a la casa haciendo gestos, lanzando gritos y diciendo palabras entrecortadas.

Algunas veces, sin embargo, recibíamos visitas. Mi hermano topó entre un día a la casa haciendo gestos, lanzando gritos y diciendo palabras entrecortadas.

--Qué pasa? -- preguntó mi madre.

--Mamita, en la calle. . . -- y no pudo decir más.

--¿Dónde?

--Ahí, en la esquina del almacén.

--Sí. ¡Qué pasa!

--Un hombre muy raro.

Mi madre odiaba a los hombres raros: un carbonero, un verdulero, un pintor, hasta un policía de uniforme, un bombero, son seres normales y dignos de respeto; se sabe quiénes son, qué hacen y qué quieren de nosotros. El asunto cambia cuando aparecen seres raros: no se sabe quiénes son, qué hacen ni qué quieren de nosotros y de ellos se puede esperar lo peor.

--¿Qué tiene de raro?

Joao, en vez de responder, hizo cosas sorprendentes y extravagantes: abrió los brazos, como si quisiera abarcar algo inabarcable, infló las mejillas, arrojó un tremendo torbellino de aire y, además, dió un saltito. Sus hermanos, incluso yo, lanzamos una carcajada. Nos dimos cuenta de que su emoción era intraducible en palabras o que, por lo menos, habría necesitado demasiadas para explicarla.

--Habla.

Joao no pudo hablar. Sus tres hermanos corrimos hacia la puerta y él nos siguió como una tromba.

--¡No abran! -- gritó, como si temiera que al abrir la puerta ocurriera algo espantoso.

La voz de mi madre resonó, deteniendo la asonada.

--Vengan para acá.

Retrocedimos, contrariados.

--¿Sabes quién es ese hombre?

Joao respondió, con los ojos brillantes:

--No lo sé, mamá; es un hombre raro.

--¿Qué pasa? -- preguntó mi madre.

--Mamita, en la calle. . . -- y no pudo decir más.

--¿Dónde?

--Ahí, en la esquina del almacén.

--Sí. ¡Que pase!

--Un hombre muy raro.

Mi madre odiaba a los hombres raros: un carbonero, un verdulero, un pintor, hasta un policía de uniforme, un hombre, son seres normales y dignos de respeto; se sabe quiénes son, qué hacen y qué quieren de nosotros. El asunto cambia cuando aparecen seres raros; no se sabe quiénes son, qué hacen ni qué quieren de nosotros y de ellos se puede esperar lo peor.

--¿Qué tiene de raro?

Todo, en vez de responder, hizo cosas sorprendentes y extravagantes: abrió los brazos, como si quisiera abarcar algo inabarcable, inició las mejillas, arrojó un tremendo torbellino de aire y, además, dió un saltito. Sus hermanos, incluso yo, lanzamos una carcajada. Nos dimos cuenta de que su emoción era intraducible en palabras o que, por lo menos, habría necesitado demasiadas para explicarla.

--Había.

Todo no pudo hablar. Sus tres hermanos corrimos hacia la puerta y él nos siguió como una trompa.

--¡No abran! -- gritó, como si temiera que al abrir la puerta ocurriera algo espantoso.

La voz de mi madre resonó, deteniendo la estampida.

--Vengan para acá.

Retrocedimos, contrariados.

--¿Sabes quién es ese hombre?

Todo respondió, con los ojos brillantes:

--No lo sé, mamá; es un hombre raro.

--¡Pero qué tiene de raro!

--La..., el..., cómo te diré.No sé, mamá; anda a verlo, por favor.

Parecía próximo a romper en llanto. Nos quedamos inmóviles.

--Esperen un momento.

Avanzó por el zaguán y pareció dispuesta a abrir la puerta y mirar por allí al hombre que tanto impresionaba a su hijo; pero sin duda recordó que se trataba de un hombre raro y se arrepintió: abrió la puerta de un dormitorio, se acercó a la ventana, entreabrió el postigo y miró. Miró largo rato. Cuando terminó de hacerlo se volvió hacia nosotros, y los cuatro hermanos, que mirábamos su rostro para ver la impresión que tendría, vimos que sus ojos estaban llenos de lágrimas que se vertían sobre las mejillas y corrían hacia la boca. Rompí a llorar.

--¡Cállate! -- me dijo, sollozando, con lo cual mi llanto se hizo más agudo --. No llores ni tengas miedo. Mira.

Miramos, uno tras otro o dos a la vez, hacia la esquina del almacén: allí, próximo a deshacerse bajo un sol que daba cerca de cuarenta grados a la sombra, vimos un ser que parecía hecho de una materia pardusca o que hubiera sido sumergido, desde la cabeza hasta los pies, en un líquido de ese color. Miraba hacia nuestra casa.

--¿Quién es, mamá?

--Es Pedro, El Mulato -- suspiró mi madre, secándose las últimas lágrimas,

--¿Y quién es Pedro El Mulato, mamá?

La pregunta estuvo a punto de arrancarle nuevas lágrimas.

--¡Oh, es tan difícil explicarles! De seguro busca a Aniceto. Joao, anda hasta la esquina, acércate a él y pregúntale qué busca y si lo puedes ayudar. Si te contesta que busca a Aniceto dile que le conoces y que le llevarás a su casa. Anda.

--¡Pero qué tiene de raro!

--La..., el..., cómo te diré.No sé, mamá; anda a verlo, por favor. Parecía próximo a romper en llanto. Nos quedamos inmóviles.

--Esperen un momento.

Avanzó por el zaguán y pareció dispuesta a abrir la puerta y mirar por allí al hombre que tanto impresionaba a su hijo; pero sin duda recordó que se trataba de un hombre raro y se arrepintió: abrió la puerta de un dormitorio, se acercó a la ventana, entreabrió el postigo y miró. Miró largo rato. Cuando terminó de hacerlo se volvió hacia nosotros, y los cuatro hermanos, que mirábamos su rostro para ver la impresión que tendría, vimos que sus ojos estaban llenos de lágrimas que se vertían sobre las mejillas y corrían hacia la boca. Rompió a llorar.

--¡Cállate! -- me dijo, soliviando, con lo cual mi llanto se hizo más agudo --. No llores ni tengas miedo. Mira.

Miramos, uno tras otro o dos a la vez, hacia la esquina del almacén: allí, próximo a desbocarse hacia un sol que daba cerca de cuarenta grados a la sombra, vimos un ser que parecía hecho de una materia parduzca o que hubiera sido sumergido, desde la cabeza hasta los pies, en un líquido de ese color. Miraba hacia nuestra casa.

--¿Quién es, mamá?

--Es Pedro, El Mulato -- suspiró mi madre, secándose las últimas lágrimas.

--¿Y quién es Pedro El Mulato, mamá?

La pregunta estuvo a punto de arrancarle nuevas lágrimas.

--¡Oh, es tan difícil explicarlas! De seguro busca a Aniceto. Todo, hasta la esquina, acércate a él y pregúntale qué busca y si lo puedes ayudar. Si te contesta que busca a Aniceto dile que lo conoces y que le irá a su casa. Anda.

Joao, al principio, no quiso aceptar el encargo.

--Pero, ¿quién es, mamá? -- porfió.

--Es un amigo de tu padre; Aniceto se alegrará mucho de verlo.

--¿Amigo? -- inquirió Joao, un poco incrédulo.

Ezequiel se ofreció a ir, pero mi madre insistió:

--No: que vaya Joao.

Joao se hizo repetir lo que debía decir y luego abrió la puerta y se fué derecho hacia el hombre, que parecía, por su actitud, decidido a permanecer allí, aun a riesgo de derretirse, todo el tiempo que fuese necesario y unos minutos más. Al ver que se abría la puerta de aquella casa y que aparecía por ella el mismo niño a quien un momento antes viera entrar, se inmovilizó más y le clavó la mirada. Joao no lo abordó en seguida: se detuvo a unos pasos de él y pareció contemplarlo a su gusto; se volvió después hacia la casa, como si se le hubiera olvidado algo y luego, haciendo un semicírculo que obligó al hombre a girar sobre sí mismo, se acercó y le habló. El desconocido se inclinó, como si no hubiera oído o entendido, y el niño, después de otra mirada hacia la casa, repitió lo dicho. El hombre asintió con la cabeza y dijo algo y entonces le tocó al niño no oir o no entender y al hombre repetir. Lograron ponerse de acuerdo y avanzaron hacia la casa, el niño adelante y el hombre detrás, andando éste de tal modo que más que andar parecía deslizarse en el caliente aire del mes de Diciembre de Buenos Aires. Joao se volvió dos o tres veces para mirarle, como si temiera que el hombre fuese a tomar otro camino y perderse -- quizá temía también que se desvaneciera -- y en sus pasos se veía la tentación de echar a correr hacia la casa, gritando de alegría o de miedo.

Cuando el hombre, más que atravesar el umbral de la puerta, pareció entrar flotando, los tres hermanos menores sentimos que el descrédito caía sobre la cabeza de Joao: ¿qué tenía de raro aquel hombre? Era, a primera

Todo, al principio, no quiso aceptar el encargo.

--Pero, ¿quién es, mamá? -- porfió.

--Es un amigo de tu padre; Aniceto se alegrará mucho de verlo.

--¿Amigo? -- inquirió Todo, un poco incrédulo.

Raquel se ofreció a ir, pero mi madre insistió:

--No: que vaya Todo.

Todo se hizo repetir lo que debía decir y luego abrió la puerta y se fué derecho hacia el hombre, que pareció, por su actitud, decidido a permanecer allí, aun a riesgo de derretirse, todo el tiempo que fuese necesario y unos minutos más. Al ver que se abría la puerta de aquella casa y que aparecía por ella el mismo niño a quien un momento antes viera entrar, se inmovilizó más y le clavó la mirada. Todo no lo aborció en seguida: se detuvo a unos pasos de él y pareció contemplarlo a su gusto; se volvió después hacia la casa, como si se le hubiera olvidado algo y luego, haciendo un semicírculo que obligó al hombre a girar sobre sí mismo, se acercó y le habló. El desconocido se inclinó, como si no hubiera oído o entendido, y el niño, después de otra mirada hacia la casa, repitió lo dicho. El hombre asintió con la cabeza y dijo algo y entonces le tocó al niño no oir o no entender y el hombre repetir. Hicieron ponerse de acuerdo y avanzaron hacia la casa, el niño adelante y el hombre detrás, andando éste de tal modo que más que andar parecía deslizarse en el caliente aire del mes de Diciembre de Buenos Aires. Todo se volvió dos o tres veces para mirarle, como si temiera que el hombre fuese a tomar otro camino y perderse -- cosa temía también que se desvaneciera -- y en sus pasos se veía la tentación de echar a correr hacia la casa, gritando de alegría o de miedo.

Cuando el hombre, más que atravesar el umbral de la puerta, pareció entrar flotando, los tres hermanos menores sentimos que el desconocido cogía sobre la cabeza de Todo: ¿qué tenía de raro aquel hombre? Era, a primera

vista, el más normal y regular que en esos momentos pisaba las calles del barrio y de la ciudad. ¿Qué había visto en él Joao? No lo adivinamos. Era, sin duda, un mulato: cabellos ondeados, redonda y de alegre expresión la cara, ojos oscuros, de esclerótica un poco amarillenta, labios gruesos, dientes blancos. Su edad era indefinible: podía tener treinta como cincuenta años. Delgado, esbelto, estrecho de hombros, alto. El color de su piel no tenía, tampoco, nada de extraordinario: era un común color de mulato. ¿En qué momento de ausencia mental, durante qué ensueño había sido sorprendido aquel hombre por la mirada de nuestro hermano o qué ocurrió en la mente y en los ojos de Joao al mirarlo? Nunca lo supimos. Su vestimenta, sí, era extraordinaria, si es que aún podía llamerse vestimenta: el sombrero, que retiró cortésmente de la cabeza al entrar, era algo que habría estado, aun en el Africa Central, fuera de todo inventario. Debía haber soportado meses de copiosa lluvia y cien días o cien años de un inmisericorde sol que lo convirtieron en un trozo de paño sin forma alguna. No se le adivinaba revés ni derecho, pues era idéntico por los dos lados, y sólo un trozo de cordoncillo, de dos o tres centímetros de largo, que se abatía desflocado sobre el ala en completa derrota, indicaba que su poseedor consideraba ese lado como el lado exterior, ya que por él lo traía puesto. Su demás ropa, chaqueta, pantalones, zapatos y camisa debían tener la misma edad y la misma historia. A pesar de todo ello, aquel hombre era una desilusión para nosotros, hasta ese momento por lo menos: ni en su estatura ni en su figura tenía nada de extraordinario, y aun sus movimientos, que parecía realizar sin esfuerzo y sin oposición alguna de la ley de gravedad, y aun su aire mismo, humilde, casi miserable de puro humilde, aunque eran, en verdad, llamativos, no eran raros, como las palabras y la emoción de Joao nos habían hecho esperar, y sin duda aquella desilusión habría sido una eterna vergüenza para nuestro hermano si el recién llegado,

al adelantarse hacia mi madre, que lo miraba bondadosamente, no hubiera dicho con voz susurrante y tierna, en tanto tendía una mano larga y morena:

--Estoy muito contento de ver a la señora Rosalía.

Caímos instantáneamente en una especie de éxtasis: aquel yombre, cúya voz parecía reptar para entrar a los oídos, hablaba una lengua que los cuatro hermanos esperábamos, desde hacía tiempo, oir hablar.

--¿Y estos meninos? ¿Son filhos do meu señor Aniceto?

Siempre habíamos deseado oir hablar portugués, pero no un portugués como el de mi padre, que no era sino gallego, muy bueno por eso, ni como el de mi madre, intermitente e inseguro, ni mucho menos como el de Joao, que pretendía hablarlo y que no era más que un lenguaje de sainete, sino uno brasileño, como el de El Mulato, intercalado de palabras españolas que aparecían, al lado de las portuguesas, como exóticas.

Cuando en casa se hablaba de nacionalidades provocaba gran excitación el que se dijera que Joao era brasilero. ¿Cómo podía serlo? ¿Cómo eran los brasileros? Jamás habíamos visto uno y nadie, de entre nuestros compañeros de colegio o del vecindario, había tenido esa suerte. Un brasilero era algo fabuloso. Mi madre nos hablaba de los negros, de sus cpstumbres, de sus bailes, de sus comidas, de su olor especial. No nos hablaba nada de los blancos y apenas si creíamos que existieran brasileños de ese color. El negro, a través de lo que contaba mi madre, dominaba la vida brasileña y nosotros creíamos que en Brasil todos eran negros y bailarines, y Joao ni era negro ni bailaba, no hablaba brasilero ni tenía olor especial alguno. ¿Qué clase de brasilero era? Le llamábamos, sin embargo, El Brasilero, y demostró [redacted] serlo cuando a raíz de la muerte de mi madre y de la detención y condena de mi padre giró hacia el norte, así como yo, que había oído contar a mi madre los más dulces cuentos sobre Chile, viré hacia el noroeste, hacia las altas montañas, tras de las cuales se extendían los valles en que

al adelantarse hacia mi madre, que lo miraba bondadosamente, no hubiera dicho con voz susurrante y tierna, en tanto tendía una mano larga y morena:

--Estoy muito contento de ver a la señora Rosalía.

Caímos instantáneamente en una especie de éxtasis: aquel yombre, cuya voz parecía reptar para entrar a los oídos, hablaba una lengua que los cuatro hermanos esperábamos, desde hacía tiempo, oir hablar.

--¿Y estos meninos? ¿Son filhos do meu señor Aniceto?

Siempre habíamos deseado oir hablar portugués, pero no un portugués como el de mi padre, que no era sino gallego, muy bueno por eso, ni como el de mi madre, intermitente e inseguro, ni que mucho menos como el de Joao, que pretendía hablarlo y que no era más que un lenguaje de sainete, sino uno brasileño, como el de El Mulato, intercalado de palabras españolas que aparecían, al lado de las portuguesas, como exóticas.

Cuando en casa se hablaba de nacionalidades provocaba gran excitación el que se dijera que Joao era brasilero. ¿Cómo podía serlo? ¿Cómo eran los brasileros? Jamás habíamos visto uno y nadie, de entre nuestros compañeros de colegio o del vecindario, había tenido esa suerte. Un brasilero era algo fabuloso. Mi madre nos hablaba de los negros, de sus costumbres, de sus bailes, de sus comidas, de su olor especial. No nos hablaba nada de los blancos y apenas si creíamos que existieran brasileños de ese color. El negro, a través de lo que contaba mi madre, dominaba la vida brasileña y nosotros creíamos que en Brasil todos eran negros y bailarines, y Joao ni era negro ni bailaba, no hablaba brasilero ni tenía olor especial alguno. ¿Qué clase de brasilero era? Le llamábamos, sin embargo, El Brasilero, y demostró ~~[illegible]~~ serlo cuando a raíz de la muerte de mi madre y de la detención y condena de mi padre giró hacia el norte, así como yo, que había oído contar a mi madre los más dulces cuentos sobre Chile, viré hacia el noroeste, hacia las altas montañas, tras de las cuales se extendían los valles en que

ella había nacido y de donde Aniceto Hevia la sacara para llevarla a correr su áspero y peligroso camino. Y he aquí que aparecía ante nosotros, sin que hubiésemos hecho esfuerzo alguno, un brasilero que no sólo había nacido en Brasil, como Joao, sino que allí había vivido hasta entonces.

--Este es Joao, el que nació allá, en aquel tiempo. . .

En aquel tiempo. . . Hacía dieciocho años que mi madre había conocido al mulato Pedro, el hombre que vino a decirle que su marido no era cubano ni comerciante ni jugador sino que ladrón y estaba preso:

--Pregunte la señora por O Gallego.

--¿Quién es O Gallego?

--O seu marido.

Y se había ido, liviano, fugaz, dejándola frente a la más sombría hora de su vida; y allí estaba ahora, dieciocho años más tarde, dieciocho años más viejo, dieciocho años más deslizante, sonriendo a la señora Rosalía y a sus meninos, que sonreían junto con él. El Mulato Pedro o Pedro el Mulato fué para nosotros una fiesta que duró una cantidad interminable de días, durante los cuales no abandonó nuestra casa, nuestra calle ni nuestro barrio por más de dos horas, hasta el momento en que, llorando, lo despedimos en la dársena, prometiéndole ir a visitarle a Río.

Con los días llegaríamos a saber que Pedro el Mulato no había robado en su vida ni siquiera un pañuelo o un sombrero, pero que vivía del robo, aunque del robo de los demás. Este hombre, inocente y tímido en algunos sentidos, friolento y perezoso, sentía por los ladrones una admiración y un amor que nada ni nadie fué capaz de apagar nunca, ni aun la cárcel, ni aun la miseria, ni aun los castigos. Incapaz de robar, favorecía el robo, suministrando a los ladrones los datos que conseguía. La policía, después de años, terminó por soportarlo, considerándole como un personaje de la vida delictuosa y del cual, como de todos los personajes, no se podía prescindir así como así. Era inútil interrogarlo: lo ignoraba todo, aunque

ella había nacido y de donde Aniceto Hevia la sacara para llevarla a correr su áspero y peligroso camino. Y he aquí que aparecía ante nosotros, sin que hubiésemos hecho esfuerzo alguno, un brasilero que no sólo había nacido en Brasil, como Joao, sino que allí había vivido hasta entonces.

--Este es Joao, el que nació allá, en aquel tiempo. . .

En aquel tiempo. . . Hacía dieciocho años que mi madre había conocido al mulato Pedro, el hombre que vino a decirle que su marido no era cubano ni comerciante ni jugador sino que ladrón y estaba preso:

--Pregunte la señora por O Gallego.

--¿Quién es O Gallego?

--O seu marido.

Y se había ido, liviano, fugaz, dejándola frente a la más sombría hora de su vida; y allí estaba ahora, dieciocho años más tarde, dieciocho años más viejo, dieciocho años más deslizante, sonriendo a la señora Rosalía y a sus meninos, que sonreían junto con él. El Mulato Pedro o Pedro el Mulato fué para nosotros una fiesta que duró una cantidad interminable de días durante los cuales no abandonó nuestra casa, nuestra calle ni nuestro barrio por más de dos horas, hasta el momento en que, llorando, lo despedimos en la dársena, prometiéndole ir a visitarle a Río.

Con los días llegaríamos a saber que Pedro el Mulato no había robado en su vida ni siquiera un pañuelo o un sombrero, pero que vivía del robo, aunque del robo de los demás. Este hombre, inocente y tímido en algunos sentidos, friolento y perezoso, sentía por los ladrones una admiración y un amor que nada ni nadie fué capaz de apagar nunca, ni aun la cárcel, ni aun la miseria, ni aun los castigos. Incapaz de robar, favorecía el robo, suministrando a los ladrones los datos que conseguía. La policía, después de años, terminó por soportarlo, considerándole como un personaje de la vida delictuosa y del cual, como de todos los personajes, no se podía prescindir así como así. Era inútil interrogarlo: lo ignoraba todo, aunque

todos estaban enterados de que el Mulato Pedro sabía más que toda la policía y el gremio de ladrones juntos. Sufrió algunas condenas por encubridor, pero la cárcel no hizo más que agudizar su admiración y su amor por los ladrones. Cuanto rata de categoría entraba a Brasil o salía de él, sabía quién era Pedro y qué podía esperar de él, y él, por su parte, estaba informado de quién llegaba y quién se iba, qué hacía, qué iba a hacer y qué había hecho. Ciertos abogados, especialistas en delitos de esa índole, le consideraban como su mejor cliente, un cliente que pagaba generosamente y con regularidad, siempre, claro está, que el detenido fuese puesto en libertad. Cuando mi padre llegó a Río lo buscó, y Pedro, que sabía de quién se trataba, pues todos le hablaban de todos y él no olvidaba a nadie, le comunicó lo que podía interesarle, recibiendo a su vez, de boca de mi padre, datos sobre ésto y aquéllo y sobre éste y aquél. Conocía la especialidad de Aniceto Hevia: joyas, aunque sean pocas, y dinero en cantidades apreciables y nada de bultos y violencias; tranquilidad, seguridad, limpieza; "confort", habría agregado un comerciante. Bueno: hay una joyería, caja de fondos, puertas así, cerraduras así; edificio nuevo; al lado, una tienda de ropas; al otro lado, una peluquería; encima, una sastrería; al frente, un café; se abre a tal hora; se cierra a tal otra; belgas. ¿Qué más? Un nuevo hotel: comerciantes, artistas de la ópera, tabaqueros; guardián nocturno; dos entradas; cerraduras de golpe; ventanas con barrotes, puertas con tragaluces. Atendía también a individuos que traficaban en joyas robadas y que eran, generalmente, más astutos y más ladrones que los ladrones mismos: habían descubierto que el comercio era menos peligroso e igualmente productivo. En ocasiones el ladrón fallaba el golpe y debía huir o caía preso; en cualquier caso informaba a Pedro de los obstáculos hallados y de lo que, a su juicio, era necesario hacer para salvarlos. Muchas veces un asunto en que fracasaban unos y otros o que nadie se atrevía

a afrontar, cobraba interés internacional: se sabía en Madrid, por ejemplo, o en Valparaíso, o en La Habana, o en Marsella, que en Río de Janeiro había tal o cual negocio y ocurría que algunos bribones, que vivían a miles de kilómetros de distancia, se entusiasmaban con el asunto y venían a tentar el golpe; acertaban y escapaban o fracasaban y caían. Mi padre acertó en un negocio pequeño y falló en otro, grande, y Pedro fué entonces su bastón y su muleta, tal como lo había sido y lo sería de tantos otros, sin más interés, a veces, que el de la causa.

Ahora, sin embargo, no se trataba de nada de eso. Aunque Pedro sabía mucho de Buenos Aires, su viaje era desinteresado:

--Sendo ainda garoto, menino, já tive muitos desejos de conhecer Buenos Aires, mas nunca poude fazê-lo; não por falta de grana, de plata, minha señora Rosalía, pois muitas vezes os meus companheiros m´arranjaran mais do necesario, senão porque o trabalho não me deixaba tempo; tinha de esperar a um, atender ao outro, ajudar a êste, esconder àquele. Finalmente, no ano pasado, fique livre, sem coisa alguma a fazer. . . Os rapazes não queriam ir p´ra Brasil: o novo código penal lhes da medo; deportação para o Acre, muitos anos de trabalho, a febre amarela. Contudo, sería coisa de se habituar, como aquí, onde mandam agora a gente p´ra Sierra Chica e a Terra do Fogo, e como bem sabes, os dois penais estão repletos. Comecei a preparar a viagem e estava pronto p´ra embarcar, mas não me deixaram. ¿Por qué? Você não sai do Brasil, você e malandro fino, muito experto e ladino, você está muito ligado a nós. Não vae p´ra Buenos Aires, não, faz lá muito frío. Falei com o chefe. E este, a mesma coisa: o caboclo Pedro quer irs´embora? Quer nos deixar? Você é muito ingrato. O que é que te falta aquí?. . . Sempre a mesma história. . . Embarquei pela força e pela força fuí desembarcado; oferecí dinheiro aos agentes. Não, Pedro, dinheiro não! Não faltava mais, aceitar dinheiro dos amigos! Não está direito! Pois então, que é que vocês querem? Que voce fique conósco, o Rio precisa de ti. ¡Cristo!

a afrontar, cobraba interés internacional: se sabía en Madrid, por ejemplo, o en Valparaíso, o en La Habana, o en Marsella, que en Río de Janeiro había tal o cual negocio y ocurría que algunos bribones, que vivían a miles de kilómetros de distancia, se entusiasmaban con el asunto y venían a tentar el golpe; acertaban y escapaban o fracasaban y caían. Mi padre acertó en un negocio pequeño y falló en otro, grande, y Pedro fué entonces su bastón y su muleta, tal como lo había sido y lo sería de tantos otros, sin más interés, a veces, que el de la causa.

Ahora, sin embargo, no se trataba de nada de eso. Aunque Pedro sabía mucho de Buenos Aires, su viaje era desinteresado:

--Sendo ainda garoto, menino, já tive muitos desejos de conhecer Buenos Aires, mas nunca poude fazê-lo; não por falta de grana, de plata, minha señora Rosalía, pois muitas vezes os meus companheiros m'arranjaran mais do necesario, senão porque o trabalho não me deixaba tempo; tinha de esperar a um, atender ao outro, ajudar a êste, esconder áquele. Finalmente, no ano pasado, fique livre, sem coisa alguma a fazer. . . Os rapazes não queriam ir p'ra Brasil: o novo código penal lhes da medo; deportação para o Acre, muitos anos de trabalho, a febre amarela. Contudo, sería coisa de se habituar, como aquí, onde mandam agora a gente p'ra Sierra Chica e a Terra do Fogo, e como bem sabes, os dois penais estão repletos. Comecei a preparar a viagem e estava pronto p'ra embarcar, mas não me deixaram. ¿Por qué? Você não sai do Brasil, você e malandro fino, muito experto e ladino, você está muito ligado a nós. Não vae p'ra Buenos Aires, não, faz lá muito frio. Falei com o chefe. E este, a mesma coisa: o caboclo Pedro quer irs'embora? Quer nos deixar? Você é muito ingrato. O que é que te falta aquí?. . . Sempre a mesma história. . . Embarquei pela força e pela força fuí desembarcado; ofereci dinheiro aos agentes. Não, Pedro, dinheiro não! Não faltava mais, aceitar dinheiro dos amigos! Não está direito! Pois então, que é que vocês querem? Que voce fique conósco, o Rio precisa de ti. ¡Cristo!

Mas eu preciso ir p´ra Buenos Aires; olha minha passagem! Deixa là isso, nós t´o pagaremos. Finalmente, um amigo me disse: seu Pedro, sempre acreditei que eras um rapaz inteligente; vejo que me enganei.¿Por qué queres ir em barco e por mar,se podes ir por terra e pelos ríos? ¡És um mulato besta! E fiz a viagem por terra e pelos ríos; enfermei, parei no hospital; quase que morrí; e me roubaram a gaita, a dinheiro, a mim, que nunca tinha trabalhado para ganhála. ¿Cómo seguir a viagem? ¿A pé? ¿Nadando? Não podía voltar p´ratrás; estava longe do Rio e eu quería conhecer Buenos Aires. Não sei jogar e ademais como jogar sem dinheiro? ¿A quem pedir? Todos eram honrados. Não me restava senão uma coisa a fazer: trabalhar; trabalhar a teus anos, Pedro! Mas, de qué? Não sabes fazer nada, nem mesmo roubar. Foi então que Deus me ilominou: os barcos não se movem sós; pára isso estão os marinheiros. Mas lá não havia barcos; estavam muito longe e p´ra chegar lá era preciso caminhar muito, cruzar ríos, pantanos, mas. . . lancei-me à rota. Já nem sei quantos meses ha que me encontro viajando, a pé ou num barco, metido no barro, comido pelos bichos, perseguido pelos policías em terra, pelos contramaestres de a bordo, trabalhando de fogoeiro, de carregador, de marinheiro. Mas cheguei, minha señora Rosalía, e estou muito contente!

Fué recibido como un hijo más y atendido como si fuese el pródigo; se le compraron ropas y se le dió dinero y allí se quedó, con nosotros pendientes de sus gruesos labios y de sus largas manos. Aquel mulato era un ser adorable: nos llevaba donde queríamos y nos contaba lo que le pedíamos que nos contase, sobre todo sus aventuras a través de ríos, bosques y pantanos, con tigres, víboras y extraños pájaros. Muchos ladrones le habían narrado su vida y él nos la narraba a nosotros: había seres casi legendarios, que Pedro nombraba con respeto, llamando coroneles a algunos; individuos de los más lejanos países, aquéllos, autores de robos sensacionales y casi inverosímiles, y éstos, excéntricos o creadores de sistemas propios, de acuerdo con su temperamento; los de acá, orgullosos y solitarios; los de allá,

Mas eu preciso ir p'ra Buenos Aires; olha minha passagem! Deixa lá isso, nós t'o pagaremos. Finalmente, um amigo me disse: seu Pedro, sempre acreditei que eras um rapaz inteligente; vejo que me enganei. ¿Por qué queres ir em barco e por mar, se podes ir por terra e pelos ríos? ¡Es um mulato besta! E fiz a viagem por terra e pelos ríos; enfermei, parei no hospital; quase que morrí; e me roubaram a gaita, a dinheiro, a mim, que nunca tinha trabalhado para ganhála. ¿Cómo seguir a viagem? ¿A pé? ¿Nadando? Não podía voltar p'ratrás; estava longe do Rio e eu quería conhecer Buenos Aires. Não sei jogar e ademais como jogar sem dinheiro? ¿A quem pedir? Todos eram honrados. Não me restava senão uma coisa a fazer: trabalhar; trabalhar a teus anos, Pedro! Mas, de qué? Não sabes fazer nada, nem mesmo roubar. Foi então que Deus me ilominou: os barcos não se movem sós; pára isso estão os marinheiros. Mas lá não havia barcos; estavam muito longe e p'ra chegar lá era preciso caminhar muito, cruzar ríos; pantanos, mas. . . lancei-me á rota. Já nem sei quantos meses ha que me encontro viajando, a pé ou num barco, metido no barro, comido pelos bichos, perseguido pelos policías em terra, pelos contramaestres de a bordo, trabalhando de fogoeiro, de carregador, de marinheiro. Mas cheguei, minha señora Rosalía, e estou muito contente!

Fué recibido como un hijo más y atendido como si fuese el pródigo; se le compraron ropas y se le dió dinero y allí se quedó, con nosotros pendientes de sus gruesos labios y de sus largas manos. Aquel mulato era un ser adorable: nos llevaba donde queríamos y nos contaba lo que le pedíamos que nos contase, sobre todo sus aventuras a través de ríos, bosques y pantanos, con tigres, víboras y extraños pájaros. Muchos ladrones le habían narrado su vida y él nos la narraba a nosotros: había seres casi legendarios, que Pedro nombraba con respeto, llamando coroneles a algunos; individuos de los más lejanos países, aquéllos, autores de robos sensacionales y casi inverosímiles, y éstos, excéntricos o creadores de sistemas propios, de acuerdo con su temperamento; los de acá, orgullosos y solitarios; los de allá,

fastuosos, que pasaban de los cuartos de los grandes hoteles a los camarotes de primera clase de los barcos o a las celdas unipersonales de las penitenciarías; esos, elegantes, que gastaban su dinero en ropas, anillos, perfumes, y éstos, locos, despilfarradores, dueños de caballos de carreras y poseedores de hermosas mujeres, y finalmente, los que nadie conocía, ni los ladrones ni la policía, que aparecían y desaparecían, como estrellas filantes, sin dejar más huellas de sus pasos y de sus manos que dos o tres víctimas tirándose de los cabellos y diez o veinte policías maldiciendo y sudando.

Le oíamos durante horas, no porque aquellas historias de ladrones nos gustasen de preferencia sino porque, sencillamente, eran historias. Ni mis hermanos ni yo sentíamos inclinación alguna hacia la profesión de nuestro padre, pero tampoco sentíamos inclinación alguna hacia la piratería, lo que no obstaba para que gustáramos de conocer historias de piratas. No era fácil ser ladrón y presumíamos que para ello se necesitaban condiciones que no era sencillo poseer; no teníamos, tampoco, por qué ser ladrones y, de seguro, no lo seríamos. Nadie nos obligaría a ello. La idea de que los hijos de ladrones deben ser forzosamente ladrones es tan ilógica como la de que los hijos de médicos deben ser forzosamente médicos. No es raro que el hijo de mueblista resulte mueblista ni que el hijo de zapatero resulte zapatero, pero existe diferencia entre un oficio o profesión que se ejerce fuera del hogar, en un taller colectivo o en una oficina o lugar adecuado o inadecuado, y el que se ejerce en la casa misma: el hijo de zapatero o de encuadernador, si el padre trabaja en su propio hogar, estará desde pequeño en medio de los elementos e implementos, herramientas y útiles del oficio paterno y quiéralo o no concluirá por aprender, aunque sea a medias, el oficio, es decir, sabrá cómo se prepara ésto y cómo se hace aquéllo, qué grado de calor debe tener la cola, por ejemplo, o cómo debe batirse la suela delgada, pero cuando el padre desarrolla sus actividades económicas fue-

ra de su casa, como el médico, el ingeniero o el ladrón, pongamos por caso, el asunto es diferente, sin contar con que estas profesiones y oficios o actividades económicas, liberales todas, aunque desemejantes entre sí, exigen cierta virtuosidad, cierta especial predisposición, cosa que no ocurre con la encuadernación y la zapatería, que son, esencialmente y en general, trabajos manuales. Por lo demás, cualquiera no puede ser ladrón con sólo quererlo, así como cualquiera no puede ser ingeniero porque así se le antoje, ni músico ni pintor, y así como hay gente que fracasa en sus estudios de ingeniería y debe conformarse con ser otra cosa, agrónomo, por ejemplo, o dentista, la hay que fracasa como ladrón y debe contentarse con ser cualquiera otra cosa más modesta, encubridor, por ejemplo, como era el Mulato Pedro, o comprador y vendedor de objetos robados o, por oposición, policía o soplón, y aunque no son raros los casos de ladrones que pasan a ser policías y de policías que pasan a ser ladrones, la verdad es que en ninguna de las dos actividades dejan de ser jamás unos pobres aficionados; un buen policía no será jamás un buen ladrón, así como un buen ladrón no será jamás un buen policía y ¿quién ha visto que un ingeniero especialista en puentes termine en remachador o que un cirujano especializado en abdómen alto resulte, a la postre, un gran jefe de estadística?

Cuando se hubo cansado de Buenos Aires y estrechado la mano de todos sus amigos, excepto de los que estaban presos, a los cuales hubo de contentarse con saludar, con voces y moviendo brazos y manos, a través de tupidas rejillas y gruesos barrotes, Pedro El Mulato giró hacia el norte: tenía que regresar a Brasil, a Río, y un día en que un sofocante viento del norte barría Buenos Aires, embarcó. Llevaba mucho más dinero del que tenía al salir de Río, además de un pasaje de segunda clase. Sus amigos, entre ellos mi padre, que lo quería y estimaba mucho, le prometieron ir a visitarle alguna vez a Brasil, aunque la idea del destierro al Acre y de la fiebre ama-

ra de su casa, como el médico, el ingeniero o el ladrón, pongamos por caso el asunto es diferente, sin contar con que estas profesiones y oficios o actividades económicas, liberales todas, aunque desemejantes entre sí, exigen cierta virtuosidad, cierta especial predisposición, cosa que no ocurre con la encuadernación y la zapatería, que son, esencialmente y en general, trabajos manuales. Por lo demás, cualquiera no puede ser ladrón con sólo quererlo, así como cualquiera no puede ser ingeniero porque así se le antoje, ni médico ni pintor, y así como hay gente que fracasa en sus estudios de ingeniería y debe conformarse con ser otra cosa, agrónomo, por ejemplo, o dentista, ha hay que fracasa como ladrón y debe contentarse con ser cualquiera otra cosa más modesta, encubridor, por ejemplo, como era el Mulato Pedro, o comprador y vendedor de objetos robados o, por oposición, policía o soplón, y aunque no son raros los casos de ladrones que pasan a ser policías y de policías que pasan a ser ladrones, la verdad es que en ninguna de las dos actividades deían de ser jamás unos pobres aficionados; un buen policía no será jamás un buen ladrón, así como un buen ladrón no será jamás un buen policía y ¿quién ha visto que un ingeniero especialista en puentes termine en remachador o que un cirujano especializado en abdómen alto resulte, a la postre, un gran jefe de estadísticas?

Cuando se hubo cansado de Buenos Aires y estrechado la mano de todos sus amigos, excepto de los que estaban presos, a los cuales hubo de contentarse con saludar, con voces y moviendo brazos y manos, a través de tupidas rejillas y gruesos barrotes, Pedro El Mulato giró hacia el norte: tenía que regresar a Brasil, a Río, y un día en que un soplacante viento del norte barría Buenos Aires, embarcó. Llevaba mucho más dinero del que tenía al salir de Río, además de un pasaje de segunda clase. Sus amigos, entre ellos mi padre, que lo quería y estimaba mucho, le prometieron ir a visitarle alguna vez a Brasil, aunque la idea del destierro al Norte y de la fiebre ama-

rilla les producía tremendos escalofríos. Felizmente, tenían tiempo para pensarlo y decidirse.

rilla las producía tremendos escalofríos. Felizmente, tenían tiempo para pensarlo y decidirse.

## II

Otra vez, una noche, al volver de un paseo, encontramos en casa a un ser que no conocíamos. Estaba sentado al lado de un brasero lleno de fuego y se veía moreno, picado de viruelas, feísimos, humildemente vestido; parecía un provinciano pobre. "¿Y este demonio?", susurró Joao. El demonio nos miró y sonrió; después, acercando la mano al brasero y abriendo la boca, dijo:

--¿Han visto comer fuego alguna vez?

Nos detuvimos frente a él, esperando ver cómo aquella mano pequeña y negra como la de un mono echaría a su boca una ardiente brasa. Lanzó una risita y acercó más la mano al fuego, al tiempo que entreabría de nuevo los labios:

--¿Cuál brasa quieren que me coma?

No nos atrevimos a indicarle ninguna, esperando que decidiera por sí mismo: cualquiera nos habría parecido bien, aun la más pequeña. Pero el hombre no decidió por sí mismo; esperaba.

--¿Cuál de los caballeritos...?

¿Caballeritos? Aquella palabra sonó en nuestros oídos como hubiera sonado califa, zalema, troika o cachemira, una palabra exótica. Mi madre sonrió; no estaba asombrada, ya que la palabra no era extraña para ella. Dijo:

--Es una palabra rara para ellos.

--¿Por qué? ¿No hay caballeros en la Argentina?

--Sí, pero no se les llama caballeros, como en Chile; se les llama se-

## II

Otra vez, una noche, al volver de un paseo, encontramos en casa a un ser que no conocíamos. Estaba sentado al lado de un brasero lleno de fuego y se veía moreno, picado de viruelas, feísimos, humildemente vestido; parecía un provinciano pobre. "¿Y este demonio?", susurró Joao. El demonio nos miró y sonrió; después, acercando la mano al brasero y abriendo la boca, dijo:

--¿Han visto comer fuego alguna vez?

Nos detuvimos frente a él, esperando ver cómo aquella mano pequeña y negra como la de un mono echaría a su boca una ardiente brasa. Lanzó una risita y acercó más la mano al fuego, al tiempo que entreabría de nuevo los labios:

--¿Cuál brasa quieren que me coma?

No nos atrevimos a indicarle ninguna, esperando que decidiera por sí mismo: cualquiera nos habría parecido bien, aun la más pequeña. Pero el hombre no decidió por sí mismo; esperaba.

--¿Cuál de los caballeritos...?

¿Caballeritos? Aquella palabra sonó en nuestros oídos como hubiera sonado califa, zalema, troika o cachemira, una palabra exótica. Mi madre sonrió; no estaba asombrada, ya que la palabra no era extraña para ella. Dijo:

--Es una palabra rara para ellos.

--¿Por qué? ¿No hay caballeros en la Argentina?

--Sí, pero no se les llama caballeros, como en Chile; se les llama se-

ñores.

--¿Señores? Y a los niños: ¿señoritos?

Lanzamos una carcajada: si caballeros resultaba exótica, señoritos era ridícula.

--Por lo demás, un niño es un niño; no es un caballero ni un señor.

El hombre quedó turbado y esa turbación le salvó de comerse la brasa que esperábamos se comiera. Se encogió de hombros, recogió el brazo y cerró la boca. ¿Cómo debía llamarnos y cómo era posible comer nada delante de personas que no sabía cómo tratar? Aquella discusión y esa turbación desviaron nuestro interés, y el hombre, que no era ningún tonto y que sabía a lo que se había expuesto al desarrollar en nosotros la esperanza de verlo comer fuego, encontró en ellas el modo de salir adelante y hacernos olvidar esa esperanza.

No se trataba, como en el caso de El Mulato, de un aficionado o de un admirador de los ladrones, nada de eso: El Minero era un ladronazo de tomo y lomo, mucho más ladrón que minero, apodo que debía al haber empezado su carrera proponiendo a incautos clientes fabulosos negocios de minas. En su juventud había vivido en el norte de Chile, que por esos tiempos hervía de mineros, de barras de plata, de descubrimientos, de reventones y de alcances capaces de haver rico a un hombre o a varios de un día para otro. El Minero, como tal, había sido rico varias veces y pobre otras tantas, hasta que optó por cambiar de especialidad: la plata estaba depreciada y por las calles de Copiapó, de Caldera, de Vallenar, de Coquimbo, vagaban, pidiendo cigarrillos y tal cual peso fuerte, individuos que tenían registradas a su nombre, pagadas todas las inscripciones, veinte o treinta minas de plata. Era necesario vivir con el tiempo, más que con el tiempo, con el minuto presente, y El Minero cortó con el pasado, no conservando de él sino su apodo, por el cual era conocido y buscado por todos aquellos que tenían algo bueno o malo que ver con él. Era un hom-

nores.

--¿Señores? Y a los niños: ¿señoritos?

Lanzamos una carcajada: al caballeros resultaba exótica, señoritos era ridícula.

--Por lo demás, un niño es un niño; no es un caballero ni un señor.

El hombre quedó turbado y esa turbación le salvó de comerse la brasa que esperábamos se comiera. Se encogió de hombros, recogió el brazo y cerró la boca. ¿Cómo debía llamarnos y cómo era posible comer nada delante de personas que no sabía cómo tratar? Aquella discusión y esa turbación desviaron nuestro interés, y el hombre, que no era ningún tonto y que sabía a lo que se había expuesto al desarrollar en nosotros la esperanza de verlo comer luego, encontró en ellas el modo de salir adelante y hacernos olvidar esa esperanza.

No se trataba, como en el caso de El Mulato, de un aficionado o de un admirador de los ladrones, nada de eso: El Minero era un ladronazo de tomo y lomo, mucho más ladrón que minero, apodo que debía al haber empezado su carrera proponiendo a incautos clientes fabulosos negocios de minas. En su juventud había vivido en el norte de Chile, que por esos tiempos hervía de mineros, de barras de plata, de descubrimientos, de reventones y de alcances capaces de hacer rico a un hombre o a varios de un día para otro. El Minero, como tal, había sido rico varias veces y pobre otras tantas, hasta que optó por cambiar de especialidad: la plata estaba depreciada y por las calles de Copiapó, de Caldera, de Valparaíso, de Coquimbo, vagaban, pidiendo cigarrillos y tal cual peso fuerte, individuos que tenían registradas a su nombre, pegadas todas las inscripciones, veinte o treinta minas de plata. Era necesario vivir con el tiempo, más que con el tiempo, con el minuto presente, y El Minero contó con el pasado, no conservando de él sino su apodo, por el cual era conocido y buscado por todos aquellos que tenían algo bueno o malo que ver con él. Era un hom-

bre de inocente expresión y de infeliz aspecto: nadie habría dudado en aceptar un negocio que él propusiera, por absurdo que pareciese, y siempre lo parecían o lo habían parecido, mejor dicho, ya que estaba retirado de negocios mineros. Los presentaba de modo que aparecía como una persona a quien debía protegerse de los demás. Sus víctimas sentían desgarrársele el corazón a la vista de aquel hombre que parecía recién salido de un chiflón o de un pique minero, con una barra de plata debajo de cada brazo y dispuesto a darlas o a venderlas por ridículas sumas a la primera persona de buena índole que encontrara en el camino. ¿No era preferible que se quedaran ellos con las barras y no cualquier desalmado? Lo arrastraban a oscuros rincones, a malolientes cantinas, a casas de diversión, todo pagado, y se hacían repetir la historia del derrotero de Agua Amarga o Lomas Coloradas y de sus perdidas y encontradas vetas. Reían a carcajadas, de felicidad, de filantropía, de todo. ¡Todavía quedaban seres sencillos, inocentes, ingenuos, sin malicia, así como seres generosos, humanitarios, dispuestos a ayudar a aquéllos que están siempre expuestos a ser víctimas de canallas de todo pelo! El Minero entregaba las barras, recibía el dinero que tan magnánimamente se le daba, se despedía con un: "Que Dios me lo guarde, mi señor" y desaparecía, sin que los clientes se atrevieran jamás a llegar a las comisarías con aquellas barras de plomo --¿qué carcajadas no habrían lanzado en sus narices los policías, desde los más inferiores hasta los más superiores? --, prefiriendo buscarlo por sí mismos, cuchillo a la cintura o revólver en el bolsillo. Envuelto en su manta minera, descolorida, y cubierto con su sombrero llovido, con su aire de sencillez y de nobleza natural, El Minero se hacía humo por los caminos, yendo a sacar la cabeza a otra provincia. Nada dura, sin embargo, y mucho menos si es bueno y cuesta poco, y El Minero hubo de cambiar de especialidad, que nosotros, ignorantes, no llegamos a conocer, a pesar de que quizá empezó a ejercerla allí, bajo nuestras narices. Talvez había ensayos,

bre de inocente expresión y de infeliz aspecto: nadie habría dudado en
aceptar un negocio que él produjera, por absurdo que pareciese, y siem-
pre lo parecían o lo habían parecido, mejor dicho, ya que estaba retirado
de negocios mineros. Los presentaba de modo que aparecía como una perso-
na a quien debía protegerse de los demás. Sus víctimas salían desgarrán-
dole el corazón a la vista de aquel hombre que parecía recién salido de
un ciclón o de un pique minero, con una barra de plata debajo de cada
brazo y dispuesto a darlas o a venderlas por ridículas sumas a la primera
persona de buena índole que encontrara en el camino. ¿No era preferible
que se quedaran ellos con las barras y no cualquier desalmado? Lo arras-
traban a oscuros rincones, a malolientes cantinas, a casas de diversión,
todo pagado, y se hacían repetir la historia del derrotero de Agua Amarga
o Lomas Coloradas y de sus perdidas y encontradas vetas. Reían a carcaja-
das, de felicidad, de filantropía, de todo. ¡Todavía quedaban seres sen-
cillos, inocentes, ingenuos, sin malicia, así como seres generosos, humá-
nitarios, dispuestos a ayudar a aquéllos que estén siempre expuestos a ser
víctimas de canallas de todo pelo! El Minero entregaba las barras, reci-
bía el dinero que tan magnánimamente se le daba, se despedía con un: "Que
Dios me lo guarde, mi señor" y desaparecía, sin que los clientes se atre-
vieran jamás a llegar a las comisarías con aquellas barras de plomo --¿con-
cretadas no habrían lanzado en sus narices los policías, desde los más
inferiores hasta los más superiores? --, pretiriendo buscarlo por el mis-
mo, cuchillo a la cintura o revólver en el bolsillo. Envuelto en su manto
minero, desconfiado, y cubierto con su sombrero llovido, con su aire de
señorillez y de nobleza natural, El Minero se hacía humo por los caminos,
yendo a sacar la cabeza a otra provincia. Nada dura, sin embargo, y mucho
menos si es bueno y cuesta poco, y El Minero hubo de cambiar de especiali-
dad, que nosotros, ignorantes, no llegamos a conocer, a pesar de que vi-
zé empezó a ejercerla allí, bajo nuestras narices. Talvez hacía ensayos,

con suerte o sin ella, y llegaba a nuestra casa, después de ellos, con la misma cara de siempre, con esa cara ante la cual uno sentía el impulso de contarle todo, de entregarle todo, de aceptarle todo. ¿Quién podría negarle nada? Mi padre, oyéndole cuando contaba algo, lanzaba alaridos de risa, pues sabía que aquel truhán mentía como un cura -- según él decía -- y él, que se daba cuenta de lo que mi padre advertía, se reía también, pero con una risa que no era de la persona que estaba contando la historia sino de otra, que la estaba, como nosotros, oyendo y saboreando y dentro de la cual alentaba la verdadera personalidad de aquel hombre. Nunca, por desgracia, o quizá por suerte, llegamos a conocer a ese otro hombre, escondido tras esa máscara de ingenuidad, de inocencia y de sencillez. Había conocido a mi padre en Chile y después de muchos años, al llegar a Buenos Aires, lo buscó para que lo guiara en su nueva carrera. Sabía que siendo él chileno y siendo mi padre casado con chilena, se le recibiría bien, sobre todo gracias a los antecedentes que tenía: era un hombre solitario, sobrio y serio, de buenas costumbres. Tenía una habilidad manual asombrosa y la broma que nos hizo la noche de su llegada tenía cierta base de verdad: era un real prestidigitador -- como que era capaz de cambiar dos barras de plata por otras dos de plomo ante las propias narices de los filantrópicos compradores -- y entre sus manos, como en el pico de una avestruz o de una urraca, desaparecían monedas, anillos, relojes, cuanto se le diera. Su presencia, que no duró más de unos dias, dejó en nuestra casa una aterradora racha de ilusionismo.

Sus impresiones de Buenos Aires hicieron época en la familia; para nosotros era como un provinciano, un salteño, por ejemplo, o un tucumano, y en realidad lo era también en su tierra, con su vestimenta, sus modales y su manera de hablar, tan nueva, para nosotros, como la de Pedro, aunque más comprensible, a pesar de las palabras que colocaba aquí y allá en su conversación, palabras mineras principalmente, que refulgían ante nosotros

como adornos de plata antigua. Todo era nuevo para él, todo era asombro: Buenos Aires le parecía un sueño, y a pesar de que no se habría sentido desconcertado ni siquiera en Nueva York, pues su astucia y su inteligencia eran muy superiores a su rusticidad y nadie habría podido engañarle ni desorientarle mentalmente, siempre volvía a casa con algún descubrimiento extraordinario: lo que para nosotros era el pan de todos los días para él resultaba una novedad tan grande como para nosotros habría resultado la vista de una sombría mina de la época de los apires y del cangallero, de los cuales nos hablaba, pues este hombre no llevaba en vano su apodo: era un experto en minas y parecía saberlo todo en cuanto a labores de esa índole, con el agregado de que se sabía de memoria todas las leyendas del norte de Chile: sus cuentos sobre el león que guardaba una mina, de la garza que vigilaba el más rico yacimiento de plata de la región de Atacama y que no le cantaría, si es que una garza puede cantar, sino al hombre que descubriera esa masa de metal y fuera dueño de ella, sus historias de los cerros que ocultan grutas resplandecientes del más puro mineral, sus derroteros de minas, las aventuras de los Peralta o de los Ramos en busca de las fabulosas minas de los viejos tiempos, eran historias tan excitantes como las de El Mulato, con la diferencia de que las suyas eran más asequibles para nosotros y más tranquilos sus personajes; o sea, los mineros -- excepto tal vez este Minero -- no tenían nada que temer de los policías ni de persona alguna, salvo quizá de los bandidos, aunque era sabido que los bandidos no eran tan tontos como para aventurarse por los senderos del desierto o del Despoblado de Atacama, y eran, además, los mineros, seres independientes: con un poco de comida y otro poco de agua, tal cual herramienta y una frazada o manta, se podían pasar días y semanas buscando minas, sin más compañía que una mula o un burro; nadie [redacted] vendría a llamarle a uno la atención, a decirle, por ejemplo: no hagas esto, deja esotro, no te metas aquí, anda para allá, [redacted]

como adornos de pieza antigua. Todo era nuevo para él, todo era asombro: Buenos Aires le parecía un sueño, y a pesar de que no se había sentido desconcertado ni siquiera en Nueva York, pues su astucia y su inteligencia eran muy superiores a su rusticidad y nadie había podido engañarle ni desorientarle mentalmente, siempre volvía a caer con algún descubrimiento extraordinario: lo que para nosotros era el pan de todos los días para él resultaba una novedad tan grande como para nosotros había resultado la vista de una sombría mina de la época de los apires y del cangallero, de los cuales nos hablaba, pues este hombre no llevaba en vano su apodo: era un experto en minas y parecía saberlo todo en cuanto a labores de esa índole, con el agregado de que se sabía de memoria todas las leyendas del norte de Chile: sus cuentos sobre el león que guardaba una mina, de la gerza que vigilaba el más rico yacimiento de plata de la región de Atacama y que no le cantaría, si es que una gerza puede cantar, sino el nombre que descubriera esa masa de metal y fuera dueño de ella, sus historias de los cerros que ocultan grutas resplandecientes del más puro mineral, sus derroteros de minas, las aventuras de los Peralta o de los Ramos en busca de las fabulosas minas de los viejos tiempos, eran historias tan excitantes como las de El Mulato, con la diferencia de que las suyas eran más asequibles para nosotros y más tranquilos sus personajes; o sea, los mineros -- excepto tal vez este Minero -- no tenían nada que temer de los policías ni de persona alguna, salvo quizá de los bandidos, aunque era sabido que los bandidos no eran tan todos como para aventurarse por los senderos del desierto o del Despoblado de Atacama, y eran, además, los mineros, seres independientes: con un poco de comida y otro poco de agua, tal cual herramienta y una frazada o manta, se podían pasar días y semanas buscando minas, sin más compañía que una mula o un burro; nadie vendría a llamarle a uno la atención, a decirle, por ejemplo: no hagas esto, deja eso, no te metas aquí, anda para allá, [illegible]

¿quién te ha dado permiso para escarbar aquí?; nada de eso: era uno libre bajo el cielo del desierto y entre los cerros y podía, si así le daba la gana, morirse allí sin que nadie se lo impidiese ni molestara. El Minero sabía todo eso y mucho más y hablaba de todo con gran naturalidad, casi con displicencia, pues lo sabía bien. Era ignorante, claro está, de muchas cosas, de infinitas cosas, y, como la mayoría de los hombres especializados en algo, era mucho más lo que ignoraba que lo que sabía. No se podía decir que era ignorante porque era ladrón, nada de eso; lo era porque sí, como lo es mucha gente honrada, incluso gente de alta posicion social y económica e incluso también como mucha gente que nos parece que no debiera serlo y que casi tiene la obligación de no serlo, pero que, a pesar de todo, lo es. Desapareció, de la noche a la mañana, tal como viniera, sin darnos explicaciones; y así como a su llegada ni mi madre ni mi padre dijeron una palabra sobre él, así también, cuando se fué, nadie, ni nuestros padres ni él, nos dijeron que se iba; se fué, nada más, y jamás volvimos a verlo ni a saber nada de él.

¿quién te ha dado permiso para escarbar aquí?; nada de eso: era una libre
bajo el cielo del desierto y entre los cerros y podía, si así le daba la
gana, morirse allí sin que nadie se lo impidiese ni molestara. El Minero
sabía todo eso y mucho más y hablaba de todo con gran naturalidad, casi con
displicencia, pues lo sabía bien. Era ignorante, claro está, de muchas co-
sas, de infinitas cosas, y, como la mayoría de los hombres especializados
en algo, era mucho más lo que ignoraba que lo que sabía. No se podía decir
que era ignorante porque era ladrón, nada de eso; lo era porque así, como la
es mucha gente honrada, incluso gente de alta posición social y económica
e incluso también como mucha gente que nos parece que no debiera serlo y
que casi tiene la obligación de no serlo, pero que, a pesar de todo, lo es.
Desapareció, de la noche a la mañana, tal como vinieron, sin darnos explica-
ciones; y así como a su llegada ni mi madre ni mi padre dijeron una palabra
sobre él, así también, cuando se fue, nadie, ni nuestros padres ni él, nos
dijeron que se iba; se fue, nada más, y jamás volvimos a verlo ni a saber
nada de él.

III

Y después de éste o antes de éste, otros, aunque no muchos, algunos que parecían recién resucitados y otros que parecían próximos a morir, uno de ellos, por lo menos, que llegó también de improviso, como por lo general suelen llegar los ladrones y los agentes viajeros y que fué recibido como si se tratara del ser más importante del mundo y cuidado como si de su salud y de sú existencia dependiera la salud, el bienestar y la felicidad de mucha gente o de la ciudad entera. Delgado, amarillo, de grandes orejas transparentes, casi cayéndose, no habló nada o casi nada con nosotros, es decir, con los niños de la casa, como sí no tuviera nada que decir o como si no pudiera hablarnos, tal vez como si no tuviera tiempo de hacerlo antes de morir. A su llegada fuimos informados por mi madre de que no debíamos acercarnos al enfermo ni dirigirle la palabra; venía enfermo y su enfermedad era grave, y, agregó, para atemorizarnos, peligrosa. ¿Qué tiene? Quién sabe: tanto puede ser el cólera como la fiebre amarilla. Los hermanos mayores, Joao y Ezequiel, fueron desalojados de su cuarto y trasladados a otro, más pequeño e incómodo, y no sólo no chistaron sino que aquello les sirvió de entretenimiento; cualquier cambio nos parecía una aventura. El hombre fué instaladocon todo nuevo, catre, colchón, sábanas, frazadas; en unos minutos mis padres lo arreglaron y lo hicieron todo, y Alfredo, así se llamaba aquel hombre, pudo acostarse y se acostó como si no fuera a levantarse más -- por lo menos, eso se nos ocurrió, pues su estado era, en verdad, impresionante: parecía que no había en el cuarto, en la casa, en la

## III

Y después de éste o antes de éste, otros, aunque no muchos, algunos que parecían recién resucitados y otros que parecían próximos a morir, uno de ellos, por lo menos, que llegó también de improviso, como por lo general suelen llegar los ladrones y los agentes viajeros y que fué recibido como si se tratara del ser más importante del mundo y cuidado como si de su salud y de su existencia dependiera la salud, el bienestar y la felicidad de mucha gente o de la ciudad entera. Delgado, amarillo, de grandes orejas transparentes, casi cayéndose, no habló nada o casi nada con nosotros, es decir, con los niños de la casa, como si no tuviera nada que decir o como si no pudiera hablarnos, tal vez como si no tuviera tiempo de hacerlo antes de morir. A su llegada fuimos informados por mi madre de que no debíamos acercarnos al enfermo ni dirigirle la palabra; venía enfermo y su enfermedad era grave, y, agregó, para atemorizarnos, peligrosa. ¿Qué tiene? Quién sabe: tanto puede ser el cólera como la fiebre amarilla. Los hermanos mayores, Joao y Ezequiel, fueron desalojados de su cuarto y trasladados a otro, más pequeño e incómodo, y no sólo no chistaron sino que aquello les sirvió de entretenimiento; cualquier cambio nos parecía una aventura. El hombre fué instalado con todo nuevo, catre, colchón, sábanas, frazadas; en unos minutos mis padres lo arreglaron y lo hicieron todo, y Alfredo, así se llamaba aquel hombre, pudo acostarse y se acostó como si no fuera a levantarse más -- por lo menos, eso se nos ocurrió, pues su estado era, en verdad, impresionante: parecía que no había en el cuarto, en la casa, en la

ciudad, en la república, aire suficiente para sus pulmones, que trabajaban a toda presión, obligándole a abrir la boca, ya que la nariz no le era bastante. Los ojos, muy abiertos, miraban fijamente; sus bigotes, largos, negros y finos, daban a su boca entreabierta una oscura expresión, y sus manos, pálidas, delgadas, que colocó con desmayo sobre las sábanas, parecían incapaces ya de cualquier movimiento útil. Vino un médico, lo examinó, habló con mis padres, recetó, cobró y se fué.

--Pero, ¿qué tiene, mamá?

Mamá hizo un gesto vago, como dando a entender que daba lo mismo que tuviese esto o lo otro; de todos modos, moriría.

--¿Quién es, mamá?

--Un amigo de tu papá.

Un amigo de tu papá. . . Esa frase lo decía todo y no decía nada, es decir, nos informaba acerca de una de las condiciones del hombre, pero no nos decía nada sobre el hombre mismo: con ella, sin embargo, se explicaba todo para nosotros, sin explicar nada. En varias de las casas de nuestros condiscípulos y vecinos pudimos ver y conocer, además de la gente que vivía con ellos, a amigos de la casa, parientes o no, de quienes podíamos obtener las más diversas noticias: cómo se llamaban, dónde vivían, pues siempre vivían en alguna parte, casi siempre en la ciudad, muy rara vez en el campo, nunca en las provincias; en qué trabajaban o de qué vivían, si eran casados, si eran solteros, viudos, etcétera. De los amigos de mi padre, en cambio -- ¿para qué hablar de los de mi madre?; no tenía ninguno --, no sabíamos sino que eran amigos y, a veces, cómo se llamaban; nada más. ¿Dónde vivían? Ni ellos ni nadie parecía saberlo: en algún país, en algún pueblo, en alguna provincia, pero nada más, y si vivían en la misma ciudad, en Buenos Aires, en Mendoza, en Rosario, en Córdoba, nunca, o muy rara vez, supimos su dirección. Mi padre parecía ser el único padre que no podía o no quería

ciudad, en la república, aire suficiente para sus pulmones, que trabajaban a toda presión, obligándole a abrir la boca, ya que la nariz no le era bastante. Los ojos, muy abiertos, miraban fijamente; sus bigotes, largos, negros y finos, daban a su boca entreabierta una oscura expresión, y sus manos, pálidas, delgadas, que colocó con desmayo sobre las sábanas, parecían incapaces ya de cualquier movimiento útil. Vino un médico, lo examinó, habló con mis padres, recetó, cobró y se fué.

--Pero, ¿qué tiene, mamá?

Mamá hizo un gesto vago, como dando a entender que daba lo mismo que tuviese esto o lo otro; de todos modos, moriría.

--¿Quién es, mamá?

--Un amigo de tu papá.

Un amigo de tu papá. . . Mas frase lo decía todo y no decía nada, es decir, nos informaba acerca de una de las condiciones del hombre, pero no decía nada sobre el hombre mismo: con ella, sin embargo, se explicaba todo para nosotros, sin explicar nada. Un varias de las cosas de nuestros conocidos y vecinos pudimos ver y conocer, además de la gente que vivía con ellos, a amigos de la casa, parientes o no, de quienes podíamos obtener las más diversas noticias: cómo se llamaban, dónde vivían, pues siempre vivían en alguna parte, casi siempre en la ciudad, muy rara vez en el campo, nunca en las provincias; en qué trabajaban o de qué vivían, si eran casados, si eran solteros, viudos, etcétera. De los amigos de mi padre, en cambio -- ¿para qué hablar de los de mi madre?; no tenía ninguno --, no sabíamos sino que eran amigos y, a veces, cómo se llamaban; nada más. ¿Dónde vivían? Ni ellos ni nadie parecía saberlo: en algún país, en algún pueblo, en alguna provincia, pero nada más; y si vivían en la misma ciudad, en Buenos Aires, en Mendoza, en Rosario, en Córdoba, nunca, o muy rara vez, supimos su dirección. Mi padre parecía ser el único padre que no podía o no quería

o no sabía dar mayores noticias de sus amigos y el único también que tenía autorización para tener tan extraordinarias amistades. ¿Cómo y cuándo los había conocido? ¿En dónde? ¿Qué tenía que ver con ellos? ¿Alguna vez habían viajado juntos, trabajado juntos, estado presos juntos? Quizá. De algunos de ellos llegábamos a veces a saber algo, gracias, en ocasiones, a ellos mismos y en otras por medio de nuestro padre, pero la regla era saber poco o nada. De Alfredo no supimos, al principio, sino que se llamaba así y que estaba enfermo: enfermo y Alfredo, Alfredo y enfermo, palabras que durante un tiempo fueron sinónimos en la casa:"Estás Alfredo." Alfredo, por su parte, no decía nada, ni siquiera que estaba enfermo, aunque era innecesario que lo dijera. Para colmo, mi padre salió de viaje, desapareció -- tal como desaparecían sus amigos --, y la única esperanza que al principio tuvimos de saber algo de Alfredo, se fué con él. Pero si teníamos prohibición de dirigirle la palabra, no la teníamos de mirarlo, y lo miramos, es decir, fué lo único que Daniel, el tercero de nosotros, y yo, miramos en mucho tiempo. No debíamos salir de la casa, ni siquiera a la puerta, mientras los dos hermanos mayores estaban en el colegio y mucho menos en los momentos en que mi madre se ausentaba de la casa, y como a la casa ya la conocíamos más que a nuestros padres y a nuestros bolsillos, pues la habíamos recorrido y examinado en sus tres y hasta creo que en sus cuatro dimensiones, Alfredo, el enfermo, debió soportar durante muchos días nuestras terribles miradas, terribles porque, incapaces de disimular, lo mirábamos con los ojos que a nuestra edad podíamos tener para un hombre que parecía que iba a morir de un momento a otro, es decir, ojos sin engaño alguno. Si no murió de nuestras miradas fué, de seguro, porque su resistencia era enorme, y así fué cómo le vimos, en los primeros días, empequeñecer, disminuir, achicarse; cada día lo encontrábamos más reducido y llegamos a sospechar que, de pronto, un día, se achicaría tanto que concluiría por desaparecer; se le hundieron los ojos, la frente se le hizo puro hueso, se le alargaron

o no sabía dar mayores noticias de sus amigos y el único también que tenía autorización para tener tan extraordinarias amistades. ¿Cómo y cuándo los había conocido? ¿En dónde? ¿Qué tenía que ver con ellos? ¿Alguna vez habían viajado juntos, trabajado juntos, estado presos juntos? Quizá. De algunos de ellos llegábamos a veces a saber algo, gracias, en ocasiones, a ellos mismos y en otras por medio de nuestro padre, pero la regla era saber poco o nada. De Alfredo no supimos, al principio, sino que se llamaba así y que estaba enfermo: enfermo y Alfredo, Alfredo y enfermo, palabras que durante un tiempo fueron sinónimos en la casa:"Estás Alfredo." Alfredo, por su parte, no decía nada, ni siquiera que estaba enfermo, aunque era innecesario que lo dijera. Para colmo, mi padre salió de viaje, desapareció -- tal como desaparecían sus amigos --, y la única esperanza que al principio tuvimos de saber algo de Alfredo, se fué con él. Pero si teníamos prohibición de dirigirle la palabra, no la teníamos de mirarlo, y lo miramos, es decir, fué lo único que Daniel, el tercero de nosotros, y yo, miramos en mucho tiempo. No debíamos salir de la casa, ni siquiera a la puerta, mientras los dos hermanos mayores estaban en el colegio y mucho menos en los momentos en que mi madre se ausentaba de la casa, y como a la casa ya la cocíamos más que a nuestros padres y a nuestros bolsillos, pues la habíamos recorrido y examinado en sus tres y hasta creo que en sus cuatro dimensiones, Alfredo, el enfermo, debió soportar durante muchos días nuestras terribles miradas, terribles porque, incapaces de disimular, lo mirábamos con los ojos que a nuestra edad podíamos tener para un hombre que parecía que iba a morir de un momento a otro, es decir, ojos sin engaño alguno. Si no murió de nuestras miradas fué, de seguro, porque su resistencia era enorme, y así fué cómo le vimos, en los primeros días, empequeñecer, disminuir, achicarse; cada día lo encontrábamos más reducido y llegamos a sospechar que, de pronto, un día, se achicaría tanto que concluiría por desaparecer; se le hundieron los ojos, la frente se le hizo puro hueso, se le alargaron

los pómulos, parecieron recogérsele los labios, los dientes quedaron al descubierto y la oscura boca se abrió más aun, exigida por la disnea. ¿Qué enfermedad sufría? Misterio, como su procedencia, su residencia y su destino. Se fué hundiendo en el almohadón y en el colchón, reduciéndose bajo las sábanas; se le empequeñecieron hasta las manos, se le enflaquecieron asombrosamente las muñecas y días hubo en que, al asomarnos a la puerta de su pieza, llevábamos la seguridad de que en su cama no hallaríamos ya más que el hueco que ayer hacía su cabeza en el almohadón. Pero no fué así: el hombre persistía y, lo que es peor, se daba cuenta de que lo vigilábamos, de que lo controlábamos, no tal vez a él sino a su enfermedad y a su proceso de empequeñecimiento; en ocasiones nos dábamos cuenta de que a través de sus semicerrados párpados nos miraba con una mirada que parecía atravesarnos; no era una mirada de rencor ni una mirada de fastidio; era otra cosa: ¿quizá se daba cuenta, por nuestras miradas, del estado de sí mismo? Tal vez, o tal vez pensaba que en tanto viera a esos dos mocosos, callados, serios, de pie uno a cada lado de la puerta, no estaría tan demasiado grave. Durante varios días no habló nada, ni siquiera para decirnos: hola, o váyanse, niños intrusos, me ponen nervioso; nada: parecía dispuesto a morir sin cambiar con nosotros una sola palabra.

--¿Cómo sigue el enfermo, mamá? -- preguntábamos, antes que nada, a la mamá cuando en las mañanas nos paraba en la cama para vestirnos y lavarnos.

--Mal, hijo mío; no le molesten.

No le molestábamos, es decir, no le hablábamos ni entrábamos a su cuarto; le mirábamos, nada más, y cuando su rostro mostraba algún curioso rasgo, una gran palidez, por ejemplo, o una extrema demacración, llevábamos a uno de nuestros hermanos mayores a que le echaran también un vistazo, como a algo extraordinario que hubiésemos descubierto.

--Míralo -- parecíamos decirles --. ¿No te parece que hoy está más muerto que ayer?

los pómulos, parecieron recogérsele los labios, los dientes quedaron al descubierto y la oscura boca se abrió más aun, exigida por la disnea. ¿Qué enfermedad sufría? Misterio, como su procedencia, su residencia y su destino. Se fué hundiendo en el almohadón y en el colchón, reduciéndose poco a poco hasta casi desaparecer; se le empequeñecieron hasta las manos, se le enflaquecieron asombrosamente las muñecas y días hubo en que, al asomarnos a la puerta de su pieza, llevábamos la seguridad de que en su cama no hallaríamos ya más que el hueco que ayer hacía su cabeza en el almohadón. Pero no fué así: el hombre persistía y, lo que es peor, se daba cuenta de que lo vigilábamos, de que lo controlábamos, no tal vez a él sino a su enfermedad y a su proceso de empequeñecimiento; en ocasiones nos dábamos cuenta de que a través de sus semicerrados párpados nos miraba con una mirada que parecía atravesarnos; no era una mirada de temor ni una mirada de fastidio; era otra cosa: ¿qué se daba cuenta, por nuestras miradas, del estado de él mismo? Tal vez, o tal vez pensaba que en tanto viera a esos dos mocosos, callados, serios, de pie uno a cada lado de la puerta, no estaría tan demasiado grave. Durante varios días no hubo nada, ni siquiera para decirnos: hola, o vayanse, ni-ños intrusos, me ponen nervioso; nada: parecía dispuesto a morir sin cambiar con nosotros una sola palabra.

--¿Cómo sigue el enfermo, mamá? -- preguntábamos, antes que nada, a la mamá cuando en las mañanas nos paraba en la cama para vestirnos y lavarnos.

--Mal, hijo mío; no le molesten.

No le molestábamos, es decir, no le hablábamos ni entrábamos a su cuarto; le mirábamos, nada más, y cuando su rostro mostraba algún curioso reposo, una gran palidez, por ejemplo, o una extrema demacración, llevábamos a uno de nuestros hermanos mayores a que le echaran también un vistazo, como a algo extraordinario que hubiésemos descubierto.

--Miralo -- parecíamos decirles --. ¿No te parece que hoy está más muerto que ayer?

Mis hermanos, impresionados, se iban; no lo habían visto, como nosotros, momento a momento. Un día mi madre preguntó al enfermo si no quería que le cerrara la puerta:

--Estos niños pueden molestarlo: son tan mirones.

Alfredo movió impetuosamente las manos, haciendo con ellas gestos negativos.

--No, señora, por favor -- dijo, y si hubiera podido habría, sin duda, agregado:-- Si me cierra usted la puerta me ahogo -- de tal modo le parecía poco todo el aire.

Con gran admiración nuestra, mi madre le cuidaba con un desmedido esmero. ¿Por qué? Sabíamos que no le había conocido sino en el momento en que llegó a nuestra casa. ¿Era un ser tan importante como para merecer tanta atención? Lo ignorábamos. ¿Dónde había contraído esa enfermedad? Misterio. Con las manos en nuestros desbocados bolsillos o metidos hasta la palma los dedos en la boca, Daniel y yo le miramos mucho tiempo, un tiempo que nos pareció muy largo, como si fueran dos o tres años, pero que quizá no fueron sino dos o tres meses, y vimos cómo aquel hombre fué, de nuevo, creciendo, rehaciéndose, tomando cuerpo, color, forma, apariencias. Mi madre, a horas fijas, le daba o le hacía sus remedios: blancos y espesos jarabes o emulsiones, a veces; otras, unas como doradas mieles que vertían unos fracos de color oscuro y bocas anchas; líquidos delgados después o píldoras rosadas, grajeas, obleas, todo el escaso horizonte terapéutico de la época, y comía apenas, unos calditos, leche, mazamorra; pero con ello y como por milagro, fué reaccionando.

Un día hubo una alarma y el enfermo habló: alguien, desconocido e inesperado, llamó a la puerta de la casa y preguntó si allí vivía Aniceto Hevia y si estaba en casa. Mi hermano mayor, desconcertado, pues esa persona no quiso dar su nombre y tenía un talante que no gustó al muchacho, contestó,

Mis hermanos, impresionados, se iban; no lo habían visto, como nosotros, momento a momento. Un día mi madre preguntó al enfermo si no quería que le cerrara la puerta:

--Estos niños pueden molestarlo: son tan mirones.

Alfredo movió impetuosamente las manos, haciendo con ellas gestos negativos.

--No, señora, por favor, -- dijo, y si hubiera podido habría, sin duda, agregado:-- Si me cierra usted la puerta me ahogo -- de tal modo le parecía poco todo el aire.

Con gran admiración nuestra, mi madre le cuidaba con un desmedido esmero. ¿Por qué? Sabíamos que no le había conocido sino en el momento en que llegó a nuestra casa. ¿Era un ser tan importante como para merecer tanta atención? Lo ignorábamos. ¿Dónde había contraído esa enfermedad? Misterio. Con las manos en nuestros desbocados bolsillos o metidos hasta la palma los dedos en la boca, Daniel y yo le miramos mucho tiempo, un tiempo que nos pareció muy largo, como si fueran dos o tres años, pero que quizá no fueron sino dos o tres meses, y vimos cómo aquel hombre fué, de nuevo, creciendo, rehaciéndose, tomando cuerpo, color, forma, apariencias. Mi madre, a horas fijas, le daba o le hacía sus remedios: blancos y espesos jarabes o emulsiones, a veces; otras, unas como doradas mieles que vertían unos fracos de color oscuro y bocas anchas; líquidos delgados después o píldoras rosadas, grajeas, obleas, todo el escaso horizonte terapéutico de la época, y comía apenas, unos calditos, leche, mazamorra; pero con ello y como por milagro, fué reaccionando.

Un día hubo una alarma y el enfermo habló: alguien, desconocido e inesperado, llamó a la puerta de la casa y preguntó si allí vivía Aniceto Hevia y si estaba en casa. Mi hermano mayor, desconcertado, pues esa persona no quiso dar su nombre y tenía una talante que no gustó al muchacho, contestó,

friamente, que allí vivía, pero que no estaba, lo cual era cierto; pero el hombre, con voz brusca, preguntó cuándo volvería, en dónde se le podía encontrar, cuándo se había ido, desde qué tiempo vivía allí, preguntas todas que hicieron entrar en sospechas a Joao y que Alfredo, cuyo cuarto estaba cerca, oyó claramente. Cuando Joao, después de despedir al preguntón y cerrar la puerta, pasó frente a la pieza del enfermo, Alfredo le llamó con la mano. Se acercó el niño, nos acercamos todos:

--¿Quién era? -- preguntó, visiblemente agitado.

--No lo conozco -- fué la respuesta.

--¿Qué aire tenía?

La respuesta era difícil. Alfredo se refería, seguramente, a la expresión del desconocido y a la impresión que producía.

--¿No sospechaste nada? -- preguntó el enfermo, haciendo un esfuerzo.

Joao se encogió de hombros. Las preguntas le resultaban vagas.

--¿Y tu mamá?

--Salió hace rato. Estamos solos.

--¿No han sabido nada de Aniceto?

--Nada.

Era la primera conversación que Alfredo sostenía con alguien de la casa. Hubo un silencio.

--¿Cómo te llamas?

--Joao.

--Brasilero -- dijo Alfredo y miró hacia el techo, mientras procuraba correrse hacia la cabecera, como para enderezarse.

--Sí.

Alfredo volvió la cabeza hacia el niño:

--Mira, Joao -- dijo --: ¿puedes mirar hacia la calle sin que te vean desde afuera?

—Mira, Jose —dijo—: ¿puedes mirar hacia la calle sin que te vean desde afuera?

Alfredo volvió la cabeza hacia el niño:

—Sí.

—Bien. Entonces, cuando yo mire hacia el techo, mientras procuraba controlarse hacia la ventana, como para enderezarse.

—Jose.

—¿Cómo te llamas?

Hubo un silencio.

—Nada.

—¿No han sabido nada de Anicetto?

—Salió hace rato. Estamos solos.

—¿Y tu mamá?

Jose se encogió de hombros. Las preguntas le resultaban vagas.

—¿No sospechaste nada? —preguntó el anciano, haciendo un esfuerzo.

La respuesta era difícil. Alfredo se refería, seguramente, a la expresión del desconocido y a la impresión que produjo.

—No lo conozco —fué la respuesta.

—¿Qué aire tenía?

—¿Quién era? —preguntó, visiblemente agitado.

Se acercó el niño, nos acercamos todos:

Ir a la primera conversación que Alfredo sostenía con alguien de la casa. Hubo un silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Jose.

—Brasilero —dijo Alfredo y miró hacia el techo, mientras procuraba controlarse hacia la cabecera, como para enderezarse.

—Sí.

Alfredo volvió la cabeza hacia el niño:

—Mira, Jose —dijo—: ¿puedes mirar hacia la calle sin que te vean desde afuera?

Jose-Tiempo

—¿Quién era? —preguntó, visiblemente agitado.

—No lo conozco —fué la respuesta.

—¿Qué aire tenía?

La respuesta era difícil. Alfredo se refería, seguramente, a la expresión del desconocido y a la impresión que produjo.

—¿No sospechaste nada? —preguntó el anciano, haciendo un esfuerzo.

Jose se encogió de hombros. Las preguntas le resultaban vagas.

—¿Y tu mamá?

—Salió hace rato. Estamos solos.

—¿No han sabido nada de Anicetto?

—Nada.

Fué la primera conversación que Alfredo sostenía con alguien de la casa. Hubo un silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Jose.

—Brasilero —dijo Alfredo y miró hacia el techo, mientras procuraba controlarse hacia la cabecera, como para enderezarse.

—Sí.

Alfredo volvió la cabeza hacia el niño:

—Mira, Jose —dijo—: ¿puedes mirar hacia la calle sin que te vean desde afuera?

--Sí, por entre el postigo.

--Bueno: mira a ver si el hombre está por ahí y qué hace.

Joao volvió con la noticia de que el hombre estaba parado en la esquina y miraba hacia la casa.

Alfredo pareció recibir un golpe en el estómago; su cara palideció, le volvió la disnea y, tomándose con las manos de los barrotes de la cabecera del catre, se irguió; vimos sus ojos agrandados pomo por el espanto, y todos, sin darnos cuenta de lo que sentía aquel hombre, nos asustamos también. Joao, de pie cerca de la cama, le miraba como preguntándole qué pasaba.

--Joao, haz algo -- murmuró el enfermo, con una voz que sobrecogía: parecía rogar que se le salvara de algún peligro. Durante unos segundos creímos que se iba a erguir, a levantarse y a huir hacia alguna parte, de tal manera parecía aterrado.

--¿Qué puedo hacer, señor? -- preguntó Joao.

--¡Qué puedes hacer! ¿No lo sabes? -- gritó casi el enfermo.

--No -- respondió sencillamente el niño.

El enfermo se irguió más en la cama y miró intensamente a Joao, como diciéndole con la mirada todo lo que pensaba y sentía y todo lo que quería que el niño sintiera y pensara. ¿Entendió nuestro hermano? Tal vez sí, pero a medias, pues fué de nuevo hacia la ventana y volvió con la misma noticia: el hombre seguía allí, mirando hacia la casa. Una convulsión sacudió al enfermo, que empezó a tiritar violentamente.

--Dame la ropa -- tartamudeó.

Pero Joao no pudo darle nada, tanto le sorprendió aquella frase: Alfredo parecía querer levantarse. ¡Ah, si pudiéramos haber comprendido, si nos hubiéramos dado cuenta de lo que aquel hombre sentía! No sabíamos quién era ni de dónde venía y su terror nos sopprendía y nos asustaba. Tiempo después, cuando hablábamos de Alfredo, pusimos un poco en claro lo ocurrido: aquel

--Sí, por entre el postigo.

--Bueno: mira a ver si el hombre está por ahí y qué hace.

Toso volvió con la noticia de que el hombre estaba parado en la esquina y miraba hacia la casa.

Alfredo pareció recibir un golpe en el estómago; su cara palideció, le volvió la diabea y, tomándose con las manos de los barrotes de la cabecera del catre, se irguió; vimos sus ojos agrandados pomo por el espanto, y todo, sin darnos cuenta de lo que sentía aquel hombre, nos sentamos también. Toso, de pie cerca de la cama, le miraba como preguntándole que pasaba.

--Toso, haz algo -- murmuró el enfermo, con una voz que sobrecogía: parecía rogar que se le salvara de algún peligro. Durante unos segundos creímos que se iba a erguir, a levantarse y a huir hacia alguna parte, de tal manera parecía aterrado.

--¿Qué puedo hacer, señor? -- preguntó Toso.

--¡Que puedes hacer! ¿No lo sabes? -- gritó casi el enfermo.

--No -- respondió sencillamente el niño.

El enfermo se irguió más en la cama y miró intensamente a Toso, como dicéndole con la mirada todo lo que pensaba y sentía y todo lo que quería que el niño sintiera y pensara. ¿Entendió nuestro hermano? Tal vez sí, porque a medias, pues fué de nuevo hacia la ventana y volvió con la misma noticia: el hombre seguía allí, mirando hacia la casa. Una convulsión asoció al enfermo, que empezó a tiritar violentamente.

--Dame la ropa -- tartamudeó.

Pero Toso no pudo darle nada, tanto le sorprendió aquella frase: Alfredo parecía querer levantarse. ¡Ah, si pudiéramos haber comprendido, si nos hubiéramos dado cuenta de lo que aquel hombre sentía! No sabíamos quién era ni de dónde venía y su terror nos sobrenadia y nos asustaba. Tiempo después cuando hablábamos de Alfredo, pusimos un poco en claro lo ocurrido: aquel

hombre, enfermo, quizá perseguido o quizá recién salido o fugado de alguna cárcel, temía que el desconocido fuese algún policía que venía a husmear su presencia en aquella casa, que él, tal vez entre muy pocas, había elegido para venir a librar su lucha contra la enfermedad.

Ezequiel irrumpió en el cuarto del enfermo:

--¡Mamá está hablando con el hombre!

Aquello, sin embargo, no significaba nada, aunque era un alivio, pues la presencia de nuestra madre era una ayuda. Alfredo se tranquilizó un poco. Joao y Ezequiel, que podían, sin necesidad de subirse a una silla, mirar por el postigo entreabierto, siguieron las alternativas de la conversación de mi madre con el desconocido: el hombre se conducía con mucha circunspección y parecía hablar como en secreto; mi madre negaba con la cabeza; después, afirmó; el hombre sonrió entonces y caminó unos pasos junto a ella, que avanzó hacia la casa y se preparó a cruzar la calzada. El hombre se detuvo en la orilla de la acera y allí se despidieron, sonriendo. Todo había pasado.

Cuando mi madre entró al cuarto del enfermo, Alfredo, enterado ya por Joao y Ezequiel del buen cariz que habían tomado las cosas, respiraba de nuevo normalmente.

--¿Quién era? --ppeguntó.

--Gumercindo, el cordobés; quería saber dónde está Aniceto y cuando llegará.

Pero Alfredo parecía no oirle, como si ya, pasado el peligro, le diera lo mismo que fuese el cordobés Gumercindo o el almirante Togo.

Cuando Alfredo pudo erguirse en la cama y comer por sí solo, llegó mi padre, y días después, con gran sorpresa de todos, una señora llamó a la puerta de la casa y preguntó a Ezequiel, que salió al llamado, si allí vivía Aniceto Hevia y si allí estaba alojado alguien llamado Alfredo. Ezequiel

hombre, enfermo, quizá perseguido o quizá recién salido o fugado de alguna cárcel, temía que el desconocido fuese algún policía que venía a buscar en presencia en aquella casa, que él, tal vez entre muy pocas, había elegido para venir a librar su lucha contra la enfermedad.

Ezequiel irrumpió en el cuarto del enfermo:

--¡Mamá está hablando con el hombre!

Aquello, sin embargo, no significaba nada, aunque era un alivio, pues la presencia de nuestra madre era una ayuda. Alfredo se tranquilizó un poco y Ezequiel, que podían, sin necesidad de subirse a una silla, mirar por el postigo entreabierto, siguieron las alternativas de la conversación de mi madre con el desconocido: el hombre se condujo con mucha circunspección y parecía hablar como en secreto; mi madre negaba con la cabeza; después, afirmó; el hombre sonrió entonces y caminó unos pasos junto a ella, que avanzó hacia la casa y se preparó a cruzar la calzada. El hombre se detuvo en la orilla de la acera y allí se despidieron, sonriendo. Todo había pasado.

Cuando mi madre entró al cuarto del enfermo, Alfredo, enterado ya por Tomás y Ezequiel del buen cariz que habían tomado las cosas, respiraba de nuevo normalmente.

--¿Quién era? --preguntó.

--Gumercindo, el cordobés; querría saber dónde está Aniceto y cuando lle gará.

Pero Alfredo parecía no oirle, como si ya, pasado el peligro, le diera lo mismo que fuese el cordobés Gumercindo o el almirante Togo.

Cuando Alfredo pudo erguirse en la cama y comer por sí solo, llegó mi padre, y días después, con gran sorpresa de todos, una señora llamó a la puerta de la casa y preguntó a Ezequiel, que salió al llamado, si allí vivía Aniceto Hevia y si allí estaba alojado alguien llamado Alfredo. Ezequiel

abrió bien la puerta para que entrara la señora y ésta avanzó por el zaguán. Vestía un traje de género fino, color oscuro, bastante amplio, y compuesto de una falda y de una blusa que le llegaba un poco más abajo de la cintura; llevaba un tul, también oscuro, en la cabeza y de una de sus manos colgaba un maletín de cuero. La pollera, larga, le cubría el cuerpo hasta los pies. Parecía no conocer personalmente a mi madre, pues le hizo un saludo breve, aunque un poco ceremonioso. ¿Quién era? ¿La mujer de Alfredo? ¿Su hermana? ¿Su amiga? Nadie lo sabía allí en ese momento y la mujer no dijo ni hizo nada que hiciera siquiera sospechar que era su mujer, su hermana, su amiga o una tía; nada de saludos efusivos, de llantos o de exclamaciones adecuadas a una larga separación y a una difícil enfermedad. La mujer se sentó en la única silla que había en el cuarto, puso el maletín sobre los muslos y conversó breve y friamente con el enfermo, quien, sin mirarla, contestaba sus palabras con un tono que pretendía ser de indiferencia. Por algunas palabras que cogimos al vuelo nos enteramos de que la mujer acababa de llegar de un largo viaje -- ¿de dónde: de Brasil, de Haití, de Paraguay, de Turquía? --. No supimos sino después que el viaje había sido hecho con el único objeto de ver a Alfredo, aunque el hecho de que viniera a verlo y de que fuese la única persona que lo visitara así lo hacía suponer. ¡Extraña visita, por lo demás, para un hombre que había agonizado durante tantos y tan largos días! Habría merecido algo más efusivo. Se fué, tal como llegó, fría y cortésmente; en la noche, cuando mi padre lo supo, hizo un gesto agrio y dijo algo que no demostraba ninguna simpatía hacia ella.

--¿Es su mujer?

--Sí, su mujer -- asintió, moviendo la cabeza.

--¿Casado con ella?

--Desgraciadamente. Se ha convertido en su verdugo. Cuando se casaron no sabía que era ladrón (lo mismo que te pasó a tí), pero le agradaba que

abrió bien la puerta para que entrara la señora y ésta avanzó por el zaguán. Vestía un traje de género fino, color oscuro, bastante amplio, y compuesto de una falda y de una blusa que le llegaba un poco más abajo de la cintura; llevaba un tul, también oscuro, en la cabeza y de una de sus manos colgaba un maletín de cuero. La portera, larga, le cubría el cuerpo hasta los pies. Parecía no conocer personalmente a mi madre, pues le hizo un saludo breve, aunque un poco ceremonioso. ¿Quién era? ¿La mujer de Alfredo? ¿Su hermana? ¿Su amiga? Nadie lo sabía allí en ese momento y la mujer no dijo ni hizo nada que pudiera sospechar que era su mujer, su hermana, su amiga o una tía; nada de saludos efusivos, de llantos o de exclamaciones apocadas a una larga separación y a una difícil enfermedad. La mujer se sentó en la única silla que había en el cuarto, pues el maletín sobre los muslos y conversó breve y friamente con el enfermo, quien, sin mirarla, contestaba sus palabras con un tono que pretendía ser de indiferencia. Por algunas palabras que cogimos al vuelo nos enteramos de que la mujer acababa de llegar de un largo viaje -- ¿de dónde: de Brasil, de Haití, de Paraguay, de Timbuctú? --. No supimos sino después que el viaje había sido hecho con el único objeto de ver a Alfredo, aunque el hecho de que viniera a verlo y de que fuese la única persona que lo visitara así lo hacía suponer. ¡Extraña visita, por lo demás, para un hombre que había agonizado durante tantos y tan largos días! Habría merecido algo más efusivo. Se fué, tal como llegó, fría y cortésmente; y en la noche, cuando mi padre lo supo, hizo un gesto seco y dijo algo que no demostraba ninguna simpatía hacia ella.

--¿Es su mujer?

--Sí, su mujer -- asintió, moviendo la cabeza.

--¿Casado con ella?

--Desgraciadamente. Se ha convertido en su verdugo. Cuando se casaron no sabía que era ladrón (lo mismo que te pasó a tí), pero le agradaba que

siempre tuviera dinero y le hiciese regalos a ella y a su familia, sobre todo a su madre, que se cree persona eminente porque su marido fué coronel de artillería y murió comido por el alcohol y por las deudas. Cuando lo supo armó un escándalo terrible; y lo peor es que se lo contaron y probaron los propios compañeros de Alfredo, que querían que se separara de él; salieron chasqueados: se desmayó, gritó, lloró, pero en ningún momento se le ocurrió dejarlo libre, al contrario, se puso más exigente y lo mira como si ella, su madre y su familia fuesen los patrones y Alfredo el sirviente. Cuando cae preso, y rara vez cae porque se cuida más que un billete de mil pesos (de miedo a su mujer y a la familia de ella), no debe dar la dirección de su casa ni decir que es casado ni mucho menos con quién; debe arreglárselas solo para comer, para vestirse y para todo; ella no es capaz ni siquiera de ponerle un abogado y pasa la vida echándole en cara su condición, el engaño de que fué víctima y la vergüenza que ha caído sobre ella y su familia por haberse casado con un ladrón. ¡Mujer de. . . ! Si se hubiese casado conmigo ya le habría retorcido el pescuezo.

--¿Y él?

--El es un buen muchacho, pero también un pobre hombre que se deja dominar por esa harpía; cree en todo lo que ella le dice, y, lo que es peor, estima que es un honor para él haberse casado con la hija de un flojo que no hizo nada más notable en su vida que quitarle una bandera a no sé qué enemigo, que de seguro estaba dormido, y cobrar después, durante años, una pensión del gobierno; y esto no es todo: esa mujer ha enseñado a sus hijas, porque tienen dos, a mirar a su padre como ella le mira: como un infeliz que no tiene nada más honroso que hacer que robar para alimentar a toda una familia de estúpidos.

--¿Y cómo vino a verlo?

--¿Por qué crees que habrá venido? De seguro porque se le acabó el dinero.

siempre tuviera dinero y le hiciese regalos a ella y a su familia, sobre todo a su madre, que se cree persona eminente porque su marido fué coronel de artillería y murió comido por el alcohol y por las deudas. Cuando lo supo armó un escándalo terrible; y lo peor es que se lo contaron y probaron los propios compañeros de Alfredo, que querían que se separara de él; salieron chasqueados: se desmayó, gritó, lloró, pero en ningún momento se le ocurrió dejarlo libre; al contrario, se puso más exigente y lo miraba como si ella, su madre y su familia fueran los patronos y Alfredo el sirviente. Cuando ese preso, y tuvo voz ese porque se cuida más que un billete de mil pesos (de miedo a su mujer y a la familia de ella), no debe dar la dirección de su casa ni decir que se casado ni mucho menos con quién; debe arreglárselas solo para comer, para vestirse y para todo; ella no es capaz ni siquiera de ponerle un botón y pasa la vida soñándole en cara su condición, el engaño de que fué víctima y la vergüenza que le ocasionó sobre ella y su familia por haberse casado con un ladrón. ¡Mujer de. . . : Si se hubiese casado conmigo ya le habría retorcido el pescuezo.

--¿Y él?

--El es un buen muchacho, pero también un pobre hombre que se deja dominar por esa harpía; cree en todo lo que ella le dice, y, lo que es peor, estima que es un honor para él haberse casado con la hija de un flojo que no hizo nada más notable en su vida que quitarle una bandera a no sé qué enemigo, que de seguro estaba dormido, y cobrar después, durante años, una pensión del gobierno; y esto no es todo: esa mujer ha enseñado a sus hijas, porque tienen dos, a mirar a su padre como ella le mira: como un infeliz que no tiene nada más honroso que hacer que robar para alimentar a toda una familia de estúpidos.

--¿Y cómo vino a verlo?

--¿Por qué cree que habrá venido? De seguro porque se le acabó el dine-

ro.

De la noche a la mañana, tal como El Minero, como Pedro el Mulato y como otros trashumantes seres, Alfredo desapareció. Lo vimos en pie un día, moviéndose, preparando algo: se veía fino, blanco, flexible, enérgico, vestido con un traje oscuro, botines de charol, muy crujientes, cuello altísimo y corbata de seda negra, ancha, que le cubría toda la abertura del chaleco. Al otro día, al asomarnos a su cuarto para mirarlo, Daniel y yo vimos la cama vacía y deshabitada la pieza: Alfredo no estaba. Un nuevo ser fantasmal había aparecido y desaparecido.

Ignoro si en lejanas ciudades, en aquella ciudades o lugares que mi padre visitaba durante sus viajes, existían seres que como nosotros, como mis padres, mejor dicho, estuviesen dispuestos a recibirle y le recibieran cuando él, alguna vez, estuvo enfermo o le atendieran cuando caía bajo las manos de algún policía. Tal vez sí; ojalá que sí.

De la noche a la mañana, tal como El Minero, como Pedro el Mulato y co-
mo otros trasnochantes seres, Alfredo desapareció. Lo vimos en pie un día,
moviéndose, preparando algo: se veía fino, blanco, flexible, enérgico, ves-
tido con un traje oscuro, botines de charol, muy cruzientes, cuello alti-
no y corbata de seda negra, ancha, que le cubría toda la abertura del cha-
leco. Al otro día, al asomarnos a su cuarto para mirarlo, Daniel y yo vimos
la cama vacía y desabitada la pieza: Alfredo no estaba. Un nuevo ser tan-
tasmal había aparecido y desaparecido.

Ignoro si en lejanas ciudades, en aquella ciudades o lugares que mi pa-
dre visitaba durante sus viajes, existían seres que como nosotros, como mis
padres, mejor dicho, estuviesen dispuestos a recibirle y le recibieran cua-
do él, alguna vez, estuvo enfermo o le atendieran cuando caía bajo las ma-
nos de algún policía. Tal vez sí; ojalá que sí.

IV

Yo no tenía, en cambio, a nadie: la familia de mi madre parecía haber desaparecido. Era originaria de algún punto de la costa de Chile central, [illegible] regiones a que no llegan sino débiles y tardíos rumores del mundo y en donde las familias se crean y destruyen, aparecen y desaparecen, silenciosamente, como aparecen y desaparecen los árboles y los bosques, no quedando de ellas, en ocasiones, más que la casa, ya medio derruída, en que sus principales miembros nacieron, vivieron y murieron. Los hijos se van, los padres mueren y queda quizá algún ahijado, un primo tercero o un compadre o nieto del compadre, que no recuerda, de puro viejo, nada, ni siquiera en qué año vivió o murió el último de sus parientes.

--¿La Rosalía? -- preguntaría, ladeando la cabeza y mirando hacia el sol con sus ojos velados por cataratas ya maduras --. ¿No era hija del finado Hilario González?

Mi madre hablaba de sus parientes colaterales en tal forma que parecía que habían estado siempre muertos. Sus padres habían fallecido bastantes años antes que ella y en cuanto a sus hermanos, dos de ellos seres casi fabulosos, estaban también muertos o desaparecidos, excepto uno, más muerto que todos, que yacía en el fondo de algún convento.

No tenía en Chile hacia quién volver la cara: no era nada para nadie, nadie me esperaba o me conocía en alguna parte y debía aceptar o rechazar lo que me cayera en suerte. Mi margen era estrecho. No

IV

Yo no tenía, en cambio, a nadie: la familia de mi madre parecía haber desaparecido. Era originaria de algún punto de la costa de Chile central, ~~[illegible]~~ regiones a que no llegan sino débiles y tardíos rumores del mundo y en donde las familias se crean y destruyen, aparecen y desaparecen, silenciosamente, como aparecen y desaparecen los árboles y los pozos, no quedando de ellas, en ocasiones, más que la casa, ya medio derruída, en que sus principales miembros nacieron, vivieron y murieron. Los hijos se van, los padres mueren y queda ahí sólo algún abuelo, un primo tercero o un compadre o nieto del compadre, que no recuerda, de puro viejo, nada, ni siquiera en qué año vivió o murió el último de sus parientes.

--¿La Rosalía? -- preguntaría, tedeando la cabeza y mirando hacia el sol con sus ojos velados por cataratas ya maduras --. ¿No era hija del finado Hilario González?

Mi madre hablaba de sus parientes colateralas en tal forma que parecía que habían estado siempre muertos. Sus padres habían fallecido bastantes años antes de ella y en cuanto a sus hermanos, dos de ellos eran casi fabulosos, estaban también muertos o desaparecidos, excepto uno, más muerto que todos, que yacía en el fondo de algún convento.

No tenía en Chile hacia quién volver la cara: no era nada para nadie, nadie me esperaba o me conocía en algunas partes y debía acep-
tar o rechazar lo que me cayera en suerte. Mi margen era estrecho. No

tenía destino conocido alguno: ignoraba qué llegaría a ser y si llegaría a ser algo; ignoraba todo. Tenía alguna inclinación, pero no tenía dirección ni nada ni nadie que pudiera guiarme o ayudarme. Vivía porque estaba vivo y hacía lo posible -- mis órganos me empujaban a ello -- por mantenerme en ese estado, no por temor a la muerte sino por temor al sufrimiento. Y veía que a toda la gente le sucedía lo mismo, por lo menos a aquella gente con quien me rozaba: comer, beber, reir, vestirse, trabajar para ello y nada más. No era muy entretenido, pero no había más, por lo menos no se veía si había algo más. Me daba cuenta, sí, de que no era fácil, salvo algún accidente, morir, y que bastaba un pequeño esfuerzo, comer algo, abrigarse algo, respirar algo, para seguir viviendo algo. ¿Y quién no lo podía hacer? Lo hacía todo el mundo, unos más ampliamente o más miserablemente que otros, conservándose todos y gozando con ello. Existir era barato y el hombre era duro; en ocasiones, lamentablemente duro, y los más miserables parecían los más resistentes. Quizá si se mantendrían siempre y a pesar de todo, yo entre ellos.

Bajé las gradas de piedra de aquella escalera, pero despacio, sin apresurarme, como si en cada una de ellas mis pies encontraran algo especial, y llegué a la arena. Desde allí volví a mirar: a la derecha se levantaba, sobre una elevación rocosa, la estatua de un San Pedro de tamaño natural, con su túnica de grandes pliegues y su calva de apóstol. Esta calva era, cosa curiosa, de color blanco, en oposición al resto del cuerpo, de las manos y de la cara -- ya que no se veía otra parte, excepto las puntas de los pies --, que era gris verdoso; el manto mostraba también aquí y allá manchas blancuzcas. ¿Por qué y de dónde aquel color? Una gaviota se erguía sobre la cabeza del santo, haciendo juego con otra, posada, unos metros más allá, sobre el penol de un mástil que debía tener algún fin patriótico.

tenía destino conocido alguno: ignoraba qué llegaría a ser y si llegaría a ser algo; ignoraba todo. Tenía alguna inclinación, pero no tenía dirección ni nada ni nadie que pudiera guiarme o ayudarme. Vivía porque estaba vivo y hacía lo posible -- mis órganos me empujaban a ello -- por mantenerme en ese estado, no por temor a la muerte sino por temor al sufrimiento. Y veía que a toda la gente le sucedía lo mismo, por lo menos a aquella gente con quien me rozaba: comer, beber, reir, vestirse, trabajar para ello y nada más. No era muy entretenido, pero no había más, por lo menos no se veía si había algo más. Me daba cuenta, sí, de que no era fácil, salvo algún accidente, morir, y que bastaba un pequeño esfuerzo, comer algo, abrigarse algo, respirar algo, para seguir viviendo algo. ¿Y quién no lo podía hacer? Lo hacía todo el mundo, unos más ampliamente o más miserablemente que otros, conservándose todos y gozando con ello. Existir era barato y el hombre era duro; en ocasiones, lamentablemente duro, y los más miserables parecían los más resistentes. Quizá si se mantendrían siempre y a pesar de todo, yo entre ellos.

Bajé las gradas de piedra de aquella escalera, pero despacio, sin apresurarme, como si en cada una de ellas mis pies encontraran algo especial, y llegué a la arena. Desde allí volví a mirar: a la derecha se levantaba, sobre una elevación rocosa, la estatua de un San Pedro de tamaño natural, con su túnica de grandes pliegues y su calva de apóstol. Esta calva era, cosa curiosa, de color blanco, en oposición al resto del cuerpo, de las manos y de la cara -- ya que no se veía otra parte, excepto las puntas de los pies --, que era gris verdoso; el manto mostraba también aquí y allá manchas blancuzcas. ¿Por qué y de dónde aquel color? Una gaviota se erguía sobre la cabeza del santo, haciendo juego con otra, posada, unos metros más allá, sobre el penol de un mástil que debía tener algún fin patriótico.

Seguí mirando: los dos hombres daban la impresión de que eran nacidos en aquella playa llena de cabezas de sierra, tripas de pescada, aletas de azulejos, trozos de tentáculos de jibia y tal cual esqueleto de pájaro marino, hedionda, además, a aceite de bacalao y decorada por graves alcatraces. No eran, sin embargo, pescadores, que era fácil reconocer por sus sombreros sin color y sin forma determinada, sus pies descalzos, sus inverosímiles chalecos -- siempre más grandes que cualesquiera otros y que nunca parecen ni son propios, como los de los tonys -- y sus números suéteres, no; sus vestimentas, por lo demás, no decían nada acerca de sus posibles oficios, ya que unas chaquetas verdosas y lustradas, con el forro y la entretela viéndose tanto por encima como por debajo, con unos bolsillos que más eran desgarraduras y unos pantalones con flecos y agujeros por todas partes, no podían dar indicios sobre sus sistemas de ganarse la vida. De una cosa, sin embargo, se podía estar seguro: sus rentas no llegarían a incomodarlos por lo copiosas.

Por su parte, también me miraron, uno primero, el otro después, una mirada de inspección, y el primero en hacerlo fué el que marchaba por el lado que daba hacia la calle y cuya mirada me traspasó como un estoque: mirada de gaviota salteadora, lanzada desde la superficie del ojo, no desde el cerebro, y estuve seguro de que mi imagen no llegó, en esa primera mirada, más allá de un milímetro de su sistema visual exterior. Era para él un simple reflejo luminoso, una sensación desprovista de cualquier significado subjetivo. No sacó nada de mí: me miró como el pájaro o el pez miran al pez o al pájaro, no como a algo igual sino sólo como a algo que se mueve, es decir, como a algo que también está vivo, que se alimenta de lo mismo que él se alimenta y que puede ser amigo o enemigo, pero que siempre es, hasta que no se demuestre lo contrario, un enemigo. Era quizá la mirada de los hombres

Seguí mirando: los dos hombres daban la impresión de que eran nacidos en aquella playa llena de cabezas de sierra, tripas de pescada, aletas de azulejos, trozos de tentáculos de jibia y tal cual esqueleto de pájaro marino, hedionda, además, a aceite de bacalao y decorada por graves alcatraces. No eran, sin embargo, pescadores, que era fácil reconocer por sus sombreros sin color y sin forma determinada, sus pies descalzos, sus inverosímiles chalecos -- siempre más grandes que cualesquiera otros y que nunca parecen ni son propios, como los de los tonys -- y sus numerosos suéteres, no; sus vestimentas, por lo demás, no decían nada acerca de sus posibles oficios, ya que unas chaquetas verdosas y lustradas, con el forro y la entretela viéndose tanto por encima como por debajo, con unos bolsillos que más eran desgarraduras y unos pantalones con flecos y agujeros por todas partes, no podían dar indicios sobre sus sistemas de ganarse la vida. De una cosa, sin embargo, se podía estar seguro: sus rentas no llegarían a incomodarlos por lo copiosas.

Por su parte, también me miraron, uno primero, el otro después, una mirada de inspección, y el primero en hacerlo fué el que marchaba por el lado que daba hacia la calle y cuya mirada me traspasó como un estoque: mirada de gaviota salteadora, lanzada desde la superficie del ojo, no desde el cerebro, y estuve seguro de que mi imagen no llegó, en esa primera mirada, más allá de un milímetro de su sistema visual exterior. Era para él un simple reflejo luminoso, una sensación desprovista de cualquier significado subjetivo. No sacó nada de mí: me miró como el pájaro o el pez miran al pez o al pájaro, no como a algo igual sino sólo como a algo que se mueve, es decir, como a algo que también está vivo, que se alimenta de lo mismo que él se alimenta y que puede ser amigo o enemigo, pero que siempre es, hasta que no se demuestre lo contrario, un enemigo. Era quizá la mirada de los hombres

de las alcantarillas, llena de luz, pero superficial, que sólo vé y siente la sangre, la fuerza, el ímpetu, el propósito inmediato. Desvió la mirada y pasó de largo y le tocó entonces al otro hombre mirarme, una mirada que fué la recompensa de la otra, porque éste sí, éste me miró como una persona debe mirar a otra, reconociéndola y apreciándola como tal desde el principio, una mirada también llena de luz, pero de una luz que venía desde más allá del simple ojo. Sonrió al mismo tiempo, una sonrisa que no se debía a nada, ya que por allí no se veía nada que pudiera hacer sonreír, tal vez una sonrisa que le sobraba y de las cuales tendría muchas. Una mirada me traspasó, la otra me reconoció. Seguí mirando: ¿qué miraban y qué recogían y qué guardaban y despreciaban? El oleaje era ininterrumpido y era así desde siglos atrás; pegaba con dureza sobre la arena, gruesa y lavada en la orilla, delgada y sucia cerca de la calle; no era limpia sino la que lavaba el oleaje; la demás no era lavada por nadie y nadie, por lo demás, parecía preocuparse de eso ni observarlo; lejos de las olas, la basura se amontonaba en la playa. El agua llegaba a veces hasta los pies de los hombres -- ¿para qué hablar de su calzado? --, que debían dar unos pasos hacia la calle para huir de ella, no por el temor de mojarse los zapatos sino por el de mojarse los pies.

Miré hacia la arena: algunos granos eran gruesos como arvejas, verdosos y amarillos. ¿Qué podía haber allí, que valiera la pena recoger? Uno de los hombres se inclinó y recogió algo que miró con atención, pero, sin duda, no era lo que esperaba, pues lo arrojó a un lado. Debió ser algo pequeño, tal vez del tamaño de aquellos granos de arena, ya que no ví en qué parte cayó; no hizo ruído ni advertí bulto alguno. Caminé unos pasos, no en la dirección que los hombres llevaban, para que no creyeran que los seguía, sino en dirección contraria, inclinando

de las alcantarillas, llena de luz, pero superficial, que sólo vé y siente la sangre, la fuerza, el ímpetu, el propósito inmediato. Desvió la mirada y pasó de largo y le tocó entonces al otro hombre mirarme, una mirada que fué la recompensa de la otra, porque éste sí, éste me miró como una persona debe mirar a otra, reconociéndola y apreciándola como tal desde el principio, una mirada también llena de luz, pero de una luz que venía desde más allá del simple ojo. Sonrió al mismo tiempo, una sonrisa que no se debía a nada, ya que por allí no se veía nada que pudiera hacer sonreír, tal vez una sonrisa que le sobraba y de las cuales tendría muchas. Una mirada me traspasó, la otra me reconoció. Seguí mirando: ¿qué miraban y qué recogían y qué guardaban o despreciaban? El oleaje era ininterrumpido y era así desde siglos atrás; pegaba con dureza sobre la arena, gruesa y lavada en la orilla, delgada y sucia cerca de la calle; no era limpia sino la que lavaba el oleaje; la demás no era lavada por nadie y nadie, por lo demás, parecía preocuparse de eso ni observarlo; lejos de las olas, la basura se amontonaba en la playa. El agua llegaba a veces hasta los pies de los hombres -- ¿para qué hablar de su calzado? --, que debían dar unos pasos hacia la calle para huir de ella, no por el temor de mojarse los zapatos sino por el de mojarse los pies.

Miré hacia la arena: algunos granos eran gruesos como arvejas, verdosos y amarillos. ¿Qué podía haber allí, que valiera la pena recoger? Uno de los hombres se inclinó y recogió algo que miró con atención, pero, sin duda, no era lo que esperaba, pues lo arrojó a un lado. Debió ser algo pequeño, tal vez del tamaño de aquellos granos de arena, ya que no ví en qué parte cayó; no hizo ruido ni advertí bulto alguno. Caminé unos pasos, no en la dirección que los hombres llevaban, para que no creyeran que los seguía, sino en dirección contraria, inclinando

la cabeza y mirando el suelo con atención: si allí había algo que se pudiera encontrar, lo encontraría. No encontré nada: arena húmeda, eso era todo. Pero aquellos individuos, a pesar de su aspecto, no tenían cara de locos y algo buscaban y algo recogían.

Me enderecé en el momento que giraban; alcanzaron a verme inclinado, pues me dieron una más larga mirada; sentí vergüenza y quedé inmóvil en el sitio. Avanzaron lentamente, como exploradores en un desierto, mirando siempre hacia el suelo, con tanta atención que pude observarles a mi gusto: uno de ellos, el de la mirada de pájaro, tenía una barba bastante crecida, de diez o más días, vergonzante ya, y se la veía dura, como de alambre, tan dura quizá como su cabello, del cual parecía ser una prolongación, más corta, pero no menos hirsuta; el pelo le cubría casi por completo las orejas y no encontrando ya por donde desbordarse decidía correrse por la cara, constituyendo así, sin duda en contra de las preferencias de aquel a quien pertenecía la cabeza, una barba que no lo haría feliz, pero de la cual no podía prescindir así como así. El hombre se acercaba y desvié la mirada: no quería encontrarme con sus ojos; a pesar mío, me encontré con ellos, no por casualidad sino porque su mirada era de tal modo penetrante que no pude resistir a la idea de que me miraba y lo miré a mi vez. De nuevo pareció traspasarme. "¿Qué quieres, quién eres, qué haces aquí?", pareció preguntar aquella mirada y agregar, como en voz baja y aparte: "¿Por qué no te vas, imbécil?", y pasó. El otro hombre no me miró; tal vez me había olvidado, no advertía que seguía allí o, sabiendo que estaba, no se preocupaba más de ello: era otro hombre más en la playa. Sentí, sin embargo, desilusión y vergüenza: esperaba otra sonrisa. No podía avanzar, ya que me habría metido al agua, ni moverme a lo largo de la playa, en dirección contraria o favorable a la que ellos llevaban, pues

la cabeza y mirando el suelo con atención: si allí había algo que se pudiera encontrar, lo encontraría. No encontré nada: arena húmeda, eso era todo. Pero aquellos individuos, a pesar de su aspecto, no tenían cara de locos y algo buscaban y algo recogían.

Me enderecé en el momento que giraban; alcanzaron a verme inclinado, pues me dieron una más larga mirada; sentí vergüenza y quedé inmóvil en el sitio. Avanzaron lentamente, como exploradores en un desierto, mirando siempre hacia el suelo, con tanta atención que pude observarles a mi gusto: uno de ellos, el de la mirada de pájaro, tenía una barba bastante crecida, de diez o más días, vergonzante ya, y se la veía dura, como de alambre, tan dura quizá como su cabello, del cual parecía ser una prolongación, más corta, pero no menos hirsuta; el pelo le cubría casi por completo las orejas y no encontrando ya por donde desbordarse decidía correrse por la cara, constituyendo así, sin duda en contra de las preferencias de aquel a quien pertenecía la cabeza, una barba que no lo haría feliz, pero de la cual no podía prescindir así como así. El hombre se acercaba y desvié la mirada: no quería encontrarme con sus ojos; a pesar mío, me encontré con ellos, no por casualidad sino porque su mirada era de tal modo penetrante que no pude resistir a la idea de que me miraba y lo miré a mi vez. De nuevo pareció traspasarme. "¿Qué quieres, quién eres, qué haces aquí?", pareció preguntar aquella mirada y agregar, como en voz baja y aparte: "¿Por qué no te vas, imbécil?", y pasó. El otro hombre no me miró; tal vez me había olvidado, no advertía que seguía allí o, sabiendo que estaba, no se preocupaba más de ello: era otro hombre más en la playa. Sentí, sin embargo, desilusión y vergüenza: esperaba otra sonrisa. No podía avanzar, ya que me habría metido al agua, ni moverme a lo largo de la playa, en dirección contraria o favorable a la que ellos llevaban, pues

eso habría sido hacer lo mismo que ellos; además, ¿para qué?; no me quedaba otro recurso que volver a subir las gradas y salir a la calle, pero ¿por qué irme? La playa era pública y los únicos que podían reclamar propiedad sobre ella eran los pescadores, que conversaban alrededor de los botes, abriendo con sus cortos cuchillos los vientres de los pescados, riendo algún chiste o callando durante largos ratos, sin hacer el menor caso de los dos hombres y de mí. Además, aentía, no sé por qué, que no debía irme: algo saldría de allí, no sabía qué, pero algo. Por otra parte, ¿a dónde ir?

Pero quedarme allí de pie e inmóvil era lo peor que podía hacer; debía moverme hacia algún lado, meterme al agua si era necesario. Los hombres se alejaron de nuevo y aproveché su alejamiento para echar nuevas miradas a la arena. ¿Qué demonios buscaban y qué diablos recogían? De pronto ví algo brillante, perdido a medias entre los húmedos y gruesos granos de arena; me incliné y lo recogí, examinándolo: era un trocillo de metal, de unos cinco centímetros de largo y unos tres de grueso, brillante y más bien liviano, liso por una de sus caras y áspero y opaco por las otras. ¿Qué podía ser? No tenía idea, pero no era oro ni plata, que no es difícil reconocer, ni tampoco plomo o niquel; cobre o bronce tal vez, pero elaborado. El trocillo parecía haber formado parte de otro trozo más grande o más largo, del que se hubiera desprendido violentamente, ya que mostraba unas esquirlas en las puntas. Lo apreté en una mano y esperé. Ya tenía algo.

Los hombres giraron en el extremo de la playa e iniciaron un nuevo viaje. Allí me quedé, apretando en el puño el trocillo de metal, vacilando sobre lo que debería hacer, si preguntar a los hombres qué buscaban, ofreciéndoles lo hallado si resultaba ser eso, o seguir buscando, juntar varios trozos y averiguar después con alguien, quizá si con algunos de los pescadores, qué era aquello y si tenía algún valor comercial. Claro es que el metal vale siempre algo, pero hay ocasiones en

eso habría sido hacer lo mismo que ellos; además, ¿para qué?; no me quedaba otro recurso que volver a subir las gradas y salir a la calle, pero ¿por qué irme? La playa era pública y los únicos que podían reclamar propiedad sobre ~~[illegible]~~ ella eran los pescadores, que conversaban alrededor de los botes, abriendo con sus cortos cuchillos los vientres de los pescados, riendo algún chiste o callando durante largos ratos, sin hacer el menor caso de los dos hombres y de mí. Además, sentía, no sé por qué, que no debía irme: algo saldría de allí, no sabía qué, pero algo. Por otra parte, ¿a dónde ir?

Pero quedarme allí de pie e inmóvil era lo peor que podía hacer; debía moverme hacia algún lado, meterme al agua si era necesario. Los hombres se alejaron de nuevo y aproveché su alejamiento para echar nuevas miradas a la arena. ¿Qué demonios buscaban y qué diablos recogían? De pronto ví algo brillante, perdido a medias entre los húmedos y gruesos granos de arena; me incliné y lo recogí, examinándolo: era un trocillo de metal, de unos cinco centímetros de largo y unos tres de grueso, brillante y más bien liviano, liso por una de sus caras y áspero y opaco por las otras. ¿Qué podía ser? No tenía idea, pero no era oro ni plata, que no es difícil reconocer, ni tampoco plomo o niquel; cobre o bronce tal vez, pero elaborado. El trocillo parecía haber formado parte de otro trozo más grande o más largo, del que se hubiera desprendido violentamente, ya que mostraba unas esquirlas en las puntas. Lo apreté en una mano y esperé. Ya tenía algo.

Los hombres giraron en el extremo de la playa e iniciaron un nuevo viaje. Allí me quedé, apretando en el puño el trocillo de metal, vacilando sobre lo que debería hacer, si preguntar a los hombres qué buscaban, ofreciéndoles lo hallado si resultaba ser eso, o seguir buscando, juntar varios trozos y averiguar después con alguien, quizá si con algunos de los pescadores, qué era aquello y si tenía algún valor comercial. Claro es que el metal vale siempre algo, pero hay ocasiones en

que no vale nada y una de esas es aquélla en que uno no sabe si tiene en la mano una pepa de oro o unos gramos de estaño. Cualquiera de los procedimientos era torpe, uno más que el otro, pero el recuerdo de la mirada de uno de los hombres me decidió; le hablaría a él. ¿Qué le diría? Se acercaba, estaba a unos pasos de mí, y entonces, sonriendo, me adelanté hacia él, extendí el brazo y abrí la mano en que tenía el trozo de metal. Pensé decir algo, por ejemplo: ¿es esto lo que buscaba?, pero ni un mal gruñido salió de entre mis labios; no hice más que el gesto. El hombre se detuvo y sonrió, pero en su sonrisa no se vió ahora la bondad que hubo en la primera, no; ésta tuvo algo de irónica, de una ironía muy suave, no tanto, sin embargo, que yo no la advirtiera y sintiera un atroz arrepentimiento y deseos de cerrar la mano y de huir o de arrojarle a la cara aquel maldito trozo de metal. Pero el hombre pareció darse cuenta de lo que me pasaba y cambió la expresión de su sonrisa. Tenía bigote negro y dientes muy blancos, alta frente. Era delgado y más bien alto, un poco agachado de espaldas.

--¿Encontró un pedazo? -- preguntó, entre sorprendido y alegre --. ¡Y qué grande!

Lo tomó y lo miró y luego se dió vuelta hacia el otro hombre, que no se detuvo sino que continuó su marcha, dejando conmigo a su compañero.

--Oye, Cristián -- dijo --; mira el pedazo que encontró el chiquillo.

El llamado Cristián no hizo el menor caso, como si nadie hubiera hablado allí una sola palabra; siguió avanzando por la playa, inclinada la cabeza. Mirándolo por detrás, a poca distancia, se veía en sus posaderas, y a punto de soltarse, unos parches oscuros, de un género que tenía un color diferente al de sus pantalones, que no tenían ya

que no vale nada y una de esas es aquélla en que uno no sabe si tiene en la mano una pepa de oro o unos gramos de estaño. Cualquiera de los procedimientos era torpe, uno más que el otro, pero el recuerdo de la mirada de uno de los hombres me decidió; le hablaría a él. ¿Qué le diría? Se acercaba, estaba a unos pasos de mí, y entonces, sonriendo, me adelanté hacia él, extendí el brazo y abrí la mano en que tenía el trozo de metal. Pensé decir algo, por ejemplo: ¿es esto lo que buscan?, pero ni un mal gruñido salió de entre mis labios; no hice más que el gesto. El hombre se detuvo y sonrió, pero en su sonrisa no se vió ahora la bondad que hubo en la primera, no; ésta tuvo algo de irónica, de una ironía muy suave, no tanto, sin embargo, que yo no la advirtiera y sintiera un atroz arrepentimiento y deseos de cerrar la mano y de huir o de arrojarle a la cara aquel maldito trozo de metal. Pero el hombre pareció darse cuenta de lo que me pasaba y cambió la expresión de su sonrisa. Tenía bigote negro y dientes muy blancos, alta frente. Era delgado y más bien alto, un poco agachado de espaldas.

--¿Encontró un pedazo? -- preguntó, entre sorprendido y alegre --. ¡Y qué grande!

Lo tomó y lo miró y luego se dió vuelta hacia el otro hombre, que no se detuvo sino que continuó su marcha, dejando conmigo a su compañero.

--Oye, Cristián -- dijo --; mira el pedazo que encontró el chiquillo.

El llamado Cristián no hizo el menor caso, como si nadie hubiera hablado allí una sola palabra; siguió avanzando por la playa, inclinada la cabeza. Mirándolo por detrás, a poca distancia, se veía en sus posaderas, y a punto de soltarse, unos parches oscuros, de un género que tenía un color diferente al de sus pantalones, que no tenían ya

ninguno identificable. El hombre me devolvió el trozo de metal, pero como no sabía qué hacer con él, ya que ignoraba para qué servía y qué utilidad podía sacarle, si es que alguna podía sacarse, le dije:

--Es para usted, ¿No es esto lo que buscan?

Me miró con extrañeza.

--¿No sabe lo que es esto?

--No. ¿Qué es?

Sonrió.

--Si no sabe lo que es, ¿por qué lo recogió?

Me encogí de hombros.

--No sé.

Sonrió de nuevo.

--¿Lo recogió porque. . . ?

Hizo un guiño de inteligencia y sentí que no podría mentirle.

--¿Lo persigue el león?

Me preguntaba si tenía hambre y si me sentía acorralado. Aquello era tan evidente que me pareció inútil contestarle.

Me dijo, volviendo a poner el trozo de metal en mi palma y cerrándome la mano:

--Es un metal y tiene valor; lo pagan bien.

Repuse:

--Sí, es un metal, pero ¿cuál?

Le tocó a él encogerse de hombros.

--No sé -- dijo, y sonrió de nuevo --. Pero ¿qué importa? Hay alguien que lo compra. Guárdelo y busque más. Después iremos a venderlo.

El otro hombre regresaba, caminando ahora con más lentitud, la cabeza siempre inclinada y echando miradas hacia donde estábamos. Me pareció que esperaba que al llegar junto a mí su compañero se desprendiera del intruso y él no tuviese que hablar conmigo. ¡Cristián! Sen-

ninguno identificable. Mi nombre me devolvió el trozo de metal, pero como no sabía qué hacer con él, ya que ignoraba para qué servía y qué utilidad podía acarrear, si es que alguna podía acarrear, le dije:

--Me para usted, ¿No es esto lo que buscan?

Me miró con extrañeza.

--¿No sabe lo que es esto?

--No. ¿Qué es?

Sonrió.

--Y no sabe lo que es, ¿por qué lo recogió?

Me encogí de hombros.

--No sé.

Sonrió de nuevo.

--¿Lo recogió porque . . ?

Hizo un gesto de inteligencia y sentí que no podría mentirle.

--¿Lo pensó el león?

Me preguntaba si tendría hambre y si me sentía acorralado. Aquello era tan evidente que me pareció inútil contestarle.

Me dijo, volviendo a poner el trozo de metal en mi palma y cerrándome la mano:

--Es un metal y tiene valor; lo pagan bien.

Repuse:

--Sí, es un metal, pero ¿cuál?

Le tocó a él encogerse de hombros.

--No sé -- dijo, y sonrió de nuevo --. Pero ¿qué importa? Hay algunos que lo compran. Guárdelo y bueno más. Después iremos a venderlo.

Mi otro hombre regresaba, caminando ahora con más lentitud. La cabeza siempre inclinada y cobrando miradas hacia donde estábamos. No pareció que esperaba que al llegar junto a mí su compañero se desprendiera del instinto y él no tuviese que hablar conmigo. ¡Cristián! Sen-

tía un poco de molestia hacia él y encontraba, ignoro por qué, que aquel nombre era muy poco apropiado para un individuo como él, rotoso y sucio. Yo no andaba mucho más intacto ni mucho más limpio, pero mi nombre era más modesto. Se me ocurría que para llamarse Cristián era necesario andar siempre bien vestido y no tener hambre. Llegó junto a nosotros y miró como de reojo, como suelen mirar los perros que se disponen a comer la presa que les ha costado tanto conseguir. ¿Todavía estás aquí, idiota? Su compañero se le reunió y reanudaron la marcha, no sin que el mismo hombre de la sonrisa me dijera, dirigiéndome otra, bondadosa otra vez:

--Siga buscando: con tres o cuatro pedazos como ese se puede asegurar el día.

Era, pues, un modo de ganarse el pan el buscar y encontrar trozos de metal en aquella playa. ¿Quién podía interesarse por ello? Vaya uno a saber: hay gente que se interesa por cosas tan raras, que compra, vende, cambia, negocios tan oscuros, combinaciones comerciales tan enredadas, industrias tan inquietantes. ¿Y qué importaba ésto o aquéllo si alguien lo necesitaba y alguien lo compraba? Aquel hombre no había mentido. Además, ¿qué se podía hallar allí, fuera de trozos de metal o de madera? Me incliné y empecé a buscar de nuevo.

Encontré otros pedazos, unos más pequeños, otros más grandes y los examiné con cuidado, como si en cualquiera de ellos fuese a encontrar el misterio de su identidad y de su destino: ¿qué eres?, ¿para qué sirves? El hombre de la sonrisa me miraba cada vez que nos cruzábamos y me hacía un gesto que significaba: ¿qué tal? Le mostraba la mano, llena ya de trozos que se me incrustaban en la palma, y él me contestaba con un gesto como de admiración. Al filo del mediodía tenía ya bastantes y como no me cupieran en la mano los fuí metiendo en un bolsillo. Terminé por cansarme, sin embargo, y acercándome a la escalera

tía un poco de molestia hacia él y encontraba, ignoro por qué, que aquel nombre era muy poco apropiado para un individuo como él, roto- so y sucio. Yo no andaba mucho más intacto ni mucho más limpio, pero mi nombre era más modesto. Se me ocurría que para llamarse Cristián era necesario andar siempre bien vestido y no tener hambre. Elegí jun- to a nosotros y miré como de reojo, como aquien mira los perros que se disponen a comer la presa que les ha costado tanto conseguir. ¿To- davía estás aquí, idiota? Su compañero se le reunió y reanudaron la marcha, no sin que el nombre de la sonrisa me dijera, dirigiéndome otra, bondadosa otra vez:

--Sigo buscando: con tres o cuatro pedazos como ese se puede pasar el día.

Era, pues, un modo de ganarse el pan el buscar y encontrar tro- zos de metal en aquella playa. ¿Quién podía interesarse por ello? Vaya uno a saber: hay gente que se interesa por cosas tan raras, que com- pra, vende, cambia, negocia tan oscuros, combinaciones comerciales tan enredadas, industrias tan inquietantes. ¿Y qué importaba ésto o aquí- llo si alguien lo necesitaba y alguien lo compraba? Aquel hombre no podía mentido. Además, ¿qué se podía hallar allí, fuera de trozos de metal o de madera? Me incliné y empecé a buscar de nuevo.

Encontré otros pedazos, unos más pequeños, otros más grandes y los examiné con cuidado, como si en cualquiera de ellos fuese a encontrar el misterio de su identidad y de su destino: ¿qué eres?, ¿para qué sirves? El hombre de la sonrisa me miraba cada vez que nos cruzábamos y me hacía un gesto que significaba: ¿qué tal? Le mostraba la mano, llena ya de trozos que se me incrustaban en la palma, y él me contes- taba con un gesto como de admiración. Al fin del mediodía tenía ya bastantes y como no me cupieran en la mano los fuí metiendo en un bol- sillo. Terminé por cansarme, sin embargo, y acercándome a la escalera

me senté en una de las gradas, desde donde continué mirando a los hombres, que seguían sus viajes a lo largo de la playa. Los pescadores se retiraron, subiendo unos al cerro, para lo cual debieron pasar al lado mío, por la escalera, llevando colgados de las manos azulencos y gordos pescados, y metiéndose otros en las casuchas que se alzaban en la orilla de la caleta.

Era mi primer día de libertad y tenía hambre, bastante hambre; mi única esperanza eran los trozos de metal. ¿Valdrían, en efecto, algo? ¿Tendría alguien interés por ellos? ¿No habría sido una broma el decirme que alguien los compraba? Y si era cierto, ¿cuánto me darían por ellos: ¿Me alcanzaría para todo, es decir, para comer y dormir? Sentí un terrible ímpetu de alegría ante la idea de que ello fuese así y por unos segundos hube de dominarme para no saltar a la arena y ejecutar allí algún baile sin sentido. No. Mi pulmón no estaba bueno y aunque en toda la mañana no hubiese tosido ni espectorado esos gruesos desgarros que mostraban a veces estrías de sangre, nada me decía que ya estuviese libre de ellos. Si no era cierto, ¿qué haría? Oh, ¿hasta cuándo estaré condenado a preocuparme tanto de la necesidad de comer y de dormir? El mar estaba ahora muy azul, brillantemente azul y muy solitario; ni botes, ni barcos; sólo pájaros; por la calle apenas si pasaba alguien; el cielo, luminoso, con el sol en lo alto. Era un instante de reposo. Hacía un poco de calor y empecé a sentir que la piel me picaba aquí y allá. Necesitaría, pronto, un baño, frío, es claro, en el mar. ¿En qué otra parte? Pero, ¿y el pulmón? Todas eran dificultades. Por el momento, sin embargo, no debía moverme de allí: mi porvenir inmediato estaba en manos del hombre de la sonrisa, del bigote negro y de los dientes blancos; él sabía todo, quién compraba, dónde vivía el comprador y cuánto pagaba; sabía tam-

me senté en una de las gradas, desde donde contigué mirando a los hombres, que seguían sus viajes a lo largo de la playa. Los pescadores se retiraron, subiendo unos al cerro, para lo cual debieron pasar al lado mío, por la escalera, llevando colgados de las manos aquellenos y gordos pescados, y metiéndose otros en las casuchas que se alzaban en la orilla de la caleta.

Era mi primer día de libertad y tenía hambre, bastante hambre; mi única esperanza eran los trozos de metal. ¿Valdrían, en efecto, algo? ¿Tendría alguien interés por ellos? ¿No habría sido una broma el decirme que alguien los compraba? Y si era cierto, ¿cuánto me darían por ellos: ¿Me alcanzaría para todo, es decir, para comer y dormir? Sentí un terrible impetu de alejarla ante la idea de que ello fuese así y por unos segundos dude de dominarme para no saltar a la arena y ejecutar allí algún baile sin sentido. No. Mi pulmón no estaba bueno y aunque en toda la mañana no hubiese tosido ni expectorado esos gruesos desgarros que mostraban a veces estrías de sangre, nada me decía que ya estuviese libre de ello. ¿Y no era cierto, ¿que hacer? Oh, ¿hasta cuándo estaré condenado a preocuparme tanto de la necesidad de comer y de dormir? El mar estaba ahora muy azul, brillantemente azul y muy solitario; ni botes, ni barcos; solo pájaros; por la calle apenas si pasaba alguien; el cielo, luminoso, con el sol en lo alto. Era un instante de reposo. Hacía un poco de calor y empecé a sentir que la piel me picaba aquí y allá. Necesitaría, pronto, un baño, frío, es claro, en el mar. ¿En qué otra parte? Pero, ¿y el pulmón? Todas eran dificultades. Por el momento, sin embargo, no debía moverme de allí: mi porvenir inmediato estaba en manos del hombre de la bonita, del bigote negro y de los dientes blancos; el sabía todo, quién compraba, dónde vivía el comprador y cuánto pagaba; sabía tam-

bién que yo tenía hambre, y era cierto: tenía hambre; había caminado mucho a lo largo y a lo ancho de la playa, inclinándome y enderezándome, mirando, hurgando, quitándole el cuerpo a las olas. A esa hora, además, si estuviese todavía en la cárcel, ya habría comido; allí se almuerza temprano; es necesario ser ordenado, un preso ordenado, orden y libertad, orden y progreso, disciplina y trabajo, acuéstese temprano, levántese temprano, ocho horas de trabajo, ocho horas de entretenimiento, ocho horas de descanso y nada más; no hay más horas, por suerte. Recordaba, a veces, aquel trozo de pescado frito que comiera poco antes de que me tomaran preso, no porque fuese un pescado exquisito -- no lo era, ¿para qué me iba a engañar a mí mismo? -- sino porque su recuerdo me traía una sensación de libertad, de una libertad pobre y hambrienta, intranquila, además, pero mucho mejor, en todo caso, que una prisión con orden, gendarmes y porotos con botones y trozos de arpillera; sí, recordaba aquel pescado y me habría comido en ese mismo instante un trozo parecido. Alguna vez tendría una moneda -- de veinte centavos, nada más, no es mucho -- y nada ni nadie me detendría.

Los hombres decidieron, por fin, terminar su trabajo y se detuvieron en un extremo de la caleta; los miré: por su parte me miraron y hablaron, sacando después de sus bolsillos, de algún resto de bolsillo en que aún podían guardar algo, el producto de su búsqueda y lo examinaron, sopesándolo y avaluándolo; me miraron de nuevo y de nuevo hablaron, echando después a andar hacia la escalera en que me hallaba sentado y que era el único lugar por donde se podía salir de la caleta. Los miré acercarse y a medida que se aproximaban fuí sintiendo la sensación de que entraban en mi vida y de que yo entraba en las suyas, ¿cómo?, no lo sabía, de cualquier modo; estaba solo, enfermo y

bién que yo tenía hambre, y era cierto: tenía hambre; había caminado mucho a lo largo y a lo ancho de la playa, inclinándome y enderezándome, mirando, hurgando, quitándole el cuerpo a las olas. A esa hora, además, si estuviese todavía en la cárcel, ya habría comido; allí se almuerza temprano; es necesario ser ordenado, un preso ordenado, orden y libertad, orden y progreso, disciplina y trabajo, acuéstase temprano, levántase temprano, ocho horas de trabajo, ocho horas de entretenimiento, ocho horas de descanso y nada más; no hay más horas, por suerte. Recordaba, a veces, aquel trozo de pescado frito que comiera poco antes de que me tomaran preso, no porque fuese un pescado exquisito -- no lo era, ¿para qué me iba a engañar a mí mismo? -- sino porque su recuerdo me traía una sensación de libertad, de una libertad pobre y hambrienta, intranquila, además, pero mucho mejor, en todo caso, que una prisión con orden, gendarmes y porotos con botones y trozos de arpillera; sí, recordaba aquel pescado y me habría comido en ese mismo instante un trozo parecido. Alguna vez tendría una moneda -- de veinte centavos, nada más, no es mucho -- y nada ni nadie me detendría.

Los hombres decidieron, por fin, terminar su trabajo y se detuvieron en un extremo de la caleta; los miré: por su parte me miraron y hablaron, sacando después de sus bolsillos, de algún resto de bolsillo en que aún podían guardar algo, el producto de su búsqueda y lo examinaron, sopesándolo y avaluándolo; me miraron de nuevo y de nuevo hablaron, echando después a andar hacia la escalera en que me hallaba sentado y que era el único lugar por donde se podía salir de la caleta. Los miré acercarse y a medida que se aproximaban fuí sintiendo la sensación de que entraban en mi vida y de que yo entraba en las suyas, ¿cómo?, no lo sabía, de cualquier modo; estaba solo, enfermo y

hambriento y no podía elegir; fuera de ellos no había allí más que el mar, azul y frío. Se dirigían frases sueltas y ví que el hombre de la sonrisa, que venía delante, caminando con desenvoltura, sonreía cordialmente, quizá con ternura, y dándose vuelta, al hombre de la barba crecida, que en contestación no sonreía ni hablaba y que, al parecer, no sonreiría jamás a nadie. Inclinaba la cabeza y andaba. Se detuvieron frente a la escala y el hombre delgado dijo:

--¿Cómo le fué?

Saqué mis trozos de metal y los mostré. Se agachó a mirarlos.

--Muy bien -- comentó --. Creo que se ha ganado el almuerzo y le sobrará dinero para los vicios, si es que los tiene. No está mal para ser la primera vez. ¿No es cierto?

Era cierto. El hombre de la mirada de gaviota miró mi mano y dijo:

--Sí, claro.

Su voz era huraña, disconforme, un graznido, y después de esas dos palabras lanzó un profundo carraspeo: una verdadera gaviota salteadora.

--Vamos -- agregó el hombre de la sonrisa --. Ya va siendo hora de almorzar y hay que llegar hasta cerca del puerto; andando.

Me levanté también, sin saber para qué y ya en pie no supe qué hacer ni qué decir. Le miré.

--Sí -- dijo, contestando a mi desesperada pregunta --; vamos.

No sé qué hubiera hecho si no me hubiese dirigido aquella invitación.

Subimos las gradas y salimos a la calle. Circulaban tranvías, carretones, caballos cargados con mercaderías y uno que otro viandante. El mar continuaba solitario; el cielo, limpio.

hambriento y no podía elegir; fuera de ellos no había allí más que el mar, azul y frío. Se dirigían frases sueltas y ví que el hombre de la sonrisa, que venía delante, caminando con desenvoltura, sonreía cordialmente, quizá con ternura, y dándose vuelta, al hombre de la barba crecida, que en contestación no sonreía ni hablaba y que, al parecer, no sonreiría jamás a nadie. Inclinaba la cabeza y andaba. Se detuvieron frente a la escala y el hombre delgado dijo:

--¿Cómo le fué?

Saqué mis trozos de metal y los mostré. Se agachó a mirarlos.

--Muy bien -- comentó --. Creo que se ha ganado el almuerzo y le sobrará dinero para los vicios, si es que los tiene. No está mal para ser la primera vez. ¿No es cierto?

Era cierto. El hombre de la mirada de gaviota miró mi mano y dijo:

--Sí, claro.

Su voz era huraña, disconforme, un graznido, y después de esas dos palabras lanzó un profundo carraspeo: una verdadera gaviota salteadora.

--Vamos -- agregó el hombre de la sonrisa --. Ya va siendo hora de almorzar y hay que llegar hasta cerca del puerto; andando.

Me levanté también, sin saber para qué y ya en pie no supe qué hacer ni qué decir. Le miré.

--Sí -- dijo, contestando a mi desesperada pregunta --; vamos.

No sé qué hubiera hecho si no me hubiese dirigido aquella invitación.

Subimos las gradas y salimos a la calle. Circulaban tranvías, carretones, caballos cargados con mercaderías y uno que otro viandante. El mar continuaba solitario; el cielo, limpio.

V

--Es español y en su juventud fué obrero y anarquista -- contó el hombre de la sonrisa --; seguía siéndolo cuando llegó a Chile. Me lo presentó un amigo, anarquista tembién, en una playa en que pintábamos unos chalets y a donde él fue a pasar unos días. José se llama, don Pepe. Aquella vez, después de comer y tomar unas copas, empezó a cantar y a bailar jotas; después se puso dramático y quería destrozar cuanto encontraba: destruir es crear, decía; es un refrán anarquista. Lo encontré aquí y me dijo que fuese a verlo. Fuí: ha juntado dinero, lo juntó, mejor dicho, y se ha establecido con un boliche, un cambalache: compra y vende de todo, especialmente cosas de metal, herramientas, cañerías, llaves, pedazos de fierro, de plomo, de bronce; pero es un comerciante raro: de repente le entra la morriña, como él dice, y cierra el cambalache y se va a vagar. El encontró en la caleta el primer pedazo de metal; no ha dicho de qué se trata y creo que no lo sabe. Me dijo:

--Oye: a tí no te gusta mucho el trabajo.

--No, don Pepe, no me gusta nada. Para qué lo voy a negar.

Eso le contesté y me dijo:

--Me alegra que no lo niegues: te encuentro toda la razón: el trabajo es una esclavitud.

--Algunos dicen que es una virtud que jode la salud. Pero no es

V

--Es español y en su juventud fué obrero y anarquista -- contó el hombre de la sonrisa --; seguía siéndolo cuando llegó a Chile. Me lo presentó un amigo, anarquista también, en una playa en que pintábamos unos chalets y a donde él fue a pasar unos días. José se llama, don Pepe. Aquella vez, después de comer y tomar unas copas, empezó a cantar y a bailar jotas; después se puso dramático y quería destrozar cuanto encontraba: destruir es crear, decía; es un refrán anarquista. Lo encontré aquí y me dijo que fuese a verlo. Fuí: ha juntado dinero, lo juntó, mejor dicho, y se ha establecido con un boliche, un cambalache: compra y vende de todo, especialmente cosas de metal, herramientas, cañerías, llaves, pedazos de fierro, de plomo, de bronce; pero es un comerciante raro: de repente le entra la morriña, como él dice, y cierra el cambalache y se va a vagar. El encontró en la caleta el primer pedazo de metal; no ha dicho de qué se trata y creo que no lo sabe. Me dijo:

--Oye: a tí no te gusta mucho el trabajo.

--No, don Pepe, no me gusta nada. Para qué lo voy a negar.

Eso le contesté y me dijo:

--Me alegra que no lo niegues: te encuentro toda la razón: el trabajo es una esclavitud.

--Algunos dicen que es una virtud que jode la salud. Pero no es

porque yo sea un flojo, nada de eso; es porque soy un hombre delicado; mis músculos y mis nervios son los de un hombre nacido para millonario. A pesar de eso, debo ganarme la vida pintando y enmasillando techos, puertas, ventanas, murallas: anda para allá con la escalera, ven para acá con la escalera, aceita estos postigos, revuelve la pintura, echa el aguarrás, ¿dónde está la tiza?, ya se perdió la lienza, esto va al temple, aquello al óleo, lo demás a la cal, aquí está el albayalde, da el mejor blanco, pero es un veneno, puro plomo, se te mete en los pulmones, en el corazón, en la panza; andas siempre pintado, como un mono, chorreado de arriba a abajo; y en el invierno, en lo alto de la escalera, con el tarro lleno de pintura en una mano y la brocha en la otra, en plena calle, la escarcha goteando de los tejados, las manos duras y las narices chorreando engrudo claro, para qué le cuento más. . . Entonces me dijo:

--Mira: aquí tiene esto y parece que hay mucho más. Recógelo y tráemelo: el mar lo arroja a la playa en la caleta de El Membrillo. No tienes más que agacharte a recogerlo y te ganas los porotos.

Me presentó un trozo de metal.

--¿Y qué es?

--¿Qué te importa? Ni yo lo sé, pero ha de valer algo.

--¿De dónde sale?

--Vete a saber. . . No creo que bajo el mar haya una planta elaboradora de metales, pero de alguna parte sale, de algún barco hundido en la bahía y ya cuarteándose y dejando caer todo. Las olas lo traen a la orilla, no sé cómo ni por qué, o puede estar saliendo de ese basural que hay más allá de El Membrillo. Búscalo. Te lo pago bien. Alguien lo pedirá algún día.

--Es cierto: ¿qué importa? No me atreví a preguntarle cuánto me

porque yo sea un flojo, nada de eso; es porque soy un hombre delicado; mis músculos y mis nervios son los de un hombre nacido para millonario. A pesar de eso, debo ganarme la vida pintando y enmasillando techos, puertas, ventanas, murallas: anda para allá con la escalera, ven para acá con la escalera, aceita estos postigos, revuelve la pintura, echa el aguarrás, ¿dónde está la tiza?, ya se perdió la lienza, esto va al temple, aquello al óleo, lo demás a la cal, aquí está el albayalde, da el mejor blanco, pero es un veneno, puro plomo, se te mete en los pulmones, en el corazón, en la panza; andas siempre pintado, como un mono, chorreado de arriba a abajo; y en el invierno, en lo alto de la escalera, con el tarro lleno de pintura en una mano y la brocha en la otra, en plena calle, la escarcha goteando de los tejados, las manos duras y las narices chorreando engrudo claro, para qué le cuento más. . . Entonces me dijo:

--Mira: aquí tiene esto y parece que hay mucho más. Recógelo y tráemelo: el mar lo arroja a la playa en la caleta de El Membrillo. No tienes más que agacharte a recogerlo y te ganas los porotos.

Me presentó un trozo de metal.

--¿Y qué es?

--¿Qué te importa? Ni yo lo sé, pero ha de valer algo.

--¿De dónde sale?

--Vete a saber. . . No creo que bajo el mar haya una planta elaboradora de metales, pero de alguna parte sale, de algún barco hundido en la bahía y ya cuarteándose y dejando caer todo. Las olas lo traen a la orilla, no sé cómo ni por qué, o puede estar saliendo de ese basural que hay más allá de El Membrillo. Búscalo. Te lo pago bien. Alguien lo pedirá algún día.

--Es cierto: ¿qué importa? No me atreví a preguntarle cuánto me

pagaría, pero él calculó bien, como todo capitalista, y me lo paga de modo que siempre, por un día de trabajo, me sale un día de comida, de dormida y de lo demás, miserable[redacted], es cierto, como en todos los oficios, pero me proporciona lo que necesito y no piendo trabajar hasta que no esté absolutamente convencido de que las olas no traerán ni un solo gramo más a la playa. El mar es grande y profunda la bahía de Valparaíso. ¡Cuántos barcos están enterrados ahí, con millones de pesos en mercaderías y materiales! ¡Puchas. . . ! Si todos estuviesen llenos de ese metal. . . Podríamos vivir unos miles de años sin trabajar. . . ¡Qué te parece, Cristián!

Cristián no contestó: fumaba una colilla y parecía mirar, entornados los párpados, sus estiradas piernas, sus tobillos desnudos y las puntas de sus destrozados zapatos. Su actitud, sin embargo, demostraba que no le parecía mal la perspectiva de vivir unos miles de años sin trabajar o trabajando moderada e independientemente. ¿Por qué y para qué apurarse si el hombre necesita tan poco para vivir y si cuando muera será indiferente que tenga, en el bolsillo o en otro lugar, mil pesos más o mil pesos menos?

--Sí: te parece bien. Es en lo único que nos parecemos, Cristián: en nuestro escaso amor al trabajo, tú porque nunca has trabajado y yo porque tal vez he trabajado demasiado, aunque esa no sea la expresión exacta: no es escaso amor, es prudente amor. No me haré rico sacando gramos de metal de entre las arenas de la caleta de El Membrillo y ya no me haré rico de ningún modo. Puedo ganar más trabajando como pintor, pero no es mucho y apenas si me alcanza, muy a lo lejos, para comprarme un par de pantalones y una chaqueta, todo usado, y comer un poco más. Termino la temporada rabioso y agotado: hay que soportar al patrón, al maestro y al contratista, sin contar al aprendiz, que tiene

pesaría, pero él calculó bien, como todo capitalista, y me lo pega de modo que siempre, por un día de trabajo, me sale un día de comida, de dormida y de lo demás, misericordia, es cierto, como en todos los oficios, pero me proporciona lo que necesito y no pienso trabajar más- ta que no esté absolutamente convencido de que las olas no traerán ni un solo grano más a la playa. El mar es grande y profunda la bahía de Valparaíso. ¡Cuántos barcos están enterrados ahí, con millones de pe- sos en mercaderías y materiales! ¡Pruebas. . . ! Si todos estuvieran llenos de ese metal. . . Podríamos vivir unos miles de años sin tra- bajar. . . ¡Qué te parece, Cristián!

Cristián no contestó. Tumbe una colilla y pareció mirar, entor- nados los párpados, sus estiradas piernas, sus tobillos desnudos y las puntas de sus destrozados zapatos. Su actitud, sin embargo, demostra- ba que no le parecía mal la perspectiva de vivir unos miles de años sin trabajar o trabajando moderada e independientemente. ¿Por qué y para qué apurarse si el hombre necesita tan poco para vivir y si cuando muera será indiferente que tenga, en el bolsillo o en otro lugar, mil pesos más o mil pesos menos?

--Sí: te parece bien. Es en lo único que nos parecemos, Cristián: en nuestro escaso amor al trabajo, tú porque nunca has trabajado y yo porque tal vez he trabajado demasiado, aunque ese no es la expresión exacta: no es escaso amor, es prudente amor. No me hará rico buscando armas de metal de entre las arenas de la caleta de El Membrillo y ya no me haré rico de ningún modo. Pueda ganar más trabajando como pin- tor, pero no es mucho y apenas si me alcanza, muy a lo lejos, para com- prarme un par de pantalones y una chaqueta, todo nuevo, y comer un poco más. Termino la temporada rabioso y agotado: hay que soportar al patrón, al maestro y al contratista, sin contar el aprendiz, que tiene

que soportarnos a todos. Total: tres meses de primavera y tres de verano. ¡Qué poco dura el buen tiempo! Bueno, para trabajar, demasiado. Y usted, por lo que veo, también es pintor. ¿De dónde sacó esas manchas?

--Trabajé con el maestro Emilio.

--¿Emilio Daza?

--Sí, creo que ese es su apellido.

--Lo conozco: aficionado a la literatura, cosa rara, porque los pintores somos más bien aficionados al bel canto, es decir, a la música, a la ópera, mejor dicho, sobre todo a Tosca y Boheme, donde salen pintores. Sí, Emilio Daza, buen muchacho; se casó y tiene un montón de hijos. Escribe prosas rimadas; no le alcanza para más.

Se calló de pronto y quedó pensativo, como escuchando algo que le interesara más que todo aquello de que hablaba.

--Se acabó la cuerda -- rezongó Cristián.

Alfonso Echeverría sonrió con serenidad, casi con displicencia, y se encogió de hombros. Parecía que de pronto todo había perdido interés para él.

Estábamos sentados alrededor de la mesa en que habíamos almorzado y bebido, entre los tres, una botella de vino suelto. Al abandonar la caleta de El Membrillo, Alfonso Echeverría, muy serio, se detuvo y dijo, tomándome de un brazo y deteniendo con un gesto los pasos de su compañero:

--Sospecho que no será esta la primera ni la última vez que nos veamos y estemos juntos; peor aun, creo que terminaremos siendo amigos y quizá si compañeros. En ese caso, y salvo opinión en contrario, debemos presentarnos . No me gusta estar ni conversar con gente cuyos nombres ignoro y que ignoran también el mío. Es una costumbre burguesa, tal vez, pero no he podido desprenderme de ella.

Me tendió su mano, que estreché, y agregó:

que soportamos a todos. Total: tres meses de primavera y tres de verano. ¡Qué poco dura el buen tiempo! Bueno, pero trabajar, demasiado. Y usted, por lo que veo, también es pintor. ¿De dónde sacó esa manchas?

--¿Trabajé con el maestro Emilio.

--¿Emilio Daza?

--Sí, creo que ese es su apellido.

--Lo conozco: aficionado a la literatura, como ésta, porque los pintores somos más bien aficionados al bel canto, es decir, a la música, a la ópera, mejor dicho, sobre todo a Tosca y Bohème, donde salen pintores. Sí, Emilio Daza, buen muchacho; se casó y tiene un montón de hijos. Escribe prosas rimadas; no le alcanza para más.

Se calló de pronto y quedó pensativo, como escudriñando algo que le interesara más que todo aquello de que hablaba.

--Se acabó la cuerda -- razonó Cristián.

Alfonso Echeverría sonrió con serenidad, casi con diplicencia, y se encogió de hombros. Parecía que de pronto todo hacía perdido interés para él.

Retiramos sentados alrededor de la mesa en que habíamos almorzado y bebido, entre los tres, una botella de vino suelto. Al abandonar la calleta de El Membrillo, Alfonso Echeverría, muy serio, se detuvo y dijo, tomándome de un brazo y deteniendo con un gesto los pasos de mi compañero:

--Supongo que no será esta la primera ni la última vez que nos veamos y saludemos juntos; pero aun, creo que terminaremos siendo amigos y quizá el compañero. En ese caso, y salvo opinión en contrario, debemos presentarnos. No me gusta estar ni conversar con gente muy nombres ignoro y que ignoran también el mío. Es una costumbre burguesa, tal vez, pero no he podido desprenderme de ella.

Me tendió su mano, que estreché, y agregó:

--Alfonso Echeverría, para servirle.

Se dió vuelta hacia su compañero, que lo miraba con curiosidad, y lo presentó:

--Cristián Ardiles.

Tendí la mano hacia el hombre, quien también me tendió la suya, sin que ninguno de los dos dijéramos una palabra. Su apretón fué frío, como si no tuviera ningún entusiasmo en darlo o como si el darlo fuese un acto desusado para él. Alfonso Echeverría agregó:

--Ya que nos hemos presentado como caballeros, aunque sólo seamos unos pobres rotosos -- espero que sólo temporalmente --, debo decirle que tengo un apodo; como es mío, puedo decirlo. Cristián le dirá alguna vez el suyo, si le da la gana, y usted, si es que tiene alguno, lo dirá cuando se le ocurra. El apodo es asunto privado, no público, y puede callarse o decirse, como uno quiera. No somos policías, que siempre quieren saber el apodo de todo el mundo. A mí me llaman El Filósofo, no porque lo sea sino porque a veces me bajan unos terribles deseos de hablar: siento como un hormigueo en los labios y unos como calambres en los músculos de las mandíbulas y de la boca, y entonces, para que pase todo, no tengo más remedio que hablar, y hablo, y usted sabe: la gente cree que el hombre que habla mucho es inteligente; es un error, pero la gente vive de errores; y como siempre hablo de lo mismo, del hombre y de su suerte, me llaman El Filósofo.

Señaló a su compañero:

--Con Cristián hablamos poco, es decir, él habla poco; me soporta. Es muy ignorante y no tiene más que dos temas sobre los cuales puede hablar unos minutos: la policía y el robo.

Cristián, on la cabeza gacha, caminaba. El Filósofo añadió:

--No se extrañe de que no se enoje. Sabe que soy un animal superior

--Alfonso Echeverría, para servirle.

Se dió vuelta hacia su compañero, que lo miraba con curiosidad, y lo presentó:

--Cristián Ardiles.

Tendí la mano hacia el hombre, quien también me tendió la suya, sin que ninguno de los dos dijéramos una palabra. Su apretón fué frío, como si no tuviera ningún entusiasmo en darle o como si el darlo fuese un acto desusado para él. Alfonso Echeverría agregó:

--Ya que nos hemos presentado como caballeros, aunque sólo seamos unos pobres rotosos -- espero que sólo temporalmente --, debo decirle que tengo un apodo; como es mío, puedo decirlo. Cristián le dirá alguna vez el suyo, si le da la gana, y usted, si es que tiene alguno, lo dirá cuando se le ocurra. El apodo es asunto privado, no público, y puede callarse o decirse, como uno quiera. No somos policías, que siempre quieren saber el apodo de todo el mundo. A mí me llaman El Filósofo, no porque lo sea sino porque a veces me bajan unos terribles deseos de hablar: siento como un hormigueo en los labios y unos como calambres en los músculos de las mandíbulas y de la boca, y entonces, para que pase todo, no tengo más remedio que hablar, y hablo, y usted sabe: la gente cree que el hombre que habla mucho es inteligente; es un error, pero la gente vive de errores; y como siempre hablo de lo mismo, del hombre y de su suerte, me llaman El Filósofo.

Señaló a su compañero:

--Con Cristián hablamos poco, es decir, él habla poco; me soporta. Es muy ignorante y no tiene más que dos temas sobre los cuales puede hablar unos minutos: la policía y el robo.

Cristián, con la cabeza gacha, caminaba. El Filósofo añadió:

--No se extrañe de que no se enoje. Sabe que soy un animal superior

y me respeta, no porque yo sea más fuerte que él -- podría tumbarme de un soplo-- sino porque puedo hablar durante horas enteras sobre asuntos que él apenas entiende o que no entiende en absoluto. Me escucha, me soporta, como le dije, aunque tal vez no le interese lo que digo y ni siquiera, a veces, me escuche. Nos ha costado mucho llegar a ser amigos, pero lo hemos conseguido. El necesita comer y yo también. El es un desterrado de la sociedad; yo, un indiferente. A veces reñimos y casi nos vamos a las manos, pero de ahí no pasamos.

Golpeó cariñosamente un hombro de Cristián y prosiguió:

--La comida, no cualquier comida, como el pasto, por ejemplo, o la cebada, que hacen las delicias de los animales, sino la comida caliente -- permítame escupir, se me hace agua la boca --, sí, la comida caliente, reune a muchas personas. Hay mucha gente que cree estar unida a otra por los lazos del amor maternal o filial o fraternal: pamplinas: están unidas por la comida, por el buche. Los animales no se reunen para comer y beber, salvo, claro está, algunas veces, los domésticos; los salvajes, jamás. Los seres humanos, sí, y cuanto más domésticos, más. ¡Comer caliente! Vea usted los caballos: no tienen problemas metafísicos y casi les da lo mismo estar a la intemperie que bajo techo o bajo un árbol, para hablar con más propiedad; son felices, dirá usted; no, no lo son: no comen caliente; comen pasto o cebada, frío, crudo, y necesitan comer mucho para quedar satisfechos. No, no son felices, aunque tampoco el hombre lo sea, a pesar de comer comida caliente.

Volvió a escupir y continuó:

--¿Ha procurado usted imaginarse lo que ocurrió cuando el hombre descubrió que los alimentos se podían cocer y comer calientes? Firmó su sentencia de eterna esclavitud. Se acabó la vida al aire libre, los grandes viajes, el espacio, la libertad; fué necesario mantener

y me respeta, no porque yo sea más fuerte que él -- podría tumbarme de un soplo-- sino porque puedo hablar durante horas enteras sobre asuntos que él apenas entiende o que no entiende en absoluto. Me escucha, me soporta, como le dije, aunque tal vez no le interese lo que digo y ni siquiera, a veces, me escuche. Nos ha costado mucho llegar a ser amigos, pero lo hemos conseguido. El necesita comer y yo también. El es un desterrado de la sociedad; yo, un indiferente. A veces reñimos y casi nos vamos a las manos, pero de ahí no pasamos.

Golpeó cariñosamente un hombro de Cristián y prosiguió:

--La comida, no cualquier comida, como el pasto, por ejemplo, o la cebada, que hacen las delicias de los animales, sino la comida caliente -- permítame escupir, se me hace agua la boca --, sí, la comida caliente, reune a muchas personas. Hay mucha gente que cree estar unida a otra por los lazos del amor maternal o filial o fraternal: pamplinas: están unidas por la comida, por el buche. Los animales no se reunen para comer y beber, salvo, claro está, algunas veces, los domésticos; los salvajes, jamás. Los seres humanos, sí, y cuanto más domésticos, más. ¡Comer caliente! Vea usted los caballos: no tienen problemas metafísicos y casi les da lo mismo estar a la intemperie que bajo techo o bajo un árbol, para hablar con más propiedad; son felices, dirá usted; no, no lo son: no comen caliente; comen pasto o cebada, frío, crudo, y necesitan comer mucho para quedar satisfechos. No, no son felices, aunque tampoco el hombre lo sea, a pesar de comer comida caliente.

Volvió a escupir y continuó:

--¿Ha procurado usted imaginarse lo que ocurrió cuando el hombre descubrió que los alimentos se podían cocer y comer calientes? Firmó su sentencia de eterna esclavitud. Se acabó la vida al aire libre, los grandes viajes, el espacio, la libertad; fué necesario mantener

un fuego y buscar un lugar en que el fuego pudiese ser mantenido. Alguien debía, también, vigilar la cocción de los alimentos, la mujer o los hijos y, en consecuencia, debía permanecer ahí. Por otra parte, era necesario traer los alimentos de los lugares en que los había, lugares a veces muy lejanos, y así se hizo la rueda, la interminable rueda. El viento es enemigo del fuego, lo agranda o lo desparrama, y lo es también la lluvia, que lo apaga, y entonces se buscó un hueco entre las piedras o debajo de ellas, pero en algunas partes no se encontraban piedras y se debió hacer cuevas y donde por un motivo u otro no se hallaban piedras y no se podían hacer huecos o cuevas, se construyó un techo, cuatro palos y unas ramas con hojas o sin ellas. Bueno, junto con hacer todo eso, el hombre se echó la cuerda al cuello y arrastró con él a su mujer, que desde entonces es esclava de la cocina. Y como se acostumbraron a comer cocidos los alimentos y no crudos, se les empezaron a caer los dientes. Todo, sin embargo, les pareció preferible a comer crudas las papas o la carne. Y con mucha razón: ¿ha hecho la prueba, alguna vez, de comerse crudo un pejerrey o un camote?

Habíamos hecho, conversando, el mismo viaje que hiciera, solo, dos o tres horas antes, pero al revés; volvíamos a la ciudad. Nos detuvimos en una especie de plaza sin árboles, un espacio más amplio, en el que había un cambio de líneas y una estación de tranvías y en donde terminaban varias calles y empezaba aquélla, ancha, que llevaba hacia la caleta de El Membrillo. Allí, Echeverría, extendiendo la mano, dijo a Cristián:

--Echa aquí tus tesoros.

Cristián, mudo siempre, dió una mirada a su compañero y sacando de un bolsillo desgarrado todos los trozos de metal que recogiera en la playa, se los entregó.

--Volveremos pronto; hasta luego.

un fuego y buscar un lugar en que el fuego pudiese ser mantenido.

Alguien debía, también, vigilar la cocción de los alimentos, la muger o los niños y, en consecuencia, debía permanecer ahí. Por otra parte, era necesario traer los alimentos de los lugares en que los había, lugares a veces muy lejanos, y así se hizo la rueda, la interminable rueda. El viento es enemigo del fuego, lo apaga o lo desparrama, y lo es también la lluvia, que lo apaga. Y entonces se buscó un hueco entre las piedras o debajo de ellas, pero en algunas partes no se encontraban piedras y se debió hacer cuevas y donde por un motivo u otro no se hallaban piedras y no se podían hacer huecos o cuevas, se construyó un techo, cuatro palos y unas ramas con hojas o sin ellas. Bueno, junto con hacer todo eso, el hombre se echó la cuerda al cuello y arrastró con él a su mujer, que desde entonces se esclava de la cocina. Y como se acostumbraron a comer cocidos los alimentos y no crudos, se les empezaron a caer los dientes. Todo, sin embargo, fue preferible a comer crudas las papas o la carne. Y con mucha razón: ¿he hecho la prueba, alguna vez, de comerse crudo un pejerrey o un camote?

Hablamos hecho, conversando, el mismo viaje que hicieron, solo, dos o tres horas antes, pero al revés; volvíamos a la ciudad. Nos detuvimos en una especie de plaza sin árboles, un espacio más amplio, en el que había un cambio de líneas y una estación de tranvías y en donde terminaban varias calles y empezaba aquella, ancha, que llevaba hacia la casita de El Membrillo. Allí, Mohoverría, extendiendo la mano, dijo a Cristián:

--Baje aquí tus tesoros.

Cristián, mudo siempre, dió una mirada a su compañero y acercando de un bolsillo degarrado todos los trozos de metal que recogiera en la playa, se los entregó.

--Volveremos pronto; hasta luego.

Seguimos caminando, mientras Cristián, retrocediendo unos pasos, se sentaba en el cordón de la calzada, llena de bostas y orines de caballos.

--Cristián -- me explicó Echeverría -- no puede llegar sino hasta esa plaza. La policía, los policías, mejor dicho, cualquiera de ellos, tienen orden de detenerlo en cualquier lugar que esté más acá de esa plazuela. Han llegado a ese arreglo: hasta aquí llegas, de aquí para acá vas a la comisaría; de aquí para allá eres libre, siempre que no robes nada. Pero, ¿a quién va a robar? Lo conocen hasta los alcatraces, los patos liles, los perros. Claro es que a veces, de noche, por arriba de los cerros, avanza hacia la ciudad y puede verla desde lejos, pero ¡ay de él si lo sorprenden! Aquí es.

Era una puerta ancha, que daba entrada a dos negocios diferentes, uno situado en el primer piso, a nivel con la calle, y otro en el sótano, hacia el cual se llegaba por medio de una escala de ladrillos. El local estaba alumbrado por una ampolleta de escasa fuerza. Una voz resonó en aquel antro:

--¡Hola, Filósofo! ¿Ya vienes con tu mercadería?

Un hombre alto y huesudo, de pelo ondulado, blanco, pálido, bigote negro e hirsutas cejas, de ojos claros, se veía allí. Vestía una chaqueta blanca, un poco sucia y rota. El cuello de la camisa, abierto, mostraba un copioso vello rizado.

Recibió los trozos de metal, todos juntos, pues Echeverría agregó también los míos, los pesó en una balanza de almacenero y dijo:

--Siete pesos justos: buena mañana.

Por el acento me pareció aragonés, un acento alto, bien timbrado, lleno, sin vacilaciones. Sacó los siete pesos de un cajón situado detrás del mostrador, los echó de uno en uno sobre la deslustrada y res-

Seguimos caminando, mientras Cristián, retrocediendo unos pasos, se sentaba en el cordón de la calzada, llena de boetas y orines de caballos.

--Cristián -- me explicó Echeverría -- no puede llegar sino hasta esa plaza. La policía, los policías, mejor dicho, cualquiera de ellos, tienen orden de detenerlo en cualquier lugar que esté más acá de esa plazuela. Han llegado a ese arreglo: hasta aquí llegas, de aquí para acá vas a la comisaría; de aquí para allá eres libre, siempre que no robes nada. Pero, ¿a quién va a robar? Lo conocen hasta los alcatraces, los patos liles, los perros. Claro es que a veces, de noche, por arriba de los cerros, avanza hacia la ciudad y puede verla desde lejos, pero ¡ay de él si lo sorprenden! Aquí es.

Era una puerta ancha, que daba entrada a dos negocios diferentes, uno situado en el primer piso, a nivel con la calle, y otro en el sótano, hacia el cual se llegaba por medio de una escala de ladrillos. El local estaba alumbrado por una ampolleta de escasa fuerza. Una voz resonó en aquel antro:

--¡Hola, Filósofo! ¿Ya vienes con tu mercadería?

Un hombre alto y huesudo, de pelo ondulado, blanco, pálido, bigote negro e hirsutas cejas, de ojos claros, se veía allí. Vestía una chaqueta blanca, un poco sucia y rota. El cuello de la camisa, abierto, mostraba un copioso vello rizado.

Recibió los trozos de metal, todos juntos, pues Echeverría agregó también los míos, los pesó en una balanza de almacenero y dijo:

--Siete pesos justos: buena mañana.

Por el acento me pareció aragonés, un acento alto, bien timbrado, lleno, sin vacilaciones. Sacó los siete pesos de un cajón situado detrás del mostrador, los echó de uno en uno sobre la deslustrada y res-

quebrajada madera, haciéndolos sonar, y después los empujó hacia Echeverría: quedaron como en fila india y eran siete. El Filósofo los recogió de uno en uno, mientras el español callaba, contemplando la maniobra. Echeverría levantó la cabeza y sonrió:

--Bien, don Pepe: muchas gracias y hasta pronto.

--Hasta pronto -- contestó don Pepe, afirmadas ambas manos en el mostrador, el cuerpo echado hacia adelante.

Salimos.

--Sin querer -- dijo El Filósofo, una vez que estuvimos en la calle --, sin querer y en contra de su voluntad, lo he incorporado a la razón social Filósofo-Cristián.

--No entiendo -- le dije.

--Sí -- explicó --; junté su metal con el nuestro y ahora no sé cuánto es el suyo.

En respuesta me encogí de hombros.

--No pelearemos por el reparto.

Mostró los siete pesos, que apretaba en su mano larga y poco limpia, y dijo:

--Y, para colmo, nos tocó un número difícil: siete. ¿Cuánto es siete dividido entre tres? A ver cómo ando para las matemáticas superiores: dos pesos para cada uno, son seis pesos; queda uno: entre tres, treinta centavos; dos pesos treinta para cada uno y sobran diez cobres. Lo declararemos capital de reserva. Volvamos donde está Cristián.

Cristián continuaba sentado en el mismo lugar, junto a un charco de orines. Sin duda, habría podido estar allí un año o dos. Se levantó y avanzó hacia nosotros.

--¿Vamos a El Porvenir?

Nadie contestó; daba lo mismo el porvenir que el pasado. El Por-

quebrajada madera, haciéndolos sonar, y después los empujó hacia Mefistófeles; quedaron como en fila india y eran siete. El Filósofo los recogió de uno en uno, mientras el espíritu callaba, contemplando la misión. Echeverría levantó la cabeza y sonrió:

--Bien, don Pepe: muchas gracias y hasta pronto.

--Hasta pronto -- contestó don Pepe, afirmadas ambas manos en el mostrador, el cuerpo echado hacia adelante.

Salimos.

--Sin querer -- dijo El Filósofo, una vez que estuvimos en la calle --, sin querer y en contra de su voluntad, lo he incorporado a la razón social Filósofo-Cristián.

--No entiendo -- le dije.

--Sí -- explicó --; junté su metal con el nuestro y ahora no sé cuánto es el suyo.

En respuesta me encogí de hombros.

--No pelearemos por el reparto.

Mostró los siete pesos, que apretaba en su mano larga y poco limpia, y dijo:

--Y, pero como, nos tocó un número difícil: siete. ¿Cuánto es siete dividido entre tres? A ver como anda para las matemáticas superiores: dos pesos para cada uno, son seis pesos; queda uno: entre tres, treinta centavos; dos pesos treinta para cada uno y sobran diez centavos. Lo declararemos capital de reserva. Volvamos donde está Cristián.

Cristián continuaba sentado en el mismo lugar, junto a un charco de orines. Sin duda, habría podido estar allí un año o dos. Se levantó y avanzó hacia nosotros.

--¿Vamos a El Porvenir?

Nadie contestó; daba lo mismo el porvenir que el pasado. El por-

venir era un restaurante de precios módicos, atendido por su propio dueño, un hombre bajo y rechoncho, de cara abotagada y llena de manchas rojizas que parecían próximas a manar vino tinto. Unos ojillos negros miraban sin decir nada. Vestía también, como don Pepe, una chaquetilla blanca, corta, pero no llevaba camisa sino camiseta, gruesa, afranelada, de brillantes botoncitos. Un mozo de regular estatura, delgado y musculoso, con cara de boxeador que ha tenido mala suerte a la mandíbula muy blanda, lo secundaba. También llevaba chaquetilla y camiseta, muy desbocada, tal vez sin mangas. Pasó un trapo no muy inmaculado sobre el hule de la mesa y puso en ella sal, ají y un frasco de boca rota, mediado de algo que quería pasar por aceite.

--¿Qué se van a servir? -- preguntó con voz desagradable.

Parecía preguntar dónde queríamos recibir la bofetada.

La voz pareció irritar a El Filósofo.

--¿Usted peleó alguna vez con Kid Dinamarca? -- le preguntó, inopinadamente.

--Sí -- contestó el mozo, sorprendido y como cayendo en guardia--. Dos veces.

Parecía no haber olvidado sus peleas.

--¿Y cómo le fué? -- volvió a preguntar El Filósofo, haciendo con los brazos un movimiento de pelea.

--Las dos veces me ganó por fuera de combate -- respondió, honradamente, el mozo.

El Filósofo pareció satisfecho. Dijo:

--Kid Dinamarca fué amigo mío: se llamaba Manuel Alegría. Murió de un ataque al corazón. Buen muchacho.

Después, cambiando de tono:

--Bueno: tráiganos lo de siempre: porotos con asado, pan y una botella de vino.

venir era un restaurante de precios módicos, atendido por su propio dueño, un hombre bajo y rechoncho, de cara abotagada y llena de manchas rojizas que parecían próximas a manar vino tinto. Unos ojillos negros miraban sin decir nada. Vestía también, como don Pepe, una chaquetilla blanca, corta, pero no llevaba camisa sino camiseta, gruesa, afranelada, de brillantes botoncitos. Un mozo de regular estatura, delgado y musculoso, con cara de boxeador que ha tenido mala suerte o la mandíbula muy blanda, lo secundaba. También llevaba chaquetilla y camiseta, muy desbocada, tal vez sin mangas. Pasó un trapo no muy inmaculado sobre el hule de la mesa y puso en ella sal, ají y un frasco de boca rota, mediado de algo que quería pasar por aceite.

--¿Qué se van a servir? -- preguntó con voz desagradable.

Parecía preguntar dónde queríamos recibir la bofetada.

La voz pareció irritar a El Filósofo.

--¿Usted peleó alguna vez con Kid Dinamarca? -- le preguntó, inopinadamente.

--Sí -- contestó el mozo, sorprendido y como cayendo en guardia--. Dos veces.

Parecía no haber olvidado sus peleas.

--¿Y cómo le fué? -- volvió a preguntar El Filósofo, haciendo con los brazos un movimiento de pelea.

--Las dos veces me ganó por fuera de combate -- respondió, honradamente, el mozo.

El Filósofo pareció satisfecho. Dijo:

--Kid Dinamarca fué amigo mío: se llamaba Manuel Alegría. Murió de un ataque al corazón. Buen muchacho.

Después, cambiando de tono:

--Bueno: tráiganos lo de siempre: porotos con asado, pan y una botella de vino.

Eran clientes conocidos y, según deduje, casi no había necesidad de preguntarles qué se servirían: comían siempre lo mismo. Por lo demás, fuera de porotos y asados, pan y vino y alguna que otra cebolla en escabeche, no se veía allí nada que se pudiera servir y consumir. El plato de porotos resultó abundante y sabroso y aunque el asado no era un modelo de asado en cantidad y calidad -- era, más bien, tipo suela, muy bueno para ejercitar la dentadura -- fué acogido y absorbido con los honores de reglamento. El pan no fué escaso, y el vino, áspero y grueso, lejanamente picado, resultó agradable. Comimos en silencio, como obreros en día de semana, y allí nos quedamos, reposando.

Aunque estaba satisfecho -- era mi primera comida en libertad -- no estaba tranquilo: sentía que no podría permanecer mucho tiempo más con aquellos hombres sin darles alguna explicación: se sabía qué hacían ellos, se sabía quiénes eran, no se sabía qué hacía yo ni quién era y un hombre de quien no se sabe qué hace, de dónde sale ni quién es, es un hombre de quien no se sabe nada y que debe decir algo. No me asustaba decirlo: lo que me preocupaba era la elección del momento. El Filósofo parecía pensar en lo mismo, pues dijo, instantes después de haber engullido el último bocado y bebido el último sorbo de vino:

--Bueno: el almuerzo no ha estado malo y podía haber sido peor o mejor, es cierto; no hay que ser exigente. Cuéntenos algo, ahora. No me cabe duda de que usted tiene algo que contar. Un hombre como usted, joven, que aparece en una caleta como la de El Membrillo y acepta lo primero que se le ofrece o encuentra, como si no hubiera o no pudiera encontrar nada más en el mundo, flaco, además, y con cara de enfermo y de hambriento, debe tener, tiene que tener algo qué contar.

Me miró y como viera que no sabía cómo empezar, quiso ayudarme.

Eran clientes conocidos y, según deduje, casi no había necesidad de preguntarles qué se servirían: comían siempre lo mismo. Por lo demás, fuera de porotos y asados, pan y vino y alguna que otra cebolla en escabeche, no se veía allí nada que se pudiera servir y consumir. El plato de porotos resultó abundante y sabroso y aunque el asado no era un modelo de asado en cantidad y calidad -- era, más bien, tipo suela, muy bueno para ejercitar la dentadura -- fué acogido y absorbido con los honores de reglamento. El pan no fué escaso, y el vino, áspero y grueso, lejanamente picado, resultó agradable. Comimos en silencio, como obreros en día de semana, y allí nos quedamos, reposando.

Aunque estaba satisfecho -- era mi primera comida en libertad -- no estaba tranquilo: sentía que no podría permanecer mucho tiempo más con aquellos hombres sin darles alguna explicación: se sabía qué hacían ellos, se sabía quiénes eran, no se sabía qué hacía yo ni quién era y un hombre de quien no se sabe qué hace, de dónde sale ni quién es, es un hombre de quien no se sabe nada y que debe decir algo. No me asustaba decirlo: lo que me preocupaba era la elección del momento. El Filósofo parecía pensar en lo mismo, pues dijo, instantes después de haber engullido el último bocado y bebido el último sorbo de vino:

--Bueno: el almuerzo no ha estado malo y podía haber sido peor o mejor, es cierto; no hay que ser exigente. Cuéntenos algo, ahora. No me cabe duda de que usted tiene algo que contar. Un hombre como usted, joven, que aparece en una caleta como la de El Membrillo y acepta lo primero que se le ofrece o encuentra, como si no hubiera o no pudiera encontrar nada más en el mundo, flaco, además, y con cara de enfermo y de hambriento, debe tener, tiene que tener algo qué contar.

Me miró y como viera que no sabía cómo empezar, quiso ayudarme.

--No se asuste de mis palabras -- dijo -- y nosotros no nos asustaremos de las suyas; pero, si no quiere contar nada, no lo cuente.

Lo miré como aceptándolo todo.

--¿Viene saliendo del hospital? -- me preguntó.

La pregunta era acertada. Procuré responder del mismo modo.

--Del hospital de la cárcel.

Cristián giró la cabeza y me miró fijamente: por fin, algo llamaba su atención. Echeverría resbaló el cuerpo en la silla y estiró las piernas, como disponiéndose a oir un buen relato.

--¿De la cárcel? -- preguntó, e hizo con los dedos de la mano derecha un movimiento en que los dedos, extendidos, parecieron correr, separados y con rapidez, unos detrás de otros, hacia el meñique.

--No -- aseguré.

Y conté, primero atropelladamente, con más calma después, toda mi aventura. Cristián, que al principio escuchó con interés, mirándome de rato en rato, inclinó la cabeza y siguió mirándose las puntas de los zapatos: el relato no le interesaba mucho. Echeverría, no; me oyó con atención, sonriendo de vez en cuando, como animándome.

--En suma -- dijo, cuando terminé --: nada entre dos platos, salvo la enfermedad.

Señaló a Cristián y agregó:

--Ya le he dicho que Cristián habla poco; no le gusta hablar; no sabe hacerlo tampoco o no tiene mucho que decir. Pero podrá contarle -- lo hará si llega a ser amigo suyo -- cuentos mucho más interesantes que el suyo sobre la carcel, las comisarías, las secciones de detenidos, la de la investigaciones y los calabozos: ha pasado años preso, años, no días ni meses, años enteros; ha crecido y se ha achicado en los calabozos, ha enflaquecido y engordado en ellos, ha que-

--No se asuste de mis palabras -- dijo -- y nosotros no nos asustemos de las suyas; pero, si no quiere contar nada, no lo cuente.

Lo miré como aceptándolo todo.

--¿Viene saliendo del hospital? -- me preguntó.

La pregunta era acertada. Procuré responder del mismo modo.

--Del hospital de la cárcel.

Cristián giró la cabeza y me miró fijamente: por fin, algo llamaba su atención. Echeverría reabrió el cuerpo en la silla y estiró las piernas, como disponiéndose a oír un buen relato.

--¿De la cárcel? -- preguntó, e hizo con los dedos de la mano derecha un movimiento en que los dedos, extendidos, parecieron correr, separados y con rapidez, unos detrás de otros, hacia el meñique.

--No -- aseguré.

Y conté, primero atropelladamente, con más calma después, toda mi aventura. Cristián, que al principio escuchó con interés, mirándome de reojo en reloj, inclinó la cabeza y siguió mirándose las puntas de los zapatos: el relato no le interesaba mucho. Echeverría, no; me oyó con atención, sonriendo de vez en cuando, como animándome.

--Un alma -- dijo, cuando terminé --: nada entre dos platos, salvo la enfermedad.

Señaló a Cristián y agregó:

--Ya le he dicho que Cristián habla poco; no le gusta hablar; no sabe hacerlo tampoco o no tiene mucho que decir. Pero podrá contarle -- lo hará, si llega a ser amigo suyo -- cuantos mucho más interesantes que el suyo sobre la cárcel, las comisarías, las ocasiones de detenidos, la de la investigaciones y los calabozos: ha pasado años preso, años, no días ni meses, años enteros; ha crecido y se ha sonrisado en los calabozos, ha envejecido y engordado en ellos, ha que-

do desnudo y se ha vestido, descalzo y se ha calzado, lleno de piojos, de sarna, de purgación, de bubones en las ingles y de almorranas; lo han metido dentro a puntapiés y lo han sacado a patadas, le han hundido las costillas, roto los labios, partido las orejas, hinchado los testículos, de todo, en meses y meses y años y años de comisarías y de cárcel. Su cuento es un cuento de Calleja comparado con los que él puede contarle.

Cuando Echeverría terminó de hablar, miré a Cristián: la cabeza estaba más hundida entre los hombros y el rostro se veía pálido; una venilla tiritaba en su pómulo, cerca del ojo semicerrado. Sentí que si alguien hubiese hablado de mí en la forma en que Echeverría lo había hecho de él, no habría podido contener las lágrimas o la ira, las palabras por lo menos; pero en él, aparentemente, el recuerdo de su vida no suscitaba nada que se pudiera percibir, sólo su palidez y aquella venilla que tiritaba en su rostro, cerca del ojo, bajo los duros pelos de su barba.

da o desnudo y se ha vestido, descalzo y se ha calzado, lleno de piojos, de sarna, de purgación, de bubones en las ingles y de almorranas; lo han metido dentro a puntapiés y lo han sacado a patadas, le han hundido las costillas, roto los labios, partido las orejas, hinchado los testículos, de todo, en meses y meses y años y años de comisarías y de cárcel. Su cuento es un cuento de Calleja comparado con los que él puede contarle.

Cuando Echeverría terminó de hablar, miré a Cristián: la cabeza estaba más hundida entre los hombros y el rostro se veía pálido; una venilla tiritaba en su pómulo, cerca del ojo semicerrado. Sentí que si alguien hubiese hablado de mí en la forma en que Echeverría lo había hecho de él, no habría podido contener las lágrimas o la ira, las palabras por lo menos; pero en él, aparentemente, el recuerdo de su vida no suscitaba nada que se pudiera percibir, sólo su palidez y aquella venilla que tiritaba en su rostro, cerca del ojo, bajo los duros pelos de su barba.

VI

Tuve cómo comer y donde dormir, miserablemente, es cierto -- quizá nunca tanto --, mas no pude elegir. Podía, y todo el mundo puede, no estar conforme, pero no podía negarme a comer lo que podía comer, a dormir en donde podía dormir, a hablar con quienes podía hablar y a recoger lo único que podía recoger. ¿No lo quieres? Déjalo. Es duro dejarlo y parece tanto más duro cuanto menos vale lo que se tiene o mientras más miserable se es. No tenía nada más ni nada más podía conseguir por el momento. Sabía lo que ocurría a [illegible] mi lado y unos pasos más allá y quizá más lejos -- todo lo veía y lo sentía, los colores, los sonidos, el olor del viento y de las personas, los rasgos de los seres y de las cosas y todo ello se unía en mí, crecía y me hacía crecer, ¿para qué?, no lo sabía, pero todo quedaba y nada se iba, las lágrimas, las risas, las palabras duras y las palabras tiernas, el ademán tranquilo y el gesto violento, la piedad de unos, la cólera o el desprecio de otros, aquella mirada, esta sonrisa --, pero debía quedarme donde estaba y esperar, ¿esperar qué?, en verdad, nada, por lo menos nada definido; esperar, nada más, esperar que pase el tiempo quizá. Toda la gente espera, casi toda por lo menos, espera esto, espera lo otro, lo ridículo y lo majestuoso, lo cierto y lo falso, lo pequeño y lo grande, lo que vendrá y lo que no vendrá, lo que puede venir y lo que no puede, lo que merecen y lo que no merecen; viven esperando y mueren esperando, sin que, en ocasiones, nada de

IV

Tuve cómo comer y donde dormir, miserablemente, es cierto -- quizá nunca tanto --, mas no pude elegir. Podía, y todo el mundo puede, no estar conforme, pero no podía negarme a comer lo que podía comer, a dormir en donde podía dormir, a hablar con quienes podía hablar y a recoger lo único que podía recoger. ¿No lo quieres? Déjalo. Es duro dejarlo y parece tanto más duro cuanto menos vale lo que se tiene o mientras más miserable se es. No tenía nada más ni nada más podía conseguir por el momento. Sabía lo que ocurría a mi lado y unos pasos más allá y quizá más lejos -- todo lo veía y lo sentía, los colores, los sonidos, el olor del viento y de las personas, los rasgos de los seres y de las cosas y todo ello se unía en mí, crecía y me hacía crecer, ¿para qué?, no lo sabía, pero todo quedaba y nada se iba, las lágrimas, las risas, las palabras duras y las palabras tiernas, el ademán tranquilo y el gesto violento, la piedad de unos, la cólera o el desprecio de otros, aquella mirada, esta sonrisa --, pero debía quedarme donde estaba y esperar, ¿esperar qué?, en verdad, nada, por lo menos nada definido; esperar, nada más, esperar que pase el tiempo quizá. Toda la gente espera, casi toda por lo menos, espera esto, espera lo otro, lo ridículo y lo majestuoso, lo cierto y lo falso, lo pequeño y lo grande, lo que vendrá y lo que no vendrá, lo que puede venir y lo que no puede, lo que merecen y lo que no merecen; viven esperando y mueren esperando, sin que, en ocasiones, nada de

lo que esperan llegue, sólo la muerte, que es siempre -- y según dicen -- inesperada; nadie ha dicho, al morir: "no, no es esto lo que esperaba"; no, nadie; la ha recibido y ha callado, como conforme con ella. Hay, es cierto, algunos que no esperan y otros que, esperando algo, lo esperan a medias, es decir, no confían del todo en el porvenir y ponen algo de su parte para que venga u ocurra luego, trabajan, sudan, velan, luchan, y algunos, incluso, mienten, roban y hasta asesinan, ensuciando así lo que esperan y lo que reciben. Por mi parte no sentía nada que me impulsara a hacer nada de eso; si trabajaba era porque necesitaba comer y si comía era porque, estando vivo, me era necesario. Necesidad, he ahí todo. No esperaba nada, nadie llegaría, mi madre había muerto, mis hermanos estaban esparcidos y mi padre cumplía en un penal una condena por una increíble cantidad de años. No saldría sino muerto, quizá si ya había muerto. Alguna vez, en una callejuela de puerto, en una comisaría, en un vagón de carga, quizá en un albergue, un hermano encontraría a otro hermano. En este instante, sin embargo, ese posible encuentro no era ni siquiera una esperanza. No tenía esperanzas, tenía necesidades -- denme de comer, donde dormir y abrigo y quédense con las esperanzas --, pocas necesidades, pero urgentes, y las personas que me rodeaban tenían las mismas y apenas si una que otra más: comer, no opíparamente; vestir, no elegantemente; dormir, no lujosamente, no, de cualquier modo, pero que no tenga hambre, que no tenga frío, que la gente no me mire porque mis zapatos están rotos, mi pelo largo, mis pantalones destrozados, mi barba crecida. No es fácil conseguirlo, sin embargo: trabajar, sí, pero a veces no hay trabajo y además hay gente que trabaja y que siempre tiene hambre, gente que trabaja y anda siempre mal vestida, gente que trabaja y que duerme en el suelo o en catres y colcho-

lo que esperan llegue, salvo la muerte, que es siempre -- y según di-
cen -- inesperada; nadie me dicho, al morir: "no, no es esto lo que
esperaba"; no, nadie; la me recibido y me calmado, como conforme con
ella. Hay, es cierto, algunos que no esperan y otros que, esperando
algo, lo esperan a medias, es decir, no confían del todo en el por-
venir y ponen algo de su parte para que venga a contra luego, tra-
bajan, sudan, velan, luchan, y algunos, incluso, mienten, roban y
hasta asesinan, renunciando así lo que esperan y lo que reciben. Por
mi parte no sentía nada que me impulsara a hacer nada de eso; si tra-
bajaba era porque necesitaba comer y si comía era porque, estando vi-
vo, me era necesario. Necesidad, he ahí todo. No esperaba nada, ne-
día llegaría, mi madre había muerto, mis hermanos esperaban y mi pa-
dre cumplía un penal una condena por una increíble cantidad de
años. No saldría sino muerto, cuizá si ya había muerto. Alguna vez,
en una calletuela de puerto, en una comisaría, en un vagón de carga,
cuizá en un albergue, un hermano encontraría a otro hermano. En este
instante, sin embargo, ese posible encuentro no era mi siquiera una
esperanza. No tenía esperanzas, tenía necesidades -- deuna de comer,
donde dormir y abrigo y quedarse con las esperanzas --, pocas necesi-
dades, pero urgentes, y las personas que me rodeaban tenían las mis-
mas y apenas si una que otra más: comer, no objetivamente; vestir, no
elegantemente; dormir, no lujosamente, no, de cualquier modo, pero
que no tenga hambre, que no tenga frío, que la gente no me mire por-
que mis zapatos están rotos, mi pelo largo, mis pantalones destroza-
dos, mi barba crecida. No es fácil conseguirlo, sin embargo; trabe-
jar, sí, pero a veces no hay trabajo y además hay gente que trabaja
y que siempre tiene hambre, gente que trabaja y nada siempre mal ves-
tida, gente que trabaja y que duerme en el suelo o en cajas y colcho-

nes llenos de chinches y de pulgas, ocho en una pieza, tres en una cama, el tuberculoso, el gonocócico, el epileptoide, el invertido, el eczematoso. En otro tiempo me parecía todo tan sencillo, sí, todo es sencillo cuando uno tiene lo que necesita o cuando sabe dónde tomarlo y puede hacerlo sin que nadie se oponga.

No me quedaré siempre aquí. El hombre no se quedará en ninguna parte; se irá siempre, alguna vez para no volver; también alguna vez el pulmón dejará de dolerme y de sangrar y podré irme, irme, irme, irme, parece una orden, una consigna, un deseo, una ilusión y hasta puede ser una esperanza. El que desea irse no necesita nada, nada más que una oportunidad para hacerlo.

--Lo principal es taparse bien; comida caliente, hombre caliente, ropas calientes.

--Mujer caliente.

--Tampoco es mala.

El Filósofo echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca y lanzó una carcajada.

--¡Toda la vida del hombre gira alrededor de lo caliente! El hombre teme lo frío: la comida fría, la mujer fría, las ropas frías, la lluvia fría, el viento frío. Tápese bien, Aniceto.

La colcha no tenía flecos y su color era indefinible; por agujeros, en cambio, no se quedaba; tenía más de los que podía soportar y en algunas partes podía ocurrir que al reunirse dos o más la colcha se terminara, convirtiéndose toda en puro agujero. El Filósofo pretendía cubrirme con ella, metiendo la orilla bajo un colchón de paja no más grueso que una moneda y que estaba sobre el suelo de madera, encima de unas hojas de diario. Me acurruqué allí: era un lecho nada de

blando y nada de cómodo, a tres centímetros del suelo, oliente a paja y a tierra y a hombre extraño, sin sábanas, sin fundas, con una almohada que parecía rellena de pajas y una frazada delgadísima, pero era una cama, una cama que estaba dentro de una pieza redonda, sin ventana, casi sin techo, sin cielo raso, sólo con unas vigas y unas desnudas paredes de barro y paja, encaladas malamente, sin guardapolvos -- ¿para qué guardapolvos? -- y con un piso de entreabiertas y carcomidas tablas, pero que era una pieza, un lugar resguardado del viento y del frío. Las murallas, a la altura en que otras personas tienen sus catres, se veían llenas de esputos secos de diversos colores, predominando, sin embargo, el verde, color de la esperanza; algunos, brillantes, parecían querer desprenderse de la pared en la misma forma que se desprende la mala pintura; y en esa cama, colocada dentro de esa pieza, me quedé, apenas acostado, dormido como una piedra.

Oi entre sueños las carcajadas de Echeverría y uno que otro gruñido de Cristián: música celestial. Desperté a medianoche: me parecía que me faltaba el aire y que mi garganta estaba apretada; me incorporé, sentándome; iba a toser y me asusté al recordar el pulmón herido y los desgarros pintados de sangre. Tosí y un gran desgarro me llenó la boca; no había desgarrado en todo el día. ¿Qué hacer? No tenía pañuelo y allí no había salivadera ni bacín; no quería, por otra parte, dejar de ver aquello: ¿tendría o no pintas de sangre? Me pareció impropio arrojarlo en el suelo; lanzarlo contra la pared, como lo habían hecho los anteriores habitantes de aquel cuarto, asqueroso: era, además, un invitado, y debía portarme decentemente; debía levantarme, entonces; al día siguiente lo vería en el patio, pero una mano me detuvo y la voz de Echeverría murmuró:

blando y nada de cómodo, a tres centímetros del suelo, oliente a paja y a tierra y a hombre extraño, sin sábanas, sin fundas, con una almohada que parecía rellena de papas y una frazada delgadísima, pero era una cama, una cama que estaba dentro de una pieza redonda, sin ventana, casi sin techo, sin cielo raso, sólo con unas vigas y unas desnudas paredes de barro y paja, encaladas malamente, sin guardapolvos -- ¿para qué guardapolvos? -- y con un piso de entreabiertas y carcomidas tablas, pero que era una pieza, un lugar resguardado del viento y del frío. Las murallas, a la altura en que otras personas tienen sus catres, se veían llenas de esputos secos de diversos colores, predominando, sin embargo, el verde, color de la esperanza; algunos, brillantes, parecían querer desprenderse de la pared en la misma forma que se desprende la mala pintura; y en esa cama, colocada dentro de esa pieza, me quedé, apenas acostado, dormido como una piedra.

Oí entre sueños las carcajadas de Echeverría y uno que otro gruñido de Cristián: música celestial. Desperté a medianoche: me parecía que me faltaba el aire y que mi garganta estaba apretada; me incorporé, sentándome; iba a toser y me asusté al recordar el pulmón herido y los desgarros pintados de sangre. Tosí y un gran desgarro me llenó la boca; no había desgarrado en todo el día. ¿Qué hacer? No tenía pañuelo y allí no había salivadera ni bacín; no quería, por otra parte, dejar de ver aquello: ¿tendría o no pintas de sangre? Me pareció impropio arrojarlo en el suelo; lanzarlo contra la pared, como lo habían hecho los anteriores habitantes de aquel cuarto, asqueroso: era, además, un invitado, y debía portarme decentemente; debía levantarme, entonces; al día siguiente lo vería en el patio, pero una mano me detuvo y la voz de Echeverría murmuró:

--En un papel.

Lo eché, avergonzado, en un trozo de diario que saqué de debajo del colchónyque coloqué después a un lado. Me acosté de nuevo. A mi lado yacía El Filósofo; más allá, Cristián. Tenía los pies calientes y aunque dormía casi desnudo no sentía frío. Echeverría tenía razón:

--Lo principal es taparse bien: comida caliente, cama caliente, hombre caliente.

--Mujer caliente.

Cristián sonreía como puede sonreír un gato montés. Lo demás no me interesaba. Lo principal era ser y defenderse. Me di vuelta y continué durmiendo. El tiempo diría lo demás. Si quería decir algo.

--En un papel.

Lo eché, avergonzado, en un trozo de diario que saqué de debajo del colchónyque coloqué después a un lado. Me acosté de nuevo. A mi lado yacía El Filósofo; más allá, Cristián. Tenía los pies calientes y aunque dormía casi desnudo no sentía frío. Echeverría tenía razón:

--Lo principal es taparse bien: comida caliente, cama caliente, hombre caliente.

--Mujer caliente.

Cristián sonreía como puede sonreír un gato montés. Lo demás no me interesaba. Lo principal era ser y defenderse. Me di vuelta y continué durmiendo. El tiempo diría lo demás. Si quería decir algo.

## VII

El esputo no tenía pintas de sangre. Lo llevé al patio y lo arrojé dentro de unos tarros; me sentí tranquilo: era posible que mi pulmón mejorase pronto. Me erguí y respiré fuerte, muy fuerte, hasta sentir que las paredes del tórax me dolían. Desde aquí se veía el mar, desde el patio, es claro, el muelle, las embarcaciones, la costa enderezándose hacia el norte y doblándose hacia el sur, lentamente y como dentro de una clara bruma. Allí, a pleno aire, en camiseta o con medio cuerpo desnudo, las piernas abiertas, recogiendo el agua en las manos -- no hay lavatorio ni jarro --, debía uno lavarse en una llave que dejaba escapar durante el día y la noche un delgado y fuerte chorro; agua fría y jabón bruto, un delgado resto que se escapaba a cada momento de las manos y caía sobre los guijarros del patio, unidos allí entre sí por trozos de fideos, papas, ollejos de porotos, trozos de papeles, pelotas de cabellos femeninos y mocos y tal cual resto de trapos; nada de toalla: se sacudía uno las manos, se las pasaba por la cabeza, usando el cabello como secador, y se enjugaba luego con ellas lo mojado, que rara vez era mucho. Desde muy temprano había oído cómo la gente se lavaba allí, gargarizando, sonándose con violencia y sin más ayuda que la natural, tosiendo, escupiendo, lanzando exclamaciones y profiriendo blasfemias cada vez que el jabón, que no había donde dejar, caía sobre los fideos, los pelos y los olle-

VII

El esputo no tenía pintas de sangre. Lo llevé al patio y lo arrojé dentro de unos tarros; me sentí tranquilo: era posible que mi pulmón mejorase pronto. Me erguí y respiré fuerte, muy fuerte, hasta sentir que las paredes del tórax me dolían. Desde aquí se veía el mar, desde el patio, es claro, el muelle, las embarcaciones, la costa enderezándose hacia el norte, doblándose hacia el sur, lentamente y como dentro de una clara bruma. Allí, a pleno aire, en camiseta o con medio cuerpo desnudo, las piernas abiertas, recogiendo el agua en las manos -- no hay lavatorio ni jarro --, debía uno lavarse en una llave que dejaba escapar durante el día y la noche un delgado y fuerte chorro; agua fría y jabón bruto, un delgado resto que se escapaba a cada momento de las manos y caía sobre los guijarros del patio, unidos allí entre sí por trozos de fideos, papas, ollejos de porotos, trozos de papeles, pelotas de cabellos femeninos y moces y tal cual resto de trapos; nada de toalla: se sacudía uno las manos, se las pasaba por la cabeza, usando el cabello como secador, y se enjugaba luego con ellas lo mojado, que rara vez era mucho. Desde muy temprano había oído cómo la gente se lavaba allí, gargarizando, sonándose con violencia y sin más ayuda que la natural, tosiendo, escupiendo, lanzando exclamaciones y profiriendo blasfemias cada vez que el jabón, que no había donde dejar, caía sobre los fideos, los pelos y los olle-

jos.

--¡Para qué le cuento lo que cuesta lavarse aquí en invierno! -- exclamó El Filósofo, que se jabonaba con timidez el pescuezo --. Le damos, de pasada, una mirada a la llave y pensamos en el jabón, y hasta el otro día, en que le echamos otro mirotón. ¿No es cierto, Cristián? Tú tampoco eres un tiburón para el agua.

Cristián, en camisa, una camisa rasgada como con una herramienta, esperaba su turno. El patio estaba orillado por un cañón de piezas, metidas dentro de un corredor con alero; eran ocho o diez. Al fondo del patio, en el centro, se alzaba una especie de gran cajón con puerta: era el excusado, un hoyo profundo, negro, del que surgía un vaho denso, casi palpable y de un extraño olor, un olor disfrazado. A aquel conventillo, trepando el cerro, arribamos como a las once de la noche, después de comer en El Porvenir y tras un largo reposo en los bancos de una sombría plaza cercana al muelle.

--Usted, de seguro, no tendrá donde dormir -- dijo Echeverría --; se viene con nosotros.

Protesté, afirmando que podía ir a dormir a un albergue.

--No; véngase con nosotros -- insistió --. ¿Para qué gastar dinero? Por lo demás, creo que no le ha quedado ni un centavo. ¿No le dije? Se trabaja un día para vivir exactamente un día. El capitalismo es muy [redacted] previsor.

Era cierto a medias: tenía dinero para la cama, pero me faltaba para la frazada.

--No es muy cómodo el alojamiento que le ofrecemos -- aclaró --: una cama en el suelo, un colchón sin lana, una colcha sin flecos y una frazada como tela de cebolla; es todo lo que tenemos. Pero peor

jos.

--¡Para qué le cuento lo que cuesta lavarse aquí en invierno! -- exclamó El Filósofo, que se jabonaba con timidez el pescuezo --. Le damos, de pasada, una mirada a la llave y pensamos en el jabón, y hasta el otro día, en que le echamos otro mirotón. ¿No es cierto, Cristián? Tú tampoco eres un tiburón para el agua.

Cristián, en camisa, una camisa rasgada como con una herramienta, esperaba su turno. El patio estaba orillado por un cañón de piezas, metidas dentro de un corredor con alero; eran ocho o diez. Al fondo del patio, en el centro, se alzaba una especie de gran cajón con puerta: era el excusado, un hoyo profundo, negro, del que surgía un vaho denso, casi palpable y de un extraño olor, un olor disfrazado. A aquel conventillo, trepando el cerro, arribamos como a las once de la noche, después de comer en El Porvenir y tras un largo reposo en los bancos de una sombría plaza cercana al muelle.

--Usted, de seguro, no tendrá donde dormir -- dijo Echeverría --; se viene con nosotros.

Protesté, afirmando que podía ir a dormir a un albergue.

--No; véngase con nosotros -- insistió --. ¿Para qué gastar dinero? Por lo demás, creo que no le ha quedado ni un centavo. ¿No le dije? Se trabaja un día para vivir exactamente un día. El capitalismo es muy previsor.

Era cierto a medias: tenía dinero para la cama, pero me faltaba para la frazada.

--No es muy cómodo el alojamiento que le ofrecemos -- aclaró --: una cama en el suelo, un colchón sin lana, una colcha sin flecos y una frazada como tela de cebolla; es todo lo que tenemos. Pero peor

es nada. Sábanas no hay: están en la lavandería.

Acepté sin sobresaltos. Es violento dormir, de buenas a primera y en la misma cama, con un hombre a quien recién se conoce -- y en ese caso no era un hombre: eran dos --, pero no sentí, al aceptar la invitación, desconfianza alguna: viéndolos vivir en el transcurso del día, silencioso el uno, elocuente el otro, sentí que podía confiar en ellos, confiar, es claro, en cierto sentido y hasta cierto punto. En contra de la costumbre general no habían dicho, durante todo el día, una sola palabra sobre relaciones entre hombres y mujeres, una sola palabra buena o una sola palabra mala; parecían estar libres de la obsesión sexual, libres por lo menos verbalmente, lo que era algo y podía ser mucho y digo algo porque el que padece una obsesión difícilmente puede evitar hablar de ella durante ocho o diez horas. Me aburría y me asustaba esa gente cuyo tema de conversación y de preocupación gira siempre alrededor de los órganos genitales del hombre y de la mujer, conversación cuyas palabras, frases, observaciones, anécdotas, se repiten indefinidamente y sin gran variedad ni gracia: la tenía así, yo estaba así, le dije: aquí, ponte de este modo y él se la miró y dijo: no puedo, ja, ja, ja, qué te parece. . . Se reía uno a veces, con una risa sin alegría ni inteligencia, sintiendo, aunque a medias, que en aquello de que se hablaba existía algo que nunca se mencionaba, que valía mucho más que las palabras y las frases, las anécdotas y las observaciones y a quien las risas no tocaban, como si fuera extraño a ellas. Podía uno hablar de los órganos mismos, nombrándolos con sus infinitos nombres y hasta, a veces, describiéndolos y riéndose de ellos, y no podía, en cambio, hablar de aquéllo; o quizá no se hablaba de aquello porque era muy difícil hacerlo, exigía otras palabras, otras expresiones, casi otros labios, casi otras bo-

es nada. Sábanas no hay: están en la lavandería.

Acepté sin sobresaltos. Es violento dormir, de buenas a primera y en la misma cama, con un hombre a quien recién se conoce -- y en ese caso no era un hombre: eran dos --, pero no sentí, al aceptar la invitación, desconfianza alguna: viéndolos vivir en el transcurso del día, silencioso el uno, elocuente el otro, sentí que podía confiar en ellos, confiar, es claro, en cierto sentido y hasta cierto punto. En contra de la costumbre general no habían dicho, durante todo el día, una sola palabra sobre relaciones entre hombres y mujeres, una sola palabra buena o una sola palabra mala; parecían estar libres de la obsesión sexual, libres por lo menos verbalmente, lo que era algo y podía ser mucho y digo algo porque el que padece una obsesión difícilmente puede evitar hablar de ella durante ocho o diez horas. Me aburría y me asustaba esa gente cuyo tema de conversación y de preocupación gira siempre alrededor de los órganos genitales del hombre y de la mujer, conversación cuyas palabras, frases, observaciones, anécdotas, se repiten indefinidamente y sin gran variedad ni gracia: la tenía así, yo estaba asá, le dije: aquí, ponte de este modo y él se la miró y dijo: no puedo, ja, ja, ja, qué te parece. . . Se reía uno a veces, con una risa sin alegría ni inteligencia, sintiendo, aunque a medias, que en aquello de que se hablaba existía algo que nunca se mencionaba, que valía mucho más que las palabras y las frases, las anécdotas y las observaciones y a quien las risas no tocaban, como si fuera extraño a ellas. Podía uno hablar de los órganos mismos, nombrándolos con sus infinitos nombres y hasta, a veces, describiéndolos y riéndose de ellos, y no podía, en cambio, hablar de aquéllo; o quizá no se hablaba de aquello porque era muy difícil hacerlo, exigía otras palabras, otras expresiones, casi otros labios, casi otras bo-

cas. Por mi parte no ~~tenía experiencia alguna y no~~ podía hablar gran cosa ni sobre ésto ni sobre aquéllo; sólo podía repetir lo que había oído, que era mucho, pero que me avergonzaba un poco, pues se trataba siempre de prostitutas o pervertidos o invertidos u ociosos que vivían monologando sobre el sexo, sobre el propio principalmente. No tenía interés en ello y me parecía más un vicio que otra cosa, una obsesión y algo confuso también, en lo que no se podía pensar con claridad y sobre lo cual no se podía hablar con desenvoltura, meses atrás, en Mendoza, ~~un~~ mi amigo me aseguraba que ~~aquella mujer~~ una mujer que me miraba no ~~me miraba~~ lo hacía desinteresadamente, sólo por mirarme, ~~no creo~~ no; en su mirada había un claro interés y yo era un tonto si no me daba cuenta de ello y aprovechaba. Era casada con alguien, y en las tardes, cuando pasábamos frente a la casa en que vivía, allí estaba, en la puerta, mirándome. Era una casa pobre, con un gran patio. Seguramente ocupaba allí una pieza.

--¿Por qué me mirará?

--Ya te lo he dicho, tonto; quiere algo contigo.

¿Algo conmigo? Tenía un marido, sin embargo, ¿y para qué me iba a querer a mí? Me reía, azorado. Era morena, delgada, de triste expresión, triste tal vez no, humilde, apacible, de frente alta, pelo negro, sencilla de aspecto.

--Es turca -- decía mi amigo.

--El marido también será turco.

--¿Qué importa? Háblale.

--¿Y qué le digo?

--Por ejemplo: ¿cómo le va?

--¿Qué más?

--¡Qué está haciendo por aquí! ¡Qué gusto de verla!

cas. Por mi parte no ~~tenía experiencia alguna y no~~ podía hablar gran cosa ni sobre ésto ni sobre aquéllo; sólo podía repetir lo que había oído, que era mucho, pero que me avergonzaba un poco, pues se trataba siempre de prostitutas o pervertidos o invertidos u ociosos que vivían monologando sobre el sexo, sobre el propio principalmente. No tenía interés en ello y me parecía más un vicio que otra cosa, una obsesión y algo confuso también, en lo que no se podía pensar con claridad y sobre lo cual no se podía hablar con desenvoltura, ~~meses~~ atrás, en Mendoza, ~~mi~~ un amigo me aseguraba que ~~aquellos~~ no ~~me miraba~~ desinteresadamente, sólo por mirarme ~~no más~~ no; en su mirada había un claro interés y yo era un tonto si no me daba cuenta de ello y aprovechaba. Era casada con alguien, y en las tardes, cuando pasábamos frente a la casa en que vivía, allí estaba, en la puerta, mirándome. Era una casa pobre, con un gran patio. Seguramente ocupaba allí una pieza.

--¿Por qué me mirará?

--Ya te lo he dicho, tonto; quiere algo contigo.

¿Algo conmigo? Tenía un marido, sin embargo, ¿y para qué me iba a querer a mí? Me reía, azorado. Era morena, delgada, de triste expresión, triste tal vez no, humilde, apacible, de frente alta, pelo negro, sencilla de aspecto.

--Es turca -- decía mi amigo.

--El marido también será turco.

--¿Qué importa? Háblale.

--¿Y qué le digo?

--Por ejemplo: ¿cómo le va?

--¿Qué más?

--¡Qué está haciendo por aquí! ¡Qué gusto de verla!

--¡Pero si no la conozco y está en su casa!

--¡Eres un tonto!

La mujer me miraba y yo correspondía su mirada. La encontraba demasiado joven y eso me intimidaba un poco. Me habría gustado de más edad, como mi madre, por ejemplo; entonces me habría acercado a ella sin temor, no para preguntarle por qué me miraba sino para hablar con ella de otras cosas, de otras vagas cosas.

--Si me mirara a mí -- decía mi amigo -- ya me habría acercado y hubiera sabido de qué conversarle. No seas pavo.

Terminé por saludarla un día que iba sin mi amigo. La mujer contestó, un poco sorprendida y sin gran entusiasmo, aquel saludo que, al parecer, no esperaba. No me atreví a acercarme, sin embargo. Mi amigo tenía la culpa de mi timidez: hablaba de aquéllo en tal forma que hacía aparecer las miradas de la mujer y mi posible aproximación a ella como algo peligroso, casi delictuoso. Además, subconscientemente, la idea del marido turco me detenía un poco. Durante mi viaje a Chile desde Mendoza la encontré, también de pie y también junto a una puerta, en la solitaria estación de Puente del Inca. Aunque había tiempo que había dejado de verla, no sentí temor alguno al acercarme: mi amigo ya no estaba conmigo. Vi que de nuevo me miraba con un especial interés, como distinguiéndome de los demás hombres. Fué ella la que me habló:

--¿Qué hace por aquí? ¿Para dónde va?

Eran, más o menos, las mismas preguntas que mi amigo me aconsejaba hacerle en Mendoza. Me habló como si nos conociéramos de años atrás y en el tono de su voz no se notaba nada raro ni nada de lo que mi amigo sospechaba. La maleta colgaba de mi mano derecha, sucia de bosta. Era un día de sol y de viento.

Contesté:

--Voy para Chile.

--¡Pero si no la conozco y está en su casa!

--¡Eres un tonto!

La mujer me miraba y yo correspondía su mirada. Le encontraba demasiado joven y eso mé intimidaba un poco. Me habría gustado de mis edad, como mi madre, por ejemplo; entonces me habría acercado a ella sin temor, no para preguntarle por qué me miraba sino para hablar con ella de otras cosas, de otras vagas cosas.

--Si me miraba a mí -- decía mi amigo -- ya me habría acercado y hubiera sabido de qué conversarle. No sería raro.

Terminé por saludarla un día que iba sin mi amigo. La mujer contestó, un poco sorprendida y sin gran entusiasmo, aquel saludo que, al parecer, no esperaba. No me atreví a acercarme, sin embargo. Mi amigo tenía la culpa de mi timidez: hablaba de aquello en tal forma que hacía aparecer las miradas de la mujer y mi posible aproximación ella como algo peligroso, casi delictuoso. Además, sucesivamente, la idea del marido turco me detenía un poco. Durante mi viaje a Chile desde Mendoza la encontré, también de pie y también junto a una puerta, en la solitaria estación de Puente del Inca. Aunque hacía tiempo que había dejado de verla, no sentí temor alguno al acercarme: mi amigo ya no estaba conmigo. Vi que de nuevo me miraba con un especial interés, como distinguiéndome de los demás hombres. Fué ella la que me habló:

--¿Qué hace por aquí? ¿Para dónde va?

Era, más o menos, las mismas preguntas que mi amigo me aconsejaba hacerle en Mendoza. Me habló como si nos conociéramos de algún antes y en el tono de su voz no se notaba nada raro ni nada de lo que mi amigo sospechaba. La maleta colgaba de mi mano derecha, sucia de polvo. Era un día de sol y de viento.

Contesté:

--Voy para Chile.

Acababa de saltar [redacted] del vagón lleno de animales en que viajara escondido durante una gran parte de la noche. Estaba entumecido y cansado, pero no tanto que no pudiera seguir caminando durante todo ese día y tres días más. Sonrió y me miró de nuevo. Así, de cerca, era más apreciable que de lejos.

--Y usted, ¿qué hace por aquí?

Era otra de las frases de mi amigo.

El viento le movía sobre la frente un mechoncito de pelo ensortijado. Sentí, en ese momento, un gran cariño por ella: era el único ser que me conocía en ese solitario lugar, el único, además, que me sonreía y me miraba; pero aquel cariño no tenía una dirección especial, era, como sus miradas, un cariño en el aire, pasajero, o como yo, pasajero de un tren de carga, viajando de polizón.

--Mi marido está trabajando aquí.

En la estación no había otra persona que ella. Era aún muy temprano y la llegada de un tren cargado de animales no preocupaba, al parecer, a nadie. ¿Quién sería su marido? Me hubiera gustado conocerlo. Pero mis amigos me llamaban. Nos sonreímos por última vez y me fuí.

Acababa de salir del vagón lleno de animales en que viajara sacudido durante una gran parte de la noche. Estaba entumecido y cansado, pero no tanto que no pudiera seguir caminando durante todo ese día y tres días más. Sonrió y me miró de nuevo. Así, de cerca, era más apreciable que de lejos.

--Y usted, ¿qué hace por aquí?

Era otra de las frases de mi amigo.

Mi viento le movía sobre la frente un mechoncito de pelo empavitado. Sentí, en ese momento, un gran cariño por ella: era el único ser que me conocía en ese solitario lugar, el único, además, que me sonreía y me miraba; pero aquel cariño no tenía una dirección especial, era, como una mirada, un cariño en el aire, pasajero, o como yo, pasajero de un tren de carga, viajando de polizón.

--Mi marido está trabajando aquí.

En la estación no había otra persona que ella. Era aún muy temprano y la llegada de un tren cargado de animales no preocupaba, al parecer, a nadie. ¿Quién sería su marido? Me hubiera gustado conocerlo. Pero mis amigos me llamaban. Nos sonreímos por última vez y me fuí.

## VIII

El dia amaneció nublado y en la mañana hizo frío; la primavera no salía así como así. Después de lavarnos y vestirnos, salimos, dejando la puerta abierta. Echeverría dió una mirada al cielo, como examinándolo o pretendiendo adivinar sus intenciones y dijo:

--Aclarará a mediodía.

No había nada que nos aconsejara dejar cerrada la puerta del cuarto. El conventillo estaba situado en el límite entre la ciudad y la soledad, ya que soledad era [redacted] aquella, que allí empezaba y allí terminaba, extendiéndose por los cerros o viniendo de ellos, hundiéndose en las quebradas y humedeciéndose en los esteros que aquí y allá corrían entre árboles, rocas y espacios arenosos. Para llegar allí desde el plano había que andar casi una hora por calles, callejones y faldeos cubiertos de humildes casas y ranchos. La primera noche llegué jadeante. La habitación más próxima, el grupo de habitaciones más cercano, estaba a no menos de tres o cuatro cuadras de distancia y sólo un ratero muy miserable o muy endurecido por la necesidad llegaría hasta ese lugar a robarnos la delgada frazada con que nos tapábamos, única prenda, además, que tenía en aquella pieza algún valor comercial, ya que el cuarto no contaba, fuera de la cama, sino con lo que podía llamarse su propia constitución, además de una destartalada mesa, como de empapelador, que se agitaba como azogada

VIII

El día amaneció nublado y en la mañana hizo frío; la primavera no salía así como así. Después de lavarnos y vestirnos, salimos, dejando la puerta abierta. Echeverría dió una mirada al cielo, como examinándolo o pretendiendo adivinar sus intenciones y dijo:

--Aclarará a mediodía.

No había nada que nos aconsejara dejar cerrada la puerta del cuarto. El conventillo estaba situado en el límite entre la ciudad y la soledad, ya que soledad era aquella, que allí empezaba y allí terminaba, extendiéndose por los cerros o viniendo de ellos, hundiéndose en las quebradas y humedeciéndose en los esteros que aquí y allá corrían entre árboles, rocas y espacios arenosos. Para llegar allí desde el plano había que andar casi una hora por calles, callejones y faldeos cubiertos de humildes casas y ranchos. La primera noche llegué jadeante. La habitación más próxima, el grupo de habitaciones más cercano, estaba a no menos de tres o cuatro cuadras de distancia y sólo un ratero muy miserable o muy endurecido por la necesidad llegaría hasta ese lugar a robarnos la delgada frazada con que nos tapábamos, única prenda, además, que tenía en aquella pieza algún valor comercial, ya que el cuarto no contaba, fuera de la cama, sino con lo que podía llamarse su propia constitución, además de una destartalada mesa, como de empapelador, que se agitaba como azogada

con sólo acercarse a ella y que no podría venderse a nadie, salvo que se la vendiera como leña, para el fuego. Además, el aislamiento en que se hallaba el conventillo hacía difícil entrar a él o huir de él sin ser visto y alcanzado por alguna dura piedra o algo peor. Por otra parte, siempre había en las piezas un obrero sin trabajo o enfermo y en el patio alguna mujeruca tendiendo ropa, lavando o despiojando a un niño. Habría sido inútil también pretender cerrar la puerta, cosa que advertí al día siguiente: no tenía chapa ni llave ni candado; sólo un agujero. Tal vez la chapa había sido robada.

En el momento de marcharnos, una mujer que tendía unas ropas en el patio nos saludó y dijo:

--¿Ya se van, vecinos? ¿No quieren tomar una tacita de café?

Aquello me pareció un canto de pájaro o de ángel, si es que los pájaros o los ángeles pueden ofrecer en la mañana o a cualquiera hora una tacita de café, no una taza, que no tendría tanta gracia, sino una tacita. Con gran sorpresa mía, Cristián no contestó, y Echeverría, que era el socio que siempre llevaba la voz cantante, pues tenía respuesta para todo y que fué el que habló, dijo, sonriendo con esas sonrisas que parecía regalar por debajo del bigote:

--Se la aceptamos si usted acepta que se la paguemos.

La mujer protestó, sonriendo también, en tanto tendía una sábana tan blanca como su sonrisa:

--No, vecino, nada de pago; no vale la pena. Déjeme tender esta ropita y en seguida les doy una taza de café.

Ahora era una taza: la ropita la había hecho crecer. El Filósofo se adelantó a ayudarla y Cristián y yo, que no teníamos nada que hacer, miramos: la mujer engañaba a primera vista. Se parecía algo a la mujer del turco, a la de Mendoza, no sé en qué, en el color, en

con sólo acercarse a ella y que no podría venderse a nadie, salvo que se la vendiera como leña, para el fuego. Además, el aislamiento en que se hallaba el conventillo hacía difícil entrar a él o huir de él sin ser visto y alcanzado por alguna dura piedra o algo peor. Por otra parte, siempre había en las piezas un obrero sin trabajo o enfermo y en el patio alguna mujeruca tendiendo ropa, lavando o despiojando a un niño. Habría sido inútil también pretender cerrar la puerta, cosa que advertí al día siguiente: no tenía chapa ni llave ni candado; sólo un agujero. Tal vez la chapa había sido robada.

En el momento de marcharnos, una mujer que tendía unas ropas en el patio nos saludó y dijo:

--¿Ya se van, vecinos? ¿No quieren tomar una tacita de café?

Aquello me pareció un canto de pájaro o de ángel, si es que los pájaros o los ángeles pueden ofrecer en la mañana o a cualquiera hora una tacita de café, no una taza, que no tendría tanta gracia, sino una tacita. Con gran sorpresa mía, Cristián no contestó, y Echeverría, que era el socio que siempre llevaba la voz cantante, pues tenía respuesta para todo y que fué el que habló, dijo, sonriendo con esas sonrisas que parecía regalar por debajo del bigote:

--Se la aceptamos si usted acepta que se la paguemos.

La mujer protestó, sonriendo también, en tanto tendía una sábana tan blanca como su sonrisa:

--No, vecino, nada de pago; no vale la pena. Déjeme tender esta ropita y en seguida les doy una taza de café.

Ahora era una taza: la ropita la había hecho crecer. El Filósofo se adelantó a ayudarla y Cristián y yo, que no teníamos nada que hacer, miramos: la mujer engañaba a primera vista. Me parecía algo a la mujer del turco, a la de Mendoza, no sé en qué, en el color, en

la humildad de las ropas, en la estatura, en el pelo, pero a ésta podía verla de cerca, trabajando, moviéndose, en tanto que a la otra la había visto siempre inmóvil, de pie junto a una puerta, mirando: el cuerpo de ésta era delgado, pero no ruin sino musculoso y bien delineado; bajo las polleras, negras, se advertían unas caderas plenas y se veía claramente que las nalgas y el traserito, menudo él, se movían con una dependencia absoluta de los otros movimiento del cuerpo y no por su propia cuenta y riesgo. El pecho era pequeño y duro.

Miré a Cristián, creyendo que también hacía sus observaciones, pero Cristián miraba hacia el mar; al parecer, la mujer no le llamaba la atención.

Cuando la mujer y Echeverría terminaron de tender la ropa, entramos a su pieza. Estaba al lado de la nuestra y en ella se sentía el olor que se siente en los cuartos en que duermen niños pequeños y que viene a ser como su esencia, un olor combinado de leche, ropa húmeda y caca: lo aspiré profundamente. Era un olor a hogar, y allí estaban, sobre una de las camas, sentado el uno, acostado el otro, de unos dos años aquél, de meses apenas éste; el primero, con tamaños ojos abiertos, nos miró mientras comía un gran trozo de pan, despeinado, en camisita, la cara morena y reluciente, un mechón de pelo oscuro atravesándole la frente de un lado a otro; no mostró sobresalto alguno, al contrario, saludó agitando una mano. El otro, tendido de espaldas, medio desnudo, no hizo caso alguno de nosotros: miraba hacia el techo y pataleaba furiosamente, como si se le hubiera encargado que lo hiciera, mientras lanzaba pequeños gritos de placer.

--Hola, don Jacinto -- saludó Echeverría al mayor --. ¿Está bueno el pan?

El niño no contestó: un gran bocado se lo impedía, pero movió la

la humildad de las ropas, en la estatura, en el pelo, pero ésta podía
varia de cerca, trepidando, moviéndose, en tanto que a la otra la hu-
día visto siempre inmóvil, de pie junto a una puerta, mirando: el cuer-
po de ésta era delgado, pero no tuin sino musculoso y bien delineado;
pelo las polleras negras, se advertían unas caderas plenas y se veía
claramente que las piernas y el trasero, menudo él, se movían con
una dependencia absoluta de los otros movimiento del cuerpo y no
por su propia cuenta y riesgo. El pecho era pequeño y duro.

Miró a Cristián, creyendo que también hacía sus observaciones,
pero Cristián miraba hacia el mar; al parecer, la mujer no le llamaba
la atención.

Cuando la mujer y Moreverría terminaron de tender la ropa, entra-
ron a su pieza. Estaba al lado de la nuestra y en ella se sentía el
olor que se siente en los cuartos en que duermen niños pequeños y que
viene a ser como su esencia, un olor combinado de leche, ropa húmeda y
cosas: lo aspiré profundamente. Era un olor a hogar, y allí estaban,
sobre una de las camas, sentado el uno, acostado el otro, de unos dos
años aquél, de meses apenas éste; el primero, con tamaños ojos abier-
tos, nos miró mientras comía un gran trozo de pan, deshaciendo, en ca-
misita, la cara morena y reluciente, un mechón de pelo oscuro atrave-
sándole la frente de un lado a otro; no mostró sobresalto alguno, al
contrario, saludó agitando una mano. El otro, tendido de espaldas, me-
dio desnudo, no hizo caso alguno de nosotros: miraba hacia el techo y
pataleaba furiosamente, como si se le hubiera encargado que lo hicie-
ra, mientras lanzaba pequeños gritos de placer.

--Hola, don Jacinto -- saludó Moreverría al mayor --. ¿Está bueno
el pan?

El niño no contestó: un gran bocado se lo impedía, pero movió la

cabeza asintiendo: estaba bueno.

--Siéntense, por favor -- dijo la mujer, pasando un trapo sobre la mesa llena de migas y rociada con algunas gotas de leche --. En un segundo les sirvo.

Mientras limpiaba la mesa me observó rápidamente: era la primera vez que me veía y quizá quería saber qué clase de bicho era. Yo hice lo mismo, mirando su mejilla izquierda, tersa y morena, sobre la cual rolaba un tirabuzón de pelo negro. Su primera mirada fué de reconocimiento, es decir, de curiosidad; la segunda, de sorpresa y de algo más que no habría podido precisar pero que me recordó la mirada de la mujer de Mendoza, una mirada que desde lejos parecía tener un interés distinto del que mostraba desde cerca (pero es que ni desde cerca ni desde lejos eres un buen mozo ni nada que se le parezca; estás flaco, demacrado, tienes los ojos hundidos, la frente estrecha, el pelo tieso y revuelto. Tu cuerpo es alto, sí, pero desgarbado y caminas con la cabeza gacha y la espalda encorvada: parece que buscaras algo por el suelo, pero no buscas nada que se te haya perdido o que esperes encontrar; tu ropa, además, no hace nada por tí, al contrario, te desacredita, y visto de lejos o de cerca parece que sólo te faltara el olor para ser una mata de perejil; de modo que no te hagas ilusiones, Aniceto. No me hago ninguna, Echeverría. Lo que ocurre es que llamas la atención por el contraste que hay entre tu cuerpo y la expresión de tu cara y de tu mirada, una cara de niño y una mirada como de paloma, que debe sorprender a las mujeres, a toda la gente, mejor dicho, y a mí también. Falta mucho tiempo aún para que atraigas a las mujeres, si es que alguna vez llegas a atraerlas. No pretendo atraerlas; únicamente te preguntaba por qué algunas mujeres me miran así. Debe ser por lo que te digo y porque tienen tal vez un espíritu maternal muy desarrollado.

cabeza sintiendo: estaba bueno.

--Siéntense, por favor -- dijo la mujer, pasando un trapo sobre la mesa llena de migas y rociada con algunas gotas de leche --. En un segundo les sirvo.

Mientras limpiaba la mesa me observó rápidamente: era la primera vez que me veía y quizá quería saber qué clase de bicho era. Yo hice lo mismo, mirando su mejilla izquierda, terca y morena, sobre la cual rolaba un tirabuzón de pelo negro. Su primera mirada fué de reconocimiento, es decir, de curiosidad; la segunda, de sorpresa y de algo más que no habría podido precisar pero que me recordó la mirada de la mujer de Mendoza, una mirada que desde lejos parecía tener un interés distinto del que mostraba desde cerca (pero es que ni desde cerca ni desde lejos eres un buen mozo ni nada que se le parezca; estás flaco, demacrado, tienes los ojos hundidos, la frente astrosa, el pelo tieso y revuelto. Tu cuerpo es alto, sí, pero desgarbado y camina con la cabeza gacha y la espalda encorvada; parece que buscaras algo por el suelo, pero no buscas nada que se te haya perdido o que esperes encontrar; tu ropa, además, no hace nada por ti, al contrario, te desacredita, y visto de lejos o de cerca parece que sólo te faltara el olor para ser una mata de perejil; de modo que no te hagas ilusiones, Aniceto. No me hago ninguna. Comprendí. Lo que ocurre es que llamas la atención por el contraste que hay entre tu cuerpo y la expresión de tu cara y de tu mirada, una cara de niño y una mirada como de palomas, que debe sorprender a las mujeres, a toda la gente, mejor dicho, y a mí también. Falta mucho tiempo aún para que atraigas a las mujeres, si es que algún vas. Llegas atrasado. No pretendo atraerlas; únicamente te pregunto por qué algunas mujeres me miran así. Debe ser por lo que te digo y porque tienen tal vez un espíritu maternal muy desarrollado.

A mí no me miran jamás con ninguna mirada agradable: estoy muy crecidito ya y mis bigotes, además, las espantan. Los pobres diablos como yo jamás deberíamos usar bigotes, pero si me los cortara sería peor: tengo un labio superior más horroroso que el bigote. Anda, dame otro poco de vino.)

El cuarto era, comparado con el nuestro, casi elegante; era más amplio y se veían allí dos catres de hierro en buen estado, colchas limpias e intactas, almohadas con fundas y sábanas, ¡sábanas limpias!; aquí y allá dos pequeños aparadores de cañas de bambú con tablas cubiertas de hule; una mesa, tres o cuatro sillas y un velador entre las dos camas; además, un canasto grande, de lavandera, y una tabla de planchar colocada entre dos caballetes. Era un amoblado humilde, aunque completo y bien tenido. Se suponía, sí, que cuando llegara un tercer niño el matrimonio debería irse de allí; quedarían muy estrechos. Al lado de la mesa, en el suelo y dentro de un brasero de latón, borboteaba una tetera y amenazaba subirse, dentro de un jarro de hierro enlozado, una porción de leche. La mujer removió el fuego, puso unas tazas y unos platillos sobre la mesa y unos trozos de pan y un platillo con mantequilla. Era un desayuno en regla, un desayuno que no veía ni comía desde mucho tiempo y me senté, avergonzado y anheloso a la vez, ante la mesa. Me sentía bien: había allí acogimiento, calor, intimidad, olor a niños. En un instante, con sus delgadas manos, la mujer nos sirvió café y leche, tostó unos pedazos de pan, les echó una capa de mantequilla, los puso sobre un plato que colocó en el centro de la mesa y nos animó:

--Listo: sírvanse antes de que se enfríe. Por aquí, don Alfonso.

Echeverría, que había tomado la iniciativa al aceptar la invitación, estaba confuso y torpe; se le enrojeció el rostro e inclinó la

A mí no me miran jamás con ninguna mirada agradable: estoy muy crecidito ya y mis bigotes, además, les espantan. Los pobres diablos como yo jamás deberíamos usar bigotes, pero si me los cortase sería peor: tengo un labio superior más borroroso que el bigote. Anda, dame otro poco de vino.)

El cuarto era, comparado con el nuestro, casi elegante; era más amplio y se veían allí dos camas de hierro en buen estado, colchas limpias e intactas, almohadas con fundas y sábanas. ¡Sábanas limpias! Sobre y allí dos pequeños aparadores de caña de bambú con tablas cubiertas de hule; una mesa, tres o cuatro sillas y un velador entre las dos camas; además, un consolo grande, de lavandera, y una tabla de planchar colocada entre dos caballetes. Era un amoblado humilde, aunque completo y bien tenido. De aquello, sí, que cuando llegara un terrible niño el matrimonio debería irse de allí; quedarían muy estrechos. Al lado de la mesa, en el suelo y dentro de un brasero de latón, borboteaba una tetera y amenazaba subirse, dentro de un tarro de hierro enlozado, una porción de leche. La mujer removió el fuego, puso unas tazas y unos platillos sobre las mesas y unos trozos de pan y un platillo con mantequilla. Era un desayuno en regla, un desayuno que no veía mi comida desde mucho tiempo y me sentó, avergonzado y ambicioso a la vez, ante la mesa. Me sentía bien: había allí acogimiento, calor, humidad, olor a niños. En un instante, con sus delgadas manos, la mujer nos sirvió café y leche, tostó unos pedazos de pan, les echó una capa de mantequilla, los puso sobre un plato que colocó en el centro de la mesa y nos animó:

--Listo: sírvanse antes de que se enfríe. Por aquí, don Alfonso.

Mogaverría, que había tomado la iniciativa al aceptar la invitación, estaba confuso y torpe; se le enredaba el cuerpo e inclinó la

cabeza. Cristián, sin apresurarse, pero también sin detenerse, tomó la iniciativa; lo imité, resuelto. La mujer miraba a Alfonso.

--Ya, don Alfonso, sírvase. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

Creí que mi amigo echaría a llorar, tan compungido se le veía. Reaccionó, por fin, y dijo, sentándose ante la mesa, con una voz un poco quebrada:

--¿Y el maestro Jacinto? ¿Está bien?

--Muy bien -- afirmó la mujer, que estaba de pie, cerca de la mesa --. Tiene lejos el trabajo y se va muy temprano. A las seis ya va bajando el cerro.

--Es hombre muy trabajador -- aseguró El Filósofo, sin gran entusiasmo.

La mujer asintió:

--Sí, pero si no hubiera tanto vino en las cantinas, trabajaría menos.

Echeverría miró a la mujer.

--¿Sigue gustándole el tinto?

--Es lo único que le gusta: no hay noche que no llegue por lo menos con dos botellas en el cuerpo, y dos botellas no son nada para él, un sorbo que apenas le alcanza para humedecerse las guías del bigote.

Aquella me resultaba divertido. Nunca había oído hablar sobre esos temas.

--¿Y cuántas botellas necesita para sentirse satisfecho? -- pregunté.

--Nadie lo ha sabido hasta ahora, ni él mismo -- contestó la mujer, sonriendo --. Cuando empieza a beber con dinero en el bolsillo y tiempo por delante, nunca bebe de a medios vasos de una vez sino siempre vasos llenos, sean del tamaño que sean; bebe de a medios vasos de una

cabeza. Cristián, sin apresurarse, pero también sin detenerse, tomó la iniciativa; lo imité, resuelto. La mujer miraba a Alfonso.

--Ya, don Alfonso, sírvase. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

Creí que mi amigo echaría a llorar, tan compungido se le veía. Reaccionó, por fin, y dijo, sentándose ante la mesa, con una voz un poco quebrada:

--¿Y el maestro Jacinto? ¿Está bien?

--Muy bien -- afirmó la mujer, que estaba de pie, cerca de la mesa --. Tiene lejos el trabajo y se va muy temprano. A las seis ya va bajando el cerro.

--Es hombre muy trabajador -- aseguró El Filósofo, sin gran entusiasmo.

La mujer asintió:

--Sí, pero si no hubiera tanto vino en las cantinas, trabajaría menos.

Echeverría miró a la mujer.

--¿Sigue gustándole el tinto?

--Es lo único que le gusta: no hay noche que no llegue por lo menos con dos botellas en el cuerpo, y dos botellas no son nada para él, un sorbo que apenas le alcanza para humedecerse las guías del bigote.

Aquello me resultaba divertido. Nunca había oído hablar sobre esos temas.

--¿Y cuántas botellas necesita para sentirse satisfecho? -- preguntó.

--Nadie lo ha sabido hasta ahora, ni él mismo -- contestó la mujer, sonriendo --. Cuando empieza a beber con dinero en el bolsillo y tiempo por delante, nunca bebe de a medios vasos de una vez sino siempre vasos llenos, sean del tamaño que sean; bebe de a medios vasos de una

vez sólo cuando va a beber poco, unas dos botellas, o cuando, después de muchas, tiene, según él mismo dice, el vino hasta la manzana; entonces no se puede agachar, no por miedo de caerse sino por el de que el vino le salga por la nariz.

Reímos.

--Lo más curioso de todo -- agregó la mujer, que parecía hablar con placer sobre el asunto -- es que el vino no le hace nada; lo emborracha, es cierto, pero no lo enferma. Creo que si bebiera de una vez tanta agua como bebe vino, se enfermaría; con vino, no. Otras personas vomitan, les duele la cabeza, amanecen con el estómago revuelto, les salta el corazón, les tirita el pulso, pero él. . . A veces no llega a dormir; se emborracha tanto que no puede llegar hasta su casa; se queda por ahí, despierto o dormido, sentado quizá; pero al día siguiente, a la hora justa, está en el trabajo, sin un dolor, una molestia, bien serio, tieso todavía de vino y dándole al martillo y al serrucho.

A los pocos días conocí al maestro Jacinto: era un hombretón alto, de gran espalda y alto pecho, muy moreno, de bigotes, largas piernas y seguro andar; me miró de lado y a pesar de que me vió saliendo de una pieza vecina de la suya no me saludó ni dijo palabra alguna; parecía hombre muy silencioso; y noches después, mientras Cristián, con aguja e hilo en una mano y su camisa en la otra, intentaba remendarla a la luz de su cabo de vela, y El Filósofo, sentado junto a él, leía un trozo de diario viejo, de un mes o un año atrás -- lo había sacado de debajo del colchón --, y yo, con la cabeza afirmada en una mano, procuraba adivinar lo que se decía en las páginas de una revista tal vez tan vieja como el diario que leía El Filósofo, sentimos que el maestro Jacinto llegaba a su cuarto, no silencioso como lo era corrien-

vez sólo cuando va a beber poco, unas dos botellas, o cuando, después de muchas, tiene, según él mismo dice, el vino hasta la manzana; entonces no se puede agachar, no por miedo de caerse sino por el de que el vino le salga por la nariz.

Reímos.

--Lo más curioso de todo -- agregó la mujer, que parecía hablar con placer sobre el asunto -- es que el vino no le hace nada; lo emborracha, es cierto, pero no lo enferma. Creo que si bebiera de una vez tanta agua como bebe vino, se enfermaría; con vino, no. Otras personas vomitan, les duela la cabeza, amanecen con el estómago revuelto, les salta el corazón, les tirita el pulso, pero él. . . A veces no llega a dormir; se emborracha tanto que no puede llegar hasta su casa; se queda por ahí, despierto o dormido, sentado quizá; pero al día siguiente, a la hora justa, está en el trabajo, sin un dolor, una molestia, bien serio, tieso todavía de vino y dándole al martillo y al serrucho.

A los pocos días conocí al maestro Jacinto: era un hombretón alto, de gran espalda y alto pecho, muy moreno, de bigotes, largas piernas y seguro andar; me miró de lado y a pesar de que me vió saliendo de una pieza vecina de la suya no me saludó ni dijo palabra alguna; parecía hombre muy silencioso; y noches después, mientras Cristián, con aguja e hilo en una mano y su camisa en la otra, intentaba remendarla a la luz de su cabo de vela, y El Filósofo, sentado junto a él, leía un trozo de diario viejo, de un mes o un año atrás -- lo había sacado de debajo del colchón --, y yo, con la cabeza afirmada en una mano, procuraba adivinar lo que se decía en las páginas de una revista tal vez tan vieja como el diario que leía El Filósofo, sentimos que el maestro Jacinto llegaba á su cuarto, no silencioso como lo era corrien-

temente sino, al contrario, hablando y cantando unos versos que hablaban del puerto de Valparaíso: "Puerto de Valparaíso --, ventanas y corredores --, donde se embarca el marino -- junto con los cargadores."

Su canción fué recibida con un silencio impresionante; lo repitió y recibió entonces una advertencia:

--Acuéstate, borracho; los niños están durmiendo; no metas bulla.

Pero el carpintero, alegre, siguió cantando con su voz bronca los demás versos de la canción y pareció pasearse de allá para acá; rió después y por fin se sintió un tropezón, un golpe atroz y en seguida, en vez de llantos de niños o rezongos de mujer, un nuevo gran silencio, como si el maestro Jacinto, al caer, hubiese aplastado y muerto a toda su familia, lo que no era nada difícil. Después de un instante se oyó jadear a alguien; escuchamos: la mujer exclamó:

--¡Borracho del diablo! Además de llegar en ese estado viene a hacer tonterías. . .

El Filósofo había dejado de leer y escuchaba con atención; Cristián, escuchando también, pestañeaba ante la luz mientras hacía delicadas maniobras para lograr unir los dos bordes de un rasgón; estaba cubierto nada más que por su chaqueta, y la piel, blanca, se le veía llena de algo como picaduras. Se oyó un golpecito en el muro y de nuevo la voz de la mujer:

--Vecino. . .

Nadie contestó ni se movió; no sabíamos a quién se dirigía. La mujer insistió, con mucha dulzura ahora:

--Vecino Alfonso. . .

--¿Qué pasa, señora? -- preguntó Echeverría, con igual dulzura, e irguiéndose.

La mujer respondió, afligida:

temente sino, al contrario, hablando y cantando unos versos que hablaban del puerto de Valparaíso: "Puerto de Valparaíso --, ventanas y corredores --, donde se embarca el marino -- junto con los cargadores."

Su canción fué recibida con un silencio impresionante; lo repitió y recibió entonces una advertencia:

--Acuéstate, borracho; los niños están durmiendo; no metas bulla.

Pero el carpintero, alegre, siguió cantando con su voz bronca los demás versos de la canción y pareció pasearse de allá para acá; rió después y por fin se sintió un tropezón, un golpe atroz y en seguida, en vez de llantos de niños o rezongos de mujer, un nuevo gran silencio, como si el maestro Jacinto, al caer, hubiese aplastado y muerto a toda su familia, lo que no era nada difícil. Después de un instante se oyó jadear a alguien; escuchamos: la mujer exclamó:

--¡Borracho del diablo! Además de llegar en ese estado viene a hacer tonterías. . .

El Filósofo había dejado de leer y escuchaba con atención; Cristián, escuchando también, pestañeaba ante la luz mientras hacía delicadas maniobras para lograr unir los dos bordes de un rasgón; estaba cubierto nada más que por su chaqueta, y la piel, blanca, se le veía llena de algo como picaduras. Se oyó un golpecito en el muro y de nuevo la voz de la mujer:

--Vecino. . .

Nadie contestó ni se movió; no sabíamos a quién se dirigía. La mujer insistió, con mucha dulzura ahora:

--Vecino Alfonso. . .

--¿Qué pasa, señora? -- preguntó Echeverría, con igual dulzura, e irguiéndose.

La mujer respondió, afligida:

--Venga a ayudarme a levantar a este borracho; no lo puedo mover.

Mi amigo dejó a un lado el trozo de diario y salió hacia el patio. Creí que Cristián lo acompañaría, pero Cristián no hizo movimiento alguno; todo su interés estaba concentrado en los restos de su camisa y siguió cosiendo. Me erguí, pero Cristián levantó la cabeza y me detuvo con un ademán, diciendo al mismo tiempo en voz baja:

--No vaya.

Me detuve, lleno de sorpresa.

--¿Por qué? -- le pregunté.

Repuso:

--Déjelo solo.

--Pero ¿podrá el solo?

Hizo ahora un gesto que me dejó más sorprendido aun, un gesto que indicaba algo que en ese instante era difícil comprender. Me encogí de hombros y lo miré, interrogándole:

--¿Qué quiere decir?

Entonces susurró, señalando con su dedo hacia el cuarto vecino:

--Le gusta.

--¿Le gusta?

--Sí.

Creo que estaba con la boca abierta.

--¿Le gusta? ¿Qué es lo que le gusta?

Cristián sonrió y puso un dedo sobre sus labios, pidiendo que callara. Callé y escuchamos: Echeverría abrió la puerta del cuarto vecino y preguntó:

--¿Qué pasa, vecina?

La mujer contestó, con la misma voz afligida:

--Este hombre, don Alfonso: se ha caído y no lo puedo levantar.

--Venga a ayudarme a levantar a este borracho; no lo puedo mover.

Mi amigo dejó a un lado el trozo de diario y salió hacia el patio. Creí que Cristián lo acompañaría, pero Cristián no hizo movimiento alguno; todo.su interés estaba concentrado en los restos de en cima y siguió cosiendo. Me erguí, pero Cristián levantó la cabeza y me detuvo con un ademán, diciendo al mismo tiempo en voz baja:

--No vaya.

Me detuve, lleno de sorpresa.

--¿Por qué? -- le pregunté.

Repuso:

--Déjelo solo.

--Pero ¿podrá el solo?

Hizo ahora un gesto que me dejó más sorprendido aun, un gesto que indicaba algo que en ese instante era difícil comprender. Me encogí de hombros y lo miré, interrogándole:

--¿Qué quiere decir?

Pronunció enseguida, señalando con su dedo hacia el cuarto vecino:

--Le gusta.

--¿Le gusta?

--Sí.

Creo que estaba con la boca abierta.

--¿Le gusta? ¿Qué es lo que le gusta?

Cristián sonrió y puso un dedo sobre sus labios, pidiendo que callara. Calló y escuchamos: Echeverría abrió la puerta del cuarto vecino y preguntó:

--¿Qué pasa, vecina?

La mujer contestó, con la misma voz afligida:

--Este hombre, don Alfonso: se ha caído y no lo puedo levantar.

No era raro: el carpintero pesaba sus kilos y me figuré que ni siquiera mi amigo podría con él.

--A ver, a ver. ¡Vaya! Ha elegido la peor postura.

El borracho había caído entre las dos camas y luego, moviéndose, quedó atravesado entre ellas. Era necesario hacerlo girar y levantarlo después. Lo difícil estaba en efectuar el primer movimiento, pero Echeverría, que no tenía mucha fuerza, tenía en cambio inventiva y propuso:

--Corramos la cama.

Se sintió rodar un catre; un niño se quejó y luego oímos un jadeo: El Filósofo cogía al hombre por alguna parte y lo hacía girar o correr.

--Ayúdeme; tómelo de ahí, de los pies. Así.

Sonó de nuevo el catre, se sintió un doble quejido y el elástico de una de las camas rechinó bajo el precioso peso del maestro Jacinto. Después de eso todo quedó en silencio, un silencio que duró algunos segundos. Miré a Cristián: seguía cosiendo y escuchando. Sonaron en seguida los pasos de Echeverría, se abrió la puerta de nuestro cuarto y El Filósofo entró, sentándose de nuevo junto a la vela y cogiendo otra vez el trozo de diario; no pudo leer, sin embargo: el esfuerzo y la impresión le habían hecho perder la calma; suspiró profundamente, dejó el diario y se levantó, paseándose largo rato por el cuarto, muy silencioso.

(--El sinvergüenza de Cristián tiene razón: me gusta, pero me gusta como el viento o la luna, ¿para qué?, nada más que para sentirla o mirarla; nunca será mía y jamás se me ocurrirá ni siquiera insinuárselo. Se vinieron a esa pieza cuando yo ya vivía en la mía, solo, hará unos tres años, más o menos. En esa pieza pasaron su luna de miel y en

No era raro: el carpintero pesaba sus kilos y me figuré que ni siquiera mi amigo podría con él.

--A ver, a ver. ¡Vaya! Ha elegido la peor postura.

El borracho había caído entre las dos camas y luego, moviéndose, quedó atravesado entre ellas. Era necesario hacerlo girar y levantarlo después. Lo difícil estaba en efectuar el primer movimiento, pero Echeverría, que no tenía mucha fuerza, tenía en cambio inventiva y propuso:

--Corramos la cama.

Se sintió rodar un catre; un niño se quejó y luego oímos un jadeo: El Filósofo cogía al hombre por alguna parte y lo hacía girar o correr.

--Ayúdeme; tómelo de ahí, de los pies. Así.

Sonó de nuevo el catre, se sintió un doble quejido y el elástico de una de las camas rechinó bajo el precioso peso del maestro Jacinto. Después de eso todo quedó en silencio, un silencio que duró algunos segundos. Miré a Cristián: seguía cosiendo y escuchando. Sonaron en seguida los pasos de Echeverría, se abrió la puerta de nuestro cuarto y El Filósofo entró, sentándose de nuevo junto a la vela y cogiendo otra vez el trozo de diario; no pudo leer, sin embargo: el esfuerzo y la impresión le habían hecho perder la calma; suspiró profundamente, dejó el diario y se levantó, paseándose largo rato por el cuarto, muy silencioso.

(--El sinvergüenza de Cristián tiene razón: me gusta, pero me gusta como el viento o la luna, ¿para qué?, nada más que para sentirla o mirarla; nunca será mía y jamás se me ocurrirá ni siquiera insinuárselo. Se vinieron a esa pieza cuando yo ya vivía en la mía, solo, hará unos tres años, más o menos. En esa pieza pasaron su luna de miel y en

esa pieza ha tenido ella sus dos niños; he sido testigo de todo, aunque sólo de oídas, que es a veces la peor forma de serlo; he oído sus quejas de amor y sus quejidos de dolor."Estaba durmiendo aquella noche y no sé qué hora sería cuando me despertó un tumulto horroroso: gritos, carcajadas, aullidos de perros, maullidos de gatos, bramidos de toro, cacareos, mugidos, todo lo que la garganta humana y animal puede producir e imitar. Sentí que abrían la puerta del cuarto y eso me sorprendió: en la mañana, al marcharme, estaba desocupado, pero, sin duda, durante mi ausencia habían traído los muebles; el mayordomo no me había dicho nada y, por lo demás, no tenía por qué decírmelo; en los conventillos se acostumbra uno a vivir al lado de la gente más extraordinaria, ladrones, policías, trabajadores, mendigos, asaltantes, comerciantes, de todo, gente que se cambia de un lugar a otro con mucha más frecuencia que de ropa interior; pero en alguna parte han de vivir, ¿no es cierto?; existen y necesitan exactamente de todo lo que los demás necesitan."Abrieron la puerta, como te digo, y entraron los gritones, los maulladores, los mugidores, los bramadores, y se oían voces de hombres y gritos y risas de mujeres que reían y gritaban como si les estuviesen levantando las faldas y se asustaran y les gustara al mismo tiempo. ¿Qué demonios pasaba? Después de un momento caí en la cuenta: alguien repetía, como si le pagaran para ello, un mismo grito en tono menor: ¡vivan los novios! No creí, al principio, que se tratara efectivamente de novios, es decir, de recién casados; supuse que se trataba de una pareja, es cierto, marido y mujer, casados ya o no casados, y que lo de novios era una broma, una pareja, joven o no, que se venía a vivir allí y a la cual sus amistades acompañaban a su nuevo domicilio."Esperé que aquello se calmara; después dormiría; hay que ser tolerante con los entretenimientos ajenos, hasta cierto punto,

esa pieza ha tenido ella sus dos niños; he sido testigo de todo, aunque sólo de oídas, que es a veces la peor forma de serlo; he oído sus quejas de amor y sus quejidos de dolor.] "Estaba durmiendo aquella noche y no sé qué hora sería cuando me despertó un tumulto horroroso: gritos, carcajadas, aullidos de perros, maullidos de gatos, bramidos de toro, cacareos, mugidos, todo lo que la garganta humana y animal puede producir e imitar. Sentí que abrían la puerta del cuarto y eso me sorprendió: en la mañana, al marcharme, estaba desocupado, pero, sin duda, durante mi ausencia habían traído los muebles; el mayordomo no me había dicho nada y, por lo demás, no tenía por qué decírmelo; en los conventillos se acostumbra uno a vivir al lado de la gente más extraordinaria, ladrones, policías, trabajadores, mendigos, asaltantes, comerciantes, de todo, gente que se cambia de un lugar a otro con mucha más frecuencia que de ropa interior; pero en alguna parte han de vivir, ¿no es cierto?; existen y necesitan exactamente de todo lo que los demás necesitan.] "Abrieron la puerta, como te digo, y entraron los gritones, los maulladores, los mugidores, los bramadores, y se oían voces de hombres y gritos y risas de mujeres que reían y gritaban como si les estuviesen levantando las faldas y se asustaran y les gustara al mismo tiempo. ¿Qué demonios pasaba? Después de un momento caí en la cuenta: alguien repetía, como si le pagaran para ello, un mismo grito en tono menor: ¡vivan los novios! No creí, al principio, que se tratara efectivamente de novios, es decir, de recién casados; supuse que se trataba de una pareja, es cierto, marido y mujer, casados ya o no casados, y que lo de novios era una broma, una pareja, joven o no, que se venía a vivir allí y a la cual sus amistades acompañaban a su nuevo domicilio.] "Esperé que aquello se calmara; después dormiría; hay que ser tolerante con los entretenimientos ajenos, hasta cierto punto,

claro. Pero las cosas no se calmaron; se calmó el escándalo, sí, se fueron los que gritaban, los que aullaban, los que bramaban, los que cacacareaban y los que mugían, pero el maestro Jacinto y su mujer, su mujer nuevecita y para él solo, se quedaron. Tú has visto al maestro Jacinto: no habla sino raras veces y sólo canta cuando está borracho; bueno, aquella noche habló menos que nunca; no era una noche para hablar. No hubo nada previo, nada de aquello que se supone que ocurrirá o se dirá en esas circunstancias: se fue contra la mujer como se va contra las botellas de vino: de un viaje, y ni él ni ella intentaron disimular nada ni pretendieron pasar inadvertidos desapercibidos; parecían creer que estaban solos en el conventillo y casi solos en el cerro y en la ciudad." Pensé levantarme e irme a vagar por ahí, a refrescarme, pero después pensé: bah, me quedaré dormido pronto; cómo no; imposible dormir, y no porque sea vicioso o curioso, nada de eso; lo que ocurrió es que la pasión de esa mujer resultó tan extraordinaria, tan desusada, sobre todo en una mujer como la de aquella noche, virgen y recién desflorada, que se me quitó el sueño como si me lo hubieran retirado con la mano. Jamás había oído hablar de nada semejante y si alguien me lo hubiera contado no lo habría creído; casi me producía temor y te juro que en ningún momento, después de los primeros instantes, desée estar en el lugar del carpintero. Se quedó dormido pronto -- quizá cuánto vino había bebido para celebrar su boda -- y ella entonces lo despertó con quejas, arrumacos y besos; gruñó, pero despertó; se volvió a dormir y lo despertó de nuevo; volvió a gruñir y creo que la amenazó con darle una bofetada; ella insistió. ¡Para qué te repito lo que le decía! Sería ridículo. Toda la noche estuvo despierta; yo también; el maestro Jacinto dormía, roncaba, bufaba, gruñía, se pedía; ella, despierta, lo arrullaba, lo acariciaba, le decía palabritas que

claro. Pero las cosas no se calmaron; se calmó el escándalo, sí, se fueron los que gritaban, los que aullaban, los que bramaban, los que cacareaban y los que mugían, pero el maestro Jacinto y su mujer, su mujer nuevecita y para él solo, se quedaron. Tú has visto al maestro Jacinto: no habla sino raras veces y sólo canta cuando está borracho; bueno, aquella noche habló menos que nunca; no era una noche para hablar. No hubo nada previo, nada de aquello que se supone que ocurrirá o se dirá en esas circunstancias: se fue contra la mujer como se va contra las botellas de vino: de un viaje, y ni él ni ella intentaron disimular nada ni pretendieron pasar desapercibidos; parecían creer que estaban solos en el conventillo y casi solos en el cerro y en la ciudad. "Pensé levantarme e irme a vagar por ahí, a refrescarme, pero después pensé: bah, me quedaré dormido pronto; cómo no; imposible dormir, y no porque sea vicioso o curioso, nada de eso; lo que ocurrió es que la pasión de esa mujer resultó tan extraordinaria, tan desusada, sobre todo en una mujer como la de aquella noche, virgen y recién desflorada, que se me quitó el sueño como si me lo hubieran retirado con la mano. Jamás había oído hablar de nada semejante y si alguien me lo hubiera contado no lo habría creído; casi me producía temor y te juro que en ningún momento, después de los primeros instantes, desée estar en el lugar del carpintero. Se quedó dormido pronto -- quizá cuánto vino había bebido para celebrar su boda -- y ella entonces lo despertó con quejas, arrumacos y besos; gruñó, pero despertó; se volvió a dormir y lo despertó de nuevo; volvió a gruñir y creo que la amenazó con darle una bofetada; ella insistió. ¡Para qué te repito lo que le decía! Sería ridículo. Toda la noche estuvo despierta; yo también; el maestro Jacinto dormía, roncaba, bufaba, gruñía, se pedía; ella, despierta, lo arrullaba, lo acariciaba, le decía palabritas que

me hicieron sonreír cuando contemplé, después, a quien habían sido dirigidas. . .] "Hasta este momento no sé si aquello era espontáneo o si alguien, su madre o una amiga o hermana, la aconsejaron; lo que puedo decirte es que, para desgracia mía y para felicidad del maestro Jacinto, o al revés, no duró mucho tiempo. Al día siguiente él se levantó muy temprano, se lavó, preparó su desayuno y se fué a trabajar; y se fué sin despedirse de ella, que tal vez dormía. Yo oía todo, todo, y lo seguí oyendo durante varias noches, no sé cuántas, no demasiadas, por suerte, pero sí las suficientes.] "Al otro día, cuando vi a la mujer, me quedé de una pieza: tú la conoces, es una pluma, delgada, ágil, liviana, con una cara que no tiene nada de extraordinario, excepto los ojos, llenos de una luz que alumbra desde muy adentro. ¿De modo que esa era la fiera erótica? No se dió cuenta de nada, es decir, no se dió cuenta de que alguien pudo oirla, y a la noche siguiente -- llegué temprano y silenciosamente al cuarto -- siguió con su pasión. El maestro Jacinto se reía por debajo de los bigotes: jo, jo, jo -- ¿qué más quería un hombre como él que una mujer como aquella? --, pero se reía sólo hasta el momento en que, ya satisfecho y cansado, el sueño lo hundía en las tinieblas; ella lo despertaba y él accedía, aunque gruñendo: había trabajado todo el día -- es carpintero de obra --, de pie o volgando de un andamio y, además, con seguridad y como lo hace hasta ahora, antes de venirse a su casa se bebía sus dos botellitas de vino; comía, se acostaba y se entretenía un rato con ella, pero, aunque es todavía un hombre jomen, a las once de la noche era una piedra, una piedra que la mujer lograba a veces despertar y conmover, pero a la cual no pudo ni siquiera hacer gruñir cuando, varias noches después de la primera, llegó borracho.] "Rogó, amenazó, suplicó, arrulló; en vano: el maestro Jacinto era sólo un inmenso ronquido, un ron-

quido que estremecía las murallas del cuarto. Allí se acabó: desde esa noche la pasión se fué apagando como un fuego que nadie alimenta sino que, al contrario, alguien apaga. El vino lo apagó y sólo volvió a encenderse, de vez en cuando, cuando él ponía algo de su parte; pero ya no era el mismo fuego. Yo escuchaba siempre y a veces me sentía feliz de que se apagara y a veces me sentía triste; terminaba algo que me hacía sufrir, pero también algo que me hacía gozar, no de mala manera sino de otra, que no sé explicarte: aquella pasión, en la cual yo no tenía nada que ver -- era sólo un auditor --, me daba una poderosa sensación de vida; no era únicamente carnal, grosera, no; había en ella, en la mujer, algo tan profundamente tierno en medio de algo tan ardiente, algo tan puro en medio de algo tan oscuro, que su desaparición me causó tristeza; era como el fin de una novela cuya vida y sentimientos termina uno por compartir." Algunas noches, solo en mi cuarto, pensaba: me gustaría tener una mujer como ésta, cariñosa, tierna, ardiente, de todo. Después pensaba: ¿para qué? Me portaría con ella como el maestro Jacinto, quizá peor porque soy un enfermo y un flojo y llegaría el momento en que ante sus besos, sus arrullos, sus cariños, sólo respondería con un gruñido o con una amenaza. . . Y aunque Cristián te diga que esa mujer me gusta, no le creas o créele a medias: me gusta como un recuerdo, como el recuerdo de algo perdido, de una belleza o de una hermosa fuerza que desapareció. Lo peor de todo es que el maestro Jacinto no se ha dado cuenta de que aquella mujer y aquella pasión han desaparecido; jamás ha dicho una palabra que se refiera a ello. Es como si no hubiera existido. Y es posible que tampoco ella se acuerde. Yo soy el único que recuerda todo.)

quido que estremecía las murallas del cuarto. Allí se acabó: desde esa noche la pasión se fué apagando como un fuego que nadie alimenta sino que, al contrario, alguien apaga. El vino lo apagó y sólo volvió a encenderse, de vez en cuando, cuando él ponía algo de su parte; pero ya no era el mismo fuego. Yo escuchaba siempre y a veces me sentía feliz de que se apagara y a veces me sentía triste; terminaba algo que me hacía sufrir, pero también algo que me hacía gozar, no de mala manera sino de otra, que no sé explicarte: aquella pasión, en la cual yo no tenía nada que ver -- era sólo un auditor --, me daba una poderosa sensación de vida; no era únicamente carnal, grosera, no; había en ella, en la mujer, algo tan profundamente tierno en medio de algo tan ardiente, algo tan puro en medio de algo tan oscuro, que su desaparición me causó tristeza; era como el fin de una novela cuya vida y sentimientos termina uno por compartir. "Algunas noches, solo en mi cuarto, pensaba: me gustaría tener una mujer como ésta, cariñosa, tierna, ardiente, de todo. Después pensaba: ¿para qué? Me portaría con ella como el maestro Jacinto, quizá peor porque soy un enfermo y un flojo y llegaría el momento en que ante sus besos, sus arrullos, sus cariños, sólo respondería con un gruñido o con una amenaza. . . Y aunque Cristián te diga que esa mujer me gusta, no le creas o créele a medias: me gusta como un recuerdo, como el recuerdo de algo perdido, de una belleza o de una hermosa fuerza que desapareció. Lo peor de todo es que el maestro Jacinto no se ha dado cuenta de que aquella mujer y aquella pasión han desaparecido; jamás ha dicho una palabra que se refiera a ello. Es como si no hubiera existido. Y es posible que tampoco ella se acuerde. Yo soy el único que recuerda todo.)

## IX

Bajamos despacio el cerro. El desnivel obliga a la gente a caminar de prisa, aunque no es sólo el desnivel el que la empuja; es también el trabajo o la cesantía, la comida, la mujer o alguno de los niños, enfermo, la ropa a punto de perderse en la casa de préstamos, el dinero que se va a pedir prestado y estotro y lo de más allá: se tiene ésto y falta aquéllo y siempre es más lo que falta que lo que se tiene. El hombre hace lo que puede: trabaja y gana algo, no tanto, sin embargo, que le permita cubrir todos los gastos; debe entonces trabajar la mujer y el niño mayor si tiene edad suficiente y a veces aunque no la tenga; lavar, coser, vender diarios, lustrar zapatos, soplar botellas en una fábrica de vidrios o cargar y descargar tablas en una barraca: siempre hay alguien que tiene trabajo para un niño; se le paga menos y eso es siempre una economía industrial o comercial; algunos mendigan, otros roban y así se va viviendo o muriendo. Pero nosotros nos reímos del desnivel; no tenemos mujer ni hijos, no tenemos ropa empeñada -- la poca que tenemos la llevamos puesta -- y nadie nos prestaría ni cinco centavos; es una ventaja, una ventaja que nos permite caminar paso a paso, detenernos cuando lo queremos, mirar, reír, conversar [redacted] y sentarnos aquí o allá. Marchamos en fila si la acera es ancha, de uno en fondo si es angosta y de a dos adelante y uno atrás o uno adelante y dos atrás si no es más que mediana. Las

IX

Dejamos despacio el cerro. El desnivel obliga a la gente a caminar de prisa, aunque no se sólo el desnivel el que la empuja; se también el trabajo o la cesantía, la comida, la mujer o algunos de los niños, enfermo, la ropa a punto de perderse en la casa de préstamos, el dinero que se va a pedir prestado y setotro y lo de más allá: se tiene ésto y falta aquéllo y siempre es más lo que falta que lo que se tiene. El hombre hace lo que puede: trabaja y gana algo, no tanto, sin embargo, que le permita cubrir todos los gastos; debe entonces trabajar la mujer y el niño mayor si tiene edad suficiente y a veces aunque no la tenga; lavar, coser, vender dulces, lustrar zapatos, colocar botellas en una fábrica de vidrios o cargar y descargar tablas en una barraca: siempre hay alguien que tiene trabajo para un niño; se le pega menos y eso se siempre una economía industrial o comercial; algunos mendigan, otros roban y así se va viviendo o muriendo. Pero nosotros nos reímos del desnivel; no tenemos mujer ni hijos, no tenemos ropa empeñada -- la poca que tenemos la llevamos puesta -- y nadie nos presentaría ni cinco centavos; se una ventaja, una ventaja que nos permite caminar paso a paso, detenernos cuando lo queremos, mirar, reír, conversar [redacted] y sentarnos aquí o allá. Merodeamos en fila si la acera se ancha, de uno en fondo si se angosta y de a dos adelante y uno atrás o uno adelante y dos atrás si no es más que mediana. Las

calles de los cerros no obedecen a ninguna ley ni cálculo urbanístico; han sido trazadas, hechas, mejor dicho, procurando gastar el menor esfuerzo en subirlas, pues se trata de subirlas, no de andarlas, como las calles del plano; por lo demás, muchas están de sobra, ya que por ellas rara vez transita un vehículo; el desnivel lo impide, la pendiente se opone y sólo algún cargador con su caballo o un vendedor con su burro pasa por ellas. Las casas achican a las aceras y las calzadas las ayudan a achicarlas. Cristián marcha siempre por la orilla de la acera próxima a las casas -- algunas no son más que ranchos y otras parecen jaulas: para llegar a ellas es necesario trepar tres o cuatro metros de empinada escalera -- y las mira, de pasada, con minuciosidad, como si en cada una encontrara o fuese a encontrar algo extraordinario; a veces se detiene frente a una de ellas y entonces El Filósofo debe llamarle la atención:

--Camine, Cristián; no se detenga. Aquí no hay nada para usted.

calles de los cerros no obedecen a ninguna ley ni cálculo urbanístico; han sido trazadas, hechas, mejor dicho, procurando gastar el menor esfuerzo en subirlas, pues se trata de subirlas, no de andarlas, como las calles del plano; por lo demás, muchas están de sobra, ya que por ellas rara vez transita un vehículo; el desnivel lo impide, la pendiente se opone y sólo algún cargador con su caballo o un vendedor con su burro pasa por ellas. Las casas achican a las aceras y las calzadas las ayudan a achicarlas. Cristián marcha siempre por la orilla de la acera próxima a las casas -- algunas no son más que ranchos y otras parecen jaulas: para llegar a ellas es necesario trepar tres o cuatro metros de empinada escalera -- y las mira, de pasada, con minuciosidad, como si en cada una encontrara o fuese a encontrar algo extraordinario; a veces se detiene frente a una de ellas y entonces El Filósofo debe llamarle la atención:

--Camine, Cristián; no se detenga. Aquí no hay nada para usted.

La calle es nuestra y parece que la ciudad también lo fuera y también lo fuera el mar. En ocasiones, sin tener nada, le parece a uno tenerlo todo, el espacio, el aire, el cielo, el agua, la luz, y es que se tiene tiempo: el tiempo que se tiene es el que dá la sensación de tenerlo todo; el que no tiene tiempo no tiene nada y de nada puede gozar el apurado, el que va de prisa, el urgido; no tiene más que su apuro, su prisa y su urgencia. No te apures, hombre, camina despacio y siente y si no quieres caminar tiéndete en el suelo o siéntate y mira y siente. No es necesario pensar, salvo que pienses en algo que no te obligue a levantarte y a marchar de prisa: me olvidé de ésto, tengo que hacer aquéllo, hasta luego, me espera el gerente, el vendedor vendrá pronto, el patrón me necesita, allá va un tranvía. El mar está abajo, frente a nosotros, al margen de la ciudad y de su vida sin descanso ni tiempo; parece reposar, no tener prisa ni urgencia y en verdad no la tiene y en él se ve, sin embargo, todo el cielo y por éí corre todo el viento, el te-

la calle es nuestra y parece que la ciudad también lo fuera y tam-

bién lo fuera el mar. En ocasiones, sin tener nada, le parece a uno te-

nerlo todo, el espacio, el aire, el cielo, el agua, la luz, y es que se

tiene tiempo: el tiempo que se tiene es el que da la sensación de tener-

lo todo; el que no tiene tiempo no tiene nada y de nada puede gozar el

apurado, el que va de prisa, el urgido; no tiene más que su apuro, su

prisa y su urgencia. No te apures, hombre, camina despacio y atiende y

si no quieres caminar tiéndete en el suelo o siéntate y mira y atiende.

No es necesario pensar, salvo que pienses en algo que no te obligue a

levantarte y a marchar de prisa: me olvidé de esto, tengo que hacer

aquello, hasta luego, me espera el gerente, el vendedor vendrá pronto,

el patrón me necesita, allá va un tranvía. El mar está ahí, frente a

nosotros, el margen de la ciudad y de su vida sin descanso ni tiempo;

parece reposar, no tener prisa ni urgencia y en verdad no la tiene y

en él se va, sin embargo, todo el cielo y por él corre todo el viento,

el te-

rral, que sorprende a la ciudad por la espalda, subiendo los cerros desde el sur; el norte, que la embiste por su costado abierto, o el uéste, que no tiene remilgos y ataca de frente, echando grandes olas sobre los malecones. Tal vez sea difícil explicarlo y quizá si más difícil comprenderlo, pero así era y así es: dame tiempo para mirar y quédate contando tu mercadería; dame tiempo para sentir y continúa con tu discurso; dame tiempo para escuchar y sigue leyendo las noticias del diario; dame tiempo para gozar del cielo, del mar y del viento y prosigue vendiendo tus quesos o tus preservativos; dame tiempo para vivir y muérete contando tu mercadería, convenciendo a los estúpidos de la bondad de tu programa de gobierno, leyendo tu diario o traficando con tus productos, siempre más baratos de lo que los pagas y de los que los vendes. Si además de tiempo me das espacio, o, por lo menos, no me lo quitas, tanto mejor: así podré mirar más lejos, caminar más allá de lo que pensaba, sentir la presencia de aquellos árboles y de aquellas rocas. En cuanto al mar, al cielo y al viento, no podrás quitármelos ni recortarlos; podrás cobrarme por verlos, ponerme trabas para gozar de ellos, pero siempre encontraremos una manera de burlarte. El hombre aguijonea al hombre, cosa que no hace el buey con el buey: anda de prisa, no te demores, el cliente espera, lleva esto, trae lo otro, hazme lo de más allá, despacha aquello, y aguijoneando a los demás, se aguijonea a sí mismo.

Vamos hacia el mar y el mar no se moverá de allí; nos espera; hace miles de miles de años que está ahí mismo o un poquitito más acá, dando en las mismas o parecidas rocas, llevando y trayendo la misma delgada o gruesa, amarilla u oscura arena; vivimos de él como los pájaros, los pescadores y los marineros: para nosotros unos gramos de metal, nada más que unos gramos, es suficiente; para los pájaros un pu-

ñado de peces y para los pescadores y marineros un bote, un atado de algas, un canasto de mariscos, puertos lejanos, y ahí está el pato yeco, tiritando sobre la boya, abiertas las negras alas y como afirmado en la cola: es el blanqueador de los lanchones y de las chatas, de las boyas y de los faluchos de la bahía; parece que está por desmayarse de frío e inanición y, sin embargo, se ha comido ya varios kilos de pescado -- sardinas, pejerreyes, jureles, anchovetas, corvinas, robalos, cabrillas -- y siempre tiene hambre y siempre vuela de prisa, muy de prisa, como podría volar un hombre sin tiempo, y más allá el alcatraz, sobre las rocas, muy serio, con su largo pico terciado sobre el pecho y su bolsa sardinera; parece un fraile mendicante, triste y apesadumbrado, pero tiene la bolsa llena y está contento; pesca de día y de noche, a toda hora, al vuelo o zambulléndose y no hay en el océano bastantes peces para su buche; y el piquero, vagabundo, sin ubicación fija, que no está en las boyas ni en las rocas, volando siempre, vigilando desde el aire, pescando de pasada o dejándose caer, plegadas las alas, sobre la pescada, el robalo o la corvina; se mata a veces al dar contra alguna roca sumergida, pero un pejerrey bien vale un cabezazo o aun la muerte; y las gaviotas, blancas o grises, de todos tamaños, volando a ras del mar, siguiendo al pez en su marcha y tomándolo al desgaire, sin esfuerzo, casi con elegancia; pero no es elegante: come de todo, hasta cadáveres, y su buche es como un tarro basurero; y por fin la gaviota salteadora, reina de la costa y de la bahía, terror de los patos liles y de los yecos, de las gaviotas y de los alcatraces, de los piqueros y de los cáhuiles, parásito que vive de lo que los demás consiguen con su trabajo personal. Míralo: persigue al piquero que ha cogido un trozo de jibia y lo picotea hasta que deja caer su presa; la engulle y se prepara para un nuevo atraco.

--Me parece de pronto, Aniceto, que no caminamos por la acera de

Hado de peces y para los pescadores y marineros un bote, un atado de algas, un canasto de mariscos, puertos lejanos. Y ahí está el pato yeco, tiritando sobre la boya, abiertas las negras alas y como afirmado en la cola: es el blanqueador de los lanchones y de las chatas, de las boyas y de los faluchos de la bahía; parece que está por desmayarse de frío e inanición y, sin embargo, se ha comido ya varios kilos de pescado -- sardinas, pejerreyes, jureles, anchovetas, corvinas, robalos, cabrillas -- y siempre tiene hambre y siempre vuela de prisa, muy de prisa, como podría volar un hombre sin tiempo, y más allá el alcatraz, sobre las rocas, muy serio, con su largo pico terciado sobre el pecho y su bolsa sardinera; parece un fraile mendicante, triste y apesadumbrado, pero tiene la bolsa llena y está contento; pesca de día y de noche, a toda hora, al vuelo o zambulléndose y no hay en el océano bastantes peces para su buche; y el piquero, vagabundo, sin ubicación fija, que no está en las boyas ni en las rocas, volando siempre, vigilando desde el aire, pescando de pasada o dejándose caer, plegadas las alas, sobre la pescada, el robalo o la corvina; se mata a veces al dar contra alguna roca sumergida, pero un pejerrey bien vale un cabezazo o aún la muerte; y las gaviotas, blancas o grises, de todos tamaños, volando a ras del mar, siguiendo al pez en su marcha y tomándolo al desgaire, sin esfuerzo, casi con elegancia; pero no es elegante: come de todo, hasta cadáveres, y su buche es como un tarro basurero; y por fin la gaviota salteadora, reina de la costa y de la bahía, terror de los patos liles y de los yecos, de las gaviotas y de los alcatraces, de los piqueros y de los cánuiles, parásito que vive de lo que los demás consiguen con su trabajo personal. Míralo: persigue al piquero que ha cogido un trozo de jibia y lo picotea hasta que deja caer su presa; la engulle y se prepara para un nuevo atraco.

--Me parece de pronto, Aniceto, que no caminamos por la acera de

una calle cualquiera de Valparaíso sino que por el medio de una ancha, tranquila y tibia corriente de agua, una corriente de agua clara, además, que nos permite ver lo que hay en el fondo de su lecho: sentimientos que se extienden con soltura hacia todas partes, hacia los hombres y hacia los animales, hacia las cosas pasajeras y hacia las cosas eternas; flotan en la corriente y se mueven en ella como las ramas y las hojas de las plantas acuáticas se mueven en el fondo del agua, sin esfuerzo. En el fondo hay como una arena gruesa, oscura, como de río, pero sin lodo, que recibe suavemente nuestras pisadas. Podemos ver también algo como pececillos, imprevistos en el aparecer y rápidos en el huir; tal vez sean nuestros pensamientos. Este es el tiempo, Aniceto, el tiempo, que avanza a través de nosotros, o nosotros pasamos a través del tiempo, y se hunde en lo que un día constituirá nuestra vida pasada, una vida que no hemos podido elegir ni construir según estos deseos o según estos planos; no los tenemos. ¿Qué deseos, qué planos? Nadie nos ha dado especiales deseos ni fijado determinados planos. Todos viven de lo que el tiempo trae. Día vendrá en que miraremos para atrás y veremos que todo lo vivido es una masa sin orden ni armonía, sin profundidad y sin belleza; apenas si aquí o allá habrá una sonrisa, una luz, algunas palabras, el nombre de alguien, quizá una cancioncilla. ¿Qué podremos hacer? No podremos cambiar nada de aquel tiempo ni de aquella vida; serán, para siempre, un tiempo y una vida irremediables y lo son y lo serán para todos. ¿Qué verá el carpintero, en su vejez, cuando mire hacia su pasado, hacia aquel pasado hecho de un tiempo irremediable? ¿Qué verá el almacenero, qué el contratista, qué el cajero, qué el gerente, qué la prostituta, qué el carabinero, qué todos y qué cada uno? Puertas y ventanas, muros; cajones de velas, sacos de papas; trabajadores que llegan maldiciendo en la mañana y que se van

una calle cualquiera de Valparaíso sino que por el medio de una ancha, tranquila y tibia corriente de agua, una corriente de agua clara, además, que nos permite ver lo que hay en el fondo de su lecho: sentimientos que se extienden con soltura hacia todas partes, hacia los hombres y hacia los animales, hacia las cosas pasajeras y hacia las cosas eternas; flotan en la corriente y se mueven en ella como las ramas y las hojas de las plantas acuáticas se mueven en el fondo del agua, sin esfuerzo. En el fondo hay como una arena gruesa, oscura, como de río, pero sin lodo, que recibe suavemente nuestras pisadas. Podemos ver también algo como pececillos, imprevistos en el aparecer y rápidos en el huir; tal vez sean nuestros pensamientos. Este es el tiempo, Aniceto, el tiempo, que avanza a través de nosotros, o nosotros pasamos a través del tiempo, y se hunde en lo que un día constituirá nuestra vida pasada, una vida que no hemos podido elegir ni construir según estos deseos o según estos planos; no los tenemos. ¿Qué deseos, qué planos? Nadie nos ha dado especiales deseos ni fijado determinados planos. Todos viven de lo que el tiempo trae. Día vendrá en que miraremos para atrás y veremos que todo lo vivido es una masa sin orden ni armonía, sin profundidad y sin belleza; apenas si aquí o allá habrá una sonrisa, una luz, algunas palabras, el nombre de alguien, quizá una cancioncilla. ¿Qué podremos hacer? No podremos cambiar nada de aquel tiempo ni de aquella vida; serán, para siempre, un tiempo y una vida irremediables y lo son y lo serán para todos. ¿Qué verá el carpintero, en su vejez, cuando mire hacia su pasado, hacia aquel pasado hecho de un tiempo irremediable? ¿Qué verá el almacenero, qué el contratista, qué el cajero, qué el gerente, qué la prostituta, qué el carabinero, qué todos y qué cada uno? Puertas y ventanas, muros; cajones de velas, sacos de papas; trabajadores que llegan maldiciendo en la mañana y que se van

echando puteadas en la tarde; montones de billetes y de monedas ajenos; empleados con los pantalones lustrosos y las narices llenas de barrillos; hombres desconocidos, con los pantalones en la mano, llenos de deseos y de gonococos; calabozos y hombres borrachos, heridos o acusados de asesinato, de estupro o de robo, y el millonario con sus millones y a pesar de ellos y el industrial con su industria y a pesar de ella y el comerciante con su comercio y a pesar de él, todos con un pasado hecho de asuntos y de hechos miserables, sin grandeza, sin alegría, sin espacio. ¿Qué hacer? No podremos hacer nada, no podrán hacer nada. ¿Qué se puede hacer contra un tiempo sin remedio? Llegará un día, sin embargo, Aniceto, amigo mío, en que este momento, este momento en que navegamos por el río del tiempo, nos parecerá uno de los mejores de nuestra vida, un momento limpio, tranquilo, sin deseos, sin puertas, ventanas ni muros, sin cajones de velas ni sacos de papas (a veces me he preguntado: ¿qué haría yo si algún día, por desgracia mía, llegara a ser almacenero y apareciera por mi almacén una viejuca lagrimeante a pedirme que, por favor, le vendiera una velita?), un momento sin monedas y sin billetes propios ni ajenos, sin trabajadores maldicientes, sin empleados, sin gonococos, sin borrachos y sin puteadas.

Sentía que, en ocasiones, algo como burbujas salían del fondo de la corriente de que hablaba Echeverría. Tal vez al pisar sobre la arena se desprendían y ascendían, rozando la piel de mis piernas y de mis costados y llegando hasta mi conciencia: era el recuerdo de mi vida pasada, el recuerdo de mis hermanos, de mi madre, de mi padre sobre todo, de mi imfancia; algunas eran como de agradable sabor y se desvanecían pronto; otras eran amargas y duraban más, como si fuesen remordimientos, como si fuesen el recuerdo de algo que había dejado de hacer; todas desaparecían al fin y yo seguía avanzando. ¿Qué podía hacer? Mis

echando puteadas en la tarde; montones de billetes y de monedas ajenos; empleados con los pantalones lustrosos y las narices llenas de barrillos; hombres desconocidos, con los pantalones en la mano, llenos de deseos y de gonococos; calabozos y hombres borrachos, heridos o acusados de asesinato, de estupro o de robo, y el millonario con sus millones y a pesar de ellos y el industrial con su industria y a pesar de ella y el comerciante con su comercio y a pesar de él, todos con un pasado hecho de asuntos y de hechos miserables, sin grandeza, sin alegría, sin espacio. ¿Qué hacer? No podremos hacer nada, no podrán hacer nada. ¿Qué se puede hacer contra un tiempo sin remedio? Llegará un día, sin embargo, Aniceto, amigo mío, en que este momento, este momento en que navegamos por el río del tiempo, nos parecerá uno de los mejores de nuestra vida, un momento limpio, tranquilo, sin deseos, sin puertas, ventanas ni muros, sin cajones de velas ni sacos de papas (a veces me he preguntado: ¿qué haría yo si algún día, por desgracia mía, llegara a ser almacenero y apareciera por mi almacén una viejuca lagrimeante a pedirme que, por favor, le vendiera una velita?), un momento sin monedas y sin billetes propios ni ajenos, sin trabajadores maldicientes, sin empleados, sin gonococos, sin borrachos y sin puteadas.

Sentía que, en ocasiones, algo como burbujas salían del fondo de la corriente de que hablaba Echeverría. Tal vez al pisar sobre la arena se desprendían y ascendían, rozando la piel de mis piernas y de mis costados y llegando hasta mi conciencia: era el recuerdo de mi vida pasada, el recuerdo de mis hermanos, de mi madre, de mi padre sobre todo, de mi infancia; algunas eran como de agradable sabor y se desvanecían pronto; otras eran amargas y duraban más, como si fuesen remordimientos, como si fuesen el recuerdo de algo que había dejado de hacer; todas desaparecían al fin y yo seguía avanzando. ¿Qué podía hacer? Mis

dos hermanos, el segundo y el cuarto, habían quedado en Buenos Aires y atenderían a mi padre como pudieran, como el hijo de un ladrón puede atender a su padre. Yo volvería alguna vez, no sabía cuándo, si es que alguna vez volvía.

Me daba cuenta, al avanzar, de que algunas personas, a veces hombres, a veces mujeres y otras niños, marchaban con la misma desenvoltura, con la misma ingravidez nuestra, como si nada los tomara o nada les impidiera ir para acá o para allá; aparecían como rodeados de una atmósfera que les perteneciera, impenetrable para los demás, imponderable para ellos, y en ella se movían con la agilidad con que yo me movía dentro de la clara y tranquila corriente; sin duda tenían tiempo o por un instante se habían desprendido de su angustia personal; pero veía también a otros que marchaban como tomados de todas partes, incluso de sus semejantes, pegados a ellos, pegados a las casas, a los postes, a las moscas, a la basura, a los carretones, y se les advertía densos, sombríos, sometidos, hundidos y como perdidos dentro de una atmósfera común viscosa, como de cola, como de alquitrán, rezumante, en la cual parecía que todos respiraban, a un mismo tiempo, un mismo aire. ¿Cuándo te librarás o te librarán, cuándo podrás levantar la cabeza, desprenderte de esa atmósfera, mirar el cielo, mirar el mar, mirar la luz? (Déjame tranquilo. Qué te importa si voy así o si estoy asá. ¿Acaso te pido algo?)

La caleta, por lo demás, seguía siempre igual, con sus pescadores, sus gaviotas, sus botes, sus gruesas piedras, los alcatraces que de pronto emitían sonidos como de matracas y el hombre que tejía o arreglaba en silencio las redes color ladrillo; nos miraba de reojo, a la pasada, y seguía trabajando; parecía que junto con la red se tejía a sí mismo, sus sentimientos, sus pensamientos, sus recuerdos: nunca lo-

grarían ya desprenderse de la red. Cristián y El Filósofo eran conocidos de los pescadores, Cristián más que Echeverría, ya que Cristián era, en ese ambiente, una personalidad, una triste personalidad, es cierto, pero una al fin. En general, las personalidades son tristes. Uno de los pescadores, recién desembarcado de su bote, se acercó aquella mañana a nosotros y saludó: era un hombre bajo y rechoncho, sólido, como hecho de una pieza y sin articulaciones, moreno, oscuro, color de alga asoleada, de pelo tieso y corto, orejas chicas y escaso bigote. Habló con brusquedad:

--¡Qué hubo, diablos! Buenos días.

Nos detuvimos. Su cara, sus brazos y sus piernas se veían duros, apretados, gruesos de piel.

--Buenos días, Lobo -- contestó Echeverría --. Qué tal vamos.

--Ahí, dándole al remo. Y a ustedes, cómo les va.

--No del todo mal: pasando.

El Lobo juntó sobre el pecho sus brazos regordetes, los refregó un poco entre ellos y los dejó ahí. Rió con sorna después:

--Bah: pasando. . . Muriendo, dirás. ¡Cómo pueden aguantar esta vida!

El Filósofo respondió:

--Como tú aguantas la tuya.

Sus pantalones estaban recogidos hasta más arriba de las rodillas. Con el dedo gordo de su pie trazó una raya sobre la arena, me miró y preguntó:

--¿Y este chiquillo?

Me señaló con el mentón y su mirada y su pregunta fueron inquisidoras; tenía los ojos un poco enrojecidos. Echeverría contestó:

--Acaba de salir de la cárcel.

grarían ya desprenderse de la red. Cristián y El Filósofo eran conocidos de los pescadores, Cristián más que Echeverría, ya que Cristián era, en ese ambiente, una personalidad, una triste personalidad, es cierto, pero una al fin. En general, las personalidades son tristes. Uno de los pescadores, recién desembarcado de su bote, se acercó aquella mañana a nosotros y saludó: era un hombre bajo y rechoncho, sólido, como hecho de una pieza y sin articulaciones, moreno, oscuro, color de alga asoleada, de pelo tieso y corto, orejas chicas y escaso bigote. Habló con brusquedad:

--¡Qué hubo, diablos! Buenos días.

Nos detuvimos. Su cara, sus brazos y sus piernas se veían duros, apretados, gruesos de piel.

--Buenos días, Lobo -- contestó Echeverría --. Qué tal vamos.

--Ahí, dándole al remo. Y a ustedes, cómo les va.

--No del todo mal: pasando.

El Lobo juntó sobre el pecho sus brazos regordetes, los refregó un poco entre ellos y los dejó ahí. Rió con sorna después:

--Bah: pasando. . . Muriendo, dirás. ¡Cómo pueden aguantar esta vida!

El Filósofo respondió:

--Como tú aguantas la tuya.

Sus pantalones estaban recogidos hasta más arriba de las rodillas. Con el dedo gordo de su pie trazó una raya sobre la arena, me miró y preguntó:

--¿Y este chiquillo?

Me señaló con el mentón y su mirada y su pregunta fueron inquisidoras; tenía los ojos un poco enrojecidos. Echeverría contestó:

--Acaba de salir de la cárcel.

El Lobo levantó del pecho uno de sus brazos e hizo girar los dedos de la mano:

--¿Amigo de lo ajeno?

Y lanzó una carcajada.

El Filósofo explicó:

--No; estuvo pagando un pato. Lo acusaron de asalto a una joyería; tú sabes, cuando ese asunto de los tranvías.

--Ah, sí.

Me miró de nuevo. La mirada de sus ojillos producía turbación.

--¿Es cierto?

Contesté:

--Es cierto.

Pareció satisfecho a medias.

--Le pregunto por si acaso. . . Estoy aburrido de recibir visitas de los agentes. Cristián y Echeverría son conocidos y no hay cuestión con ellos; pero en cuanto saben que aparece por aquí una cara nueva -- y no sé cómo lo saben -- vienen a interrogarme o me mandan llamar: quién es, qué hace, por qué está ahí, de dónde viene, para dónde va.

Se detuvo y volvió a mirarme.

--Es joven el chiquillo -- dijo, mirando a Echeverría --. ¿Qué edad?

Contesté:

--Diecisiete.

--Aparentas más. ¿Te han enseñado algunas mañas? En la cárcel, digo.

No supe qué quería decir con aquello y guardé silencio.

Insistió:

El Lobo levantó del pecho uno de sus brazos e hizo girar los dedos de la mano:

--¿Amigo de lo ajeno?

Y lanzó una carcajada.

El Filósofo explicó:

--No; estuvo pagando un pato. Lo acusaron de asalto a una joyería; tú sabes, cuando ese asunto de los tranvías.

--Ah, sí.

Me miró de nuevo. La mirada de sus ojillos producía turbación.

--¿Es cierto?

Contesté:

--Es cierto.

Pareció satisfecho a medias.

--Le pregunto por si acaso. . . Estoy aburrido de recibir visitas de los agentes. Cristián y Echeverría son conocidos y no hay cuestión con ellos; pero en cuanto saben que aparece por aquí una cara nueva -- y no sé cómo lo saben -- vienen a interrogarme o me mandan llamar: quién es, qué hace, por qué está ahí, de dónde viene, para dónde va.

Se detuvo y volvió a mirarme.

--Es joven el chiquillo -- dijo, mirando a Echeverría --. ¿Qué edad?

Contesté:

--Diecisiete.

--Aparentas más. ¿Te han enseñado algunas mañas? En la cárcel, digo.

No supe qué quería decir con aquello y guardé silencio.

Insistió:

--¿Sabes trabajar?

Respondí:

--Soy pintor y he trabajado en Valparaíso.

Aceptó la respuesta, pero hizo más preguntas:

--¿Te gusta más no trabajar?

--No; pero estoy enfermo.

--¿Enfermo? ¿Qué tienes?

--Tuve una pulmonía mientras estuve preso; un pulmón malo.

Calló un momento. Después dijo:

--Sí, se vé que no andas muy bien; tienes mala cara.

Meneó la cabeza y sacó de alguna parte una cajetilla de cigarrillos.

--Están un poco húmedos, como cigarrillos de pescador -- dijo --, pero se pueden fumar. ¿Quieren?

Echeverría agradeció, pero no aceptó; fumaba poco. Cristián y yo tomamos un cigarrillo.

--¡El Fatalito! -- exclamó El Lobo, sonriendo y mirando a Cristián, en tanto echaba un chorro de humo por sus cortas narices --. ¿Cuántos años hace que te conozco?

Cristián respondió, desabridamente:

--No sé; pero cuando yo era chiquillo tú ya eras como ahora.

El Lobó rió con suavidad.

--Sí, es cierto -- aseguró, mirando a Cristián con un ojo y guiñando el otro --; pero es que tú envejeciste muy pronto. El calabozo acaba mucho. La mar, en cambio, lo curte a uno.

Volvió a mirarme. Parecía no estar conforme.

--¿Así es que estás enfermo? ¿No será que andas arrancando de la policía?

--¿Sabes trabajar?

Respondí:

--Soy pintor y he trabajado en Valparaíso.

Aceptó la respuesta, pero hizo más preguntas:

--¿Te gusta más no trabajar?

--No; pero estoy enfermo.

--¿Enfermo? ¿Qué tienes?

--Tuve una pulmonía mientras estuve preso; un pulmón malo.

Calló un momento. Después dijo:

--Sí, se vé que no andás muy bien; tienes mala cara.

Meneó la cabeza y sacó de alguna parte una cajetilla de cigarrillos.

--Están un poco húmedos, como cigarrillos de pescador -- dijo --, pero se pueden fumar. ¿Quieren?

Echeverría agradeció, pero no aceptó; fumaba poco. Cristián y yo tomamos un cigarrillo.

--¡El Fatalito! -- exclamó El Lobo, sonriendo y mirando a Cristián, en tanto echaba un chorro de humo por sus cortas narices --. ¿Cuántos años hace que te conozco?

Cristián respondió, desabridamente:

--No sé; pero cuando yo era chiquillo tú ya eras como ahora.

El Lobo rió con suavidad.

--Sí, es cierto -- aseguró, mirando a Cristián con un ojo y guiñando el otro --; pero es que tú envejeciste muy pronto. El calabozo acaba mucho. La mar, en cambio, lo curte a uno.

Volvió a mirarme. Parecía no estar conforme.

--¿Así es que estás enfermo? ¿No será que andas arrancando de la policía?

Aseguré que no; estaba en libertad incondicional y nadie me buscaría; peor aun: nadie me necesitaba.

--Los agentes son muy cargantes -- continuó El Lobo, arrojando al suelo la colilla y aplastándola con el pie desnudo --; creen que me gusta amparar a los ladrones y a los piratas. ¡A la mierda los agentes, los ladrones y los piratas! Aquí mataron al Tripulina, delante de mis ojos, a balazos: venía con un bote lleno de casimires ingleses y quería defenderse con un cortaplumas. De aquí se llevaron preso al Chano: diez años por piratería; todavía le quedan seis, y éste y aquél, hasta compañeros míos, que se dejaron tentar por los faluchos llenos de mercaderías. No tengo nada que ver con ellos. A veces los encuentro, en la noche, remando para callado y no los veo. Pero la caleta no es buen lugar para esconderse de los buitres.

Volvió a mirarme.

--Lo mejor es trabajar -- dijo --, aunque se gane poco. ¿No te gustaría ser pescador?

Sonreí, sin saber qué contestar; me habría gustado decirle que sí y aceptar, pero, con seguridad, no habría podido hacer ese trabajo.

Agregó:

--Necesito un chiquillo para uno de mis botes.

De pronto se oyó la voz de Cristián:

--Oye, Lobo -- dijo, secamente --: estás más cargante que los agentes. El chiquillo te ha dicho que no es rata, que estuvo preso porque le echaron el fardo de otro, que está enfermo y que no puede trabajar. ¿Qué más quieres? ¿Por qué le sigues preguntando esto y lo otro? ¿Estás enfermo o te has comido alguna jaiva podrida?

El Lobo miró con sorpresa a Cristián y después rió:

--No te enojes, Fatalito -- dijo --, no saques el cuchillo toda-

Aseguré que no; estaba en libertad incondicional y nadie me buscaría; peor aún: nadie me necesitaba.

--Los agentes son muy cargantes -- continuó El Lobo, arrojando al suelo la colilla y aplastándola con el pie desnudo --; creen que me gusta amparar a los ladrones y a los piratas. ¡A la mierda los agentes, los ladrones y los piratas! Aquí mataron al Tripulina, delante de mis ojos, a balazos: venía con un bote lleno de casimires ingleses y quería defenderse con un cortaplumas. De aquí se llevaron preso al Chano: diez años por piratería; todavía le quedan seis, y éste y aquél, hasta compañeros míos, que se dejaron tentar por los faluchos llenos de mercaderías. No tengo nada que ver con ellos. A veces los encuentro, en la noche, remando para callado y no los veo. Pero la caleta no es buen lugar para esconderse de los buitres.

Volvió a mirarme.

--Lo mejor es trabajar -- dijo --, aunque se gane poco. ¿No te gustaría ser pescador?

Sonreí, sin saber qué contestar; me habría gustado decirle que sí y aceptar, pero, con seguridad, no habría podido hacer ese trabajo.

Agregó:

--Necesito un chiquillo para uno de mis botes.

De pronto se oyó la voz de Cristián:

--Oye, Lobo -- dijo, secamente --: estás más cargante que los agentes. El chiquillo te ha dicho que no es rata, que estuvo preso porque le echaron el fardo de otro, que está enfermo y que no puede trabajar. ¿Qué más quieres? ¿Por qué le sigues preguntando esto y lo otro? ¿Estás enfermo o te has comido alguna jaiva podrida?

El Lobo miró con sorpresa a Cristián y después rió:

--No te enojes, Fatalito -- dijo --, no saques el cuchillo toda-

vía. No me gusta joder a la gente, pero tú sabes que algunas veces tengo que hacerlo. Nunca he dicho nada que haya perjudicado a nadie y hasta preso he estado por eso. Cada uno sabe lo que hace, por qué lo hace y cómo lo hace; pero soy alcalde de la caleta y a veces tengo que ser pesado. ¿Otro pucho?

Volvió a ofrecer sus húmedos cigarrillos.

--Gracias.

--Algunos creen que ser pirata o ser ladrón es serlo todo y tenerlo todo. Mentira. Es lo mismo que si yo creyera que ser pescador es serlo todo. ¡Puchas! Otros creen que nadie ve a los piratas y a los ladrones y que se puede serlo tranquilamente. Cómo no. Se ve más a un ladrón que a un honrado. Yo veo a un pirata, en la noche más oscura y en la mar, a dos millas de distancia y puedo decir quién es y en qué bote va. Me sé de memoria todos los botes del puerto de Valparaíso. El hombre rema como camina, con una remada propia, como el paso, que es también propio. Y a los botes les pasa lo mismo: tienen movimientos que no son más que de ellos: cargado a babor, escorado a estribor, orzan o quieren virar por redondo; tienen mañas y yo se las conozco.

--Oye, Lobo: estamos listos -- gritaron en ese momento desde uno de los botes.

--Ya voy -- gritó, girando un poco la cabeza, y después, hacia nosotros --: hasta luego.

Se fué, rechoncho, duro, moreno, moviéndose con poca desenvoltura, envarado, como hombre de bote: sus brazos se movían apenas al caminar y menos o más que brazos parecían aletas natatorias. Después de unos pasos se detuvo, se volvió y gritó:

--Oigan: los espero a almorzar; tengo un atún como un cordero. Es de los primeros que llegan a Valparaíso.

No contestamos y le miramos alejarse.

vía. No me gusta joder a la gente, pero tú sabes que algunas veces tengo que hacerlo. Nunca he dicho nada que haya perjudicado a nadie y hasta preso he estado por eso. Cada uno sabe lo que hace, por qué lo hace y cómo lo hace; pero soy alcalde de la caleta y a veces tengo que ser pesado. ¿Otro pucho?

Volvió a ofrecer sus húmedos cigarrillos.

--Gracias.

--Algunos creen que ser pirata o ser ladrón es serlo todo y tenerlo todo. Mentira. Es lo mismo que si yo creyera que ser pescador es serlo todo. ¡Puchas! Otros creen que nadie ve a los piratas y a los ladrones y que se puede serlo tranquilamente. Cómo no. Se ve más a un ladrón que a un honrado. Yo veo a un pirata, en la noche más oscura y en la mar, a dos millas de distancia y puedo decir quién es y en qué bote va. Me sé de memoria todos los botes del puerto de Valparaíso. El hombre rema como camina, con una remada propia, como el paso, que es también propio. Y a los botes les pasa lo mismo: tienen movimientos que no son más que de ellos: cargado a babor, escorado a estribor, orzan o quieren virar por redondo; tienen mañas y yo se las conozco.

--Oye, Lobo: estamos listos -- gritaron en ese momento desde uno de los botes.

--Ya voy -- gritó, girando un poco la cabeza, y después, hacia nosotros --: hasta luego.

Se fué, rechoncho, duro, moreno, moviéndose con poca desenvoltura, envarado, como hombre de bote: sus brazos se movían apenas al caminar y menos o más que brazos parecían aletas natatorias. Después de unos pasos se detuvo, se volvió y gritó:

--Oigan: los espero a almorzar; tengo un atún como un cordero. Es de los primeros que llegan a Valparaíso.

No contestamos y le miramos alejarse.

--Camina como un pájaro niño -- comentó Echeverría --. ¡El Lobo! Cuando está como ahora es un alma de Dios; cuando está borracho, una tromba: recupera toda la agilidad que el bote le ha quitado; ningún policía se atreve a acercarse a él en los días que bebe, y bebe semanas enteras. Trabaja borracho: se cae al mar, resopla como una foca y sube al bote; le cambian ropa y le dan un trago de aguardiente; sigue trabajando y ni siquiera estornuda. Ha nacido hombre por casualidad: debió haber nacido lobo.

El mar, sin interrupción, seguía echando metal a la playa. Bastaba a veces una hora para llenarse los bolsillos, especialmente cuando la marea había sido muy alta, y no sólo metal encontrábamos: aparecían también cuchillos, tenedores, cucharillas, herramientas, tal cual chuchería y a veces monedas o pequeñas alhajas. El basural cercano contribuía a nuestra prosperidad.

Aquel día, al marcharnos, oímos que alguien daba voces a nuestras espaldas; nos volvimos: era El Lobo. Se acercó, irritado, llenándonos de injurias:

--¿No les dije, babosos, que los esperaba a almorzar?

--Perdona -- dijo Echeverría --; creímos que era una broma.

--Nada de bromas: es un atún como un cordero; la patrona lo ha hecho al horno y está para chuparse los bigotes. Vamos allá.

Volvimos. El Lobo vivía en la misma caleta, en una casucha que se levantaba sobre las rocas, al amparo de San Pedro, patrón de los pescadores. Fuimos allá y nos sentamos alrededor de una mesilla colocada al reparo de una mediagua de planchas de zinc ya carcomidas por la marea. Los dormitorios -- había dos -- estaban dentro del cuerpo del rancho; el comedor y la cocina, fuera; [redacted] el piso era de tierra y desde donde estábamos sentados podían verse las camas y unas sillas,

--Camina como un pájaro niño -- comentó Echeverría --. ¡El Lobo! Cuando está cómo ahora es un alma de Dios; cuando está borracho, una tromba: recupera toda la agilidad que el bote le ha quitado; ningún policía se atreve a acercarse a él en los días que bebe, y bebe semanas enteras. Trabaja borracho: se cae al mar, resopla como una foca y sube al bote; le cambian ropa y le dan un trago de aguardiente; sigue trabajando y ni siquiera estornuda. Ha nacido hombre por casualidad: debió haber nacido lobo.

El mar, sin interrupción, seguía echando metal a la playa. Bastaba a veces una hora para llenarse los bolsillos, especialmente cuando la marea había sido muy alta, y no sólo metal encontrábamos: aparecían también cuchillos, tenedores, cucharillas, herramientas, tal cual chuchería y a veces monedas o pequeñas alhajas. El basural cercano contribuía a nuestra prosperidad.

Aquel día, al marcharnos, oímos que alguien daba voces a nuestras espaldas; nos volvimos: era El Lobo. Se acercó, irritado, llenándonos de injurias:

--¿No les dije, babosos, que los esperaba a almorzar?

--Perdona -- dijo Echeverría --; creímos que era una broma.

--Nada de bromas: es un atún como un cordero; la patrona lo ha hecho al horno y está para chuparse los bigotes. Vamos allá.

Volvimos. El Lobo vivía en la misma caleta, en una casucha que se levantaba sobre las rocas, al amparo de San Pedro, patrón de los pescadores. Fuimos allá y nos sentamos alrededor de una mesilla colocada al reparo de una mediagua de planchas de zinc ya carcomidas por la marea. Los dormitorios -- había dos -- estaban dentro del cuerpo del rancho; el comedor y la cocina, fuera; el piso era de tierra y desde donde estábamos sentados podían verse las camas y unas sillas,

un bacín muy grande y alguna mesilla de noche. Tres niños empezaron a girar alrededor de nosotros, negros y duros todos, de firme mirada y resueltos movimientos.

--La familia -- dijo El Lobo, señalándolos --. El mayor ya ha salido conmigo y sabe armar un espinel. Venga, don Rúa, salude a los amigos. Se llama Rudecindo -- explicó --, pero le llamamos Rúa; es más corto.

Don Rúa, de unos doce años, era bajo y rechoncho, como su padre; tenía la cabeza como un erizo y los ojos renegridos y chicos; la boca, de dientes muy grandes y separados, recordaba la de un escualo. Estaba descalzo, cubiertas las piernas por un pantalón muy delgado y abrigado el resto del cuerpo por un suéter muy descolorido que le llegaba hasta cerca de las rodillas. Tenía un aire de importancia, como la de un aprendiz que ya empieza a dominar su oficio. Los otros dos niños no fueron presentados y por su parte no hicieron caso alguno de los amigos de su padre. El mayor había fabricado,con dos palitos y unas carretillas de hilo cortadas por la mitad, una carretita que paseaba de acá para allá, seguido del más pequeño, que abría tamaños ojos ante la maravilla construídos por su hermano. Parecían, también, unos lobatos.

La patrona, una mujer gruesa y joven,de grandes trenzas y voluminosas caderas y pechos, de rostro aindiado, trajo una fuente de hierro enlozado, dentro de la cual, rodeado de torrejas de cebolla y zanahoria, flotaba en dorado aceite la mitad de un atún. Unos granos de pimienta y tal cual diente de ajo, muy tostado, acompañaban el atuendo. En la mesa había sal, ají, pan y una garrafa llena de vino tinto.

--Sírvanse, amigos -- mugió El Lobo -- y coman sin compasión a nadie. Esto se ve poco cuando uno se dedica a recoger basuras en la playa.

Rió con una gruesa risa y nos sirvió vino. La mujer, como si no quisiera presenciar lo que iba a ocurrir, se retiró a la cocina, mien-

un bacín muy grande y alguna mesilla de noche. Tres niños empezaron a girar alrededor de nosotros, negros y duros todos, de firme mirada y resueltos movimientos.

--La familia -- dijo El Lobo, señalándolos --. El mayor ya ha salido conmigo y sabe armar un espinel. Venga, don Rúa, salude a los amigos. Se llama Rudecindo -- explicó --, pero le llamamos Rúa; es más corto.

Don Rúa, de unos doce años, era bajo y rechoncho, como su padre; tenía la cabeza como un erizo y los ojos renegridos y chicos; la boca, de dientes muy grandes y separados, recordaba la de un escualo. Estaba descalzo, cubiertas las piernas por un pantalón muy delgado y abrigado el resto del cuerpo por un suéter muy descolorido que le llegaba hasta cerca de las rodillas. Tenía un aire de importancia, como la de un aprendiz que ya empieza a dominar su oficio. Los otros dos niños no fueron presentados y por su parte no hicieron caso alguno de los amigos de su padre. El mayor había fabricado, con dos palitos y unas carretillas de hilo cortadas por la mitad, una carretita que paseaba de acá para allá, seguido del más pequeño, que abría tamaños ojos ante la maravilla construída por su hermano. Parecían, también, unos lobatos.

La patrona, una mujer gruesa y joven, de grandes trenzas y voluminosas caderas y pechos, de rostro aindiado, trajo una fuente de hierro enlozado, dentro de la cual, rodeado de torrejas de cebolla y zanahoria, flotaba en dorado aceite la mitad de un atún. Unos granos de pimienta y tal cual diente de ajo, muy tostado, acompañaban el atuendo. En la mesa había sal, ají, pan y una garrafa llena de vino tinto.

--Sírvanse, amigos -- mugió El Lobo -- y coman sin compasión a nadie. Esto se ve poco cuando uno se dedica a recoger basuras en la playa.

Rió con una gruesa risa y nos sirvió vino. La mujer, como si no quisiera presenciar lo que iba a ocurrir, se retiró a la cocina, mien-

tras nosotros, imitando a El Lobo, nos inclinábamos sobre la fuente y sobre los platos. Pero aquello no fué un almuerzo: fué una carrera contra el tiempo -- irremediable tiempo, habría dicho El Filósofo -- y contra el atún, los ajíes, el pan y el vino. Comimos callados, como si temiéramos que, al hablar, aquella mitad de atún se marchara con su collar de torrejas de cebolla y zanahoria, sus granos de pimienta y sus tostados dientes de ajo. El Lobo, por lo demás, dió el ejemplo: no habló una sola palabra, devoró únicamente, lanzando cada dos o tres bocados unos regüeldos que hacían oscilar el vino de la garrafa, cuyo nivel descendía a ojos vista. Miraba de reojo con sus ojillos colorados y comía resoplando, engullendo atún, pan, trozos de ají y vasos de vino y chupando cada espina que le tocaba.

Sentía arderme la cara y las orejas, como si la sangre hubiese aumentado de pronto su temperatura. Cristián callaba como de ordinario, y en cuanto a Echeverría, corrientemente tan conversador, parecía haberse tragado la lengua. Sentado frente a mí, me miraba con guiñadas de inteligencia, como queriendo decirme: Aniceto: no hay un minuto que perder; nos queda mucho tiempo para conversar; el atún, en cambio, durará poco y ¿cuándo podremos nosotros, miserables recogedores de basura de la caleta de El Membrillo, hacernos de otro pedazo? No pierdas tiempo, Aniceto: en este caso no es de oro: es de atún. Por lo demás, si nos portamos tímidos, El Lobo se lo comerá todo.

Cuando terminamos, cuando se hubo acabado el pan, el ají, el vino y casi hasta la sal, cuando de aquel hermoso trozo de pescado no quedó más que una ridícula e incomible sarta de espinas, Echeverría, junto con dejar su tenedor sobre la mesa, dijo, echándose para atrás:

--Se la ganamos al atún.

El Lobo rió de buena gana, se levantó, se golpeó el vientre, echó,

tras nosotros, imitando a El Lobo, nos inclinábamos sobre la fuente y sobre los platos. Pero aquello no fué un almuerzo. Fué una carrera contra el tiempo -- irremediable tiempo, habría dicho El Filósofo -- y contra el atún, los ajíes, el pan y el vino. Comimos callados, como si temiéramos que, al hablar, aquella mitad de atún se marchara con su collar de torrejas de cabolla y zanahoria, sus granos de pimienta y sus tostados dientes de ajo. El Lobo, por lo demás, dió el ejemplo: no habló una sola palabra, devoró únicamente, lanzando cada dos o tres bocados unos regüeldos que hacían oscilar el vino de la garrafa, cuyo nivel descendía a ojos vista. Miraba de reojo con sus ojillos colorados y comía resoplando, engullendo atún, pan, trozos de ají y vasos de vino y chupando cada espina que le tocaba.

Sentía arderme la cara y las orejas, como si la sangre hubiese aumentado de pronto su temperatura. Cristián callaba como de ordinario, y en cuanto a Echeverría, corrientemente tan conversador, parecía haberse tragado la lengua. Sentado frente a mí, me miraba con guiñadas de inteligencia, como queriendo decirme: Aniceto: no hay un minuto que perder; nos queda mucho tiempo para conversar; el atún, en cambio, durará poco y ¿cuándo podremos nosotros, miserables recogedores de basura de la caleta de El Membrillo, hacernos de otro pedazo? No pierdas tiempo, Aniceto: en este caso no es de oro: es de atún. Por lo demás, si nos portamos tímidos, El Lobo se lo comerá todo.

Cuando terminamos, cuando se hubo acabado el pan, el ají, el vino y casi hasta la sal, cuando de aquel hermoso trozo de pescado no quedó más que una ridícula e incomible sarta de espinas, Echeverría, junto con dejar su tenedor sobre la mesa, dijo, echándose para atrás:

--Se la ganamos al atún.

El Lobo rió de buena gana, se levantó, se golpeó el vientre, echó,

de cogollo, un último eructo, y dijo:

--Ya comieron. Ahora, váyanse. Me voy a dormir. Hasta luego.

Y se marchó hacia uno de los dormitorios. Nos levantamos, dijimos unas enredadas palabras de agradecimiento a la patrona, que no dijo esta boca es mía y que se limitó a mover la cabeza como si asintiera a algo que se le proponía, y nos fuimos. Apenas podíamos andar y llegamos nada más que hasta la entrada de la caleta, en donde nos sentamos sobre el murete de piedra, silenciosos y abotagados. Desde lejos, y por nuestra inmovilidad y expresión de plenitud, se nos habría podido confundir con una hilera de alcatraces que acababan de engullirse un cardumen de jureles. Después de mucho rato, Echeverría, reposadamente, habló:

--No hay nada como la amistad y tampoco hay nada como el atún, aunque dure mucho menos, pero ¿quién ha dicho que lo que dura más es lo que más vale? Si nos encontráramos todos los días con un amigo así y un trozo de atún así, ¡qué agradable sería la vida!

Sonrió bondadosamente y continuó:

--¡Qué atún! Es un pescado noble, generoso, todo se le va en carne y no escatima nada. No es como la pescada, que es pura espina, o como la cabrilla, pescados para pobres diablos. Sólo el congrio colorado se le puede comparar un poco y vale tanto como la corvina, que tambien es generosa.

Divagó durante un rato y le oímos sin comentarios. Calló, por fin, abrumado por el esfuerzo de la digestión y dormitó.

Desde ese día empecé a acercarme a los botes, no porque tuviera la esperanza de otro almuerzo -- los almuerzos buenos y los amigos buenos son escasos, decía Echeverría -- sino porque el hecho de haber sido invitado una vez por El Lobo, alcalde de la caleta, me dió ánimos

de cogollo, un último eructo, y dijo:

--Ya comieron. Ahora, váyanse. Me voy a dormir. Hasta luego.

Y se marchó hacia uno de los dormitorios. Nos levantamos, dijimos unas enredadas palabras de agradecimiento a la patrona, que no dijo esta boca es mía y que se limitó a mover la cabeza como si asintiera a algo que se le proponía, y nos fuimos. Apenas podíamos andar y llegamos nada más que hasta la entrada de la caleta, en donde nos sentamos sobre el murete de piedra, silenciosos y abotagados. Desde lejos, y por nuestra inmovilidad y expresión de plenitud, se nos habría podido confundir con una hilera de alcatraces que acabaran de engullirse un cardumen de jureles. Después de mucho rato, Echeverría, reposadamente, habló.

--No hay nada como la amistad y tampoco hay nada como el atún, aunque dure mucho menos, pero ¿quién ha dicho que lo que dura más es lo que más vale? Si nos encontráramos todos los días con un amigo así y un trozo de atún asá, ¡qué agradable sería la vida!

Sonrió bondadosamente y continuó:

--¡Qué atún! Es un pescado noble, generoso, todo se le va en carne y no escatima nada. No es como la pescada, que es pura espina, o como la cabrilla, pescados para pobres diablos. Sólo el congrio colorado se le puede comparar un poco y vale tanto como la corvina, que también es generosa.

Divagó durante un rato y le oímos sin comentarios. Calló, por fin, abrumado por el esfuerzo de la digestión y dormitó.

Desde ese día empecé a acercarme a los botes, no porque tuviera la esperanza de otro almuerzo -- los almuerzos buenos y los amigos buenos son escasos, decía Echeverría -- sino porque el hecho de haber sido invitado una vez por El Lobo, alcalde de la caleta, me dió ánimos

para ello. El Lobo, por lo demás, no volvió a hacerme preguntas ni a ofrecerme nada, ni trabajo en los botes ni atunes al horno; me miraba y me saludaba, dedicándome tal cual sonrisa. Estaba tranquilo: sabía ya que el chiquillo, como él decía, no le procuraría molestias.

Los botes llegaban generalmente a la misma hora y se esperaban unos a otros, no varándose sino cuando ya estaban todos juntos; se ayudaban los hombres entre sí, llevando sus embarcaciones hasta la arena; la playa era violenta y los bogadores debían calcular con mucha justeza el momento en que debían avanzar; un hombre iba en la proa y el otro sentado en los remos poperos; la ola, grande siempre y sin piedad ni espera, lanzaba el bote con fuerza y era necesario que el proero saltara a la arena, sin importar que se mojara poco o mucho, tomara la embarcación y tirara de ella con fuerza y rapidez; de otro modo, la resaca se la llevaba de nuevo hacia adentro. A veces, cuando la marea era alta, les ayudábamos, descalzándonos, recogiéndonos los pantalones y poniendo bajo la quilla rollos de algas o trozos de tablas que permitían que la embarcación se deslizara con suavidad. En el fondo de la embarcación saltaban los peces, jureles, cabrillas, pescadas, congrios negros y tal cual colorado, corvinas, estirando aquí y allá una jibia sus tentáculos. Los pescadores los cogían de uno en uno, dando en la cabeza de éstos, que saltaban demasiado, un palo que los inmovilizaba, amarrándolos luego de a parejas, con cáñamo, y colgándolos de un remo que colocaban, con la pala hacia adentro del bote, en la proa de la embarcación. Aparecían unos cuchillos cortos y filudos, de escasa punta, que entraban con violencia por el orificio anal y corrían después hacia las branquias; por la herida salía un montón de vísceras que se vaciaban sobre las manos de los pescadores, ensuciándolas de sangre y grasa; algunos peces, vivos aún, al sentir el desgarramiento se retorcían y abrían desmesuradamente las bran-

quias, como si fuesen a prorrumpir en gritos, mostrando unas agallas rojas y dentadas.

Los pescadores eran en general hombres sombríos, silenciosos, de extraña estampa, vestidos con restos de ropas: suéteres en cantidades innumerables y chalecos, muchos chalecos, todos grandes, ajenos a sus cuerpos, y bufandas destrozadas. Pasaban toda la noche en el mar, durmiendo a ratos breves, sin hablar en medio de la oscuridad o hablando lo indispensable. En el bote, a proa y a popa, se amontonaban trozos de peludos cueros, pedazos de tela, viejas mantas o frazadas, sacos, tiras de arpillera, chaquetas destrozadas y más chaquetas y más suéteres, que parecían pertenecer a todos, indistintamente. Aquí hay un caldero redondo, en forma de tubo: sirve para calentar la comida o el agua; mira: tiene adentro una tetera; ahí hay un plato de metal, un jarro, dos jarros de hierro enlozado, muy saltados los dos, un tenedor, dos cucharillas, una caja de lata con un poco de café y otro poco de azúcar, todo revuelto: se ahorra tiempo; echas el café junto con la azúcar; una botella vacía; tendría agua; bah: a esta hora tiene que estar vacía, pero al partir, ayer en la tarde, seguramente había dentro algo reconfortante: vino o aguardiente. A veces la pesca es buena; otras, regular, y otras, mala. El mar no es siempre generoso y a veces cobra su parte. Siempre hay alguien que cobra una cuota.

A la hora de arribar aparecía en la playa alguna gente; parecía brotar de la arena. Mirando uno las embarcaciones que se balanceaban peligrosamente sobre la cima de las olas, como alcatraces, se olvidaba de mirar hacia atrás o hacia los lados y entonces los hombres surgían de pronto, como del aire: venían tal vez desde el cerro, que estaba a unos cincuenta metros de distancia; bajaban corriendo al ver los botes cerca de la playa. En general eran hombres ya de edad, que

quias, como si fuesen a prorrumpir en gritos, mostrando unas agallas rojas y dentadas.

Los pescadores eran en general hombres sombríos, silenciosos, de extraña estampa, vestidos con restos de ropas: suéteres en cantidades innumerables y chalecos, muchos chalecos, todos grandes, ajenos a sus cuerpos, y bufandas destrozadas. Pasaban toda la noche en el mar, durmiendo a ratos breves, sin hablar en medio de la oscuridad o hablando lo indispensable. En el bote, a proa y a popa, se amontonaban trozos de peludos cueros, pedazos de tela, viejas mantas o frazadas, sacos, tiras de arpillera, chaquetas destrozadas y más chaquetas y más suéteres, que parecían pertenecer a todos, indistintamente. Aquí hay un caldero redondo, en forma de tubo: sirve para calentar la comida o el agua; mira: tiene adentro una tetera; ahí hay un plato de metal, un jarro, dos jarros de hierro enlozado, muy saltados los dos, un tenedor, dos cucharillas, una caja de lata con un poco de café y otro poco de azúcar, todo revuelto: se ahorra tiempo; echas el café junto con la azúcar; una botella vacía; tendría agua; bah: a esta hora tiene que estar vacía, pero al partir, ayer en la tarde, seguramente había dentro algo reconfortante: vino o aguardiente. A veces la pesca es buena; otras, regular, y otras, mala. El mar no es siempre generoso y a veces cobra su parte. Siempre hay alguien que cobra una cuota.

A la hora de arribar aparecía en la playa alguna gente; parecía brotar de la arena. Mirando uno las embarcaciones que se balanceaban peligrosamente sobre la cima de las olas, como alcatraces, se olvidaba de mirar hacia atrás o hacia los lados y entonces los hombres surgían de pronto, como del aire: venían tal vez desde el cerro, que estaba a unos cincuenta metros de distancia; bajaban corriendo al ver los botes cerca de la playa. En general eran hombres ya de edad, que

ayudaban también a varar las embarcaciones, a abrir los peces y a llevar hacia las casuchas los espinetes, las redes, los boliches, los garabatos para las jibias, los remos. De seguro eran pescadores retirados o inválidos, reumáticos; venían también niños, hijos de los pescadores o ajenos a ellos, que conversaban entre sí y hacían comentarios sobre la pesca y los nombres de los peces: una morena, un robalo, un azulejo; y junto con los niños y con los viejos, que recibían por su ayuda lo que se les daba, una pescada con un ojo reventado o unos pejerreyes destrozados por los pisotones de los pescadores, llegaban los compradores, hombres con grandes canastos, otros con burros, arrieros, que colgaban de sus animales, atravesándolos sobre ellos, largos congrios colorados o negros o corvinas que llevaban a vender a los cerros y a los caseríos cercanos; [redacted] mujeres del pueblo, además, generalmente de bastante edad, que compraban sólo pescados baratos, caballas o jureles, sierras o pescadas, regateando en el precio y discutiendo el tamaño:

--¿Y a esto le llama pescada? No es más grande que una sardina. Hay que ponerse anteojos para verla. Deme una más grandecita; no sea miserable, mire que Dios lo va a castigar.

Pero los pescadores, con sueño y hambrientos, hombres de pocas palabras, además, nunca decían más de dos frases sobre un asunto; la tercera se la guardaban y era inútil insistir. Era preciso terminar luego.

--No regatée, señora; no somos paisanos.

El mercado duraba poco, una media hora o un poco más, ya que los botes no eran muchos, y cuando se marchaban los arrieros, las viejas y los niños, los compradores al por mayor y los curiosos, la caleta retomaba de nuevo su soledad y su silencio, no oyéndose ya más que los gritos de las gaviotas al disputarse los restos de [redacted] pescados y el golpe de la ola, sordo, sobre la playa. Un hombre, El Filósofo,

y el golpe de la ola, sordo, sobre la playa. Un hombre, el pilósofo,

vagaba por aquí; más allá, Cristián, y más acá, yo; el hombre de la red seguía tejiendo sus palabras no dichas, sus pensamientos no expresados, sus sentimientos no conocidos y tejía la red, el mar, el cielo, todo junto, y otro hombre, un desconocido -- siempre aparecía por allí un desconocido --, miraba desde la calle hacia la playa, las manos en los agujereados bolsillos, el pelo largo, la barba crecida, los zapatos rotos. Parecía preguntarse, asustado: ¿qué haré?, como si él fuese el primero que se lo preguntaba.

Vivir, hermano. Qué otra cosa vas a hacer.

vagaba por aquí; más allá, Cristián, y más acá, yo; el hombre de la red seguía tejiendo sus palabras no dichas, sus pensamientos no expresados, sus sentimientos no conocidos y tejía la red, el mar, el cielo, todo junto, y otro hombre, un desconocido -- siempre aparecía por allí un desconocido --, miraba desde la calle hacia la playa, las manos en los agujereados bolsillos, el pelo largo, la barba crecida, los zapatos rotos. Parecía preguntarse, asustado: ¿qué haré?, como si él fuese el primero que se lo preguntaba.

Vivir, hermano. Qué otra cosa vas a hacer.

## Bajada a Chile

--Si ahora miras hacia atrás verás que la nieve parece como que quisiera aproximarse a nosotros. No puede hacerlo: está pegada al suelo, unida a la tierra y a las piedras; su color está suelto, sin embargo; nadie puede aprisionarlo, e irradia luz y con esa luz se aproxima a nosotros y quiere cercarnos y envolvernos; no se resigna a dejarnos ir. No sé si alguna vez te has encontrado en alguna parte en que la nieve te rodeaba por cuadras y cuadras y en dnnde tú o tú y tus compañeros, si es que alguien iba contigo, eran lo único sombrío, lo único oscuro que había en medio de la blancura. No lo sé. Hablo de la noche, aunque en el día no es mucho mejor; a cualquier hora es lo mismo: la sensación de que estás limitado y reducido y de que eres lo que se mueve en medio de lo inmóvil, lo tibio rodeado de lo helado y casi podríamos decir lo vivo entre lo muerto si no fuera porque la nieve no es algo muerto sino algo vivo, algo vivo que no mata a lo que está bajo ella. La semilla que duerme bajo la nieve está más segura que el hombre o que el animal que caminan sobre ella. Estamos hablando de hombres, claro. Cuando uno se encuentra como te decía y puede mirar y ver el espacio y la nieve que lo rodean, se da cuenta de que el blanco no es un color blando e inofensivo sino que un color duro y agresivo y ¡qué descanso ver a lo lejos, en algún picacho inaccesible a todos y a todo, un color diferente, un negro, por ejemplo, o un rojizo o un azul! Los ojos descansan en ese color, reposan en él antes de volver al blanco de la nieve, a este blanco que te persigue, te fatiga, te tapa

--Si ahora miras hacia atrás verás que la nieve parece como que quisiera aproximarse a nosotros. No puede hacerlo. está pegada al suelo, unida a la tierra y a las piedras; su color está suelto, sin embargo; nadie puede aprisionarlo, e irradia luz y con esa luz se aproxima a nosotros y quiere cercarnos y envolvernos; no se resigna a dejarnos ir. No sé si alguna vez te has encontrado en alguna parte en que la nieve te rodeaba por cuadras y cuadras y en donde tú o tú y tus compañeros, si es que alguien iba contigo, eran lo único sombrío, lo único oscuro que había en medio de la blancura. No lo sé. Hablo de la noche, aunque en el día no es mucho mejor; a cualquier hora es lo mismo: la sensación de que estás limitado y reducido y de que eres lo que se mueve en medio de lo inmóvil, lo tibio rodeado de lo helado y casi podríamos decir lo vivo entre lo muerto si no fuera porque la nieve no es algo muerto sino algo vivo, algo vivo que no mata a lo que está bajo ella. La semilla que duerme bajo la nieve está más segura que el hombre o que el animal que caminan sobre ella. Estamos hablando de hombres, claro. Cuando uno se encuentra como te decía y puede mirar y ver el espacio y la nieve que lo rodean, se da cuenta de que el blanco no es un color blando e inofensivo sino que un color duro y agresivo y ¡qué descanso ver a lo lejos, en algún picacho inaccesible a todos y a todo, un color diferente, un negro, por ejemplo, o un rojizo o un azul! Los ojos descansan en ese color, reposan en él antes de volver al blanco de la nieve, a este blanco que te persigue, te fatiga, te tapa

los senderos, desfigura los caminos, oculta las señales y, además, te mete en el corazón el miedo a la soledad y a la muerte.

Mira de nuevo hacia atrás. Mira ahora hacia adelante: todo está oscuro y negro y no se vé nada o casi nada y a pesar de eso sientes que esa negrura y esa oscuridad están llenas de rincones acogedores; hay arbustos y la tierra está seca; puedes tenderte en cualquier parte y no te mojarás ni te helarás; puede hacer fuego con ramitas y calentarte, tomar café o mate o simplemente mirar las llamas. El hombre tiene miedo de la noche y sólo algunos solitarios, como los trabajadores de los bosques y de las montañas, algunos, no todos, que han logrado, después de mucho tiempo, dominar el miedo, saben apreciarla. Nada de eso puedes hacer en la nieve: en la nieve no puedes detenerte ni sentarte y debes seguir andando, como si una voz te advirtiera: estás muy cansado y morirás si te detienes, te enfriarás, te agarrotarás, quedarás riendo.

Mira hacia atrás de nuevo: la nieve continúa mirándonos, persiguiéndonos con su blancura; y si fuera algo duro, algo consistente, sobre lo cual se pudiera pisar con confianza y con seguridad. . . No lo es: aunque conozcas de memoria el sendero, aunque hayas pasado muchas veces por él, aunque te sepas al dedillo sus piedras y sus rocas, sus vegas y torrentes, sus vueltas y revueltas, no debes confiar: bajo la nieve de varios días o de varios meses todo cambia: su peso hace correr las piedras que conoces, y la nieve que está más arriba de aquella que vas pisando, más arriba del sendero, al derretirse forma torrentes que corren por debajo y la destruyen, carcomiendo la capa sobre la cual vas caminando: aquí te hundirás hasta la rodilla, allá hasta la cadera, más allá resbalarás y quién sabe si podrás sujetarte e impedir la caída.

los senderos, desfigura los caminos, oculta las señales y, además, te mete en el corazón el miedo a la soledad y a la muerte.

Mira de nuevo hacia atrás. Mira ahora hacia adelante: todo está oscuro y negro y no se vé nada o casi nada y a pesar de eso sientes que esa negrura y esa oscuridad están llenas de rincones acogedores; hay arbustos y la tierra está seca; puedes tenderte en cualquier parte y no te mojarás ni te helarás; puede hacer fuego con ramitas y calentarte, tomar café o mate o simplemente mirar las llamas. El hombre tiene miedo de la noche y sólo algunos solitarios, como los trabajadores de los bosques y de las montañas, algunos, no todos, que han logrado, después de mucho tiempo, dominar el miedo, saben apreciarla. Nada de eso puedes hacer en la nieve: en la nieve no puedes detenerte ni sentarte y debes seguir andando, como si una voz te advirtiera: estás muy cansado y morirás si te detienes, te enfriarás, te agarrotarás, quedarás riendo.

Mira hacia atrás de nuevo: la nieve continúa mirándonos, persiguiéndonos con su blancura; y si fuera algo duro, algo consistente, sobre lo cual se pudiera pisar con confianza y con seguridad. . . No lo es: aunque conozcas de memoria el sendero, aunque hayas pasado muchas veces por él, aunque te sepas al dedillo sus piedras y sus rocas, sus vegas y torrentes, sus vueltas y revueltas, no debes confiar: bajo la nieve de varios días o de varios meses todo cambia: su peso hace correr las piedras que conoces, y la nieve que está más arriba de aquella que vas pisando, más arriba del sendero, al derretirse forma torrentes que corren por debajo y la destruyen, carcomiendo la capa sobre la cual vas caminando: aquí te hundirás hasta la rodilla, allá hasta la cadera, más allá resbalarás y quién sabe si podrás sujetarte e impedir la caída.

Vamos lejos ya, una cuadra, dos, hundiéndonos en la oscuridad, en una oscuridad sin nieve, en una oscuridad sin hirientes resplandores; la nieve, sin embargo, sigue vigilándonos.

--De buenas hemos escapado.

--Sí; llegó un momento en que creí que no saldríamos vivos del planchón.

--No sé qué es mejor: si la nieve blanda o la nieve dura; mejor dicho: no sé qué es peor.

--El Chico Mauricio decía que en algún lugar de España llaman mierda blanca a la nieve.

--Me parece demasiado, aunque lo comprendo. No la llamaría nunca así. Le tengo miedo, pero me gusta, de lejos, es claro, y a veces de cerca, pero no la quiero. Dos o tres veces me he encontrado con ella en las montañas, solo yo y sola ella, durante horas, perdida la huella, borrado todo rastro, sepultadas las señales, extraviados los amigos: aquí te quiero ver. Miras para cualquier parte: no hay nada ni nadie que te pueda ayudar y la noche se acerca o la noche se alarga; hay una quietud mortal: nada se mueve, por lo menos nada que tú puedas ver; si gritas, nadie te oirá; si pides auxilio, nadie te socorrerá; debes confiar sólo en tus piernas, que algunas veces fallan, o en tus pulmones, que también se cansan; debes confiar, también, en tu presencia de ánimo, en tu valor, que a veces desaparecen no se sabe cómo, y a cada momento, a cada paso, te hundes en el silencio, en la quietud y en la soledad y el espacio que ocupas y aquel que te rodea y aquel que logras ver se reducen más y más. No mires a lo lejos: debes mirar en qué punto vas a poner el pie en el siguiente paso y en el otro y en el otro. ¿Oyes? Es el rumor de un torrente que corre bajo la nieve, ¿hacia dónde y por dónde?, no lo sabes, lo oyes nada más. Sí, no mires a lo lejos;

Vamos lejos ya, una cuadra, dos, hundiéndonos en la oscuridad, en una oscuridad sin nieve, en una oscuridad sin hirientes resplandores; la nieve, sin embargo, sigue vigilándonos.

--De buenas hemos escapado.

--Sí; llegó un momento en que creí que no saldríamos vivos del planchón.

--No sé qué es mejor: si la nieve blanda o la nieve dura; mejor dicho: no sé qué es peor.

--El Chico Mauricio decía que en algún lugar de España llaman mierda blanca a la nieve.

--Me parece demasiado, aunque lo comprendo. No la llamaría nunca así. Le tengo miedo, pero me gusta, de lejos, es claro, y a veces de cerca, pero no la quiero. Dos o tres veces me he encontrado con ella en las montañas, solo yo y sola ella, durante horas, perdida la huella, borrado todo rastro, sepultadas las señales, extraviados los amigos: aquí te quiero ver. Miras para cualquier parte: no hay nada ni nadie que te pueda ayudar y la noche se acerca o la noche se alarga; hay una quietud mortal: nada se mueve, por lo menos nada que tú puedas ver; si gritas, nadie te oirá; si pides auxilio, nadie te socorrerá; debes confiar sólo en tus piernas, que algunas veces fallan, o en tus pulmones, que también se cansan; debes confiar, también, en tu presencia de ánimo, en tu valor, que a veces desaparecen no se sabe cómo, y a cada momento, a cada paso, te hundes en el silencio, en la quietud y en la soledad y el espacio que ocupas y aquel que te rodea y aquel que logras ver se reducen más y más. No mires a lo lejos: debes mirar en qué punto vas a poner el pie en el siguiente paso y en el otro y en el otro. ¿Oyes? Es el rumor de un torrente que corre bajo la nieve, ¿hacia dónde y por dónde?, no lo sabes, lo oyes nada más. Sí, no mires a lo lejos;

a lo lejos quizá estén tus compañeros, hay un campamento, una alegre fogata, luz, animación, voces, calor, risas, una taza de té y una cama, hasta puede haber una mujer, no tuya, porque tú eres un pobre diablo, pero una mujer a la cual puedas por lo menos mirar, mirar nada más, y no te parezca poco. Las mujeres son escasas en la cordillera, más escasas aun las que pueden llegar a ser tuyas. No mires a lo lejos, te digo, ni pienses en lo que puede haber en otra parte: aquí hay algo más importante que todo eso, aun más importante que las mujeres, de las cuales, algunas veces, se puede prescindir; de esto no se puede prescindir sino para siempre. Me refiero a la vida, es claro. Pon bien el pie y afirma bien el cuerpo. No sabes si en el siguiente paso encontrarás una nieve más blanda o una nieve más dura, una más delgada o una más profunda; es de noche y no puedes distinguir bien; de día es fácil reconocer la nieve profunda; tiene adentro, como en las entrañas, un color azul precioso, muy suave, como el de ciertas aguas o el de ciertos cielos; de noche toda es igual, toda blanca, toda fría y se endurece a medida que la oscuridad avanza.

--¿Cuántas horas anduvimos en la nieve?

--Ocho tal vez.

--Yo les dije: es mejor esperar, pero ustedes se emperraron en seguir.

--No; vamos en seguida; no nos quedemos aquí.

--Durmamos aquí, en el Cristo, y mañana temprano seguimos viaje.

--No; queremos llegar pronto a Chile.

--Hay mucha nieve.

--Qué importa. Aquí también hay mucha.

--Y partimos.

--¿Y ahora?

a lo lejos quizá estén tus compañeros, hay un campamento, una alegre fogata, luz, animación, voces, calor, risas, una taza de té y una cama, hasta puede haber una mujer, no tuya, porque tú eres un pobre diablo, pero una mujer a la cual puedas por lo menos mirar, mirar nada más, y no te parezca poco. Las mujeres son escasas en la cordillera, más escasas aun las que pueden llegar a ser tuyas. No mires a lo lejos, te digo, ni pienses en lo que puede haber en otra parte: aquí hay algo más importante que todo eso, aun más importante que las mujeres, de las cuales, algunas veces, se puede prescindir; de esto no se puede prescindir sino para siempre. Me refiero a la vida, es claro. Pon bien el pie y afirma bien el cuerpo. No sabes si en el siguiente paso encontrarás una nieve más blanda o una nieve más dura, una más delgada o una más profunda; es de noche y no puedes distinguir bien; de día es fácil reconocer la nieve profunda; tiene adentro, como en las entrañas, un color azul precioso, muy suave, como el de ciertas aguas o el de ciertos cielos; de noche toda es igual, toda blanca, toda fría y se endurece a medida que la oscuridad avanza.

--¿Cuántas horas anduvimos en la nieve?

--Ocho tal vez.

--Yo les dije: es mejor esperar, pero ustedes se emperraron en seguir.

--No; vamos en seguida; no nos quedemos aquí.

--Durmamos aquí, en el Cristo, y mañana temprano seguimos viaje.

--No; queremos llegar pronto a Chile.

--Hay mucha nieve.

--Qué importa. Aquí también hay mucha.

--Y partimos.

--¿Y ahora?

--Ahora todo va bien y dentro de un rato, una hora o dos, podremos tendernos y descansar. Serán las dos o tres de la madrugada, estamos en Chile y pronto aparecerán, en la oscuridad, los primeros álamos.

--¡Qué fácil es decirlo ahora!

--Si no fuera por las autoridades todo sería fácil: el túnel es ancho y se pasa en una hora; pero, no, señor. Alto ahí. Aparece la autoridad: a ver los papeles. ¿Chileno? ¿Argentino? Muéstreme su libreta de enrolamiento, muéstreme su pasaporte, muéstreme su equipaje; por poco te piden que les muestres el culo; y si vas sucio y rotoso porque te ha ido mal en el trabajo o porque te da la gana de ir sucio y rotoso, es mucho peor: si no les caes en gracia te llevarán al retén y te tendrán ahí dos horas o dos días o una quincena. En Las Cuevas había un cabo, hijo de tal por cual, que se acercaba al calabozo y abría la puerta:

--A ver: que salgan los que sepan leer y escribir.

--Salían, muy orgullosos, tres o cuatro; los demás o no sabían leer o no hacían caso de lo que decía el cabo.

--Muy bien: agarren una pala cada uno y andando.

--Los ponía a hacer un camino en la nieve, entre la comisaría y la estación. Lo mató un rodado: en el infierno debe estar, haciendo con la jeta un camino en el fuego.

--¿Y a quién vas a quejarte? ¿A quién recurrirás? A mí me tuvieron tres días una vez. ¡Cuánta gente ha muerto por causa de esos malditos papeles! Hace años se entraba o se salía de la Argentina y de Chile como si se entrara o se saliera de su propia casa; hoy son, para todos, como casas ajenas; no había túnel ni ferrocarril y tampoco autoridades que pidieran que les mostraras todo, no; ibas a Mendoza o a la Pampa, tra-

--Ahora todo va bien y dentro de un rato, una hora o dos, podremos tendernos y descansar. Serán las dos o tres de la madrugada, estaremos en Chile y pronto aparecerán, en la oscuridad, los primeros días.

--¡Qué fácil es decirlo ahora!

--Si no fuera por las autoridades todo sería fácil: el tunel se anubla y se pasa en una hora; pero, no, señor. Alto ahí. Aparece la autoridad: a ver los pasajes. ¿Chileno? ¿Argentino? Muéstreme su libreta de enrolamiento, muéstreme su pasaporte, muéstreme su equipaje; por poco te piden que les muestres el culo; y si vas sucio y roñoso porque te ha ido mal en el trabajo o porque te da la gana de ir sucio y roñoso, se mucho peor: si no les cae en gracia te llevarán al retén y te tendrán ahí dos horas o dos días o una quincena. En las Cuevas hasta un cabo, hijo de tal por cual, que se acerca al calabozo y abre la puerta:

--A ver: que salgan los que sepan leer y escribir.

--Salían, muy orgullosos, tres o cuatro; los demás o no sabían leer o no hacían caso de lo que decía el cabo.

--Muy bien: agarren una pala cada uno y anden.

--Los ponía a hacer un camino en la nieve, entre la comisaría y la estación. Ya mató un rodado: en el infierno debe estar, haciendo con la lengua un camino en el fuego.

--¿Y a quién vas a avisarle? ¿A cuién recurrirás? A mí me tuvieron tres días una vez. ¡Cuánta gente ha muerto por causa de esos malditos papeles! Hace años se entraba o se salía de la Argentina como si se entrara o se saliera de su propia casa; hoy son, para todos, como países ajenos; no habría tunel ni ferrocarril y tampoco autoridades que pidieran que les mostraras todo, no; iban a Mendoza o a la Pampa, tra-

bajabas en la vendimia o en la cosecha y te volvías antes de que llegara el invierno, a fines de Marzo, digamos, y nadie te decía nada. Ahora, no: papeles aquí, papeles allá, al calabozo, no tienes tus papeles, sos un atorrante, tomá una pala, ¿por qué?, tenís cara de pillo, chileno ladrón, cuyano maricón; una semana detenido; ahora ándate y no vuelvas más por aquí. Y los hombres se asustan o se engallan: pasan de noche la cumbre y el viento o la nieve los agarran cansados y por ahí quedan, mostrando los dientes.

Mira hacia atrás: todavía se ve la nieve. Es lo que más se ve en Chile; desde la orilla del mar, desde el campo, desde las ciudades, desde los bosques, a veces desde la cama o desde la cárcel.

--He trabajado en las minas, en Las Condes, por ejemplo, y en El Teniente: nieve hasta para regalar. Hay minerales que en el invierno se transforman en cementerios, tan solos quedan, sepultados bajo dos o tres metros de nieve. Los hombres que se quedan a invernar viven como ratones: les crece el pelo, se les alarga el bigote, se les ennegrece la cara, les rebrillan los ojos, la ropa se les hace pedazos -- usan la peor -- y se pasean por las galerías y los pasillos de los campamentos como fantasmas peludos y negros.

--También he invernado en el otro lado, en Las Leñas, donde queda la primera cuadrilla de peones del transandino argentino; no me gusta: prefiero pasar hambre en Valparaíso y no engordar bajo diez metros de nieve. Gracias. ¿Y las mujeres, los niños, los árboles? Cuando abrimos la puerta después de una nevazón que duró tres días, nos encontramos con que no podíamos salir de la casa: la nieve llegaba hasta más arriba de la puerta; tuvimos que hacer un túnel para llegar hasta la línea del tren. Es demasiado pedirle al cuerpo.

--Así murió Manos Duras y así murió Tuerto Chico; así han muerto

bajabas en la vendimia o en la cosecha y te volvías antes de que llegara el invierno, a fines de marzo, digamos, y nadie te decía nada. Ahora, no: papeles aquí, papeles allá, al calabozo, no tienes tus papeles, sos un atorrante, tomá una pala, ¿por qué?, tenís cara de pillo, chileno ladrón, cuyano maricón; una semana detenido; ahora ándate y no vuelvas más por aquí. Y los hombres se asustan o se engallan: pasan de noche la cumbre y el viento o la nieve los agarran cansados y por ahí quedan, mostrando los dientes.

Mira hacia atrás: todavía se ve la nieve. Es lo que más se ve en Chile; desde la orilla del mar, desde el campo, desde las ciudades, desde los bosques, a veces desde la cama o desde la cárcel.

--He trabajado en las minas, en Las Condes, por ejemplo, y en El Teniente: nieve hasta para regalar. Hay minerales que en el invierno se transforman en cementerios, tan solos quedan, sepultados bajo dos o tres metros de nieve. Los hombres que se quedan a invernar viven como ratones: les crece el pelo, se les alarga el bigote, se les ennegrece la cara, les rebrillan los ojos, la ropa se les hace pedazos -- usan la peor -- y se pasean por las galerías y los pasillos de los campamentos como fantasmas peludos y negros.

--También he invernado en el otro lado, en Las Leñas, donde queda la primera cuadrilla de peones del transandino argentino; no me gusta: prefiero pasar hambre en Valparaíso y no engordar bajo diez metros de nieve. Gracias. ¿Y las mujeres, los niños, los árboles? Cuando abrimos la puerta después de una nevazón que duró tres días, nos encontramos con que no podíamos salir de la casa: la nieve llegaba hasta más arriba de la puerta; tuvimos que hacer un túnel para llegar hasta la línea del tren. Es demasiado pedirle al cuerpo.

--Así murió Manos Duras y así murió Tuerto Chico; así han muerto

muchos y muchos han muerto en este mismo lugar. Cuando se llega hasta por aquí cansado y hambriento y resulta que sopla viento y la nieve está dura, siente uno que lo que mejor que podía haberle ocurrido es no haber salido nunca del vientre de su madre: un minuto o dos sentado, descansando, bastan a veces para agarrotar los músculos y acalambrar el estómago. Ahí te quedarás, hasta que vengan a buscarte... cuando pase el invierno. Tuerto Chico no era orgulloso ni soberbio, más bien era apocado, aunque no tanto que se le pudiera poner el pie encima y se quedara tranquilo; te miraba de lado, levantando la cabeza, como quien mira por sobre el hombro y hacia el cielo -- también lo llamaban, algunos, Mira-Para-El-Norte -- y uno sentía que en esa mirada, la mirada de un solo ojo -- el otro lo tenía tapado por una nube -- asomaba algo que era necesario respetar, aunque ese algo estuviera encerrado dentro de un hombre de baja estatura, feo y hediondo como nadie -- no se bañaba nunca, no diré en la cordillera, donde en verano no se bañan más que los locos, sino que en ninguna parte: decía que el baño le hacía salir granos.

--Hay hombres tiesos, aunque no lo parecen, y hay que tener cuidado con ellos: algunos cortan como cuchillos, otros golpean como piedras y los más suaves putean que da gusto.

--Manos Duras, sí, era orgulloso, aunque no guapo ni fanfarrón, callado más bien, y no le gustaba -- tampoco le gustaba a Tuerto Chico ni tampoco les gusta a muchos hombres, por rotosos que anden -- que las autoridades lo detuvieran, lo interrogaran, lo registraran, lo manosearan, lo encerraran, lo hicieran trabajar y se burlaran de él. Prefería, entonces, esperar la noche para pasar la cumbre. Corría el riesgo de que lo pillara un temporal o una nevazón o de que se perdiera, pero prefería eso a que lo baboseara nadie. Dos o tres veces me fuí con ellos

muchos y muchos han muerto en este mismo lugar. Cuando se llega hasta por aquí cansado y hambriento y resulta que sopla viento y la nieve está dura, siente uno que lo que mejor que podía haberle ocurrido es no haber salido nunca del vientre de su madre: un minuto o dos sentado, descansando, bastan a veces para agarrotar los músculos y acalambrar el estómago. Ahí te quedarás, hasta que vengan a buscarte... cuando pase el invierno. Tuerto Chico no era orgulloso ni soberbio, más bien era apocado, aunque no tanto que se le pudiera poner el pie encima y se quedara tranquilo; te miraba de lado, levantando la cabeza, como quien mira por sobre el hombro y hacia el cielo -- también lo llamaban, algunos, Mira-Para-El-Norte -- y uno sentía que en esa mirada, la mirada de un solo ojo -- el otro lo tenía tapado por una nube -- asomaba algo que era necesario respetar, aunque ese algo estuviera encerrado dentro de un hombre de baja estatura, feo y hediondo como nadie -- no se bañaba nunca, no diré en la cordillera, donde en verano no se bañan más que los locos, sino que en ninguna parte: decía que el baño le hacía salir granos.

--Hay hombres tiesos, aunque no lo parecen, y hay que tener cuidado con ellos: algunos cortan como cuchillos, otros golpean como piedras y los más suaves putean que da gusto.

--Manos Duras, sí, era orgulloso, aunque no guapo ni fanfarrón, callado más bien, y no le gustaba -- tampoco le gustaba a Tuerto Chico ni tampoco les gusta a muchos hombres, por rotosos que anden -- que las autoridades lo detuvieran, lo interrogaran, lo registraran, lo manosearan, lo encerraran, lo hicieran trabajar y se burlaran de él. Prefería, entonces, esperar la noche para pasar la cumbre. Corría el riesgo de que lo pillara un temporal o una nevazón o de que se perdiera, pero prefería eso a que lo babeseara nadie. Dos o tres veces me fuí con ellos

a Mendoza y dos o tres veces me volví con ellos a Chile. Venían todos los años, como los pájaros. Eran duros y callados y aguantaban mucho, aguantaban el cansancio, el hambre, la sed, el frio, todo: la muerte debe haber peleado duro con ellos para ganárselas. Lo que no soportaban era el mal trato. Si encontraban, sobre todo Manos Duras, un capataz de mal carácter o abusador, preferían irse. El capataz salía ganando: creo que Manos Duras era capaz de meter clavos en la madera sin otra herramienta que sus manos.

--También he hecho ese viajecito: llega uno hasta Las Leñas, antes de Las Cuevas -- no más acá porque pueden verlo los carabineros --, y espera la noche. Lleva tres días de camino desde Mendoza, o cuatro si no ha tenido la suerte de pescar un tren de carga; se le han roto las alpargatas o los zapatos y se le han terminado las provisiones; el camino es duro, pura piedra; está cansado y no puede meterse en ninguna parte, salvo que conozca a alguien en algún campamento o sea amigo de algún capataz. Por ahí, detrás de una piedra, lo pilla la noche, acurrucado, y hay que partir. Vamos, arriba, toma el saco o la mochila y andando. Estamos a fines de marzo o a principios de abril y ha caído una nevazón, dos, tres; ¿cómo estará el camino?, ¿cómo estará la nieve? Nadie lo sabe y si por casualidad encuentras a alguien que acaba de atravesar la cumbre, te dirá: está bueno, está malo, está regular, está malito, la cosa está buena de este lado y malona del otro. Siempre, sin embargo, estará peor de lo que él dice. Además, hay que tomar en cuenta la hora y el tiempo: si es de día, si es de noche, si hay sol, si está nublado, si corre viento, si no corre. Se amarra uno bien los pantalones y parte, no por el camino, que sería mucho mejor, sino que por ahí, por los lados, escondido. Podría uno irse directamente a la boca del túnel, meterse en él y salir tan tranquilo al otro lado, pero no

puede ser: el túnel tiene puertas a ambos lados, en las dos bocas, una puerta de fierro, y esa puerta está cerrada y asegurada, además, por un candado y una cadena. ¿Por qué? Quién sabe. De día el carabinero puede ver quién sale y quién entra; de noche no puede verlo y entonces le pone candado. Libertad es la herencia del bravo, dice la canción nacional chilena; libertad, libertad, libertad, dice la canción argentina; libertad, sí, pero pongámosle candado a la puerta. Claro es que si lo sorprenden a uno tratando de pasar a escondidas la cumbre, sin mostrar lo que ellos quieren que uno muestre, es mucho peor: lo tratarán como a un cuatrero, como a un contrabandista, como a reo prófugo, pero la libertad vale algo y hay que pagarlo, no la de los himnos, que parece no existir, sino otra. Por lo demás, la noche es igual para todos y sólo muy pocos le han perdido el miedo. Andando. A veces, como en este caso, se tiene suerte y se pasa; otras, se llega al Cristo y se duerme ahí si la cosa se presenta muy mala; pero hay veces en que no se hace caso de nada y se sigue adelante. Vamos de bajada, se dice, y no vale la pena quedarse. Sigamos. Es lo que nos ha pasado ahora. Pero desde el Cristo para adelante nadie puede decir lo que va a pasar: si llegará vivo hasta abajo o si a pesar de llegar vivo morirá cuando ya se cree a salvo. La bajada es a veces peor que la subida, aunque la subida es a veces peor que la bajada.

Miremos por última vez hacia atrás: la nieve se está alejando y al alejarse sube, como si se empinara para mirarnos y vigilarnos. Todavía no se resigna a perdernos. Adiós. Volveremos este otro año. Por aquí encontraron a Manos Duras y un poco más allá a Tuerto Chico: estaban sentados, con la mochila al ladito, encogidos.

--¿Oyen? Empieza a oirse el rumor del río y aparece el primer álamo. Estamos en Chile.

puede ser: el túnel tiene puertas a ambos lados, en las dos bocas, una puerta de fierro, y esa puerta está cerrada y asegurada, además, por un candado y una cadena. ¿Por qué? Quién sabe. De día el carabinero puede ver quién sale y quién entra; de noche no puede verlo y entonces le pone candado. Libertad es la herencia del bravo, dice la canción nacional chilena; libertad, libertad, libertad, dice la canción argentina; libertad, sí, pero pongámosle candado a la puerta. Claro es que si lo sorprenden a uno tratando de pasar a escondidas la cumbre, sin mostrar lo que ellos quieren que uno muestre, es mucho peor: lo tratarán como a un cuatrero, como a un contrabandista, como a reo prófugo, pero la libertad vale algo y hay que pagarlo, no la de los himnos, que parece no existir, sino otra. Por lo demás, la noche es igual para todos y sólo muy pocos le han perdido el miedo. Andando. A veces, como en este caso, se tiene suerte y se pasa; otras, se llega al Cristo y se duerme ahí si la cosa se presenta muy mala; pero hay veces en que no se hace caso de nada y se sigue adelante. Vamos de bajada, se dice, y no vale la pena quedarse. Sigamos. Es lo que nos ha pasado ahora. Pero desde el Cristo para adelante nadie puede decir lo que va a pasar. Si llegará vivo hasta abajo o si a pesar de llegar vivo morirá cuando ya se cree a salvo. La bajada es a veces peor que la subida, aunque la subida es a veces peor que la bajada.

Miremos por última vez hacia atrás. La nieve se está alejando y al alejarse sube, como si se empinara para mirarnos y vigilarnos. Todavía no se resigna a perdernos. Adiós. Volveremos este otro año. Por aquí encontraron a Manos Duras y un poco más allá a Tuerto Chico: estaban sentados, con la mochila al ladito, encogidos.

--¿Oyen? Empieza a oirse el rumor del río y aparece el primer álamo. Estamos en Chile.

# El Filósofo, Cristián y yo

No llegué a saber, por aquellos días, lo que había dentro de Cristián y quizá no llegaría a saberlo nunca. Viviendo a su lado, en su contorno, sentí que lo rodeaba una atmósfera de una densidad impenetrable para la simple mirada o la simple cercanía. No irradiaba nada que pudiera ser comprendido de un modo inteligente y no supe si lo que los demás irradiaban, El Filósofo u otros, lo tocaba. Por Echeverría supe, en un momento, más de lo que hasta ese momento había podido saber, en muchos años, por Cristián mismo. Echeverría era tal vez el único hombre que había logrado aproximarse a él, sólo aproximarse.

--Se resistió, pero no me acobardó su resistencia; no quería penetrarlo; quería que se viera y oyera hablar, aunque no me entusiasmara; quería despertar en él la palabra, ver qué color y qué sabor podría tener en sus labios. Tú sabes que tiene un color y un sabor como de cosa herrumbrada. Siempre he procurado dar, en cierto sentido, en el acontecer de las relaciones mentales humanas, más de lo que posiblemente pueda recibir; me gusta sacar algo de los demás, aunque muchas veces ese algo no valga la pena de tener ojos al oficio. No lo hago por presunción o por curiosidad; es por naturaleza: me gusta escarbar en el hombre. Logré, al fin, que hablara y que se dijera, con su lenguaje monosilábico -- no lo abandona sino cuando se enoja -- algo de sí mismo, no de lo que piensa, pues cree que no ha aprendido a pensar, sino de lo

El Tilósofo. Cristián y Yo

# I

No llegué a saber, por aquellos días, lo que había dentro de Cristián y quizá no llegaría a saberlo nunca. Viviendo a su lado, en su contorno, sentí que lo rodeaba una atmósfera de una densidad impenetrable para la simple mirada o la simple cercanía. No irradiaba nada que pudiera ser comprendido de un modo inteligente y no supe si lo que los demás irradiaban, El Filósofo u otros, lo tocaba. Por Echeverría supe, en un momento, más de lo que habría podido saber, en muchos años, por Cristián mismo. Echeverría era tal vez el único hombre que había logrado aproximarse a él, sólo aproximarse.

--Se resistió, pero no me acobardó su resistencia; no quería penetrarlo; quería que me viera y oyera hablar, aunque no me entendiera; quería despertar en él la palabra, ver qué color y qué sabor podría tener en sus labios. Tú sabes que tiene un color y un sabor como de cosa herrumbrada. Siempre he procurado dar, en cierto sentido, en el sentido de las relaciones mentales humanas, más de lo que posiblemente puedo recibir; me gusta sacar algo de los demás, aunque muchas veces ese algo no valga la pena de tener ojos ni oídos. No lo hago por presunción o por curiosidad; es por naturaleza: me gusta escarbar en el hombre. Logré, al fin, que hablara y que me dijera, con su lenguaje monosilábico -- no lo abandona sino cuando se enoja -- algo de sí mismo, no de lo que piensa, pues creo que no ha aprendido a pensar, sino de lo

# I

No llegué a saber, por aquellos días, lo que había dentro de Cristián y quizá no llegaría a saberlo nunca. Viviendo a su lado, en su contorno, sentí que lo rodeaba una atmósfera de una densidad impenetrable para la simple mirada o la simple cercanía. No irradiaba nada que pudiera ser comprendido de un modo inteligente y no supe si lo que los demás irradiaban, El Filósofo u otros, lo tocaba. Por Echeverría supe, en un momento, más de lo que habría podido saber, en muchos años, por Cristián mismo. Echeverría era tal vez el único hombre que había logrado aproximarse a él, sólo aproximarse.

--Se resistió, pero no me acobardó su resistencia; no quería penetrarlo; quería que me viera y oyera hablar, aunque no me entendiera; quería despertar en él la palabra, ver qué color y qué sabor podría tener en sus labios. Tú sabes que tiene un color y un sabor como de cosa herrumbrada. Siempre he procurado dar, en cierto sentido, en el sentido de las relaciones mentales humanas, más de lo que posiblemente puedo recibir; me gusta sacar algo de los demás, aunque muchas veces ese algo no valga la pena de tener ojos ni oídos. No lo hago por presunción o por curiosidad; es por naturaleza: me gusta escarbar en el hombre. Logré, al fin, que hablara y que me dijera, con su lenguaje monosilábico -- no lo abandona sino cuando se enoja -- algo de sí mismo, no de lo que piensa, pues creo que no ha aprendido a pensar, sino de lo

que ha vivido. No fué gran cosa, pero fué algo. No tengo ninguna esperanza de que todo lo que le he dicho desde que lo trato, lo haya oído o comprendido; no me importa. Lo conocí muy hombre ya, mineralizado hasta un punto difícil de apreciar. No podría definírtelo de un modo científico; no soy psicólogo, aunque maldita la falta que me hace. Cuando don Pepe me dió el dato de la mina marítima de El Membrillo y fuí a reconocerla, allí estaba él; estaba como tú, varado en la playa, más que varado, arrojado por la resaca; pero iba desde la tierra hacia el mar, al revés del metal, que viene del mar hacia la tierra. Es otra resaca, más temible que la otra. Estaba ahí como estuviste tú, con la diferencia de que lo que a tí te ocurre puede ser circunstancial, momentáneo, en tanto que lo que le ocurre a él parece ser definitivo: no sabe trabajar, no puede robar y tampoco quiere irse de su ciudad. Si le das un pincel, un martillo o una llave inglesa, no sabrá qué hacer con ellos, no podrá manejarlos: sus músculos son torpes. Durante varios días me vió entrar y salir, recoger metal y marcharme; mientras iba y venía le echaba mis miradas, sospechando lo que le ocurría, y él respondía mis miradas con una expresión tan torva y con un gesto tan duro, que a pesar de mi valor mental -- que es el único que tengo, además del verbal, por supuesto -- no me atrevía a acercarme. Aquello me irritó, por fin, y me acerqué, dispuesto a recibir una patada o lo que fuese. No le ofrecí ni le pregunté nada; le dije no más que el mar echaba un metal a la playa, que era fácil recogerlo y que alguien lo compraba. No creas que bajó corriendo; bajó paso a paso y demoró un día entero en decidirse a recoger un pedazo; no te mentiría si te dijera que es posible que cuando se agachó le sonara el espinazo como si se le hubiera quebrado. La vida lo ha endurecido hasta el punto de convertirlo en un ser que no es ani-

mal ni vegetal; desgraciadamente, tampoco es mineral: debe comer, debe respirar y debe hacer muchas otras cosas, limitadas todas, pero todas necesarias. Tal es Cristián, y no creas que sea el único, no, hay muchos como él y todos necesitan vivir, viven, mejor dicho, y hay que aceptarlos como son. Podemos despreciarlos, podemos vivir separados de ellos, pero no los podemos ignorar; se les podría matar, pero otros vendrían a reemplazarlos; nacen miles todos los días y el mal no está, en algunas ocasiones, en ellos mismos: unos nacen así, otros llegan a ser así. A veces algo los salva, a veces no los salva nada; y no creas que sólo se dan en nuestro medio: nacen en todas partes y algunos llegan a ser personas importantes. ¿Cristián nació así o llegó a ser así? Es difícil saberlo y es difícil porque el único que lo podría decir, él mismo, no podría hacerlo. Tú tuviste suerte. . .

Suerte. . . Le había contado a El Filósofo aquella parte de mi vida: durante un tiempo mi familia y yo vivimos, en Rosario, en una casa que mi padre arrendó a una señora de apellido italiano, anciana ya y viuda, que no tenía hijos ni parientes y cuyo único sostén era aquella casa, que arrendaba, reservándose para ella una pieza de madera, separada del resto del edificio y que su marido, contratista, construyera para utilizarla como galpón y depósito de herramientas. Al morir el marido, la señora hizo arreglarla, le agregó una cocina, levantó un gallinero donde criaba una media docena de gallinas y unos patos, y allí se instaló a pasar sus últimos días. La construcción estaba en el fondo del terreno, rodeada de árboles y de un jardincito que la señora hizo con sus propias manos: tenía cardenales, rudas, buenas tardes, damas de noche, dos o tres heliotropos muy fragantes y un jazmín del Cabo. Todo ello estaba rodeado de una reja de madera pintada de blanco. A mi pa-

dre, al principio, no le agradó la idea de tener en la misma casa una persona extraña, pero la señora resultó tan discreta que mi padre terminó por tolerar su presencia. Mis hermanos y yo íbamos algunas veces a echar una mirada a la señora, a su jardín y a sus árboles, entre los cuales se erguían algunos duraznos que maduraban a su tiempo. La señora nos ofrecía unos pocos y conversaba con nosotros, sin que nunca se le ocurriera preguntarnos nada sobre nosotros mismos. No tenía servidumbre y muy rara vez iba alguien a visitarla. Salía a veces, muy atildadita, a visitar a antiguas amigas o vecinas y nos encargaba que le cuidáramos la casita. Nunca se atrevió a visitarnos y, por su parte, mi madre, que era muy prudente, no la invitó; pasaba, saludaba y se encerraba en su jardín, entre los árboles. Cocinaba ella misma y ella misma lavaba su ropa; tenía buena salud y era de muy alegre expresión. Un día de verano, maduros ya los duraznos, fuí a echar una ojeada: allí estaba la señora, en el jardín, tratando de leer un diario. Me vió y me invitó a entrar. Me preguntó:

--¿Sabe leer?

--Sí -- respondí.

--Yo -- me confesó -- apenas puedo hacerlo; me cuesta mucho; me canso y me duele la cabeza. Es una suerte ser joven.

Inclinó la cabeza y enderezó el diario, que había dejado sobre su falda, echándole una mirada por encima de los anteojos. Continuó:

--En este diario sale un folletín muy bonito; es una novela española.

Yo la oía y miraba una rama llena de duraznos enrojecidos por la madurez.

Me preguntó:

--¿Quiere sacar algunos? Saque no más. Hay muchos.

Saqué dos o tres y mientras los saboreaba se me ocurrió ofrecerme para leer el folletín: era una manera de retribuirle los duraznos y, al

dre, el principio, no le agradó la idea de tener en la misma casa una persona extraña, pero la señora resultó tan discreta que mi padre terminó por tolerar su presencia. Mis hermanos y yo íbamos algunas veces a ocupar una mirada a la señora, a su jardín y a sus árboles, entre los cuales se erguían algunos duraznos que maduraban a su tiempo. La señora nos ofrecía unos pocos y conversaba con nosotros, sin que nunca se le ocurriera preguntarnos nada sobre nosotros mismos. No tenía servidumbre y muy rara vez la alguien a visitarla. Salía a veces, muy aisladita, a visitar a antiguas amigas o vecinas y nos encargaba que le cuidáramos la casita. Nunca se atrevió a visitarnos y, por su parte, mi madre, que era muy prudente, no la invitó; pasaba, saludaba y se encerraba en su jardín, entre los árboles. Cocinaba ella misma y ella misma lavaba su ropa; tenía buena salud y era de muy ligera expresión. Un día de verano, madura ya los duraznos, fuí a coger una ojeada: allí estaba la señora, en el jardín, tratando de leer un diario. Me vió y me invitó a entrar. Me preguntó:

--¿Sabe leer?

--Sí -- respondí.

--Yo -- me contestó -- apenas puedo descifrio; mi cuesta mucho; me canso y me duele la cabeza. Es una suerte ser joven.

Inclinó la cabeza y entregó el diario, que había dejado sobre su falda, cogiendo una mirada por encima de los anteojos. Continuó:

--En este diario sale un folletín muy bonito; es una novela española. Yo la oía y miraba una rama llena de duraznos aurojizados por la madurez.

Me preguntó:

--¿Quiere sacar algunos? Hay muchos.

Saqué dos o tres y mientras los saboreaba se me ocurrió ofrecerme para leer el folletín: era una manera de retribuirle los duraznos y, el

mismo tiempo, de asegurarme otros para el futuro; el verano era largo y la fruta estaba más cara cada día.

--¿Quiere que le lea el folletín?

Jamás había leído un folletín y no sabía lo que era.

--¿No le molestará leer?

--No -- le contesté, limpiándome las manos en el pañuelo --; no me molestará nada.

--Tome, pues -- dijo, y me alcanzó el diario.

Lo tomé, miré el título del folletín y leí de un tirón todo lo que allí había. Mientras leía, la señora lanzó exclamaciones e hizo comentarios que no escuché. Terminé de leer y le devolví el diario.

--Gracias -- dijo --; lee bien, pero muy ligero; parece que lo que lee no le interesa.

Al día siguiente se repitió lo del anterior: comí mis duraznos y leí el folletín y así ocurrió en días sucesivos y siguió ocurriendo hasta bastante tiempo después de que se acabara la fruta: la curiosidad me tomó y no contento con saber lo que sucedía en lo que leí, quise enterarme de lo sucedido antes. La señora me facilitó lo anterior; lo tenía recortado y lo guardaba y no sólo tenía aquél; tenía muchos más. En retribución, en poco tiempo conocí un mundo desconocido hasta entonces. Entre los folletines aparecieron novelas de todas las nacionalidades, españolas, francesas, italianas, inglesas, alemanas, polacas, rusas, suecas. Ciudades, ríos, lagos, océanos, países, costumbres, pasiones, épocas, todo se me hizo familiar. Un día que mi padre hablaba de Madrid, lo interrumpí y le dije algo sobre esa ciudad, no sé qué.

--¿Cómo te has enterado? -- me preguntó, sonriendo.

--Sé muchas cosas de Madrid -- le contesté -- y también de Galicia, tu tierra.

mismo tiempo, de asegurarme otros para el futuro; el verano era largo y
la fruta estaba más cara cada día.

--¿Quiere que le lea el folletín?

Jamás había leído un folletín y no sabía lo que era.

--¿No le molestará leer?

--No --le contesté, limpiándome las manos en el pañuelo--; no me
molestará nada.

--Tome, pues -- dijo, y me alcanzó el diario.

Lo tomé, miré el título del folletín y leí de un tirón todo lo que
allí había. Mientras leía, la señora Lanzó exclamaciones e hizo comenta-
rios que no escuché. Terminé de leer y le devolví el diario.

--Gracias -- dijo --; lee bien, pero muy ligero; parece que lo que
lee no le interesa.

Al día siguiente se repitió lo del anterior: comí más aprisa y leí
el folletín y así ocurrió en días sucesivos y siguió ocurriendo hasta
bastante tiempo después de que se acabara la fruta: la curiosidad me to-
mó y no contento con saber lo que sucedía en lo que leí, quise enterar-
me de lo sucedido antes. La señora me facilitó lo anterior; lo tenía re-
cortado y lo guardaba y no sólo tenía aquél; tenía muchos más. En reti-
rada, en poco tiempo conocí un mundo desconocido hasta entonces. Entre
los folletines aparecieron novelas de todas, las nacionalidades, españo-
las, francesas, italianas, inglesas, alemanas, polacas, rusas, suecas.
Ciudades, ríos, lagos, océanos, países, costumbres, pasiones, épocas,
todo se me hizo familiar. Un día que mi padre hablaba de Madrid, lo in-
terrumpí y le dije algo sobre esa ciudad, no sé qué.

--¿Cómo te has enterado? -- me preguntó, sonriendo.

--De muchas cosas de Madrid -- le contesté -- y también de países,
de tierras.

--Pero ¿dónde lo has aprendido? -- insistió --. Porque en el colegio no enseñan esas cosas.

--He leído algunas novelas españolas -- contesté.

--¿Dónde?

--La patrona me las ha prestado. Le leí la que está saliendo en La Capital y ella me prestó otras.

--Por eso será que ha sacado tan malas notas en la escuela -- suspiró mi madre.

Mi padre no dijo nada y seguí leyendo y leí de todo, diarios, revistas, calendarios y libros y contagié con mi pasión a mis hermanos, que empezaron también a leer, aunque no con la misma asiduidad mía. Mis notas escolares descendieron hasta un mínimo que alarmó a mis padres, quienes, sin embargo, no me lo prohibieron: no sabían si era bueno o malo hacerlo tan exageradamente; temieron sólo por mis estudios, unos estudios que no terminaría nunca, y me recomendaron que fuese prudente.

Pero nunca conté a Echeverría el final de mis relaciones con aquella señora: un día, en el diario que ella acostumbraba leer, apareció, entre otras, una fotografía de mi padre. Era él, sin duda ni disimulo posible, y el diario lo señalaba como ladrón peligroso, dando su nombre, su apodo y todos sus antecedentes policiales. No se podía hacer nada: la señora leía el diario con atención y era indudable que lo vería. No dijo, por cierto, una sola palabra, pero mi padre, que tenía el pudor de su profesión, decidió cambiarse de casa y fué a notificárselo a la señora. La señora le preguntó:

--¿Quiere usted dejar la casa?

--Sí, señora -- respondió él.

La señora lo miró con fijeza y le preguntó:

--Pero ¿dónde lo has aprendido? -- insistió --. Porque en el colegio no enseñan esas cosas.

--He leído algunas novelas españolas -- contesté.

--¿Dónde?

--La patrona me las ha prestado. Le leí la que está saliendo en La Capital y ella me prestó otras.

--Por eso será que ha sacado tan malas notas en la escuela -- suspiró mi madre.

Mi padre no dijo nada y seguí leyendo y leí de todo, diarios, revistas, calendarios y libros y contagié con mi pasión a mis hermanos, que empezaron también a leer, aunque no con la misma asiduidad mía. Mis notas escolares descendieron hasta un mínimo que alarmó a mis padres, quienes, sin embargo, no me lo prohibieron: no sabían si era bueno o malo hacerlo tan exageradamente; temieron sólo por mis estudios, unos estudios que no terminaría nunca, y me recomendaron que fuese prudente.

Pero nunca conté a Echeverría el final de mis relaciones con aquella señora: un día, en el diario que ella acostumbraba leer, apareció, entre otras, una fotografía de mi padre. Era él, sin duda ni disimulo posible, y el diario lo señalaba como ladrón peligroso, dando su nombre, su apodo y todos sus antecedentes policiales. No se podía hacer nada: la señora leía el diario con atención y era indudable que lo vería. No dijo, por cierto, una sola palabra, pero mi padre, que tenía el pudor de su profesión, decidió cambiarse de casa y fué a notificárselo a la señora. La señora le preguntó:

--¿Quiere usted dejar la casa?

--Sí, señora -- respondió él.

La señora lo miró con fijeza y le preguntó:

--¿Es por lo del diario?

Mi padre no contestó y la señora dijo:

--Si es por lo del diario, don Aniceto, no se vaya usted. No me importa nada lo que diga el diario y no tengo ninguna queja contra usted. Cada uno se gana la vida como Dios lo deja y usted es un hombre decente. Quédese.

Pero mi padre, a quien no favorecía en nada aquella propaganda periodística, no sólo quería cambiar de casa: quería también cambiar de ciudad e insistió. Cuando fuí a despedirme, la señora me abrazó, echó unas lágrimas y me regaló, como recuerdo, tres folletines. Cuando hube de salir de mi casa a correr el mundo, allí estaban todavía.

--Sí, tú tuviste suerte y yo también la tuve: mi padre era anarquista y también leía, ¡ y qué libros!, libros que casi no entendía, de la biblioteca Sempere, y de los que hablaba continuamente; algo pescaba en ellos, una idea, la más pequeña, que rumiaba durante semanas enteras y de la que hablaba no sólo a su mujer y a sus hijos, que no entendían ni jota, sino que también a sus amigos y compañeros, que tampoco eran unos linces. Tenía cierto don oratorio y manejaba algunas palabras, muy pocas, pues era carpintero y no había tenido tiempo para cultivarse, pero con esas pocas palabras se las arreglaba para echar sus discursillos. Lo acompañaba a las reuniones y le oía con más atención que nadie, aunque sin entenderle gran cosa. Con el tiempo llegué a leer aquellos libros, libros de ciencia todos, y otros que encontré por aquí y por allá. Total: me aficioné a leer y me atreví a pensar por mi cuenta. Hice lo que no había logrado hacer mi padre: el serrucho, manejado durante ocho o más horas diarias, y el martillo otras tantas, no son herramientas que le permitan a uno dedicarse a pensar en cosas abstractas: te aplastas una

--¿Es por lo del diario?

Mi padre no contestó y la señora dijo:

--Si es por lo del diario, don Aniceto, no se vaya usted. No me importa nada lo que diga el diario y no tengo ninguna queja contra usted. Cada uno se gana la vida como Dios lo deja y usted es un hombre decente. Quédese.

Pero mi padre, a quien no favorecía en nada aquella propaganda periodística, no sólo quería cambiar de casa: quería también cambiar de ciudad e insistió. Cuando fuí a despedirme, la señora me abrazó, echó unas lágrimas y me regaló, como recuerdo, tres folletines. Cuando hube de salir de mi casa a correr el mundo, allí estaban todavía.

--Sí, tú tuviste suerte y yo también la tuve: mi padre era anarquista y también leía, ¡y qué libros!, libros que casi no entendía, de la biblioteca Sempere, y de los que hablaba continuamente; algo pescaba en ellos, una idea, la más pequeña, que rumiaba durante semanas enteras y de la que hablaba no sólo a su mujer y a sus hijos, que no entendían ni jota, sino que también a sus amigos y compañeros; que tampoco eran unos linces. Tenía cierto don oratorio y manejaba algunas palabras, muy pocas, pues era carpintero y no había tenido tiempo para cultivarse, pero con esas pocas palabras se las arreglaba para echar sus discursillos. Lo acompañaba a las reuniones y le oía con más atención que nadie, aunque sin entenderle gran cosa. Con el tiempo llegué a leer aquellos libros, libros de ciencia todos, y otros que encontré por aquí y por allá. Total: me aficioné a leer y me atreví a pensar por mi cuenta. Hice lo que no había logrado hacer mi padre: el serrucho, manejado durante ocho o más horas diarias, y el martillo otras tantas, no son herramientas que le permitan a uno dedicarse a pensar en cosas abstractas: te aplastas una

mano o te cortas un dedo. . ."Pero Cristián, Cristián ¿qué? No sabe leer ni escribir. El padre era vendedor ambulante de parafina y de velas de sebo, borracho, analfabeto y violento; tuvo tres hijos y quedó viudo; no se volvió a casar -- no son muchas las mujeres dispuestas a casarse con un vendedor ambulante de esa mercadería -- y los niños se criaron como pudieron. Dos murieron, supongo que de hambre, y Cristián se hizo ladrón: era una manera de salvarse, malamente, es cierto, pero no todos pueden elegir lo mejor. Eligió lo peor: no tiene habilidad muscular ni mental; además, para desgracia suya, tiene un defecto en la vista: en cuanto anochece, el suelo se le transforma en una tembladera, confunde la sombra con la luz y los accidentes del terreno se le convierten, cada uno, en un problema. Comprenderás que no se puede ser ladrón y tener problemas de esa índole; tampoco un ladrón nocturno puede andar con lazarillo. Mientras no lo sorprendían,la cosa andaba más o menos bien, pero lo sorprendían casi siempre: tropezaba con los muebles o se le caían al suelo las herramientas. Huía entonces y a los diez metros se estrellaba contra el suelo: confundía un bache con una mancha de sombra o una mancha de luz con un adoquín levantado y allá se iba y entonces el dueño de casa y los hijos del dueño de casa y hasta la mujer y el mozo del dueño de casa le caían encima y le daban la tremenda paliza. A nadie se pega más fuerte que a un ladrón que se sorprende en la casa; el sentido de propiedad es infinitamente más fuerte que el sentido de piedad. Y así innumerables veces." Pasó años en prisión y siempre llegaba a las comisarías lleno de chichones, de magulladuras y hasta de heridas. Lo conoció toda la policía de Valparaíso, no sólo la de Investigaciones sino que hasta la de los retenes más alejados; lo detenían donde lo encontraban y aunque no estuviese haciendo otra cosa que respirar. Además, como es

mano o te cortas un dedo. . . "Pero Cristián, Cristián ¿qué? No sabe leer ni escribir. El padre era vendedor ambulante de parafina y de velas de sebo, borracho, analfabeto y violento; tuvo tres hijos y quedó viudo; no se volvió a casar -- no son muchas las mujeres dispuestas a casarse con un vendedor ambulante de esa mercadería -- y los niños se criaron como pudieron. Dos murieron, supongo que de hambre, y Cristián se hizo ladrón: era una manera de salvarse, malamente, es cierto, pero no todos pueden elegir lo mejor. Eligió lo peor: no tiene habilidad muscular ni mental; además, para desgracia suya, tiene un defecto en la vista: en cuanto anochece, el suelo se le transforma en una tembladera, confunde la sombra con la luz y los accidentes del terreno se le convierten, cada uno, en un problema. Comprenderás que no se puede ser ladrón y tener problemas de esa índole; tampoco un ladrón nocturno puede andar con lazarillo. Mientras no lo sorprendían, la cosa andaba más o menos bien, pero lo sorprendían casi siempre: tropezaba con los muebles o se le caían al suelo las herramientas. Huía entonces y a los diez metros se estrellaba contra el suelo: confundía un bache con una mancha de sombra o una mancha de luz con un adoquín levantado y allá se iba y entonces el dueño de casa y los hijos del dueño de casa y hasta la mujer y el mozo del dueño de casa le caían encima y le daban la tremenda paliza. A nadie se pega más fuerte que a un ladrón que se sorprende en la casa; el sentido de propiedad es infinitamente más fuerte que el sentido de piedad. Y así innumerables veces. "Pasó años en prisión y siempre llegaba a las comisarías lleno de chichones, de magulladuras y hasta de heridas. Lo conoció toda la policía de Valparaíso, no sólo la de Investigaciones sino que hasta la de los retenes más alejados; lo detenían dónde lo encontraban y aunque no estuviese haciendo otra cosa que respirar. Además, como es

violento, peleaba con los policías, y como los policías tienen poderosamente desarrollado el sentido de la autoridad, que es casi tan fuerte como el de propiedad, resultaba que no sólo llegaba a las comisarías lleno de chichones, magulladuras y heridas sino que salía de ellas en el mismo estado. La vida se le hizo imposible. Vagaba por las quebradas y por las cimas de los cerros y sólo el hambre lo obligaba a bajar a los barrios en busca de algo que comer; allí lo tomaban y lo enviaban a la comisaría. Por fin alguien se compadeció de él, un sargento del retén de Playa Ancha, que había conocido a su padre y que jamás lo tomaba preso: se hacía el que no lo veía. Aquella vez lo vió: la figura y la expresión de Cristián deben de haber sido tan terribles, que el sargento, impresionado, se acercó a él. Era hombre mucho mayor que Cristián, bondadoso, además, y Cristián pudo contarle lo que le ocurría. El sargento habló con su superior, éste con el suyo y no sé si éste con el de más arriba; se consiguió que no se le tomara ya preso sin motivo y se le fijó una residencia. Cristián debió prometer no volver a robar y no moverse del barrio. Poco después le conocí yo. No sé hasta cuándo estaré con él, pero me he hecho el propósito de no abandonarle, más aun, tengo el oculto designio de enseñarle a trabajar. En cuanto me sienta con ánimo suficiente, me iré con él; el trabajo empieza y el buen tiempo viene; el sur empieza a soplar con fuerza. Tú podrías venir con nosotros: formaríamos un trío avasallador. Con la brocha en las manos no se nos arrimarían ni las moscas.

## II

Quién sabe si vivimos siempre nada más que alrededor de las personas, aun de aquellas que viven con nosotros años y años y a las cuales, debido al trato frecuente o diario y aun nocturno, creemos que llegaremos a conocer íntimamente; de algunas conocemos más, de otras menos, pero sea cual sea el grado de conocimiento que lleguemos a adquirir, siempre nos daremos cuenta de que reservan algo que es para nosotros impenetrable y que quizá les es imposible entregar: lo que son en sí y para sí mismas, que puede ser poco o que puede ser mucho, pero que es: ese oculto e indivisible núcleo, que se recoge cuando se le toca y que suele matar cuando se le hiere. No tenía ninguna esperanza de acercarme a Cristián; era tan monosilábico como él y no tenía, como El Filósofo, audacia mental. Lo que supe, sin embargo, hizo que por lo menos quisiera estar cerca de él. No me era terriblemente simpático, pero no podía afirmar que él tuviera la culpa de mi rechazo.

Los días transcurrieron, entretanto, no muchos, pero transcurrieron; regresó el barco en que se había ido mi amigo y volvió a partir; él no vino ni me escribió de parte alguna; no se lo reproché: comprendí que tal vez no le había sido fácil hacerlo. El Filósofo me interrogó acerca de mis proyectos; le dije que no tenía ninguno preciso, fuera del de buscar un trabajo más remunerado: mi ropa ya no era ropa y echaba de menos algunas cosas. Estaba repuesto y me sentía de nuevo fuerte; mi pulmón parecía funcionar bien; no me dolía ni echaba aquellos

## II

Quién sabe si vivimos siempre nada más que alrededor de las personas, aun de aquellas que viven con nosotros años y años y a las cuales, debido al trato frecuente o diario y aun nocturno, creemos que llegaremos a conocer íntimamente; de algunas conocemos más, de otras menos, pero sea cual sea el grado de conocimiento que lleguemos a adquirir, siempre nos daremos cuenta de que reservan algo que es para nosotros impenetrable y que quizá les es imposible entregar: lo que son en sí y para sí mismas, que puede ser poco o que puede ser mucho, pero que es: ese oculto e indivisible núcleo, que se recoge cuando se le toca y que suele matar cuando se le hiere. No tenía ninguna esperanza de acercarme a Cristián; era tan monosilábico como él y no tenía, como El Filósofo, audacia mental. Lo que supe, sin embargo, hizo que por lo menos quisiera estar cerca de él. No me era [illegible] [illegible], [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

Los días transcurrieron, entretanto, no muchos, pero transcurrieron; regresó el barco en que se había ido mi amigo y volvió a partir; él no vino ni me escribió de parte alguna; no se lo reproché: comprendí que tal vez no le había sido fácil hacerlo. El Filósofo me interrogó acerca de mis proyectos; le dije que no tenía ninguno preciso, fuera del de buscar un trabajo más remunerado: mi ropa ya no era ropa y echaba de menos algunas cosas. Estaba repuesto y me sentía de nuevo fuerte; mi pulmón parecía funcionar bien; no me dolía ni echaba aquellos

desgarros que me asustaban. Estaba siempre delgado, pero fuerte y animoso.

--No me creerán -- dijo una noche El Filósofo, mientras conversábamos alrededor de la vacilante mesa de nuestro cuarto --, no me creerán, pero desde hace días estoy sintiendo la necesidad de pintar una muralla, no una muralla cualquiera, una de adobe y encalada, por ejemplo, sino una grande, bien enlucida y con pintura al óleo. Me gustaría un color azul -- terminó.

Después, como nosotros guardáramos silencio, continuó:

--Un amigo mío dice que el hombre debe trabajar un día al mes, bien trabajado, y descansar veintinueve, bien descansados. Yo soy más radical: creo que el hombre debe trabajar nada más que cuando siente ganas de hacerlo; y yo tengo ganas: estoy completamente echado a perder.

Rió.

Al dia siguiente no nos acompañó a la caleta. Apareció al mediodía, cuando Cristián y yo íbamos a dar por terminada, por esa mañana, nuestra faena de recogedores de basuras, como decía El Lobo.

--Tendrán que invitarme a almorzar -- declaró --; espero que no se negarán. Recuerden que soy yo el que los inició en este lucrativo negocio.

Agregó:

--No tengo un solo centavo. Eso me pasa por meterme a buscar trabajo.

Había buscado trabajo, en efecto, y no sólo para él: un contratista conocido aceptaba darle un trabajo para pintar varias casas en un balneario distante.

--He pensado en ustedes dos -- dijo, a la hora de almuerzo --. Soy un buen maestro y el contratista, que me tiene confianza, me adelantará al

desgarros que me asustaban. Estaba siempre ocupado, pero fuerte y animoso.

--No me creerán -- dijo una noche El Filósofo, mientras conversábamos alrededor de la vacilante mesa de nuestro cuarto --, no me creerán, pero desde hace días estoy sintiendo la necesidad de pintar una muralla, no una muralla cualquiera, una de adobe y encalada, por ejemplo, sino una grande, bien erguida y con pinturas al óleo. Me gustaría un color azul -- terminó.

Después, como nosotros guardáramos silencio, continuó:

--Un amigo mío dice que el hombre debe trabajar un día sí, bien trabajado, y descansar veinticuatro, bien descansados. Yo soy más realista: creo que el hombre debe trabajar nada más que cuando siente ganas de hacerlo; y yo tengo ganas: estoy completamente ocupado a perder.

Río.

Al día siguiente no nos acompañó a la caleta. Apareció el mediodía, cuando Cristián y yo íbamos a dar por terminada, por esa mañana, nuestra faena de recogedores de basuras, como decía El Lobo.

--Tendrán que invitarme a almorzar -- declaró --; espero que no se negarán. Recuerden que soy yo el que los inició en esta lucrativa negocio.

Agregó:

--No tengo un solo centavo. Eso me pesa por meterme a buscar trabajo.

Había buscado trabajo, en efecto, y no sólo para él: un contratista conocido aceptaba darle un trabajo para pintar varias casas en un balneario distante.

--He pensado en varias cosas -- dijo, a la hora de almorzar --. Soy un buen maestro y el contratista, que me tiene confianza, me adelantará

algún dinero, pero no aquí; me lo dará cuando esté en el balneario. Su confianza no llega a tanto -- añadió, sonriendo.

Después dijo:

--¡Qué les parece!

Cristián no contestó: miraba hacia otra parte. Yo no dije una palabra, pero Echeverría sabía que iría con él: también tenía deseos de pintar, pero no una muralla sino una ventana, una ventana amplia, no de azul sino de blanco: la aceitaría primero, le daría después una o dos manos de fijación, la enmasillaría, la lijaría hasta que la palma de la mano no advirtiera en la madera ni la más pequeña aspereza y finalmente extendería sobre ella una, dos, tres capas de albayalde. Resplandecería desde lejos y yo sabría que era el que la había pintado.

Pero Cristián no sentía lo mismo; las puertas y ventanas suscitarían en él sólo sensaciones de fastidio y quizá de odio: eran algo que había que abrir en contra de la voluntad de las personas que estaban detrás de ellas, y no de buena manera sino que forzándolas o rompiéndolas, exponiéndose, al hacerlo, a recibir o encontrar algo mucho más desagradable que lo que buscaba. Aquella misma noche desapareció. Una o dos cuadras antes de llegar al conventillo, advertimos que no venía detrás de nosotros. Siempre, en la noche, marchaba el último, gacha la cabeza, las manos en los desbocados bolsillos, entregado a la tarea de adivinar, más que de ver, el sitio en que podía colocar sus pisadas; el piso de las aceras no se distinguía por su buen estado ni por su regularidad: escalones, hoyos, cambios -- aquí era de tierra, allá de baldosas, más allá de asfalto --, aquí se hundía, allá se levantaba, aquí sobresalía el muñón de un antiguo farol a gas, más allá se abría una grieta. Alfonso preguntó:

algún dinero, pero no aquí; me lo dará cuando esté en el balneario. Su confianza no llega a tanto -- añadió, sonriendo.

Después dijo:

--¡Qué les parece!

Cristián no contestó: miraba hacia otra parte. Yo no dije una palabra, pero Echeverría sabía que iría con él: también tenía deseos de pintar, pero no una muralla sino una ventana, una ventana amplia, no de azul sino de blanco: la aceitaría primero, le daría después una o dos manos de fijación, la enmasillaría, la lijaría hasta que la palma de la mano no advirtiera en la madera ni la más pequeña aspereza y finalmente extendería sobre ella una, dos, tres capas de albayalde. Resplandecería desde lejos y yo sabría que era el que la había pintado.

Pero Cristián no sentía lo mismo; las puertas y ventanas suscitarían en él sólo sensaciones de fastidio y quizá de odio: eran algo que había que abrir en contra de la voluntad de las personas que estaban detrás de ellas, y no de buena manera sino que forzándolas o rompiéndolas, exponiéndose, al hacerlo, a recibir o encontrar algo mucho más desagradable que lo que buscaba. Aquella misma noche desapareció. Una o dos cuadras antes de llegar al conventillo, advertimos que no venía detrás de nosotros. Siempre, en la noche, marchaba el último, gacha la cabeza, las manos en los desbocados bolsillos, entregado a la tarea de adivinar, más que de ver, el sitio en que podía colocar sus pisadas; el piso de las aceras no se distinguía por su buen estado ni por su regularidad: escalones, hoyos, cambios -- aquí era de tierra, allá de baldosas, más allá de asfalto --, aquí se hundía, allá se levantaba, aquí sobresalía el muñón de un antiguo farol a gas, más allá se abría una grieta. Alfonso preguntó:

--Qué se hizo.

--No sé -- respondí --; venía oyendo sus pisadas y de pronto dejé de oírlas. Como el pavimento era de tierra, no me extrañó.

--Volvamos -- me pidió.

Retrocedimos y registramos paso a paso la calle, sus sitios eriazos, cerrados a veces con viejas calaminas, los húmedos y hediondos rincones, las barrancas que daban a las quebradas, las quebradas mismas y por fin entramos a dos cantinas: no estaba en ninguna parte. La calle, por lo demás, tenía conexiones con otras calles y con callejones, senderos y atajos que llevaban hacia todas partes. Era imposible recorrer todo -- habríamos terminado recorriendo todos los cerros de Valparaíso -- y El Filósofo dijo de nuevo:

--Volvamos.

--¿No habrá vuelto al puerto? -- insinué.

--Quizá -- contestó --; pero ahí es más difícil encontrarlo.

Recorrimos de nuevo la calle.

--Se habrá sentido mal -- insistí.

Echeverría movió la cabeza:

--Habría dicho algo.

Calló durante un rato. Después preguntó:

--¿Qué crees tú que ha pasado?

Me encogí de hombros:

--No se me ocurre. Habrá ido a ver a alguien.

Volvió a negar con la cabeza.

--No. No tiene a quién ir a ver, mejor dicho, tiene, pero ellos no quieren verlo; sí, los ladrones. Salir, no diré a robar sino que simplemente a pasear con Cristián, no es algo que les agrade, y él lo sabe demasiado. Los ladrones huyen del que ha caído preso muchas veces o que ha

--Qué se hizo.

--No sé -- respondí --; venía oyendo sus pisadas y de pronto dejé de oírlas. Como el pavimento era de tierra, no me extrañó.

--Volvamos -- me pidió.

Retrocedimos y registramos paso a paso la calle, sus sitios eriazos, cerrados a veces con viejas calaminas, los húmedos y hediondos rincones, las barrancas que daban a las quebradas, las quebradas mismas y por fin entramos a dos cantinas: no estaba en ninguna parte. La calle, por lo demás, tenía conexiones con otras calles y con callejones, senderos y atajos que llevaban hacia todas partes. Era imposible recorrer todo -- habríamos terminado recorriendo todos los cerros de Valparaíso -- y El Filósofo dijo de nuevo:

--Volvamos.

--¿No habrá vuelto al puerto? -- insinué.

--Quizá -- contestó --; pero ahí es más difícil encontrarlo.

Recorrimos de nuevo la calle.

--Se habrá sentido mal -- insistí.

Echeverría movió la cabeza:

--Habría dicho algo.

Calló durante un rato. Después preguntó:

--¿Qué crees tú que ha pasado?

Me encogí de hombros:

--No se me ocurre. Habrá ido a ver a alguien.

Volvió a negar con la cabeza.

--No. No tiene a quién ir a ver, mejor dicho, tiene, pero ellos no quieren verlo; sí, los ladrones. Salir, no diré a robar sino que simplemente a pasear con Cristián, no es algo que les agrade, y él lo sabe demasiado. Los ladrones huyen del que ha caído preso muchas veces o que ha

fallado muchos golpes. Proceden como los comerciantes con sus congéneres quebrados. No. Lo que pasa es otra cosa.

Calló. Recomenzó:

--Lo que pasa es otra cosa. Cristián no quiere salir de Valparaíso y no quiere trabajar, no quiere aprender a hacerlo, no porque crea que le faltan fuerzas sino porque sospecha que eso le exigiría un esfuerzo mental que no quiere hacer, que no puede hacer o que cree que no es capaz de hacer.

Se detuvo y me miró. Estábamos debajo de un poste de alumbrado: una ampolleta eléctrica echaba una débil luz sobre nosotros. Su rostro expresaba preocupación y tristeza.

--Pero ¡qué puede hacer! -- exclamó --. ¿Qué puede hacer? Está en el último escalón, en el último travesaño de la escalera de la alcantarilla; más abajo no hay nada, ni siquiera la mendicidad; Cristián no podría ser mendigo, no podría pedir nada; preferirá morirse de hambre antes de hacerlo. Tiene algo, una dureza, una altanería, casi una dignidad, que le impide aceptar nada que él no sienta que puede aceptar sin que ello lo rebaje ante el concepto que tiene de sí mismo, no en cuanto a ladrón, no en cuanto a ser social -- no entiende de esas cosas -- sino en cuanto a hombre, porque Cristián tiene un concepto del hombre, un concepto de sí mismo, mejor dicho, que quizá no sea sino algo inconsciente, que tal vez no es ni siquiera concepto -- ya que eso parece implicar inteligencia, discernimiento por lo menos -- sino un puro reflejo de su animalidad, pero que es algo y algo que vale, por lo menos para mí. Muchas veces he sospechado que en muchos individuos de esta tierra, sobre todo en los de las capas más bajas, sobrevive en forma violenta el carácter del antepasado indígena, no del indígena libre sino del que

fallado muchos golpes. Proceden como los comerciantes con sus competidores quebrados. No. Lo que pasa es otra cosa.

Calló. Recomenzó:

--Lo que pasa es otra cosa. Cristián no quiere salir de Valparaíso y no quiere trabajar, no quiere aprender a hacerlo, no porque crea que le faltan fuerzas sino porque sospecha que eso le exigiría un esfuerzo mental que no quiere hacer, que no puede hacer o que cree que no es capaz de hacer.

Se detuvo y me miró. Estábamos debajo de un poste de alumbrado: una ampolleta eléctrica echaba una débil luz sobre nosotros. Su rostro expresaba preocupación y tristeza.

--Pero ¿qué puede hacer! -- exclamó --. ¿Qué puede hacer? Está en el último escalón, en el último travesaño de la escalera de la miseria; más abajo no hay nada, ni siquiera la mendicidad; Cristián no podría ser mendigo, no podría pedir nada; preferiría morirse de hambre antes de hacerlo. Tiene algo, una dureza, una altanería, casi una dignidad, que le impide aceptar nada que él no sienta que puede aceptar sin que ello lo rebaje ante el concepto que tiene de sí mismo, no en cuanto a jadrón, no en cuanto a ser social -- no entiende de esas cosas -- sino en cuanto a hombre, porque Cristián tiene un concepto del hombre, un concepto de sí mismo, mejor dicho, que quizá no sea sino algo inconsciente, que tal vez no es ni siquiera concepto -- ya que eso parece implicar inteligencia, discernimiento por lo menos -- sino un puro reflejo de su animalidad, pero que es algo y algo que vale, por lo menos para mí. Muchas veces he sospechado que en muchos individuos de esta tierra, sobre todo en los de las capas más bajas, sobrevive en forma violenta el carácter del antepasado indígena, no del indígena libre sino del que

perdió su libertad; es decir, conservan la actitud de aquél: silenciosos, huraños, rehacios al trabajo, rehacios a la sumisión; no quieren entregarse, y entregarse ¿para qué? Para ser esclavos. ¿Vale la pena? Hay gente que los odia, sí, hay gente que los odia, pero los odia por eso: porque no se entregan, porque no les sirven. Debo confesarte que yo los admiro y los admiro porque no los necesito: no necesito que trabajen para mí, que me sirvan, que me obedezcan. Cuando ese carácter se da en un individuo de otra condición social, en un hombre al cual no se podría, de ningún modo, obligar a servir a nadie, la gente lo admira; cuando se da en pobres diablos, se les odia. No se puede tener ese carácter y ser un pobre diablo: el pobre diablo debe ser manso, sumiso, obediente, trabajador, en una palabra, debe ser un pobre diablo total. Pero no sé si este será un fenómeno de la tierra; creo que no: esos hombres existen en todas partes. Cristián sabe que si él se hubiera mostrado sumiso en las comisarías, no le habrían pegado; pero no quiso serlo, no pudo serlo: prefirió los palos y los puñetazos a hacer el sirviente o el tonto. Eso vale algo, Aniceto.

Calló y suspiró. Seguimos caminando. Volvió a hablar:

--Sí, ¿Qué puede hacer?

No se me ocurrió qué contestarle. ¿Qué podía hacer Cristián? Robar, nada más, es decir, intentarlo, haciendo frente a lo que podía ocurrirle. Prefería eso a otra cosa. Por lo demás, lo mismo hacían innumerables hombres; eso había hecho mi padre, eso hacía El Filósofo, eso hacían los que atravesaban de noche la cordillera, y éstos y aquéllos y muchos más, héroes sin grandeza y sin uniforme, héroes mal vestidos y sin pasaporte.

El Filósofo habló de nuevo:

--Yo sabía que algo iba a ocurrir y me preparaba para la pelea, pero el adversario me quita el cuerpo y prefiere otra, mucho peor que la

Callé y suspiré. Seguimos caminando. Volvió a hablar:

--Sí. ¿Qué puede hacer?

No se me ocurrió qué contestarle. ¿Qué podía hacer Cristián? Sobre nada más, es decir, intentarlo, haciendo frente a lo que podía ocurrirle. Prefería eso a otra cosa. Por lo demás, lo mismo hacían innumerables hombres; eso había hecho mi padre, eso había El Filósofo, eso hacían los que atravesaban de noche la cordillera, y éstos y aquéllos y muchos más, héroes sin grandeza y sin uniforme, héroes mal vestidos y sin pasaporte.

El Filósofo habló de nuevo:

--Yo sabía que algo iba a ocurrir y me preparaba para la pelea, pero el adversario me quita el cuerpo y prefiere otra, mucho peor que la

que yo le ofrezco. ¿Has visto nada más absurdo?

Defendí a Cristián:

--El conoce esta otra pelea y la prefiere.

--Peór que peor.

--Para tí, no para él. Ponte en su lugar y verás que tiene razón.

--Bueno, tal vez sea cierto.

No había más de que hablar y no hablamos; debíamos esperar lo que ocurriera. Alfonso pensaba en Cristián; yo dejé a Cristián y recordé a mi padre: durante muchos años supo cuántas alhajas había allí, cómo eran y en dónde estaban, cómo se debía entrar a la casa y cómo se debía salir, qué distancia era preciso recorrer, desde la puerta de la casa, hasta el mueble en que se guardaban; más aun, conservaba en un estuche especial las llaves que debería utilizar en el momento en que se decidiera a robarlas; pero no se decidía: esperaba un último momento, el momento en que no le quedara otro camino. Cada cierto tiempo visitaba la casa y probaba las llaves: nada cambiaba; las cerraduras eran las mismas. Conocía las costumbres del dueño de aquellas alhajas, la hora en que se levantaba y la hora en que se acostaba, la hora en que salía a dar su paseo y la hora en que se recogía. Otro español, ladrón también, condenado a Ushuaia por una copiosa cantidad de años, le había confiado el asunto. Mi padre entró de mucamo a la casa -- su condición de gallego le ayudó a ello -- y estudió todo, sin robar nada. Era fácil hacerlo y prefirió esperar: las joyas no se moverían de allí. Eran su reserva. El dueño era hombre ya de edad, sedentario, y dueño también de la casa en que vivía. Y un día llegó el momento: mi madre murió y Aniceto Hevia quedó solo con sus cuatro hijos. No podría ya moverse con la libertad de antes y debía cuidarse: caer preso significaba el abandono de sus hijos, que no podía ya confiar a nadie. Fué. Pero el dueño murió también por esos

que yo le ofrezco. ¿Has visto nada más absurdo?

Defendí a Cristián:

--El conoce esta otra pelea y la prefiere.

--Peor que peor.

--Para tí, no para él. Ponte en su lugar y verás que tiene razón.

--Bueno, tal vez sea cierto.

No había más de que hablar y no hablamos; debíamos esperar lo que ocurriera. Alfonso pensaba en Cristián; yo dejé a Cristián y recordé a mi padre: durante muchos años supo cuántas alhajas había allí, cómo eran y en dónde estaban, cómo se debía entrar a la casa y cómo se debía salir, qué distancia era preciso recorrer, desde la puerta de la casa, hasta el mueble en que se guardaban; más aun, conservaba en un estuche especial las llaves que debería utilizar en el momento en que se decidiera a robarlas; pero no se decidía: esperaba un último momento, el momento en que no le quedara otro camino. Cada cierto tiempo visitaba la casa y probaba las llaves: nada cambiaba; las cerraduras eran las mismas. Conocía las costumbres del dueño de aquellas alhajas, la hora en que se levantaba y la hora en que se acostaba, la hora en que salía a dar su paseo y la hora en que se recogía. Otro español, ladrón también, condenado a Ushuaia por una copiosa cantidad de años, le había confiado el asunto. Mi padre entró de mucamo a la casa -- su condición de gallego le ayudó a ello -- y estudió todo, sin robar nada. Era fácil hacerlo y prefirió esperar: las joyas no se moverían de allí. Eran su reserva. El dueño era hombre ya de edad, sedentario, y dueño también de la casa en que vivía. Y un día llegó el momento: mi madre murió y Aniceto Bevia quedó solo con sus cuatro hijos. No podía ya moverse con la libertad de antes y debía cuidarse: caer preso significaba el abandono de sus hijos, que no podía ya confiar a nadie. Fué. Pero el dueño murió también por esos

días, tal vez el mismo en que murió mi madre, y los herederos estaban instalados en la casa. Mi padre forzó la puerta y entró. Uno de los herederos lo encontró cuando salía. En ocasiones, lo que el hombre cree que lo va a salvar, lo mata.

Con Echeverría permanecimos sentados ante la mesa durante un tiempo muy largo, una hora, dos, tres, esperando: yo leía una vieja revista, Alfonso meditaba y oía; de pronto se levantaba, iba hacia la puerta, la abría y se asomaba hacia el oscuro patio del conventillo; volvía.

--No pretendo cambiar su carácter -- dijo, al volver de uno de sus viajes --. Lo que quiero es que viva. Y no me importaría un comino lo que hace o lo que quiere hacer si se tratara de otro hombre, de un hombre del que yo supiera que va a hacer bien lo que, bueno o malo, quiere hacer, intenta hacer, robar, organizar una huelga o descubrir el Paso del Noroeste. Para todo se necesitan condiciones, para todo, por diferente que sea lo que uno u otro hacen. Pero Cristián no las tiene, peor, para lo que menos tiene es para lo que quiere hacer, para lo que supongo, con toda certeza, que quiere hacer.

Yo le oía. Mi padre tenía condiciones; sin embargo. . .

Callamos y me acosté, cansado de la tensión; me dormí. Sentí, después, que El Filósofo se acostaba también, suspirando. Me volví a quedar dormido y desperté al oir que alguien abría la puerta, con cuidado, sí, aunque no con tanto que las bisagras no dejaran escapar su pequeño chirrido. Nos enderezamos en la cama: una figura de hombre apareció en el vano; era Cristián.

Alfonso preguntó, a pesar de todo:

--¿Eres tú, Cristián?

Cristián dejó oir un farfullido que podía significar varias cosas,

días, tal vez el mismo en que murió mi madre, y los herederos estaban instalados en la casa. Mi padre forzó la puerta y entró. Uno de los herederos lo encontró cuando salía. En ocasiones, lo que el hombre cree que lo va a salvar, lo mata.

Con Rebeverta permanecimos sentados ante la mesa durante un tiempo muy largo, una hora, dos, tres, esperando: yo leía una vieja revista, Alfonso meditaba y oía; de pronto se levantaba, iba hacia la puerta, la abría y se asomaba hacia el oscuro patio del conventillo; volvía.

--No pretendo cambiar su carácter -- dijo, al volver de una de sus visitas --. Lo que quiero es que viva. Y no me importaría un comino lo que haga o lo que quiere hacer si se trataba de otro hombre, de un hombre del que yo supiera que va a hacer bien lo que, bueno o malo, quiere hacer, intenta hacer, robar, organizar una huelga o descubrir el Paso del Noroeste. Para todo se necesitan condiciones, para todo, por diferente que sea lo que uno u otro hacen. Pero Cristián no las tiene, pero, para lo que menos tiene es para lo que quiere hacer, para lo que supongo, con toda certeza, que quiere hacer.

Yo le oía. Mi padre tenía condiciones; sin embargo. . .

Callamos y me acosté, cansado de la tensión; me dormí. Sentí, después, que Mi Filósofo se acostaba también, suspirando. Me volví a quedar dormido y despierto al oír que alguien abría la puerta, con cuidado, aunque no con tanto que las bisagras no dejaran escapar un pequeño chirrido. Nos anteayamos en la cama: una figura de hombre apareció en el vano; era Cristián.

Alfonso preguntó, a pesar de todo:

--¿Eres tú, Cristián?

Cristián dejó oír un terruñido que podía significar varias cosas,

pero que nos bastó: era él y estaba allí. Nos recostamos y guardamos silencio. Echeverría no agregó otra pregunta. Cristián cerró la puerta, avanzó pesadamente, buscó la mesa y la silla y se sentó. Allí quedó, sin hablar y sin moverse, y así estuvo todo el resto del amanecer, sin dar de su presencia otras muestras que unos esputos que cada cierto tiempo lanzaba contra el suelo.

Amaneció lentamente, y a medida que la claridad del día fué entrando en el cuarto, pude ver mejor a Cristián: estaba sentado ante la mesa, la espalda vuelta hacia nosotros, afirmados los codos en la cubierta de la mesilla, la cara apoyada en las manos. Parecía dormir, tan inmóvil estaba. Seguía, sin embargo, escupiendo de rato en rato. ¿Por qué tanto? No era su costumbre hacerlo con tanta frecuencia. Me incorporé sobre un codo y miré el suelo: entre sus pies, humildemente calzados, se veía una mancha oscura, ancha, salpicada aquí y allá de otras más pequeñas, blancuscas. Toqué con un codo a Alfonso, que volvió la cabeza y me miró, preguntándome, con un gesto de la cabeza, qué pasaba. Le señalé la mancha: quizá Cristián estaba herido; aquello era sangre. Echeverría miró con atención y extrañeza, dejó escapar algo como un rezongo y se levantó en seguida, vistiéndose con una rapidez desusada en él. Se dirigió hacia la puerta, la abrió y fué hacia Cristián. Le puso una mano sobre el hombro y dijo:

--Oye.

Cristián tuvo un sobresalto, pero no levantó la cabeza.

--¡Qué! -- gruñó.

Alfonso preguntó:

--¿Estás herido?

Cristián se encogió de hombros y no dió respuesta alguna.

pero, que nos bastó: era él y estaba allí. Nos recostamos y guardamos silencio. Echeverría no agregó otra pregunta. Cristián cerró la puerta, avanzó pesadamente, buscó la mesa y la silla y se sentó. Allí quedó, sin hablar y sin moverse, y así estuvo todo el resto del amanecer, sin dar de su presencia otras muestras que unos esputos que cada cierto tiempo lanzaba contra el suelo.

Amaneció lentamente, y a medida que la claridad del día fué entrando en el cuarto, pude ver mejor a Cristián: estaba sentado ante la mesa, la espalda vuelta hacia nosotros, afirmados los codos en la cubierta de la mesilla, la cara apoyada en las manos. Parecía dormir, tan inmóvil estaba. Seguía, sin embargo, escupiendo de rato en rato. ¿Por qué tanto? No era su costumbre hacerlo con tanta frecuencia. Me incorporé sobre un codo y miré el suelo: entre sus pies, humildemente calzados, se veía una mancha oscura, ancha, salpicada aquí y allá de otras más pequeñas, blancuscas. Toqué con un codo a Alfonso, que volvió la cabeza y me miró, preguntándome, con un gesto de la cabeza, qué pasaba. Le señalé la mancha: quizá Cristián estaba herido; aquello era sangre. Echeverría miró con atención y extrañeza; dejó escapar algo como un rezongo y se levantó en seguida, vistiéndose con una rapidez desusada en él. Se dirigió hacia la puerta, la abrió y fué hacia Cristián. Le puso una mano sobre el hombro y dijo:

--Oye.

Cristián tuvo un sobresalto, pero no levantó la cabeza.

--¡Qué! -- gruñó.

Alfonso preguntó:

--¿Estás herido?

Cristián se encogió de hombros y no dió respuesta alguna.

Alfonso insistió:

--Contéstame.

--No tengo nada -- dijo, por fin.

--¿Y esa sangre?

Se encogió otra vez de hombros.

--Es la boca -- dijo.

--¿No tienes nada más?

--Nada.

Echeverría vaciló.

--Levanta la cabeza -- dijo, procurando dar a su voz un tono cariñoso.

Cristián se negó.

--Déjame tranquilo.

Echeverría estiró el brazo y tocó con su mano la cabeza. Cristián, con un movimiento rápidp y áspero, se levantó a medias en la silla y gritó con violencia:

--¡Déjame, te digo!

Lentamente, se volvió a sentar. Alfonso permaneció en silencio junto a la mesa: había visto la cara de Cristián. Entretanto, y procurando hacer la menor cantidad posible de movimientos, me había levantado y salido al patio a lavarme. Un momento después se me reunió Alfonso. Lo miré y me dijo, en respuesta:

--Tiene la cara como si le hubieran bailado encima.

Calló y agregó luego:

--Hay que hacer algo y no se me ocurre qué. No se va a dejar tocar por nosotros y tampoco podemos dejarlo como está.

Instantes después, y mientras se lavaba, se le ocurrió:

--Vamos a recurrir a la señora Esperanza.

Alfonso insistió:

--Contéstame.

--No tengo nada -- dijo, por fin.

--¿Y esa sangre?

Se encogió otra vez de hombros.

--Es la boca -- dijo.

--¿No tienes nada más?

--Nada.

Echeverría vaciló.

--Levanta la cabeza -- dijo, procurando dar a su voz un tono cariñoso.

Cristián se negó.

--Déjame tranquilo.

Echeverría estiró el brazo y tocó con su mano la cabeza. Cristián, con un movimiento rápido y áspero, se levantó a medias en la silla y gritó con violencia:

--¡Déjame, te digo!

Lentamente, se volvió a sentar. Alfonso permaneció en silencio junto a la mesa; había visto la cara de Cristián. Entretanto, y procurando hacer la menor cantidad posible de movimientos, me había levantado y salido al patio a lavarme. Un momento después se me reunió Alfonso. Lo miré y me dijo, en respuesta:

--Tiene la cara como si le hubieran bailado encima.

Calló y agregó luego:

--Hay que hacer algo y no se me ocurre qué. No se va a dejar tocar por nosotros y tampoco podemos dejarlo como está.

Instantes después, y mientras se lavaba, se le ocurrió:

--Vamos a recurrir a la señora Esperanza.

La señora Esperanza era nuestra vecina, la mujer del maestro Jacinto. Antes de salir para El Membrillo, Alfonso fué a verla. La señora, de pie ante la puerta de su cuarto, escuchó con atención y dijo:

--No tenga cuidado, vecino; lo haré con mucho gusto. Váyase tranquilo y tráigame lo que usted dice.

Se veía como siempre, limpia, apretada, morena, recién lavada y peinada. Un delantal blanco, pequeño, le llegaba a media falda. Era una mujer como para un regalo. Nos despedimos y dijo:

--Voy a ir antes de que despierten los chiquillos.

Esperamos. La mujer golpeó la puerta y no obtuvo respuesta. Abrió entonces y dijo:

--Buenos días, vecino.

Su voz sonó extrañamente en aquel cuarto, con una dulzura y una claridad desacostumbradas allí. Tampoco hubo respuesta y la mujer insistió, ya resueltamente, entrando al cuarto:

--Vecino, ¿puedo servirle en algo?

Su voz alcanzó una dulzura sobrecogedora. Se escuchó una especie de rugido e inmediatamente una lamentación aguda y como barboteante: Cristián lloraba. Uno de los niños de la señora Esperanza le replicó en el cuarto vecino, rompiendo también a llorar. Nos fuimos.

--Seguramente -- dijo Alfonso, por todo comentario -- es la primera vez que alguien le habla a Cristián en esa forma.

Trabajamos más que nunca, y a mediodía, después de vender el metal a don Pepe, El Filósofo me advirtió:

--Voy al cuarto a dejar unas cosas para Cristián. Si quieres me esperas y si no almuerza solo. Toma.

Me dió unas monedas, pero no quise almorzar solo y lo esperé, sen-

La señora Esperanza era nuestra vecina, la mujer del maestro Jacinto. Antes de salir para El Membrillo, Alfonso fué a verla. La señora, de pie ante la puerta de su cuarto, escuchó con atención y dijo:

--No tenga cuidado, vecino; lo haré con mucho gusto. Váyase tranquilo y tráigame lo que usted dice.

Se veía como siempre, limpia, apretada, morena, recién lavada y peinada. Un delantal blanco, pequeño, le llegaba a media falda. Era una mujer como para un regalo. Nos despedimos y dijo:

--Voy a ir antes de que despierten los chiquillos.

Esperamos. La mujer golpeó la puerta y no obtuvo respuesta. Abrió entonces y dijo:

--Buenos días, vecino.

Su voz sonó extrañamente en aquél cuarto, con una dulzura y una claridad desacostumbradas allí. Tampoco hubo respuesta y la mujer insistió, ya resueltamente, entrando al cuarto:

--Vecino, ¿puedo servirle en algo?

Su voz alcanzó una dulzura sobrecogedora. Se escuchó una especie de rugido e inmediatamente una lamentación aguda y como barboteante: Cristián lloraba. Uno de los niños de la señora Esperanza le replicó en el cuarto vecino, rompiendo también a llorar. Nos fuimos.

--Seguramente -- dijo Alfonso, por todo comentario -- es la primera vez que alguien le habla a Cristián en esa forma.

Trabajamos más que nunca, y a mediodía, después de vender el metal a don Pepe, El Filósofo me advirtió:

--Voy al cuarto a dejar unas cosas para Cristián. Si quieres me esperas y si no almuerza solo. Toma.

Me dió unas monedas, pero no quise almorzar solo y lo esperé, sen-

tado en el mismo lugar en que Cristián solía esperarnos, rodeado de charcos de orines y de montones de bosta de caballo. No me importaban las bostas y los orines; tenía la sensación de que, en una u otra forma, siquiera acompañándolo, ayudaba a Alfonso en su pelea y eso me alegraba. Regresó pronto y nos fuimos a El Porvenir, restaurante, expendio de bebidas, patente de 3a. clase, con su mozo derrotado y su dueño con cara de destiladera.

Nos sentamos y pedimos el almuerzo.

--Está más tranquilo -- me explicó Echeverría --; pero tiene para varios días.

Calló y habló de nuevo:

--Es curioso. Te hablé, anoche, de la pelea que iba a tener con Cristián -- bueno, pelea en sentido figurado -- y te dije que Cristián la rehuía y buscaba otra. Ha fracasado en la otra y no le queda más remedio que hacerme frente, mejor dicho, tiene que hacerse frente a sí mismo, ya que en verdad la pelea no es conmigo; es con él mismo. No puedo alegrarme de que lo hayan golpeado, pero sí de que haya fracasado; ese fracaso trabaja a favor mío. . . De todos modos, hay que esperar.

Esperamos. Por fin, una noche, después de varios días, El Filósofo, mientras estábamos en nuestro cuarto, dijo:

--El contratista me apura y le he dado mi palabra de que iremos a hacer ese trabajo. Hoy es jueves. ¿Qué les parece que nos fuéramos el sábado? Llegaríamos allá el lunes o martes.

Nadie contestó y Alfonso preguntó, entonces:

--Qué dices tú, Aniceto.

--Nos iremos cuando tú quieras -- respondí.

Volvió la cabeza hacia Cristián, que nos daba la espalda, y, haciendo un esfuerzo, preguntó:

--¿Y tú, Cristián?

tado en el mismo lugar en que Cristián solía esperarnos, rodeado de charcos de orines y de montones de bosta de caballo. No me importaban las bostas y los orines; tenía la sensación de que, en una u otra forma, siquiera acompañándolo, ayudaba a Alfonso en su pelea y eso me alegraba. Regresó pronto y nos fuimos a El Porvenir, restaurante, expendio de bebidas, patente de 3a. clase, con su mozo derrotado y su dueño con cara de destiladera.

Nos sentamos y pedimos el almuerzo.

--Está más tranquilo -- me explicó Scheverría --; pero tiene para varios días.

Calló y habló de nuevo:

--Es curioso. Te hablé, anoche, de la pelea que iba a tener con Cristián -- bueno, pelea en sentido figurado -- y te dije que Cristián la rehuía y buscaba otra. Ha fracasado en la otra y no le queda más remedio que hacerme frente, mejor dicho, tiene que hacerse frente a sí mismo, ya que en verdad la pelea no es conmigo; es con él mismo. No puedo alegrarme de que lo hayan golpeado, pero sí de que haya fracasado; ese fracaso trabaja a favor mío. . . De todos modos, hay que esperar.

Esperamos. Por fin, una noche, después de varios días, El Filósofo, mientras estábamos en nuestro cuarto, dijo:

--El contratista me apura y le he dado mi palabra de que iremos a hacer ese trabajo. Hoy es jueves. ¿Qué les parece que nos fuéramos el sábado? Llegaríamos allá el lunes o martes.

Nadie contestó y Alfonso preguntó, entonces:

--Qué dices tú, Aniceto.

--Nos iremos cuando tú quieras -- respondí.

Volvió la cabeza hacia Cristián, que nos daba la espalda, y, haciendo un esfuerzo, preguntó:

--¿Y tú, Cristián?

Demoró un poco en responder:

--No sé.

Alfonso agregó:

--De todos modos, nos iremos el sábado.

Amaneció un día sombrío. Alfonso y yo nos levantamos muy temprano, salimos al patio a lavarnos y volvimos de nuevo al cuarto; Cristián se había levantado también. Los tres permanecimos un rato silenciosos. El Filósofo dió una mirada alrededor del cuarto, recogió la frazada, hizo con ella un envoltorio y se la metió bajo el brazo; no abultaba gran cosa. Salimos de nuevo al patio, que estaba desierto, y partimos, pero partimos sólo Alfonso y yo: Cristián quedó de pie ante la puerta del cuarto, mirando la lejanía. Lo miré de reojo: sus ojos estaban sombríos, amoratados aún por los golpes, y su cara tenía una expresión de desasosiego, casi de angustia. Lo ví al partir. Cuando después de dar unos pasos quise darme vuelta para mirarlo una vez más, Alfonso me advirtió:

--No lo mires y no te apures.

Bajamos paso a paso y cada uno de esos pasos era para nosotros más y más doloroso. Creí, durante un momento, que El Filósofo se detendría y volvería hacia Cristián, pero no lo hizo. Aquello, sin embargo, terminaría pronto: veinte pasos más y llegaríamos al punto en que el camino tomaba hacia abajo, doblando bruscamente; allí perderíamos de vista a Cristián y al conventillo. El grito nos alcanzó allí:

--¡Espérenme!

Era un grito ronco, como de desgarramiento.

Nos detuvimos. Cristián avanzó hacia nosotros. Lloraba.

Cuando se nos juntó, reanudamos la marcha.

F I N

Demoró un poco en responder:

--No sé.

Alfonso agregó:

--De todos modos, nos iremos el sábado.

Amaneció un día sombrío. Alfonso y yo nos levantamos muy temprano, salimos al patio a lavarnos y volvimos de nuevo al cuarto; Cristián se había levantado también. Los tres permanecimos un rato silenciosos. El Filósofo dió una mirada alrededor del cuarto, recogió la frazada, hizo con ella un envoltorio y se la metió bajo el brazo; no abultaba gran cosa. Salimos de nuevo al patio, que estaba desierto, y partimos, pero partimos sólo Alfonso y yo: Cristián quedó de pie ante la puerta del cuarto, mirando la lejanía. Lo miré de reojo: sus ojos estaban sombríos, amoratados aún por los golpes, y su cara tenía una expresión de desasosiego, casi de angustia. Lo ví al partir. Cuando después de dar unos pasos quise darme vuelta para mirarlo una vez más, Alfonso me advirtió:

--No lo mires y no te apures.

Bajamos paso a paso y cada uno de esos pasos era para nosotros más y más doloroso. Creí, durante un momento, que El Filósofo se detendría y volvería hacia Cristián; pero no lo hizo. Aquello, sin embargo, terminaría pronto: veinte pasos más y llegaríamos al punto en que el camino tomaba hacia abajo, doblando bruscamente; allí perderíamos de vista a Cristián y al conventillo. El grito nos alcanzó allí:

--¡Espérenme!

Era un grito ronco, como de desgarramiento.

Nos detuvimos. Cristián avanzó hacia nosotros. Lloraba.

Cuando se nos juntó, reanudamos la marcha.

FIN